ELIZABETH

# PETERS

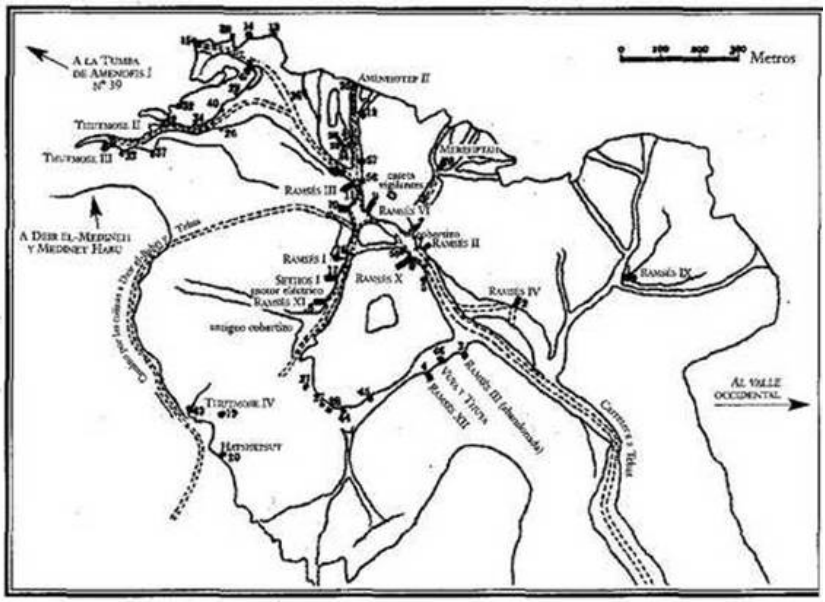
## El mono que custodia la balanza

«Sus seguidores estarán encantados. Amelia está mejor en cada entrega.»
*Dallas Morning News*

# Elizabeth Peters
# El mono que custudiaba la balanza

*Libro 10º de Amelia Peabody*

A Joshua Gabriel Roland Brown Mertz 20 de diciembre de 1997
Con cariño, de Ammie.




MAPA ESQUEMÁTICO DEL VALLE DE LOS REYES, 1907

# Argumento

Ardiente defensora de los derechos de la mujer, además de intrépida arqueóloga, Amelia Peabody se suma a las protestas ante el parlamento londinense para exigir el sufragio universal. En medio de la confusión una banda logra sustraer las antigüedades egipcias que allí se guardan. Amelia ve detrás la mano de Sethos, maestro de ladrones. Poco tiempo después alguien intenta secuestrarla. Para huir de este y otros peligros, Emerson, su marido, convence a la familia de iniciar su temporada de excavaciones en Egipto. Amelia prevé un invierno aburrido pero el destino -o los dioses egipcios- tienen otros planes. Mientras tanto su hijo Ramsés, su pupila Nefret y David, amigo de la familia, deciden buscar por su cuenta y riesgo un valiosísimo papiro de El libro de los muertos. Pero alguien más lo quiere. Alguien que, para conseguirlo, no escatimará los medios, incluido el asesinato.

# Prólogo

A los estudiosos de la vida y obra de la señora Amelia P. Emerson les alegrará saber que la incansable investigación de la colección de documentos de Emerson recientemente descubierta por la editora que suscribe ha dado nuevos frutos. Algunos fragmentos del Manuscrito H fueron incluidos en el volumen más reciente de las memorias de la señora Emerson, y otros más aparecen aquí. La autoría de este manuscrito ha sido determinada; fue escrito por «Ramsés» Emerson, pero las anotaciones realizadas por diferentes manos sugieren que fue leído y comentado por otros miembros de la familia. La colección de cartas que aquí se designan bajo el epígrafe «B» están firmadas por Nefret Forth, que era como se hacía llamar entonces. Como al destinatario de las cartas sólo se le denomina «querido» o «estimado», al principio la editora tuvo algunas dudas sobre su identidad. Finalmente, ha decidido dejar también al lector con la duda. La especulación es la sal de la vida, como diría la señora Emerson.

Los recortes de periódicos y cartas varias se incluyen en un capítulo aparte (F).

La editora que suscribe se siente en la obligación de añadir, en su propia defensa, que los diarios mismos presentan una serie de contradicciones. La señora Emerson los inició como diarios privados. Más tarde decidió editarlos para su publicación futura pero (como era típico en ella) emprendió la tarea de forma ligeramente descuidada, y durante un largo período de tiempo. Su metodología, si se puede llamar así, explica las anomalías, errores y anacronismos del texto original.

Con el tiempo, la editora espera poder presentar una edición definitiva, minuciosamente comentada, en la que se expliquen dichas contradicciones (en la medida en que sea posible explicar el modo en que funcionaba la ágil mente de la señora Emerson).

De particular interés para los egiptólogos es la descripción sobre el descubrimiento de KV55, nombre que recibe ahora la tumba hallada por Ayrton en enero de 1907. Nunca llegó a publicarse un informe propiamente dicho de la excavación, y las descripciones de los que participaron en ella discrepan en tantos puntos que no se puede evitar sospechar de la veracidad de todos ellos. Tampoco sorprende que ninguna de ellas mencione la presencia del profesor Emerson y de sus colegas. La versión de la señora Emerson, aunque no sea imparcial, deja claro que las sugerencias y el informe del profesor fueron muy cuestionados por los excavadores.

Siendo muy consciente de las influencias de la señora Emerson, la editora ha tenido mucho cuidado al comparar la versión de ésta con las del resto. Agradece a Jim y Susan Alien, del Metropolitan Museum, por haberle facilitado el manuscrito inédito del diario de la señora Andrew; a Dennis Forbes, editor de KMT, por permitirle examinar las galeradas del capítulo sobre KV55 de su próximo libro, Tumbas, Tesoros, Momias; al señor John Larson del Instituto Oriental por haber respondido a sus innumerables preguntas sobre Theodore Davis y las vasijas; y a Lina Pinch Brock, la investigadora más reciente de la KV 55, por enseñarle el lugar de la excavación y contarle todos los detalles acerca de éste. Ella (la editora) ha leído también prácticamente cada uno de los libros y artículos escritos acerca de la tumba. La bibliografía (verdaderamente impresionante) se enviará a los lectores que la soliciten (previo envío de sobre franqueado). Ella (la editora) ha llegado a la conclusión de que la descripción de la señora Emerson es la más exacta y que, como siempre, tenía razón.

# Libro primero.

# Se abre la boca de los muertos

*Deja que mi boca me sea entregada.*
*Deja que mi boca sea abierta por Ptah con el instrumento de hierro con el que abren las bocas de los dioses.*

# Capítulo 1

Me estaba poniendo otro alfiler en el sombrero, cuando la puerta de la biblioteca se abrió y Emerson asomó su cabeza.

- Hay un asunto sobre el que quisiera consultarte, Peabody - comenzó.

Evidentemente había estado trabajando en su libro, pues tenía el pelo, negro y espeso, despeinado y la camisa desabrochada, con las mangas enrolladas por encima de los codos. Emerson sostiene que sus procesos mentales se ven inhibidos por la constricción de cuellos, puños y corbatas. Puede ser. Por supuesto, yo no protesto, ya que en tal estado de desaliño la musculatura de mi marido y su piel bronceada quedan expuestas en todo su esplendor. Sin embargo, en aquella ocasión, me vi forzada a reprimir la emoción que la visión de Emerson despierta siempre en mí ya que Gargery, nuestro mayordomo, se hallaba presente.

- Te ruego que no me entretengas, mi querido Emerson - repliqué-. Voy camino de encadenarme a la verja del n° 10 de Downing Street, y ya llego tarde.

- ¿Encadenarte? -repitió Emerson-. ¿Puedo preguntar por qué?

- Ha sido idea mía -expliqué con modestia-. Durante las manifestaciones anteriores, algunas sufragistas fueron detenidas por corpulentos policías lo que, de hecho, puso fin a la manifestación. Sin embargo, no podrán lograrlo tan fácilmente si las señoras están firmemente sujetas a un objeto inamovible, como, por ejemplo, una verja de hierro.

- Ya veo. -Abrió un poco más la puerta y terminó de asomarse-. ¿Quieres que te acompañe, Peabody? Podría llevarte en el automóvil.

Habría sido difícil decir cuál de las dos sugerencias me horrorizaba más, que viniera conmigo, o que me llevara en el automóvil.

Emerson había deseado durante años adquirir una de esas horribles máquinas, pero yo se lo había ido quitando de la cabeza con un pretexto u otro hasta ese verano. Tomé todas las precauciones que pude, ascendiendo a uno de los mozos de cuadra al puesto de chófer y asegurándome de que se hallaba debidamente preparado; también insistí en que si los chicos estaban decididos a conducir aquella cosa espantosa (y sí lo estaban), debían recibir clases. David y Ramsés habían llegado a hacerlo tan bien como se esperaba de los chicos de su edad y, en mi opinión, Nefret era incluso mejor, aunque los hombres de la familia lo negaran.

Ninguna de estas prácticas medidas habían evitado los espantosos resultados. Emerson, por supuesto, se negaba a que condujera el chófer o los miembros más jóvenes de la familia. Bastó muy poco tiempo para que la noticia corriera por todo el pueblo y sus alrededores. Ver a Emerson encogido sobre el volante, enseñando los dientes con un gesto de deleite, con los azules ojos centelleando tras sus gafas, era una visión suficiente para infundir terror en el corazón de cualquier peatón o conductor. El bocinazo del claxon (que a Emerson le gustaba mucho y empleaba sin cesar) tenía el mismo efecto que una sirena de bomberos; cualquier persona que lo oyera despejaba la calle inmediatamente, tirándose hacia una cuneta o seto, si era necesario. Había insistido en traerse la maldita cosa a Londres, pero hasta entonces nos las habíamos arreglado para impedirle que lo condujera en la ciudad.

Muchos años de feliz matrimonio me habían enseñado que hay algunos asuntos sobre los que los maridos son extrañamente

susceptibles. Cualquier desafío a su masculinidad debe ser evitado a toda costa y, por algún motivo que se me escapa, la capacidad de conducir un automóvil parece ser un signo de masculinidad. Por tanto, busqué otra excusa para rechazar su oferta.

- No, mi querido Emerson, no sería conveniente que vinieras conmigo. En primer lugar, tienes mucho trabajo pendiente con el volumen final de tu Historia del Antiguo Egipto. Y, además, la última vez que me acompañaste a una expedición como ésta golpeaste a dos policías.

- Y lo volveré a hacer si tienen la osadía de ponerte las manos encima -exclamó Emerson. Como yo esperaba, este comentario le distrajo del asunto del automóvil. Sus ojos azules relampaguearon como dos zafiros y le tembló el hoyuelo de la barbilla-. Caray, Peabody, ¡no esperarás que me quede parado mientras que esos vulgares oficiales de policía maltratan a mi mujer!

- No, querido, no lo espero, y precisamente por eso no puedes venir conmigo. El único objetivo de esta acción es que ME arresten; sí, sí, que me arresten, y que me maltraten también. El que TÚ te empeñes en agredir a un oficial de policía distrae al público de la lucha por el sufragio femenino que nosotras estamos intentando…

- ¡Maldición, Peabody! -Emerson pataleó. A veces es muy dado a tales demostraciones infantiles.

- ¿Quieres dejar de interrumpirme, Emerson? Estaba a punto de…

- ¡Nunca me dejas terminar una frase! -gritó Emerson.

Me volví hacia nuestro mayordomo, que estaba esperando para abrirme la puerta.

- Mi sombrilla, Gargery, por favor.

- Con mucho gusto, señora -dijo Gargery. Sus rasgos sencillos pero afables se contrajeron en una sonrisa. Gargery disfruta enormemente con las pequeñas discusiones cariñosas entre Emerson y yo-. Si me permite decirlo, señora -prosiguió-, ese sombrero es muy favorecedor.

Me volví hacia el espejo. El sombrero era nuevo, y yo pensaba realmente que me sentaba bien. Había encargado que lo adornaran con rosas carmesí y hojas verdes de seda; los colores suaves, que normalmente se consideran adecuados para las damas maduras casadas, tienen un efecto poco acertado sobre mi tez cetrina y mi

pelo negro azabache, por eso no veo razón alguna para una adhesión esclava a la moda cuando el resultado no favorece a quien lo lleva. Además, el carmesí es el color favorito de Emerson. Cuando inserté el último alfiler su cara apareció en el espejo junto a la mía. Se tuvo que agachar, pues él mide más de uno ochenta y yo soy bastante más baja. Con la ventaja de nuestras posiciones relativas (y sin olvidarse de que Gargery estaba detrás de él), me dio una palmadita disimulada, y dijo amigablemente:

- Es verdad. Bien, bien, querida, diviértete. Si no has vuelto a la hora del té bajaré corriendo a la comisaría de policía y te sacaré de apuros.

- No vengas antes de las siete -dije yo-. Cuento con que me metan en el coche celular, y quizás hasta me esposen.

- Me gustaría ver al tipo capaz de hacerlo -observó Gargery.

- Y a mí también -dijo mi marido.

Era un día típico de noviembre del viejo y querido Londres, encapotado, gris y húmedo. Acabábamos de llegar de Kent la semana anterior para que Emerson pudiera realizar algunas consultas en el Museo Británico. Nuestra morada temporal era Chalfont House, la mansión capitalina que pertenecía a Walter, el hermano de Emerson, y a su mujer Evelyn, quien había heredado la propiedad de su abuelo. Los jóvenes Emerson preferían sus propiedades campestres de Yorkshire, pero siempre abrían Chalfont House para nosotros cuando nos veíamos obligados a quedarnos en Londres.

Aunque disfruto del bullicio y la animación de la metrópolis, Egipto es mi hogar espiritual y, mientras respiraba la mezcla insalubre de humo de carbón y humedad, pensé con nostalgia en los despejados cielos azules, el aire seco y caliente y la emoción de otra campaña de excavación. Nos estábamos retrasando un poco más de lo habitual en marcharnos debido a la tardanza de Emerson para acabar su largamente esperada Historia, pero ese retraso me había dado la oportunidad de participar en una causa que me era muy querida, y mi humor mejoraba a medida que iba andando a paso ligero, con mi indispensable sombrilla en una mano y mis cadenas en la otra.

Aunque siempre he sido una gran partidaria del voto femenino, los compromisos profesionales me han impedido tomar parte activa

en el movimiento sufragista.

No es que dicho movimiento haya sido particularmente activo o eficaz. Casi todos los años se había presentado una petición al Parlamento para que aprobara el sufragio femenino, pero sólo había conseguido ser acallada o ignorada. Los políticos y estadistas hicieron promesas de apoyo que luego habían roto.

Sin embargo, hacía poco había comenzado a soplar en Londres un aire fresco del norte. La Unión Social y Política Femenina (WSPU) había sido fundada en Manchester por una tal señora Emmeline Pankhurst y sus dos hijas. A principios de aquel año decidieron (con gran sensatez, en mi opinión) trasladar su cuartel general al centro de la acción política. Me había encontrado con la señora Pankhurst en diversas ocasiones, pero no me formé una opinión sobre ella o su organización hasta que los sorprendentes acontecimientos del 23 de octubre provocaron mi total indignación: las mujeres que se habían reunido pacíficamente para ejercer presión sobre el Parlamento respecto de sus puntos de vista y deseos, fueron expulsadas a la fuerza de ese bastión de la superioridad machista, intimidadas, empujadas, arrojadas al suelo, ¡y arrestadas! Todavía la señorita Sylvia Pankhurst languidecía en prisión, junto con otras compañeras. Cuando me enteré de la manifestación prevista para aquella tarde, decidí mostrar mi apoyo a las prisioneras y al movimiento.

De hecho, había sido culpable de una ligera mentirijilla, cuando le dije a Emerson que mi destino era Downing Street. Tuve miedo de que se sintiera preocupado o temiera por mi seguridad, y me siguiera, ya que la WSPU había decidido manifestarse no delante de la mansión del Primer Ministro, sino frente al domicilio del señor Geoffrey Romer, en Charles Street, cerca de Berkeley Square.

Junto al señor Asquith, ministro de Hacienda, este individuo era nuestro más vehemente y eficaz oponente en la Cámara de los Comunes; era un orador elegante y elocuente, con una excelente educación clásica y una considerable fortuna personal. Emerson y yo habíamos tenido el privilegio de examinar su soberbia colección de antigüedades egipcias. Yo hice, pues me sentía obligada a ello, una o dos observaciones cargadas de intención sobre el tema del sufragio femenino, pero debieron ser los comentarios aún más mordaces de Emerson sobre la iniquidad de los coleccionistas

privados los que irritaron al señor Romer. No nos volvieron a invitar. Yo estaba deseando encadenarme a la verja de su casa.

Temí haberme retrasado, pero cuando llegué al lugar encontré las cosas en un estado de desorganización sorprendente. Nadie se había encadenado a las verjas todavía. La gente estaba de pie, sin saber qué hacer; en el otro extremo de la calle un grupo de mujeres se hallaban apiñadas, absortas en una conversación. Evidentemente se trataba de una conferencia de las líderes, ya que oí la voz familiar de la señora Pankhurst.

Estaba a punto de unirme a ellas cuando vi una figura familiar. Se trataba de un joven alto, impecablemente ataviado con pantalones de rayas, levita y sombrero de copa. Su tez intensamente bronceada y sus gruesas cejas oscuras se asemejaban a las de un árabe o indio, pero no era ni lo uno ni lo otro. Era mi hijo, Walter Peabody Emerson, más conocido para el mundo en general por su sobrenombre de Ramsés.

Al verme, interrumpió su conversación con la joven que estaba junto a él y me saludó con el irritante acento afectado que había adquirido tras seguir un trimestre de estudios clásicos en Oxford con el profesor Wilson, a invitación de este último.

- Buenas tardes, madre. ¿Me permite que le presente a la señorita Christabel Pankhurst, a la que creo que no conoce?

Era más joven de lo que yo esperaba -veintipocos, según supe más tarde- y no carecía de atractivo. Los labios firmes y una mirada directa daban distinción a su cara redonda y a su pelo oscuro. Cuando estrechamos las manos y nos saludamos con palabras convencionales de cortesía, me pregunté cómo y cuándo la habría conocido Ramsés. Ella le sonreía y miraba de una manera que sugería que aquél no era su primer encuentro. Ramsés tenía la desafortunada costumbre de resultar atractivo a las mujeres, especialmente si éstas tenían carácter.

- ¿Qué estás haciendo aquí? -le pregunté-. ¿Y dónde está Nefret?

- No lo sé -respondió Ramsés-. Mi «hermana», por darle el título en el que usted insiste, aunque no esté justificado por causa legal alguna o por relación sanguínea…

- Ramsés -dije severamente-, ve al grano…

- Sí, madre: como esta tarde me encontraba inesperadamente desocupado, tomé la decisión de asistir a la presente manifestación.

Ya conoce usted mi simpatía hacia la causa de…

- Sí, querido -interrumpir a alguien es muy descortés, pero con Ramsés a veces es necesario hacerlo. Afortunadamente, ya no era tan prolijo como había sido, pero tenía algunos lapsus ocasionales, especialmente cuando trataba de ocultarme algo. Decidí abandonar esa línea de interrogatorio por el momento, y le hice otra pregunta-: ¿Qué está pasando?

- Puede guardar sus cadenas, madre -replicó Ramsés-. Las señoras han decidido que hagamos un piquete y formular una petición al señor Romer. La señorita

Pankhurst me estaba diciendo que distribuirán las pancartas en breve.

- ¡Tonterías! -exclamé-. ¿Qué les hace suponer que Romer recibirá a una delegación? Nunca lo ha hecho.

- Ya, pero acaba de incorporarse a la causa una vieja amiga suya -explicó la señorita Christabel-, la señora Markham, quien nos ha asegurado que él responderá a su solicitud.

- Si tan amiga suya es, ¿por qué no solicita una entrevista a través de los canales habituales en vez de instigar esta…? Ramsés, no te apoyes en esa verja. Te mancharás de óxido la levita.

- Sí, madre -Ramsés se irguió en su metro ochenta de estatura. El sombrero de copa añadía otros treinta centímetros, y yo me vi obligada a admitir que aportaba cierto aire de distinción a la reunión, que consistía casi enteramente en damas. La única otra persona presente del género masculino era un individuo excéntricamente vestido que permanecía observando la discusión de las líderes. Su larga y bastante raída capa de terciopelo y su sombrero de ala ancha me recordaban a un personaje de una de las óperas de Gilbert y Sullivan, ésa en la que satirizaba el movimiento esteticista y sus lánguidos poetas. Cuando mi curiosa mirada acabó posándose en él, se volvió hacia las damas y se dirigió a ellas con voz afectada y aguda.

- ¿Quién es ese tipo? -pregunté-. No le había visto antes.

Ramsés, que a veces demuestra una extraña habilidad para leer mi pensamiento, empezó a cantar suavemente. Reconocí una de las canciones de la ópera en cuestión.

- «Un joven muy intenso; un joven con la mirada llena de sentimiento; un joven ultrapoético, super-estético y poco corriente.»

No pude evitar echarme a reír. La señorita Christabel me lanzó una mirada de fría desaprobación.

- Es el hermano de la señora Markham, y un enérgico defensor de la causa. Si se hubiera usted dignado a asistir a nuestras anteriores reuniones, señora Emerson, estaría al corriente de esta información.

No me dio tiempo a contestarle que no había sido invitada a las anteriores reuniones, y se alejó con la cabeza erguida. Había oído que aquella joven era muy elogiada por su gracia y sentido del humor, pero, en aquel momento, este último brillaba por su ausencia.

- Creo que están a punto de empezar -dijo Ramsés.

Se formó una fila bastante desigual, y se repartieron las pancartas. La mía rezaba: «¡Liberad a las víctimas de la opresión masculina!». Se había reunido un pequeño grupo de espectadores. Un hombre de facciones duras que estaba en las primeras filas me miró airadamente y gritó desafiante;

- ¡Deberías estar en casa, lavando los pantalones de tu «marío»!

Ramsés, que se hallaba detrás de mí con una pancarta en la que se leía: «¡Voto para las mujeres YA!», replicó en voz alta y con buen humor:

- Le aseguro, señor, que los pantalones del marido de esta señora no tienen tanta necesidad de que los laven como los que usted lleva.

Avanzamos algo desordenadamente por delante de la puerta de la casa de Romer. Se hallaba cerrada, y custodiada por dos policías con casco azul, que nos observaban con curiosidad. No había ningún signo de vida tras las ventanas de la mansión. No parecía probable que el señor Romer tuviera ganas de aceptar una petición.

Cuando estábamos volviendo sobre nuestros pasos la señorita Christabel llegó hasta donde estábamos y condujo a Ramsés fuera de la fila. Naturalmente les seguí.

- Señor Emerson -le urgió-. ¡Le necesitamos!

- Por supuesto -dijo Ramsés-. ¿Para hacer qué exactamente?

- La señora Markham está lista para llevar nuestra petición a la casa. Nosotras nos apostaremos delante del policía de la izquierda de la casa y le impediremos que la detenga. ¿Cree usted que podría retener al otro?

- ¿Retener? -repitió Ramsés enarcando las cejas.

- No deberá utilizar la violencia, por supuesto. Sólo despejar el camino de la señora Markham.

- Haré todo lo posible -fue la respuesta de mi hijo.

- ¡Espléndido! Prepárese… ya vienen.

Así era. Una falange de hembras, marchando hombro con hombro, se dirigía hacia nosotros. Allí estaba una docena de ellas, evidentemente las líderes. Las dos damas que encabezaban el desfile eran altas y corpulentas, y ambas blandían unas pesadas pancartas de madera con eslóganes sufragistas. Detrás de ellas, casi oculto por sus cuerpos, pude vislumbrar un sombrero grande, y a la vez elegante, con flores y plumas. ¿Sería su portadora la famosa señora Markham, de la que dependían tantas cosas? El hombre de la capa de terciopelo, con la cara ensombrecida por el ala del sombrero, marchaba a su lado. La única persona a la que reconocí fue a la señora Pankhurst, que cerraba la marcha.

Avanzaban ajenas a la presencia de policías y simpatizantes; yo me vi incluso obligada a apartarme ágilmente de su camino, ya que apretaban el paso. Christabel, con la cara colorada de excitación, gritó: «¡Ahora!», y las de la marcha rodearon al perplejo policía que se hallaba a la izquierda de la puerta. Oí un golpe y un grito cuando una de las pancartas de madera aterrizó en su cabeza.

Su compañero gritó, «¡Allá vamos!» y se lanzó a defender a su amigo. Ramsés se colocó frente a él y le puso una mano en el hombro.

- Le ruego que permanezca donde está, señor Jenkins -dijo con voz amable.

- Oh, vamos, señor Emerson, ¡no me haga usted esto! -exclamó el oficial lastimosamente.

- ¿Se conocen? -pregunté. No me sorprendía. Ramsés tiene un buen número de conocidos poco habituales. Los oficiales de policía son bastante más respetables que algunos otros.

- Sí -dijo Ramsés-. ¿Cómo está su hijito, Jenkins?

Su voz era afable, su postura despreocupada, pero el desafortunado policía estaba siendo empujado de forma gradual hacia la verja. Sabiendo que Ramsés podía manejar la situación bastante bien por sí mismo, me volví para ver sí las damas requerían mi ayuda para «frenar» al otro policía.

El hombre se hallaba tendido en el suelo, tirando del casco que

se le había quedado incrustado, y la verja había cedido al impetuoso avance de la delegación, que alcanzó la puerta de la casa encabezada por dos enormes damas y aquel caballero tan poéticamente vestido.

No pude dejar de admirar la estrategia y la precisión militar con la que la operación se había llevado a cabo, pero dudaba de que la delegación pudiera ir más lejos. El sonido de los silbatos de la policía atravesaba ya el aire; pasos corriendo y gritos de «Vamos, vamos, ¿qué es todo esto?», anunciaban la llegada de refuerzos. La señora Markham había mentido o había sido engañada; si Romer hubiera accedido a recibir la petición esta enérgica estratagema no habría sido necesaria. La puerta de la mansión estaría firmemente cerrada, y no parecía probable que Romer permitiera que su mayordomo la abriera.

En cuanto este pensamiento se introdujo en mi mente la puerta se abrió. Pude vislumbrar una cara pálida y asombrada, seguramente la del mayordomo, antes de que se viera oculta por las fuerzas invasoras. Entraron a empujones, y la puerta se cerró de un golpe tras ellas.

Fuera, en la calle, las cosas no iban tan bien. Media docena de hombres uniformados habían acudido al rescate de su asediado colega. Colocando sus rudas manos sobre las mujeres, las empujaron sin contemplaciones e incluso arrojaron a varias al suelo. Con un grito de indignación alcé mi sombrilla, y la hubiera precipitado sobre los atacantes si no hubiera sido porque me vi detenida por un abrazo respetuoso, pero firme.

- Ramsés, suéltame ahora mismo -dije con la voz entrecortada.

- Espere, madre… Le prometí a padre… -Extendió un pie y el policía que me venía persiguiendo se cayó de bruces con una exclamación asustada.

- Oh, le prometiste a tu padre, ¿no? ¡Maldita sea…! -grité. Pero la frustración y la compresión de mis costillas causada por el brazo de mi hijo impidieron que pronunciara sonido alguno. El policía al que Ramsés había hecho tropezar se puso lentamente de pie.

- ¡Diablos! -comentó-. ¿Así que es usted, señor Emerson? No le he reconocido con esa vestimenta tan elegante.

- Ocúpese de mi madre, ¿quiere, señor Skuggins? -Tras soltarme, Ramsés comenzó a auxiliar a las señoras-. Realmente, caballeros -

dijo en tono de fría desaprobación-, este no es el modo de comportarse propio de los ingleses. ¡Qué vergüenza!

Se produjo una calma temporal. Los hombres de azul arrastraron sus pies, avergonzados, mientras las damas se estiraban la ropa y fulminaban a los policías con la mirada. Me sorprendió ver a la señora Pankhurst y a su hija, puesto que yo había supuesto que habrían entrado en la casa con el resto de líderes de la delegación.

- Todo eso está muy bien, señor Emerson -se atrevió a decir por fin uno de los policías tras aclararse la garganta-. Pero, ¿qué pasa con el señor Romer? Todas estas señoras forzaron su casa…

- Una suposición injustificada, señor Murdle -dijo Ramsés-. No se empleó la fuerza. La puerta la abrió el criado del señor Romer.

En ese momento estratégico la puerta se abrió de nuevo. No cabía error sobre la identidad del hombre que se hallaba de pie en el umbral. El resplandor de luz a su espalda iluminaba su cabello y su barba plateados, y tan inconfundible como su aspecto era la voz resonante que le había hecho merecedor de su reputación como uno de los más grandes oradores de Inglaterra.

- Señores míos, señoras… por favor… les ruego que me escuchen. He accedido atender a la petición de mi vieja amiga, la señora Markham, a condición de que todas ustedes se dispersen de manera pacífica y sin dilación. Sargento, ordene a sus hombres que regresen a sus puestos.

Detrás del señor Romer vislumbré un exuberante sombrero floreado antes de que la puerta se cerrara con un contundente «bang».

La voz de la señora Pankhurst fue la primera en romper el silencio:

- Ya está -dijo triunfante-. ¿No les dije que la señora Markham vencería? Venga, señoras, podemos retirarnos con honor.

Procedieron a hacerlo. La masa, decepcionada por un final tan soso, siguió su ejemplo, y al poco tiempo las únicas personas que permanecíamos allí éramos mi hijo y yo, y un único policía, que volvió a cerrar las violadas verjas antes de apostarse delante de ellas.

- ¿Nos vamos, madre? -Ramsés tomó mi brazo.

- Mmmm -dije.

- ¿Cómo dice?

- ¿No te has dado cuenta de una cosa muy rara…?

- ¿De qué?

Decidí no mencionar mi extraña sensación. Si Ramsés no había observado nada fuera de lo normal, sería porque yo estaba probablemente equivocada. Sin embargo, debería habérmelo pensado mejor. Raras veces me equivoco. Mi único consuelo era que, incluso si Ramsés me hubiera creído, seguramente el policía no lo habría hecho, y para cuando hubiera conseguido que alguien con autoridad me hiciera caso, el crimen ya se habría cometido.

La oscuridad era completa cuando llegamos a la casa, y caía una lluvia oscura y fina. Gargery se había asomado a esperarme; abrió la puerta de golpe antes de que yo llamara, y anunció con un tono de voz acusador que los otros miembros de la familia nos estaban esperando en la biblioteca.

- Oh, ¿llegamos tarde para el té? -inquirí entregándole mi sombrilla, mi capa y mi sombrero.

- Sí, señora. El profesor está bastante intranquilo. Si hubiéramos estado seguros de que el señorito Ramsés estaba con usted, no nos habríamos preocupado.

- Discúlpame por haberme olvidado de informarte -dijo Ramsés, añadiendo su sombrero a la pila de ropa que sostenía Gargery.

Si pretendía ser sarcástico, el efecto se perdía con Gargery. Había participado en varias de nuestras pequeñas aventuras, y se había divertido mucho con ellas. Ahora se consideraba responsable de nosotros, y se enfurruñaba si no le informábamos de nuestras actividades. Un mayordomo enfadado era un maldito inconveniente, pero, en mi opinión, era un precio muy bajo a cambio de tanta lealtad y afecto.

Captando la insinuación de Gargery nos fuimos directamente a la biblioteca sin cambiarnos, y encontramos a los demás reunidos alrededor de la mesa del té. Mi devoto marido me recibió con el ceño fruncido.

- Llegas condenadamente tarde, Peabody. ¿Qué te ha pasado?

A ninguno de nosotros nos gusta que se nos espere cuando estamos en familia, así que Nefret se había hecho cargo de la tetera. Llevaba una de las túnicas egipcias bordadas que prefería ponerse cuando estábamos en la intimidad,' y se había recogido el pelo rubio dorado con una cinta.

En sentido estricto, ella no era nuestra hija adoptiva, ni tampoco nuestra pupila, ya que había alcanzado la mayoría de edad el año anterior y, gracias a la insistencia de mi querido Emerson sobre los derechos de esta jovencita, ya controlaba la fortuna que había heredado de su abuelo. Sin embargo, no tenía otros parientes y se había convertido en alguien tan querido para Emerson y para mí como nuestra propia hija. Tenía trece años cuando la rescatamos del remoto oasis nubio donde había vivido desde que nació, y no había sido fácil para ella adaptarse a los convencionalismos de la moderna Inglaterra.

Tampoco había sido fácil para mí. A veces me preguntaba por qué el Cielo me había bendecido con dos de los hijos más difíciles a los que una madre pueda enfrentarse. No soy la clase de mujer que arrulla a sus bebés y adora a los niños pequeños, pero me atrevo a afirmar que Ramsés habría puesto a prueba los nervios de cualquier madre; era terriblemente precoz en algunas cuestiones y asombrosamente normal en otras. (El comportamiento normal de un chico implica una cantidad considerable de suciedad y la indiferencia total hacia su propia seguridad.) Justo cuando pensé que Ramsés había pasado la peor fase, llegó Nefret, llamativamente bella, extremadamente inteligente y firmemente crítica con los convencionalismos de la civilización. A decir verdad, no se podía esperar que una chica que había sido Gran Sacerdotisa de Isis en una cultura cuyos ciudadanos iban medio desnudos aceptara amablemente llevar corsé.

Comparada con ellos, el tercer joven presente había supuesto un agradable cambio. Un observador casual habría llegado rápidamente a la conclusión de que él y Ramsés eran parientes cercanos; tenía la misma piel morena y cabello negro ondulado y los mismos ojos oscuros de grandes pestañas. Su parecido era una mera coincidencia; David era el nieto de nuestro capataz, Abdullah, pero también el amigo más íntimo de Ramsés, y un miembro importante de nuestra familia desde que se había ido a vivir con el hermano de Emerson. No era muy hablador, posiblemente porque le resultaba difícil introducir una palabra cuando el resto de nosotros se hallaba presente. Con una sonrisa afectuosa me acercó un cojín para mis pies, y colocó una taza de té y una bandeja de sandwiches en una mesita a mi alcance.

- Tus ojos parecen cansados -le dije, examinándole de cerca-. ¿Has estado trabajando en los dibujos para el volumen del Templo de Luxor con luz artificial? Te he dicho cientos de veces que no deberías…

- Deja de preocuparte, Peabody -dijo Emerson con brusquedad-. Sólo quieres que el chico esté enfermo para poder administrarle esas nocivas medicinas tuyas. Bébete el té.

- Lo haré ahora mismo, Emerson. Pero David no debería…

- Quería terminar antes de que volvamos a Egipto -dijo Nefret-. No se preocupe por su vista, tía Amelia, las últimas investigaciones indican que leer con luz eléctrica no es perjudicial para la vista.

Habló con una autoridad que se justificaba, debía admitirlo, por sus estudios médicos. Que pudiera lograr dicha formación había sido una auténtica lucha. A pesar de las violentas objeciones de su Facultad de Medicina (masculina), la Universidad de Londres había abierto finalmente sus aulas a las mujeres, aunque las grandes universidades seguían denegándoles el acceso, y la dificultad de adquirir práctica clínica seguía siendo tan grande como lo había sido un siglo antes. Sin embargo, Nefret lo había conseguido con la ayuda de un grupo de señoras que habían fundado un colegio médico femenino en Londres, forzando a algunos hospitales a admitir a estudiantes femeninas en sus salas y quirófanos. Había hablado alguna vez de continuar sus estudios en Francia o Suiza donde (por extraño que le pueda parecer a un británico) el prejuicio contra las doctoras no era tan fuerte. Creo que, sin embargo, era reacia a dejarnos; adoraba a Emerson, a quien manejaba a su antojo, y ella y Ramsés eran realmente como hermanos. Es decir, lo eran excepto cuando decidían ser groseros el uno con el otro.

- ¿Por qué llevas esa ropa ridícula? -le estaba preguntado ahora Nefret, estudiando con diversión despectiva la figura elegantemente vestida de Ramsés-. No me lo digas. Déjame adivinar. La señorita Christabel Pankhurst estaba allí.

- No era difícil de adivinar -dijo Ramsés-. Tú sabías que iría.

- ¿Qué tiene que ver la señorita Christabel con el atuendo de Ramsés? -inquirí recelosa.

- Eso es la patética idea que tiene Nefret de lo que es una broma -replicó mi hijo volviéndose hacia mí.

- ¡Ja! -dijo Nefret-. Te aseguro, mi querido muchacho, que

dejarás de pensar que es una broma si sigues animando a la chica. Parece que los hombres consideráis muy divertidas las conquistas de ese tipo, pero esa chica es una joven muy resuelta, y no te desharás tan fácilmente de ella como has hecho con las otras.

- ¡Caray! -exclamé-. ¿Qué otras?

- Otra broma -dijo Ramsés, levantándose a toda prisa-. Ven y hazme compañía mientras me cambio, David. Hablaremos.

- De Christabel -murmuró Nefret sarcástica.

Ramsés estaba casi a medio camino hacia la puerta, pero aquella última «broma» fue demasiado para él; se paró y se volvió hacia Nefret.

- Si hubieras estado en la manifestación -dijo mordazmente-, habrías podido ver tú misma mi comportamiento. Creía que tenías la intención de ir.

La sonrisa de Nefret se desvaneció como por ensalmo.

- Eh… tuve la oportunidad de observar una interesante disección.

- No has estado en el hospital esta tarde.

- Cómo diablos… -me lanzó una rápida mirada y se mordió el labio-. No. La verdad es que fui a dar un paseo con una amiga.

- Qué bien -dije-. Eso explica el buen color de tus mejillas. ¡Aire puro y ejercicio! No hay nada igual.

Ramsés se dio media vuelta y salió con paso airado, seguido por David.

Cuando llegó el momento de reunimos para cenar, ya habían hecho las paces. Nefret estaba especialmente amable con Ramsés, como ocurría siempre después de sus peleas. Ramsés estaba particularmente silencioso, cosa rara en él. Me dejó que describiera la manifestación, lo que hice con mi vivacidad habitual y pequeños toques de humor. Sin embargo, no pude terminar ya que Emerson no siempre aprecia mi sentido del humor.

- Muy poco digno y vulgar -refunfuñó-. ¡Golpear a policías en la cabeza con pancartas, meterse por las buenas en la casa de un hombre! Romer es un burro redomado, pero no puedo creer que tal comportamiento sirva a tu causa, Amelia. La persuasión con tacto es mucho más efectiva.

- Precisamente tú eres el más adecuado para darnos lecciones, Emerson -repliqué indignada-. ¿Quién fue el que sin ningún tacto

golpeó a dos policías la primavera pasada? ¿Quién fue el que con sus observaciones carentes de cualquier tacto al director de antigüedades hizo que nuestro permiso para buscar nuevas tumbas en el Valle de los Reyes fuera rechazado? ¿Quién fue el que…?

Emerson entrecerró sus azules ojos hasta que formaron una línea, y una oleada de rubor le cubrió las mejillas. Dio un profundo suspiro. Antes de que pudiera emplearlo para hacer un discurso, Gargery, Nefret y David comenzaron a hablar a la vez.

- ¿Más jalea de menta, señor?

- ¿Cómo va la Historia, profesor?

Nefret me dirigió a mí en vez de a Emerson su pregunta:

- ¿Cuándo llegarán la tía Evelyn, el tío Walter y Amelita? ¿Mañana o pasado mañana?

Emerson se calmó con un gruñido, y yo respondí tranquilamente:

- Pasado mañana, Nefret. Pero todos vosotros debéis acordaros de no llamarla «Amelita».

Ramsés raramente sonreía, pero su expresión se suavizó un poco. Quería mucho a su primita.

- Será difícil. Es una cosita adorable, y el diminutivo le sienta bien.

- Se queja de que dos Amelias en la familia se prestan a confusión -expliqué-. Sospecho, sin embargo, que lo que le disgusta es que vuestro padre me llama Amelia sólo cuando está enfadado conmigo. Normalmente utiliza mi apellido de soltera a modo de elogio y como muestra de… eh… afecto. Vamos, Emerson, no me mires con esa cara, tú sabes que es verdad; a la pobre niña casi le dan convulsiones cuando bramas «¡Maldita sea, Amelia!» con ese tono de voz.

Nuevamente intervino Nefret para evitar que Emerson empezara a maldecir.

- ¿Se ha decidido ya que venga a Egipto con nosotros este año?

- Ha convencido a sus padres, con la ayuda de David. Evelyn dijo que se mostró tan persuasivo que fue irresistible -David enrojeció ligeramente e inclinó la cabeza-. Ella es la única de sus hijos que se interesa por la egiptología -proseguí-, sería una pena que se le impidiera desarrollar ese interés sólo porque es mujer.

- Ah, luego es así como les convenciste -dijo Ramsés,

mirándonos a mí y a su silencioso amigo-. Tía Evelyn no podría resistirse a ese argumento. Pero Melia, Lía, es muy joven.

- Sólo tiene dos años menos que tú, Ramsés, y has estado yendo a Egipto desde que cumpliste siete.

Con los placeres de la vida en familia había olvidado mi extraño presentimiento. Es más, como si lo adivinara, Némesis estaba a punto de cruzarse con nosotros. De hecho, en aquel preciso momento se hallaba llamando a la puerta.

Estábamos a punto de levantarnos de la mesa cuando Gargery entró en el comedor. Su mirada de fría desaprobación me advirtió, incluso antes de hablar, de que estaba disgustado por algo.

- Hay alguien de la policía que desea verla, señora Emerson. Le he informado de que no recibe visitas, pero ha insistido.

- ¿A la señora Emerson? -repitió mi marido-. ¿No a mí?

- No, señor. Ha preguntado por la señora Emerson y por el señorito Ramsés.

- ¡Maldita sea! -Emerson dio un brinco-. Será por la manifestación de esta tarde. Ramsés, ¡te dije que la contuvieras!

- Le aseguro, padre, que no ocurrió nada inconveniente -replicó Ramsés-. ¿Dónde está ese caballero, Gargery?

- En la biblioteca, señor. Allí es donde recibe usted a los policías, según creo.

Emerson fue por delante y los demás le seguimos. El hombre que nos esperaba no era un policía uniformado, sino un individuo alto y corpulento que llevaba traje de etiqueta. Emerson se paró de repente.

- ¡Caray! -exclamó-. Es peor de lo que pensaba. Amelia, ¿qué has hecho para hacer que venga a verte el Ayudante del Jefe de Scotland Yard?

Se trataba sin duda de Sir Reginald Arbuthnot, a quien conocíamos tanto social como personalmente, quien se apresuró a tranquilizar a mi agitado esposo:

- Necesitamos el testimonio de la señora Emerson y el de su hijo, profesor. El asunto es de cierta urgencia, de otro modo no le hubiera molestado a esta hora.

- Mmmm -dijo Emerson-. Más vale que sea realmente urgente, Arbuthnot. Sólo un asesinato a sangre fría podría excusar…

- Venga, Emerson, estás siendo grosero -dije-. Sir Reginald ha

sido muy amable al venir en persona en vez de citarnos en su oficina. Deberías haber deducido por su atuendo que fue requerido cuando se hallaba en una cena o un acto social de etiqueta, lo que no se hubiera producido si la situación no fuera seria. Estábamos a punto de tomar café, Sir Reginald; ¿quiere sentarse y unirse a nosotros?

- Gracias, señora Emerson, pero voy justo de tiempo. Si me pudiera decir…

- No se gana nada con prisas, Sir Reginald. Espero que ya hayan atrapado a los ladrones con el botín. Confío en que el señor Romer no haya sufrido ningún daño -toqué el timbre aprovechando el asombrado silencio que siguió a mis palabras-. Pero creo -continué mientras Gargery entraba con la bandeja del café- que sería mejor que tomara una copa de brandy, Sir Reginald. Respire, se lo ruego. Su cara ha adquirido un color preocupante.

- ¿Cómo…? -empezó boquiabierto, tras exhalar un suspiro que pareció una explosión en miniatura-. ¿Cómo ha sabido…?

- Reconocí al jefe de la banda esta tarde, o al menos eso creí. Llegué a la conclusión de que me había equivocado, pues no tenía razón para creer que el individuo en cuestión estuviera en Inglaterra. Sin embargo, su presencia en Londres sugiere que se ha producido un delito, y que éste se halla relacionado con la manifestación de esta tarde, puesto que era a Ramsés y a mí a los que usted quería interrogar. No hace falta mucha imaginación para llegar a la única conclusión posible.

- Ah -dijo Sir Reginald-. La única posible… Creo, señora Emerson, que aceptaré su amable sugerencia. Brandy. ¡Por favor!

Emerson, que era quien más había abierto los ojos, se volvió y se puso a caminar lentamente hacia el aparador; quitó el tapón del decantador y sirvió un generoso chorro de brandy en un vaso. Luego se lo bebió.

- Nuestro invitado, Emerson -le recordé.

- ¿Qué? Oh. Sí.

Una vez que sirvió a Sir Reginald, Emerson se volvió a servir otro brandy y se retiró al sofá, donde se sentó al lado de Nefret y me miró fijamente. Ramsés, con el semblante más blanco que yo había visto nunca, llevó café a los demás. Luego se sentó y me miró fijamente.

Todos me miraban fijamente. Era muy gratificante. Sir Reginald, tras beber suficiente cantidad de brandy, aclaró su voz:

- Señora Emerson, he venido a informarle de unas alarmantes noticias que llegaron a mi conocimiento hace escasamente una hora, pero usted parece saber todos los detalles. ¿Puedo preguntarle cómo los ha deducido?

- Espero que no sospeche usted que yo soy un miembro de la banda -dije riendo.

- Oh… bien… no, ciertamente no. Entonces, cómo…

Pensé que era mejor no comprometerme antes de saber todos los hechos.

- Me encantará explicárselo, Sir Reginald -dije evasivamente-. Pero primero sería mejor que contara a mi familia lo que pasó exactamente esta tarde.

El mayordomo del señor Romer era el testigo principal, y de quien la policía había escuchado la historia. No había abierto la puerta; de hecho, su patrón le había ordenado que la cerrara. No sabía cómo, habían forzado el pestillo. Desprevenido, había sido abatido por dos mujeres rechonchas y musculosas que le habían tirado al suelo, atándole de pies y manos con cuerdas que habían sacado de sus bolsitos. El resto de los invasores se abrió en abanico hacia la parte trasera de la casa. No se dijo una sola palabra; el procedimiento había sido planeado con la precisión de una operación militar.

Tendido e indefenso en el suelo del recibidor había visto a un hombre que llevaba una capa larga y un sombrero flexible subiendo las escaleras. Poco después, otro individuo, a quien consideró el jefe, había bajado las escaleras y se había encaminado a la puerta principal. Abriéndola, se dirigió a los de fuera con las palabras que ya he relatado anteriormente. Se trataba de la figura de su patrón, la voz de su patrón, la misma vestimenta de su patrón, pero en vez de ir en ayuda de su infortunado criado, el supuesto señor Romer había vuelto a subir las escaleras.

Durante la media hora siguiente, sólo las voces y sonidos delatores de una actividad frenética le habían indicado el paradero de los invasores. Cuando reaparecieron transportaban equipaje de todas clases, incluyendo un pesado baúl. Los portadores eran personas vestidas con las libreas de los lacayos del señor Romer,

pero sus caras no eran las de los criados que él conocía. Comenzaron a sacar mera el equipaje. Les seguía el hombre que se parecía a su patrón y que ahora llevaba puesto el abrigo con adornos de piel favorito del señor Romer. La mujer que iba con él era una de las intrusas; iba vestida como una dama, con una capa larga y un gran sombrero floreado. Cogidos del brazo abandonaron la casa, y la puerta se cerró tras ellos.

Al pobre hombre le costó casi una hora liberarse de sus ataduras. Deslizándose tímida y silenciosamente encontró al resto de los sirvientes encerrados en la bodega. Los lacayos sólo llevaban la ropa interior. El señor Romer, atado a una de las sillas de su biblioteca, se hallaba en el mismo estado de vergonzosa desnudez. Las vitrinas que habían contenido la magnífica colección de antigüedades egipcias de Su Señoría estaban vacías.

- En resumen -concluyó Sir Reginald-: los individuos que habían entrado en la casa asumieron el papel que les confería la librea de los lacayos y transportaron los baúles, que contenían la colección del señor Romer, a un carruaje que les esperaba. El policía de la puerta no sospechó nada. Incluso ayudó al conductor a cargar el equipaje en el carruaje. En cuanto al individuo a quien el mayordomo tomó por su patrón…

- Era el hombre del sombrero flexible y la capa -dije-. Me culpo a mí misma, Sir Reginald, por no haber informado a Scotland Yard de inmediato. Sin embargo, espero que me haga justicia al admitir que ninguno de sus subordinados me habría creído.

- Muy posiblemente no. ¿Debo entender, señora Emerson, que reconoció usted a esta persona, a distancia, y a pesar del disfraz que engañó incluso al propio mayordomo de Su Señoría?

- Yo no diría reconocer -repliqué-. La moderna moda de barbas y mostachos que hoy día siguen tantos caballeros hace que la tarea del impostor sea ridículamente fácil. Fue más bien una sensación indefinible de familiaridad provocada por su postura, sus gestos… la misma sensación de familiaridad que me impresionó cuando vi al individuo de la capa de terciopelo y el sombrero flexible. Es un maestro del disfraz, un imitador con habilidad excepcional…

- Amelia -dijo Emerson, respirando fuerte por la nariz-, nos estás diciendo que este hombre era…

- El Maestro del Crimen -dije-. ¿Quién si no?

Nuestros primeros encuentros con este notable individuo se habían producido cuando estábamos trabajando en los antiguos cementerios cercanos a El Cairo. El robo de tumbas y la venta de antigüedades ilegales son una práctica habitual en Egipto; la primera de estas profesiones se ha venido practicando desde la época de los faraones. Sin embargo, a principios de 1890 se había producido un dramático aumento de estas actividades, y era evidente que algún genio del crimen se había hecho cargo del inicuo hampa del comercio de antigüedades. Debo decir que esta conclusión era evidente para Emerson y para mí. Los oficiales de policía son bastante tontos, y se resisten a las nuevas ideas. Hasta que no descubrimos el cuartel secreto de Sethos no se vieron obligados a admitir la verdad de nuestras deducciones e incluso ahora, según me han dicho, algunas personas niegan que dicho hombre exista.

Aunque habíamos hecho fracasar algunos de los muchos repugnantes planes de Sethos, el hombre en cuestión siempre se nos había escapado. Habían pasado algunos años desde la última vez que le vimos u oímos hablar de él; de hecho, durante un tiempo incluso creíamos que había muerto. Otros canallas, igualmente desaprensivos, habían intentado tomar el control de la organización criminal que él había creado. Ahora parecía evidente que Sethos había reconstruido su organización, no en Egipto, sino en Europa, exactamente en Inglaterra.

Estaba a punto de explicar esto al pobre y confundido Sir Reginald cuando me volvieron a interrumpir. Había estado esperando un arrebato de Emerson, cuyo violento temperamento y dominio del mal lenguaje le habían hecho merecedor del cariñoso sobrenombre árabe de «Padre de las maldiciones». Sin embargo, en esta ocasión la interrupción vino de Ramsés.

- Algo que me dijo la señorita Christabel Pankhurst, aunque en aquel momento no significara nada para mí, contribuye a justificar su teoría, madre. La señora Markham y su hermano se unieron al grupo después de que nos fuéramos de Londres, en junio. Otras «señoras», amigas suyas, tomaron al mismo tiempo parte activa en el movimiento. Deben ser las que entraron en la casa con ella. Recuerdo que en aquel momento me extrañó que la señora Pankhurst no formara parte de la delegación.

- Sí, pero… pero… -tartamudeó Sir Reginald-. lodo eso carece de fundamento, no se puede probar.

- La prueba -dijo mi fastidioso descendiente, anticipándose a mí como tenía por costumbre- está en los resultados. Los ladrones no eran rateros corrientes; iban detrás de las antigüedades del señor Romer, que constituyen una de las más excelentes colecciones privadas del mundo. El Maestro del Crimen está especializado en antigüedades egipcias, y la idea de utilizar una organización sufragista a fin de conquistar la entrada de la casa de un virulento oponente al voto femenino es típica del sarcástico sentido del humor de Sethos.

- Pero -dijo Sir Reginald, como un disco rayado de gramófono-, pero…

- Si se trataba de Sethos, nunca logrará coger a ese bastardo -intervino Emerson. El que no se disculpara por su mal lenguaje (al que, debo confesar, todos nosotros nos habíamos acostumbrado) era un síntoma de su estado de ánimo-. En cualquier caso -prosiguió-, le deseo suerte. Nada me complacería más que verle en el banquillo. Le hemos contado todo lo que sabemos, Sir Reginald. ¿No haría mejor en ir tras él en vez de quedarse repantingado bebiendo brandy?

*Del manuscrito H*

Ramsés abrió la puerta de su habitación.

- ¿Has llamado? -preguntó con simulado asombro-. ¿A qué se debe este cambio de costumbres?

Nefret entró rápidamente en la habitación arrastrando los faldones de su bata como si fuera una vestimenta regia, y se tiró en la cama.

- No trates de ponerte a la defensiva, Ramsés. No dejaré que lo hagas. ¿Cómo te has atrevido a espiarme?

Involuntariamente, Ramsés echó una mirada a David, quien puso los ojos en blanco y se encogió de hombros, indicando así que no tenía la menor intención de involucrarse en la discusión.

- Una acusación sin provocación ni justificación -dijo Ramsés.

Su fría respuesta sólo consiguió enfadar aún más a Nefret. Sus mejillas se tiñeron de un intenso color escarlata.

- ¡Qué diablos! Fuiste al hospital a escondidas para averiguar si yo estaba allí. Bien, pues no estaba, ¿no?

- Evidentemente, no.

Se miraron fijamente el uno al otro. David decidió que era el momento de intervenir, antes de que uno de los dos dijera algo de lo que se pudiera arrepentir.

- Estoy seguro de que Ramsés sólo fue a preguntarte si querías acompañarle a la manifestación sufragista. ¿No es verdad, Ramsés?

Ramsés asintió con la cabeza. Era lo mejor que podía hacer; un «sí» sonoro se le habría clavado en la garganta.

- No deberías haberlo sacado a colación delante de tía Amelia y el profesor.

- Tú empezaste.

- ¿Al tomarte el pelo con Christabel? -Nefret nunca podría permanecer enfadada durante mucho tiempo. Las comisuras de su boca comenzaron a temblar.

- ¡Tú sabes que me importa un comino la maldita chica!

- Oh, querido, qué forma tan poco caballerosa de expresarlo. Pero ella…

- No vuelvas a empezar -exclamó David. Nunca sabía si reír, renegar o tomar partido cuando aquellos dos se enfrascaban en una de sus discusiones; Nefret era una de las pocas personas en el mundo que podía hacer que Ramsés perdiera los estribos, y David era, probablemente, la única persona en el mundo que sabía por qué. Esperando distraerles, prosiguió-: Has llegado en un momento muy oportuno, Nefret; estábamos hablando sobre la reaparición del Maestro del Crimen, y

Ramsés estaba a punto de contarme lo que sabe acerca de tan misterioso individuo.

Nefret se sentó y cruzó sus piernas.

- Lo siento, Ramsés -dijo alegremente-. No debería haberte acusado de espiarme.

- No.

- Te toca disculparte.

- ¿Por qué? -el joven captó la mirada de David, y se dominó a sí mismo-. Oh, muy bien. Lo siento.

- Todo olvidado, pues. Me alegro de haber venido, porque me muero de curiosidad sobre Sethos. Para ser sincera, he llegado a pensar que él era… bien, no exactamente una invención de la imaginación de tía Amelia, pero sí un ejemplo de su tendencia a

exagerar.

- Su afición al melodrama, quieres decir -Ramsés se sentó en el suelo, al estilo árabe.

Nefret sonrió burlonamente y tomó el cigarrillo que él le ofreció.

- Ninguno de nosotros está siendo totalmente justo, Ramsés. Tía Amelia no necesita exagerar. Las cosas le ocurren a ella. Sin embargo, como de costumbre se estaba guardando algo. Siempre se nota, porque te mira fijamente a los ojos y habla vivaz y firmemente. Y el profesor también ocultaba algo. ¿Cuál es el secreto de Sethos que ninguno de los dos quiere que se sepa?

- Ya te he contado algo al respecto.

- Poca cosa. Fue de él de quien aprendiste el arte del disfraz…

- Eso no es exactamente así -dijo Ramsés-. Heredé la colección de disfraces de Sethos, después de que padre le obligara a huir de su cuartel, pero tuve que descubrir yo mismo sus métodos y perfeccionarlos.

- Te pido disculpas -dijo Nefret.

- Concedidas.

- Ramsés… -comenzó David.

- Sí. Os he contado a los dos lo que sé de ese hombre a raíz de mis encuentros con él. En todas esas ocasiones, él estaba disfrazado, y muy bien, por cierto; su interpretación de una excéntrica vieja dama americana fue absolutamente brillante. Al final de esa aventura en cuestión, consiguió secuestrar a madre, y la mantuvo apresada durante varias horas. Yo no sé qué ocurrió en ese intervalo. Dudo que ni siquiera mi padre lo sepa seguro. Por eso la simple mención de Sethos le enloquece de esa manera.

Nefret se quedó boquiabierta.

- Caray -murmuró entrecortadamente-. Quieres decir que él… ella… ellos…

- Lo dudo -dijo fríamente Ramsés-. Nunca he conocido a dos personas tan unidas la una a la otra como mis padres. A veces es muy embarazoso -añadió frunciendo el entrecejo.

- Yo creo que es bonito -opinó Nefret con una gran sonrisa-. No, tía Amelia nunca le sería infiel al profesor, pero si estaba en poder de ese hombre endiablado…

- Nunca habría hablado de Sethos con ese dominio si él la hubiera forzado -afirmó Ramsés con rotundidad-. Sin embargo, no

me cabe la menor duda de que ese hombre estaba enamorado de ella, y es posible que mi madre se sintiera involuntariamente atraída hacia él. Vi la carta que él le envió después de que la recuperáramos; Sethos le prometió que nunca volvería a hacerle nada a ella o a cualquier otra persona que ella amara. Sin embargo, sospecho que mis padres se han vuelto a encontrar con él desde entonces. Hay algunos detalles aún oscuros sobre aquel asunto de hace un tiempo… ¿te acuerdas, Nefret?, cuando fueron a Egipto solos y nosotros nos quedamos con tía Evelyn y tío Walter.

Nefret se echó a reír a carcajadas.

- ¿Te acuerdas de la noche en que soltamos al león de su jaula? ¡Tío Walter estaba absolutamente furioso!

- Conmigo -dijo Ramsés-. No contigo.

- Fue idea tuya -puntualizó Nefret-. Bien, no importa. Pero el canalla en aquel caso no era Sethos, sino otro. No me acuerdo de su nombre.

- Es difícil seguir la pista a toda la gente que ha intentado matar a madre y a padre -asintió Ramsés-. Ese canalla era un tipo llamado Vincey, y puesto que padre le disparó durante su último encuentro, debemos deducir de forma razonable que era culpable de algo. Padre no mata a la gente si lo puede evitar. Pero sigo pensando que Sethos estaba involucrado en aquel asunto de una manera que no puedo explicar.

- Es sencillamente ridículo que tengamos que juntar las piezas a partir de trocitos de información -se quejó Nefret frunciendo el entrecejo-. ¿Por qué tía Amelia y el profesor tratan de ocultarnos información? Es peligroso tanto para ellos como para nosotros. ¡Quien está desinformado está desarmado!

Hacía gestos vehementes, esparciendo la ceniza en el suelo. Ramsés le cogió el cigarrillo y lo apagó en el cuenco que utilizaban como cenicero. Su función original había sido la de contener popurrí. Su madre sabía que fumaba, aunque él raramente lo hacía en su presencia, ya que a ella no le gustaba. Él sabía que lo hacía porque a ella no le gustaba. David lo hacía porque lo hacía, y Nefret lo hacía porque él y David lo hacían.

- Me pregunto si Sethos sabía que ella estaría allí esta tarde -dijo David.

- Estoy convencido de que no lo sabía -dio Ramsés-. Madre tenía

muy poco que ver con la WPSU, y decidió asistir a esa manifestación concreta, sin pensarlo mucho.

- Sin embargo, él ha debido verla.

- Es difícil que madre pase desapercibida. -Intercambiaron sonrisas de asentimiento, y Ramsés prosiguió-: Sin embargo, cuando ella llegó, era muy tarde para cancelar la operación. No, David, estoy seguro de que el encuentro fue accidental. Ese hombre se cuidará muy mucho de alejarse de su camino de ahora en adelante.

Se quedaron en silencio. Después de un rato, Nefret preguntó:

- ¿Qué pinta tiene? Amelia es muy buena observadora; si estuvo tanto tiempo a solas con él, seguro que advirtió algo.

- No demasiado. Sus ojos tienen un tono indeterminado; pueden parecer negros, grises o color avellana. No sabemos cuál es el color de su pelo, debido a que usa muy hábilmente pelucas y tintes. Los únicos datos de los que podemos estar relativamente seguros son su altura, un poco menos de uno ochenta, y su complexión, que es la de un hombre en todo su esplendor y en excelente forma física. Aunque habla varios idiomas, madre opina que es inglés. Deberéis admitir que nada de esto es excesivamente útil.

- A pesar de todo, ella le reconoció esta noche -dijo Nefret.

- Sí, es muy raro -admitió Ramsés-. Yo hubiera pensado que se lo había inventado, a no ser porque indudablemente hubo algo que le chocó en aquel momento. Incluso me preguntó si yo había advertido algo fuera de lo normal, aunque luego se lo pensó mejor y no dijo nada.

- ¿Y tú no notaste nada?

- No había visto a ese tipo desde hacía años, y…

- Está bien, muchacho, no hace falta que te disculpes. Uno ochenta de estatura, en excelente condición física… Mmmm.

- ¿Qué es exactamente lo que estás insinuando? -preguntó Ramsés con rigidez.

- Cálmate, muchacho -Nefret posó su esbelta mano sobre su hombro-. Te aseguro que yo no quería insultar a tía Amelia. Pero si ella se sintió atraída por él, aunque fuera involuntariamente, la contrarreacción será aún más fuerte.

- ¿Qué contrarreacción? -preguntó David.

Nefret le dirigió una amable sonrisa.

- Ninguno de vosotros sabe mucho de mujeres. Una mujer puede

perdonar a un hombre por haberla secuestrado, y seguramente no le culpará por haberse enamorado de ella. Lo que nunca perdonará es que le hagan parecer tonta. Y esto es lo que Sethos ha hecho con tía Amelia.

- Me gustaría que no fueras tan críptica -refunfuñó Ramsés-. Te pareces a madre.

- No soy críptica, ¡es un simple hecho! ¿No te das cuenta? La forma en que Sethos utilizó el movimiento sufragista supuso un golpe a una causa a la que tía Amelia le tiene cariño. Dará nuevos argumentos a aquellos machos defensores de la supremacía que proclaman que las mujeres son muy ingenuas e infantiles para enfrentarse al mundo. La WPSU será ridiculizada sin piedad por haber admitido a un hatajo de criminales en sus filas…

- Eso no es justo -protestó Ramsés-. Sethos ha engañado a los investigadores criminales más agudos.

- Justo, injusto, ¿qué le importa eso a la prensa? Y esperad a que algún periodista avispado descubra que tía Amelia estaba allí. «La señora Amelia P. Emerson, la notable arqueóloga y detective aficionada, ¡atacó a un policía que estaba intentando impedir que una banda de ladrones entrara en la casa!»

- Oh, Nefret -exclamó David, visiblemente pálido-. ¡No deberían!

- En realidad, ella no atacó al tipo -dijo pensativo Ramsés.

- Pero no sería por no haberlo intentado. ¡Oh, chicos! ¿Creéis que podríamos encontrar alguna excusa para irnos de la ciudad durante unos días?

# Capítulo 2

Soy una persona racional. Controlo firmemente mis emociones en todo momento. Como estoy bastante familiarizada con las mentiras y exageraciones de los periodistas, sabía qué podía esperar de esos canallas una vez que se destapó la historia del robo. Estaba preparada para lo peor, y decidida a no perder los estribos.

Esto no habría pasado si el Daily Yell, el más notable exponente del periodismo sensacionalista de Londres, no hubiera publicado una carta del propio Sethos. Había sido enviada al periódico a la atención de Kevin O'Connell, un viejo conocido nuestro. A veces, hasta consideraba a Kevin un amigo. Pero aquélla no era una de esas veces.

- Por una vez -me advirtió Emerson casi sin aliento, al luchar yo por liberarme de los férreos brazos que me apresaban- debo acudir en defensa de O'Connell. No esperarías que se abstuviera de publicar… ¡Maldita sea, Peabody!, ¿te importaría cerrar la sombrilla y dejar esa violencia? No permitiré que salgas de casa mientras estés en ese estado de ánimo tan agitado.

Me atrevería a decir que podría haberme escapado de él, pero no habría ido muy lejos. Gargery se hallaba apostado delante de la puerta cerrada, con los brazos extendidos y el cuerpo en tensión; Ramsés y David habían acudido atraídos por los gritos de Emerson y mis protestas de indignación, y no me hacía ilusiones sobre de qué lado estaban. Los hombres siempre se apoyan.

- No sé por qué te comportas de manera tan indigna, Emerson -protesté-. Déjame que me vaya enseguida.

- Dame tu palabra de que te tranquilizarás -exigió él sin ceder un

ápice.

- ¿Cómo iba a hacerlo de otro modo, cuando sois cuatro hombretones contra una pobre mujercita?

Gargery, que no es especialmente grande ni musculoso, se hinchó orgulloso.

- Vaya, señora… -comenzó.

- Cuidado con lo que vas a decir, Gargery.

- Sí, señora. Si la señora quiere ver a ese periodista desmenuzado, debería dejárselo al profesor, o a mí, o a Bob, o a Jerry, o a…

Emerson le cortó de golpe con un gesto y una inclinación de cabeza.

- Vamos a la biblioteca, Peabody, y hablaremos con calma. Gargery, sírvenos un whisky.

Un sorbo de esta bebida curativa, tan sedante para los nervios, me devolvió mi autocontrol habitual.

- Supongo que todos vosotros habréis leído la carta -empecé.

Lo habían hecho evidentemente, incluyendo a Nefret, que se había mantenido prudentemente alejada hasta entonces.

- Lo consideré un gesto caballeroso y cortés -dijo David tímidamente-. Casi una disculpa.

- Una maldita impertinencia, más bien -estalló Emerson-. Una burla, un escarnio, un reto; echar sal en la herida, agravar la ofensa…

- Tiene un cierto matiz retórico -dijo Ramsés cogiendo el periódico-: «A las honorables y rectas damas del movimiento sufragista, movimiento con el que simpatizo completamente, no se les puede culpar de no haberse anticipado a mis intenciones. La policía de una docena de países me ha buscado en vano. Scotland Yard…» -interrumpió la lectura y miró a Nefret de forma crítica-. ¿Lo encuentras divertido?

- Mucho -la risa de Nefret es sumamente deliciosa, suave y de tono bajo, como el agua bañada por la luz del sol borboteando entre las piedras, pero en esta ocasión podría haber pasado sin el placer de escucharla. Al ver que yo la miraba, intentó contener su hilaridad, pero con un éxito bastante parcial-. Particularmente donde dice que simpatizaba con el movimiento sufragista. Considerando que uno de sus lugartenientes es una mujer, hay que

reconocer que es fiel a sus principios.

- ¿Qué principios? -exigió Emerson, visiblemente contrariado-. Su referencia a tu tía Amelia demuestra que no es un caballero.

- Se refirió a ella en los términos más aduladores -insistió Nefret. Le arrebató el periódico a Ramsés, y leyó en voz alta-. «Si hubiera sabido que la señora Emerson estaría presente, no habría proseguido con mi plan. Tengo más respeto a su perspicacia que a la de Scotland Yard.»

- ¡Ja! -exclamó Emerson con amargura. Yo no dije nada; si soltaba mi lengua, temía decir algo impropio de una dama.

Ramsés nos miró a Nefret y a mí.

- ¿Qué piensas tú, Nefret?

- Pienso -dijo Nefret-que tampoco Sethos sabe mucho de las mujeres.

Me produjo una leve y humilde satisfacción enterarme de que Sethos había hecho fracasar a Scotland Yard, del mismo modo que me había engañado a mí. La investigación había llegado a un punto muerto después de que el carruaje del señor Romer fuera localizado en un establo de Cheapside. El individuo que lo había dejado había sido descrito, inútilmente, como un caballero con barba. El carruaje había sido vaciado.

Recibí una nota cortés de la señora Pankhurst deseándome buen viaje y esperando tener el placer de volver a verme a mi vuelta de Egipto, en primavera. Aparentemente, me culpaba de la desagradable publicidad que había recibido el movimiento. Una actitud poco razonable, pues no había sido yo la engañada por la señora Markham y su «hermano» pero, por supuesto, si hubiera hecho esta observación habría rebajado mi dignidad. Perdoné a la señora Pankhurst, pues era mi deber de cristiana, y no respondí a su mensaje.

La prensa rodeaba la casa, solicitando entrevistas. Yo estaba decidida a mantener una pequeña conversación con Kevin O'Connell, pero habría sido imposible admitirle sin despertar con ello el espíritu competitivo de sus desaprensivos colegas, así que Ramsés y Emerson le introdujeron clandestinamente en la casa, al anochecer, a través de la carbonera. Todavía estaba un poco manchado de carbón cuando Emerson le llevó a la biblioteca y le ofreció un whisky con soda.

Yo no acertaba a comprender la extraordinaria paciencia de Emerson con Kevin, a quien siempre había considerado un pesado infernal, pero iba aceptando su punto de vista; si Kevin hubiera rechazado la carta, Sethos habría enviado copias a otros periódicos. Por tanto, acepté sus efusivas disculpas, sin abandonar del todo una actitud ligeramente altiva.

- De verdad, querida señora Emerson, yo nunca hubiera permitido que se publicara la carta si hubiera sabido que usted se lo tomaría tan mal -objetó-. Me pareció tan caballerosa y cortés…

- Oh, bah -exclamé-. No se preocupe por las excusas, Kevin, admito que en este asunto no tenía elección. Sin embargo, lo menos que podría hacer en compensación sería contarnos todo lo que sabe acerca de esa impertinente misiva.

- Puedo hacer algo mejor que eso -Kevin extrajo un sobre del bolsillo de su chaqueta-. He traído el original.

- ¿Cómo se las ha arreglado para que se la devolviera Scotland Yard? -pregunté.

- Mediante soborno y corrupción -contestó Kevin con una descarada mueca-. Sólo es un préstamo, señora, así que aproveche su tiempo. Le he asegurado a mi… eh… amigo que se la devolvería antes de mañana.

Una vez leída la carta se la pasé a Emerson.

- Deberíamos haber supuesto que Sethos no dejaría una pista útil -dije indignada-. El papel es de una clase que se puede comprar en cualquier papelería. Ni siquiera el mensaje está escrito a mano, sino con máquina de escribir.

- Una Royal -dijo Ramsés, mirando por encima del hombro de su padre-. Es uno de los últimos modelos, con carril de un solo recorrido y rodamiento de bolas…

- Bien lo puedes decir seguro…, al fin y al cabo ninguno de nosotros puede probar que estás equivocado -advertí con un cierto grado de sarcasmo.

- Sin embargo, creo que estoy en lo cierto -se defendió mi hijo con calma-. He hecho un estudio sobre máquinas de escribir, puesto que son ya de uso común, y casi me atrevo a decir que sustituirán completamente…

- La firma está escrita a mano -le interrumpió David en un intento de cambiar de tema. Ramsés tiene la costumbre de hablar

sin parar.

- En jeroglíficos -gruñó Emerson-. ¡Qué ego tan increíble tiene este hombre! Incluso ha rodeado su nombre con una voluta, un privilegio reservado a la realeza.

Kevin estaba empezando a mostrar signos de impaciencia.

- Perdóneme, señora Emerson, pero le prometí a mi aliado que le devolvería esto a medianoche de hoy. Sería el primer sospechoso si desapareciera, y yo podría perder una valiosa fuente de información.

Al día siguiente todavía había un par de malditos reporteros rondando cuando estábamos esperando a Evelyn y Walter. Enviamos el carruaje a la estación para aguardar al tren, y esperamos el momento adecuado; Emerson salió entonces, agarró a un reportero al azar, le arrastró por la calle hasta el parque, y le arrojó al estanque. Esto valió para distraer a los restantes miserables, y así Evelyn, Walter y Lía, como debo llamarla, pudieron entrar en la casa sin que les asaltaran.

Walter rechazó el té a cambio de un whisky con soda, pero su reacción ante el asunto fue menos violenta de lo que yo había temido que fuera. Como le dijo a su mujer:

- Deberíamos estar acostumbrados, Evelyn; nuestra querida Amelia hace que esas cosas sean habituales.

- No puedes echarle la culpa de esto a Amelia -protestó Evelyn con firmeza.

- Sí puedo -dijo Emerson, cepillándose las manchas de barro de sus botas y pantalones-. Si no se le hubiera metido en la cabeza participar en esa manifestación…

- Yo misma me hubiera unido a ella si hubiera estado en Londres -le interrumpió Evelyn-. Venga, Emerson, posiblemente Amelia no pudo prever que esa… persona… fuera a actuar.

- Concedámosle eso -asintió Walter, quien me dirigió una sonrisa afectuosa.

- Debe haber sido terriblemente emocionante -dijo Amelita (a quien me debo de acostumbrar a llamar Lía).

¡Se parecía tanto a su madre! Su piel tersa, sus suaves ojos azules y su pelo rubio me traían buenos recuerdos de la muchacha a quien un día me encontré desmayada en el Foro de Roma, hacía ya tantos años. Pero, gracias a Dios, aquel joven rostro resplandecía de

salud, y su preciosa figura rebosaba firmeza y resolución.

Nefret le dirigió una mirada de advertencia.

- No te hagas ilusiones, querida. Sethos dejó claro que el encuentro fue accidental y que lo habría evitado de haber podido. Os aseguro que nos espera una campaña insulsa, sin aventuras emocionantes.

- Tienes razón -dijo David.

- Absolutamente -dijo Ramsés.

- Una temporada de lo más sosa -afirmé-. Emerson tiene la intención de proseguir con su aburrido trabajo en el Valle. Me extraña que hayas aguantado tanto tiempo, Emerson. Es insultante para nosotros… los mejores especialistas de la profesión… a. quienes sólo nos conceden permiso para despejar las tumbas que el resto de arqueólogos han abandonado por carecer de interés. Somos poco menos que criados, limpiando la porquería que dejan sus señores.

Emerson me interrumpió con cierta brusquedad y Walker, conciliador como siempre, interrumpió a Emerson, preguntándole cuánto tiempo faltaba para que partiéramos. Yo había alejado la conversación del tema peligroso. Evelyn y Walter nunca habrían dejado que su amada hija nos acompañara si hubieran creído que había un peligro por delante. Por supuesto, tampoco yo lo hubiera consentido.

Fue a la mañana siguiente cuando recibí otro mensaje de la señora Pankhurst, invitándome a una reunión de emergencia del comité programada para esa misma tarde.

Nefret se había llevado a Lía con ella al hospital, y los chicos habían ido al Museo Británico con Walter. Emerson había anunciado en el desayuno que tenía intención de trabajar en su libro y que no quería interrupciones. Yo había esperado pasar un día tranquilo con Evelyn, que es mi mejor amiga a la vez que mi cuñada, pero después de considerarlo brevemente, decidí que debía asistir a la reunión. Aunque la señora Pankhurst no hizo referencia a su nota anterior, yo me agarré a la presente invitación como si fuera una rama de olivo. Se trataba de una epístola formal, breve y pertinente.

Evelyn, ardiente sufragista como yo, estaba de acuerdo en que debía poner la otra mejilla en bien de la causa, pero yo pensé que

debía rechazar su sugerencia de acompañarme.

- Se trata de una reunión seria, ¿sabes?, y no sería adecuado llevar a una extraña, especialmente si tenemos en cuenta que yo no soy un miembro del comité. Puede que me propongan esta tarde. Sí, parece bastante probable.

Evelyn asintió con la cabeza.

- ¿Le vas a contar a Emerson tus planes, o lo hago yo cuando salga de su guarida?

' -Se parece a un oso cuando se le molesta -afirmé con una risa-. Pero creo que haría mejor en decírselo. No le gusta que me vaya sin haberle informado.

Mi marido estaba inclinado sobre su mesa de despacho, atacando la hoja con golpes vehementes de su pluma. Aclaré mi voz. Se levantó, tiró la pluma, renegó y me miró fijamente.

- ¿Qué quieres?

- Voy a salir un momento, Emerson. Pensé que era mi deber decírtelo.

- Oh. -Flexionó un par de veces sus agarrotadas manos-. ¿Adonde vas?

Se lo expliqué. Los ojos de Emerson brillaron.

- Te llevaré en el coche.

- No, ¡no lo harás!

- Pero Peabody…

- Tienes trabajo que hacer, querido. Además, no has sido invitado. Se trata de una reunión formal. Tengo que hacer unos recados primero, y ya sabes cuánto odias ir de tiendas conmigo.

- Una excusa es suficiente -dio Emerson suavemente-. Tú no me mentirías, ¿verdad, Peabody?

- Te enseñaré la carta de la señora Pankhurst si no me crees - inmediatamente, él alargó la mano-. Realmente, Emerson -exclamé-. Me duele y ofende profundamente que dudes de mi palabra. La carta está en el escritorio de mi sala de estar, pero si quieres verla puedes cogerla tú mismo.

- Entonces, ¿irás en el carruaje?

- Sí. Bob me llevará. ¿A qué viene este interrogatorio, Emerson? ¿Tienes premoniciones?

- Nunca tengo premoniciones -gruñó Emerson-. Bien, Peabody. Compórtate y trata de no meterte en problemas.

Ya que había mencionado los recados, pensé que debía realizar algunos, pues yo nunca miento a Emerson a menos que sea absolutamente necesario. Me llevaron poco tiempo, y ya caía la noche cuando Bob me acercó a la Clement's Inn, donde se alojaban las Pankhurst.

Fleet Street estaba llena de autobuses, carruajes, furgonetas y bicicletas, y cada vehículo buscaba un hueco entre el tráfico. Los automóviles se colocaban a la cabeza de sus rivales cuando había oportunidad, contribuyendo al alboroto con el rugido de sus motores. Nuestro avance era lento. Cuando una de las paradas se prolongó, miré por la ventana y vi un auténtico atasco de vehículos justo frente a nosotros. El núcleo de la obstrucción parecía ser el carro de un vendedor ambulante y un cabriolé, que habían enganchado sus ruedas. Los dueños de ambos estaban lanzándose insultos el uno al otro; otros conductores añadían comentarios, y desde algún lugar por detrás de nosotros, el impaciente conductor de un automóvil hacía sonar su bocina con toques frenéticos.

- Iré caminando desde aquí -le dije a Bob-. Sólo son unos metros.

Abrí la puerta con cierta dificultad, pues una furgoneta de reparto se aproximaba por ese lado y me dispuse a salir. Sin embargo, mi pie no llegó a tocar nunca la calzada. Tan sólo pude vislumbrar de refilón una cara áspera y sin afeitar cerca de la mía, antes de que me pasaran como si fuera un fardo de las manos de un primer hombre a las de un segundo individuo. Al principio, me quedé demasiado asombrada como para ser capaz de defenderme de forma eficaz. Luego vi, detrás del segundo hombre, algo que me indicó que no había tiempo que perder. Las puertas traseras de la furgoneta estaban abiertas, y me estaban conduciendo hacia allí.

Mi situación era bastante comprometida. Había dejado caer mi sombrilla, y mis gritos quedaban ahogados por los incesantes bocinazos del automóvil. Cuando el individuo intentó lanzarme al interior de la furgoneta, me las arreglé para agarrarme a la puerta. Un golpe fuerte en mi antebrazo aflojó mi mano, arrancando un grito de pánico de mis labios. Lanzando un violento juramento, aquel canalla me dio un empujón y caí, golpeándome con bastante fuerza en la parte trasera de mi cabeza. Con medio cuerpo dentro y otro medio fuera de la furgoneta, mareada y sin aliento, y cegada por el sombrero que había resbalado sobre mis ojos, acumulé

fuerzas para lo que yo creía sería mi acto de resistencia final. Cuando unas manos apresaron mis hombros empecé a dar patadas con la mayor fuerza posible.

- ¡Maldición! -exclamó una voz familiar.

Me senté y aparté el sombrero de mis ojos. La oscuridad era casi completa, pero ya habían encendido las luces de la calle, y los potentes faros de un automóvil dibujaron la silueta de alguien a quien yo reconocía tan bien como había reconocido su amada voz.

- Oh, Emerson, ¿eres tú? ¿Te he hecho daño?

- Hemos evitado el desastre por poco -dijo mi marido muy serio.

Me sacó de la furgoneta y me estrujó hasta hacerme daño, rematando la destrucción de otro de mis mejores sombreros.

- ¿Está bien? -la agitada voz pertenecía a David, encaramado en lo alto de un carro que estaba situado justo detrás de nosotros. Ignorando las maldiciones del conductor saltó, seguido por una lluvia de coles, y llegó corriendo al lado de Emerson-. Profesor, ¿no deberíamos llevárnosla de inmediato? Puede que queden aún más.

- No tendremos esa suerte -gruñó Emerson. Cogiéndome en brazos, se inclinó y miró debajo de la furgoneta-. Se han largado, maldita sea. Debería haber golpeado más fuerte a ese bastardo. Es culpa tuya, Peabody; si no me hubieras dejado sin aliento con esa patada en…

- ¡Radcliffe! -Aunque la voz estaba distorsionada por la emoción y falta de aliento, supe que el que hablaba tenía que ser Walter; nadie más utiliza el nombre de pila de Emerson, que tanto detesta.

- Sí, sí. -Apretando su abrazo, como si temiera que fuera a huir, Emerson me condujo hacia el automóvil. Era nuestro automóvil. Tras el volante, observando con tranquilo interés, se encontraba mi hijo Ramsés.

- A la porra las premoniciones -dijo Emerson-. Fue la pura razón la que me hizo saber de repente que habías sido víctima de un tremendo error de juicio.

- De hecho -dijo Evelyn-, fui yo quien te convenció, ¿no?

Hubo un tiempo en el que mi cuñada no se hubiera atrevido a contradecirle pero (con mi estímulo) había aprendido a defenderse por sí misma, y no sólo con Emerson, sino también con su marido, quien siempre había sido bastante dado a protegerla. A Emerson le divertía bastante su aire independiente. Su rostro se relajó con una

sonrisa.

- Digamos, mi querida Evelyn, que tus dudas confirmaron las mías. Después de despachar a Peabody de manera tan cortés, no era previsible que la señora Pankhurst…

- Oh, maldita sea -exclamé-. No tendrías tantas sospechas, pues no impediste que me fuera.

- Tómate otro whisky con soda, Peabody -se limitó a replicar Emerson.

Me había metido en el automóvil, dejando que Bob se las apañara para sacar el carruaje del embrollo, lo que no le resultó demasiado complicado después de todo, pues los vehículos entrelazados se habían desenganchado con una facilidad que podría considerarse sospechosa. Sin embargo, la furgoneta había formado una nueva obstrucción. Su conductor había desaparecido, y también el individuo al que Emerson había dejado inconsciente. Esto le enfadó mucho ya que, según afirmó muy airado, cuando él derribaba a alguien esperaba que no se levantara.

Cuando paramos frente a Chalfont House fuimos asaltados por nuestros agitados amigos, incluyendo a Nefret y Lía, que habían vuelto demasiado tarde del hospital como para haberse unido a la expedición de rescate. Me sacaron del vehículo y me pasaron de unas cariñosas manos a otras, incluyendo las de Gargery, quien tendía a olvidar su posición cuando le embargaba la emoción. El resto de los sirvientes se contentaron con gritar «¡Hurra!», abrazándose unos a otros. Por fin nos retiramos triunfantes a la biblioteca, nuestra estancia favorita en aquella mansión grande y pretenciosa. Hileras de libros encuadernados en piel suave se alineaban en las paredes, y Evelyn había sustituido el recargado mobiliario de estilo Imperio por cómodas sillas y confortables sofás. Un acogedor fuego ardía en el hogar, y las lámparas estaban encendidas. Gargery corrió los pesados cortinajes de terciopelo y luego se dirigió furtivamente a una esquina de la habitación donde, con nuestra discreta colaboración, pretendía ser invisible. Yo le habría invitado a sentarse y escuchar cómodamente, de no haber sabido que se habría quedado muy sorprendido ante semejante idea.

Yo tenía una serie de preguntas que ardía en deseos de realizar. La conversación había sido imposible durante el viaje de vuelta;

Emerson iba gritándole indicaciones a Ramsés, quien las ignoraba tan fríamente como ignoraba mis quejas de que conducía demasiado rápido.

- A mí también me costó creer que la señora Pankhurst te hiciera semejante invitación -estaba diciendo mi hijo-, y con tan poca antelación además. Sin embargo, a pesar de nuestras sospechas, no habríamos actuado si tía Evelyn no me hubiera enseñado la carta. Con un simple vistazo me di cuenta de que había sido escrita con la misma máquina que había utilizado Sethos.

La única cosa que me disgusta más que Ramsés me dé lecciones sobre egiptología es que me demuestre que es mejor investigador que yo. Sin embargo, una persona racional no permite que un pique infantil interfiera en la adquisición de conocimientos.

- ¿Cómo te diste cuenta? -pregunté.

- A veces, las teclas de las máquinas de escribir están dañadas, arañadas o rayadas -explicó Ramsés-. Estos desperfectos, aunque sean mínimos, se reproducen en el papel cuando la tecla lo golpea.

- Sí, ya entiendo. -Me prometí a mí misma que echaría un vistazo a una de esas malditas máquinas. Uno debe estar al tanto de los avances modernos-. Luego, ¿podrías identificar la máquina que escribió esa carta?

- Si pudiera encontrarla, sí. Ésa es, por supuesto, la dificultad.

- Una dificultad, efectivamente, pues no tienes la menor idea de por dónde empezar a buscarla.

- ¿Qué más da? -preguntó Evelyn-. La habéis devuelto a casa sana y salva. ¡Gracias a Dios que llegasteis a tiempo!

- Había suficiente tiempo -dijo Emerson, quien no se inclina a reconocer nada al Cielo-. Fuimos primero a las habitaciones de la señora Pankhurst en Clement's Inn, y nos dijo, tal y como esperábamos, que ella no había enviado ningún mensaje. David quería ir corriendo a buscarte, querida, pero le disuadí de ese disparate.

- Sí, sé lo impetuoso que puede llegar a ser David -dije sonriendo al joven. Por supuesto, había sido Emerson quien se había empeñado en conducir como un loco por Londres en un intento vano de encontrarme.

- No teníamos más elección que esperar cerca del lugar designado para la cita -dijo Ramsés-. Llegamos por lo menos un

cuarto de hora antes que usted, madre, y aunque le aseguro que estábamos ojo avizor, no reparamos en los vehículos enganchados. Es algo que ocurre con bastante frecuencia, pero no dudo que en esta ocasión fue deliberadamente intencionado, y que los conductores del carro y del cabriolé eran aliados de Sethos, así como los tipos de la furgoneta. La operación fue planeada y ejecutada limpiamente. Se la habrían llevado con ellos si padre no hubiera saltado inmediatamente del automóvil y no hubiera conseguido abrirse camino entre la multitud.

- Me hubiera gustado ver eso -rió Nefret, que estaba acurrucada en una esquina del diván-. ¿A cuántos ciclistas pisoteó, querido profesor?

- A uno o dos -dijo Emerson tranquilamente-. Y creo recordar que también trepé a un carro lleno de alguna sustancia vegetal. ¿Patatas, quizás?

- Algo más blando -dije, incapaz de contener una sonrisa-. Espero que Bob pueda limpiar esas botas. Sería mejor que subieras y te cambiaras.

- Tú también -dijo Emerson, con sus ojos brillantes como zafiros concentrados en mi cara.

- Sí, querido.

Emerson me ofreció el brazo y los dos salimos de la estancia.

Naturalmente, supuse que estaba impaciente por expresar su alivio por mi liberación, con el afecto que solía reservar para mí, pero me equivoqué. Me ayudó con los botones y las botas, como hacía normalmente; pero una vez que me hube quitado la ropa me hizo volverme hacia él y me inspeccionó como lo haría un médico, en vez de un esposo impaciente.

- Parece como si hubieras atravesado las cataratas Victoria en un barril -observó.

- Parece peor de lo que es -le aseguré sin decir toda la verdad, pues las diversas magulladuras se iban entumeciendo, y el hombro me dolía a rabiar. Debí caerme sobre él cuando aquel bribón me arrojó a la furgoneta.

Emerson pasó sus largos dedos por mi cabello, luego me tomó suavemente por la barbilla y dirigió mi cara hacia la luz.

- Tienes una magulladura en la mandíbula y un chichón en la parte trasera de tu cabeza. ¿Te golpeó en la cara, Peabody?

- No me acuerdo, Emerson. -Sin dejarme engañar por la tranquilidad antinatural de su voz, procuré tranquilizarle-. Fue bastante emocionante mientras duró, sabes. Por supuesto, me defendí…

- Por supuesto. Bien, te he visto en peores condiciones, pero voy a llevarte a la cama, Peabody, y después llamaré al médico.

No estaba dispuesta a rendirme, pero después de una enérgica discusión accedí a dejar que Nefret me echara un vistazo. Parecía tan conmocionada que entendí que debía presentar un aspecto bastante horrible, así que la dejé que se ocupara de mí, lo que hizo tan suave y hábilmente como un médico con experiencia.

- No hay huesos rotos -anunció al fin-. Pero el muy bruto la golpeó rudamente.

- Yo me defendí -le expliqué.

- Por supuesto. -Sonrió afectuosamente-. Estará entumecida y dolorida durante unos días, profesor. Sé que usted se asegurará de que no haga excesos.

Emerson estaba más que complacido en ayudarme con los botones y cintas. Insistió en ponerme las zapatillas y, arrodillado a mis pies, presentaba una imagen tan conmovedora de devoción masculina que no pude resistirme a acariciar el espeso cabello negro de su frente y apretar mis labios sobre él. Una cosa llevó a la otra, y bajamos un poco tarde a cenar.

Los chicos estaban de un humor excelente, particularmente Lía, que no podía hablar de otra cosa que no fuera el próximo viaje. Me divertía ver que se había puesto una de las túnicas bordadas de Nefret, y que se había arreglado el pelo con su mismo estilo. No le sentaba tan bien como a Nefret, pero estaba muy guapa, con sus mejillas sonrosadas y sus ojos brillantes de excitación. Los chicos le tomaron un poco el pelo, previniéndola de las serpientes, ratones y escorpiones, y prometiéndole que la defenderían de tales terrores.

Estaban tan alegres juntos que al principio no advertí que los padres de la chica estaban silenciosos e inquietos. Mi cuñado es un hombre al que realmente estimo: un marido y un padre cariñoso, un hermano leal y un erudito excepcional. Sin embargo, no se le da muy bien disimular sus sentimientos, y yo podía ver claramente que algo le preocupaba. Por su parte, mi querida

Evelyn no dejaba de lanzarnos aprensivas miradas a su, hija y a

mí.

Esperaron hasta después de que nos hubiéramos retirado a la biblioteca a tomar café, para dar la noticia. Walter empezó a decirle a Emerson que se había tomado la libertad de notificar el incidente a la policía.

- ¿Qué incidente? -preguntó Emerson-. Oh. ¿Por qué has hecho eso?

- A mi entender, Radcliffe, ¡te tomas esto con mucha tranquilidad! -exclamó Walter-. Un ataque brutal a tu mujer…

Emerson dejó violentamente la taza en el plato. No se derramó mucho café, ya que se había bebido casi todo, pero escuché un claro «crack».

- Maldita sea, Walter, ¿cómo te atreves a sugerir que me da igual la seguridad de mi mujer? Me ocuparé yo mismo de Sethos. De cualquier modo la policía no es de maldita… eh… condenada utilidad.

Resumiré la discusión, que llegó a ser ligeramente acalorada. A Emerson no le gusta que se cuestione su opinión, y Walter estaba en un estado de excitabilidad poco habitual. Acabó como yo me había temido que lo haría, con el anuncio de Walter de que no podía permitir que Lía nos acompañara aquel año.

Todo el mundo empezó a hablar a la vez, y Gargery, que se había estado agitando con indignación desde el momento en que Walter acusó a Emerson de negligencia, dejó caer una de mis mejores tazas de café. Como sabía que su padre podía ser inflexible, Lía rompió a llorar y huyó de la habitación, seguida de Nefret. Hice salir a Gargery, que estaba haciendo estragos con la porcelana, y convencí a Evelyn de que sería mejor que subiera a ver a su hija. Me dirigió una mirada conmovedora, a la que respondí con una sonrisa y un gesto de nsentimiento, ya que, realmente, comprendía el dilema que atormentaba a mi querida amiga. Ella habría arriesgado su propia seguridad para defenderme del peligro, pero la seguridad de su hija era otro asunto.

A decir verdad, yo no creía que existiera peligro ni para mí ni para nadie más, y me las arreglé para expresar esta opinión una vez que conseguí que los dos hombres pararan de gritarse mutuamente. Mis argumentos eran sensatos y merecían ser tomados en consideración, pero me molestó constatar que quien debía ser mi

más firme soporte se había vuelto contra mí.

- Sí, bien, comprendo tu punto de vista, Walter -admitió Emerson con la amabilidad que normalmente sucede a sus arrebatos de cólera-, pero te aseguro que la chica no correría el más mínimo peligro conmigo… ¿qué has dicho, Ramsés?

- «Con nosotros», padre. Le pido perdón por haberle interrumpido, pero me siento obligado a resaltar mi total intención, y la de David, de sacrificar nuestras vidas si fuera necesario…

- No seas tan condenadamente melodramático -gruñó Emerson-. Como iba diciendo, Amelita estaría perfectamente segura con nosotros, aunque tal vez lo que propones sea lo mejor. He decidido partir hacia Egipto lo antes posible. Regresaremos a Kent mañana, embalaremos nuestras cosas y nos embarcaremos a finales de semana.

- Imposible, Emerson -exclamé-. No he terminado mis compras, y tú no has terminado tu libro, y…

- Al diablo con tus compras, Peabody -dijo Emerson dirigiéndome una mirada cariñosa-. Y el libro también. Querida, pretendo alejarte de esta condenada ciudad de inmediato. Hay demasiada gente con muy malas intenciones rondando por aquí, incluyendo a uno de los mayores criminales que existen. Si Sethos nos sigue a Egipto, peor para él. Ahora vámonos a la cama. Quiero levantarme temprano.

Walter y Evelyn partieron a la mañana siguiente con su desgraciada hija, dejando encargada a la señora' Watson, la excelente ama de llaves, de cerrar la casa y liquidar los salarios de los sirvientes. Yo suponía que 1 Emerson insistiría en conducir el automóvil de vuelta a Kent, pero, para mi sorpresa, cedió con un leve gruñido cuando le dije que prefería el confort del tren. Ordenó a Ramsés que no fuera a más de quince kilómetros por hora y le dio a Nefret una extravagante máscara de motorista. No me puedo imaginar dónde pudo encontrarla. Las gafas tintadas se insertaban en un bastidor de cuero rodeado de seda que le hacían parecer un escarabajo inquieto.

*Del manuscrito H*

- Déjalo -dijo Ramsés-. Ya estamos fuera del alcance de la vista.

Nefret, a su lado en el asiento delantero, gesticulaba frenéticamente. El joven no podría decir si los sonidos amortiguados

que emergían de la estrecha abertura que ocultaba su boca eran risas, un intento de respuesta, o los esfuerzos de una mujer que no puede respirar.

- Ayúdala, David -ordenó alarmado.

David, que estaba en la parte trasera, tiró de las correas hasta que cedieron. Entonces se disipó cualquier duda sobre la naturaleza de los ruidos que estaba haciendo, pues tan pronto como liberó su rostro del horroroso artilugio, las carcajadas de Nefret se unieron a las de él

- Bendito profesor -dijo entrecortadamente, una vez que logró controlar la risa. La melena revoloteaba alrededor de su cara hasta que la escondió bajo una ajustada gorra.

En alguna ocasión, instigado por Nefret, Ramsés había puesto el Daimler a ochenta kilómetros por hora, la velocidad era impensable en las pobladas calles de la ciudad, donde, además, el fragor del tráfico hizo que lucra imposible la conversación, hasta que pararon a tomar el té en un pueblo a las afueras de la ciudad. Nefret hizo que los dos se probaran la máscara, para diversión del resto de los clientes, y se pusieron a hablar del asunto que les preocupaba. Era la primera oportunidad que tenían de mantener una conversación en privado desde el día anterior.

- La situación se ha agravado -anunció Nefret.

- Caray -dijo Ramsés displicente-. ¿Realmente lo crees?

- Ramsés… -murmuró David.

- Oh, no me importa -dijo Nefret-. Sé que estás fingiendo. Estabas equivocado, ¿verdad, muchacho? Puede que Sethos no supiera que tía Amelia estaría en la reunión, pero ha reaccionado muy rápido. ¡La vuelve a perseguir! -dijo, antes de darle otro mordisco a su scone.

- Efectivamente, eso parece -admitió Ramsés-. Lo que no acierto a comprender es qué es lo que ha propiciado este renovado interés. Hace muchos años que no hemos oído nada sobre él. A menos que…

- ¿A menos que qué? -preguntó intencionadamente David.

- Ella nunca nos cuenta nada -dijo Nefret con indignación.

- ¿Por qué no le preguntas?

- ¿Por qué no lo haces tú? Es por sus ojos -dijo Nefret entre dientes de forma teatral, al tiempo que ponía los suyos en blanco-.

Ese tono gris plomizo es alarmante incluso cuando está de buen humor, y cuando está enfadada parecen… brillantes bolas de acero - la joven se estremeció de forma exagerada.

- No tiene gracia -dijo David.

- No -asintió Nefret-. No viste a la pobrecilla ayer por la noche; estaba llena de magulladuras. Si el profesor consigue atrapar a Sethos, le va a hacer pedazos, y a mí no me importaría ayudarle.

- Padre ha tomado las precauciones necesarias -dijo Ramsés-. Ha hecho bien sacándola de Londres y decidiendo llevársela de Inglaterra lo antes posible.

- Eso no basta -declaró Nefret-. ¿Qué pasa si él la sigue a Egipto?

- No es probable que lo haga.

- Eso es lo que tú crees. ¿Qué pasará si lo hace? ¡Tenemos que saber cómo protegerla! Si no nos da la información necesaria ¡se la sacaremos! Ramsés, ¿te pasa algo?

- Caray, Nefret, me gustaría que no leyeras mi pensamiento - Ramsés sonrió pesaroso-. No tiene nada que ver con Sethos. Estaba pensando en otra cosa: ¿sabes que madre hizo una vez una lista de toda la gente que estaba resentida con ella y con padre? Había quince nombres en ella, y de eso hace ya varios años.

- ¿Quince personas han querido asesinarla? -Nefret sonrió burlonamente-. ¡Qué típico de ella el hacer una lista clara y metódica! ¿Te la enseñó?

- No exactamente.

Nefret soltó una risita.

- Bien hecho, Ramsés. Ya sé, no está bien fisgonear pero, ¿qué otra elección tenemos? ¿Quiénes eran?

Ramsés se enorgullecía de su memoria que, junto con otras técnicas menos respetables, había cultivado mediante horas de práctica. Soltó de un tirón una lista de nombres.

Sus compañeros le siguieron atentamente. No habían estado con los Emerson durante sus primeros años en Egipto, pero los dos conocían las historias ocurridas entonces. «Las aventuras de tía Amelia», como las llamaba Nefret, habían entretenido más de una hora de ocio.

- La mayoría de ellos son viejos enemigos -observó David, una vez que Ramsés hubo terminado-. Y, seguramente, algunos ya ni deben estar vivos. ¿Estás sugiriendo que no fue Sethos, sino otro

adversario anterior, quien la atacó ayer?

- No. Sólo estoy considerando todas las posibilidades. De hecho, la mayoría de ellos están muertos o en prisión. -Con una sonrisa, Ramsés añadió-: Madre hizo anotaciones.

- ¿Qué pasó con la mujer que me secuestró durante el asunto del hipopótamo

[1]? -preguntó Nefret.

- Nunca supimos cómo se llamaba, ¿no? Otro de los pequeños olvidos de madre. Sin embargo, sólo había dos mujeres entre las anotaciones más recientes de la lista. Bertha era aliada del canalla del caso del que hablábamos el otro día, pero al final se puso del lado de madre y padre. Luego, por eliminación, debió ser una mujer llamada Matilda la culpable del asunto del hipopótamo. Aún así, no hay razón para suponer que ha vuelto a aparecer después de tantos años.

- No hay razón para suponer que ninguno de ellos haya vuelto. -Nefret cogió sus guantes-. Debemos irnos, se está haciendo tarde. Alabo tu minuciosidad, Ramsés, pero ¿por qué buscar a otros canallas cuando sabemos quién fue el responsable del ataque a tía Amelia? ¡Sethos ha vuelto! Y si el profesor y tía Amelia no nos cuentan lo que necesitamos saber tenemos derecho a emplear cualquier otro método que nos parezca.

El informante de Kevin en Scotland Yard le había sido muy útil. El Daily Yell fue el primero en dar la noticia de mi pequeña aventura, algo exagerada por Kevin con su estilo periodístico habitual. Leí la historia esa noche, una vez que Emerson y yo hubimos tomado el tren en la estación Victoria. Gargery y su porra nos acompañaban; la mantuvo escondida hasta que tomamos asiento, pero no me fue difícil deducir su presencia pues estaba sentado tan cerca de mí que la maldita cosa se me clavaba en la espalda. Soy tan democrática como el primero (o primera), y no tengo objeción alguna en compartir el compartimento de primera clase con mi mayordomo, pero la presencia de Gargery (y la porra) tiene, además, la virtud de serenarme.

Sin embargo, que Emerson aceptara ayuda para cuidarme era algo extraordinario. Se estaba tomando aquel asunto mucho más en serio de lo que yo esperaba. Yo dudaba de que Sethos tuviera la

suficiente osadía para volverlo a intentar pero, si así fuera, estaríamos mucho más seguros en Egipto que en Londres. Nuestros leales hombres, que habían trabajado para nosotros durante muchos años, habrían arriesgado sus vidas, brazos y piernas, en nuestra defensa.

No marchamos de Inglaterra con la presteza que deseaba Emerson, pero en menos de quince días estábamos en la barandilla del buque de vapor, despidiendo y enviando besos a los amigos y parientes que habían venido ¡i despedirnos. No llovía, pero el cielo era amenazador, y el viento frío que soplaba convirtió el velo de Evelyn en una orla gris. Gargery se había quitado el sombrero, aunque yo le había prohibido estrictamente que lo hiciera a causa de la inclemencia del tiempo. Parecía particularmente malhumorado, ya que yo no le había permitido que viniera con nosotros «para cuidar de usted y de la señorita Nefret, señora». Hacía la misma sugerencia todos los años, y siempre se enfadaba cuando me negaba.

Evelyn trataba de sonreír y Walter agitaba la mano vigorosamente. Lía parecía la estampa del dolor, con su cara bañada en lágrimas. Su desolación había sido tan grande que Walter le había prometido que si no ocurría nada más él y Evelyn la llevarían con ellos después de Navidad. Cuando la franja de agua oscura entre el barco y el puerto se agrandó, se cubrió la cara con un pañuelo y se refugió en los brazos de su madre.

Su visible aflicción apagó nuestros ánimos. Incluso Ramsés parecía abatido. No me había dado cuenta de que echaría tanto de menos a sus tíos.

Sin embargo, para cuando el barco llegó a Port Said habíamos vuelto a nuestra rutina, y la previsión sustituyó a la melancolía. Después de haber inspeccionado con suspicacia a cada pasajero, incluyendo los que embarcaron en Gibraltar y Marsella, Emerson había relajado su vigilancia, para decepción de algunas de las viejas damas con las que él había estado particularmente encantador. (Las damas más jóvenes también se sentían decepcionadas, aunque a decir verdad no les había prestado mucha atención, dado que incluso él admitía que Sethos hubiera tenido alguna dificultad en disfrazarse de mujer de uno cincuenta de estatura con suaves mejillas y dientes primorosos.)

Después del ajetreo y confusión habituales del muelle, apartamos nuestro equipaje y subimos en el tren hacia El Cairo, donde estaba amarrado nuestro dahabiyya. Esas encantadoras casas flotantes, otrora el medio de transporte favorito de los turistas acaudalados para viajar por el Nilo, habían sido paulatinamente sustituidas por los buques de vapor y los trenes, pero Emerson había comprado una, poniéndole mi nombre, pues sabía cuánto me gustaban. (Y también porque podíamos vivir a bordo en vez de permanecer en un hotel mientras estábamos en El Cairo. Emerson odia los hoteles elegantes, los turistas, y tener que vestirse para cenar.)

Me aproximé al Amelia con un estado de ánimo mucho más feliz del que había sentido después de otras ausencias. Los años anteriores le había encargado a Abdullah, nuestro Rais, que se ocupara de que todo estuviera listo a nuestra llegada. Abdullah es un hombre… ¿Hay algo que añadir?

Entre la tripulación que esperaba para saludarnos, modestamente de pie detrás de ellos, con la cara cubierta por un velo y la cabeza inclinada, se hallaba la persona que había sustituido a Abdullah… su nuera Fátima.

Fátima era la viuda de Feisal, el hijo de Abdullah, quien había fallecido el año anterior. Una de sus viudas, debo decir. La más joven de sus dos esposas, que le había dado tres hijos, había ido sumisamente a la casa del hombre que Abdullah había seleccionado para ella, como dictaban las costumbres. Se pueden imaginar mi asombro, por tanto, cuando Fátima me vino a buscar y solicitó mi ayuda. Había amado a su marido y él le había amado a ella; Feisal había tomado una segunda esposa sólo porque ella se lo había rogado, para que pudiera tener los hijos que ella no podía darle. No quería otro esposo. Trabajaría día y noche, hasta el límite de sus fuerzas, en cualquier puesto que yo le pudiera ofrecer y que le permitiera ser independiente.

No creo que a estas alturas el lector tenga dudas sobre la naturaleza de mi respuesta. Encontrar una pequeña llama de rebelión, un ansia de libertad, y también un matrimonio tan tierno y amoroso como ninguna mujer pudiera desear, en una mujer egipcia, me llegó al alma. Por cortesía, le pregunté a Abdullah, y me alegró constatar que, aunque no muy entusiasmado, no prohibía el

plan que le propuse.

- ¿Qué otra cosa se podía esperar? -preguntó de forma retórica-. No sé a dónde va a parar el mundo, con mujeres que aprenden a leer y a escribir, y jóvenes que van a la escuela en vez de trabajar. Me alegro de no vivir para verlo. Haga lo que quiera, Sitt Hakim, al fin y al cabo, usted siempre lo hace.

Y se marchó, agitando su cabeza y murmurando sobre los viejos tiempos. Los hombres siempre refunfuñan, para hacer creer a las mujeres que son reacios a ceder, pero yo sabía perfectamente que Abdullah estaba encantado de verse liberado de sus quehaceres domésticos. Nunca hacía las cosas del modo que yo quería que se hicieran, y siempre reaccionaba desabridamente cuando yo no manifestaba suficiente reconocimiento. Esas conversaciones eran muy molestas para ambos.

Fátima se quedó en segundo plano, como era lo correcto, hasta que hubimos saludado a Rais Hassan y a los otros miembros de la tripulación. Luego mandé marchar a los hombres para que Fátima pudiera hablar libremente.

Era una mujer pequeña, no tan alta como yo, con el fino porte que adquieren las mujeres egipcias al transportar pesadas cargas en su cabeza. Debía tener unos cuarenta y tantos años, aunque parecía mayor. En aquel momento, su rostro tenía un resplandor tal de felicidad que sus sencillas facciones estaban transformadas.

- Así que, ¿todo va bien? -inquirí.

'-Sí, Sitt Hakim. Todo está bien -respondió en inglés, y mi expresión de sorpresa le hizo sonreír aún más-. Estudio, Sitt, todos los días estudio, y lavo todo, todo, Sitt. Venga y verá, y también Nur Misur.

«Luz de Egipto» era el nombre egipcio de Nefret. Sabiendo la gran dificultad que supone el mantener una conversación prolongada en un idioma extraño, la joven dijo en árabe:

- Fátima, ¿hablarás árabe conmigo de vez en cuando? Tengo que practicarlo más de lo que tú necesitas practicar el inglés. ¡Cuánto has estudiado!

Había hecho algo más que estudiar. Cada objeto del barco que pudiera destellar o brillar, relucía como los chorros del oro. Las cortinas se habían lavado tan a menudo que estaban casi desgastadas. Había esparcido pétalos secos de rosa entre las sábanas

(estaba deseando oír los comentarios de Emerson al respecto). Había jarrones con flores frescas por todos lados, y capullos de rosa flotando en el agua que llenaba las jofainas de cada habitación. Mis elogios hicieron brillar sus ojos, pero cuando Fátima se dirigió al salón, Nefret dijo entre dientes:

- Vamos a oler todos como un burdel, tía Amelia.

- Se supone que no debes conocer esa palabra -repliqué suavemente.

- Conozco otras aún menos decentes -con un movimiento repentino e impulsivo, rodeó con sus brazos a Fátima, quien se había detenido para volver a colocarse el velo, y le dio un abrazo sincero.

Cuando entramos en el salón un siseo contenido de rabia y consternación se filtró a través del velo de Fátima. En menos de un cuarto de hora los hombres habían desordenado la habitación. Los chicos estaban fumando cigarrillos y dejaban caer las cenizas al suelo. Emerson había llenado la mesa de papeles y libros y un jarrón (que probablemente había adornado dicho mueble) había sido colocado en el suelo de mala manera, se había caído y la alfombra oriental estaba empapada. El abrigo de Emerson colgaba de cualquier manera en el respaldo de una silla y el de Ramsés estaba tirado en el suelo.

Fátima salió como una flecha, y precipitó ceniceros contra los codos de los diversos hombres. Se agachó para rescatar a los maltratados capullos y los devolvió al jarrón; por último, recogió las prendas diseminadas, y trotó hacia la puerta.

- Oh, eh, mmm -dijo Emerson, observando cautelosamente al pequeño torbellino-. Gracias, Fátima. Muy amable de su parte. Excelente trabajo. Esto parece… ¿Está enfadada por algo, Peabody?

La reacción de Emerson a los pétalos de rosa no fue la que yo esperaba. Tiene una naturaleza muy poética, aunque pocos de los que me rodean sean conscientes de ello.

# Capítulo 3

*Del manuscrito H.*

- Tienes un aspecto repugnante -dijo Nefret con admiración.

- Gracias -Ramsés añadió otro forúnculo a su cuello.

- Pero todavía no entiendo por qué no puedo ir con vosotros.

Ramsés dio la espalda al espejo y se sentó en un taburete para calzarse los zapatos. Al igual que su *Galabiyya,* eran de buena calidad, pero habían sido estropeados y ensuciados a conciencia, hasta darle el aspecto de un hombre que podía conseguir lo mejor, pero cuyos hábitos personales dejaban mucho que desear. Se puso de pie y se ajustó el cinturón que sostenía el pesado cuchillo.

- ¿Estás listo, David?

- Casi -David también estaba muy sucio, pero no tan afectado por erupciones cutáneas. La impresionante barba negra, y el mostacho le daban un aire de pirata.

- No es justo -refunfuñó Nefret.

Estaba sentada con las piernas cruzadas, sobre la cama de la habitación de Ramsés, acariciando al enorme gato que tenía en su regazo.

El felino en cuestión, de nombre Horus, era el único que habían llevado consigo aquella temporada, ya que Anubis, el patriarca de su tribu de gatos egipcios, se estaba haciendo viejo, y ninguno de los otros se había encariñado tanto como aquél con un humano en particular. Horus era de Nefret o más bien, como dejaba claro su comportamiento, Nefret era de Horus. Ramsés sospechaba que el animal sentía lo mismo por Nefret que por su harén de gatas: la abandonaba como un Don Juan cuando tenía otras cosas en mente,

pero cuando estaba con ella ningún otro macho podía aproximarse, y eso incluía a Ramsés y a David.

Horus era el único gato al que Ramsés detestaba profundamente. Nefret le acusaba de estar celoso, pero no porque Horus la prefiriera a ella: desde la muerte de su amada Bastet, Ramsés no tenía ganas de adquirir ningún otro gato. Bastet no podía ser sustituida; nunca habría otra como ella. Sin embargo, la razón por la que estaba celoso de Horus era mucho más simple: aquel gato disfrutaba de favores por cuya posesión él habría vendido su alma, y ese peludo egoísta no tenía ni siquiera la delicadeza de apreciarlos.

Años de dolorosa experiencia habían enseñado a Ramsés que era mejor ignorar los discursos provocadores de Nefret, aunque le encorajinaba que cada dos por tres le dejara sin defensas, y la sonrisa burlona de Horus no ayudaba a mejorar su humor.

- Tú eres la que estás siendo injusta -replicó con brusquedad-. Lo intenté, Nefret… admítelo. Recuerda cuál fue el resultado.

Una noche del invierno anterior, Ramsés se había pasado dos horas tratando de convertirla en una imitación convincente de un rufián egipcio. Barba, forúnculos, maquillaje, bizquera cuidadosamente construida… cuanto más se esforzaba, más absurda parecía ella. Finalmente, David se había derrumbado en la cama, aullando de risa. Mientras Ramsés luchaba por contener las carcajadas, Nefret se giró hacia el espejo, inspeccionándose minuciosamente, y estalló por fin en una risita tonta. Todos se rieron entonces tan fuerte que Nefret tuvo que sentarse en el suelo agarrándose el estómago, y Ramsés tuvo que echarse agua por la cabeza… para evitar cogerla y estrecharla entre sus brazos, con barba, granos, y todo.

Ramsés se dio cuenta de que Nefret estaba a punto de echarse a reír otra vez, así que dijo rápidamente, en el mismo tono:

- Madre regresará de esa fiesta del ministerio antes de que volvamos, y puede que se le ocurra pasarse a ver a sus queridos hijos. Si averigua que nos hemos ido, mañana me soltará uno de sus sermones, pero si faltas tú también, padre me despellejará vivo.

Nefret admitió su derrota con una mueca de pesar.

- Uno de estos días le convenceré de que no debe haceros responsables de mis actos, que no sois mis niñeras. No podéis controlarme.

- No -dijo enfáticamente Ramsés.

- ¿Adonde vais?

- Te lo contaré si prometes no seguirnos.

- Maldito seas, Ramsés. ¿has olvidado nuestra primera norma?

Era David quien la había propuesto: nadie podía salir solo (o sola) sin haber informado antes a uno de los otros. Ramsés había aceptado incondicionalmente la idea en la medida en que se refiriera a Nefret, pero ella había dejado bien claro que no aceptaría a menos que ellos también lo hicieran.

- Espero no meterme en problemas esta noche -dijo a regañadientes-. Sólo vamos a hacer las rondas de los cafés de la ciudad vieja para averiguar qué ha pasado desde la pasada primavera. Si Sethos ha vuelto al negocio, alguien habrá oído rumores sobre ello.

- Oh, bien. Pero me lo contaréis todo tan pronto como lleguéis a casa, ¿comprendido?

- Estarás dormida -dijo Ramsés.

- No, no lo estaré.

El café no estaba lejos de la mezquita en ruinas de Murustan Kalaun. Sus contraventanas estaban alzadas, dejando el interior abierto al aire de la noche. Dentro, las llamas de las lamparitas parpadeaban en la penumbra, y las espirales de humo azul se elevaban como un genio perezoso. La clientela se sentaba sobre cojines o escabeles alrededor de las mesas bajas, o en el diván de la parte trasera de la estancia. Como aquél era el establecimiento favorito de los mercaderes prósperos, la mayoría de los presentes estaba bien vestido, con sus largos kaftanes de seda a rayas, y luciendo en los dedos grandes y recargados sellos de plata.

Un hombre sentado a una mesa cercana a la entrada alzó la mirada cuando entraron David y Ramsés.

- Ah, así que habéis vuelto. ¿Ya ha dejado de buscaros la policía?

- Muy gracioso -replicó Ramsés, con el tono de voz ronca de Alí *el Rata*-. Sabes que yo siempre paso los veranos en mi palacio de Alejandría.

Aquella ocurrencia fue celebrada con grandes risotadas, y el hombre les invitó a que se sentaran con él. Un camarero trajo unas tacitas de café turco azucarado y espeso, y un narguile. Ramsés

aspiró el humo con fuerza y luego pasó la boquilla a David

- Y, ¿cómo va el negocio? -preguntó.

Después de una breve conversación su conocido les deseó buenas noches y se quedaron solos en la mesa.

- ¿Nada? -preguntó David. Hablaba suavemente y sin mover los labios, un truco que Ramsés había aprendido de uno de sus «conocidos menos respetables», un mago que actuaba en el Alhambra Music Hall, y que le había enseñado a David.

Ramsés negó con la cabeza.

- Todavía no. Llevará tiempo. Pero mira hacia allí.

El hombre al que señalaba estaba sentado solo en un banco, al fondo de la estancia. David entrecerró sus ojos.

- No le veo bien… Parece Yussuf Mahmud…

- Lo es. Pide dos cafés más. Enseguida vuelvo.

Se acercó disimuladamente a un severo hombre barbudo sentado en otra mesa, que respondió a su obsequioso saludo con una mueca de desprecio. La conversación era unilateral; Ramsés habló casi todo el tiempo. Sólo obtuvo gestos de asentimiento y breves respuestas a sus esfuerzos, pero cuando regresó parecía complacido.

- A Kyticas no le gusto -observó-. Pero odia a Yussuf Mahmud aún más. Kyticas piensa que tiene algo en la cabeza. Ha estado sentado en ese banco todas las noches de la semana, pero no ha intentado hacer ninguno de sus sucios tratos.

- ¿Trataría el Maestro… uh… ya sabes a quién me refiero… con un ratero de la calaña de Yussuf Mahmud?

- ¿Quién sabe? Es una de las personas con las que me gustaría hablar, y estoy comenzando a sospechar que también él quiere hablar conmigo. Pone mucho cuidado en no mirarnos. Nos daremos por aludidos y le seguiremos cuando se vaya.

Yussuf Mahmud no mostró signo alguno de querer marcharse. Continuaba impasible, bebiendo café y fumando. A diferencia del resto de clientes, sus ropas eran andrajosas, iba descalzo, y su turbante estaba hecho jirones. Su rala barba no ocultaba las cicatrices de viruela que cubrían sus mejillas.

Pasaron otra hora de conversación con diversos conocidos. Alí *el Rata* estaba de un humor generoso, pagando bebida y comida con monedas que sacaba de una pesada bolsa. Yussuf Mahmud fue uno de los pocos que no se vio favorecido por su generosidad, aunque se

le veía evidentemente fascinado por la bolsa. Ramsés estaba a punto de sugerir a David que se fueran, cuando una voz hizo tronar un enérgico «¡Salaam aleikhum!».

Ramsés casi se cayó de su escabel, y David se agachó sobre sí mismo en un intento de pasar lo más desapercibido posible.

- Santa *Sitt* Miriam bendita -murmuró con voz entrecortada-. Es…

- … Abu Shitaim -dijo Alí *el Rata,* recuperándose justo a tiempo-. ¡Maldito sea el infiel! -añadió.

Su padre avanzó por la estancia con la seguridad de un hombre que se encuentra como en casa allá dónde vaya. Echó una mirada indiferente á Alí *el Rata,* y se dirigió directamente hacia Kyticas.

- Rápido. ¡Salgamos de aquí! -susurró David ocultado la cara tras su manga.

- Eso sólo atraería su atención. Siéntate, no nos está mirando.

- ¡Pensé que estaba en la recepción!

- Yo también. Se ha debido escapar cuando madre no estaba mirando. Odia esas cosas.

- ¿Qué estará haciendo aquí?

- Sospecho que lo mismo que nosotros -dedujo Ramsés pensativamente-. Muy bien, ahora nos podemos ir. ¡Despacio!

Echó unas pocas monedas en la mesa y se levantó. Por el rabillo del ojo vio que Yussuf Mahmud se ponía de pie.

Se citaron la noche siguiente, y enseguida se encontraron siguiendo a Yussuf Mahmud hacia una parte de la ciudad que incluso Alí *el Rata* hubiera preferido evitar. Bordeaba el infame Mercado del Pescado, inocente nombre para un barrio en el que cualquier variedad de vicio y perversión se vendía a todas horas y, según los estándares europeos, a precios más que razonables. Sin embargo, el estrecho callejón al que les llevó estaba oscuro y silencioso, y, evidentemente, la casa a la que entraron no era su morada permanente. Las ventanas estaban cerradas a cal y canto, y el único mobiliario era una mesa desvencijada. Yussuf Mahmud encendió la lámpara. Abriéndose la túnica, aflojó una correa de cuero.

Atado a su cuerpo con la correa llevaba un bulto de unos cuarenta centímetros de largo y diez de diámetro, envuelto en tela y sostenido por un entablillado de madera basta.

Ramsés sabía lo que era, y sabía lo que iba a ocurrir. No se atrevió a protestar y temiendo que David soltara una exclamación involuntaria que les traicionara, pisoteó con fuerza el pie de su amigo mientras Yussuf Mahmud apartaba los envoltorios y desenrollaba el objeto que habían ocultado. Unos pequeños fragmentos de color amarillo se esparcieron por la mesa.

Era un papiro funerario, la colección de sortilegios y plegarias mágicas conocida popularmente como *El libro de los muertos*. La sección que tenían delante mostraba varias columnas verticales de escritura jeroglífica y una viñeta pintada que mostraba a una mujer vestida con un traje largo de lino transparente, dándole la mano al dios con cabeza de chacal del inframundo. Antes de que pudiera ver más, Yussuf Mahmud colocó una pieza de tela sobre el rollo.

- ¿Bien? -dijo en un susurro-. Deben decidirse ahora. Tengo otros compradores.

Ramsés se rascó la oreja, de la que cayeron unos trocitos de una sustancia que podría haberse considerado suciedad incrustada.

- Imposible -dijo-. Debo saber más antes de consultar a mis clientes. ¿De dónde procede?

El otro hombre sonrió enigmáticamente y meneó la cabeza. Era el primer paso de un proceso que normalmente duraba horas. Pocos europeos tenían la paciencia de seguir el complicado ritual de la oferta y la contraoferta, punteado por ambiguas preguntas y respuestas más ambiguas aún. En aquella situación, Ramsés sabía que podía jugar a aquel juego empleando toda su habilidad. Quería ese papiro. Era uno de los más largos que él hubiera visto, e incluso esa breve visión le había sugerido que su calidad y condición eran extraordinarias. Se preguntaba cómo diablos un insignificante criminal como Yussuf Mahmud se había hecho con una pieza tan notable. Fingiendo desinterés, se alejó de la mesa.

- Es demasiado perfecto -comentó-. Mi comprador es un hombre entendido. Sabrá que es falso. Podría obtener, quizás, veinte libras esterlinas…

Cuando él y David partieron después de otra hora de negociación, no tenían el papiro. Ramsés no había esperado conseguirlo en ningún momento. Ningún comerciante o ladrón se separaría de una mercancía tan valiosa hasta que el dinero estuviera en sus manos. Pero habían llegado a un acuerdo. Volverían a

encontrarse a la noche siguiente.

David no había dicho una palabra durante toda la conversación. No estaba preparado para disimular su voz, así que su papel se limitaba a mirar mucho, de forma leal y amenazadora. Sin embargo, estaba a punto de reventar de excitación, y tan pronto como la puerta de la casa se cerró tras ellos, exclamó:

- ¡Dios mío! ¿Viste…?

Ramsés le cortó en seco con un breve juramento en árabe, y ninguno de los dos volvió a hablar hasta que llegaron al río. Su pequeño esquife se hallaba anclado donde lo habían dejado. David hizo el primer turno de remo. Hasta que no estuvieron a cierta distancia de la orilla, ocultos por la oscuridad, Ramsés no inició el proceso que le transformó de un cairota de dudoso aspecto en un joven inglés relativamente bien acicalado.

- Te toca -dijo. Intercambiaron los sitios y David se despegó la barba y se quitó el turbante.

- Lo siento -se disculpó David-. No debería haber hablado cuando lo hice.

- Hablar un inglés cultivado en esa parte de El Cairo y a esa hora no es muy sensato -le reprochó Ramsés secamente-. Hay una cosa evidente en todo esto, David: Yussuf Mahmud no trata con antigüedades de esa calidad. O bien actúa como intermediario de alguien que no quiere que se conozca su identidad, o bien ha robado el papiro a un ladrón más hábil. Creo que el dueño original debe estar detrás de él.

- Ah -dijo David-. Me pareció que estaba particularmente nervioso.

- Creo que tienes razón. Comerciar con antigüedades robadas va contra la ley, pero no era el miedo a la policía lo que le hacía sudar.

David hizo un hatillo con su disfraz, y lo ocultó bajo el asiento y luego se inclinó hacia un lado para salpicar de agua su cara.

- El papiro era auténtico, Ramsés. Nunca he visto uno tan hermoso.

- Yo lo pensé también, pero me alegro de que confirmes mi opinión. Tú sabes más de estas cosas que yo. Oye, te falta una verruga.

- ¿Dónde? Oh… -David buscó con los dedos la protuberancia que, ablandada por el agua, se despegó fácilmente-. Los egipcios

tienen razón cuando dicen que los ingleses podéis ver en la oscuridad, como los gatos -observó-. ¿Vas a hablarle al profesor del papiro?

- Ya sabes lo que opina de comprar a los comerciantes. Admiro sus principios, igual que admiro los principios del pacifismo, pero me temo que ambos sean poco prácticos. En un caso acabas muerto. En el otro, pierdes valiosos documentos históricos que acaban en manos de estúpidos coleccionistas que se los llevan a casa y los olvidan. ¿Cómo se puede acabar con el comercio ilegal cuando incluso el Departamento de Antigüedades compra a esa gente? -La pequeña embarcación se deslizó suavemente hasta descansar contra la cenagosa orilla. Ramsés guardó los remos y prosiguió-: En este caso me enfrento una vez más a lo que mi madre llamaría un dilema moral: quiero el maldito papiro, y quiero saber cómo lo consiguió Yussuf Mahmud. ¿Cuánto dinero tienes?

- Yo… eh… Ando algo escaso -admitió David.

- Yo también. Como siempre.

- ¿Y el profesor?

Ramsés se removió incómodo.

- Es inútil pedirle el dinero a él, no me lo daría. En cambio, me lanzaría un sermón paternalista. No le aguanto cuando lo hace.

- Entonces se lo tendrás que pedir a Nefret.

- No lo haré, ¡maldita sea!

- Eso es una estupidez -dijo David-. Tiene más dinero del que puede gastar, y le encantaría compartirlo. Si fuera a la vez una amiga y un hombre no lo dudarías.

- No es eso -dijo Ramsés, a sabiendas de que estaba mintiendo y de que David lo sabía-. Tendríamos que decirle para qué queremos el dinero, y luego ella querría acompañarnos.

- ¿Y bien?

- ¿Llevar a Nefret a el Was'a? ¿Has perdido el juicio? De ninguna manera.

*De la colección de cartas «B»*

Seguramente no te sorprenderá saber que me costó muchísimo tiempo convencer a Ramsés de que me dejaran ir con ellos. Los métodos que utilizo con el profesor (labios temblorosos, ojos llenos de lágrimas…) no surten el menor efecto en esa criatura de sangre fría; simplemente se limita a salir con paso airado de la habitación,

irradiando indignación. Así que me vi forzada a recurrir al chantaje y la intimidación, a la lógica femenina irrefutable y a recordarles amablemente que, sin mi firma, no podrían conseguir el dinero. (Supongo que ésta es otra forma de chantaje, ¿no? ¡Qué vergüenza!)

Si se me permite decirlo, ¡me convertí en un chico muy guapo! Compramos la ropa esa misma tarde, después de haber pasado por el banco: una elegante chilaba de lana azul pálido, babuchas bordadas en oro, y un gran turbante que cubría mi cabeza y ocultaba mi cara.

Ramsés oscureció mis cejas y pestañas, y rodeó mis ojos con *kohl*. Pensé que el disfraz y el maquillaje cambiaban sorprendentemente mi aspecto, pero Ramsés no estaba complacido.

- No hay forma de cambiar ese color -refunfuñó-. Mantén la cabeza agachada, Nefret, y los ojos modestamente hacia abajo. Si miras directamente a Mahmud o pronuncias una sola silaba mientras estamos con él te haré… te haré algo que los dos lamentaremos.

Una amenaza fascinante, ¿verdad? Estuve tentada de desobedecerle sólo para ver lo que tenía en mente, pero decidí no arriesgarme.

Nunca había estado en esa parte del viejo Cairo por la noche. No te recomendaría que te aventuraras por esos vericuetos; eres tan melindrosa que te asquearía la peste de la basura putrefacta, las ratas corriendo y te asustaría la noche, negra como la boca del lobo. La oscuridad del campo no tiene nada que ver con la de la ciudad; el Alto Egipto está siempre iluminado por la luz de las estrellas, incluso cuando la luna está oculta. Nada tan limpio y puro como una estrella se atrevería a aparecer en ese lugar. Las viejas casas parecían inclinarse unas sobre otras, susurrando feos secretos, y sus balcones ocultaban incluso el oscuro cielo nublado. Mi corazón latía más rápido que de costumbre, pero no tenía miedo. Nunca tengo miedo cuando vamos los tres juntos. Sólo cuando salen ellos solos a correr alguna loca aventura caigo en un estado de pánico absoluto.

Ramsés abría el camino. Conoce cada palmo del viejo Cairo, incluyendo algunas zonas que los egipcios respetables suelen evitar. Cuando llegamos junto a la casa, Ramsés hizo que me quedara a su lado mientras David iba por delante para explorar. Al regresar no dijo nada, pero nos hizo gestos de que siguiéramos.

Era una casa de vecinos o una pensión de la peor clase. El vestíbulo olía a comida podrida y a hachís, y al sudor de demasiados cuerpos confinados en un espacio tan pequeño. Tuvimos que ir con pies de plomo para subir las maltrechas escaleras, manteniéndonos cerca de la pared. Yo no podía ver nada, así que seguí a David como se me había dicho, con mi mano en su hombro para guiarme. Ramsés estaba cerca, a mi espalda, agarrándome del codo para evitar que me cayera si perdía el equilibrio, lo que ocurrió una o dos veces, pues las puntas curvas de mis bonitas babuchas se enganchaban en las tablas astilladas. Aquel trayecto se me hizo eterno. Podía sentir cosas horripilantes y viscosas a mi alrededor.

Nuestro destino era una habitación del primer piso, que sólo se podía distinguir por la franja de luz pálida que asomaba bajo la puerta. Cuando Ramsés rascó la hoja de madera, se abrió de inmediato.

Yussuf Mahmud nos hizo gestos de que entráramos y luego atrancó la puerta. Supuse que era él, aunque nadie nos presentó. Me dirigió una larga mirada y dijo algo en árabe que no comprendí. Debió ser algo muy grosero, pues David lanzó un gruñido y sacó su cuchillo.] Ramsés miró de reojo al tipo y dijo algo más que tampoco comprendí. El y el hombre rieron. David no se rió, pero volvió a colocar el cuchillo en su cinturón.

La única luz de la habitación provenía de una lámpara situada encima de la mesa, peligrosamente cercana al papiro, que había sido parcialmente desenrollado para mostrar una viñeta pintada. Me aproximé. Su tamaño era suficiente para dejarle a uno sin aliento; podría decir, por el grosor de las porciones desenrolladas, que debía ser muy largo. La escena en miniatura representaba el pesaje del corazón.

Antes de que pudiera ver más Ramsés me cogió y me hizo girar obligándome a que le mirara. Debía estar pensando que estaba a punto de soltar una exclamación en voz alta o de acercarme más a la luz… ¡cosa que yo jamás hubiera hecho! Le miré de forma amenazadora y él sostuvo una mirada recelosa. ¡No tienen idea de lo horrible que resulta Alí *el Rata* visto de cerca! ¡ incluso cuando no mira con recelo!

- Uno nuevo, ¿no? -dijo el hombre-. Eres un maldito tonto por

haberle traído aquí.

- Es tan hermoso que no puedo soportar apartarme de él -refunfuñó Ramsés, lanzándome una mirada aún más monstruosa-. Ve y quédate en la esquina, mi pequeña gacela, hasta que acabemos nuestro negocio.

Habían llegado a un acuerdo sobre el precio la noche anterior, pero sabiendo la forma de actuar de esta gente, yo esperaba que Yussuf Mahmud pidiera más. En lugar de eso, aquel tipejo le largó el harapiento bulto a Ramsés, aunque sujetándolo firmemente con una mano y dijo bruscamente:

- ¿Tienes el dinero?

Ramsés le miró fijamente.

- ¿Por qué esa prisa, amigo? -replicó finalmente con un tono algo agudo-. Espero que no hayas quedado con nadie más esta noche. Me… desagradaría compartir tu compañía con otros.

- No más de lo que me desagradaría a mí -espetó Yussuf con un cierto aire de bravata-. Pero, si somos listos, no nos debemos retrasar. Hay gente que puede oír palabras que no se pronuncian y ver a través de muros sin ventanas.

- ¿Ah, sí? ¿Quiénes son esos magos? -Ramsés se echó hacia atrás, sonriendo con la mueca distorsionada de Alí.

- No puedo…

- ¿No? -Ramsés extrajo un pesado saco de los pliegues de su ropa, y vertió una lluvia de brillantes monedas de oro sobre la mesa. Habíamos pensado que ofrecerían una visión mucho más impresionante que los billetes de banco, y ciertamente produjeron el efecto deseado en Yussuf Mahmud. Sus ojos prácticamente se le salían de las órbitas.

- La información es parte del trato -prosiguió Ramsés-. No me has dicho de dónde ha salido esto, o por qué manos ha pasado. ¿A cuánta gente has engañado, asesinado o robado para conseguirlo? ¿Cuántos de ellos se volverán contra mí una vez que lo posea?

Hizo un gesto discreto a David, quien tomó el papiro y lo introdujo con cuidado en la caja de madera que habíamos llevado. El hombre no prestó atención; sus ojos avarientos estaban fijos en aquel montón de oro brillante. Ramsés barrió rápidamente con la vista los postigos de las ventanas y las trancas de la puerta. No me miró. No tuvo que hacerlo; la habitación era tan pequeña que la

oscura esquina a la que me había enviado estaba al alcance de su vista. Yo no oí ni vi nada fuera de lo normal, pero él debió hacerlo, pues saltó y me alcanzó justo cuando las débiles contraventanas de madera cedían al impacto de un cuerpo pesado.

El cuerpo pertenecía a un hombre con la cara cubierta por un pañuelo enrollado que sólo dejaba ver sus ojos. Chocó contra el suelo y rodó hasta ponerse de pie, ágil como un atleta. Pensé que había otro detrás de él, pero antes de poder estar segura Ramsés me colocó bajo el brazo y saltó hacia la puerta. David ya estaba allí, con la caja que contenía el papiro en una mano y el cuchillo en la otra. Se pegó contra el muro de uno de los lados de la puerta. Ésta se abrió de un golpe y el hombre que se había lanzado contra ella se precipitó dentro de la habitación.

David le lanzó una patada a las costillas, y le hizo caer de bruces. Yo estuve tentada de patear a Ramsés, por sostenerme como un fardo de ropa sucia en vez de dejar que me incorporara a la defensa, pero decidí que sería mejor no hacerlo; él y David estaban actuando con bastante eficacia, y habría sido estúpido (y posiblemente fatal) romper su ritmo. Todo el asunto había durado tan sólo unos segundos.

El montón de oro era nuestra segunda línea de defensa. Por encima del hombro de Ramsés alcancé a ver un retorcido lío de miembros, pues los recién llegados y Yussuf Mahmud peleaban con dientes, cuchillos y cuerpos para obtener su premio. Lucharon sobre una alfombra de oro; las monedas caían de la mesa y rodaban por el suelo.

David había salido por la puerta. Otro cuerpo cayó en la habitación y nuestro amigo nos avisó para que avanzáramos. Ramsés tiró de la puerta y la cerró tras de nosotros.

- Espero que no le hayas golpeado con la caja del papiro -le advirtió en árabe.

- ¿Por quién me tomas? -David estaba sin aliento, pero parecía estar pasándoselo en grande.

- ¿Ése era el último?

- Sí. Cierra la puerta con llave y vámonos ya.

Ramsés me puso de pie. La caja de la escalera estaba oscura como un pozo, pero oí el «click» de una llave girando. Dudé que eso detuviera a los hombres durante mucho tiempo, puesto que la

puerta era algo frágil; pero para cuando hubieran terminado de pelear no tendrían a nadie a quien seguir.

Nos lanzamos por las poco seguras escaleras, primero David, luego yo, y luego Ramsés. Cuando salimos a la estrecha calle me di cuenta de que se había encendido una luz donde antes no la había. Una puerta, en frente, permanecía abierta. La silueta que se dibujaba en la entrada era definitivamente la de una mujer; podía ver cada una de sus curvas voluptuosas a través de la delgada tela que envolvía su cuerpo. La luz tenue sacaba destellos dorados a su pelo y sus brazos.

David se paró en seco. Al ver a la mujer, dejó escapar un suspiro de alivio. No repetiré lo que ella dijo, querida, por temor a que te escandalices; pero me alegro que sepas que David rechazó la invitación en términos tan categóricos como la propia insinuación. La calle era muy estrecha, por lo que a la mujer le bastó un simple paso para colocarse al lado de David. Cuando lanzó sus brazos alrededor de él, yo la golpeé por detrás de la oreja con los puños juntos, tal y como me había enseñado tía Amelia.

Como hubiera dicho esta entrañable dama, el resultado fue muy satisfactorio. La mujer soltó el cuchillo y cayó al suelo. Otra figura, un hombre esta vez, apareció en las sombras del portal; había otros detrás de él. Con las prisas se bloquearon unos a otros al intentar atravesar la estrecha abertura, lo que fue una suerte para nosotros, pues mis dos valientes escoltas parecían estar momentáneamente paralizados. Le di un empujón a Ramsés.

- ¡Corre! -le dije.

No es difícil deshacerse de los perseguidores en ese laberinto de mugrientos callejones y oscuras calles si uno conoce la zona. Yo no la conocía, pero una vez que Ramsés recuperó el juicio tomó el mando, y los sonidos de la persecución se extinguieron. Todos estábamos cansados, sin aliento y muy sucios para cuando llegamos al río, pero Ramsés no me dejó quitarme mi ropa sucia y maloliente hasta que estuvimos de vuelta. Por si no lo he mencionado, yo llevaba mi camisa y mis pantalones bajo mi disfraz. Los chicos no, y me obligaron a darme la vuelta mientras se cambiaban. Los hombres a veces son bastante tontos.

Cuando alcanzamos el otro lado, y paramos la pequeña embarcación, esperé a que alguno de ellos me diera una palmadita

en el hombro y dijera «¡Bien hecho!», o, «¡Estupendo!», o algo parecido. Pero ninguno de los dos habló. Se sentaron inmóviles, como un par de estatuas, mirándome boquiabiertos. El corte en la base del cuello de David había dejado de sangrar. Parecía una delgada cuerda oscura.

- No nos quedemos aquí -dije exasperada-. Volvamos al barco, allí podremos hablar cómodamente. Quiero un vaso de agua, y un cigarrillo, y cambiarme de ropa, y un asiento blando, y…

- Te tendrás que conformar con una de las cuatro cosas -dijo Ramsés, rebuscando debajo del asiento. Me entregó un termo-. Tenemos que tener nuestra pequeña charla aquí, antes de regresar a nuestras habitaciones. Madre está siempre rondando y no quiero que oiga esta conversación.

Di un buen trago de agua tibia, deseando que fuera algo más fuerte. Luego me sequé la boca con la manga y entregué la botella a David.

- Yussuf Mahmud nos ha traicionado -dije-. Fue una emboscada. Tú lo esperabas.

- No seas idiota -dijo Ramsés con rudeza-. Si yo hubiera previsto una emboscada no hubiera permitido… Bueno, hubiera actuado de modo diferente.

- No sé cómo habrías podido actuar de forma más eficaz -rebatí-. Seguro que habéis planeado de antemano qué hacer si las cosas iban mal.

- Siempre lo hacemos -dijo Ramsés-. No te molestes en alabarnos por ello, Nefret; el hecho es que me equivoqué bastante. Tuvimos suerte de salir ilesos.

- ¡Suerte! -dije con indignación.

Ramsés abrió la boca para contestar, pero por una vez David le tomó la delantera:

- No fue la suerte lo que salvó mi vida esta noche, sino la agudeza y el valor de Nefret. Gracias, hermana. No vi el cuchillo hasta que estuvo en mi cuello.

Ramsés cambió ligeramente de posición.

- Yo no lo vi hasta que se cayó de su mano.

Les había costado bastante admitirlo, así que no me pude resistir a replicarles:

- Eso -empecé- es porque ninguno de vosotros sabe…

- ¿Nada acerca de las mujeres? -terminó Ramsés.

La luna estaba alta y brillante. Pude ver su cara claramente. Es lo que yo llamo su cara de faraón de piedra, ceremoniosa y lejana como la estatua de Kefrén que hay en el museo. Pensé que estaba enfadado, hasta que se echó hacia delante, me arrancó del banco y me abrazó tan fuerte que casi pude oír el crujido de mis costillas.

- Uno de estos días -dijo con un tono que no le había oído nunca- me vas a hacer olvidar que se supone que soy un caballero inglés.

Bien, querida, ¡yo estaba encantada! Durante años he estado intentando romper ese caparazón suyo y hacer que actúe como un ser humano. A veces lo consigo, ¡normalmente provocando su ira!, pero ese momento nunca dura mucho. Procurando sacar el mayor partido a ese momento particular me agarré a él cuando intentaba apartarse.

- Estás temblando -dije recelosa-. ¿Te estás riendo de mí, maldito?

- No me estoy riendo de ti. Estoy temblando de terror -creí sentir sus labios rozando mi pelo, pero debí haberme equivocado, porque me devolvió al duro asiento con un golpe que hizo sonar mis dientes. Ramsés tiene las cejas más formidables de todas las personas que conozco, incluyendo el profesor. En aquel momento parecían un par de alas negras elevadas. Yo tenía razón: ¡Estaba absolutamente furioso!

- ¡Demonios y maldiciones, Nefret! ¿Nunca aprenderás a pararte y a pensar antes de actuar? Fuiste rápida, y valiente, e inteligente, y todas esas bobadas, pero también tuviste una condenada suerte. Uno de estos días te vas a meter en problemas muy serios si insistes en lanzarte de cabeza a la acción sin…

- ¡Eres el más indicado para hablar!

- Nunca actúo sin pensar.

- Oh, no, ¡tú no! Tienes menos sensibilidad que un…

- Decídete -siseó Ramsés, entre dientes-. No puedo ser a la vez impetuoso e insensible.

David me alcanzó y tomó mi mano (más bien el puño; admito que estaba apretado y alzado).

- Nefret, te está regañando porque tenía miedo por ti. Dile, Ramsés. Dile que no estás enfadado.

- Estoy enfadado. Estoy… -se detuvo para exhalar un hondo suspiro, que soltó lentamente. Sus cejas descendieron hasta su posición normal-… enfadado conmigo mismo. Te fallé, hermano. También fallé a Nefret. Ella no habría corrido un riesgo tan espantoso si yo hubiera estado más alerta.

David tomó la mano extendida de Ramsés. Sus ojos brillaban por las lágrimas. David tiene todo el sentimentalismo que Ramsés no tiene. Yo estoy totalmente a favor de los sentimientos, como tú bien sabes, pero su reacción me había afectado, y yo estaba empezando a temblar también.

- Nada de eso -dije con firmeza-. Como siempre, te exiges demasiado a ti mismo, Ramsés. Un sentido de la responsabilidad exagerado es un signo de excesivo egoísmo.

- ¿Ése es otro de los famosos aforismos de madre? -Ramsés volvía a ser el mismo de siempre. Soltó la mano de David y me sonrió de forma irónica.

- No. Lo he compuesto yo misma. Los dos lo habéis hecho mal esta vez. Deberíais haber visto el cuchillo, como yo, si vuestra vanidad masculina no os hubiera hecho presuponer que no había nada que temer de una mujer. Mis sospechas surgieron en el momento en que ella apareció; era demasiada coincidencia que una dama de la noche se presentara en ese preciso momento, cuando no habíamos visto antes ningún signo de actividad en la casa. Los establecimientos de ese tipo no son tan discretos como para…

- Te has salido con la tuya -dijo Ramsés, mirándome por encima del hombro.

Algo se agitaba entre los juncos de la orilla. Ninguno de nosotros se asustó; incluso yo he aprendido a conocer la diferencia entre los movimientos de una rata y los de un hombre. Sin embargo, no me gustan mucho las ratas, y estaba deseando ir a casa.

- Para ya -dije, tratando de mirarle por encima del hombro (lo que no resulta fácil cuando la otra persona es un palmo más alta)-. Gracias a la combinación de nuestra agudeza y osadía salimos ilesos con el papiro, pero no hemos resuelto la cuestión vital de cómo seguir a salvo. ¿Qué ha fallado esta noche?

Ramsés volvió a recostarse en el asiento y se frotó el cuello. (Los granitos adhesivos pican, incluso después de habérselos quitado con agua.)

- Siempre existía la posibilidad de que Yussuf Mahmud tratara de engañarnos para quedarse con el dinero y el papiro. Pero no podría haberlo logrado sin habernos asesinado antes a los dos, y dudo de que se hubiera arriesgado a hacerlo. Alí *el Rata* y su taciturno amigo tienen una cierta… reputación en El Cairo.

- Una reputación ficticia, espero -dije yo.

Ellos dos intercambiaron miradas.

- En su mayor parte -respondió Ramsés-. En cualquier caso, yo decidí que el riesgo era insignificante. Yussuf Mahmud tiene también una cierta reputación. Comercia con antigüedades robadas, y engañaría a su propia madre, pero no es un asesino.

- Entonces debe haber engañado a otros ladrones, ya que consiguió echarle el guante al papiro -deduje-. Eso significaría que los hombres que entraron iban tras el papiro… y tras él. No tras de nosotros.

- Me encantaría poder creer eso -murmuró Ramsés-. La alternativa es decididamente más desagradable. Supongamos que Yussuf Mahmud y sus compinches, quienes quiera que fuesen, hubiesen elaborado un ingenioso plan de robo. Ponen el papiro en venta, atraen a posibles clientes a la casa, les golpean en la cabeza, roban el dinero, y huyen con el papiro. Pueden repetir el proceso una y otra vez, puesto que no es previsible que las víctimas admitan su participación en una transacción ilegal. Esta vez Yussuf Mahmud había decidido hacer el negocio solo. Esperaba a los otros, pero no tan pronto. Esperaba haber concluido el trato y haber huido con el dinero antes de que llegaran. Nos habría encerrado (me di cuenta de que había dejado la llave por fuera de la puerta, lo que me debía haber hecho sospechar algo), y dejado así a merced de sus colegas. Llegaron antes porque no confiaban en él. En lugar de unir fuerzas contra nosotros los muy tontos se dejaron llevar por la avaricia. Según me han informado, el oro tiene un efecto devastador sobre los caracteres débiles.

- ¿Tienes que ser tan condenadamente prolijo? -le pregunté-. ¿Tú crees que ésa es la explicación de la emboscada? ¿Un simple engaño?

- No -dijo Ramsés-. La segunda parte de la teoría lo sostiene, creo… Yussuf Mahmud esperaba huir con el dinero antes de que los otros vinieran… pero me temo que tenemos que considerar la

desagradable alternativa que he mencionado. La mujer tenía toda la intención de cortarle el cuello a David. ¿Y no es una mera coincidencia que hubieran esperado a que tú vinieras con nosotros para atacarnos?

- Espero que lo sea -dije de corazón.

- Yo también, mi niña. No podían saber que tú estarías allí, sólo nos esperaban a David y a mí, y tomaron medidas extraordinarias para asegurarse de que nos capturarían o matarían. No puede ser una coincidencia que Yussuf Mahmud nos ofreciera el papiro a nosotros. Hay muchos otros comerciantes en El Cairo que se lo hubieran comprado al precio que nosotros pagamos. Siento deciros que tenemos que hacer frente a la posibilidad de que de algún modo, de alguna manera, alguien haya descubierto nuestras identidades reales.

- ¿Cómo habrán podido hacerlo? -preguntó David.

Pobre chico, ¡se había sentido tan orgulloso de su inteligente disfraz! A Ramsés tampoco le había gustado tener que admitir su fallo. Apretó fuertemente los labios, del modo en que él lo hace. Cuando por fin respondió, lo hizo a regañadientes, como si le costara articular las palabras.

- Ningún plan es completamente infalible. Se me ocurren varias posibilidades… Pero, ¿para qué malgastar el tiempo en conjeturas? Es tarde, y Nefret debería estar en la cama.

Los juncos crujieron con un sonido aterrador. Me estremecí. El viento nocturno era frío. David se echó hacia delante y cogió mi mano. ¡Es tan cariñoso! Esa sonrisa suya dulcificaba su hermoso rostro.

- Tienes razón. Venga, hermanita, has tenido una noche movida.

Dejé que me ayudara a salir del bote y a alcanzar la orilla. íbamos en fila india, con David a la cabeza, buscando el camino más fácil y menos sucio. El barro chapoteaba bajo mis botas.

- A veces se producen extrañas coincidencias -dijo David-. Debemos desconfiar de las sombras.

- Siempre es más seguro esperar lo peor -añadió Ramsés detrás de mí-. Qué maldito fastidio. Hemos pasado tres años creando a esos personajes.

Me resbalé con algo aplastado y que desprendía un terrible olor. Una mano agarró el faldón de mi camisa y me sujetó.

- Gracias -dije-. ¡Qué asco! ¿Qué era eso? No, no me lo digas. Ramsés tiene razón, no podéis volver a ser Alí y Achmet. Si sabían quiénes sois en realidad, el papiro podía haber sido un medio para atraeros hacia ese horrible barrio. Un asesino o secuestrador no podría cogeros cuando estáis en el barco con nosotros o la tripulación, o en las zonas respetables de El Cairo, con cientos de personas alrededor.

- Hay un aspecto positivo en todo esto -admitió Ramsés para mi sorpresa (suele preferir más bien mirar el lado negativo)-. Conseguimos el papiro. No era de esperar que esto ocurriera.

- Mayor razón para mantenernos alejados del viejo Cairo -dije yo-. Dame tu palabra, Ramsés, tu palabra y la de David, de que no volveréis allí de noche.

- ¿Qué? Oh, sí, por supuesto.

Así que aquel fue el final de esa historia. No hizo falta que ninguno dijera que pronto sabríamos la respuesta a nuestra pregunta. Habíamos huido con el papiro, y si quienes-quiera-que-fuesen sabían quiénes eran Ramsés y David, era más que probable que fueran a buscarlo. Pero no te preocupes, sabemos cómo cuidarnos a nosotros mismos… y a los demás.

- Mi querido Emerson -dije-. Debemos llamar a *monsieur* Maspero antes de irnos de El Cairo.

- Maldita sea, no lo haré -gruñó Emerson.

Estábamos desayunando en la cubierta de arriba, antigua costumbre nuestra muy agradable, aunque no tanto como antes, cuando las barcazas motorizadas y los barcos de vapor aún no invadían la zona. ¡Cómo añoraba retirarme a las bucólicas costas de Luxor, donde los colores de la salida del sol no se veían empañados por el humo, y donde la fresca brisa de la mañana no se teñía con el hedor de la gasolina y el petróleo!

Emerson había expresado ya la misma opinión, y propuso que navegáramos ese día. ¡Es tan típico de un hombre! Creen que sólo necesitan expresar un deseo para que se cumpla de inmediato. Tuve que decirle que había que resolver una serie de asuntos antes de que pudiéramos partir, tales como darle tiempo suficiente a *Rais* Hassan para reunir a la tripulación, y hacerse con los suministros necesarios a bordo. Llamar a *monsieur* Maspero era, en mi opinión, casi tan importante. La aquiescencia del director del Departamento

de Antigüedades es esencial para todo aquel que quiera excavar en Egipto, pero Emerson no contaba con ella.

Durante las últimas temporadas habíamos estado trabajando en una serie de tumbas particularmente aburridas. Para ser justos con Maspero, hay que admitir que la cabezonería de Emerson tenía toda la culpa. Había enfurecido a Maspero al negarse a la apertura de la tumba de Tetisheri, nuestro gran descubrimiento, a los turistas. Además, había expresado su oposición en términos notablemente groseros, incluso para Emerson. Maspero se había vengado rechazando la solicitud de Emerson para localizar nuevas tumbas en el Valle de los Reyes, añadiendo al insulto la injuria, al sugerir que termináramos de despejar las tumbas más pequeñas, las que no pertenecían a miembros de la realeza, y de las que existía un gran número en el Valle. Muchas de estas sepulturas habían sido descubiertas por otros arqueólogos, y se sabía que no contenían absolutamente nada de interés.

Para ser justos con Emerson teníamos todo el derecho a esperar una consideración especial por parte de Maspero, puesto que, por razones que no vienen al caso, habíamos entregado todo el contenido de la tumba al Museo de El Cairo, sin reclamar la parte que normalmente corresponde al descubridor. (Por otra parte, esto había tenido un efecto perjudicial para nuestras relaciones con el Museo Británico, cuyos funcionarios esperaban que hubiéramos donado nuestra parte a dicha institución. A Emerson no le preocupó la opinión del Museo Británico más de lo que le importó la de *monsieur* Maspero.)

Un hombre más sensato se habría vuelto atrás y hubiera solicitado permiso para trabajar en otro lugar. Pero Emerson no es precisamente un hombre sensato. Con determinación inflexible, y grandes cantidades de palabrotas, había aceptado el proyecto, y se había mantenido en sus trece hasta que todos estuvimos a punto de gritar de aburrimiento. Durante los últimos años había investigado una docena de las tumbas en cuestión. Quedaba, según mis cálculos, otra docena más.

- Iré yo sola, pues -dije.

- No, ¡no lo harás!

Me complació observar que nuestra pequeña discusión (junto con varias tazas de café fuerte) había sacado a Emerson de su

habitual letargo matinal. Se sentó, cuadrando los hombros, y apretó los puños. Un bello rubor de enojo animaba sus mejillas y la hendidura de su fuerte mentón temblaba.

Es una pérdida de tiempo discutir con Emerson, así que me dirigí hacia los chicos:

- ¿Y cuáles son vuestros planes para hoy, queridos?

Ramsés, tumbado en el sofá en una postura tan lánguida como la que había tenido Emerson antes de que yo le provocara, se asustó y se enderezó.

- ¿Cómo ha dicho, madre?

- Qué perezosos estáis esta mañana -dije con desaprobación-. Y Nefret parece como si no hubiera dormido tampoco. ¿Has tenido alguna de tus pesadillas, mi querida niña?

- No, tía Amelia. -Tapó su boca con la mano para esconder un bostezo-. Estuve despierta hasta tarde. Estudiando.

- Digno de elogio. Pero necesitas dormir, y me gustaría que pusieras un poco más de cuidado en tu aseo matutino. Tendrías que haberte recogido el pelo, el viento hace que te tape la cara. Ramsés, termina de abrocharte los botones de tu camisa. Por lo menos, David está… ¿Qué es esa marca en tu cuello, David? ¿Te has cortado?

Se había abrochado la camisa lo más arriba que pudo, pero no se puede engañar a unos ojos tan expertos como los míos. Automáticamente se llevó la mano al cuello.

- Se me ha resbalado la navaja de afeitar, tía Amelia.

- Eso es justo lo que yo decía. La falta de sueño le hace a uno torpe y descuidado. Esas navajas rectas son instrumentos peligrosos, y tú…

Los motores de un vapor de turistas que pasaba me hicieron callar, ya que me resultaba imposible hacerme escuchar por encima de aquel estruendo. Sin embargo, Emerson se las arregló para hacerse oír.

- ¡Maldita sea! ¡Cuanto antes abandonemos este caos, mejor! Voy a hablar con *Rais* Hassan.

Hassan le informó de que posiblemente no podríamos partir antes del martes, dos días más tarde, y Emerson tuvo que contentarse con eso. Seguía murmurando maldiciones cuando partimos para el museo, donde propuso pasar la mañana

examinando los hallazgos más recientes.

De hecho, su negativa a llamar a Maspero me vino muy bien, pues seguramente un encuentro entre ellos empeoraría aún más las cosas. Decidí llevarme a Nefret conmigo. Ella y *monsieur* Maspero se llevaban muy bien. Normalmente, los caballeros franceses se entienden estupendamente con las jovencitas hermosas.

Dejamos a Emerson y a los chicos en la Salle d'Honneur, y nos dirigimos a las oficinas administrativas que se situaban en el lado norte del edificio. Maspero nos estaba esperando. Nos besó la mano y nos dirigió sus habituales y extravagantes cumplidos que no eran inmerecidos, según me obliga a admitir mi reconocida sinceridad. Nefret parecía casi una dama con sus inmaculados guantes blancos y su bonete anudado con cintas; su elegante vestido de muselina verde resaltaba su delgada figura y su pelo rubio dorado. Mi vestido era nuevo, y había sustituido mi pesada sombrilla de trabajo por una que casaba a la perfección con el vestido. Como todas mis sombrillas, también tenía un robusto mango de acero y una punta bastante afilada, aunque los volantes y encajes disimulaban su utilidad.

Cuando un criado terminó de servir el té, empecé a presentar las disculpas de Emerson:

- Tenemos que irnos de El Cairo en dos días, *monsieur,* y le queda mucho trabajo que hacer. Me pidió que le presentara sus respetos.

Maspero era demasiado inteligente para creer esto, y también muy zalamero, por decirlo de alguna manera.

- Espero que le presente mis cumplidos al profesor.

A los franceses les gustan las cortesías formales y prolongadas tanto como a los árabes, así que me llevó algún tiempo llegar al motivo de mi visita. No había contado con una respuesta positiva, así que no me sorprendí, aunque sí me desanimé un tanto, cuando la sonrisa se borró del rostro de Maspero.

- ¡Ay!, *chère Madame,* haría todo lo que estuviera en mi mano para complacerla, pero debe usted comprender que me es imposible conceder permiso al profesor para llevar a cabo nuevas excavaciones en el Valle de los Reyes. El señor Theodore Davis tiene la concesión, y yo no puedo quitársela de forma arbitraria, particularmente cuando ha tenido una suerte tan notable para localizar nuevas tumbas. ¿Ha visto usted la exposición de los

objetos que descubrió el pasado año en la tumba de los padres de la reina Tiyi?

- Sí -dije.

- Pero, *monsieur* Maspero, es una lástima -Nefret se echó hacia delante-. El profesor es el mejor arqueólogo de Egipto. Está malgastando su talento en esas pequeñas y aburridas tumbas.

Maspero observó con admiración sus profundos ojos azules y sus hermosas mejillas sonrosadas, pero negó con la cabeza.

- Nadie siente eso más que yo, *mademoiselle.* Nadie respeta el talento del señor Emerson más que yo. Es decisión de él, totalmente. Hay cientos de excavaciones en Egipto. Están a su disposición… excepto el Valle de los Reyes.

Después de charlar un poco más nos despedimos, y nos volvió a besar las manos.

- Maldita sea -dijo Nefret, según nos dirigíamos hacia la Sala de las Momias, donde habíamos quedado con los demás.

- No jures -la reprendí automáticamente.

- Eso no era un juramento. ¡Qué viejo tan obstinado es Maspero!

- No es del todo culpa suya -admití-. Por supuesto, exageraba cuando dijo que Emerson podría tener cualquier otra excavación en Egipto. Buena parte de ellas han sido asignadas, pero hay otras, incluso en la zona de Tebas. Sólo la maldita obstinación de Emerson nos tiene encadenados a nuestra aburrida tarea. ¿Dónde diablos se ha metido?

Finalmente le encontramos abajo, donde yo habría debido suponer que estaría, dando vueltas melancólicamente por la exposición a la que Maspero se había referido. El descubrimiento del señor Davis o, para ser más exactos, el descubrimiento del señor Quibell, que era quien había estado supervisando las excavaciones en aquel momento, consistía en una serie de objetos que pertenecían a una tumba que había sobrevivido hasta los tiempos modernos con su contenido casi intacto. Por supuesto, no eran tan buenos como los que NOSOTROS habíamos encontrado en la tumba de la reina

Tetisheri. Yuya y Thuya eran plebeyos, pero su hija era una reina, la esposa principal del gran Amenhotep III, y su ajuar funerario incluía algunos regalos de la familia real.

- Ah, aquí estás, querido -dije-. Espero no haberte hecho esperar.

Emerson estaba de tan mal humor que mi sarcasmo pasó desapercibido.

- ¿Sabes cuánto tiempo tardó Davis en limpiar esa tumba? ¡Tres semanas! ¡Nosotros tardamos tres años con Tetisheri! Uno sólo puede preguntarse…

- Sí, querido -le interrumpí rápidamente-, estoy totalmente de acuerdo contigo, pero ya es la hora de comer. ¿Dónde están Ramsés y David?

- Fueron a ver los papiros -dijo Emerson. Levantó su mano vagamente, en dirección a la puerta.

Aunque los métodos organizativos de *monsieur* Maspero dejaban mucho que desear, había reunido la mayoría de los papiros en una única sala. Ramsés y David se hallaban contemplando embelesados uno de los mejores, un papiro funerario que había sido realizado para una reina de la Dinastía XXI.

*El Libro de los Muertos* es un término moderno; las antiguas colecciones de sortilegios para proteger de los peligros del inframundo y guiar a los muertos hacia la vida eterna recibían varios nombres: el Libro del que está en el Inframundo, el Libro de las Puertas, el Libro de las Apariciones Diurnas, etcétera. En algunos períodos, estos sortilegios protectores se inscribían en los ataúdes de madera o en las paredes de la tumba. Más tarde, se escribieron en papiros, que se ilustraban con deliciosas pinturas de pequeño tamaño que mostraban los diversos estadios que atravesaba el difunto en su viaje al paraíso. La longitud del papiro y, por extensión, su eficacia, dependían del precio que el comprador podía pagar. Sí; incluso la inmortalidad podía comprarse, pero no nos burlemos de esos inocentes paganos, querido lector. La iglesia cristiana medieval vendía perdones y plegarias para los muertos y, ¿no existen aún entre nosotros quienes hacen donaciones a las instituciones religiosas con la esperanza de que «les dispensen» del castigo por sus pecados?

Pero me estoy desviando. Más relevante para la historia que estoy a punto de desvelar es el origen de algunos de estos papiros. Fueron enterrados con los muertos, a veces a su lado, o también entre las piernas de la momia. El rollo concreto que los chicos estaban examinando procedía de un escondite de Deir el Bahri. Las momias de un lote misceláneo de personajes reales habían sido

rescatadas de sus saqueadas tumbas, y escondidas en una grieta de las colinas de Tebas, donde no habían sido descubiertas hasta la década de los 80 del siglo XIX de nuestra era. Los descubridores habían sido ladrones de tumbas de la villa de Gurneh, en la ribera Occidental. Durante varios años habían vendido objetos robados, tales como papiros, a los comerciantes ilegales, pero finalmente el Departamento de Antigüedades había descubierto sus actividades, forzándoles a revelar la localización de la tumba. Las estropeadas y maltratadas momias, junto con el resto de su ajuar funerario, fueron trasladas al Museo.

Nefret se dirigió de inmediato al lado de sus amigos. Tuvo que dar un codazo a Ramsés para que se apartara, después de lo cual ella se inclinó sobre la caja y se puso a mirar el papiro con tanta atención como él lo había hecho.

- Es mucho más oscuro que… que algunos de los que he visto - murmuró.

- Siempre se oscurecen cuando se exponen a la luz, especialmente en condiciones como éstas -gruñó Emerson-. El interior de la caja está tan sucio como el exterior. Ese idiota de Maspero…

- Es de la vigésimo primera dinastía -dijo David-. Por lo general son más oscuros que los de las versiones primitivas.

Habló con la calmada autoridad que desplegaba sólo cuando hablaba de su especialidad, y todos le escuchamos con el respeto que él exigía en tales ocasiones. Educadamente, me dejó paso cuando me aproximé a la caja.

- Aun así, es muy hermoso -dije-. Estos papiros siempre me recuerdan a los manuscritos medievales, con esas grandes hileras de texto elegantemente escrito, y esas pequeñas pinturas. Esta escena es la del pesaje del corazón frente al símbolo de la verdad ¡qué concepto tan encantador! La reina, coronada y ataviada con sus mejores galas, es conducida por Anubis a la cámara en la que Osiris se sienta entronizado. Thot, el escriba divino con cabeza de ibis, permanece de pie con la pluma en equilibrio, listo para registrar la sentencia. Detrás de él espera el horrible monstruo Amnet, preparado para devorar el alma en caso de que no supere la prueba.

- ¿A quién diriges tu conferencia, Peabody? -preguntó Emerson cortante-. No hay turistas alrededor, todos estamos tan

familiarizados con este tema como tú.

Nefret hizo un intento discreto de suavizar la crítica, totalmente innecesario, pues yo nunca me tomo a pecho los sarcasmos de Emerson:

- Ese adorable babuino encaramado encima de la balanza… ése es también Thot, ¿verdad? ¿Por qué aparece dos veces en la misma escena?

- Ah, querida, la teología de los antiguos egipcios es como una mezcolanza -repliqué-. El mono que está por encima de la balanza o, en algunos casos, a su lado, es uno de los símbolos de Thot, pero desafío incluso a mi erudito marido a que nos explique lo que está haciendo ahí.

Emerson soltó un gruñido, y Nefret se dirigió rápidamente a tomarle del brazo.

- Tengo mucha hambre -anunció-. ¿Podemos ir ahora a comer?

Se llevó a Emerson hacia fuera, yo les seguí con los chicos. Ramsés me ofreció el brazo, una cortesía que él raramente se acuerda de hacer.

- Eso ha sido muy hábil -observó-. Creo que el profesor saltaría a las fauces de un cocodrilo si ella se lo pidiera. Madre, no debería provocarle cuando está tan enfadado.

- Él empezó -repliqué, y luego me reí un poco, porque la aseveración había sonado algo infantil-. Siempre se enfada cuando visita el Museo.

- ¿Qué dijo Maspero? -preguntó Ramsés-. Estoy seguro de que usted y Nefret trataron de convencerle para que cambiara de opinión.

- Dijo que no. Está en lo cierto, supongo. Habiéndole dado antes el permiso a Davis, no puede cancelarlo sin un buen motivo. No puedo imaginarme por qué insiste tu padre en permanecer en el Valle. Es como echarle sal en las heridas. Cada vez que el señor Davis encuentra otra tumba, a Emerson se le dispara la tensión arterial. La tumba de Tetisheri es un logro suficiente para cualquier arqueólogo, pero ya conoces a tu padre; ha pasado mucho tiempo desde que nos tropezamos con algo interesante, y lo que realmente le encantaría sería realizar otro descubrimiento tan notable.

- Mmmm -musitó Ramsés pensativo.

# Capítulo 4

Por supuesto, enseguida informé a mi marido de la oferta de Maspero.

- ¿Qué tal Abusir, Emerson? ¿O Medum? Y hay grandes zonas en Sakkara que están pidiendo a gritos que alguien las excave.

- ¿De verdad quieres abandonar nuestra casa de Luxor, Peabody? La construimos porque pensábamos concentrarnos en esa zona en los años venideros. Maldita sea, juré que terminaría el trabajo, y me ofenden tus sugerencias… -protestó. Pero luego su cara se suavizó y dijo con voz ronca-: Sé que todavía echas de menos las pirámides, querida. Déjame una temporada más en el Valle, y… bien, luego veremos. ¿Te parece un compromiso satisfactorio?

En mi opinión, aquello no era un compromiso en absoluto, puesto que no me había prometido nada. Sin embargo, las manifestaciones de afecto que acompañaron su discurso fueron plenamente satisfactorias. Respondí con mi entusiasmo habitual, y el tema, de momento, quedó zanjado.

Cuando tuvo lugar esta conversación ya estábamos alojados en el Shepheard, mi hotel favorito de El Cairo. Emerson había accedido graciosamente a mi sugerencia de que pasáramos unos días allí antes de abandonar la ciudad. Mi excusa para trasladarnos fue que el hotel sería más conveniente para poder hacer los preparativos necesarios para mi cena anual; porque, aunque me costara admitirlo, nuestro querido y viejo *dahabiyya* se quedaba pequeño para nuestra ampliada familia. Tenía sólo cuatro camarotes y un único cuarto de baño, y como todos nosotros estábamos metidos de lleno en nuestras ocupaciones profesionales, el salón estaba tan

atestado de escritorios, libros y materiales diversos que no había espacio para una mesa de comedor. No se podía esperar que Fátima durmiera en la cubierta de abajo con la tripulación, lo que supuso que le asignáramos uno de los camarotes. (Ella había propuesto dormir en un jergón en el pasillo, o en el suelo de la habitación de Nefret, pero ambas posibilidades fueron desechadas al instante.) Así que David y Ramsés tenían que compartir una habitación, y creo que no necesito describir el estado de la misma a ninguna madre que tenga hijos jóvenes. Literalmente, había que abrirse paso entre libros y ropas desperdigadas para llegar a las camas.

Con un afligido suspiro admití la verdad, pero sólo para mí misma y no ante Emerson (quien, al ser un hombre, ni siquiera advertía los inconvenientes que he relatado). Mientras los chicos estuvieran con nosotros, el *Amelia* no era el alojamiento más adecuado. Sin embargo, me recordaba a mí misma, aquel estado de cosas no duraría indefinidamente: David tenía veintiún años, y se estaba forjando una sólida reputación como artista y diseñador; era de esperar que el día menos pensado echara a volar con sus propias alas. Seguramente, Nefret se casaría; de hecho, me sorprendía que todavía no hubiera aceptado a ninguno de los numerosos pretendientes que la asediaban constantemente. Ramsés…

Era imposible que ningún ser humano normal predijera lo que iba a hacer Ramsés. Estaba casi segura de que sería algo que no me gustaría, pero de lo que no cabía ninguna duda era de que se marcharía. Semejante perspectiva no me resultaba en absoluto desagradable: volvería a estar sola con Emerson, sin esos jóvenes que me eran tan queridos, pero que tantos quebraderos de cabeza me daban; había sido una vez mi sueño más anhelado. Todavía lo era, por supuesto…

Después de una conversación con el señor Baehler para ultimar los preparativos para mi cena, me había retirado a la terraza a esperar que Emerson y Nefret se reunieran conmigo para tomar el té. El sol brillaba en un cielo despejado, iluminando las vistosas vestimentas de los dragomanes reunidos alrededor de las escaleras del hotel; una suave brisa me trajo el aroma de las rosas y jazmines de los carros de los vendedores de flores. Incluso el sonido de las ruedas y los gritos de los taxistas, el rebuzno de los burros y el mugido de los camellos se hacía agradable a mis oídos, pues eran

los sonidos de Egipto, una tierra que yo veneraba. Emerson había dicho que iba al Instituto Francés. Nefret había dicho que quería hacer algunas compras. Como deferencia a lo que le encantaba llamar mis anticuados principios, se había llevado a Fátima con ella. Los chicos habían salido a no sé dónde; ellos ya no me rendían cuenta de sus actividades, pero yo no tenía motivo alguno para suponer que estaban haciendo algo que no debieran. Entonces, ¿por qué aquellos vagos presentimientos turbaban una mente que debiera haber estado en paz?

Aquellos presagios no eran suscitados por mi viejo adversario y (según él) admirador, el Maestro del Crimen. Emerson había adquirido el hábito de asumir que Sethos se hallaba detrás de cualquier incidente amenazador o acontecimiento misterioso. El hecho de que siempre se equivocara no había disminuido sus sospechas, y yo sabía (aunque él había tratado de ocultármelo) que había estado rondando por los zocos y cafés, buscando pruebas de que Sethos nos había seguido a Egipto.

Yo tenía mis propias razones que me hacían estar segura de que aquél no era el caso y, para ser totalmente sincera, semejante seguridad era una de las causas de mi descontento. Por primera vez en muchos años no había perspectiva alguna de una aventura interesante, ¡ni siquiera una carta amenazadora de canallas desconocidos! No me había dado cuenta de lo acostumbrada que estaba a ese tipo de cosas. Cierto es que nuestras aventuras eran a menudo más divertidas cuando las recordábamos que cuando nos sucedían, pero si tenía que elegir entre el peligro y el aburrimiento, siempre elegiría el primero. Aquella perspectiva era condenadamente desalentadora, especialmente porque tampoco parecía que nuestras excavaciones fueran a ser precisamente emocionantes.

Dirigí una mirada al reloj de mi solapa. Nefret no se estaba retrasando, pues no habíamos especificado una hora, pero ya debería estar de vuelta. Decidí ir en su busca. Cuando llamé a su puerta no recibí una respuesta inmediata, así que deduje que no había regresado; estaba a punto de darme la vuelta cuando la puerta se abrió un palmo, y apareció la cara de Nefret. Parecía un poco agitada.

- Oh, es usted, tía Amelia. ¿Ya es la hora del té?

- Sí, y llevo esperando un cuarto de hora -repliqué, poniéndome de puntillas y tratando de ver lo que pasaba en su habitación, de la que salían sonidos ahogados-. ¿Hay alguien contigo? ¿Fátima?

- Eh… no -trató de hacerme desviar la vista, pero, por supuesto, no lo consiguió. Con una sonrisita dio un paso atrás y abrió la puerta-. Son sólo Ramsés y David.

- No sé por qué tanto misterio -resalté-. Buenas tardes, chicos. ¿Queréis tomar el té con nosotros?

Estaban de pie, pero uno de ellos debía haber estado tumbado en la cama, ya que la colcha estaba arrugada. Sin embargo, me abstuve de hacer comentarios, puesto que los dos estaban correctamente vestidos, salvo la corbata de Ramsés, que no se hallaba alrededor de su cuello, ni en ningún otro lugar que yo pudiera ver.

- Buenas tardes, madre -dijo Ramsés-. Sí, tenemos intención de tomar el té, si a usted no le importa.

- Claro que no. ¿Dónde está tu corbata? Búscala y póntela antes de bajar.

- Sí, madre.

- Nos encontraremos en la terraza.

- Sí, madre.

- En media hora.

- Sí, madre.

*Del manuscrito H*

Nefret cerró la puerta, esperó unos treinta segundos, y la volvió a abrir con cuidado, lo suficiente para poder observar el pasillo.

- Se ha ido.

- ¿Pensabas acaso que estaría escuchando detrás de la puerta? -preguntó David.

Ninguno de los otros se molestó en contestar. Ramsés descorrió con cuidado el arrugado cubrecama y soltó un suspiro de alivio.

- Sin daños -informó-. Pero no podemos seguir haciendo este tipo de cosas.

- No lo volveremos a hacer -dijo Nefret-. Pero teníamos que echarle un vistazo de cerca, y no podíamos arriesgarnos mientras estábamos en el barco. Mi camarote es muy pequeño, y Fátima estaba siempre asomándose para ver si quería algo. Fuisteis muy listos al convencer a tía Amelia para que reservara habitaciones en

el hotel.

- Ella cree que ha sido idea suya -dijo Ramsés.

Ramsés había diseñado y construido un receptáculo que mostraba un panel entero de treinta centímetros, con compartimentos en cada extremo para ir sujetando las secciones desenrolladas y enrolladas. El panel visible mostraba el mismo tema representado en el papiro del museo, el pesaje del alma, pero su interpretación era aún más certera y más delicada. La figura esbelta de la suplicante se mostraba a través de su túnica de puro lino blanco; ante ella se hallaba la balanza, con su corazón, centro de la razón y la conciencia, en un platillo, y en el otro la pluma de Maat, que representaba la verdad, la justicia y el orden. El destino que sucedía a un veredicto culpable era realmente aterrador: ser devorado por Amnet, el Devorador de Almas, un monstruo con cabeza de cocodrilo, cuerpo de león y los cuartos traseros de hipopótamo.

- Por supuesto eso nunca ocurría -dijo Ramsés-. El papiro en sí aseguraba un final dichoso, no sólo como afirmación, sino como…

- No quiero oír una conferencia sobre religión egipcia -dijo Nefret-. Éste es como el papiro de la reina, pero mucho más largo, y la elaboración es mucho más fina.

- Es doscientos años más antiguo -dijo David-. De la decimonovena dinastía. Los papiros de ese período son mucho más nítidos y menos quebradizos que los ejemplos posteriores. No creo que lo hayamos dañado pero Ramsés tiene razón, debemos mantenerlo tapado y no volverlo a desenrollar.

- Lo dudo -dijo Ramsés.

- ¿Qué quieres decir?

- Normalmente yo estaría de acuerdo en que deberíamos manejarlo lo menos posible. Sin embargo, tengo el presentimiento de que alguien quiere recuperarlo. Deberíamos tener una copia por si esto ocurre.

- Tonterías -se burló Nefret-. Han pasado tres días y nadie nos ha molestado.

- Excepto el nadador que Mohammed vio antes de anoche.

- Mohammed debió de ver visiones. O puede que se lo inventara para demostrarnos que estaba despierto y alerta, ya que una vez el profesor le pilló dormido cuando se suponía que tenía que hacer

guardia.

- Puede ser. Sin embargo, creo que tendremos que arriesgarnos. David, ¿cuánto tiempo tardarías en fotografiarlo?

- ¡Horas! Días, si lo hago como Dios manda -exclamó David consternado-. ¿Qué utilizaré como cuarto oscuro? ¿Cómo evitaremos que tía Amelia lo encuentre? ¿Qué pasa si lo estropeo? Cómo…

- Ya pensaremos en los detalles -dijo Nefret, dejando de lado esas dificultades con su habitual tranquilidad-. Yo te ayudaré. ¿De dónde crees que procede? Originalmente, quiero decir.

- De Tebas -dijo Ramsés-. La mujer es una princesa, una de las hijas de Ramsés II. La cuestión es de qué parte de Tebas exactamente.

- ¿ La Reserva Real? -sugirió David.

- ¿Deir el Bahri? -Nefret le miró fijamente-. Pero esa tumba fue vaciada hace años. Las momias y demás objetos están en el museo.

- No todos -David volvió a colocar la tapa del receptáculo-. Conoces la historia, Nefret. Antes de que les cogieran, la familia Abd er Rassul vendió una serie de objetos a los comerciantes y coleccionistas. Es posible que no se denunciaran todos los objetos.

- Que algunos de ellos no se denunciaron es prácticamente seguro -dijo Ramsés.

Se produjo un breve silencio. Luego, Nefret dijo exasperada:

- ¿Por qué no dices lo que estás pensando? Sethos estaba metido en ese asunto cuando los Abd er Rassul comerciaban clandestinamente con los objetos de la Reserva Real. Supongamos que una de las cosas que compró fue el papiro de la princesa…

- Esa posibilidad se me ha ocurrido, por supuesto -reconoció Ramsés.

- ¡Por supuesto! -la voz de Nefret rezumaba sarcasmo-. ¿Crees que me voy a acobardar o a ponerme a gritar por la simple mención de ese horrible nombre?

- Era una posibilidad, nada más. Hemos tratado con cada uno de los comerciantes de El Cairo y no hemos encontrado la más mínima pista de que El Maestro, como le llaman, haya vuelto. Cosas así no pueden mantenerse en secreto; puedes no saber dónde se esconde el cuerpo, pero no se te puede escapar el olor.

- Qué metáfora más elegante -observó Nefret.

- No se nos podría haber escapado -insistió Ramsés-. Y, además, está el hecho de que el papiro se utilizó para atraernos hacia una trampa. Si Sethos era el responsable, eso significaría que no éramos su principal objetivo. A la que quiere es a madre. Su intento de secuestro en Londres falló, luego intentaba poner sus manos encima de uno de nosotros, o de todos, como medio para alcanzarla.

Nefret asintió con la cabeza.

- Esa posibilidad se me había ocurrido a mí también, lo creas o no. El profesor no la ha perdido de vista desde el ataque de Londres, e incluso ella sería más sensata y no se le ocurriría ir al viejo Cairo sola de noche.

- A diferencia de nosotros -dijo Ramsés irónico-. Pero madre caminaría sin vacilar entre los ruegos del infierno blandiendo esa sombrilla suya si pensara que uno de nosotros se hallaba en peligro.

- Sí -dijo David suavemente-. Lo haría.

Un sonido a través de la puerta le hizo dar un respingo; Nefret rió y le dio palmaditas en la mano.

- Se trata sólo del conde alemán que tiene habitaciones en el extremo del pasillo; se comporta como un hipopótamo. ¿Tenías miedo de que fuera tía Amelia de vuelta?

- Volverá si no bajamos deprisa -dijo Ramsés-. Eh, Nefret, dame la caja.

- Colócala debajo de la cama. Las camareras nunca barren ahí - Nefret se colocó ante el espejo y comenzó a arreglarse los mechones de cabello suelto.

- Preferiría no dejártelo a ti. Si alguien viene buscándolo…

- Lo buscarían en tu habitación, o en la de David -dijo Nefret-. Incluso si os hubieran identificado a los dos, posiblemente no podrían saber que yo era tu… ¿cuál era esa palabra tan interesante?

- Pequeña gacela -dijo Ramsés, incapaz de reprimir una sonrisa-. Olvida la otra.

- Mmmm. ¿Crees que necesito cambiarme? -Se estiró la blusa y alisó la falda por encima de sus caderas, lanzando una crítica mirada a su reflejo en el espejo.

- En mi opinión, estás debidamente arreglada -replicó Ramsés al cabo de un momento.

- Gracias. ¿Dónde está tu corbata?

La encontraron bajo la cama, cuando Ramsés se arrodilló para

esconder allí el papiro. El joven rechazó la oferta de Nefret de anudársela, y cuando ella se hubo colocado el sombrero David abrió la puerta.

- ¿Cuándo se lo vas a contar al profesor y a tía Amelia? -preguntó preocupado-. Estrictamente hablando, el papiro es propiedad de la Fundación, y ellos son miembros del Consejo. Se van a poner furiosos cuando sepan que les hemos ocultado esto.

- Ellos nos ocultan cosas, ¿no? -Ramsés se había colocado detrás de ellos, así que podía permitirse el placer de observar cómo caminaba Nefret. La joven se quejaba de que la ponía nerviosa cuando la miraba fijamente, como hacía a veces, como si fuera un espécimen bajo el microscopio. Ella era hermosa desde cada ángulo y en cada detalle; la inclinación de su cabeza bajo aquel sombrero tan absurdamente favorecedor, los rizos que rozaban su cuello, sus pequeños y cuadrados hombros, su elegante cintura, sus redondas caderas, su… «Dios mío, esto es peor cada día», pensó indignado consigo mismo, y se forzó a sí mismo a escuchar lo que David estaba diciendo.

- No me siento bien engañándoles. Les debo tanto…

- Pues deja de sentirte culpable -dijo Ramsés-. En cualquier caso, me echarán la culpa a mí, siempre lo hacen. No diremos nada hasta que nos hayamos ido de El Cairo. Padre lanzará maldiciones contra Maspero por no haber acabado con el mercado negro de antigüedades, y madre agarrará su sombrilla e irá en busca de Yussuf Mahmud.

- ¿No le habrás estado buscando, verdad? -preguntó Nefret.

- No, como Alí *el Rata* no. Acordamos que sería preferible que ese interesante personaje permaneciera escondido durante un tiempo.

Nefret se alejó de David y se volvió hacia Ramsés.

- ¿No como Alí? ¿Y como quién, pues? Maldita sea, Ramsés, me diste tu palabra.

- No la he quebrantado. Pero tú sabes perfectamente bien que nuestra única posibilidad de averiguar de dónde procede el papiro es comenzar por Yussuf Mahmud.

- Para de pincharla, Ramsés -dijo David, ofreciéndole el brazo a Nefret-. Francamente, vosotros dos os bastáis para enloquecer a una persona sensata. ¡Mira que gritaros el uno al otro en un lugar

público!

- No estaba gritando -dijo Nefret malhumorada -. Ramsés agotaría la paciencia de un santo. Y yo no lo soy. Entonces, decidme, ¿qué habéis estado haciendo?

- Tratando de comprar antigüedades -dijo David-. Ramsés como un turista muy rico y muy estúpido, y yo como su fiel intérprete.

- Un turista -repitió Nefret. Volvió a pararse y se dio la vuelta, tan repentinamente que Ramsés tuvo que balancearse sobre sus talones para evitar tropezarse con ella. Ella agitó el dedo por debajo de la nariz de él-. No eres el inglesito con cara de tonto y pelo pajizo, que me echaba el ojo bajo su monóculo, diciendo…

- «Por Júpiter, ésa sí que es una monada de chiquilla» -le interrumpió Ramsés, con la voz afectada y cansina del inglesito con cara de tonto.

Nefret meneó cabeza y no pudo evitar la sonrisa.

- ¿Qué averiguasteis?

- Que un turista con mucho dinero y sin escrúpulos puede encontrar todas las antigüedades que quiera. Sin embargo, no nos han ofrecido nada de la misma calidad que los papiros, a pesar de que desprecié todo lo que me mostraban y seguía pidiendo algo mejor. A Yussuf Mahmud ni le vimos, cuando normalmente es uno de los primeros en aprovecharse de los turistas crédulos.

- Le han asesinado -suspiró Nefret.

- O se ha escondido -dijo Ramsés-. Cállate, Nefret, ahí está madre. Puede oír una palabra como «asesinato» a un kilómetro de distancia.

A pesar de que todo salió a pedir de boca, yo no disfruté de nuestra cena anual como de costumbre. Muchos viejos amigos se habían ido, a las sombras de la eternidad, o a un exilio menos permanente. Howard Carter no estaba allí, ni Cyrus Vandergelt y su mujer; y aunque sabía que nos encontraríamos con los tres en Luxor, eso no compensaba enteramente su ausencia. En cuanto a *monsieur* Maspero, por supuesto le había invitado, pero me sentí secretamente aliviada cuando se excusó con un compromiso anterior. Aunque sabía que el resentimiento no era razonable, no podía evitarlo, y escuchar a los otros, parloteando entusiasmados de sus pirámides, mastabas y ricos cementerios, mientras nosotros tendríamos que contentarnos con otra tediosa temporada entre las

tumbas menores del Valle, no hacía más que aumentar mi enfado con el director.

El señor Reisner me invitó amablemente a visitar Gizeh, donde tenía la concesión de la segunda y tercera pirámides, pero lo rechacé, con la excusa de que debíamos emprender el viaje en dos días. La verdad era que no veía razón alguna para torturarme viendo las pirámides de otras personas cuando yo no tenía ninguna propia. Emerson, que por casualidad oyó la oferta, me dirigió una mirada tímida, pero no hizo alusión al asunto ni entonces ni después. Sus demostraciones de afecto fueron particularmente atentas esa noche. Respondí con el entusiasmo que normalmente me provocan las demostraciones de Emerson, pero una leve semilla de enojo se alojaba en mi mente. Es algo que suele suceder cuando un hombre supone que los besos y caricias distraerán a una mujer de asuntos más serios.

El día siguiente a nuestra cena, Nefret comió con nosotros en uno de los nuevos restaurantes. Había estado esa mañana en el barco recogiendo algunas de sus cosas.

- ¿No era ése Ramsés? -pregunté, volviéndome a contemplar a una figura familiar que se alejaba a una velocidad que sugería que la persona en cuestión no deseaba detenerse-. ¿Por qué no come con nosotros?

- Vino conmigo -dijo Nefret-. Pero tenía una cita, así que no podía quedarse.

- Con alguna jovencita, supongo -dije con desaprobación-. Siempre hay algunas jovencitas, aunque no puedo imaginarme por qué le persiguen. No será la señorita Verinder, espero. No tiene cerebro.

- La señorita Verinder ya no tiene posibilidades -nos informó Nefret-. Me he encargado de ella. Al ver mi expresión, añadió rápidamente-: ¿Ha visto esto, tía Amelia?

La joven se refería a un periódico, aunque no precisamente a un ejemplo particularmente impresionante: los caracteres estaban emborronados, el papel era lo suficientemente delgado como para arrugarse al primer toque, y sólo había unas pocas páginas. Yo no leo árabe tan fácilmente como lo hablo, pero no tuve dificultad en traducir el nombre del periódico.

- *Mujer Joven.* ¿De dónde has sacado esto?

- De Fátima. -Nefret se quitó los guantes y aceptó el menú que le tendía el camarero-. Procuro sacar un poco de tiempo para hablar con ella y ayudarla con su inglés.

- Ya lo sé, querida -dije con afecto-. Está muy bien por tu parte.

Nefret movió la cabeza tan vigorosamente que las flores de su sombrero se tambalearon.

- No lo hago por amabilidad, tía Amelia, sino por una fuerte sensación de culpabilidad. Cuando veo cómo se ilumina la cara de Fátima al pronunciar una nueva palabra, cuando pienso en los miles de otras mujeres que tienen sus mismas aspiraciones y que no cuentan ni siquiera con las oportunidades que ella tiene, me desprecio a mí misma por no hacer más.

Emerson dio una palmadita a la pequeña mano que estaba sobre la mesa. Tenía el puño apretado, como si se anticipara a la batalla.

- Tus sentimientos son los de las personas decentes cuando contemplan la injusticia del universo -dijo con voz ronca-. Eres una de las pocas que se preocupa lo suficiente para actuar según dictan sus sentimientos.

- Es verdad -intervine-. Si no puedes encender una lámpara, ¡enciende una vela! Miles de pequeñas velas pueden iluminar un… eh… ¡gran espacio!

Emerson, lamentando haberse rebajado al sentimentalismo, me lanzó una mirada crítica.

- Desearía que no soltaras esos aforismos banales, Peabody. ¿Dónde está ese periódico?

- Un diario escrito por y para las mujeres -explicó Nefret-. ¿No es excitante? No tenía ni idea de que se hicieran esas cosas en Egipto.

- Ha habido un gran número de iniciativas parecidas -dije.

Nefret agachó la cara. A la gente que aporta lo que considera que es información nueva y sorprendente le gusta que dicha información sea recibida con exclamaciones de sorpresa y admiración. Es una tendencia humana natural, y lamenté haberle estropeado el efecto.

- No es sorprendente que no hubieras oído hablar de ellas -le expliqué-. Poca gente lo sabe. Desgraciadamente, la mayoría de ellas no duró mucho. Esta es nueva para mí, aunque ese mismo nombre, *al-Fatah,* fue utilizado por un diario que se publicó hace algunos años.

- Mmmm -musitó Emerson, quien había estado hojeando la primera página-. La retórica no es precisamente revolucionaria, ¿verdad? «El velo no es una enfermedad que nos reprime. Más bien, es la causa de nuestra felicidad.» ¡Bah!

- Uno no alcanza la cima al primer salto, Emerson. La sucesión de pasos puede… eh, bien, ya sabéis lo que ' quiero decir.

- Totalmente -dijo Emerson bruscamente.

Consideré que era mejor cambiar el rumbo de la conversación.

- ¿Cómo cayó esto en manos de Fátima, Nefret?

- Se lo dieron a ella y a otras estudiantes en su clase de lectura -explicó Nefret-. ¿Sabía usted, tía Amelia, que ha estado asistiendo a clase cada noche, después de finalizar sus obligaciones?

- No -admití-. Me avergüenza decir que no lo sabía. Debí haber preguntado. ¿Dónde se dan las clases, en una de las misiones?

- Están dirigidas por *Madame* Hashim, una dama siria; es una viuda acaudalada que hace esto por pura benevolencia, y que desea que el conjunto de las mujeres mejoren.

- Me gustaría conocerla.

- ¿De verdad? -preguntó ansiosamente Nefret-. Fátima no quería pedírselo, tal es la veneración que siente por usted, pero sé que le encantaría que fuéramos a una de las clases.

- Me temo que no tendremos tiempo antes de que nos vayamos. Ya sabes que ésta es nuestra última noche en El Cairo, y les he pedido a los Rutherford que cenen aquí con nosotros. Trataré de llamar a esa señora la próxima vez que esté en la ciudad, puesto que ya sabes que soy totalmente partidaria de estas iniciativas. La alfabetización es el primer paso hacia la emancipación, y sé de otras damas que dirigen otras academias privadas del mismo tipo, sin incentivo o apoyo gubernamental. Están encendiendo…

- Estás lanzando un discurso otra vez, Peabody -me advirtió mi marido.

- ¿Le importaría que fuera con Fátima esta noche, pues? -preguntó Nefret-. Me gustaría animarla, y averiguar cómo se dirigen las clases.

- Supongo que estaría bien. Emerson ¿tú qué opinas?

- Estoy de acuerdo -dijo Emerson-. De hecho, mostraré mi apoyo a la causa de la emancipación acompañándola.

Yo sabía perfectamente bien lo que Emerson pretendía. Aborrece

las cenas formales, y a los Rutherford. La discusión resultante conllevó bastantes gritos (por parte de Emerson), y finalmente yo insistí en que nos retiráramos a nuestra sala de estar, donde Nefret resolvió el asunto sentándose al lado de Emerson, y colocando el brazo alrededor de su cuello.

- Querido profesor, su oferta es muy amable, pero su presencia haría que todo el mundo se sintiera incómodo.

Las clases son únicamente para mujeres; las estudiantes se quedarían mudas ante el Padre de las maldiciones, y *Madame* se tendría que cubrir con el velo.

- Mmmm -dijo Emerson.

- Deberías enviar un mensajero a *Madame* diciéndole que vas a asistir, Nefret -dije-. Por pura cortesía.

*De la Colección B de cartas*

Yo les había contado a Ramsés y a David dónde iba. En este caso era innecesario, pero me creía en la obligación de atenerme a nuestro acuerdo, y así ellos no tendrían excusa para no hacerlo. Ramsés se está volviendo tan nervioso como una vieja tía soltera; trató de persuadirme de que abandonara el plan y, cuando me reí en su cara, dijo que él y David vendrían conmigo. Realmente, ¡los hombres pueden llegar a ser muy exasperantes! Entre Ramsés y el profesor, pensé que nunca me podría escapar.

Sin embargo, he de decir que el profesor es un encanto. Envió un taxi a buscar a Fátima al barco para llevarnos a la clase. La pobre mujer estaba absolutamente abrumada; cuando se unió a nosotros en la sala de estar no podía hablar de forma coherente, tal era su afán por darle las gracias.

El profesor se puso ligeramente colorado. Gruñó a Fátima, del modo en que lo hace cuando se siente abrumado o trata de ocultar sus sentimientos.

- Mmmm. Si hubiera sabido que iba usted a la ciudad para asistir a esas clases me hubiera ocupado del transporte. Debería saber que no tiene por qué rondar por ahí sola.

Alguien que no le conociera pensaría que estaba enfadado. Fátima le conoce. Sus ojos brillaban como estrellas, ocultos tras el velo oscuro.

- Sí, Padre de las Maldiciones -murmuró-. Escucho y obedezco.

Él mismo nos escoltó hasta la calle* nos metió en el taxi y

amenazó al conductor con una serie de cosas desagradables si conducía demasiado deprisa, chocaba con otro vehículo o se perdía. No había peligro de que se perdiera, pues Fátima podía dirigirle de forma precisa.

La casa estaba en Sharia Kasr el Eini, y era una bonita y pequeña mansión con un jardincito protegido por pimenteros y palmeras. Una criada ataviada a la usanza tradicional nos abrió la puerta y con una inclinación nos guió a una sala que había a la derecha.

Era una habitación pequeña, despejada y pobremente amueblada. Estuvimos esperando durante un rato que nos pareció bastante largo antes de que la puerta se abriera y entrara *Madame,* que enseguida empezó a disculparse exageradamente por habernos hecho esperar.

Debía haber sido muy hermosa de joven. Como muchas sirias, tenía la piel clara, suaves ojos marrones y unas cejas de forma delicada. Llevaba una túnica de seda negra y un «habara», o pañuelo, de la misma tela; unas elegantes sandalias de tiras asomaban bajo la túnica que le llegaba a los tobillos, y había bajado el velo blanco de gasa de forma que enmarcaba su cara como la toca de una monja. (Se me ocurrió que yo podría llevar uno cuando alcanzara la mediana edad; tiene una apariencia muy romántica, y esconde pequeñas imperfecciones como mentones hundidos y cuellos con arrugas.) Me saludó en francés:

- *C'est un honneur, mademoiselle.* Pero esperaba que la muy distinguida *Madame* Emerson las acompañara.

Le expliqué, en mi francés bastante torpe, que la distinguida *Madame* Emerson tenía un compromiso anterior, pero que le enviaba sus cumplidos y esperaba conocerla en el futuro.

- Lo mismo espero -respondió educadamente *Madame*-. Es poco lo que hago aquí; el apoyo de *Madame* Emerson habría sido de gran valor para nuestra causa. -Abrió otra puerta y pasó delante de nosotras hacia una estancia, donde varias mujeres se hallaban sentadas en el suelo. Sólo había ocho, incluyendo a Fátima: desde niñas de diez o doce años hasta una vieja dama arrugada.

Tomé la silla que *Madame* me indicó, y escuché con considerable interés mientras empezaba la clase. El libro de texto era el Corán. Las mujeres se turnaron para leer, y me complació comprobar que Fátima era una de las que mejor lo hacía. Algunas de las otras

hablaban tan bajo que costaba oírlas; supongo que la presencia de un visitante las intimidaba. La mujer mayor encontraba el asunto bastante difícil, aunque persistía, rechazando con irritación los intentos de las otras por ayudarla; y cuando terminó con su verso me dirigió una sonrisa triunfante y desdentada. Le devolví la sonrisa, y no me avergüenza admitir que tenía lágrimas en los ojos.

La clase duró sólo cuarenta minutos. Cuando las estudiantes se hubieron ido traté de expresar mi admiración. Olvidé mi francés, como ocurre siempre que me emociono; le agradecí el haberme dejado asistir, y le deseé buenas noches.

- No debe marcharse tan pronto -exclamó *Madame*-. Tómese una taza de té y charlemos un poco.

Dio una palmada y acudió un criado. Como *Madame* no se cubrió con el velo, me pregunté si el pobre individuo habría sido, ¿cómo lo diría tía Amelia?, incapacitado para una función física particular. Tales cosas ahora están prohibidas por ley, pero eran bastante comunes en el pasado. No parecía tener más de cuarenta años, era alto y en su cuerpo había más músculos que grasa. *Madame* se volvió hacia él, yo estaba a punto de hablar, cuando escuché una llamada estruendosa a la puerta de la casa. No había duda de que esa llamada era de… o, al menos, eso pensé.

- Maldita sea… -comencé-. Eh, *mille pardons, Madame.* Me temo que sea el profesor Emerson que viene a recogerme. No es un hombre muy paciente.

*Madame* sonrió.

- Sí, eso he oído del profesor Emerson. Es bienvenido, por supuesto.

Hizo un gesto al criado, quien se inclinó y se retiró. El *bourka* de gasa blanca tenía lazos dorados que se enganchaban por encima de las orejas; *Madame* se los ajustó, y la puerta de la sala de estar se abrió, dando paso, no al profesor, sino a Ramsés y David.

Yo quería asesinarlos, pero no pude resistirme al sentimiento de cierto orgullo hacia mis dos hombres. Su apariencia era particularmente elegante. David está siempre pulcro y bien acicalado, y Ramsés se había puesto su mejor traje de *tweed.* Supuse que había olvidado su sombrero, pues tenía el pelo ligeramente alborotado por el viento; es muy ondulado y normalmente lo lleva bastante largo, puesto que no le gusta perder el tiempo en

cortárselo. Me atrevería a decir que *Madame* estaba favorablemente impresionada, a pesar del velo que ocultaba la mayoría de sus rasgos; les inspeccionó, lenta y deliberadamente, y luego le hizo un gesto a Ramsés para que se sentara a su lado en el diván. Sin embargo, él negó con la cabeza.

- *Ma chère Madame,* no se nos ocurriría robarle su tiempo. A mi hermana la esperan en el hotel para una cena. Estoy encantado de poder expresar mi admiración y la de mis padres por su contribución a una causa que todos apoyamos.

Ramsés habla francés, como otros muchos idiomas, con fluidez y estilo. Cuando *Madame* respondió, pensé que parecía divertida.

- Ah. ¿Así que usted también cree en la emancipación de la mujer?

- No podría ser de otro modo, *Madame.*

- *Naturellement.* Había pensado que podría convencer a su madre para escribir un pequeño artículo en nuestro diario. Quizá lo haya visto usted ya.

- Aún no, pero espero hacerlo pronto. Le comunicaré su petición a mi madre. Estoy seguro de que estará encantada de ayudar de algún modo. Ahora, si nos disculpa…

- *Un moment, s'il vous plait.* -Se llevó las manos a la parte posterior del cuello. Tras un momento las bajó, y mostró una cadena de oro de la que pendía un pequeño colgante labrado-. Una humilde muestra de estima hacia su distinguida madre -dijo-. Es la insignia de nuestra organización.

Ramsés se inclinó.

- Es usted muy amable, *Madame.* Seguramente procede del antiguo Egipto… el babuino, uno de los símbolos de Thot.

- Es apropiado, *n'est-ce pas?* El mono que se sienta junto a la balanza y pesa el corazón. Podría considerarse como un símbolo de la justicia.

- Podría -dijo Ramsés.

Era una respuesta poco amable, pensé, y de cualquier modo Ramsés había monopolizado la conversación durante mucho tiempo. Tomé la pequeña baratija.

- La justicia que las mujeres merecen, ¡y que llegarán a alcanzar algún día! Se lo daré, *Madame.* Sé que lo apreciará.

- Déjeme que lo coloque en su cuello para que no se pierda.

Insistió en abrochármelo con sus propias manos. El colgante se hallaba tallado en una piedra roja oscura. Era sorprendentemente pesado.

No nos acompañó a la puerta. El pequeño jardín era un lugar mágico entre las sombras nocturnas, impregnado con el dulce olor del jazmín, pero no me dejaron rezagarme; Ramsés me llevaba del brazo, y me empujó al carruaje con más energía que cortesía. David ayudó a Fátima, y partimos.

- ¿Cuál era el motivo de esta representación? -pregunté.

- Quería echarle un vistazo a esa dama -replicó fríamente Ramsés.

- Eso deduje. ¿Y qué te ha parecido?

- Llegué a la conclusión -dijo Ramsés, -de que no era alguien a quien ya conociera.

Yo no había esperado aquello; simplemente había asumido que Ramsés estaba jugando al hermano mayor, como principio general.

- ¡Caray! -exclamé-. ¿Sethos? Ramsés, ésa es la hipótesis más inverosímil…

- No tan inverosímil. Sin embargo, parece que mi teoría era infundada. Sethos es un maestro del disfraz, pero ni siquiera él podría quitarse diez centímetros de altura, o reducir el tamaño de esa prominente nariz aguileña. El velo de la dama era suficientemente fino como para que yo pudiera distinguir el contorno de sus facciones.

- Y yo vi esas facciones al descubierto -le recordé-. No puede haber duda sobre su sexo. Sus mejillas eran suaves, y su semblante generoso y amable.

- Amable -dijo Fátima, quien había estado siguiendo la conversación con atención, y había comprendido aquella palabra, al fin-. Amable, buena maestra.

- Sí -dijo Ramsés en árabe-. Te buscaremos otra profesora cuando lleguemos a Luxor, Fátima. ¿Verdad, Nefret?

- Te refieres a mí, supongo. Por supuesto que sí, si no podemos encontrar a alguien mejor que yo. Maldita sea, Ramsés, ¿cómo se te ha metido en la cabeza que Sethos podría haber adoptado una carrera docente?

Ramsés parecía un poco avergonzado. Es difícil de explicar, lo admito, pero he estado haciendo un estudio de sus expresiones:

«Avergonzado» son dos parpadeos rápidos y los labios ligeramente apretados.

- Padre me lo metió en la cabeza. Cierto es que nunca se muestra totalmente razonable respecto a Sethos, pero una vez que me metió la idea, ésta encontró terreno fértil. Tú nunca has visto a Sethos en acción. Ese hombre es un maldito genio, Nefret.

- Bien, el profesor y tú os habéis equivocado esta vez.

- No estarás enfadada por que viniéramos a buscarte, ¿verdad? - preguntó David.

Yo estaba molesta, pero no con él. Sabía perfectamente bien de quién había sido la idea de la expedición de «rescate». Me incliné hacia delante y aparté los rizos de la frente de Ramsés. Odia que haga eso.

- Habéis hecho bien -admití-. Pero veo difícil perdonaros por haberme devuelto a tiempo para cenar con esa gente tan aburrida.

Tardamos casi dos semanas el llegar a Luxor, a pesar de la ayuda del remolcador motorizado que nos acompañaba. Los retrasos eran los habituales, pero mi intuición, que raramente se equivoca, me decía que todo el mundo parecía preocupado y nervioso. Los chicos estaban particularmente inquietos, vagando por la cubierta todo el día, y en mitad de la noche. No había duda de ello, el querido y viejo *dahabiyya* era demasiado pequeño para jóvenes tan enérgicos, y eso que Fátima se había adelantado en tren para poner la casa en orden y que David pudiera tomar posesión de su camarote.

Traté de distraer mi mente con estudios eruditos pero incluso yo, con lo disciplinada que soy, era incapaz de ponerme a trabajar en algo. En el pasado había alcanzado cierta reputación por mis traducciones de pequeños cuentos de hadas egipcios, pero cuando examinaba el material que tenía a mano no era capaz de encontrar nada que captara mi interés. Ya había traducido las historias más entretenidas de todas: *Las aventuras del príncipe condenado y los dos hermanos, Las aventuras de Sinuhé, El marinero náufrago*… Cuando le hablé a Emerson de mis dificultades me sugirió que dirigiera mi atención a los documentos históricos.

- Breasted ha publicado el primer volumen de sus textos - añadió-. Podrías corregir sus traducciones.

Emerson estaba haciendo uno de sus pequeños chistes. El señor Breasted de Chicago era un reputado lingüista a quien incluso

Walter respetaba, y el primer volumen de sus *Anales Antiguos de Egipto* había aparecido esa misma primavera, recibiendo el aplauso unánime de los especialistas. Sonreí educadamente.

- No tengo intención de pisotear al señor Breasted, Emerson.

- Pisotea a Budge, entonces. Su traducción del *Libro de los Muertos* está plagada de errores.

- Creo que Ramsés está trabajando en eso -dije-. He visto fotografías sobre el escritorio de Ramsés, y me preguntaba cuándo y dónde las había adquirido.

- Ésa debe ser otra versión, no la que ha destrozado Budge. La suya está en el Museo Británico, como deberías saber… otra de las despreciables violaciones de Budge de las leyes contra la compra de antigüedades a los comerciantes ilegales. Me pregunto por qué las autoridades del Museo siguen apoyando a ese canalla…

Me fui de la habitación. Las opiniones de Emerson sobre el señor Budge me eran demasiado familiares.

Y entre enfado y enfado, me puse más contenta de lo habitual cuando dimos la curva del río y vi ante mí las monumentales ruinas de los templos de Luxor y Karnak, y los edificios de la villa moderna de Luxor. El pueblo se estaba convirtiendo rápidamente en una ciudad, con nuevos hoteles y edificios gubernamentales alzándose por todas partes. Los vapores turísticos se alineaban en la ribera. Había unos pocos *dahabiyyas* entre ellos, ya que algunos visitantes acaudalados, especialmente aquellos que volvían a Egipto cada temporada, preferían el confort de un barco privado.

Nuestro amigo Cyrus Vandergelt era uno de ellos. Su barco, el *Valle de los Reyes,* estaba anclado en la ribera Occidental, al otro lado de Luxor. Era lo suficientemente amable como para compartir su muelle privado con nosotros, y a medida que el *Amelia* se deslizaba bajo las diestras manos de *Rais* Hassan, divisé a los amigos que, como cada año, se habían reunido para darnos la bienvenida. Allí estaba Abdullah, majestuoso como un gran sacerdote vestido con las níveas rúnicas que le gustaban, Selim, su amado hijo menor, y Daoud, e Ibrahim y Mohammed, los hombres que habían trabajado para nosotros durante tanto tiempo y que habían llegado a ser amigos a la vez que valiosos empleados.

Con los años, las maneras otrora formales de Abdullah hacia mí se habían ido suavizando gradualmente; ahora tomó mi mano

extendida entre las suyas, y la apretó con calor.

- Tienes buen aspecto, Abdullah -le dije. Era verdad, y me alivió verlo, pues había sufrido un leve ataque cardíaco el año anterior. Yo no sabía exactamente qué edad tenía, pero su barba era cana la primera vez que le vi, y de eso hacía más de veinte años. Habíamos desistido de persuadirle para que se retirara con una pensión bien merecida; le habría partido el corazón tener que dejarnos, y también al trabajo que amaba tanto como a nosotros.

Abdullah estiró sus hombros.

- Estoy bien, *Sitt*. Y usted… usted no cambia. Siempre será joven.

- ¡Vaya!, Abdullah -dije riendo-. Creo que es el primer cumplido que me has hecho nunca.

Me alejé de él para dejar que su nieto David le abrazara respetuosamente, y fui hacia Ramsés, que estaba abrazando a su caballo. El bello semental árabe había sido un regalo de nuestro viejo amigo el jeque Mohammed, con quien Ramsés y David habían vivido un tiempo aprendiendo a montar y a cazar y, según mis sospechas, otras muchas cosas que ellos nunca me habían confesado. Fogoso a la vez que manso, y tan inteligente como bello, Risha se había ganado nuestros corazones, como lo había hecho su consorte Asfur, que pertenecía a David.

Las amistosas maldiciones de Emerson pusieron fin a la reunión, y nos dirigimos a la casa. Fátima nos esperaba en la galería, y me encantó ver que las parras que yo había plantado el año anterior estaban floreciendo. Abdullah nunca se había molestado en regarlas. Ahora enroscaban sus brotes verdes entre el enrejado que enmarcaba los resquicios de las ventanas abiertas, y las rosas sembraban de pétalos carmesí el suelo polvoriento.

Los jóvenes se dirigieron de inmediato a los establos, acompañados de Selim; era un chico muy nervioso, y ni siquiera Ramsés era capaz de meter baza cuando Selim hacía su informe del ganado que se había dejado a su cuidado. Se había lavado a los monos, la cabra Tetisheri estaba más gorda que nunca, y la potra…

Asfur y Risha habían sido unos briosos padres el año anterior. Nefret, a la que nadie negó la propiedad de la bella criaturita, la había llamado Luz de Luna; era gris, como su padre, pero de un tono más pálido, que brillaba con un lustre perlado. Nefret tenía una relación casi misteriosa con los animales; para cuando dejamos

Egipto en primavera la potra había aprendido a seguirla como un perrito. Por supuesto, nunca había conocido el roce de una silla de montar, o una brida. Cuando Nefret regresó del establo, su cara estaba iluminada de placer.

- ¡Se acuerda de mí!

- Por supuesto que sí -le dije, pues Luz de Luna le pisaba los talones, dispuesta, al parecer, a almorzar con nosotros. Viendo frustrado su propósito, se volvió hacia la ventana abierta y golpeó con su hocico curioso a Horus, que estaba sentado en el antepecho. El minino estaba acostumbrado a los caballos, pero no en su territorio; se levantó de un salto con un siseo, el pelo erizado, y la potra comenzó a comerse mis rosas.

Nefret la convenció finalmente para que se fuera con Selim, y los demás nos sentamos a comer. Esta especie de fraternización, que se había convertido en costumbre para nosotros, era una fuente de escandalizados cotilleos entre la comunidad europea de Luxor. Los más «liberales» condescendían de vez en cuando a recibir a egipcios de la clase adinerada y educada, pero ninguno de ellos se habría sentado a la mesa con sus propios trabajadores. Nuestros compatriotas se creían de una especie superior, por supuesto.

Naturalmente, no invité a Fátima a unirse a nosotros. Se hubiera quedado tan horrorizada ante la idea de sentarse con un grupo de hombres, como dichos hombres lo habrían estado. Iba y venía de acá para allá, supervisando la comida y la bebida. Cuando nos hubimos puesto al día de todos los acontecimientos del año, bodas, defunciones, enfermedades, nacimientos, Emerson echó su silla hacia atrás y sacó su pipa.

- Bien, Selim -empezó cordialmente-. ¿Por qué han procesado últimamente a tus picaros amigos de Gurneh? ¿Alguna tumba nueva?

Una sombra de enfado cruzó el imperturbable semblante de mi hijo, quien había adoptado su posición favorita sobre el antepecho de la ventana, con la espalda apoyada en una columna. Pensé que comprendía la causa de su enojo, porque compartía sus sentimientos. Emerson es tan directo y franco que no comprende que las preguntas de ese tipo no deberían plantearse de forma tan directa. Selim tenía relación de sangre o de matrimonio con muchos de los *Gurnawis,* y buena parte de éstos eran ladrones de tumbas

consumados. Una pregunta directa ponía a todos nuestros hombres, y especialmente a Abdullah, en una posición difícil; tenían que elegir entre delatar a sus parientes o mentirnos.

Selim, sentado en el antepecho, cerca de Ramsés y David, parecía visiblemente incómodo. Era un joven apuesto, con grandes ojos oscuros y rasgos bien formados, herencia de su hermosa familia, y tenía un gran parecido con su sobrino David, quien era sólo algunos años más joven que él. Con una mirada de disculpa hacia Abdullah, dijo:

- No hay nuevas tumbas, Padre de las maldiciones. Nada. Sólo rumores. Los rumores habituales…

- ¿Qué rumores? -insistió Emerson.

- Venga, Emerson, no es momento para ese tipo de conversación -dije, apiadándome del afligido joven. Sabía que Emerson había interrogado ya a Abdullah, pero éste había estado fuera de Luxor la mayor parte del verano, visitando a su familia en Atiyah, cerca de El Cairo, así que no podía esperarse que supiera tanto como Selim acerca de lo que había sucedido en Tebas. Por lo menos tenía una buena excusa para declarar que no sabía nada.

- ¿Qué hay de los comerciantes de antigüedades? -proseguí yo-. ¿Ha aparecido algo interesante?

Ése era un terreno más seguro, porque una vez que un objeto robado o saqueado llegaba a las manos de los comerciantes, se hacía del dominio público. Más contento, Selim soltó una lista de artilugios que habían llegado al mercado. Ni siquiera Emerson pudo hallar nada de particular interés entre ellos. Esto le enfadó mucho; había esperado que hubiera pruebas de que los *Gurnawis* hubieran descubierto una nueva y rica tumba, lo que le proporcionaría una excusa para ir en su busca.

A la mañana siguiente a nuestra llegada traté una vez más de convencer a Emerson de una nueva línea de acción. Mi acercamiento fue, como siempre, sutil y oblicuo.

- Cyrus y Katherine Vandergelt nos han pedido que cenemos con ellos esta noche -le advertí, repasando los mensajes que nos esperaban.

Emerson gruñó. Había cubierto la mitad de la mesa del desayuno con sus notas, y las estaba inspeccionando. Cogí una de ellas de su plato, quité las migas de pan llenas de mantequilla, y lo

volví a intentar:

- Cyrus planea excavar en Asasif este año. Estoy segura de que le encantaría tener ayuda. Su personal…

- … es el adecuado para ese fin -Emerson miró hacia arriba, frunciendo el ceño de manera terrible-. ¿Otra vez con lo mismo, Amelia? Empezaremos el trabajo hoy en las tumbas de ese pequeño valle de al lado, si puedo encontrar el croquis que hice el año pasado. Ramsés, ¿has vuelto a tomar prestadas mis notas?

Ramsés tragó la última cucharada de *porridge* y negó con la cabeza.

- No, Padre. No esas notas. Me tomé la libertad…

- No importa -dijo Emerson suspirando-. Supongo que tú y David no vendréis con nosotros.

- Como le dije, señor, tenemos intención de comenzar a copiar las inscripciones del templo de Seti I. Pero si quiere que nosotros…

- No, no -otro profundo suspiro ensanchó el musculoso pecho de Emerson-. Vuestra publicación sobre la Sala de Columnas del Templo de Luxor ha sido un trabajo espléndido. Debéis seguir con vuestras copias. Una serie de tomos os hará ganar reputación, y constituirá un inestimable aporte a vuestro curriculum.

- Si los chicos nos ayudaran acabaríamos antes -observé.

- No, Peabody. No lo permitiré. Ramsés tiene razón, sabes.

- ¿Ramsés tiene razón? -exclamé-. ¿Sobre qué?

- Sobre la importancia de conservar las excavaciones. Tan pronto como un monumento, templo o tumba queda al descubierto, comienza a deteriorarse. Llegará un tiempo, no muy lejano, en el que los únicos restos de muchos datos históricos vitales serán copias como las que los chicos están elaborando. Lo que Ramsés y David están haciendo tiene mayor valor para la egiptología que la totalidad de mi trabajo -dijo en voz baja y ronca; arrugó la frente y agachó la cabeza.

- ¡Caray, Emerson! -grité alarmada-. Nunca te he oído hablar así. ¿Qué te pasa?

- Estoy esperando a que alguien me contradiga -replicó Emerson en su tono normal.

Una vez que Emerson disfrutó de su pequeña broma a nuestra costa, admitió que su anterior anuncio también tenía tono de chiste.

- No es necesario que empecemos a trabajar antes de un día o

dos. Me gustaría echar un vistazo general al Valle antes de decidir por dónde empezar. Vosotros podéis hacer lo que queráis, por supuesto.

Asombrosamente, todos decidieron que una visita al Valle era precisamente lo que más les apetecía. Según nuestra costumbre, seguimos el camino que conducía a las colinas que se alzan tras Deir el Bahri, a través de la meseta. Emerson iba por delante, cogido de mi mano, y los chicos iban detrás. Nefret cargaba con su gato, que había mostrado su deseo de acompañarla; aunque le trataba como a un gatito, evidentemente no lo era (por una diferencia de seis kilos); el muy malvado sólo se aprovechaba de ella.

La luz de la mañana resaltaba las colinas y barrancos con sombras negras azuladas. En pocas horas, cuando el sol estuviera directamente encima de nuestras cabezas, el suelo árido adquiriría un tono crema pálido. Con un calor abrasador de día, y un frío penetrante en las noches de invierno, la meseta del desierto era para muchos un lugar prohibido, incluso aterrador. Para nosotros se trataba de uno de los lugares más excitantes de la Tierra, y muy bello a su manera. Los únicos signos de vida eran las marcas en el polvo blanco del camino que seguíamos: huellas de pies desnudos y de botas, pisadas de burros y cabras, y curvas sinuosas que indicaban el paso de las serpientes. Algunos de los turistas más atrevidos seguían esta ruta, pero desde la otra dirección, después de haber visitado el Valle. Las únicas personas que encontramos eran egipcios, que nos saludaron con la cortesía sonriente de su raza. Los pliegues airosos de sus ajadas y polvorientas túnicas se adaptaban perfectamente al paisaje.

Lo mismo que mi esposo. Andando con vigorosas zancadas, erguido en toda su estatura y con la cara iluminada por la esperanza, Emerson se hallaba allí en su elemento natural, y su vestimenta informal resaltaba su musculatura mucho mejor que los rígidos atuendos a los que le obligaba el mundo civilizado. Con su cuello moreno y sus brazos desnudos, y el pelo negro volando al viento, su formidable presencia haría estremecer el corazón de cualquier mujer.

- Estabas de broma, ¿verdad, Emerson? Estoy de acuerdo contigo en lo importante que es copiar los archivos, pero lo que tú haces es

también una forma de conservación. Si no hubieras encontrado la tumba de Tetisheri todos esos maravillosos objetos habrían sido robados o destruidos.

Emerson me miró con sorpresa. Luego, sus bien formados labios se curvaron en una sonrisa.

- Mi querida Peabody, te agradezco que te preocupes, pero es innecesario, te lo aseguro. ¿Cuándo me has visto sufrir por falta de autoestima?

- Nunca -le dije devolviéndole la sonrisa.

- Soy el más afortunado de los hombres, Peabody.

- Sí, querido. ¿Qué importan todas esas aburridas tumbas? Estamos aquí, donde nos gusta estar, con aquellos a los que más amamos. -Miré por encima de mi hombro. Modestia aparte, ¡qué trío más guapo y qué compenetrados están! Siempre dije que se llevarían bien.

*Del manuscrito H*

Nefret empezó a soltar otro de sus sermones.

- Dijisteis que se lo contaríamos cuando nos fuéramos de El Cairo. Luego lo aplazasteis hasta que llegáramos a Luxor. ¿A qué estáis esperando? Estoy de acuerdo con David, si nos van a regañar…

- No tienen por qué -le interrumpió Ramsés severamente.

- ¡Pues acabemos de una vez! Lo que uno se espera es siempre peor que la realidad.

- No siempre.

- Lo dices por mí. Cuando me he mirado en el espejo esta mañana ¡he descubierto dos arrugas más! ¿No os habéis dado cuenta de lo pálida y arrugada que me estoy volviendo?

Ramsés miró la dorada cabeza a un palmo de su hombro. Nefret estaba absolutamente irresistible cuando se ponía de ese humor, pataleando como una niña enfadada, y regañándole con una voz que, por mucho que se esforzara en disimularlo, siempre escondía un tono de risa.

- No, no me había dado cuenta -replicó.

- No podrías. Ya sé lo que te pasa: quieres demostrarles al profesor y a tía Amelia que eres capaz de manejar un lío como este sin su ayuda. No les quieres enseñar el papiro antes de poder decirles de dónde procede, y de coger al ladrón, vivo o muerto…

Ramsés estaba seguro de no haber demostrado la más mínima emoción, salvo por un casi imperceptible cambio en el ritmo de sus pasos, pero Nefret se dio cuenta y, arrepentida, se volvió hacia él mirándole de frente.

- No quería decirlo. Lo siento. Pensé que lo habías superado.

- ¿Superar qué?

El joven comenzó a andar más rápido, con un ligero trote, Nefret volvió a colocarse a su lado.

- Maldita sea, Ramsés…

- Y no jures. A madre no le gusta.

Nefret se detuvo en seco.

- ¡Diablos y maldiciones! -gritó.

- Ya se ha dado la vuelta -dijo él con recelo-. Y padre me mira furioso por encima del hombro. ¿Podrías parar de gritar y tratar de ser amable antes de que me meta en un lío por tu culpa?

Nefret le dirigió una mirada calculadora. Luego echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada aguda y penetrante; se hizo cada vez más estridente, hasta que Horas le clavó todas las garras. No le gustaba la gente que le gritaba al oído.

- ¡Y baja al maldito gato! -Ramsés estaba deseando arrancarle al maldito gato de los brazos y comprobar empíricamente si era cierto que esas bestias caen siempre de pie cuando se les tira desde arriba-. No puedes llevarle durante todo el camino, pesa casi siete kilos.

- Podrías… -comenzó Nefret.

- Podría morir para complacerte, pero me niego a llevar a ese carnívoro perezoso.

Nefret se volvió a David, quien estaba mirando hacia el horizonte; tampoco él parecía preocupado por Horas. Con gesto de mártir, la joven depositó suavemente a Horas en el suelo. El gato dirigió a Ramsés una mirada malévola; sabía quién era el responsable de esa indignidad, pero ya había comprobado que sus pesadas botas eran impenetrables a garras y dientes.

Siguieron andando con el gato caminando tras ellos. Ramsés sabía que Nefret estaba enfadada consigo misma por haber removido aquella vieja herida, pero también con él por haberse negado a hablar de ello. Por supuesto, ella tenía razón: hubiera sido mejor dejar aflorar sus sentimientos, y aceptar el consuelo que ella

deseaba darle; pero la reserva era una vieja costumbre que le costaba superar. Suponía que Nefret la consideraba también un maldito hábito, pues ella nunca dejaba a nadie con la duda sobre sus sentimientos acerca de las cosas. Un poco de mesura no les vendría mal a ninguno de los dos.

Nefret no había querido molestarle. ¿Cómo podría haber sabido lo que le dolería, si a él mismo le había cogido desprevenido? Casi nunca pensaba en aquel feo asunto, excepto en las raras ocasiones en las que un mal sueño le rememoraba cada espantoso detalle de la lucha desesperada en la oscuridad y su inenarrable final, el sonido de los huesos y sesos salpicando la piedra.

La joven permanecía callada, su cara ausente, así que Ramsés retomó la conversación en el punto en el que estaban justo antes de que ella cometiera aquel involuntario error.

- Admito que no me importaría presumir un poco, pero no hay mucha esperanza de éxito. Estamos trabajando a ciegas, y en parte es porque madre y padre nos tratan todavía como a chiquillos indefensos que necesitan protección, especialmente a ti, Nefret.

Ramsés le dio una patada a una piedra. Le faltaron sesenta centímetros para darle a Horus, pero el gato maulló y rodó de espaldas. Nefret le cogió, le abrazó y le canturreó palabras cariñosas. Ramsés miró amenazadoramente al minino, que le devolvió la mirada por encima del hombro de Nefret; de un modo u otro Horas siempre conseguía lo que quería.

Se estaban acercando al final del camino y a la empinada bajada desde la meseta al Valle oriental. Los hombros de Nefret se combaban, probablemente por el peso de Horus, puesto cuando por fin habló, su voz tenía un tono muy diferente al que era habitual en ella.

- Tienes razón, y quiero tomar medidas para cambiarlo. Les adoro, ¡pero a veces me ponen furiosa! ¿Cómo pueden esperar que les confiemos nuestros secretos cuando ellos nunca nos contarán lo que necesitamos saber?

El camino que desciende al Valle es empinado, pero no es difícil si se está en buena forma física, como nosotros. Convencí a Nefret de que bajara al gato y de que se pusiera su sombrero. Horus se quejó, pero incluso Nefret tenía el sentido común suficiente como para no intentar descender con los brazos ocupados. Los turistas

salían en masa; era el punto culminante de la temporada y las tumbas cerraban a la una de la tarde. Algunos de ellos miraban con impertinencia a nuestra pequeña expedición, especialmente a Horus; Emerson frunció el entrecejo.

- Esto está peor cada año -gruñó-. Están por todos sitios, zumbando como moscas. Es imposible encontrar un sitio suficientemente apartado donde uno pueda trabajar en paz sin que entren a fisgar y a martirizarnos con todo tipo de preguntas impertinentes.

- El barranco lateral en el que trabajamos el año pasado está relativamente aislado -le recordé-. Rara vez nos interrumpían los turistas.

- Eso es porque no encontramos nada que valiera un comino - dijo Emerson. Los turistas siempre le ponen de un humor endiablado. Sin hacer más comentarios, se alejó a grandes zancadas por el despejado camino que conducía, no al rocoso barranco al que he aludido, sino a la entrada principal al Valle y al parque de los burros.

- ¿Adonde va? -preguntó Nefret.

Yo sabía la respuesta y, por supuesto, también Ramsés. Tiene un control mental impresionante, siempre se me adelanta.

- Quiere echar un vistazo a las números Tres, Cuatro y Cinco. No ha perdido la esperanza de que le dejen excavarlas, especialmente la Cinco.

Ni siquiera yo puedo presumir de poder identificar todas las tumbas del Valle por su número, pero todos nosotros conocíamos esas tumbas en particular. Habíamos oído a Emerson hablar apasionadamente de ellas bastante a menudo. Todas eran conocidas por los primeros arqueólogos; ninguna de ellas había sido debidamente limpiada o topografiada; no había nadie en particular que quisiera hacerlo, pero los términos del contrato de concesión de Emerson no le permitían investigarlas, porque se consideraba que eran tumbas reales. En la número Tres se habían detectado las insignias de Ramsés III, aunque ese faraón había sido enterrado en otra tumba más monumental en algún otro lugar del valle. La número Cuatro, atribuida a Ramsés XI, había sido utilizada como establo por los cristianos coptos, y se suponía que había sido saqueada a fondo. El nombre de Ramsés II había sido visto en la

número Cinco, pero este faraón también tenía una tumba en otro lugar, y los intentos por investigarla, como el llevado a cabo por nuestro amigo Howard Carter hacía cinco años, se habían visto frustrados por los montones de escombros que llenaban las cámaras.

Emerson fue el primero en admitir que la posibilidad de descubrir algo de excepcional interés era remota, pero le enfurecía que no le dejaran intentarlo a causa de un decreto arbitrario e injusto. El permiso para la búsqueda de nuevas tumbas en el Valle de los Reyes lo tenía el señor Theodore Davis y estaba ratificado no sólo por *monsieur* Maspero, sino, también por el inspector local, el señor Arthur Weigall.

- Será mejor que vayamos a buscarle -dije incómoda-. Si se encuentra con el señor Weigall seguro que le dice alguna grosería.

- O hace alguna grosería -dijo Nefret con una mueca-. La última vez que se encontró con él le amenazó con…

- Daos prisa -les rogué.

La mayoría de los turistas iban en dirección opuesta a la nuestra, por lo que nuestro avance era más lento de lo que nos habría gustado. Tenía que darle la razón a Emerson; por lo general eran grupos de gente con aspecto atontado, inadecuadamente vestidos y que se limitaban a curiosear con la mirada perdida. Los hombres iban por delante, ya que no les estorbaban los zapatos de tacón ni los corsés. Tanto ellos como las mujeres se quedaban mirando a Nefret, que caminaba con tanta facilidad como un ágil muchacho, con sus cómodas botas y pantalones. A instancia mía, se había puesto un sobretodo, aunque llevaba el cuello de la camisa abierto, y sus rizos dorados se habían escapado de su salacot, y se curvaban alrededor de su cara. No prestó la menor atención a las miradas impertinentes, críticas por parte de las mujeres, y de muy distinto significado por parte de los hombres.

Como esperaba, encontramos a Emerson plantado firmemente frente a la tumba número Cinco. Sólo las tumbas que contienen relieves pintados tienen candado en las puertas. La barrera que impedía la entrada a ésta era igualmente efectiva: un montón de cascotes y desechos varios lo ocultaban todo, excepto la silueta de una puerta.

Lamenté que mi premonición hubiera sido cierta. Frente a mi marido, dándole la espalda a la tumba, se hallaba un joven con un

pulido traje de *tweed* y un salacot, el mismísimo señor Weigall, quien ahora ostentaba el antiguo cargo de nuestro amigo Howard como Inspector para el Alto Egipto. Ni su postura ni su expresión eran de desafío, así que yo estaba a punto de tranquilizarme cuando Emerson levantó el brazo y le golpeó directamente en el pecho. Weigall se tambaleó hacia atrás, y cayó dentro de la estrecha abertura.

# Capítulo 5

Celebramos la Navidad a la antigua usanza, con un árbol, villancicos, y reuniones de amigos. Para ser sincera, el marco era poco usual: arena dorada en vez de nieve, una brisa fragante que flotaba a través de las ventanas abiertas en lugar de aguanieve azotando los cristales cerrados, una alargada rama de tamarindo en vez de un árbol de hoja perenne, pero habíamos pasado tantas veces las fiestas en Egipto que todos aquellos detalles nos parecían totalmente naturales. Incluso el tamarindo ofrecía una imagen espléndida, gracias a las ingeniosas decoraciones de David. Cómicos camellos, guirnaldas de delicadas estrellas plateadas y otros innumerables diseños recortados en hojalata o moldeados con arcilla cocida, llenaban los espacios vacíos y brillaban a la luz de las velas.

El señor Weigall y su mujer habían rechazado nuestra invitación. Creo que nos guardaban rencor, aunque no puedo imaginar por qué; la rápida acción de Emerson había salvado al joven de daños más serios de los que recibió al aterrizar (con bastante ímpetu, he de admitirlo) en la dura superficie, mientras mi heroico marido seguía cojeando de su pierna izquierda, seriamente dañada por la lluvia de piedras removidas por los turistas idiotas que intentaban escalar las rocas que había encima de la tumba.

- Quizás -advertí recordando el suceso- no tendrías que haberle empujado tan fuerte, querido.

- No había tiempo para calcular, Peabody -Emerson me dirigió una mirada cargada de reproches-. ¿Supones acaso que yo sería capaz de herir a un oficial del Departamento de Antigüedades?

Posiblemente nadie podría haber probado semejante cosa, pero aun así me temía que nuestras relaciones con los Weigall habían recibido un golpe mortal. Sin embargo, la presencia de nuestros mejores y más antiguos amigos restó importancia a su ausencia. Cyrus y Katherine Vandergelt estaban allí, por supuesto; Cyrus era uno de nuestros amigos más entrañables, y habíamos llegado a querer mucho a la mujer con la que se había casado unos años antes, a pesar de su pasado ligeramente turbulento.

Cuando la conocimos, Katherine se ocupaba afanosamente de engañar a una crédula amiga nuestra con sus supuestas dotes de médium espiritista. Luego recuperó la sensatez, y a punto estuvo de rechazar honorablemente la oferta de matrimonio de Cyrus; por suerte, la convencí de que lo reconsiderara. Nunca he lamentado mi intervención (casi nunca lo hago), ya que eran muy felices juntos, y la cáustica inteligencia y cínica visión de la humanidad de Katherine la convertían en una compañía más que entretenida.

Los precios habían subido asombrosamente desde mis primeros días en Egipto; a pesar de las técnicas de ahorro de Fátima, el pavo costó casi sesenta piastras, cuatro veces lo que hubiera costado hace veinte años. Después de la cena, que incluía un espléndido pastel de ciruelas flambeado con brandy, que fue orgullosamente presentado por Fátima, nos retiramos a la galería para contemplar la puesta de sol. Cuando Katherine se recostó agradecida en una silla, echó una mirada a Nefret, quien llevaba una de sus túnicas primorosamente bordadas, y nos dijo que pensaba comprarse una similar.

- He comido demasiado -declaró-. Y el corsé me está matando. Tenía que haber seguido tu consejo, Amelia, y no habérmelo puesto, pero soy mucho más corpulenta que tú.

- Estás bien como estás -declaró Cyrus, mirándola encantado.

Los otros se apresuraron a expresar su acuerdo. Teníamos solamente otros dos invitados, Howard Carter y Edward Ayrton, con el que Ramsés había entablado amistad el año anterior. Ned, como me había pedido que le llamara, era el arqueólogo encargado de las excavaciones del señor Davis. Gozaba de poco reconocimiento por parte de su jefe, quien siempre se refería a sus descubrimientos en primera persona del singular; sin embargo, como el americano ignoraba completamente los métodos de excavación, y en cualquier caso estaba poco dispuesto a seguirlos, Maspero le había exigido

que empleara a una persona cualificada. Ned era un joven menudo, más atractivo que guapo. Pensé que parecía un poco tímido entre nosotros, así que me decidí a introducirle en la conversación.

- Su campaña comienza, según creo, el primero de enero. Ha tenido una suerte increíble hasta ahora, al haber encontrado esa tumbas tan interesantes para el señor Davis. Por supuesto, sin menospreciar sus conocimientos arqueológicos, que tanto han contribuido a su éxito.

- Es usted muy amable, señora Emerson -replicó el joven con una voz suave y educada-. De hecho, no encontramos nada el año pasado que pudiera compararse con Yuya y Thuya.

- Caray, ¿cuántas tumbas no saqueadas espera encontrar en su vida ese bast… eh… hombre? -preguntó Emerson.

- Ha adquirido la costumbre de contar al menos con una al año. -Aquel comentario vino de Howard, quien se había sentado a corta distancia de nosotros-. No envidio su trabajo, Ayrton.

Se produjo un breve y embarazoso silencio. Howard había supervisado hacía tiempo las excavaciones de Davis, a la vez que ostentaba el puesto de Inspector para el Alto Egipto. Ahora había perdido ambos cargos, y la amargura de su voz contrastaba con su fingida indiferencia.

En la primavera de 1905, Howard había sido trasladado al Bajo Egipto para sustituir al señor Quibell, quien asumió el cargo de Howard como Inspector para el Alto Egipto. Poco después de que Howard fuera trasladado a Sakkara, un grupo de turistas franceses borrachos habían tratado de acceder el Serapeum sin las entradas necesarias. Cuando se les negó el paso, atacaron a los guardias con puños y palos. Howard se presentó de inmediato y cuando ordenó a sus hombres que se defendieran, uno de los franceses resultó herido.

Como los intrusos habían invadido también la casa de la señora Petrie esa misma mañana, y se habían comportado groseramente con ella, no había ninguna duda de quién tenía la culpa, pero el que un «nativo» golpeara a un extranjero, incluso en legítima defensa, tenía mayor culpa a los ojos de los clasistas oficiales que controlaban el gobierno egipcio. Los franceses exigieron una disculpa oficial. Howard rehusó darla. Maspero le trasladó a un remoto lugar en el Delta, y después de varios meses de melancólico exilio, Howard dimito. Desde entonces había estado arrastrando una

vida dudosa, vendiendo sus pinturas y haciendo de guía para turistas distinguidos. No tenía fortuna propia, y su antaño prometedora carrera había llegado a un abrupto final.

Fue Emerson quien rompió el silencio con el tipo de comentario que me había prometido no hacer. El año anterior había tenido una gran disputa con el señor Davis, en comparación con sus enfados menores con otras personas. Había jurado que no me estropearía el día maldiciendo a Davis, pero debería haber sabido que no sería capaz de resistirse.

- Has hecho bien en marcharte de ahí, Carter -gruñó-. Quibell no podía soportar trabajar con Davis, y por eso hizo que le trasladaran de vuelta al norte, y una vez que Weigall asumió la inspección convenció a Davis de que contratara a Ayrton porque tampoco podía aguantar a ese viejo idiota.

Las explosiones de ira de Emerson tuvieron más efecto que mis discretos intentos. Rompieron el hielo tan eficazmente como un canto rodado que se estrella en un arroyo helado. Todo el mundo se relajó, e incluso Howard hizo una mueca simpática a Ned Ayrton. De cualquier modo, me sentí obligada a dirigirle una suave regañina.

- Realmente, Emerson, eres el hombre con menos tacto que conozco. Esperaba que, por una vez, podríamos evitar los temas que conducen a la maldición y a la controversia.

- Eso sería condenadamente aburrido, querida Amelia -exclamó Cyrus entre carcajadas.

Nefret se sentó en el brazo del sillón de Emerson.

- Es verdad. El profesor sólo ha dicho lo que todos pensamos, tía Amelia. Permítanos el placer de un poco de cotilleo malicioso.

- Yo nunca cotilleo -dijo Emerson con arrogancia-. Sólo estoy constatando los hechos. ¿Dónde tienen pensado trabajar esta temporada, Ayrton?

Aquella le pareció a Ned una pregunta relativamente inocente, y se apresuró a responder:

- El área sur de la tumba de Ramsés IX era lo que tenía en mente, señor. Los escombros acumulados no parece que hayan sido removidos desde…

Tras un momento, Cyrus se incorporó al grupo, así que yo fui a sentarme al lado de Katherine, quien había estado escuchando con

considerable diversión.

- Pobre Cyrus -dijo-. No hay duda de que guarda rencor al señor Davis, después de los muchos años improductivos que se ha pasado cavando en el Valle.

- No se sentiría tan ofendido si Davis no hubiera fanfarroneado y presumido siempre que se han encontrado por casualidad. Realmente no es justo. Cyrus se pasaba el día entero en sus excavaciones, supervisando y ayudando; Davis sólo aparecía cuando su arqueólogo había encontrado algo interesante.

Un estallido de risa atrajo nuestra atención hacia el grupo. Ramsés debía haber dicho algo particularmente grosero (o posiblemente agudo), puesto que todos se habían vuelto hacia él, y Nefret se había sentado en el antepecho, al lado de su hermano. Los rayos del sol poniente daban un brillo especial a su sensual pelo dorado y a su cara iluminada por la risa. Katherine soltó un suspiro.

- Es asombrosamente bella, ¿verdad? Ya sé, Amelia, ya sé. La belleza es algo superficial, la vanidad un pecado, y la nobleza de carácter es más importante que la apariencia, pero la mayoría de las mujeres venderían su alma por parecerse a ella. Más vale que vaya y le recuerde a Cyrus que es un hombre felizmente casado. Fíjate cómo la mira.

- Todos la están observando -dije, con una sonrisa-. Pero Nefret no tiene vanidad alguna, gracias a Dios, y son sus cualidades internas las que la hacen hermosa. Sin ellas sería sólo una preciosa muñequita. Hoy está muy animada.

- Ciertamente hay un resplandor a su alrededor -dijo pensativamente Katherine-. El tipo de resplandor que uno ve en la cara de una chica que está en compañía de la persona con la que ha comprometido sus afectos.

- No es propio de ti el emplear semejantes circunloquios, Katherine. Si quieres decir que Nefret se ha enamorado, me temo que, por una vez, tu instinto te ha llevado por mal camino. Sus sentimientos por Howard y Ned Ayrton son, como mucho, de pura amistad, y te aseguro que nunca perdería la cabeza por un hombre casado.

Mi pequeña broma hizo brotar una sonrisa en los labios de Katherine.

- Sin duda me equivoco. Me ocurre a menudo.

La primera estrella del anochecer había aparecido sobre el cielo de Luxor, y yo estaba a punto de sugerir que nos retiráramos al salón cuando Ramsés levantó la cabeza:

- Alguien viene -dijo, interrumpiendo a su padre a mitad de un juramento.

Los egipcios llaman a Ramsés «hermano de los Demonios», y muchos de ellos creen que puede ver en la oscuridad, como un gato o un *ajrit,* una especie de demonio en la mitología musulmana. No puedo negar que su vista es excelente. Pasaron pocos segundos antes de que pudiéramos distinguir la vaga silueta de un hombre a caballo. Desmontó y avanzó hacia nosotros, y cuando la luz mortecina iluminó sus bien recortadas facciones, solté una exclamación.

- ¡Caray! Es… no puede ser… ¿Sir Edward? ¿Qué está haciendo usted aquí?

Sir Edward Washington se quitó el sombrero e hizo una reverencia.

- Me halaga que me recuerde, señora Emerson. Hace mucho que no nos vemos.

Habían pasado seis años, para ser exactos. No había cambiado prácticamente nada; de elevada estatura, mantenía el mismo porte elegante, su pelo rubio seguía siendo tan espeso, y sus ojos azules me miraron con aquel aire divertido que le era tan característico. Recordé mis modales, que el asombro me había hecho olvidar. Asombro, y también cierta intranquilidad. En aquel último encuentro le había informado a Sir Edward con inequívoca franqueza de que debía desistir de cualquier esperanza de conquistar a Nefret, y él me había dicho, con más amabilidad pero sin asomo de duda, que lo volvería a intentar. Y ahí estaba, y también Nefret, que le dedicó una de sus más encantadoras sonrisas. Me levanté y me dirigí hacia él.

- Sería difícil que me olvidara de una persona que trabajó tan diligentemente con nosotros en la tumba de Tetisheri y que, además, me rescató de una situación particularmente incómoda.

Aquella referencia le recordó a Emerson sus modales que, hasta en sus mejores momentos, dejaban mucho que desear; además, nunca le había gustado mucho Sir Edward; sin embargo, la gratitud venció a la antipatía.

- Supongo que ser estrangulada podría describirse como una situación incómoda -dijo secamente-.

Buenas noches, Sir Edward. No esperaba volverle a ver, pero ya que está aquí, supongo que querrá sentarse.

Sir Edward pareció más divertido que ofendido ante aquella invitación tan poco efusiva. Sus modales eran admirables. Su saludo a Nefret fue cálido, pero de ningún modo familiar; sus comentarios de cómo habían crecido Ramsés y David desde que les había visto por última vez sonaron un poco condescendientes. La reacción de Ramsés fue la de levantarse para demostrar que su estatura era mayor que la de Sir Edward, y estrecharle la mano con bastante más fuerza de lo que obliga la cortesía. Según parecía, Sir Edward conocía a todo el mundo, excepto a Katherine.

- He oído hablar de la buena suerte de la señora Vandergek, estoy encantado de conocer a una dama tan digna de elogios -dijo con una graciosa inclinación.

- Qué amable -replicó Katherine-. Yo también he oído hablar de usted, Sir Edward, pero no estaba al tanto del singular incidente al que se ha referido el profesor. ¿Es un secreto, o nos lo va a contar?

Sir Edward permaneció modestamente en silencio, así que yo dije:

- Ya no es un secreto, ¿verdad, Emerson?

Mi marido me lanzó una furiosa mirada.

- No es raro que la gente tenga ganas de estrangularte, Amelia. Este… eh… incidente ocurrió hace unos años, Katherine, cuando mi discreta y prudente esposa tuvo la idea de correr a enfrentarse con un sospechoso, sin molestarse en informarme de sus intenciones. Si Sir Edward no la hubiera seguido, por motivos que nunca me fueron explicados a mi entera satisfacción, podría haber sido eficazmente asesinada por…

- ¡Emerson! -exclamé-. No hace falta ser tan prolijo. Estábamos a punto de retirarnos al salón a tomar un refresco y a cantar villancicos, Sir Edward. ¿Nos acompañará, verdad?

- No tenía intención de estorbar -replicó rápidamente el caballero-. Vine solamente a felicitarles las fiestas, y a ofrecerle una pequeña muestra de aprecio. -Sacó una cajita del bolsillo de su abrigo, y me la ofreció-. No es nada, realmente -prosiguió, haciendo caso omiso de mis palabras de agradecimiento-. Me lo encontré por

casualidad el otro día en una tienda de antigüedades, y pensé que le podría gustar.

Dentro de la caja había un amuleto de fayenza azul, de unos cinco centímetros de largo. La presilla moldeada mostraba que había sido utilizado con un cordón o cuerda, como amuleto protector, probablemente por una mujer, puesto que el protuberante hocico y el hinchado vientre correspondían a Taueret, la diosa hipopótamo, que velaba por madres e hijos.

- Qué bonito -murmuré.

- ¿Un recuerdo de nuestro último encuentro? -Emerson enarcó las cejas amenazadoramente y se dirigió ásperamente a Sir Edward-. Demuestra usted menos tacto que de costumbre, Sir Edward; Taueret fue para nosotros un símbolo de peligro y mala suerte.

- Pero triunfaron sobre ambos -replicó Sir Edward de forma encantadora-. Pensé que podría constituir un recordatorio de su éxito, pero si a la señora Emerson no le gusta tiene total libertad para deshacerse de él. Probablemente es falso; muchos *Gurnawis* fabrican falsificaciones excelentes.

Evitó cuidadosamente mirar a David, pero yo no pude dejar de preguntarme si la referencia había sido accidental o calculada. Sir Edward había estado con nosotros el año en que conocimos a David, quien había estado trabajando para uno de los mejores falsificadores de Gurneh.

- En absoluto -dije rápidamente-. Es decir… gracias, Sir Edward, estoy haciéndome con una especie de colección de pequeños amuletos; el suyo se sumará con gusto al Bastet que Ramsés me regaló hace algunos años, y a éste que acabo de recibir hace poco.

Había añadido la pequeña estatua del babuino a la cadena en la que llevaba el gato de Ramsés y el escarabajo de Thutmose III, que había sido el regalo de bodas de Emerson. Sir Edward se inclinó hacia delante para examinarlos.

- El babuino es un símbolo del dios Thot, ¿no? Una pieza muy bella, señora Emerson. ¿Qué significado especial tiene este amuleto, si lo puedo preguntar?

- Simboliza una causa que mi corazón aprecia, Sir Edward, la de la igualdad de derechos para las mujeres. *Huquq al maVa,* como dicen aquí. Me lo dio una dama que forma parte activa en el movimiento.

- No me sorprende que deba llevarlo. Pero, ¿realmente existe tal movimiento en Egipto?

- La llama de la libertad arde en los corazones de todas las mujeres, Sir Edward.

Emerson resopló, estaba segura de que no lo hizo por la opinión en sí, sino por mi manera de expresarla. Me vengué soltando un pequeño discurso (o, para ser exactos, un discurso bastante largo) sobre la historia del movimiento feminista en Egipto, mencionando el periódico que habíamos visto y las clases de alfabetización. Sir Edward era demasiado educado como para mostrar aburrimiento, pero, de hecho, a tenor de las preguntas que me hizo estaba casi segura de que le interesaba.

Emerson se aburría, y enseguida lo dijo. Como yo había supuesto, Sir Edward se olvidó rápidamente de las pocas ganas que tenía de molestar, así que encabecé la marcha hacia la casa, y nos reunimos alrededor del pianoforte. La voz suave de barítono de Sir Edward se sumó a nuestro pequeño coro y, poco después, Emerson dejó de mirarle amenazadoramente y se unió también a nosotros. Mi marido siempre sospecha de los hombres que ponen sus miras en mí; es una fijación que no deja de ser halagadora, pero también incómoda, y en aquel caso completamente infundada. Si Sir Edward había puesto sus miras en alguien, era en otra persona; al ver que sus rasgos se suavizaban al contemplar a Nefret, comprendí que no había abandonado sus esperanzas. Por su parte, la joven ponía mucho cuidado en evitar los ojos de él, lo que era aún más sospechoso.

El único que no participaba era Ramsés. Cuando era niño, era propenso a canturrear de una forma muda y discordante que era particularmente molesta para mis oídos. Había abandonado ese hábito, a petición mía, y había hecho falta mucha persuasión por parte de Nefret, para que condescendiera a unirse a nuestros pequeños conciertos familiares. Para mi sorpresa, encontré que su voz no era tan desagradable, y que, de alguna manera (no heredada de su padre), había aprendido a entonar. Esa noche se excusó aludiendo que le dolía un poco la garganta. Nefret no le animó.

*Del manuscrito H*

- ¡Es él! -Sin importarle la gramática ni las patas de los muebles, Ramsés se dejó caer en un sillón de mimbre-. Es la persona con la

que ella se encontró en Londres.

- ¿Qué te hace pensar eso? Nefret tiene muchos pretendientes - David cerró la puerta de la habitación de Ramsés y se acomodó en otra silla.

- Se encontró con ese tipo a escondidas, y mintió para ocultarlo. No es propio de ella.

- Quizás está harta de oír cómo ridiculizas a sus admiradores.

- Muchos han hecho suficientes tonterías por sí mismos, sin ninguna ayuda por mi parte. Bueno… con un poco de ayuda.

- ¿Por qué no le dices lo que sientes por ella? Sé que, por tu educación occidental, eres muy joven todavía para pensar en casarte, pero si ella aceptara el compromiso por lo menos estarías seguro de ella.

- Oh, sí -dijo amargamente Ramsés-. Podría ser tan boba y bondadosa como para aceptar mi propuesta por pura piedad y, si alguna vez me diera su palabra no la rompería por nada. ¿Estás sugiriendo acaso que me aproveche de su amabilidad y afecto, y que luego le pida que me sea fiel durante cuatro o cinco años?

- No lo había pensado de ese modo -reflexionó David.

- No soy tan tonto como para enamorarme de una chica que no me ama. No le declararé mis sentimientos hasta que ella muestre algún signo de correspondencia. Hasta ahora no parece que haya hecho muchos progresos al respecto.

- Alguien tiene que dar el primer paso -dijo David sensatamente-. Quizás Nefret respondería si tú te molestaras en declararte.

- ¿Cómo? Nefret se moriría de risa si yo apareciera con flores en la mano y le soltara un romántico discurso.

- Probablemente lo haría -asintió David-. Sin embargo, no me parece que tengas mucha dificultad en conseguir que otras mujeres se enamoren de ti. ¿A cuántas de ellas has…?

- Ésa es una cuestión que un caballero no debe ni preguntar, y mucho menos contestar -replicó Ramsés con el mismo tono terminante que hubiera utilizado su madre, pero esbozando a la vez una débil sonrisa-. No culpo a Nefret por… eh… divertirse con otros hombres. Lo odio, pero no soy tan hipócrita como para condenarla por ello. Y nunca me cruzaría en su camino si realmente le gustara un hombre que fuera digno de ella.

- ¿No lo harías?

Sólo los amantes y los enemigos mortales miran directamente a los ojos del otro.

¿Era ése otro de los famosos aforismos de su madre? Sonaba como la típica frase que ella diría; y cuando sus ojos se encontraron con los de su amigo en una mirada directa y sin pestañeo, Ramsés sintió que le recorría un escalofrío. David miró para otro lado, apretando los brazos contra su cuerpo, como si sintiera frío de repente. Después de un rato Ramsés dijo:

- Debes aburrirte terriblemente con mi histrionismo.

- Todo lo que es importante para ti lo es para mí, Ramsés. Ya lo sabes. Sólo me gustaría poder…

- Pareces cansado. Vete a la cama, David.

- No estoy cansado. Pero si no quieres seguir hablando…

- Ya te lo he contado todo antes. Hasta aburrirte, supongo -el joven forzó una sonrisa-. Buenas noches, David.

La puerta se cerró suavemente. Ramsés permaneció sentado sin moverse durante mucho tiempo. La sospecha que se había apoderado de su mente era despreciable y sin fundamento. Un simple cruce de miradas, una leve alteración de la voz que había respondido a su aseveración:

«Nunca me cruzaría en su camino si realmente le gustara un hombre que fuera digno de ella…». David era digno de ella. No según las falsas normas del mundo moderno, quizás, ya que los años de formación de Nefret habían transcurrido en un mundo bastante diferente. La extraña cultura del oasis no había estado exenta de fanatismo y crueldad, pero sus prejuicios se basaban en la casta más que en la raza o la nacionalidad. Nefret no consideraba a David como un inferior. Tampoco Ramsés. David era, seguramente, un rival mucho más peligroso que ninguno de los que se había encontrado hasta entonces. Y David, siendo el hombre que era, se habría sentido culpable y avergonzado de entrometerse entre su mejor amigo y la chica a la que éste quería.

Reanudamos el trabajo a la mañana siguiente. Puede que otras personas de la comunidad inglesa de Luxor celebraran el «Boxing Day»

[2], pero a mí ya me había costado mucho convencer a Emerson

para que celebráramos la Navidad, que él consideraba una fiesta pagana.

- ¿Por qué no nos ponemos coronas de muérdago en la cabeza y ofrecemos a alguien como sacrificio al sol? -había preguntado sarcásticamente-. Eso es lo que es, por si no lo sabías, la antigua celebración del solsticio de invierno. Nadie sabe en qué año nació ese tipo, y mucho menos en que día y, además…

Pero en conciencia no puedo reproducir las heréticas observaciones de Emerson acerca del dogma cristiano.

Cuando partimos para el Valle, Abdullah caminó a mi lado, como hacía a menudo. Creía que necesitaba su ayuda, así que le daba la mano en las cuestas más empinadas; y cuando alcanzábamos la cima yo sugería delicadamente que descansáramos un momento antes de seguir al resto.

- No somos tan jóvenes como lo éramos antes, *Sitt* -decía Abdullah, desplomándose pesadamente sobre una roca.

- Ninguno de nosotros lo es. Pero, ¿qué importa? Nos cuesta un poco más llegar a la cima, pero no temas, ¡llegaremos!

Abdullah esbozó una sonrisa:

- Las suyas son palabras sabias, como siempre, *Sitt.*

No parecía tener ninguna prisa por continuar, así que nos sentamos durante un tiempo en silencio. El aire era frío y limpio; el sol se acababa de alzar por encima de las montañas orientales, y la luz de la mañana se extendía por el paisaje como un baño de acuarela, convirtiendo la piedra gris en oro plateado, el pálido río en azul brillante, los apagados campos verdes en un vivo esmeralda. Después de un rato, Abdullah habló.

- ¿Cree usted, *Sitt,* que hemos vivido otras vidas en esta tierra y que volveremos a vivir de nuevo?

La pregunta me sobresaltó, no sólo porque Abdullah no es muy dado a la especulación filosófica, sino porque se trataba de un reflejo extraño de mis propios j pensamientos. Había estado pensando que los palacios dorados del cielo no podían ser más bellos que la luz de la mañana en los riscos de Tebas, y que mi definición del Paraíso sería una continuación de la vida que yo amaba, con aquellos a los que amaba a mi lado.

- No lo sé, Abdullah. A veces me lo he preguntado… Pero no; nuestra fe cristiana no aprueba esa idea.

Tampoco la fe del Islam, pero Abdullah no lo dijo.

- Yo me lo he preguntado también. Pero sólo hay una vía para averiguarlo, y no tengo grandes deseos de explorarla.

- Ni yo tampoco -dije sonriendo-. Esta vida me proporciona suficiente placer. Pero temo que ésta sea una campaña aburrida, Abdullah. Emerson está más que harto de sus pequeñas tumbas.

- Yo también -dijo Abdullah.

Con un gruñido se puso en pie y me ofreció una mano para ayudarme a levantar. Anduvimos juntos en silencio, y en perfecta amistad. El se aburría, yo me aburría, Emerson se aburría. Estábamos aburridos hasta la locura, y no había nada que yo pudiera hacer al respecto. Con tristeza, seguí el familiar camino hasta el barranco en el que estábamos trabajando.

La tumba de Amenhotep II se hallaba en su extremo más alejado, y habíamos estado investigando los pequeños fosos de tumbas que estaban en el camino que se dirigía hacia el valle principal. Muchas de ellas habían sido halladas por Ned Ayrton, en las temporadas anteriores con el señor Davis. Había extraído los únicos objetos de interés, y no se habían encontrado muchos. Tres de las miserables pequeñas tumbas contenían enterramientos de animales bastante curiosos: un perro amarillo en posición vertical con su cola curvada sobre la espalda, nariz con nariz con un mono momificado, y un simio en cuclillas con un bello collar de cuentas azules; yo no podía comprender por qué el patrón de Ned no se había emocionado con los descubrimientos de aquella temporada.

Por supuesto, Emerson encontró algunos objetos que Ned había pasado por alto. Siempre encuentra cosas que a otros arqueólogos se les escapan. Había varias inscripciones interesantes (descritas y traducidas en nuestra próxima publicación), y una serie de abalorios y fragmentos de cerámica que condujeron a Emerson a una extraordinaria teoría sobre la duración del reinado de Amenhotep II. Estos detalles tendrán menos interés para el lector que para mí (la sinceridad me obliga a admitirlo).

*Del manuscrito H*

Ramsés se sentó sobresaltado. Al principio no podía recordar qué era lo que le había despertado. La habitación estaba bastante oscura, ya que el emparrado cubría parte de la única ventana, pero su visión nocturna era buena (aunque no tan sobrenaturalmente

aguda como algunos de los egipcios creían) y vio solamente las vagas sombras de mesa, sillas y cómoda, y las ropas colgadas en perchas a lo largo de la pared.

Retiró la fina sábana. Desde un embarazoso incidente ocurrido hacía años, se había acostumbrado a llevar un par de calzoncillos holgados de estilo egipcio en la cama. No entorpecieron sus movimientos mientras se dirigía a la puerta, silencioso con sus pies descalzos.

Como el resto de los dormitorios, el suyo se abría a un patio amurallado. Nada se movía a la luz de las estrellas; una alargada palmera y las macetas que su madre cultivaba proyectaban sombras vagas y extrañas. No se veía luz en las ventanas. La habitación de sus padres se hallaba en el extremo de aquel ala, luego la de David, la suya, y la de Nefret a su lado. Al igual que la habitación de sus padres, la de Nefret tenía ventanas que daban a un muro exterior, y otras que daban al patio.

Contempló la tranquila escena, sacudido por la misma sensación indefinible de intranquilidad que le había despertado. Llegó a la habitación de Nefret antes de escuchar el grito de ésta, no un chillido, sino un sonido suave y amortiguado que hubiera sido inaudible tan sólo unos metros más allá.

Ella no había cerrado la puerta. No habría importado; las bisagras cedieron cuando golpeó el panel con el hombro, empujando la puerta hacia dentro. La habitación estaba tan oscura como lo había estado la suya; algo estaba bloqueando la ventana exterior, impidiendo que entrara el resplandor nocturno. Luego, la obstrucción desapareció y vio el brillo tenue del camisón blanco de Nefret, inmóvil en el suelo entre la cama y la ventana.

- ¡Maldita sea! -dijo ella jadeando e incorporándose para sentarse-. ¡Se ha ido! ¡Ve tras él! -La manga entera de su bata cayó hacia atrás, cuando metió su brazo en ella. La habían rasgado desde el codo a la muñeca.

- Demasiado tarde -dijo Ramsés. Al menos era lo que intentaba decir. Su corazón palpitaba violentamente, tratando de recuperarse del inmenso susto que se había llevado antes de que ella se moviera y hablara, y las palabras se le atragantaron. Nefret se agitaba, tratando de ponerse en pie, pero sus movimientos eran lentos e inseguros, y la larga falda se le enrollaba alrededor de sus piernas.

Él se arrodilló y la cogió por los hombros-. Tranquilízate. Ya se ha ido, quien quiera que fuese, y estás a punto de desmayarte.

- No me he desmayado en mi… -exclamó Nefret indignada, pero acto seguido su cabeza cayó hacia atrás, y él tuvo que alzar su débil cuerpo entre sus brazos.

Todavía la estaba sujetando cuando una luz apareció en la puerta: era David, con una lámpara en una mano y un cuchillo en la otra.

- ¡Dios mío! Está…

- Medio asfixiada -dijo Nefret con voz débil. Probablemente tenía razón, pensó Ramsés. Relajó su abrazo lo suficiente para que pudiera separar la cabeza de su hombro, y ella le dirigió una alegre sonrisa-. Eso está mejor. Cierra la puerta, David, y trae la lámpara aquí. Bájame, Ramsés. No, a la cama no, no tiene sentido que manche las sábanas de sangre.

Sin decir una palabra Ramsés la depositó en la alfombra.

- Parece como si tú estuvieras a punto de desmayarte -le advirtió-. Siéntate y pon la cabeza entre las rodillas.

Ramsés se sentó. No puso la cabeza entre las rodillas, pero dejó a David que limpiara y vendara el corte. Una vez terminado el trabajo, sus manos y su voz recobraron la firmeza.

- Muy bien -dijo violentamente-. ¿Qué ha ocurrido?

Nefret dejó que David la ayudara a ponerse de pie, y a sentarse en una silla.

- Un hombre entró por la ventana -explicó ella-. No me desperté hasta que ya estaba dentro de la habitación. Iba buscando el papiro.

- ¿Cómo lo sabes? -preguntó Ramsés.

- Porque me desperté cuando arrastró la caja de debajo de la cama. Oí una especie de siseo, y…

- ¿Y trataste de detenerle? -La furia enronquecía su voz, y Nefret le devolvió la mirada airada.

- Le detuve. No lo consiguió. Le habría cogido, también, si tú no hubieras irrumpido.

- Oh, sí, bien -se mofó Ramsés-. ¿Con qué, con un cepillo para el pelo?

- Tenía mi cuchillo. Siempre duermo con él debajo de la almohada -señaló con un gesto el charco de sangre del suelo-. Eso no es todo mío. Le di una cuchillada en el brazo para evitar que

cogiera la caja, sabes, tenía miedo de que la dejara caer una vez que empezamos a luchar, y luego se echó hacia atrás, y yo salí de la cama y fui tras él, y él…

- ¿Empezasteis a luchar? -David la miró horrorizado-. ¿Fuiste tras él? ¡Por el amor de Dios, Nefret! Ramsés tiene razón, eres condenadamente impulsiva. ¿Por qué no gritaste para pedir ayuda?

- No había tiempo. Bloqueé su golpe, como Ramsés me ha enseñado, pero creo que no fui lo suficientemente rápida. Sólo fue un pequeño corte -añadió a la defensiva-. Pero me resbalé con la sangre del suelo. Luego Ramsés echó la puerta abajo, y el hombre se escapó.

- ¿Le reconociste? -preguntó Ramsés, ignorando la crítica implícita.

- No pude verle bien, estaba oscuro, y tenía un pañuelo enrollado alrededor de su cabeza. Podría haber sido Yussuf Mahmud; su altura y complexión eran las mismas.

- Un ladrón ordinario -comenzó David.

- No -dijo Ramsés-. Los ladronzuelos no llevan cuchillos, ni los usan, especialmente con la familia del temido Padre de las maldiciones. Iba directo al papiro. Ése es otro punto interesante. ¿Cómo sabía que lo tenía Nefret? Ningún caballero merecedor de tal nombre dejaría un objeto potencialmente tan peligroso en las manos de una pobre mujer indefensa.

- ¡Ja! -dijo Nefret.

- ¡Claro que ja! Nefret, ¿estás segura de que no se lo contaste a nadie? O de que no se te escapara… No, por supuesto que no.

- Condenadamente cierto.

Sin embargo, pudo habérsele escapado algo, sin darse cuenta, con un hombre que hiciera las preguntas oportunas. Ella había estado viendo mucho a Sir Edward en los últimos días… Ramsés, sin embargo, se guardó mucho de insinuar esa teoría.

- Descansa un poco, Nefret. Echaremos un vistazo por la mañana.

- Limpiaré la sangre -se ofreció David-. No queremos que tía Amelia lo vea, ¿no?

- No te preocupes -dijo Ramsés-. No puedo creer que madre no se haya presentado ya en escena, normalmente lo hace, pero seguramente se dará cuenta de que la puerta está fuera de sus

bisagras, y de que Nefret se resiente del brazo, y… Y no tenemos derecho a guardar silencio, ahora no…

- Oh, querido -murmuró Nefret-. El profesor se va a poner como un basilisco.

- Sin duda. Y madre nos echará un sermón. De las dos cosas, prefiero los gritos de padre.

- Confesaremos mañana, pues -Nefret se puso en pie-. Buenas noches -rechazando el brazo que le ofrecía David, les acompañó a la puerta-. Ramsés… -dijo.

- ¿Sí?

- ¿Cómo viniste tan rápido? No grité hasta que me cortó el brazo, pero tú ya debías estar al otro lado de mi puerta.

- Algo me despertó. Quizás hizo ruido al trepar por la ventana.

Una ventana en el lado opuesto de su habitación, con una pared de ladrillos de por medio. Por suerte, Nefret no se dio cuenta de la falta de lógica de su respuesta.

- Perdona si he sido grosera -dijo.

- No más de lo habitual.

- Gracias por estar ahí cuando te necesitaba. -Colocó una mano afectuosa en su brazo, y le sonrió. Ramsés dio un paso atrás.

- De nada.

- No te enfades. Dije que lo sentía.

- No estoy enfadado. Buenas noches, Nefret.

Dejó que David se ocupara de la puerta y se dirigió a grandes pasos hasta la verja trasera por donde salió. Habría sido mejor seguir la costumbre de lord Byron de caminar bajo la ventana de acá para allá, gruñendo y estrujándose la frente, pero no quería arriesgarse a estropear las huellas, y otras pistas; así que se sentó con la espalda apoyada en el muro de la casa, y se abrazó a las rodillas en busca de calor, maldiciéndose a sí mismo por ser un tonto sentimental. El intruso, quien quiera que fuese, no volvería aquella noche, y el aire era frío. Sin embargo, no era cuestión de irse a la cama. No podría dormir.

Algo después, percibió movimiento. La luna se había ocultado, pero las estrellas brillaban. Una figura surgió de las sombras. Se movía con un ligero balanceo, las orejas erguidas y meneando la cola. Al verle, se paró a varios metros de él, y le miró fijamente.

Ramsés le devolvió la mirada.

Algunos egipcios creían que podía comunicarse con los animales. No hacía falta mucha percepción extra sensorial para saber dónde había estado Horas y qué había estado haciendo. Exactamente lo mismo que llevaba haciendo todas y cada una de las noches desde que llegaron a Luxor. Con su fiero genio, un cuerpo musculoso y lustroso, y un ego del tamaño de un león, no tenía la menor dificultad para deshacerse de sus rivales por el afecto de las felinas locales. La gata Bastet no hubiera permitido nunca que un intruso se acercara a menos de doscientos metros de Nefret, pero aquella bestia egoísta, que parecía pensar sólo en una cosa, había estado demasiado ocupado satisfaciendo sus apetitos como para protegerla.

Ramsés tenía el presentimiento de que Horas sabía exactamente lo que estaba pensando, y que le importaba un comino. Después de lanzarle una mirada larga, silenciosa y arrogante, el gato siguió su camino. Dio un salto hasta el alféizar de la ventana de Nefret, y se volvió para dirigirle una última mirada despectiva antes de desaparecer en el interior. Por primera vez en su vida Ramsés estuvo tentado de arrojarle algo a un animal. Algo duro y pesado.

- ¿De dónde ha salido esto? -preguntó Emerson.

Habló con la voz suave y zumbona que sus conocidos habían logrado reconocer y temer. Nefret le miró a los agudos ojos azules sin pestañear, pero noté que estaba tensa.

- Es propiedad de la Fundación -replicó.

- Ah, sí. La Fundación para la Exploración y Conservación de Antigüedades Egipcias -Emerson se recostó en el sillón apoyando un dedo en la hendidura de su mentón. Con la misma voz suave añadió-: Tu Fundación.

- Nuestra -le corrigió Nefret-. Tú estás en el Consejo; y Ramsés y David, y tía Amelia.

- Caray -exclamó Emerson-. Entonces debe habérseme pasado por alto. ¿O lo que se me olvida es que el Consejo dio su aprobación para esta compra particular? Pobre de mí, me estoy volviendo viejo y olvidadizo.

- Suficiente, Emerson -dije cortante.

Lo normal hubiera sido que Emerson hiciera caso omiso de mi advertencia, ya que realmente estaba de considerable mal humor, pero fue la visión del rostro de Nefret lo que le retuvo. Su redonda

barbilla temblaba y sus ojos estaban iluminados por las lágrimas. Cuando una gota de cristal inundó la profundidad de sus ojos azules como el aciano, y resbaló por sus mejillas, Emerson soltó un bramido.

- ¡Para inmediatamente, Nefret! Te estás aprovechando injustamente, maldita sea.

Los labios temblorosos de Nefret se curvaron en una amplia sonrisa de alivio. A nadie le importaban los rugidos de Emerson; se sentó en el brazo de su sillón, y le despeinó sin piedad.

- Querido profesor, usted me dejó fundar la Fundación cuando me hice cargo de mi dinero, de hecho, me animó a hacerlo, pero nunca ha aceptado un céntimo, ni ha permitido que nadie de la familia lo hiciera. Esto me ha dolido profundamente, aunque por supuesto nunca me he quejado.

- Tendrá que rendirse también, padre -dijo Ramsés-. Si no lo hace, volverá a echarse a llorar.

- Mmmm -dijo Emerson-. Ya veo que os ha convencido a David y a ti. Si no me equivoco, cualquier gasto mayor requiere el consentimiento de una mayoría simple del Consejo. Vosotros tres sois mayoría. Amelia, ¿por qué diablos no me lo advertiste cuando se redactaron los papeles?

- Yo tampoco lo pensé -admití. Siempre había considerado absurdo su rechazo a aceptar ayuda financiera de Nefret, otro ejemplo de orgullo masculino. ¿Por qué no podía usar ella su dinero como quisiera? ¿Y qué candidato digno de mérito podía haber, aparte del gran egiptólogo de todos los tiempos, Radcliffe Emerson para ser exactos?

Con delicadeza, hice que la atención de Emerson volviera hacia el papiro.

- Es uno de los mejores que he visto nunca -dije-. Una valiosa compra para la Fundación porque si no lo hubierais adquirido de forma… ¿ilegal, supongo?… lo habrían vendido a un coleccionista privado, y la ciencia lo habría perdido. Venga, Emerson, no empieces a echar pestes contra la iniquidad de comprar a los comerciantes, ya hemos oído ese sermón miles de veces. En este caso había que hacerlo. Supongo que comprendes las sutiles implicaciones de este descubrimiento…

Emerson me miró. Me complació ver que mi pregunta había

alejado su atención de los chicos.

- ¿Me tomas por tonto, Peabody? Por supuesto que las comprendo. Sin embargo, me niego a permitir que pierdas el tiempo en especulaciones vanas hasta que hayamos comprobado los hechos. Te ruego que me dejes llevar este interrogatorio. Repito: ¿de dónde lo sacasteis?

Su gélida mirada azul barrió a los tres jóvenes. La sonrisa de Nefret se apagó. David pestañeó; y ambos miraron esperanzados a Ramsés quien, como yo esperaba, estaba dispuesto a hablar.

- De Yussuf Mahmud en El Cairo. David y yo estábamos…

- Imposible -dijo Emerson-. Yussuf Mahmud comercia con falsificaciones y antigüedades de segunda. ¿Cómo ha podido echarle el guante a algo tan bueno como esto?

- Es una cuestión pertinente -dijo Ramsés-. Padre, si me permite terminar mi narración sin interrumpirme…

Emerson cruzó las manos.

- Eso va para ti también, Peabody. Sigue, Ramsés.

Según se iba desarrollando la narración de Ramsés se me hacía difícil contener las exclamaciones de horror, sorpresa y consternación. Tengo que hacer justicia a mi hijo, ya que esta vez contó, no solamente la verdad, sino toda la verdad. Debía serlo, porque no podía haber nada peor. El semblante de Emerson no cambió; pero sus manos se apretaban una contra otra hasta que los dedos se volvieron blancos, y los tendones se tensaron como cuerdas.

- Lo llevamos al barco sin más incidentes -concluyó Ramsés.

- Sin más incidentes -repitió Emerson-. Mmmm, sí. Ya ha habido suficientes incidentes. Bien, bien. No es la primera vez que os habéis comportado con imprudencia, y probablemente no será la última. Hay sólo una cosa que no llego a comprender.

- ¿Sí, señor? -preguntó Ramsés con cautela. El suave tono de Emerson no le había engañado.

- No comprendo por qué… -la voz de Emerson se quebró con fuerza, y luego se elevó hasta alcanzar el volumen de un rugido que hizo temblar las tazas de los platos-. ¡Por qué, en nombre de Dios, llevasteis a vuestra hermana con vosotros!

El gato Horas salió de debajo de la mesa y se dirigió a la puerta, con las orejas gachas y la cola tiesa. Allí se encontró con Abdullah,

que nos había estado esperando en la galería y quien, supongo, se alarmó con los gritos de Emerson y corrió a averiguar qué desastre los había provocado. El gato se enredó en los faldones de Abdullah, y se produjo un breve intervalo de tambaleos (Abdullah), arañazos (Horas) y reniegos (por ambas partes), antes de que Horas se liberara y partiera.

Así que Ramsés tuvo que volver a empezar, mientras yo aplicaba yodo a las espinillas de Abdullah. Normalmente se habría opuesto a este procedimiento, pero el interés de la narración le distrajo, tanto, que parecía que los ojos se le iban a salir de las órbitas de asombro; cuando Ramsés finalizó, dijo entrecortadamente:

- ¿Llevasteis a Nur Misur con vosotros?

- No me llevaron -dijo Nefret-. Fuimos juntos. Abdullah, por favor, no te excites. No es bueno para ti.

- Pero… pero… Yussuf Mahmud -exclamó Abdullah-. Esa serpiente sinuosa… A el Was'a… De noche…

- Si no te calmas voy a ir a buscar mi estetoscopio, y auscultar tu corazón. -Le contuvo en la silla con una mano, y le ofreció un vaso de agua con la otra.

La amenaza fue suficiente. Abdullah consideraba los métodos médicos modernos con profunda sospecha, y la sola idea de ser examinado por una joven le llenaba de horror.

- Si ella no hubiera estado con nosotros yo no estaría aquí contigo ahora, abuelo -dijo David-. Ella es rápida como un gato, y fiera como una leona.

Decidí que era hora de que yo me hiciera cargo de la discusión que había degenerado en una serie de intercambios emocionales. Esto ocurre a menudo cuando los hombres llevan la conversación.

- Cuéntanos el resto, Ramsés -le pedí.

Emerson, que había empezado a relajarse, volvió a prestar atención con un audible crujido de músculos.

- ¿Hay más?

- Eso creo. Tendremos que llamar a Ibrahim para que repare las bisagras de la puerta de Nefret. ¿Y bien, Ramsés?

- Os lo contaré yo -dijo Nefret.

Emerson debía haber alcanzado ya el apogeo del ataque, puesto que su única reacción fue la de crisparse un poco. Abdullah tomó un sorbo de agua, observando con suspicacia a Nefret por el borde

del vaso, pero la joven no dio a ninguno de ellos la oportunidad de hacer el menor comentario.

- Admito que debíamos haber hablado antes del papiro -dijo-. Pero ya está hecho. Ya sabemos lo que opina cada uno al respecto, así que lo más sensato será que dejemos de chillarnos los unos a los otros.

- Oye, jovencita -empezó Emerson.

- Sí, querido profesor, todos sabemos que usted nunca grita. La cuestión es, ¿qué vamos a hacer ahora? Según yo lo veo -siguió sin esperar respuesta-, hay dos incógnitas por resolver. Primera, ¿quién era el hombre que entró en mi habitación anoche? Y segunda, ¿de dónde proviene el papiro? ¿Se habrá descubierto una nueva tumba?

- Bien razonado -dije con aprobación-. Estaba a punto de plantear las mismas cuestiones. ¿Crees que el intruso era Yussuf Mahmud?

- No era un ladrón ordinario -gruñó Abdullah-. Ningún hombre de Tebas se expondría a la cólera del Padre de las maldiciones.

Emerson asintió con un gruñido.

- ¿No dejó ninguna pista?

- He inspeccionado el área de debajo de la ventana de Nefret esta mañana -explicó Ramsés-, pero no hay huellas. No ha tenido el detalle de perder una prenda de ropa o…

- Sí, sí -dijo Emerson, que reconoció el comienzo de uno de los prolijos discursos de Ramsés-. Se me hace difícil creer que Yussuf Mahmud tuviera redaños suficientes como para entrar en la casa. Sólo es un ratero de segunda.

- Podría haber reunido el valor suficiente si temiera más a otra persona que a nosotros -apuntó Ramsés.

- Mmmm… -Emerson se rascó la barbilla-. Te refieres a la persona de la que obtuvo el papiro, ¿no? ¿Le mandarían venir aquí para recuperarlo, con la promesa de que le perdonarían su despreciable vida? Es posible. Maldita sea, Ramsés, ¿por qué no me contaste esto antes de que partiéramos de El Cairo? Se me ocurren varias personas que comercian con antigüedades de calidad excepcional, y cuyos escrúpulos son bastante cuestionables.

- A mí también, padre. Sin embargo, no me pareció oportuno seguir esa línea de investigación. El culpable no admitiría nada, y preguntar al resto habría dado lugar a especulaciones, cosa que,

supongo, todos queremos evitar.

- Sí, puede que tengas razón -admitió Emerson a regañadientes; él habría preferido visitar a todos los sospechosos, e incluso intimidar a alguno de ellos para que confesara.

Volvió a centrar su atención en el papiro, que estaba sobre la mesa dentro de la caja ingeniosamente diseñada por David. Una de las maravillosas viñetas pintadas había quedado al descubierto; mostraba el sarcófago de la princesa que era conducido a la tumba por un par de bueyes. Emerson se apretó con los dedos el hoyuelo de la barbilla, según acostumbraba a hacer cuando estaba perplejo, o sumido en profundas cavilaciones.

- Sin embargo, es extraño -musitó como para sí mismo-. El papiro es muy bueno, no hay duda; pero no creo que ninguna de las personas que tengo en mente hubiera llegado a tal extremo para recuperarlo.

Atacar a un tipo desaliñado y estafador como Alí *el Rata* es una cosa. Intentar robarme a MÍ requiere más audacia de la que hubiera supuesto que tenían.

- ¿Tiene alguna idea sobre quién puede ser esa persona tan audaz, señor? -preguntó educadamente Nefret.

Emerson le dirigió una mirada cautelosa.

- No. ¿Por qué habría de tenerla? Y la cuestión del origen de este objeto es igualmente misteriosa. Evidentemente procede de Tebas pero, ¿de qué parte de Tebas?

- A David se le ocurrió -dijo Ramsés- que este papiro podría proceder de la Reserva Real. Los hermanos Abd er Rassul estuvieron saqueando pequeños objetos de la tumba durante años hasta que les… persuadieron de que condujeran a *Herr* Brugsch a la excavación. Algunas cosas fueron vendidas a los coleccionistas…

- Y otras cosas las escondieron en su casa de Gurneh -dijo Abdullah-. Había papiros entre ellas.

- Hay otra posibilidad -apuntó Emerson mordiendo con furia su cigarro-. A Brugsch se le pudo haber pasado algo por alto fácilmente; con sus malditas prisas, lo sacó todo de forma desordenada.

- Pero es improbable que él o los Abd er Rassul hubieran pasado por alto algo tan valioso como esto -dije pensativamente-. Sin embargo, una excavación adecuada podría haber proporcionado

resultados interesantes.

- Te aburren nuestras tumbas, ¿eh, Peabody? -Emerson me dirigió una mirada crítica-. No creas que me vas a distraer de mis deberes con tus sugerencias tentadoras. Lo que estamos tratando de determinar es cómo llegó el papiro a El Cairo, y de dónde procedía. Veo cuatro posibilidades: la primera, que procediera de la tumba aún no descubierta de la princesa, lo que es condenadamente improbable… a estas alturas, otros objetos de esa tumba habrían aflorado a la superficie. La segunda, tercera y cuarta de las teorías suponen que procede de Deir el Bahri. Fue vendido por los ladrones poco después de que descubrieran la tumba, o más tarde, tras permanecer escondido en su casa durante un número indeterminado de años; o también pudo ser encontrado y vendido más recientemente. -Abrí la boca para hablar, pero Emerson se me adelantó-. No empieces a teorizar, Peabody, ahora mismo me resulta muy difícil controlar mi genio. Todavía no tenemos pruebas suficientes para construir una teoría. A menos que nuestros queridos y obedientes hijos nos estén ocultando pruebas…

- No estamos ocultando nada -protestó Nefret-. Ramsés no se ha guardado nada. Si yo hubiera relatado la historia habría tenido grandes tentaciones de omitir algunos de los detalles más… mmm… interesantes.

- Tendré que creerte -refunfuñó Emerson-. Maldita sea, Ramsés, ¿durante cuánto tiempo habéis estado tú y David merodeando por las calles de El Cairo con esos asquerosos disfraces? ¡Maldito sea el infiel!

- Creamos esas identidades hace tres años, padre.

- Bien, será mejor que las destruyáis. Confío en que se os habrá ocurrido que alguien más agudo que vuestro padre puede haber descubierto vuestros disfraces. Confieso -añadió Emerson con envidiosa admiración- que a mí me engañasteis completamente.

- Los acontecimientos de anoche confirman ese supuesto, señor. Aunque no puedo explicarme cómo. Tuvimos mucho cuidado.

- Mmmm. Bien, si encontramos a Yussuf Mahmud podrá contestar a todas nuestras preguntas. Nuestro primer movimiento será averiguar si se ha dejado ver en Luxor. Mantendré una pequeña conversación con los comerciantes de antigüedades. Abdullah, ¿preguntarás a tus amigos y parientes de Gurneh? -Abdullah asintió

con la cabeza. Parecía tan enfadado que sentí lástima por sus amigos y parientes-. Debe correrse la voz de que el objeto que buscaba el ladrón ya no está en la habitación de Nur Misur.

- Muy bien pensado, padre -Ramsés pasó del inglés al árabe-. Pero desde esta misma noche, ésa será mi habitación, y ella ocupará la mía. No hables de esto, o del papiro. Me encantaría que ese hombre regresara.

Recorte de *Al Ahram,* del 29 de diciembre de 1906:

*El cuerpo de un hombre fue recuperado ayer del Nilo, en extrañas circunstancias. Sus manos y pies estaban atados, y sus restos estaban horriblemente mutilados, aparentemente por las fauces de un gran animal, como un cocodrilo. No quedan ya cocodrilos en el área de Luxor.*

# Capítulo 6

La noticia se propagó por todo Luxor a la mañana siguiente. Nos la había contado Abdullah, a quien a su vez se lo había contado su primo Mohammed, quien lo había oído de su hijo Raschid, que había hablado con uno de los infortunados barqueros que había encontrado los restos. No dudo que el descubrimiento fuera bastante desagradable, pero para cuando llegó a nuestros oídos, la noticia se había magnificado y exagerado hasta un grado asombroso.

- Un cocodrilo -insistió Abdullah-. Raschid dijo que Sayed dijo que no podía haber sido otra cosa.

- Tonterías, Abdullah. Sabes que no ha habido cocodrilos en Egipto desde… bien, no en estos tiempos, desde luego.

Abdullah puso los ojos en blanco.

- Esperemos que sea un cocodrilo, *Sitt*. Porque si no lo era, fue algo peor.

- ¿Qué podría ser peor? -pregunté.

Abdullah se inclinó hacia delante, y colocó sus manos en las rodillas:

- Hay hombres que creen que los antiguos dioses no están muertos, sino sólo dormidos. Aquellos que violan las tumbas de los muertos…

- Algunos creen eso -asentí-. Seguramente tú no eres uno de ellos, ¿verdad, Abdullah?

- No creer no es lo mismo que no saber, *Sitt*.

- Mmmm -me limité a murmurar, una vez que descarté alguna otra respuesta más contundente-. Bien, Abdullah, si es verdad que

los antiguos dioses se ofenden con aquellos que entran en las tumbas, tú y yo y Emerson estamos en apuros. Así que esperemos que no sea verdad.

- Sí, *Sitt*. Pero protegerse a uno mismo contra lo que no es cierto no hace daño. -Señaló a los amuletos de la cadena alrededor de mi cuello, y luego rebuscó entre los pliegues de su túnica-. Le he traído otro.

Como la mayoría de los amuletos encontrados en Egipto, éste era de fayenza verde azulada, y había sido moldeado con una presilla en el dorso para que pudiera colgar de un cordón. No dudé que era auténtico. Abdullah tenía sus contactos. Sonriendo, tomé la baratija de su mano.

- Gracias -le dije-. Pero, ¿qué pasa con Emerson? ¿Le has traído también amuletos?

- No los llevaría, *Sitt*.

- No, claro. Abdullah, ¿estás seguro de que ésa es la razón por la que me has dado esto a mí y no a Emerson? ¿No podría ser, quizás, que consideres que necesito más protección que él?

Abdullah mantuvo el rostro inexpresivo, pero había un destello en sus ojos negros que yo había aprendido a reconocer. ¿Me había estado tomando el pelo todo el tiempo? Ahora se estaba riendo de mí, con seguridad.

- Usted no tiene cuidado, *Sitt*. Hace muchas tonterías.

- Si las hago, tú y Emerson velaréis por mí -dije cariñosamente-. Y ahora también tendré a Sobek para protegerme.

Desabroché la cadena, y añadí la pequeña figura del dios cocodrilo a los demás.

Ramsés fue a ver el cadáver. Los demás declinaron la invitación, incluido Emerson, quien advirtió, evitando cuidadosamente no mirar a Ramsés mientras lo hacía, que él no necesitaba probar *su* hombría inspeccionando cuerpos destrozados.

Emerson estaba muy enfadado con Ramsés. Yo sabía por qué, por supuesto. Culpaba al chico de haber permitido que Nefret les acompañara a él y a David durante su incursión nocturna al viejo Cairo. A decir verdad, Emerson me había llevado a zonas de El Cairo mucho más sucias y peligrosas, pero él seguía pensando en su hija adoptiva como una chiquilla de cara dulce y pelo rubio. Nefret ya no era una niña, como podrían testificar un gran número de

jóvenes caballeros, pero los padres son absurdamente sentimentales acerca de sus hijas. (Me han dicho que algunas madres son igual de tontas respecto a sus hijos, pero yo nunca he tenido ese defecto.)

En aquella ocasión en particular, yo no hacía responsable a Ramsés del comportamiento de Nefret. Sin embargo, cuando supe que había permitido que le acompañara para examinar el cadáver descubrí que no era tan comprensiva como creía.

Los demás estábamos en la galería tomando el té cuando los dos llegaron a caballo; una simple mirada a la cara de ella me bastó para saber que había estado haciendo algo más que llamadas en Luxor, como dijo que era su intención. El rostro de Ramsés parecía tallado en roca, indicación segura de que sentía alguna emoción fuerte que estaba controlando de forma rígida. Ignorando el gesto de su hermano para ayudarla a desmontar, Nefret se bajó del caballo, tendió las riendas al mozo de cuadra, y se reunió con nosotros alrededor de la mesa del té.

- ¿Quieres un trozo de pastel? -le pregunté, ofreciéndole la bandeja. Estaba especialmente rico, relleno de nueces y dátiles, y cubierto de una densa capa de azúcar.

Nefret tragó saliva, y volvió la cabeza.

- No, gracias.

- Ah -dije-. Así que fuiste con Ramsés. Nefret, te prohibí estrictamente…

- No, tía Amelia, no lo hizo. No dudo que lo habría hecho si lo hubiera pensado, pero no lo hizo. -Me dirigió una sonrisa bastante forzada, y alargó una mano para acariciar el rígido brazo de Emerson-. Querido profesor, dejé de farfullar. Recuerde, por favor, que soy la única entre los aquí presentes que tiene formación médica.

- Se mareó -dijo Ramsés. Estaba de pie, apoyado en el muro con los brazos cruzados, y le lanzó una mirada crítica a su hermana.

- ¡No hasta después! Tú también te pusiste muy pálido -cogió un trozo de pastel y se lo lanzó-. Toma, come un poco.

- No, gracias -dijo Ramsés, apartando los ojos.

- ¿Tan horrible ha sido? -pregunté.

- Sí -Nefret volvió a colocar el pegajoso pedazo en el plato, y se limpió los dedos con una servilleta.

- Sí -Ramsés se acercó a una mesa auxiliar, sirvió dos vasos de

whisky con soda, y le entregó uno a Nefret-. Espero que no se oponga, madre. Como usted ha dicho a menudo, los efectos medicinales del buen whisky…

- Así es -asentí.

Ramsés elevó su vaso a modo de brindis, antes de beber una buena cantidad. Se instaló en su lugar favorito del antepecho y prosiguió:

- Se empeñó en realizar un examen de las heridas más profundo del que yo hubiera querido hacer. Parece que se ajustaban a la suposición que se lanzaba en el periódico.

- ¿El qué, un cocodrilo? -exclamé-. Ramsés, sabes perfectamente bien…

- Peabody -Emerson se había recuperado. Su tono era calmado y, excepto por un pequeño destello en sus ojos azules, se mostraba sereno-. ¿Te parece una conversación adecuada para la hora del té?

- Muchas de nuestras conversaciones no serían adecuadas para la sociedad refinada -repliqué-. Si los jóvenes han podido pasar el mal rato de observar esos restos, lo menos que podemos hacer es oír su descripción. Eh… ¿podrías ser tan amable de ponerme un whisky? Y también soda, por favor.

- Bah -dijo Emerson, pero me obedeció, sirviéndose también un vaso. David declinó la oferta. Excepto algún vaso de vino de vez en cuando, nunca bebía. Al menos no en mi presencia.

- No entraré en detalles espeluznantes, querido profesor -empezó Nefret acariciando a Horus, que se había instalado en su regazo-. Las heridas se ajustaban a las que podrían haber hecho las poderosas fauces de un animal con grandes dientes afilados. Puesto que sabemos que no hay animales de ese tipo en esta zona, debemos deducir que fueron hechas por alguna herramienta fabricada por el hombre. Me recordó a ese artefacto que vimos en el museo de Nuremberg, la «doncella de hierro».

- Caramba -exclamé-. ¿Estás sugiriendo que alguien ha importado hasta Luxor un instrumento de tortura medieval?

- No te abalances, Peabody -me interrumpió Emerson, quien había olvidado sus escrúpulos y estaba escuchando con profundo interés-. La Doncella de Hierro, así llamada porque era una especie de sarcófago del tamaño y la figura de un cuerpo humano, tenía pinchos que sobresalían del interior de la parte trasera y de la tapa.

Cuando la tapa se cerraba los pinchos penetraban en el cuerpo de la víctima. Ése mismo efecto lo podría producir un mecanismo menos complejo, como por ejemplo unos clavos largos introducidos en una plancha pesada de madera.

- Exactamente -convino Nefret, apurando su whisky-. Las heridas se limitaban a la cabeza y el torso, pude distinguir el destello del metal en una de ellas. Se trataba, como sospeché, de la punta rota de un pincho o un clavo.

- ¿Lo… extrajiste? -preguntó David tragando saliva.

- Sí. Es una prueba, ¿sabes? -se palpó el bolsillo de su camisa-. Lo traje conmigo, puesto que nadie parecía quererlo. Sólo había otro objeto extraño en el cuerpo, un trozo de cuerda profundamente encajada en su cuello.

- Una cuerda de estrangulamiento -suspiré-. Los devotos de la diosa Kali…

Un extraño sonido de Ramsés me interrumpió. Sus labios estaban tan firmemente apretados que formaban una única y estrecha línea.

- Ese pobre individuo no fue estrangulado, tía Amelia -dijo Nefret-. El fragmento estaba en la parte de atrás del cuello, no en la garganta. Parece más probable que llevara un crucifijo o un amuleto alrededor del cuello, y que alguien o algo tiraran de la cuerda hasta que se partió.

- Supongo que tú… eh… le sacaste eso también -dijo resignadamente Emerson.

- Sí. La cuestión es, ¿por qué alguien llegaría hasta esos extremos tan elaborados para matar a otra persona?

- Un nuevo culto asesino -exclamé-. Como el culto de Kali en India. Puede que estemos ante el resurgimiento del culto fanático al dios cocodrilo, Sobek…

- Haz el favor de controlar tu imaginación, Peabody -gruñó Emerson-. Las mandíbulas metálicas de algún artefacto tal como… eh… alguna máquina u otra cosa podrían causar heridas similares. Si el tipo estaba borracho y se tambaleó y cayó en algo como…

- ¿De cabeza? -pregunté, creo que con un sarcasmo disculpable-. Y el operador de la máquina, sin advertir un par de piernas que sobresalían, ¿la puso en marcha?

El bueno de David se puso todavía más pálido.

Como la hipótesis era evidentemente absurda, Emerson no trató de defenderla.

- Una cuestión más importante sería: ¿quién era ese hombre?

- La cara resultaba irreconocible -dijo Ramsés-. Sin embargo, a Alí Yussuf le faltaban las dos primeras articulaciones del tercer dedo de su mano izquierda. Las extremidades habían sido roídas por pequeños depredadores, pero sólo faltaban los extremos de los dedos de las manos y los pies, y ese dedo en particular…

- Creo que me tomaré otro whisky con soda, Emerson -dije.

A primera vista, las noticias eran condenadamente descorazonadoras. Uno no puede interrogar a un hombre muerto. Mirándolo por otro lado (y siempre estoy a favor de mirarlo todo por el lado bueno) el asesinato de Yussuf Mahmud confirmaba nuestra teoría de que otro grupo de canallas estaba involucrado, canallas más interesantes que un vendedor de antigüedades de segunda categoría. Emerson podía (y lo hacía) burlarse de mis teorías sobre antiguos cultos resucitados, pero yo estaba convencida de que la muerte de Yussuf Mahmud tenía el sello de los asesinatos, e incluso ejecuciones rituales. Por alguna razón, había traicionado a los otros, y había pagado un precio horrible. Pero, ¿de qué modo les había traicionado?

La respuesta era evidente. El intento desesperado de Mahmud por recuperar el papiro (porque sólo un hombre desesperado se atrevería a irrumpir en la casa del Padre de las maldiciones) era su última esperanza de salvarse de la venganza. Yo no dudaba de que los Seguidores de Sobek (como les llamaba) empleaban valiosas antigüedades, como el papiro, a modo de señuelo para atraer a posibles víctimas hacia sus manos asesinas. Yussuf Mahmud no sólo dejó que sus víctimas y el valioso objeto se le escaparan, sino que había cometido el error de elegir para el sacrificio, no a turistas ingenuos, sino a los miembros de una familia famosa a lo largo y ancho de Egipto por sus éxitos en la persecución de malhechores.

Yussuf Mahmud no podía haber sabido quién era Alí *el Rata,* pues de lo contrario no se habría aproximado a él. Sin embargo, indudablemente ahora alguien lo sabía. Llegué a la conclusión de que los chicos debían de haberse traicionado a sí mismos de alguna manera durante la pelea y la posterior huida. A Yussuf Mahmud le habían dado una última oportunidad de compensar su error fatal:

había fallado, y había pagado el precio. Mi teoría era la única solución posible, pero Emerson la despreció con un enfático «¡Tonterías, Peabody!» y no me dejó ni siquiera finalizar mi explicación.

Por supuesto, yo sabía por qué. Aunque no lo admitiera, Emerson seguía obsesionado todavía con Sethos. Semejante cosa era una auténtica ridiculez. Sethos nunca se involucraría en algo tan desagradable como un culto asesino.

Ramsés y Nefret habían intercambiado sus habitaciones, y yo sabía que mi hijo estaba amargamente desilusionado porque no se había producido ninguna otra intrusión. Yo estaba también desilusionada, aunque no esperaba que la secta arriesgara a otro hombre. Nuestros interrogatorios a los comerciantes de antigüedades y a los hombres de Gurneh fueron improductivos, aunque llevaron tiempo. Nadie había visto a Yussuf Mahmud; nadie admitía ser un miembro de una secta de asesinos… aunque, a decir verdad, no esperaba que nadie lo hiciera.

La semana entre Navidad y Fin de Año transcurrió repleta de actividades sociales; recibimos una serie de invitaciones por parte de lo que Emerson denominaba «el club de cenas de *dahabiyyas»,* expresión bastante inexacta, puesto que la mayoría de las personas interesadas residían en hoteles, particularmente el nuevo y elegante Winter Palace. En términos sociales constituían, un grupo deslumbrante, algunos incluso con título nobiliario, y todos muy ricos. En términos intelectuales eran mortalmente aburridos, y yo no ponía objeciones a la insistencia de Emerson de que rechazáramos la mayoría de las invitaciones. Sin embargo, le persuadí para que nos comportáramos civilizadamente con los amigos arqueólogos y los viejos conocidos.

Entre estos últimos tenía que incluir al señor Davis, quien había llegado a Luxor a bordo de su *dahabiyya.* Emerson podría despreciar al hombre, y de hecho lo hacía, pero Davis se había convertido en una figura prominente en los círculos arqueológicos, y siempre se había mostrado muy cortés conmigo. Su prima, la señora Andrews, que siempre viajaba con él, era una persona muy amable. (No repetiré las groseras especulaciones de Emerson acerca de la relación entre ella y el señor Davis.)

En realidad, no recibimos una invitación del señor Davis. Él y la

señora Andrews (su prima, como yo le insistía a Emerson), se hallaban entre los miembros más entusiastas del club de cenas, y se codeaban no sólo con los arqueólogos más reputados, sino con cualquier otro turista que tuviera la más mínima pretensión de *status* social o distinción. Aparentemente, nosotros no estábamos en ninguna de las dos categorías. Ese hecho no me molestaba; muy al contrario, casi me tranquilizaba, pues nunca se podía contar con que Emerson se comportara adecuadamente cuando estaba en compañía del señor Davis. Sin embargo, era inevitable que nos encontráramos, y cuando recibí una invitación para un acontecimiento particularmente elegante en el hotel Winter Palace, cuyo anfitrión era el mismo director del establecimiento, en consideración a la presencia de varios miembros de la nobleza británica, no presioné a Emerson para que nos acompañara. Yo sabía que Davis estaría allí, porque le volvía loco la aristocracia.

Para mi sorpresa y enfado, Emerson accedió a venir. No sólo eso, sino que se puso él mismo su traje de etiqueta sin discutir, y sin muchos gruñidos. Debo decir que me asaltaron ominosos presentimientos.

Cualquier persona que fuera alguien en Luxor estaba invitada a aquella cena. Llegamos tarde, y aunque la sala estaba llena de gente, todas las miradas se volvieron hacia nosotros cuando entramos. Emerson estaba magnífico, por supuesto. Tampoco me puedo quejar de la apariencia de los chicos.

Yo había hecho lo imposible por quitar todos los pelos de gato de la falda de Nefret, que, por suerte, no se distinguían mucho entre la gasa de color marfil con rayas de satén. El tono pálido del vestido resaltaba el color dorado de su piel, un poco oscuro, en mi opinión. En el intervalo transcurrido entre la salida de la casa y la llegada al hotel debía haber hecho algo con su escote, pues parecía bastante más pronunciado de lo que yo recordaba. Por lo menos, los guantes hasta los codos ocultaban la costra del antebrazo, tan impropia de una dama.

Emerson fue directo como una bala hacia el señor Davis. Era un hombre pequeño con un gran bigote, que pensaba que era alto. (Ésta era otra de las razones por las que él y Emerson no se llevaban bien; es difícil que cualquiera piense que es alto cuando Emerson se pone a su lado.) Me las arreglé para llevármelo antes de que

pudiera decir algo más que «Mmmm, así que ha vuelto usted, ¿no?».

El resto del grupo de Davis estaba con él: la señora Andrews, resplandeciente en satenes negros con adornos de azabache; varias jovencitas a quienes nos presentaron como sus nietas; y una pareja americana apellidada Smith, que se alojaban con los Weigall. El señor Smith era un pintor que había pasado varias temporadas en Egipto, y había realizado trabajos para Davis y otros arqueólogos… un hombre enérgico y jovial que pasaba de los cuarenta.

Tan pronto como atravesamos el recibidor todos los hombres jóvenes (y no tan jóvenes) de la sala convergieron en Nefret, dejando a un buen número de damas tristes y abandonadas. Vi a mi pupila entrar en la sala de baile acompañada por el caballero cuya invitación había aceptado, y me volví hacia Emerson. Sin embargo, él se había alejado.

- ¿Quiere bailar, Madre? -preguntó Ramsés.

- Mmmm -dije yo.

- Trataré de no pisarle los pies.

Supuse que estaba haciendo uno de sus peculiares chistes. La verdad me obliga a admitir que es mejor bailarín que su padre. Nadie baila el vals de forma tan magnífica como Emerson; el único problema es que insiste en bailar vals sin importarle el tipo de música que suene.

Di mi mano a Ramsés, y mientras me guiaba respetuosamente por la pista, le expliqué:

- Mi momentánea vacilación no se debía a que temiera tus pisotones, hijo, sino a mi preocupación por tu padre. Alguien debería estar con él. Va a empezar a discutir con alguien, lo presiento.

- Hemos decidido vigilarlo por turnos -replicó Ramsés-. A David le toca el primer baile.

Eché un rápido vistazo a toda la sala y vi a Emerson cerca de la mesa del buffet, hablando con el señor Naville. David estaba cerca de ellos. Estaba muy guapo con su traje de etiqueta, pero también parecía un poco inquieto.

- Querido hijo, posiblemente David no podrá parar a tu padre una vez que empiece a vociferar -dije-. Será mejor que vaya y…

- Ahora me toca a mí -la música se detuvo, y Ramsés me ofreció su brazo para sacarme de la pista. Estaba presumiendo de nuevo, y

me pregunté a cuál de las jóvenes presentes estaba tratando de impresionar con sus finos modales.

Antes de que llegáramos a las sillas alineadas contra la pared fuimos interceptados.

- ¿Puedo solicitarle el honor del próximo baile, señora Emerson? -me pidió Sir Edward Washington con una elegante reverencia. No le había visto desde el día de Navidad, pero sospeché que Nefret sí lo había hecho. Dimos una vuelta a la pista en silencio. Luego continuó-: Supongo, señora Emerson, que sus habilidades detectivescas están ocupadas trabajando en su último misterio.

- ¿En qué misterio está pensando, Sir Edward? -contraataqué.

- ¿Hay más de uno? Me refería al cuerpo mutilado que extrajeron recientemente del Nilo. El culpable no ha podido ser un cocodrilo.

- No -admití.

- Me han informado que permitió a la señorita Forth examinar los restos.

- Dios mío, ¡qué cotillas son en esta ciudad! Yo no permito o dejo de permitir a la señorita Forth que haga una serie de cosas, Sir Edward. Las hace, en cualquier caso.

- Una jovencita muy resuelta -murmuró Sir Edward. Sus ojos se dirigieron hacia Nefret, que estaba hablando con el señor Davis. Parecía que los dos se estaban divirtiendo enormemente, y me pareció que su escote se había bajado un poco más-. Pero, ¿qué hay del asesinato, señora Emerson? -continuó Sir Edward-. Seguro que tendrá usted ya alguna teoría.

- Siempre tengo una teoría -repliqué-. Pero no se la contaré, Sir Edward, pues sólo serviría para que se riera de mí. Emerson ya me ha informado de que es una tontería.

- Nunca me reiría de usted, señora Emerson. Por favor…

- Bien…

Naturalmente omití cualquier referencia a los aspectos del caso que nos concernían personalmente a nosotros.

- Lo que ese desdichado estaba haciendo en Luxor nunca lo sabremos -concluí.

- ¿No era de por aquí, pues?

Maldita sea, pensé. El desliz había sido tan leve que sólo una persona muy astuta lo habría captado, y se me había olvidado que

Sir Edward es una persona muy astuta. Afortunadamente la música se detuvo, y busqué una excusa para finalizar la conversación.

- No sé cómo he llegado a esa conclusión -repliqué evasivamente-. Sin duda malinterpreté algún cotilleo. Si me perdona, Sir Edward, tengo que ir a buscar a Emerson antes de que él…

- Otra cosa más, señora Emerson, si me lo permite. -No me quedó más remedio que detenerme ya que él había tomado mi brazo con mano firme y me escoltaba hacia una de las sillas-. Una vez más estoy buscando empleo -prosiguió, y su sonrisa social se ensanchó al advertir mi sorpresa-. No porque lo necesite, ya que gracias a esa pequeña herencia que mencioné soy por fin independiente, sino porque quiero tener algo en qué ocuparme. Mi temperamento no es de los que se solazan con el ocio, y siempre he sido un entusiasta de la arqueología. Tal vez su marido necesite un fotógrafo, o cualquier otro tipo de ayudante.

Yo no me tragaba aquel cuento. ¡Sir Edward estaba a punto de hacer una de sus jugadas! Pero no pensaba ayudarle. Le expliqué, y era totalmente cierto, que en aquel momento teníamos todo el personal que necesitábamos.

- Sí, lo comprendo -enarcó las cejas y me dedicó una media sonrisa para subrayar que se hacía cargo de la situación-. Si el profesor cambiara de opinión, le ruego me lo haga saber.

Vi a Emerson hablando con una dama cuyo rostro no me era familiar. Su hermosa cabeza se inclinaba de forma atenta, y en sus bien dibujados labios se esbozaba una sonrisa. La dama estaba elegantemente vestida, y extravagantemente enjoyada: un aderezo de diamantes tan grande como mi mano coronaba los rizos de su pelo negro; tenía la forma de un ramo de rosas, con las flores y hojas engarzadas *en tremblant,* por lo que el mínimo movimiento de la cabeza hacía que las rosas se balancearan sobre los finos alambres. Las gemas ofrecían destellos de fuego diamantino cuando ella ladeaba la cabeza para mirar a Emerson.

- Ah -dijo Emerson a modo de saludo-, aquí está mi mujer. Peabody, permíteme que te presente a la señora Marija Stephenson. Estábamos hablando de gatos.

- Un tema fascinante -comenté, inclinándome educadamente ante la dama. Ella me devolvió el gesto con refinada cortesía. El

aderezo de diamantes lanzaba destellos irisados por encima de su cabeza. Un collar de diamantes y unas pulseras a juego brillaban de forma igualmente extravagante. Yo parpadeé.

- Sí, fascinante -dijo Emerson-. Ella tiene uno. Un gato. Se llama Astrolabe.

- Un nombre poco corriente.

- Su marido me ha contado que ustedes han puesto nombres egipcios a sus gatos -dijo la señora Stephenson. Tenía una voz agradable, estropeada tan sólo por un desafortunado acento americano.

Le dirigimos unas cuantas preguntas convencionales («¿Es ésta su primera visita a Egipto?», «¿Cuánto tiempo piensa quedarse?» «¿Le acompaña su marido?») que fueron contestadas de forma igualmente convencional («Sí. Estoy disfrutando enormemente»; «Dos semanas más en Luxor y luego de vuelta al Cairo»; «Desgraciadamente no pudo abandonar su trabajo»). Yo era consciente, durante este intercambio, de que los oscuros ojos de la dama examinaban al detalle mis simples adornos. Los amuletos de fayenza y piedra labrada no tenían nada que hacer al lado de aquella galaxia de diamantes.

Después de presentar a la señora Stephenson a algún invitado más, ya que no me educaron para dejar sola a una desconocida, me llevé por fin a Emerson.

- La verdad, Peabody, te has mostrado muy inquisitiva con esa dama-observó Emerson-. ¿Acaso has tenido alguna de tus famosas premoniciones? A mí me ha parecido muy agradable.

- Ya me he dado cuenta. No me has pedido que bailemos, Emerson, y están tocando un vals.

- Por supuesto, querida -me apretó con su fuerte brazo y me hizo girar por la pista.

Busqué a Nefret. Me gustó comprobar que los chicos la habían monopolizado bastante, solicitándole la mayoría de los bailes, e impidiendo que saliera furtivamente a los jardines sin carabina. Estaba bailando con Ramsés, quien demostraba más entusiasmo que el que había tenido conmigo. Su falda se balanceó cuando él le hizo dar un giro espectacular, y ella le sonrió. Emerson me miró con suspicacia.

- Estás especialmente taciturna esta noche, Peabody. ¿Ha sido

por los diamantes? Te vi cómo los mirabas fijamente. Puedes tener todos los que quieras, ya sabes. No pensé que te importaran esas cosas.

Su sensibilidad y aquella generosa oferta me hicieron sentirme avergonzada de mí misma.

- Oh, Emerson -murmuré-. Eres tan bueno conmigo.

- Bien, trato de serlo, maldita sea. Pero si no me dices lo que quieres, ¿cómo voy a adivinarlo?

- No quiero diamantes, querido. Tú me has dado todo lo que quiero y más.

- Ah -dijo Emerson-. Vámonos a casa, Peabody, para que te pueda dar…

- Eso sería muy agradable, Emerson.

Puede estar seguro, querido lector, que Emerson no consintió que olvidáramos nuestros objetivos profesionales. No me he detenido en el detalle de nuestras actividades porque no produjeron nada de interés. Mientras los demás trabajábamos duro en los remotos recodos del Valle, Ramsés y David lo hacían en el templo de Seti I copiando inscripciones.

El tiempo se había vuelto extraordinariamente cálido, lo que no disminuía el ritmo de nuestros trabajos. Bajo los abrasadores rayos del sol las desnudas paredes de roca del Valle absorbían el calor como una esponja se empapa de agua, comodidad ésta, debo añadir, que escasea bastante por estos pagos. Todos lo sentíamos, excepto Emerson, que parece insensible a las altas o bajas temperaturas.

% trataba de asignarle a Abdullah pequeñas tareas para que no se agotara, pero al final se acababa enterando de mis planes y se afanaba más que nunca, con su nariz aristocrática temblando de indignación. Por esa razón procuraba no perderle de vista, y por eso fui la primera en verle caer. Se sentó cuando corrí hacia él y trató de decirme que no pasaba nada, pero le faltaba el aire para respirar. Nefret llegó a su lado casi al mismo tiempo que yo. Del bolsillo de su camisa sacó un sobre y metió la mano en él.

- Manténgale la boca abierta -me ordenó en un tono que hubiera utilizado con un criado. Naturalmente obedecí al instante. Introdujo sus dedos, y luego los sacó; después sujetó con sus pequeñas manos morenas la barbuda mandíbula de Abdullah, y colocó su cara tan cerca de la de él que casi se tocaban con la nariz.

Abdullah miraba sus profundos ojos azules, como hipnotizado. Gradualmente su respiración se hizo más lenta y profunda; Nefret se relajó un tanto y se sentó sobre sus talones. El anciano parpadeó y luego me miró perplejo. Le hice un gesto para que se tranquilizara.

- Está bien, Abdullah. Nefret, ve y dile al profesor que vamos a dejar de trabajar.

Así lo hizo, y tan pronto como el profesor supo lo que había pasado salió de la tumba y sermoneó a Abdullah, lo que hizo que éste se enfurruñara, y después envió a Selim a pedirle a Cyrus que nos prestara su carruaje, lo que provocó que el anciano empezara a blasfemar.

- Ya has terminado por hoy -dijo Emerson con la voz que ponía cuando no admitía discusión alguna-. Ve a casa y descansa, viejo canalla testarudo.

- ¿Por qué no? -protestó trágicamente Abdullah-. Soy viejo y no le sirvo a nadie. Es una forma triste de acabar, sentado al sol como un niño desdentado…

Le vimos alejarse lentamente del brazo de Daoud; durante todo el camino Abdullah no dejó de golpearle irritado.

- ¿Qué diablos voy a tener que hacer con él? -se preguntó Emerson-. Un día caerá fulminado y encima me echarán a mí la culpa.

- Quizás él lo prefiera así -dijo Nefret-. ¿No haría usted lo mismo en su lugar?

El gesto de preocupación de Emerson se suavizó un tanto.

- Eres muy sabia para ser tan joven, querida -le alabó, pasándole el brazo afectuosamente sobre los hombros?-. ¿Qué es lo que le has dado?

- Sabía que perdería o tiraría esas pastillas de nitroglicerina que le di hace tiempo, así que traje nuevas provisiones. Siempre las llevo conmigo.

Los chicos habían regresado ya a la casa cuando llegamos, y al decir Nefret que quería cabalgar a Gurneh y asegurarse de que Abdullah estaba bien, se fueron con ella.

*Del manuscrito H*

La casa, una de las más grandes de Gurneh, se hallaba hacia la mitad de la ladera de la colina, cerca de la tumba de Ramose. Abdullah la compartía con su sobrino Daoud y la mujer de éste,

Kadija, una mujer alta de pelo gris, con la piel muy oscura, y unos músculos casi tan impresionantes como los de Daoud. Nefret sostenía que era una conversadora muy divertida, con un delicioso sentido del humor; sin embargo, Ramsés tenía que conformarse con creer en su palabra, puesto que Kadija nunca se quitaba el velo en su presencia, y apenas le saludaba con un susurro.

Fingieron que se habían dejado caer por allí para hacerles una visita de cortesía, a la vez que ejercitaban los caballos. Kadija les sirvió tazas de oscuro té dulce, y luego se retiró a una esquina. Una vez que Nefret hubo observado a Abdullah durante un momento sin que lo pareciera, se unió a Kadija, y entablaron una conversación en susurros, sólo rota a intervalos por la musical risa de Nefret. Se despidieron sin que se hubiera mencionado el incómodo tema de la salud de Abdullah. Una vez fuera, David dijo ansiosamente:

- Parece que está mejor, pero seguramente tendrá más ataques de esos. ¿Qué ocurrirá si no estás allí con tu medicina?

- Le di algunos comprimidos a Kadija y le expliqué lo que tenía que hacer. Se asegurará de que él los tome.

- Es una mujer muy fuerte -dijo Ramsés-. Pero, ¿será capaz de hacerlo?

- Por supuesto. Es una mujer muy inteligente. Me contó la historia más divertida sobre… -Nefret rió-. Bien, quizás no sea muy adecuada para vuestros delicados oídos masculinos.

Era pronto todavía así que, por sugerencia de David, dieron una vuelta por el pueblo «para volver a visitar los paisajes de mi juventud», según dijo con una ironía muy poco usual en él. La casa en la que había pasado tantos años miserables como aprendiz de un falsificador de antigüedades era ahora propiedad del primo de Abd el Hamed, quien regentaba el mismo negocio. En teoría el taller producía copias que eran vendidas como tales, pero todo el mundo sabía que aquel negocio era sólo una tapadera para la fabricación de falsificaciones.

- No es tan bueno como mi antiguo y nada llorado maestro -dijo David-. He visto algunas de sus falsificaciones en las tiendas de antigüedades, y son tan penosas que sólo el turista más crédulo las compraría. Sin embargo, apuesto a que la mitad de los museos del mundo tienen reproducciones de Abd el Hamed.

- Parece como si lamentaras su muerte -exclamó Nefret-.

¡Después del modo en que te trató!

- Es una pena que el talento y el valor moral no vayan unidos -dijo David. Un escalofrío sacudió su elevada estatura, y se alejó violentamente de la casa-. Abd el Hamed era un cerdo sádico, pero también era un genio. Y fue a través de él como os conocí. Venga, vamos. Ya he tenido bastante ración de nostalgia.

Habían dejado los caballos al pie de la cuesta. Cuando iban descendiendo por el camino en fila india, Ramsés se quedó algo rezagado. Los rayos del sol poniente hacían cosas extraordinarias con el pelo de Nefret.

Algo cayó en el camino delante de él, con un suave «plop»; sobresaltado, dio un salto hacia atrás, para relajarse casi inmediatamente cuando vio que sólo se trataba de una flor, un capullo de hibisco con pétalos de terciopelo y de un brillante color rojo anaranjado. Oyó una leve risa y la puerta de una casa se abrió a su paso: vio a una mujer de pie contra el marco. La reconoció de inmediato por lo que era; su cara estaba descubierta, y sólo llevaba un chaleco y un par de pantalones traslúcidos, ropas que sólo se vestían en la intimidad del harén, pues ninguna mujer respetable habría aparecido en público sin una túnica que la cubriera.

Sobre una oreja se había prendido un capullo idéntico al que había arrojado al camino; el vivido color hacía resaltar su pelo oscuro. Era difícil adivinar su edad. Tenía el cuerpo de una mujer joven, pero había hilos de plata en su pelo, y se percibía una cierta tirantez alrededor de sus gruesos labios.

Ramsés se detuvo y cogió la flor. Parecería grosero no hacerlo, aunque sospechaba que el gesto podría tener otro significado.

- Gracias, *Sitt.* Espero que esté bien.

- Un ofrecimiento -dijo ella en voz baja e íntima-. ¿No ofrecían los antiguos flores al rey?

- ¡Ay, *Sitt!,* yo no soy un rey.

- Pero tiene nombre de rey. No es para que lo use una humilde servidora como yo; ¿puedo llamarle «mi señor»?

Sus ojos no eran marrones ni negros, sino de un tono poco habitual entre el verde y el avellana. Se los había sombreado con malaquita en polvo.

Ramsés estaba disfrutando bastante de la broma, por lo menos aquélla era una proposición diferente, pero Nefret y David se

habían parado a esperarle, y estaba absolutamente seguro de que la joven no esperaría mucho más. Saludó a la mujer e hizo amago de reemprender el camino.

- Se parece mucho a su padre.

Lo dijo en inglés. Eso, y lo asombroso de aquella afirmación, despertaron su curiosidad.

- No mucha gente piensa lo mismo -dijo.

La mujer frotó una cerilla contra el marco de la puerta, y encendió un cigarrillo que había extraído de algún lugar de entre los pliegues de sus voluminosos pantalones. Lenta y deliberadamente, le miró desde la cara a los pies y luego directamente a los ojos.

- Su cuerpo no es tan robusto como el suyo, pero es fuerte y alto, y se mueve del mismo modo, como una pantera. Sus ojos y piel son más oscuros; en eso podría ser casi uno de los nuestros, ¡joven señor! Pero la forma de su cara, y su boca…

Ramsés sintió que se ruborizaba, algo que no le había ocurrido desde hacía muchos años. Pero ninguna mujer le había hablado de ese modo, ni tampoco le había examinado como un comprador examinaría a un caballo. O como algunos hombres contemplaban a sus mujeres.

Le estaba coqueteando, como habría dicho su madre. La pura diversión dio paso al aturdimiento, y Ramsés cortó las alabanzas a sus encantos con un cumplido sobre su inglés. A decir verdad, la mujer empleaba un vocabulario realmente extenso.

- Es la nueva vía para las mujeres -fue su respuesta-. Vamos a la escuela como niñas obedientes, así que algún día dejaremos de ser niñas para convertirnos en las dirigentes de los hombres. ¿No ha oído hablar de ello, joven señor? Su señora madre lo sabe. Pregúntele a ella si las mujeres pueden ser tan peligrosas como los hombres cuando…

- ¡Ramsés!

El joven dio un respingo. La voz de Nefret tenía un tono de desagrado que le recordaba al de su madre.

- Debo irme -dijo.

La mujer le sonrió sin despegar los labios. Aquel gesto le recordó a una de las estatuas del museo, el busto de piedra caliza pintada llamado «la Reina Blanca». Sin embargo, la piel de aquella mujer no

era de pálido alabastro, sino de un suave marrón oscuro, lustrosa como el satén.

- ¿Obedece siempre cuando le mandan algo? Se parece a su padre más de lo que pensé. Mi nombre es Layla, joven señor. Estaré aquí, esperando, por si desea volver.

Cuando se reunió con los otros se dio cuenta de que todavía tenía la flor. Ofrecérsela a Nefret no hubiera sido demasiado inteligente. No la tiró hasta que estuvieron fuera del alcance de la vista de la mujer.

Nefret esperó hasta que llegaron al pie de la colina. Le permitió que le ayudara a subir a la silla, y luego dijo fríamente:

- Espera un momento. Quédate quieto. Quiero mirarte.

- Nefret…

- Supongo que no lo haces deliberadamente. ¿O sí?

- ¿Hacer qué? -Ramsés sabía por qué ella se había montado antes de dirigirse a él; su pose y modales eran los de una dama de alta alcurnia dirigiéndose a un mozo, y tuvo que esforzarse por echar los hombros hacia atrás y mirarla fijamente a los ojos.

Nefret asintió con la cabeza.

- Sí. Es muy interesante. El profesor también lo tiene, aunque de manera diferente. David no, aunque tú y él os parecéis lo suficiente como para ser hermanos.

- ¿Eso es un insulto o un cumplido, Nefret? -preguntó David suavemente, ya en la silla.

- No estoy segura. -Se volvió hacia Ramsés, quien se había aprovechado de su distracción momentánea para montar a Risha. Sin embargo, él sabía que ella no iba a dejarle escapar tan fácilmente-. ¿Quién es ella?

- Dijo que se llamaba Layla. Es todo lo que sé.

- ¡Layla! -exclamó David-. Su cara me resultaba familiar. No la había visto desde hacía cinco años o más.

- ¿La conoces, David? -preguntó Nefret con sorpresa.

- No… no, no exactamente. No de ese modo.

- No, claro -reconoció Nefret-, no creo que te lo hubieras podido permitir…

David se echó a reír.

- Realmente, Nefret, no deberías decir esas cosas.

- Sin embargo es verdad, ¿no?

- Oh, totalmente. -Habían dejado el pueblo atrás, y cabalgaban uno junto a otro, a trote lento. David prosiguió-: ¿No la recordáis? Era la tercera mujer de Abd el Hamed, mi antiguo empresario. La suya fue una carrera bastante extraordinaria. Dicen que comenzó en la Casa de las Palomas de Luxor…

- ¿La casa de qué? -preguntó Nefret.

- Uno debe suponer que ese nombre es un eufemismo o una ironía -murmuró Ramsés-. No sabría decir cuál de las dos cosas. ¿Os importaría dejar el tema? Seguramente madre no aprobaría que habláramos de esto.

- Sigue -dijo Nefret inflexible.

- Sólo repito lo que escuché cuando vivía en Gurneh -insistió David-. El lugar es el mejor… sitio de Luxor, lo que no es decir mucho. Las chicas están razonablemente bien pagadas, y algunas de ellas se casan después de que… después de cierto tiempo. Layla fue una de ésas. Con su ayuda, su marido comenzó a comerciar con antigüedades y bienes robados, y adquirió una pequeña fortuna. Luego murió, de repente, según dicen, lo que convirtió a Layla en una viuda rica. Después ella se casó con ese viejo cerdo de Abd el Hamed, nunca comprendí por qué, aunque siempre se negó a vivir en su casa, y puede que por eso no llegarais a conocerla.

- Conoce a Padre -dijo pensativamente Ramsés-. Comentó el parecido entre nosotros.

Nefret le dirigió una enigmática mirada, pero antes de que pudiera hacer algún comentario, David dijo con una voz extraña:

- Todo el mundo en Egipto conoce al Padre de las maldiciones, Ramsés. Él nunca habría tenido nada que ver con una… con una mujer como ésa.

- No -dijo Nefret-. Ningún hombre decente lo haría. -Se dio cuenta de que intercambiaban miradas cómplices, porque prosiguió con una voz cargada de indignación-: Oh, sí. Sé que algunos «caballeros» que parecen respetables van con prostitutas. ¡Al menos se llaman «caballeros» a sí mismos! Sus leyes *de caballeros* prohíben a las mujeres que se ganen el pan decentemente con una profesión respetable, y cuando las pobres criaturas se ven forzadas a llevar una vida de enfermedades, pobreza y degradación, los muy hipócritas las visitan, ¡y luego castigan a las mujeres por inmorales!

Se le llenaron los ojos de lágrimas; David alargó la mano y le dio

una palmadita:

- Lo sé, Nefret. Lo siento. No llores.

- No puedes reformar el mundo de la noche a la mañana, Nefret. No te rompas el corazón con cosas que no puedes evitar. -Ramsés sabía que su voz sonaba dura y despreocupada, pero le atormentaba verla llorar cuando no podía confortarla como hubiera querido. Si se hubiera atrevido a abrazarla, se habría descubierto a sí mismo.

De cualquier modo, pensó, levantar a una chica de la silla y tirar de ella hubiera resultado probablemente más doloroso que romántico.

Nefret enjugó sus ojos con el dorso de la mano y le dirigió una sonrisa llorosa pero desafiante.

- Puedo evitarlas. Y lo haré algún día, espera y verás.

Al contemplar su barbilla erguida y su boca firmemente apretada, Ramsés comprendió lo que quería decir su madre cuando hablaba de presagios y premoniciones. Aunque simpatizaba completamente con los sentimientos de Nefret, ella tenía la peligrosa costumbre de meterse donde los ángeles no pondrían un pie, y aquella causa en particular podría acarrearle serios problemas. De algún modo, sólo Dios sabía cuál, era su obligación mantenerla alejada de la Casa de las Palomas y de Layla. Dos de los maridos de Layla habían muerto de forma repentina y violenta. Si había en el mundo alguna mujer que no necesitara ayuda y simpatía, Layla era una de ellas.

Estábamos cenando con Cyrus y Katherine una noche de esa misma semana cuando una observación casual de esta última me recordó una promesa que no había cumplido. Katherine había preguntado cuándo esperábamos a los Emerson y a Lía, y Cyrus se había ofrecido a alojarlos en el Castillo; era una persona sociable al que le gustaba la compañía, pero aunque su residencia era mucho más cómoda y elegante que nuestra humilde morada, decliné la invitación con las adecuadas expresiones de agradecimiento.

- Llegarán a Alejandría el lunes próximo, pero no sé cuánto tiempo van a permanecer en El Cairo antes de venir.

- No mucho, espero -dijo Katherine-. Estarán ansiosos de estar con vosotros. Esperamos verles mucho. Creo que mencionaste que la pequeña señorita Emerson está decidida a ir a la universidad el próximo otoño. Si ella quiere seguir repasando este invierno,

recuerda que soy una antigua institutriz y profesora.

- Qué gracioso -exclamé-. Eso me recuerda… ¡Fátima! Prometimos que buscaríamos una profesora para ella. Es tan tímida que no se atrevería a volverlo a pedir.

- Ella tiene más carácter del que supone, tía Amelia -replicó Nefret-. Ya ha hecho sus propios arreglos. Parece que hay una dama en Luxor que imparte clases privadas.

Por supuesto, Katherine no comprendió la alusión a Fátima, y pidió que se lo explicáramos. Respondió con el simpático entusiasmo que yo esperaba de ella.

- ¡Pensar que esa humilde mujer abriga tales aspiraciones! Me hace sentirme profundamente avergonzada de mí misma. Debería haber impartido esas clases yo misma.

- ¿Por qué no fundar una escuela? -sugirió Cyrus-. Busca un edificio adecuado y contrata a profesores.

- ¿De verdad? -Su cara se iluminó. Katherine me ha recordado siempre a una gatita atigrada, con su pelo a rayas grises, sus mejillas redondeadas y sus ojos verdes. No se podría decir que era hermosa, pero cuando miraba a su marido del modo en que lo hacía en aquel momento, me pareció bastante guapa, y por supuesto también se lo debía parecer a él-. ¿De verdad, Cyrus? Además de leer y escribir podríamos enseñar a las niñas a llevar la casa y cuidar a los niños, formar a las que muestren habilidades en áreas particulares tales como escribir a máquina, y…

- ¡Y dotarlas a todas de becas! -Cyrus se echó a reír a carcajadas-. Querida, puedes fundar una docena de escuelas, si eso te hace feliz.

Después de la cena nos retiramos al salón, donde nos recibió afectuosamente la gata de los Vandergelt, Sekhmet. Originalmente nos perteneció; la habíamos traído a Egipto con la esperanza de que compensara a Ramsés por la pérdida de su compañera de tantos años, la gata Bastet. Él no le había tenido nunca simpatía a Sekhmet, a quien llamaba despectivamente «la babosa peluda». Es verdad que Sekhmet era tan necia e indiscriminadamente afectuosa que no le importaba el regazo de quién ocupaba, pero esta característica le había hecho ganarse el afecto de Cyrus. Ahora vivía como una princesa en el Castillo, alimentada a base de nata y pescado fileteado por el mayordomo cuando los Vandergelt estaban

en América; nunca abandonaba los límites de la propiedad, puesto que Cyrus no le permitía que se mezclara con gatos comunes.

Se instaló en la rodilla de David, ronroneando histéricamente, y Nefret se dirigió al pianoforte. Cyrus me llevó aparte.

- Gracias, Amelia, querida -dijo cálidamente-. Le has proporcionado a Katherine un nuevo interés. Estaba un poco abatida antes de que llegarais; echa de menos a los niños, sabes.

- Y me parece que tú también.

Los hijos que había tenido Katherine en su primer y desgraciado matrimonio estaban en el colegio, en Inglaterra. Yo no les conocía, ya que pasaban sus vacaciones en América con su madre y su padrastro; Cyrus, que siempre quería haber tenido familia propia, les había aceptado con su corazón generoso. Me miró con melancolía.

- Sí, querida, yo también. Me gustaría que convencieras a Katherine de que les dejara venir con nosotros la próxima temporada. Le he dicho que puede contratar a tutores, profesores, lo que ella quiera.

- Hablaré con ella, Cyrus. Me parece una idea excelente. No hay clima más sano que el de Luxor en invierno, y la experiencia les resultará extremadamente educativa.

Tomó mi mano y la apretó con calidez.

- Eres la mejor amiga del mundo, Amelia. No podríamos estar sin ti. Tendrás… tendrás cuidado, ¿verdad?

- Siempre lo hago -dije riendo-. Y mi querido Emerson también. ¿Por qué me dices eso, Cyrus?

- Bien. He supuesto que estás detrás de algo, como siempre. Cuanto más tranquilas parecen las cosas, más probable me parece que estallen. No rechazarás la posibilidad de ayudarte, ¿verdad?

- Querido Cyrus, eres el mejor de los amigos. Sin embargo, por el momento no estoy detrás de nada. Sólo deseo…

Pero en aquel momento Emerson me llamó, en apariencia para pedirnos que nos uniéramos al canto. Mi marido ya había superado en buena medida sus celos de Cyrus, pero no le gustaba que otros hombres sostuvieran mi mano durante tanto tiempo, o tan tiernamente.

Me gusta muchísimo la música, aunque en aquella ocasión era más bien la agradable compañía que la calidad de la interpretación

lo que hacía que nuestro pequeño concierto improvisado fuera tan divertido. Emerson no es capaz de entonar, pero canta muy alto y con gran sentimiento; su interpretación de *El último acorde* era una de las mejores. (Buena parte de la melodía tiene la misma nota, lo que ayudaba bastante.) Tocamos varios de los alegres coros de Gilbert y Sullivan, y Nefret acosó a Ramsés para que la acompañara en una canción de la nueva opereta de Víctor Herbert. Cyrus siempre traía con él la última música de América, y ninguno de nosotros había escuchado aquella composición.

- Es un dueto -puntualizó Nefret-. No puedo cantar dos partes a la vez, y tú eres el único que puede leer música con facilidad.

Ramsés había estado leyendo la canción por encima del hombro de Nefret.

- La letra es todavía más banal y sentimental que de costumbre -gruñó-. No podré mantener la cara seria.

- ¿Qué pasa con los cabellos rubios y los ojos azules? -rió Nefret-. Debe ser que es difícil encontrar palabras que rimen con «marrón». Tú entras con el coro: «No es que seas rubia, querida…».

Debo confesar que tocaban bien juntos, a pesar de que Ramsés no se pudo resistir a la tentación de forzar un trémulo *falsetto* en la última nota alta.

Una vez finalizado el concierto improvisado, con la interpretación de Cyrus de su favorita *Kathleen Mavourneen,* durante la que no dejó de lanzar miradas de cordero a su mujer, como lo expresaba Ramsés de modo más bien poco elegante, salimos al patio a esperar al carruaje. La noche era fría y hermosa, y las estrellas brillaban como los diamantes de la señora Stephenson. Katherine, arrebatada con su nuevo plan, sugirió que fuéramos a Luxor a la mañana siguiente para visitar a la profesora de Fátima.

- Imposible -dijo Emerson.

- ¿Por qué? -pregunté-. Podrás prescindir de mí durante algunas horas. Esa horrible Cincuenta y tres…

- No vamos a trabajar en la Cincuenta y tres. Tengo una pequeña sorpresa para ti, Peabody. ¡Buenas noticias! ¡Mañana empezamos en la tumba Cinco!

- Qué emocionante -dije con voz hueca. No podía haber nada interesante en aquella tumba llena de cascotes, y el trabajo que nos esperaba sería monstruoso.

- ¿Cómo lo lograste? -preguntó Cyrus algo envidioso. Echaba de menos el Valle donde había excavado tantos años sin mucho éxito, aunque pasándoselo en grande.

- Tacto -respondió mi marido con suficiencia-. Simplemente le hice ver a Weigall que nadie más se interesaría por el maldito lugar, especialmente Davis, que es un ignorante egoísta…

- ¡No dijiste eso! -exclamé, y un murmullo de risas recorrió el grupo.

- ¿Qué importa lo que dijera? Weigall ha aceptado, y él es el responsable.

- Ha sido muy amable por su parte pasar por alto que le tiraras al suelo el otro día.

- Lo hice por su propio bien -dijo Emerson hipócritamente-. Eso no importa. Vamos a necesitar más hombres de los que hemos utilizado con las tumbas menores. Necesitaré también a Nefret y a David, porque tengo la intención de tomar cantidad de fotografías.

Emerson nos mandó a todos a la cama en cuanto llegamos a casa, porque pretendía empezar temprano a la mañana siguiente. Una vez que cepillé y trencé mi pelo, y me puse el camisón, salí de la habitación, dejándole inclinado sobre sus notas.

Nefret respondió de inmediato a mi suave llamada a su puerta. Estaba sola, exceptuando el gato, que ocupaba el centro mismo de su cama.

- ¿Pasa algo, tía Amelia? -preguntó.

- Nada. Sólo tengo una pequeña curiosidad. ¿Fuiste tú la que convenciste al señor Weigall de que accediera a la solicitud de Emerson? Espero, querida, que no recurrieras a métodos, digamos, equívocos. El señor Weigall es un hombre casado, y…

- Y muy fiel a su Hortensia -dijo Nefret, tratando de no sonreír-. Nunca flirteo con hombres casados, tía Amelia. Me sorprende que haya llegado usted a pensar tal cosa.

- Ah -exclamé-. El señor Davis no es un hombre casado, ¿verdad? Y el señor Weigall hace todo lo que le dice el señor Davis. Me di cuenta la otra noche…

Nefret estalló en risas.

- También Ramsés. Me acusó de flirtear con el señor Davis. Es bastante inofensivo, tía Amelia, pero como muchos otros hombres mayores es particularmente susceptible a los halagos y los

cumplidos. Lo hice por el profesor.

- Mmmm. ¿Tienes alguna idea de por qué está tan empeñado en trabajar en esa parte del Valle?

- Se me ocurrió una idea. Me extraña que no se le haya ocurrido también a usted.

- Sí - suspiré-. Debemos confiar en que el señor Ayrton no se tropiece con ninguna tumba interesante esta temporada.

Remito al lector a mi plano del Valle, y le invito a que compruebe la cercanía entre las áreas de la tumba Cinco, y donde el señor Ayrton estaba trabajando. Si existieran tumbas desconocidas en el Valle de los Reyes, esas zonas serían precisamente donde uno podría esperar encontrarlas. Y si Ned descubriera dicha tumba, Emerson estaría allí, observando cada movimiento que él realizara, y criticando todo lo que hiciera.

Yo me esperaba problemas y (por supuesto) estaba en lo cierto. Pero ni siquiera yo podría haber anticipado la magnitud del desastre que realmente se produjo.

# Libro segundo.

# Las puertas del inframundo

*Oh, grandes simios que os sentáis ante las puertas del cielo,*
*apartad al diablo de mí, eliminad mis pecados, guardadme,*
*para que pueda pasar entre los Pilones del Oeste.*

# Capítulo 7

Los accesos al Valle habían cambiado mucho desde nuestros primeros años en Egipto. Una carretera pedregosa pero útil conducía a las impresionantes montañas, y ahora una barrera de madera impedía el paso a aquellos que no tuvieran las entradas pertinentes. Nuestros caballos se encontraban entre los primeros ocupantes del parque de los burros, puesto que el sol todavía no se había elevado por encima de las colinas orientales cuando nuestra caravana dejó la casa. Habíamos tomado la ruta más larga pero menos ardua, en vez del camino que se elevaba sobre la colina desde Deir el Bahri, porque la tumba Cinco se hallaba cerca de la entrada, justo al otro lado de la barrera.

Ramsés y David no estaban con nosotros. Había oído, casi por accidente, parte de una conversación entre ellos esa mañana. Estaban en la habitación de Ramsés; la puerta estaba ligeramente entornada y hablaban en un tono elevado, por lo que la indiscreta escucha fue inevitable. Las primeras palabras que oí eran de David:

- Voy contigo.

- No puedes. Padre ha pedido, o, mejor dicho, exigido tu ayuda hoy.

- Cambiará de opinión si se lo pedimos. Le prometiste que no…

Ramsés le cortó.

- No seas gallina clueca. ¿No crees que puedo cuidar de mí mismo?

Yo nunca le había oído hablarle tan bruscamente a David, o tan enfadado. Mi intervención, evidentemente, estaba justificada, así que llamé suavemente a la puerta antes de empujarla para que se

abriera.

Estaban los dos de pie, el uno frente al otro, con una actitud que podría describirse como potencialmente combativa. David tenía los puños apretados, y Ramsés, aunque inmóvil mantenía una tensión en los hombros que no me gustó.

- Venga, chicos, ¿qué os pasa? -pregunté-. ¿Os estáis peleando?

Ramsés se volvió y alargó la mano hacia su mochila.

- Buenos días, madre. Una ligera diferencia de opiniones, eso es todo. La veré esta tarde.

Salió rápidamente de la habitación antes de que pudiera hacerle más preguntas, así que me volví hacia David, quien no era tan hábil o tan grosero como mi hijo. Cuando volví a preguntarle, pues me sentía obligada a hacerlo, insistió en que él y Ramsés no se habían estado peleando, y que nada de lo que había pasado era motivo de preocupación para él.

Exceptuando el incorregible hábito de Ramsés de meterse en problemas, pensé. Un grito estentóreo de Emerson nos recordó nuestras obligaciones, por lo que permití a David que saliera. Le seguí a la sala de estar, a tiempo para escuchar otra violenta discusión, esta vez entre Ramsés y Nefret, y debo admitir que era ella la que gritaba. Se calló cuando entré, así que, exasperada, les dije:

- ¿Qué os pasa a los tres? Debe ser Ramsés el responsable de toda esta discusión, ya que…

- No estábamos discutiendo, tía Amelia -Nefret tenía las mejillas arreboladas-. Le estaba recordando a Ramsés cierta promesa que me hizo.

Ramsés asintió con la cabeza. Tenía lo que Nefret llamaba una cara pétrea de faraón, aunque sus altos pómulos estaban un poco más oscuros de lo habitual, de pura rabia, supuse.

- Si vas a venir conmigo, David, vámonos.

Salió a grandes zancadas sin esperar una respuesta. David y Nefret intercambiaron una de esas miradas significativas, y David se apresuró a seguirle. Pensé que incluso los mejores amigos tienen pequeñas diferencias de opinión de vez en cuando, y que yo iba a tener bastantes motivos de preocupación intentando impedir que Emerson agobiara al pobre Ned Ayrton, ya que estaba segura de que eso era lo que trataba de hacer.

El joven llegó con su equipo poco después de nosotros. Tenía que pasar a nuestro lado, a fin de alcanzar el área donde había comenzado a trabajar el día anterior, en la cara oriental del risco que se elevaba a lo largo del camino de los turistas. Como esperaba (y deseaba) Davis no estaba con él. Al americano no le interesaba la tediosa labor de limpieza; sólo se presentaba en la excavación cuando su «sumiso arqueólogo» le avisaba de que se había encontrado algo interesante.

Las inocentes facciones de Ned se iluminaron de sorpresa y placer cuando vio a Emerson, quien había estado tumbado esperándole.

- ¡Vaya, profesor… y también la señora Emerson! Buenos días, señora… Pensé que estaban ustedes trabajando en el otro extremo del Valle. Vienen a la tumba Cinco, ¿verdad?

- Como puede ver -empezó Emerson, apartándose del camino de un hombre que llevaba una cesta con trozos de roca-, Weigall me dio permiso amablemente para investigarla.

- No envidio su trabajo, señor. Ese terraplén se ha endurecido tanto como el cemento.

- Así estaba en la tumba de Siptah -dijo Emerson- que, por cierto, usted nunca terminó de limpiar. Dejó el trabajo a medio hacer. Bien, joven, déjeme decirle…

- ¡Emerson! -exclamé.

Ned se ruborizó penosamente, justo cuando Nefret regresaba de la cámara que había estado inspeccionando.

- No regañe al señor Ayrton, profesor, sabe perfectamente que la decisión no fue suya. ¿Qué tal está señor Ayrton? ¿Algún indicio de tumbas?

El joven le dirigió una mirada de agradecimiento.

- Todavía no, señorita Forth, pero sólo hemos estado en ello durante dos días. Hay bastante acumulación de trocitos de piedra caliza a lo largo de la cara del risco, probablemente procedentes de otra tumba…

- La de Ramsés VI -espetó Emerson despectivamente.

- Eh… sí, señor. Bien, debo marcharme.

El área en la que estaba trabajando se hallaba sólo a unos pocos metros al sur de donde estábamos, en el mismo lado del camino, pero una estribación superficial de la roca nos impedía vernos los

unos a los otros. Cuando el sol ascendió un poco más y el primer grupo de turistas atravesó en tropel la barrera, sus risas y parloteos alocados ahogaron las voces del equipo de Ned, lo que enfadó visiblemente a Emerson, cuyas orejas prácticamente se le despegaban de la cabeza. (Hablo de forma figurada; Emerson tiene unas orejas particularmente bonitas, algo grandes de una forma elegante y pegadas al cráneo.) Él sabía, como yo, que un nuevo descubrimiento sería anunciado con gritos de excitación por parte de los trabajadores.

Realmente yo no tenía nada que hacer, puesto que había que remover varias toneladas de roca antes de que la entrada quedara enteramente al descubierto. Howard nos había dicho que él había hecho algunas limpiezas en 1902, pero todas las pruebas de su trabajo habían sido cubiertas desde entonces por rocas y cascotes. Por tanto tenía tiempo libre que podía ocupar en mi entretenimiento favorito: observar a mi marido. Separando los pies calzados con botas, y la morena cabeza al descubierto, reluciente a la luz del sol como un ala de cuervo, dirigía el trabajo con gritos de ánimo y sin dejar de dar instrucciones precisas. Como no le quitaba la vista de encima, vi cómo se alejaba furtivamente, y le llamé para preguntarle adonde iba.

- Pensé que le podría pedir a Ayrton que tomara con nosotros el té de media mañana -dijo Emerson.

- Qué amable por tu parte.

Debió detectar un leve tono de sarcasmo en mi voz. Emerson me dirigió una mirada de reproche, y siguió su camino. Decidí que era mejor ir tras él. No es que yo tuviera curiosidad por saber lo que estaba haciendo Ned, sino que sabía que Emerson no haría la invitación hasta haber inspeccionado la excavación, y sermonear un rato sobre la metodología.

La tarea que había emprendido el joven era realmente formidable. El Valle, como ya he explicado, pero lo volveré a explicar para el beneficio del lector que no esté familiarizado con ello, no es un simple cañón de suelo plano, sino un complejo de pequeños barrancos que nacen desde cualquier recodo del camino principal.

Caminos más pequeños rodean los afloramientos de piedras, algunos naturales, y otros formados por la piedra removida de las

tumbas cercanas. Uno de esos montículos rocosos formaba la cara occidental del camino central, y contra él se alzaba una pila de unos mil quinientos metros de altura de trozos de piedra caliza. Es precisamente debajo de esas pilas de cascotes dejados por el hombre donde los investigadores esperan encontrar olvidadas entradas de tumbas.

El sol, ahora casi en el cénit, se reflejaba en la pálida roca con un resplandor cegador, que no aliviaba ni vegetación ni sombra alguna. El fino polvo removido por las botas de los turistas parecía una fina niebla. Según me aproximaba al lugar, la nube se convirtió en un cúmulo elevado. Los hombres de Ned trabajaban duro apilando la roca suelta en cestas que llevaban a un vertedero cercano.

Ayrton había cavado una zanja justo por debajo de la cara de la roca, evidentemente sin resultado, ya que se hallaba ahora en proceso de extenderla. Como me había imaginado, Emerson estaba concediéndole al joven el beneficio de sus consejos. Puse fin a esto de inmediato y me llevé a los dos. También los agotados trabajadores se alegraron de poder parar un momento.

Había adoptado por costumbre levantar un pequeño refugio cerca de nuestro lugar de trabajo, con una alfombra en el suelo y una pequeña mesa plegable, puesto que no veo nada malo en el confort, si éste no interfiere en la eficacia. En esta ocasión me había aprovechado de la entrada de una tumba cercana, la de Ramsés II. Obstruida por escombros, no se mencionaba en el *Baedeker,* así que los turistas no se aproximaban, por lo que podíamos contar con una pizca de intimidad mientras descansábamos y nos refrescábamos.

Ned se quedó visiblemente decepcionado cuando comprobó que Ramsés no se hallaba con nosotros, pero aun así pareció disfrutar del breve descanso. Emerson se comportó muy bien, pero cuando Ned se levantó para irse, mí esposo no pudo resistirse a lanzar un último disparo.

- Si encuentra una tumba, Ayrton, hágame el favor de vaciar el maldito sitio completamente. Estoy cansado de ir limpiando detrás de usted y de todos los demás.

Hay un dicho que reza: «Ten cuidado con tus deseos, pues se pueden volver contra ti»; Emerson consiguió lo que quería, y no le gustó en absoluto. Durante los años siguientes solía referirse a aquel

asunto como «uno de los mayores desastres de la historia de la Egiptología».

Todo empezó esa misma tarde, cuando los sudorosos trabajadores de Ned encontraron un nicho que contenía varias vasijas grandes. El descubrimiento no era lo suficientemente excitante como para merecer un grito de triunfo por parte de los hombres que lo hicieron; no supimos de ello hasta que Ned pasó con su equipo, de regreso a su casa.

- ¿Ya van a parar? -preguntó Emerson avanzando para encontrarse con ellos.

- Sí, señor -Ned se quitó el sombrero, y se apartó el pelo humedecido de la frente-. Hace mucho calor y he…

- ¿Ha habido suerte?

Ned nos dio entonces la noticia.

- No son nada del otro mundo -añadió*-. Simples vasijas… De la Dinastía XII, creo. Bien, pues, espero verles a todos mañana.

Emerson ni siquiera tuvo el recato de esperar a que él se perdiera de vista; seguí a mi irritado marido por el borde de la estribación rocosa, y le hallé trepando por los escombros. La abertura estaba a unos novecientos metros por encima de la base, y cuando empecé a seguirle me dijo que me diera la vuelta.

- De la Dinastía XVIII -anunció a su regreso.

- ¿Por qué estás organizando tanto jaleo por esto? -le pregunté-. Es normal tropezar con hallazgos aislados de este tipo. No creo que unas toscas vasijas de almacenamiento contengan algo de interés.

- Mmmm -murmuró mi marido. Se volvió y miró hacia la cuesta.

- Venga, Emerson, ¡déjalas en paz! Sugiero que sigamos el ejemplo de Ned, y paremos de trabajar. Hace mucho calor, y no quiero que a Abdullah le de otro ataque.

Emerson lanzó varios juramentos, pero como tiene el mejor corazón del mundo yo sabía que la petición tendría su efecto. Llegamos a la casa muy avanzada la tarde. La galería sombreada por las parras tenía un aspecto sumamente tentador después de nuestra larga y calurosa cabalgada. Horus, tendido en el sofá, nos examinó con ojo crítico y comenzó a asearse.

Parecía una idea excelente. Me di un delicioso chapuzón en mi bella bañera de estaño, y me puse ropa cómoda. Cuando volví a la galería Fátima había traído té. Nefret caminaba arriba y abajo,

mirando hacia afuera.

- Se están retrasando -dijo.

- ¿Quiénes? ¡Oh, Ramsés y David! No, no creo. Ramsés no tiene noción del tiempo, seguirá trabajando hasta que oscurezca tanto que no pueda ver nada. Ven y tómate el té.

Ella obedeció, pero ni siquiera la corpulencia de Horus, que al segundo se arrellanó en su regazo, le impidió removerse de impaciencia. Recordé las discusiones que había oído entre los tres aquella mañana, y una desagradable sospecha comenzó a formarse en mi mente. Como no permito que tales cosas me reconcoman, decidí expresarlo en voz alta.

- Nefret, ¿me estás ocultando algo? Estás particularmente nerviosa esta noche; ¿planeaban los chicos alguna expedición que les pudiera poner en peligro?

Emerson dio un golpe al plato con la taza.

- ¡Maldita sea! -exclamó, pero no dijo nada hasta que Nefret no hubo contestado.

- Todo lo que sé es que están trabajando en el templo de Seti, como dijeron que harían.

- Oh -Emerson se relajó-. Me gustaría, Peabody, que pararas de buscar problemas. Nadie nos ha vuelto a molestar desde que se encontró el cuerpo de aquel miserable. Él fue el instigador de todos los demás ataques; ahora que le han… eh… eliminado no tenemos nada que temer.

Me preparé para pasar un rato divertido, pues nuestras pequeñas conversaciones detectivescas son siempre estimulantes.

- ¿Opinas que no existe conexión entre esos ataques y el que sufrí en Londres?

- El de Londres fue Sethos -dijo Emerson-. Y todavía está en Inglaterra: me he dado una vuelta por los cafés y bares, al igual que Ramsés. No hay indicio alguno de que haya vuelto a sus antiguas guaridas.

- Puede que Sethos no haya sido el responsable del primer encuentro, Emerson. Tengo otros enemigos.

- No tienes por qué alardear de ello, Peabody -Emerson alcanzó su taza rota, se cortó el dedo, echó pestes, y se dirigió a la mesa. Sirviéndose soda en un vaso, dijo girando la cabeza por encima de su hombro-. Y no trates de disculpar a ese bast… a ese hombre.

Sabemos que fue él. La máquina de escribir, Peabody. Acuérdate de la máquina de escribir.

- Ni por un momento me creo las deducciones de Ramsés - repliqué tomando el vaso que Emerson me entregaba, e inclinando la cabeza para darle las gracias-. Es imposible distinguir una máquina de otra y, además, el incidente de Fleet Street no tenía el toque característico de Sethos. No es tan bruto o tan… Mi querida Nefret, ¿a qué estás mirando tan fijamente? Cierra la boca, querida, ¡antes de que se te meta una mosca!

- Yo… eh… acabo de recordar algo, tía Amelia. Una… una carta que prometí escribir.

- Espero que no sea a Sir Edward, Nefret. No lo apruebo. Es demasiado mayor para ti, y me parece que le has visto mucho últimamente.

- Sólo media docena de veces desde Navidad -protestó Nefret-, y una de ellas fue en la fiesta, con cientos de personas alrededor.

- Si os vais a poner a cotillear, me marcho -dijo Emerson poniéndose en pie-. Llamadme cuando esté lista la cena.

Los riscos orientales brillaron con los últimos rayos de la puesta de sol. No existe ningún color en el mundo como ése, ni hay palabras para describirlo: es un tono rosa dorado con toques de lavanda, encendido como si se iluminara desde dentro. La maravillosa luz del atardecer acariciaba suavemente las mejillas bañadas por el sol de Nefret, pero sus ojos evitaban los míos; aclaró su voz nerviosamente antes de hablar.

- ¿Puedo preguntarle algo, tía Amelia?

- Sí, por supuesto, querida. ¿Se trata de Sir Edward? Me alegra que quieras consultarme. He tenido bastante más experiencia que tú en estos temas.

- No se trata de Sir Edward. No exactamente. Hablando de experiencia en estos temas… eh… parece que usted cree que él… Sethos… le tiene tanto cariño que no… Dios mío. No quería ofenderla, tía Amelia.

- No me has ofendido, querida, pero si entiendo a dónde quieres ir a parar, y, la verdad, no es un asunto del que quisiera hablar.

- No es frívola curiosidad la que me empuja a sacar el tema.

- ¿No? -El esbelto cuello de Nefret se contrajo mientras tragaba saliva-. Dejemos el tema -dije amablemente-. Dios mío, qué oscuro

se ha puesto, y los chicos no han vuelto. Me pregunto si han decidido pasar la noche en el barco.

- Me lo habrían dicho, si hubiera sido su intención -dijo Nefret-. ¡Maldita sea! ¡Sabía que debía haber ido con ellos!

*Del manuscrito H*

Las vendas de momia se ceñían fuertemente alrededor de todo su cuerpo, tapando su boca, cegando sus ojos y atándole brazos y pies. Le habían enterrado vivo, como al pobre miserable cuya momia fue hallada por sus padres en Drah Abu'l Naga. Algún día otro arqueólogo le descubriría, el cuerpo oscurecido y apergaminado, y la boca abierta con un mudo grito de terror, y…

Se había despertado con un espasmo desesperado que desgarraba cada músculo de su cuerpo. Todavía era de noche, y era incapaz de moverse, como cualquier momia; sin embargo, la venda cubría sólo su boca, podía respirar. Concentrándose en esa actividad esencial, se forzó a sí mismo a seguir tumbado mientras tomaba aire por la nariz y trataba de recordar lo que había sucedido.

Habían estado copiando relieves en una de las cámaras laterales alejadas de la sala hipóstila, y estaban a punto de parar cuando oyeron los espaciados y agudos lamentos. Era imposible decir si procedían de un ser humano, o de algún animal, pero la criatura era claramente joven, y se hallaba ciertamente en apuros. Trepando por las rocas caídas y recorriendo los sombríos pasillos, siguieron los intermitentes gritos lastimeros hasta el santuario, donde las sombras adquieren la forma de estanques de agua oscura… Luego nada. Le dolía la cabeza, pero como cualquier otra parte de su cuerpo. ¿Cuánto tiempo había permanecido inconsciente? Ahora debía ser de noche; si el sol siguiera brillando podría ver haces de luz a través de las ventanas o la puerta, incluso si estuvieran atrancadas.

Con esfuerzo considerable se dio la vuelta hasta quedar de lado. No le extrañaba haber soñado con vendas de momia; habían derrochado cuerda. Sus manos estaban atadas a la espalda, y sus brazos pegados a los costados; el otro extremo de la cuerda, que rodeaba sus tobillos, debía haber sido fijado a algún objeto que no veía, ya que no podía mover sus piernas más que unos pocos centímetros en cada dirección. Por una parte, no dejaba de resultar halagador: se le debía haber pegado la reputación de su padre. Ni siquiera el poderoso Padre de las maldiciones podría haber hecho

saltar esas ataduras. No había nada que hacer más que esperar a que alguien viniera. No dudó que alguien lo haría. Nadie se habría tomado tantas molestias para dejarle morir de hambre y agotamiento.

Pero aquella idea a punto estuvo de hacerle caer presa del pánico, por lo que se forzó a sí mismo a permanecer tumbado y respirar con normalidad. La mordaza lastimó sus labios; no había restos de saliva en ella, ni tampoco en su boca, que le daba la sensación de estar llena de arena.

El aire era rancio y cálido y el olor… Cada cultura tiene sus propios olores característicos, que varían dependiendo de la clase social y los hábitos de cada persona, pero que pueden ser fácilmente reconocibles por alguien que ha hecho un estudio de ellos. Los olores culinarios eran particularmente característicos. Incluso con los ojos cerrados podría decir si se hallaba en una casa solariega inglesa o en la cocina de una casa de campo, en un café egipcio o en una *Bierstube* (cervecería) alemana. Aquel lugar no era una cocina, pero se trataba con seguridad de una habitación, no de una cueva o un almacén. Tenía el olor indefinible y a la vez inconfundible de Egipto, aunque en algún momento debió haberla ocupado alguien con gustos europeos, y gustos caros, además. No podía poner nombre a aquel perfume, pero ya lo había olido antes.

La superficie sobre la que yacía era más blanda que el suelo, incluso de uno cubierto con una alfombra o una estera. Cedía ligeramente cuando se movía, y emitía un débil crujido. Por tanto, debía estar sobre una cama o, al menos, algún tipo de colchón.

Permaneció inmóvil, manteniendo el ritmo de la respiración, escuchando. Había otros sonidos, algunos débiles, alejados e indistinguibles, y otros más cercanos, al alcance de la mano. Un ratón, confiado por su quietud, se aventuró a salir y empezó a roer algo. Los insectos zumbaban y zumbaban. El sonido que hubiera deseado escuchar, aunque por otro lado también le habría atemorizado, de unos pulmones humanos respirando, era inaudible. ¿Se habrían llevado también a David, o le habían dejado muerto o herido sobre el suelo del templo?

Puesto que no había nada que pudiera hacer, se obligó a sí mismo a dormir. Jamás hubiera creído que las técnicas de meditación que le había enseñado el viejo faquir de El Cairo

funcionaran en aquellas condiciones; pero lo cierto era que sus párpados se estaban cerrando cuando un nuevo sonido le devolvió a la consciencia. Vio una línea de luz frente a él, abajo, en lo que debía ser el nivel del suelo. Se convirtió en un rectángulo.

La mujer se metió rápidamente en la habitación y cerró la puerta. La lámpara que llevaba daba una luz tenue y parpadeante, sólo era una tira de trapo que flotaba en aceite, pero después de la oscuridad casi le cegaba. Ella colocó la lámpara sobre la mesa y se sentó en la cama, a su lado. Llevaba rosas rojas en el pelo, y la plata brillaba en sus muñecas.

- Le he traído agua -dijo suavemente-. Pero debe darme su palabra de que no gritará si le quito la mordaza. No deben oírle fuera de estas paredes, ya que me castigarían si supieran que he venido aquí.

- Gracias -susurró él.

- ¡Los ingleses siempre tan educados! -sonrió sarcásticamente; volvió a llevar la taza a sus labios, y luego le colocó la cabeza sobre el colchón.

- No podrá volver a colocar la mordaza ahora que la ha cortado -dijo él suavemente- ¿Le echarán la culpa? No quisiera que… -Ella le pasó la mano cuajada de anillos por la mejilla. El joven movió la cabeza, mareado-. Lo siento. He hablado demasiado…

- ¡No haga eso! -Se inclinó sobre él y aprisionó su cara con las manos. No se trataba de una caricia; las yemas de sus dedos se le clavaban en las doloridas sienes-. No se preocupe por mí. ¿Por qué fue tan tonto como para dejarse coger? Traté de advertirle.

- ¿Lo hizo usted?

La mujer le soltó la cabeza y alzó la mano. Él se preparó para recibir otra bofetada, pero en vez de eso, ella se llevó lentamente la punta de uno de sus dedos a los labios.

- ¿Sabe lo que me ha traído hasta aquí? -preguntó ella.

Se le ocurrieron varias posibilidades, pero no habría sido muy educado mencionar ninguna.

- La ternura de su corazón, "señora -replicó, eligiendo las palabras con cuidado.

Ella dejó escapar un pequeño sonido que debió ser una risa ahogada.

- Es un motivo tan bueno como cualquier otro -Cogió el cuchillo

y le liberó mediante una serie de rápidas cuchilladas. Con igual destreza desató sus botas y se las quitó. Entumecido por el largo cautiverio, y completamente asombrado, dejó que ella le friccionara manos y pies hasta que comenzaron a hormiguear al restablecerse la circulación.

- Espere en la puerta -le ordenó-. Cuando me oiga gritar «querido» cuente hasta diez, y luego baje directamente por las escaleras. Hay dos hombres; tendrá que enfrentarse a uno de ellos. No creo que le sea difícil. Una vez que haga esto, vaya directamente a la puerta. No se pare, no se dé la vuelta.

- ¿Y mi amigo? -preguntó Ramsés- ¿Está aquí?

Ella dudó durante un momento, y luego asintió con la cabeza.

- No pierda el tiempo buscándole, sería demasiado peligroso. Vaya y busque ayuda.

- Pero usted…

- Cuando regrese yo ya me habré ido. *Inshaalá* -añadió con una débil sonrisa-. Tiene una deuda conmigo, joven señor. Cuando le convoque para que me la pague, ¿vendrá, verdad?

- Sí.

La mujer le ofreció sus labios, y él los aceptó con un aprecio que no se debía totalmente a la gratitud, pero cuando le rodeó el hombro con los brazos, ella se escurrió y permaneció de pie.

- En otro momento -susurró-. *Inshaalá.* Vamos.

Apagó la lámpara y abrió la puerta con cuidado. Él la siguió en completo silencio, ya que iba descalzo; para cuando llegó a la puerta, ella ya iba muy por delante a lo largo del pasillo iluminado tan sólo por un destello que venía de abajo. La casa era bastante grande; tenía otras tres puertas cerradas, y un piso inferior. El joven esperó hasta que ella comenzó a bajar las escaleras antes de intentar abrir las otras puertas. Ninguna de ellas estaba cerrada con llave, y ninguna de las habitaciones estaba ocupada. Un estrecho tramo de escalones, más parecido a una escalera de mano, conducía a una abertura a través de la que pudo ver el brillo de las estrellas. No hacía falta mirar allí, la escalera debía conducir al cielo abierto.

La señal llegó mucho antes de lo que esperaba. Abandonando toda precaución, corrió hacia las escaleras. Él sabía lo que ella pretendía hacer. Tal vez formara parte de su trabajo cotidiano, pero él no podía permitir que lo hiciera, no por él.

Estaban en la habitación que había frente al pie de las escaleras; el segundo hombre tenía la oreja pegada al débil panel de la puerta, esperando su turno. Estaba demasiado absorto y no oyó los acelerados pasos descalzos, hasta que ya fue demasiado tarde. Enderezándose, cogió el cuchillo de su cinturón y abrió la boca para lanzar un grito. Ramsés se la cerró y cayó hacia atrás contra la puerta, abriéndola de golpe; el joven apartó de un codazo el cuerpo inerte, y entró.

No se había dado cuenta de lo enfadado que estaba hasta que el otro hombre estuvo tendido en el suelo a sus pies. Frotándose las magulladas manos observó cómo Layla se recomponía la ropa y se sentaba.

- Imbécil -le espetó bruscamente-. ¿Por qué no se ha ido?

- Váyase usted primero. Ellos sabrán que me liberó.

La mujer empezó a echarle pestes, pero él se rió con ganas, con la ligereza que da la peligrosa euforia que sigue a una batalla ganada, y cuando ella se dirigía a la puerta, la tomó en sus brazos y la besó.

- Tonto -susurró ella en sus labios-. ¡Debe darse prisa! Van a venir pronto para llevarle a otro sitio. Si supiera lo que tienen planeado, no se rezagaría.

- ¿Dónde está él?

- Se lo mostraré, pero no piense que me voy a quedar para ayudarle. No me gustaría enfrentarme a la suerte que espera a los traidores.

El hombre que había caído junto a la puerta se estaba agitando. No había tiempo para atarle. Ramsés le dio la vuelta y le volvió a golpear.

Layla había subido las escaleras. Volvió inmediatamente, con una capa oscura y un bulto mal atado. Debía haber reunido sus cosas en previsión de la huida, antes de liberarle. Una mujer con mucho talento, pensó Ramsés.

Haciéndole gestos de que la siguiera, ella corrió hacia la parte trasera de la casa y desatrancó una puerta que conducía a un patio amurallado.

- Está allí -dijo la mujer indicando un cobertizo que se alzaba contra la pared opuesta-. *Maasaloma,* mi señor. No se olvide de mi recompensa.

La luz de la luna la iluminó un momento, y luego se fue, dejando abierta la verja por la que había salido. Ramsés se dirigió al cobertizo, intentando evitar los inmundos desperdicios que ensucian los patios egipcios. Los guijarros se le clavaban en las plantas de los pies; la euforia dio paso a la incertidumbre y empezó a preguntarse si habría tomado la decisión adecuada. Había tenido suerte hasta el momento, pero las largas horas de cautiverio le estaban pasando factura, y aquel último golpe había sido un error. Debía de estar demasiado embriagado por el estúpido heroísmo pues en un primer momento ni lo sintió, pero su mano derecha le dolía como un dolor de muelas, y no podía doblar los dedos. Si la puerta del cobertizo estaba cerrada con llave debería ir a por ayuda antes de que los guardianes se despertaran y fueran en su busca. Por suerte, la puerta no estaba cerrada con llave, ni atrancada, pero tan pronto como la abrió supo por qué.

No habían tratado a David con tanta consideración como a él. Debían haberle tirado y dejado como cayó, pues su cabeza se inclinaba en un ángulo extraño, y sus piernas estaban dobladas. Ni siquiera había un montón de paja entre su cuerpo y el duro suelo de tierra, sucio de antiguos excrementos de animales. Sin embargo, no habían escatimado cuerda, y la sucia mordaza cubría a la vez su nariz y su boca.

Había una lámpara. El guardián debía haber insistido en eso; se había sentado en el suelo con la espalda apoyada en el muro, y debía haberse quedado dormido, porque su reacción fue muy lenta. Cuando se levantó, a Ramsés se le revolvió el estómago. El individuo era tan alto como él y el doble de ancho. Su panza redondeaba el frente de la chilaba, aunque no toda su envergadura estaba constituida por grasa. Y tenía un cuchillo.

Durante un momento se miraron fijamente el uno al otro con mutuo estupor, pero el guardián fue el primero en recuperarse. A Ramsés no le resultó difícil adivinar lo que pretendía; su cara redonda y sudorosa reflejaba cada idea a cámara lenta: no valía la pena pedir ayuda contra un oponente con una apariencia tan miserable como la de aquél muchacho, y volver a capturar al prisionero sin ayuda le haría ganar reconocimiento y recompensa. Desenvainó el cuchillo y avanzó.

Ramsés tampoco estaba pensando deprisa, pero las opciones

eran demasiado obvias como para considerarlas. Un paso hacia atrás le haría salir por la puerta. Había una barra. Para cuando el guardián hubiera roto la puerta o pedido ayuda, él ya estaría muy lejos. Era la única acción sensata: desarmado y exhausto no perdería diez segundos contra un animal tan formidable como aquél. Nadie sabría que había huido. David estaba inconsciente. O muerto.

Se lanzó a sí mismo hacia delante y hacia abajo, en un ángulo agudo que le colocaría (eso esperaba) por debajo de la hoja del cuchillo. El movimiento le sorprendió incluso a él; su pecho golpeó el suelo con una fuerza que le dejó sin respiración, pero colocó las manos justo donde quería: asió los tobillos desnudos de su oponente bajo el rasgado dobladillo de la chilaba y dio un tirón con toda las fuerzas que pudo reunir.

No consiguió mucho. Su mano derecha estaba muy débil, pero la izquierda seguía funcionando, y fue suficiente para tirar de los pies del hombre desde abajo, y alejar su atención del cuchillo. Se cayó sentado con un ruido sordo que debió hacer retumbar su espina dorsal contra el cráneo, y su cabeza golpeó la pared; el hombretón se quedó únicamente aturdido, pero eso le dio a Ramsés tiempo para finalizar el trabajo; por fin cogió el cuchillo y se deslizó entre el estiércol y el polvo en dirección a David.

Estaba vivo. Tan pronto como su boca y su nariz quedaron al descubierto aspiró una larga y ansiosa bocanada de aire. Ramsés cortó las ligaduras de brazos y piernas antes de darse cuenta de que no todas las manchas oscuras de la camisa de David eran de suciedad. Soltó una palabrota que incluso su padre raramente utilizaba.

- ¿Ramsés?

- ¿Quién si no? ¿Estás malherido? ¿Puedes andar?

- Lo intentaré con todas mis fuerzas una vez que liberes mis tobillos.

- Oh, bien.

Después de hacerlo Ramsés introdujo el cuchillo en su cinturón y se inclinó sobre David.

- Pon tu brazo sobre mis hombros. Tal como están las cosas, la vida es un regalo; si no puedes andar te llevaré.

- Ayúdame a ponerme en pie.

Al principio no podía ni siquiera dar dos pasos. Ramsés tuvo que arrastrarle para salir por la puerta, y para atravesar el patio hacia la verja que Layla había dejado abierta. Aunque pesaban más o menos lo mismo, Ramsés juraría que David había ganado diez toneladas en las últimas horas. Los pulmones le estallaban y las rodillas parecían haberse convertido en melaza. No podría soportarlo mucho más.

En ese momento oyó un grito desde la casa, y descubrió que sí podría. Un empuje de adrenalina consiguió darle fuerzas para atravesar la verja hacia una mancha de sombra. No puedo parar ahora, pensó. Todavía no. La vida seguía siendo un regalo, el que les había hecho Layla. Rogó por que ella se hubiera ido. Rezó para que ellos pudieran conseguirlo también. La casa de Abdullah se hallaba al otro lado de la colina, y sus captores supondrían que se encaminarían en esa dirección y ellos… ellos…

Algo extraño estaba ocurriendo. Las manchas de luz de luna sobre el suelo se desvanecían como cuando alguien tira una piedra en el agua. Los árboles se agitaban como si hubiera un gran viento, aunque no era así. Se estaba quedando sin respiración. Cayó de rodillas, arrastrando a David con él.

- Sigue. Abdullah…

- Ahí no, imbécil. Demasiado lejos.

Unas manos tiraron de él. ¿Las de Layla? Ella le había llamado imbécil. Ramsés estaba de pie, moviéndose, flotando a través de manchas plateadas y negras, la luz de luna y la sombra, hasta que un estallido de luz le cegó, y pasó de la luz a la oscuridad total.

Preferiría no acordarme de esas horas de espera, pero debo dar alguna cuenta de ellas para que la narración sea completa. El nerviosismo de Nefret era aún peor de soportar que el mío, ya que en mi caso se hallaba mitigado por lo acostumbrada que estaba a las molestas costumbres de mi hijo. Aquélla no era la primera vez que había emprendido una expedición imprudente y peligrosa sin haberme informado. El retraso no implica desastre necesariamente; él y David eran hombres hechos y derechos (físicamente, aunque no emocionalmente) y muy versados en autodefensa, incluyendo las llaves de la antigua lucha egipcia que yo les había enseñado.

No dejaba de repetírmelo, a la vez que trataba de convencer a Nefret de mi razonamiento. Pero ella no estaba por la labor: los chicos tenían problemas, ella lo sabía; había sido culpa suya por no

haber ido con ellos, y tenía que hacer algo al respecto.

- ¿Pero qué? -le pregunté, observándola ansiosamente mientras caminaba arriba y abajo. No se había quitado la ropa de trabajo, y sus botas resonaban con fuerza sobre el suelo de azulejo. Horus había perdido cualquier esperanza con ella, porque vio que se negaba a sentarse y ofrecerle su regazo; cuando pasó a su lado, la alcanzó y le clavó las garras en el pantalón. Nefret le desenganchó sin hacer el menor comentario, y siguió paseando.

- No tiene sentido salir a buscarles -insistí-. ¿Por dónde empezaríamos?

Emerson golpeó su pipa.

- En el templo. Al diablo con la cena, ninguno de nosotros tiene apetito. Si no encuentro ninguna señal de ellos allí, volveré directamente, lo prometo.

- Tú solo no -le dije-. Voy contigo.

- No, no vas a venir.

Estábamos discutiendo el asunto, bastante acaloradamente, cuando Emerson alzó la mano para pedir que nos calláramos. En aquel silencio todos oímos el ruido de cascos al galope.

- ¡Ya! -dijo Emerson, elevando su ancho pecho en un gran suspiro de alivio-. Ahí están. ¡Les voy a decir un par de cosas a esos jovencitos por haberos asustado! Ése es Risha, o yo no sé nada de caballos.

Era Risha corriendo como el viento. Se paró de pronto, y comenzó a temblar. La silla estaba vacía, y un extremo roto de cuerda le colgaba del cuello.

Mi querido Emerson se hizo cargo de la situación como sólo él sabe hacerlo. En menos de diez minutos estábamos a caballo listos para partir. Nefret quería montar a Risha, pero Emerson se lo impidió, pues sabía que se quedaría atrás. Sin embargo, la noble bestia no se quedó quieta, inteligente y leal como un perro, nos guió de vuelta por el camino que había tomado en su carrera y que llevaba, como suponíamos, al templo de Seti I.

Encontramos a Asfur, la compañera de Risha, todavía atada a un árbol, cerca del manantial al norte del templo. En una de las cámaras alejadas de la sala hipóstila un famélico gato siseaba entre las sombras, cuando apareció la luz de nuestras velas. Había estado devorando los restos de la comida que habían llevado los chicos. En

el suelo había mochilas, dos botellas vacías de agua, y sus gabanes. Sus materiales de dibujo ya estaban empaquetados, así que debían estar a punto de irse cuando les interceptaron. No había más señales de ellos en ningún otro lugar del templo o sus alrededores. Las linternas y velas no daban luz suficiente para permitir la búsqueda de huellas o manchas de sangre.

No había nada que pudiéramos hacer salvo regresar a casa. Emerson caminaba, nervioso, de un lado a otro de la sala; Nefret estaba sentada bastante quieta, con las manos unidas y los ojos bajos.

- No dejaron el templo por su voluntad -dijo mi marido por fin-. No habrían abandonado a los caballos.

- Obviamente -dije-. Voy a ir hasta Gurneh a buscar a… no, a Abdullah no, la preocupación y el esfuerzo serían perjudiciales para él… Selim y Daoud, y…

- Peabody, no vas a ir a ningún sitio. Y tú tampoco, Nefret; quédate aquí y trata de mantener a tu tía Amelia bajo control. Es un trabajo condenadamente difícil, te doy mi palabra. Iré al barco; es una probabilidad remota, ya lo sé, pero puede que alguien sepa algo de ellos. Traeré a *Sais* Hassan y a otros hombres de la tripulación de vuelta conmigo, y después pensaremos qué hacer a continuación.

Transcurrió otra hora espantosa. Emerson no volvió. Fue *Rais* Hassan quien vino, en cambio, con un mensaje de mi marido. Alguien había dicho que había visto a los chicos caminando hacia el desembarcadero del transbordador. Les seguiría la pista si habían ido a Luxor; Mahmud le acompañaría, y *Rais* Hassan se quedaría con nosotros.

Nefret no reaccionó, ni siquiera alzó la vista. Durante la última hora no se había movido. De pronto, se puso de pie; Horus, que había estado en su regazo, rodó y rebotó en el suelo. Por encima de los aullidos del furioso minino, le oí decir.

- Escuche. Alguien viene.

Fuera quien fuese, venía a caballo, galopando; al principio supuse que sería Emerson. Sin embargo, e incluso a esa distancia, supe que aquella figura tan delgada no podía ser él.

- Selim -anunció tranquilamente Nefret.

No había duda. Selim era un excelente jinete, y agitaba sus manos de una forma tan salvaje que eso hubiera descabalgado a

cualquier otro jinete menos experto. También gritaba, pero fue imposible distinguir las palabras hasta que paró.

- ¡A salvo! -fue lo primero que oí-. Están a salvo, *Sitt,* a salvo conmigo, y debe venir, venir de inmediato, y traer sus medicinas, están heridos y sangrando, he dejado a Daoud y Yussuf de guardia, y están a salvo, ¡me han enviado a contárselo!

- Muy bien -dijo Nefret, cuando el entusiasta joven se hubo quedado sin aliento-. Iré contigo, Selim. Dile a Alí, el mozo de cuadra, que ensille a Risha -la joven me pasó el brazo alrededor de mi cintura-. Todo va a salir bien, tía Amelia. Tome, coja mi pañuelo.

- No lo necesito, querida -dije -. Creo que tengo un ligero amago de catarro…

- Entonces no debería exponerse al aire de la noche. No, tía Amelia, insisto en que se quede aquí y espere al profesor. Debería enviar a alguien a pedirle prestado el carruaje al señor Vandergelt en caso de que…

No me dio tiempo a sugerir alternativas, pues entró precipitadamente en la casa y volvió con su maletín de material médico. Supuse que era la solución más sensata. Yo no temía por ella; Selim estaría a su lado, y solamente una bala podría parar a Risha a pleno galope.

Como esperaba, Cyrus y Katherine vinieron con el carruaje, con miles de preguntas por hacer, y pidiendo que les permitiéramos ayudar. Les estaba explicando lo ocurrido cuando regresó Emerson.

- Así que ya estás otra vez -observó Cyrus-. Ya había pensado que todo estaba anormalmente tranquilo esta temporada. Emerson, viejo amigo, ¿estás bien?

Emerson se pasó la mano por la cara.

- Me estoy haciendo demasiado viejo para este tipo de cosas, Vandergelt.

- No, tú no -dijo Cyrus con convicción.

- Por supuesto que no -exclamé-. Katherine, querida, tú y Cyrus tendréis que quedaros aquí. No cabremos todos en el carruaje.

- Voy a hacer té -propuso Katherine presionando mi mano-. ¿Qué más puedo hacer por ti, Amelia?

- Tener preparado el whisky-respondió Cyrus.

*Del manuscrito H*

Cuando Ramsés abrió los ojos supo que no estaba muerto ni delirando, aunque la cara que tenía delante era la que hubiese preferido ver en cualquiera de los dos casos.

- Creo que se supone que debo hablar de los ángeles y el cielo -dijo débilmente.

- Debería haber imaginado que intentarías hacerte el listo -dijo bruscamente Nefret-. ¿Por qué no pruebas con el socorrido «¿Dónde estoy?».

- Muy vulgar. En cualquier caso, sé dónde estoy… ¡diablos y maldiciones! Qué estás…

El dolor era tan intenso que casi volvió a perder el conocimiento. Muy lejos, oyó que Nefret le preguntaba:

- ¿Quieres un poco de morfina?

- No. ¿Dónde está David?

- Aquí, hermano. A salvo, gracias a…

- Nada de eso -ordenó Nefret-. Podréis regodearos con los sentimentalismos más tarde. Tenemos mucho de qué hablar, y no he terminado todavía con Ramsés.

- No creo que pueda seguir soportando tus atentos cuidados -protestó el joven. Sin embargo, lo peor del dolor había pasado, y las manos que limpiaban el sudor de su cara eran firmes y amables-. ¿Qué diablos me has hecho?

- ¿Qué diablos te has hecho tú en la mano? Se está hinchando como un globo, y tienes un dedo dislocado.

- Déjame… solo un momento, ¿quieres?

Paseó la mirada lentamente por la habitación, saboreando la sensación de seguridad y tranquilidad de las caras Conocidas: David, con los oscuros ojos iluminados por lágrimas de alivio; Nefret, con la cara pálida y los labios apretados; y Selim, de cuclillas a su lado, mostrando los dientes en una abierta sonrisa. Si no hubiera sido tan tonto habría recordado que Abdullah tenía parientes por todo Gurneh, y que la casa de Selim era una de las más cercanas. La más joven de sus mujeres hacía el mejor asado de cordero de Luxor. Se volvió para mirar a David.

- Tú me trajiste aquí. Dios sabe cómo. ¿Qué tal estás?

- En términos técnicos, el cuchillo rebotó en su paletilla -dijo Nefret-. Sólo ha necesitado un poco de esparadrapo. Ahora volvamos contigo. Quiero asegurarme de que no tienes nada más

roto antes de que te muevas.

- Estoy bien. -Comenzó a incorporarse, pero soltó un grito de dolor cuando ella plantó su mano con firmeza contra su pecho, y le empujó contra la almohada.

- Ah -exclamó con entusiasmo profesional-. ¿Una costilla? Vamos a echarle un vistazo.

- Tus modales con los enfermos podrían mejorar un poco - murmuró Ramsés, tratando de no ruborizarse mientras ella le desabrochaba la camisa.

No había daño alguno, ni siquiera un golpe. La puerta se abrió y él olvidó todos sus dolores y males, anticipándose a lo que le esperaba; la figura que permanecía de pie en la puerta no era la del enemigo. Era peor. Era su madre.

Siempre he creído en los efectos medicinales del buen whisky, pero en aquella ocasión me sentía obligada a prescribir algo más fuerte, al menos para Ramsés. Nefret y yo discutimos sobre si sus costillas estaban rotas o sólo astilladas; Ramsés insistía en que ninguna de las dos cosas, pero que podría pasar si seguíamos hurgándole. Así que le vendé mientras Nefret se ocupaba eficazmente de su mano, que era la cosa más fea que yo había visto nunca, a pesar de pertenecer a Ramsés. Luego intenté administrar una dosis de láudano a cada uno de los muchachos porque, aunque las heridas de David eran superficiales tenía la cara gris de cansancio y agotamiento. Ninguno de los dos se lo tomó.

- Quiero contarles lo que pasó -dijo David-. Deberían saber que…

- Yo les contaré lo que pasó -dijo Ramsés. Debíamos haberle hecho mucho daño, pero yo sospechaba que el tono de su voz se debía más al enfado que al dolor.

Emerson habló por primera vez; sentado sin moverse, al lado de la cama, no había apartado sus ojos de Ramsés, y cuando pensó que ninguno de nosotros le veíamos, le dio a su hijo un apretón muy cariñoso en el brazo.

- Llevémosles a casa, Peabody. Si consideran que pueden soportarlo, podríamos disfrutar de un consejo de guerra.

Así que les metimos en el carruaje y les llevamos a casa, con Risha trotando a nuestro lado. Nos retiramos a la sala de estar, donde intentamos que Ramsés se tumbara en el sofá, aunque no lo

hizo. Katherine se movía lentamente por la habitación encendiendo lámparas y corriendo cortinas; luego se sentó junto a mí. Su comprensión y apoyo silenciosos eran lo que yo necesitaba en aquel momento; recuperada, tomé la iniciativa una vez más.

- Sería mejor que nos contaras lo que ocurrió, Ramsés -dije. En el pasado había tenido ocasiones de quejarme de la verborrea y teatralidad de mi hijo. Esta vez fue todo lo contrario: sus frases fueron directas y contundentes.

- El tipo se golpeó la cabeza al caer. Una vez liberado David, nos pusimos a correr. No habríamos podido huir si él no se hubiera hecho cargo de la situación, por suerte se le ocurrió acudir a la casa de Selim. A mí se me había metido en la cabeza que debíamos ir en busca de Abdullah.

- ¿Eso es todo? -exclamé.

- No, ¡no lo es! -las expresivas facciones de David mostraban signos crecientes de agitación-. Yo vi lo que hiciste, Ramsés. Estaba mareado y sin fuerzas para respirar, pero no estaba inconsciente -Nos miró a los ojos uno por uno antes de proseguir-: El guardián tenía un cuchillo. Ramsés no. Parecía como si no pudiera sostenerse. Cuando cayó hacia delante pensé que se había desmayado, y el guardián debió pensar lo mismo, pero se trataba del truco que nos enseñó una vez, ¿te acuerdas, Nefret?, el que te dijo que no probaras a menos que no tuvieras otra elección, pues supone jugarte el todo por el todo en cuestión de segundos. Tienes que colocarte bajo el cuchillo y rogar que no te alcance, y agarrar los pies del otro hombre antes de que pueda saltar hacia atrás.

Nefret asintió con la cabeza.

- Una fracción de segundo, largos brazos y una suerte endiablada. Ahí fue cuando se astilló la costilla.

- No está astillada -protestó Ramsés indignado-, sólo magullada. Y el maldito esparadrapo duele que rabia. No sé que es peor, si tú o…

- Él trató de arrastrarme -continuó David con voz poco firme-. Yo no podía andar, estaba demasiado entumecido. Podía haberme dejado e ir en busca de ayuda, pero…

- Pero no fui tan sensato como para pensar en ello -dijo Ramsés-. ¿Te importaría callarte, David?

- No me vale, Ramsés -intervino Nefret. Su cara se ruborizó, y se

puso de pie de un salto-. Has omitido todo lo importante. Maldita sea, ¿no comprendes que no podemos manejar eficazmente esta situación si no disponemos de todos los datos? Cualquier detalle, por pequeño que sea, puede ser importante.

Emerson, que había escuchado en silencio, se aclaró la garganta.

- Tiene razón. Ramsés, hijo mío…

Nefret se dio la vuelta y agitó su dedo frente a la asombrada cara de Emerson.

- Esto también va por usted, profesor… y por usted, tía Amelia. Lo que ha ocurrido esta noche podría haberse evitado si no nos hubieran ocultado cosas.

- Nefret -dijo Ramsés-, no sigas…

Mi pobre Emerson parecía un hombre al que le había arañado su gatita. Lanzando una exclamación avergonzada, Nefret se precipitó contra el regazo de él, y rodeó su cuello con los brazos.

- No quise hacerlo. ¡Perdóneme!

- Querida, el reproche no es inmerecido. No, no te levantes; prefiero tenerte aquí.

Él la rodeó con los brazos, y ella ocultó su cara contra su gran hombro; todos nosotros hacíamos como que no veíamos los sollozos que agitaban su delgado cuerpo. Yo había pensado que ella se derrumbaría mucho antes; su temperamento es bastante diferente al mío. Aunque actúa tan fría y eficazmente como yo lo haría en una emergencia, una vez que ésta ha pasado, su naturaleza tempestuosa y encantadora busca una salida para las emociones contenidas. Así que la dejé llorar un rato en los brazos paternales de Emerson, y luego sugerí que algunos de nosotros deberíamos retirarnos a dormir.

Nefret se sentó; los únicos restos de lágrimas eran sus pestañas humedecidas, y una mancha húmeda en la camisa de Emerson.

- No hasta que hayamos terminado. Ramsés, vuélvelo a contar, desde el principio, y esta vez no omitas nada.

Tuvimos que sonsacarle buena parte de las cosas. Encaramada en la rodilla de Emerson, que rodeaba su cintura con el brazo, Nefret mostró tanta maestría en el interrogatorio que no tuve necesidad de intervenir.

- No me sorprende que Layla estuviera involucrada en una actividad criminal -comenté-. Por lo que parece, presta sus servicios

a todo aquel que pueda pagarlos.

- Las actividades criminales -dijo mi hijo- le permitieron escapar de una vida de miseria y degradación. ¿Puede condenarla alguien que no se haya visto nunca forzado a tomar semejante decisión?

- ¡Válgame Dios! Qué serio te has puesto -exclamé-. Sin embargo, debo admitir la justicia de tu observación; las mujeres viven momentos difíciles en este mundo de hombres, y los escrúpulos morales son lujos que algunas de ellas no se pueden permitir.

- En este caso -dijo Nefret con una voz dulce como la miel-, los escrúpulos morales de Layla eran más fuertes que la codicia. ¿O había alguna otra razón por la que se arriesgó a liberarte?

Ramsés le dirigió una fugaz mirada, y con la misma rapidez volvió a mirarse los pies, en los que había estado concentrado la mayor parte del tiempo.

- Varias razones, creo. Incluso una mujer desprovista de escrúpulos morales puede negarse a asesinar. Padre (y madre también, por supuesto) tienen una reputación formidable; si hubiéramos sufrido daños habrían exigido un castigo. Layla dijo que sus empleadores tenían pensado algo particularmente desagradable para mí, y posiblemente para David también.

- Para con eso -dije con irritación.

- Sí, madre.

- Me has hecho olvidar lo que iba a preguntarte ahora…

- Le pido disculpas, Madre.

- Yo sé lo que iba a preguntarte ahora -dijo Nefret-. Es una cuestión bastante simple, pero de vital importancia. ¿Qué quería esa gente?

- A nosotros -dijo Ramsés-. A ambos, pues si no habrían dejado muerto al que no querían en el templo.

- Eso es demasiado simple -protestó bruscamente Nefret-. El secuestro no es un fin en sí mismo, es un medio para un fin. Si no hubierais huido nos habrían pedido… ¿el qué? ¿dinero? ¿el papiro? ¿o… algo más?

- Espera un minuto -exclamó Cyrus tirando de su perilla-. Vais por delante de mí. ¿Qué papiro?

- Los chicos lo consiguieron en El Cairo -le expliqué-. De un comerciante… el mismo tipo al que sacaron del Nilo hace unos días,

destrozado por lo que parecía ser un cocodrilo.

- Pero, Amelia… -comenzó Cyrus.

- Sí, lo sé. No hay cocodrilos en Luxor. Te lo explicaré más tarde, Cyrus. Parece que alguien quiere recuperar el papiro. ¿Crees que ése es el motivo que hay detrás del pequeño accidente de los chicos, Nefret?

- Hay otra posibilidad.

- ¿Sí? Se está haciendo tarde y…

- Seré breve -dijo Nefret. Había un tono en su voz que no me gustó nada-. Supongamos que el ataque de tía Amelia en Londres y nuestros posteriores encuentros con Yussuf Mahmud tuvieran alguna conexión. Si alguien está detrás de todos ellos, ese alguien debe ser el mismísimo Maestro del Crimen. Todas las pistas conducen a él: el mensaje mecanografiado, la posibilidad de que el papiro proceda de su colección privada, incluso el hecho de que alguien descubriera que Alí *el Rata* es Ramsés. Ése es un argumento poco convincente, lo admito, pero Sethos es una de las pocas personas que sabe que usted encontró su laboratorio privado y si, como sospecho vivamente, ha estado en contacto con usted desde entonces, probablemente esté familiarizado con nuestras costumbres. Su turno, tía Amelia. Es hora de que nos cuente todo lo que sepa sobre ese hombre. ¡Y quiero decir todo!

Dios mío, ¡la niña tenía una mirada casi tan amenazadora como la de Emerson en sus mejores momentos! Me atrevería a decir que podría hacerle bajar la cabeza, pero no podía negarle la justicia de sus acusaciones.

- Tienes razón -confesé-. Me he visto con Sethos desde entonces y yo… Dios mío. No hay duda de que sabe mucho más de todos nosotros, incluyendo a Ramsés, de lo que debiera.

# Capítulo 8

Nuestra conversación finalizó en aquel punto, puesto que la cara de Ramsés había adquirido un desagradable tono verde grisáceo, y Nefret le obligó a irse a la cama. Se fue protestando, aunque débilmente, así que le aseguré que no seguiríamos sin él.

- Necesito ordenar mis ideas -expliqué-. Y ordenarlas en una secuencia lógica, aunque no creo que sea capaz de hacerlo en este momento.

- Vaya, qué raro -dijo Emerson-. Por lo que veo, ha sido una noche cansada incluso para ti, querida. Yo también me iré a la cama. Continuaremos mañana por la mañana.

Katherine soltó un ligero carraspeo.

- Amelia, ¿te parecería una grosería si te pidiera que nos dejaras a Cyrus y mí unirnos a vosotros? La curiosidad mató al gato, ya sabes, y supongo que no querrás tener mi muerte sobre tu conciencia.

En aquel momento hubiera dicho que sí a todo con tal de que me dejaran sola para ordenar mis ideas. Una breve reflexión me bastó para decidir que el afecto y la curiosidad la habían inclinado a plantear su solicitud, y que nadie podría ayudarnos mejor que esos amigos tan queridos. Cyrus sabía más de nuestra extraordinaria historia que mucha gente, y la cínica inteligencia de su mujer me había ayudado en el pasado. Como el siguiente día era viernes, el día sagrado musulmán, y siempre desayunábamos más tarde y con más calma que los días de diario, les invité a que desayunaran con nosotros.

Mi querido Emerson me metió en la cama con más ternura de la

que tendría una mujer, y Fátima insistió en que me bebiera un vaso de leche caliente especiada con cardamomo para ayudarme a dormir.

- Sois más amables conmigo de lo que merezco -dije-. Ven a la cama, Emerson, has estado tan preocupado como yo.

- Más tarde, querida.

- No pretenderás sentarte toda la noche haciendo guardia, ¿no?

- No toda la noche. David y yo haremos turnos. Creo que me habría golpeado si yo no hubiera accedido -La severa cara de Emerson se suavizó-. Está casi bien, Peabody. La mujer de Selim le atiborró de su guiso de cordero, y Nefret me ha asegurado que la herida es insignificante.

- Yo quería volver a examinarle -murmuré-, y a Ramsés también. Ella no me dejaría…

Emerson tomó mi mano; su voz parecía venir de muy lejos.

- No quiso decir eso, ¿sabes Peabody?

- Sí, sí quiso. Oh, Emerson… ¿me equivoqué? Yo creía de verdad que estaba haciendo lo mejor… por su propio bien… -Un gran bostezo interrumpió mi discurso, y de repente entendí lo que pasaba-. ¡Maldita sea, Emerson! Has puesto láudano en la leche. Cómo has podido…

- Duerme bien, mi amor -lo último que sentí fue que sus labios rozaban mi mejilla.

Me levanté antes que los demás, descansada y lista para volver a tomar las riendas una vez más. Emerson dormía profundamente; no se movió ni siquiera cuando le planté un beso en su mejilla barbuda, así que me vestí y salí de puntillas.

Los demás se hallaban en el mismo estado que mi marido, incluso David, cuyo primo Achmet había asumido las funciones de guardia. Permanecí un momento al lado de la cama de Ramsés, mirándole. Nefret debía haber hecho que tomara láudano, o una de sus novedosas medicinas, ya que estaba profundamente dormido. Cuando le aparté su maraña de rizos de la cara sólo murmuró y sonrió.

Estaba en la galería ocupada haciendo anotaciones cuando Cyrus y Katherine vinieron a caballo, Cyrus sobre su yegua favorita *Queenie,* y Katherine en un tranquilo poni de ancho lomo. Llevaba el sombrero de paja anudado bajo la barbilla con un gran lazo, y

parecía más que nunca una agradable gatita.

Emerson y los chicos llegaron poco después, y nos sentamos todos a desayunar. La conversación era esporádica, y no solamente porque estuviéramos comiendo. Yo era consciente de que flotaba en el ambiente cierta reserva. Me alivió comprobar que el apetito de Ramsés era normal, aunque tenía alguna que otra dificultad para comer con su mano izquierda. Me pregunté cómo le habría obligado Nefret a llevar un cabestrillo, y si sus heridas serían mayores de las que yo había visto, y si no debería insistir en examinarle yo misma…

- El cabestrillo es sólo para proteger su mano, tía Amelia. Su brazo no está herido.

Eran las primeras palabras que me había dirigido Nefret desde que me lanzara aquellas mezquinas acusaciones la noche anterior. Sus azules ojos estaban velados por una sombra de inquietud, y sonreía con cierto temor. Le devolví una sonrisa cariñosa.

- Gracias querida por tranquilizarme. Confío plenamente en tu habilidad. Y gracias por cuidarme tan eficazmente. He dormido como una niña y me he levantado descansada.

- Oh, tía Amelia, ¡siento lo que dije anoche! Yo no…

- Te estás volviendo aburridamente repetitiva, Nefret -Ramsés apartó su plato-. Y estáis perdiendo el tiempo. Ya veo que madre ha organizado sus ideas a su manera habitual tan eficaz, y por escrito; ¿le pedimos que comience?

Reuní mis papeles y los cogí, deseando haberlo hecho antes de que la mirada de halcón de mi hijo se hubiera posado en ellos. Las hojas tenían un buen número de líneas tachadas y garabateadas encima; la complejidad de mis procesos mentales no se presta a la organización escrita. Sin embargo, había decidido qué iba a decir, y procedí a hacerlo.

- Estoy de acuerdo con Ramsés; no deberíamos perder tiempo en disculpas y expresiones de arrepentimiento. Si alguno de nosotros ha errado, ella… eh… él o ella lo hicieron con las mejores intenciones. No hay cosa más inútil que…

- Peabody -me recordó Emerson-, por favor. Evita los aforismos, si puedes.

El brillo de sus hermosos ojos azules era de diversión más que de enfado. La misma cariñosa diversión animaba las demás caras

excepto, por supuesto, la de Ramsés. Sin embargo, su expresión no era más severa de lo habitual, por lo que deduje que estábamos de acuerdo una vez más, agravios olvidados.

- Ciertamente, querido -convine-. Comenzaré suponiendo que todos estáis familiarizados con la historia de nuestros primeros encuentros con Sethos. Ramsés se lo ha contado a David y a Nefret, y Cyrus a Katherine, ¿no? Mmmm, sí, eso pensaba. Yo recogí alguna información adicional durante mi… eh… entrevista privada con él. Después de una larga y profunda consideración, he extraído de esa entrevista los siguientes hechos que pueden ser relevantes.

»Sethos tiene una colección privada de antigüedades. Lo que dijo…eh… -Fingí consultar mis notas, aunque no era necesario; nunca olvidaría esas palabras, ni la mirada de esos extraños ojos camaleónicos cuando las pronunció-, dijo: "Los objetos más hermosos que consigo los guardo para mí mismo".

Emerson gruñó, y Ramsés advirtió, con mayor tacto del que yo hubiera esperado:

- El papiro satisface ciertamente sus criterios. ¿Qué más dijo?

Comencé a agitar mi cabeza, capté la mirada cariñosa pero crítica de Nefret, y suspiré.

- Que Emerson era una de las pocas personas en el mundo que podía constituir un peligro para él. No explicó por qué. Dijo que nunca había hecho daño a una mujer. Prometió… No, dejadme ser absolutamente precisa. Insinuó que nunca me volvería a tocar, ni dañaría a los que amo.

- Parece que malinterpretaste eso último -comentó secamente mi hijo.

- ¿Qué más? -preguntó Nefret inflexible.

- En cuanto a la familiaridad con nuestras costumbres personales y nuestros asuntos privados… Bien, dejadme que lo diga de este modo. Sabe lo suficiente sobre Ramsés como para sospechar que ha empezado a interesarse por el arte del disfraz, y que podría pasar fácilmente por un egipcio. Una vez que se ha prendido la sospecha un hombre inteligente podría deducir la verdadera identidad de Alí *el Rata* por una sola cosa: Alí fue visto en El Cairo sólo cuando nosotros estábamos allí. No se me ocurre nada más que pueda ayudarnos. Ésa es la verdad, Nefret.

Era la verdad, o por lo menos, lo que yo creía de corazón. No

habría sido justo o necesario decir que estaba equivocada, porque en aquel momento ninguno de nosotros tenía la más mínima sospecha… Pero las excusas no me valen. Yo estaba equivocada, y el precio que pagué por mi error me perseguirá durante el resto de mi vida.

Se produjo un denso silencio y, en el caso de Nefret, algo escéptico. Sin embargo, nadie cuestionó mi declaración.

- La verdad, no tenemos mucho -dijo finalmente-. No hay nada que sugiera que Sethos está detrás de este asunto, y nada que pruebe que no lo esté. Si el incidente de Londres no tiene relación con los demás, tenemos otro enemigo desconocido con el que luchar, que sería el que habría intercambiado a David o a mí por el papiro. Si Sethos es el cerebro, nos hizo prisioneros sólo como medio para llegar a madre. Humillante, ¿verdad, David? Nadie nos quiere por nuestros propios encantos.

- ¿Podría echar un vistazo a ese papiro? -preguntó Cyrus-. Debe ser algo realmente extraordinario cuando un tipo llega a tal extremo para recuperarlo.

- Lo es -dijo Ramsés.

- Como todos los papiros -dijo Emerson, a quien no le impresionan estos documentos tanto como a otras personas-. Tráelo aquí, Ramsés.

Mi hijo fue a buscarlo. Cyrus soltó un silbido de admiración.

- Es condenadamente elegante. Muy bien, el señor Walter Emerson va a perder la cabeza cuando lo vea.

- ¡Tío Walter! -David se puso de pie de un salto-. ¡Cielo santo! Él, tía Evelyn y Lía… ¡No deben venir! Podrían correr un peligro terrible.

- Venga, David, no seas tan melodramático -dije-. No hay razón alguna para suponer…

- Sin embargo, tiene razón -me interrumpió Emerson-. Por el momento no sabemos qué diablos pasa, y mucho menos por qué. Otras tres víctimas potenciales complicarían el problema aún más. ¡Mejor será que les disuadamos!

- Es demasiado tarde -dije lúgubremente-*. Partieron en barco desde Marsella esta mañana.

Fue Katherine la que consiguió disipar nuestros temores con una simple aseveración.

- Espera siempre lo peor y toma medidas para evitarlo.

- Justo lo que estaba a punto de decir -exclamé-. ¡Medidas! ¡Debemos tomar medidas! Eh… ¿qué medidas?

Hay algo muy reconfortante en esa tranquila cara suya de mejillas sonrosadas.

- Primero, buscad todos los medios posibles para protegeros. Haced que vigilen esta casa y no salgáis sin escolta. Segundo, posponed o cancelad la visita de vuestra familia. No dudo que Evelyn y Walter pueden cuidar de sí mismos, pero la niña no puede; sólo sería una fuente adicional de inquietud. Tercero, averiguad quién es el responsable de esto y paradle.

- Me parece un programa bastante ambicioso, querida -dijo Cyrus agitando la cabeza-. ¿Por dónde empezamos?

Me reconfortó oírle decir «empezamos», aunque, a decir verdad, no habría esperado menos de él.

- En Gurneh, obviamente -propuso Ramsés-. Y, como tan sensatamente ha sugerido la señora Vandergelt, todos juntos.

Yo había esperado que el pueblo hirviera de excitación, puesto que cada uno de sus habitantes debía de conocer ya los acontecimientos de la noche anterior, que se habrían propagado rápidamente por toda la red de cotilleo: la primera fuente de información en las sociedades iletradas. Sin embargo, según cabalgábamos por el sinuoso camino, vi que la plaza estaba inusualmente tranquila. Pocas personas nos saludaron; percibimos solamente un revoloteo de vestiduras, pues sus portadores se ocultaban rápidamente tras una pared.

- Ése era Alí Yussuf-exclamé-. ¿Qué diantres le pasa?

Emerson rió entre dientes.

- Una conciencia culpable, mi querida Peabody. Aunque no haya tenido nada que ver con el asunto de anoche, tiene miedo de que le hagamos responsable de lo que les pasó a los chicos.

- Es inevitable sospechar de todo el mundo, Emerson. Esos bellacos no se hubieran atrevido a ocultar en el pueblo a sus cautivos, de no ser porque algunos de los aldeanos estaban conchabados con ellos.

Ramsés iba cabalgando por delante, pero puede oír un susurro a través del Nilo, como dicen los egipcios. Volvió la cabeza:

- Esto fue sólo una escala temporal, madre. Nos habrían

trasladado a otro sitio al amparo de la oscuridad.

Kadija estaba de pie en la puerta cuando subíamos cabalgando hacia la casa de Abdullah. Nos dijo que ni Abdullah ni Daoud estaban en casa.

- ¡Maldita sea! -protestó Emerson-. Le dije a Daoud que mantuviera al viejo tunante alejado de todo esto. ¿Adonde han ido, Kadija?

La mujer de Daoud comprendía el inglés aunque nunca lo hablaba. Con esa apariencia misteriosa que sólo un velo negro puede proporcionar, confirmó los temores de mi marido.

- ¡Maldita sea! -repitió-. Supongo que todo su grupo ha ido allí.

- No todos -respondió Kadija en árabe-. Algunos están haciendo preguntas, Padre de las maldiciones. Muchas preguntas a muchas personas. ¿Quiere entrar, tomar té y esperar?

Declinamos la invitación con agradecimiento, estábamos a punto de irnos cuando la mujer salió de la casa moviéndose digna y mesuradamente. Su mano, grande y callosa como la de un hombre, se posó un momento en la bota de David antes de volverse hacia Ramsés e inspeccionarle detenidamente. Sin embargo, no fue a mi hijo a quien se dirigió.

- ¿Podrá quedarse un momento, Nur Misur?

- Sí, por supuesto. Seguid -dijo Nefret a los demás.

Ella tardó sólo un momento en salir.

- ¿Y bien? -le pregunté-. ¿Qué es eso tan divertido?

Nefret intentó contener la risa.

- Me ha contado una historia muy divertida.

- ¿Kadija? -dije con sorpresa-. ¿Qué clase de historia?

- Eh… no importa. Lo que quería en realidad era que le dijera cómo estaban los chicos. Es demasiado tímida para preguntarles directamente cómo se sienten.

Podríamos haber encontrado la casa que buscábamos incluso sin las indicaciones de David. Se hallaba rodeada por una multitud de gente que gesticulaba frenéticamente, y gritaba a pleno pulmón. Las negras túnicas de las mujeres contrastaban con las chilabas blancas, azules y tostadas de los hombres, los niños entraban y salían rápidamente como escarabajos oscuros. Los hombres nos saludaron con timidez; o bien sus conciencias estaban tranquilas, o carecían de ellas.

Aquella no era la casa en la que Layla había vivido. Yo recordaba muy bien aquel establecimiento; éste era mayor y más aislado, con unos pocos tamarindos polvorientos tras él y ninguna otra casa a la vista. El lugar era apropiado para el fin que servía; un carro cargado de, digamos, caña de azúcar, podría atravesar las verjas hacia el patio interior sin levantar sospechas.

Cuando vi quién se hallaba ante el portón abierto comprendí por qué ninguno de los hombres había osado siquiera entrar. La gran figura de Daoud llenaba la abertura de lado a lado, desde el dintel al umbral. Corrió hacia nosotros con gritos de placer y alivio, abrazó a David, estaba a punto de hacer lo mismo con Ramsés cuando Nefret se interpuso entre ellos.

Abdullah nos esperaba dentro. La nívea barba le temblaba de indignación, y su ceño feroz ensombrecía su venerable frente. Se dirigió a Emerson con un tono de frío reproche.

- ¿Por qué no me lo dijo? Esto no habría ocurrido si hubiera depositado su confianza en mí.

- Oye… Abdullah -comenzó Emerson.

- Comprendo. Soy demasiado viejo. Demasiado viejo y estúpido. Me iré a sentar al sol con el resto de los ancianos y…

- Tenías nuestra confianza, Abdullah -le interrumpí-. Sabías tanto como nosotros. Tampoco esperábamos que ocurriera una cosa así.

- Ah -Abdullah se sentó en las escaleras, y se rascó la barba-. Entonces les perdono, *Sitt*. ¿Qué vamos a hacer ahora?

- Me parece que ya lo estás haciendo -dijo Ramsés echando un vistazo a la puerta abierta de la habitación de la izquierda. En algún momento debió de estar confortablemente amueblada, con alfombras y mesas, un gran diván y varias butacas de estilo europeo, y un gran armario guardarropa contra la pared del fondo. Las contraventanas estaban abiertas y la luz del sol que se estrellaba contra las ventanas iluminaba una escena de caos total: alfombras enrolladas y apartadas, cojines esparcidos por el suelo y sillas dadas la vuelta.

- Estamos buscando pistas -explicó Abdullah.

- Pisoteándolas, más bien -gruñó Emerson-. ¿Dónde está Selim? Le dije que… ¡Oh, caray!

Un sonoro estrépito en la parte de arriba delató la presencia de

Selim. Ramsés pasó al lado de Abdullah y subió las escaleras corriendo, seguido por los demás.

Selim no estaba solo. Dos de sus hermanos y uno de los hijos de su primo segundo estaban destrozando las habitaciones del primer piso «buscando pistas», según presumía uno. El rugido de Emerson les detuvo en seco, aunque no llegó a desconcertarles; se reunieron, hablando todos a la vez mientras trataban de explicarle lo que habían hecho.

Dejé a Emerson explicando pacientemente los principios de la búsqueda de material sospechoso, y alcancé a Ramsés, quien permanecía observando una de las habitaciones. Se trataba del dormitorio de una mujer. Los muebles eran una extraña mezcla de lujo local e importado: bellas alfombras orientales, un tocador forrado de muselina, cómodas talladas, y vasijas de fina porcelana tras un biombo. Deduje que Selim y sus hombres no habían tenido tiempo de destrozar esta habitación, pero había pruebas que delataban una búsqueda apresurada. Una de las cómodas estaba abierta, su contenido esparcido sobre un mar de tela irisada. Las sábanas de la cama estaban arrugadas y sucias.

- ¿Es aquí donde te confinaron? -le pregunté.

- Sí -Ramsés se dirigió a la cama. Cogió un trozo de algodón blanco, que yo no había visto pues tenía el mismo color de la sábana, lo examinó, y lo dejó caer al suelo. No necesité preguntarle lo que era.

El registro de la habitación no dio más resultados que unos trozos de cuerda anudados y cortados y las botas de Ramsés, que habían sido empujadas debajo de la cama. Se alegró de recuperarlas, pues sólo tiene dos pares y las botas son caras.

Nefret y yo registramos las cómodas. Contenían ropa de mujer, alguna egipcia y otra europea, incluyendo un camisón de seda transparente impregnado de un aroma que hizo que Nefret arrugara la nariz.

- Debe bañarse en esta maldita porquería -refunfuñó.

- Se llevó con ella las cosas de valor -dedujo Emerson, quien había dado la vuelta al colchón y a los muelles de la cama-. No hay joyas ni dinero. Y no hay papeles tampoco.

- Sin embargo, se dejó toda su ropa -dijo Nefret dejando el camisón en la cómoda.

- No había tiempo para hacer una mudanza -intervino Ramsés-. Ni se habría atrevido a volver a buscar sus cosas; me dijo que los otros vendrían pronto.

Katherine se sentó en un escabel.

- Si se llevó sólo lo que podía meter en un pequeño fardo tendrá que reponer su guardarropa. Deberíamos preguntar en los mercados y las tiendas.

- Estaba a punto de hacer esa sugerencia -dijo una voz en un inglés puro y refinado.

Permanecía observándonos desde la puerta, vestido con un bien cortado traje de *tweed,* las botas relucientes, el sombrero en la mano y el pelo rubio tan liso como si se lo acabara de cepillar.

- ¡Sir Edward! -exclamé-. ¿Qué está usted haciendo aquí?

- Llevo aquí algún tiempo, señora Emerson. Buenos días a todos -añadió con una agradable sonrisa.

- Se suponía que Daoud no tenía que dejar pasar a nadie -dijo Ramsés.

- Daoud no me incluyó en esa prohibición -explicó amablemente Sir Edward-. Me recordaba como un amigo y un colaborador, y como amigo no podía mantenerme apartado. La noticia ha corrido por todo Luxor esta mañana. Me alivia ver que eran exageraciones -sus fríos ojos azules se volvieron hacia Ramsés, y dirigieron una mirada a David-, aunque no totalmente imprecisas. No podía por menos que venir a ofrecer mi ayuda.

- No es necesaria -le atajó Emerson-. Tenemos el asunto bajo control.

- ¿Ah, sí? Nadie que le conozca tan bien como yo dudaría de su habilidad para defenderse de enemigos comunes. Pero el mismo hecho de que estos canallas hayan conseguido secuestrar a Ramsés y a su criado…

- David no es mi criado -dijo Ramsés de inmediato.

- … y a su amigo -se corrigió suavemente Sir Edward-, dos jóvenes fuertes que estaban, no me cabe duda, sobre alerta, sugiere que son peligrosos y sin escrúpulos. Como le dije a la señora Emerson la otra noche, estoy buscando algo en lo que ocupar mi mente. Mis servicios arqueológicos no se precisan, parece, así que les ruego que acepten mis servicios como defensor.

- ¿Quiere usted decir de «las damas? -preguntó Nefret con labios

temblorosos y pestañeando seductoramente-. Oh, Sir Edward, ¡qué galante! ¡qué noble! ¿Cómo podríamos agradecérselo?

Fue una burla tan ultrajante que estuve tentada de echarme a reír. Sir Edward no lo comprendió como yo: plantó su mano en la zona más cercana al corazón, y dirigió una mirada a Nefret con el mismo deprimente histrionismo que emplearía un actor de tercera interpretando a Sir Galahad.

- La protección de las damas indefensas es el deber sagrado de un inglés, señorita Forth.

A Emerson no le hizo gracia aquel gesto.

- Qué tontería -gruñó-. Éste no es un asunto precisamente divertido, Sir Edward.

- Soy bien consciente de ello, señor. Si he sido informado correctamente, la mujer a quien pertenecía esta casa es la misma a la que conocimos la señora Emerson y yo hace unos años. Entonces pude serle de cierta utilidad. ¿Podría abrigar esperanzas de volverlo a ser?

- Estamos perdiendo el tiempo con estas cortesías vanas - Emerson rechazó su oferta frunciendo el ceño y haciendo un gesto terminante-. No hemos terminado de registrar la casa.

Sir Edward era lo suficientemente listo como para empeñarse en seguir discutiendo, pero nos siguió a una discreta distancia mientras examinábamos el resto de las habitaciones y la azotea. No encontramos nada de tipo personal, salvo una lata que había contenido opio, y un narguile. La cocina, un edificio separado cercano a la casa principal, era un desastre. Apestaba a verduras que habían comenzado a pudrirse, leche cuajada, y a la aguada y amarga cerveza egipcia. El único objeto extraño era una botella rota de cristal verde. Ramsés rebuscó entre los fragmentos, hasta que encontró uno que tenía parte de una etiqueta.

- Moêt et Chandon -dijo.

- La dama tenía gustos caros -murmuró Sir Edward.

- Tenía medios para permitírselos -dije yo-. Ha enterrado a dos maridos ricos.

El único lugar que faltaba por registrar era el cobertizo. Ya me había resultado doloroso ver la habitación donde Ramsés había estado preso; la mordaza y las cuerdas eran pruebas mudas pero contundentes de las largas horas de incomodidad e incertidumbre

que había sufrido, pero el pequeño y mugriento cobertizo era aún peor. Mi desatada fantasía (cualidad de la que estoy ampliamente dotada) me ayudó a imaginar a David tendido indefenso y herido en el duro suelo, deseando que le rescataran, temiendo lo peor, e ignorando lo que le había acontecido al amigo al que quería como a un hermano. ¿Cuál habría sido su suerte y la de Ramsés si Layla no hubiera acudido en su ayuda? Sin duda, no una muerte limpia y rápida, puesto que, de haberlo querido, sus atacantes podían haber acabado con ellos desde el primer momento. Una serie de alternativas me vino a la mente, haciendo que un escalofrío me recorriera la espina dorsal.

No había sitio en aquel horrible lugar para todos nosotros, así que dejé a Emerson y Ramsés que investigaran. Todo lo que encontraron fue una jarra de cerveza volcada y un montón de colillas de cigarrillo, una tosca lámpara de arcilla y una delgada capa de paja mohosa.

Volvimos a casa de Abdullah, deseando que las preguntas que se había encargado de hacer nos pudieran proporcionar más información. Nuestra gente había estado trabajando desde el amanecer, y debo decir que habían investigado a fondo en el pueblo. Una multitud de testigos nos esperaba, algunos malhumorados y resentidos, y otros curiosos y alegres. Abdullah les fue trayendo uno por uno, mientras bebíamos el té que Kadija sirvió.

Todo el mundo conocía el regreso de Layla; había sido un tema de interés, particularmente para algunos de los hombres. Sin embargo, cuando se habían dejado caer por su casa para renovar las viejas amistades, habían sido rechazados. Ellos estaban indignados, pero no sorprendidos; Layla había sido siempre imprevisible, como lo expresó uno de ellos, añadiendo filosóficamente:

- Eso es lo que ocurre por dejar a las mujeres que tengan su propio dinero. Hacen lo que quieren en vez de lo que los hombres quieren que hagan.

- Condenadamente cierto -refunfuñó Nefret, una vez que el último testigo se despidió de nosotros-. Por favor, tía Amelia, señora Vandergelt, disculpen mi lenguaje.

- No te preocupes -dijo Katherine con una sonrisa. Se había acostumbrado a oír a Nefret hablar como un carretero, y yo ya

había perdido las esperanzas de impedirle que lo hiciera. Había aprendido más de lo que convenía de Emerson.

Aparte de la poco útil información sobre Layla, la mayoría de los testigos no tenía mucho que decir, aunque algunos de ellos se explayaron bastante. Habían visto extraños entrando y saliendo de la casa de Layla; era gente con cara de pocos amigos que no se pararía a hacer o a contestar preguntas. Finalmente Emerson puso fin al proceso con un comentario vehemente.

- Esto no nos lleva a ninguna parte. Si alguno de los *Gurnawis* conociera a esos tipos no lo admitiría. Layla es nuestra mejor pista. Debemos encontrarla. ¿Dónde puede haber ido?

Sir Edward, que había venido con nosotros puesto que nadie le había dicho que no lo hiciera, carraspeó discretamente:

- ¿No puede ser que haya cruzado a Luxor? Los pueblos de la ribera Occidental son pequeños y muy cerrados; se reconoce a los extraños. Sin embargo, hay cierto barrio en Luxor… Perdónenme. No debería haber hecho referencia a ello cuando hay tres damas presentes.

- Oh, esa parte de Luxor -dije-. Mmmm…

- Ya se me había ocurrido esa posibilidad -dijo Ramsés lanzando una mirada hostil a Sir Edward, quien, por su parte, le dirigió una sonrisa amistosa.

- Bien, no debes ir allí -declaré-. Ni David tampoco.

No prohibí a Nefret que fuera porque nunca se me habría ocurrido que hiciera semejante cosa. Autopsias y cuerpos mutilados, sí; las guaridas de oscuros criminales, ciertamente; pero una casa de lenocinio… No llego a imaginar cómo pude haber sido tan torpe.

Sir Edward se despidió de nosotros en el lugar donde habíamos dejado los caballos al cuidado de uno de los innumerables jóvenes parientes de Abdullah. No renovó su oferta de ayuda, pero la significativa mirada que me dirigió indicaba a las claras que la mantenía y la seguiría manteniendo. Tenía un porte formidable a caballo, y los ojos de Nefret no fueron los únicos que siguieron su erguida figura según cabalgaba hacia el transbordador.

- No quiero hablar cuando no me toca, Emerson -empezó Cyrus mientras nos dirigíamos a la casa-, pero maldita sea si entiendo por qué no aceptaste la oferta de Sir Edward. Es un tipo fuerte, y muy listo.

- No quiero que ande por ahí echándole miraditas a mi mujer -gruñó Emerson-. O a Nefret.

- Venga, hombre -insistió Cyrus lentamente-. No recuerdo que haya una ley que prohíba a un hombre atender educadamente a una dama, siempre que ella no se oponga. Y tengo la impresión de que si la señorita Nefret se opusiera, se lo haría saber sin vacilar.

- Condenada… eh… absolutamente cierto -dijo Nefret-. No debería portarse como un padre victoriano, querido profesor. Necesitamos a Sir Edward. Especialmente si Lía, tía Evelyn y tío Walter van a venir a vivir con nosotros.

- No habrá sitio en la casa -refunfuñó Emerson. Era el último estruendo del volcán antes de apagarse; Emerson tiene sus pequeñas debilidades, pero no es tonto, y reconocía lo inevitable.

- Habrá mucho sitio si conseguimos impedir que vengan -le contradije-. Sir Edward está en el Winter Palace, ¿no? Le haremos una visita o le dejaremos un mensaje aceptando su oferta.

Por una vez no hubo más discusión sobre lo que deberíamos hacer. Era imperativo que tratáramos de localizar a Layla, y cuanto antes mejor. En mi opinión Luxor era su destino más probable, y era allí donde más posibilidades teníamos de encontrar su rastro. Mi sugerencia de que Ramsés se fuera a casa y descansara fue acogida con un pétreo silencio por su parte, y con un comentario crítico por parte de Nefret.

- Yo no confiaría en que se quedara aquí, tía Amelia. Sería mejor que le dejáramos que viniera para no perderle de vista.

No tenía intención de que Nefret viniera, pero cuando me detuve a pensarlo, me di cuenta de que tampoco confiaba en ella. Así que cabalgamos directamente al muelle, y dos de nuestros hombres nos ayudaron a cruzar el río en el pequeño bote que teníamos.

*Del manuscrito H*

- ¿Cómo nos vamos a librar de ellos? -preguntó Nefret.

Se hallaban esperando fuera de la oficina de billetes de ferrocarril mientras que el matrimonio Emerson interrogaba al jefe de estación. El andén, la estación y el camino que conducía a ella, estaban repletos de gente que esperaba el tren a Asuán. El sol se alzaba en lo alto, y el aire estaba cargado de polvo. Nefret se había quitado el sombrero y se abanicaba con él.

- Esto es una pérdida de tiempo -prosiguió-. ¿Cómo podría haber reconocido el jefe de estación a una mujer con velo? Todas se parecen con esas túnicas negras. De cualquier modo, ellos sabían que ella les había traicionado, y la estación de ferrocarril sería uno de los primeros lugares donde habrían buscado. Si ella es tan inteligente como vosotros los hombres parecéis creer, se escondería hasta que se calmaran las cosas; sólo hay un lugar lógico donde iría.

- Nefret, ¿quieres ser razonable? -Ramsés bajó la voz-. Estoy de acuerdo con que Layla podría haber buscado refugio entre sus viejas… eh… amistades. Pero sólo podemos ir a ese lugar con la cooperación de padre; pretende ir él mismo, lo que no creo que sea una buena idea. David y yo podríamos convencerle de que seríamos más eficaces que él, pero no habría modo alguno de que consintiera si pensara que tú ibas a venir con nosotros.

- Yo tampoco lo consentiría -dijo David, que permanecía un paso atrás de Ramsés, sin dejar de vigilar a todos los que pasaban a su alrededor.

Nefret se colocó el sombrero violentamente en la cabeza y se ató las cintas por debajo de la barbilla.

- Ya hablaremos de eso. Aquí vienen. ¿Qué tal ha ido, profesor?

- Mejor de lo que esperaba -fue su respuesta-. Una mujer compró un billete para El Cairo esta mañana temprano. Sus ropas eran las de una campesina, pero el empleado se acordaba de ella porque viajaba sola y pagó un billete de segunda clase. Una mujer del campo, en caso de que llegara a hacerlo, viajaría en tercera clase. Voy a telegrafiar a El Cairo y pedir a la policía que vigile ese tren.

Hubo que hacer muchas maniobras y decir unas cuantas mentiras para arreglar el asunto tal y como quería Ramsés. Después de la oficina de telégrafos se dirigieron al Winter Palace, pero Sir Edward no estaba allí, así que decidieron almorzar en el hotel. Aprovechando que las damas se retiraron un momento a refrescarse, Ramsés habló con su padre; la reacción inicial fue la que él esperaba: un rechazo total acompañado de violentos juramentos.

- No pretenderá ir solo, padre -insistió Ramsés-. A usted no le dirán nada.

- ¿Se sentirían más cómodas contigo acaso? -le espetó Emerson lanzándole una gélida mirada.

- Sí, señor. Eso creo.

- Todo el mundo en Luxor le tiene un miedo pavoroso, profesor -añadió David-. Probablemente temerán hablar con libertad.

- Bah -refunfuñó Emerson-. Pero no, es imposible. Tiemblo de pensar lo que diría vuestra madre si se enterase de que os he dejado ir a un burdel.

- ¿Y qué dirá si se entera de que pretende usted visitar uno, padre? -preguntó Ramsés.

- Eh… mmm -se limitó a murmurar Emerson, acariciando su barbilla y lanzando una mirada incómoda a la puerta del tocador de señoras.

- Ahí te ha cogido, Emerson -rió Vandergelt-. No eres un buen mentiroso. Amelia hará caso omiso de cualquier excusa que le des, e insistirá en acompañarte. Y no queremos que ella ande merodeando por el… eh… mmm… Deja a los chicos que se ocupen de ello.

Ramsés había estado en un burdel egipcio sólo una vez… en el transcurso, debe decirse, de una investigación criminal. Aquel lugar le había dado náuseas, aunque era uno de los menos ofensivos de su género, pues en él se atendía sólo a europeos y a egipcios acaudalados. Éste era peor: la habitación principal se abría directamente a la calle y estaba separada de ésta por una especie de cortina hecha de tiras de tela. Las contraventanas estaban cerradas y la única luz provenía de un par de lámparas que colgaban del techo. La habitación apestaba a suciedad, sudor, y perfume barato. Estaba rebosante de moscas, cuyo zumbido formaba un murmullo incesante.

La aparición de los dos jóvenes produjo otro sonido: el tintineo musical de los abalorios que adornaban los pechos, orejas y cabellos de las mujeres, quienes se reclinaban en los cojines del diván que constituía la principal pieza de mobiliario de la habitación. Les miraron con curiosidad con sus profundos ojos oscuros enmarcados por *kohl,* y una de las mujeres se levantó, alisando la fina tela que cubría sus caderas en un gesto mecánico de seducción. Una palabra cortante de otra de las mujeres le hizo volver a su sitio; la que había hablado se puso en pie y se dirigió hacia ellos. Era mayor que las demás. Sus rollos de grasa temblaban cuando se movía, y los discos en forma de moneda que colgaban de su tocado y de su collar eran de oro.

David carraspeó; habían acordado que sería mejor que fuera él

el primero en hablar, pero estaba ronco de vergüenza.

- Buscamos a una mujer.

Un coro amortiguado de risas siguió a su ingeniosa observación, la propietaria también rió entre dientes.

- Por supuesto, jóvenes señores. ¿Para qué otra cosa podrían haber venido?

- He hecho bien en venir -dijo una fría voz a sus espaldas-. Será mejor que me dejes llevar la conversación, David.

Ramsés se dio la vuelta. Ella había echado hacia atrás la capucha de su capa, y sus cabellos brillaban con los rayos de luz que se filtraban a través de la cortina de la puerta. Era como una flor que ha brotado en medio de una cloaca; el primer impulso de él fue el de agarrarla y sacarla de aquel asqueroso sitio. Sabiendo que en tal caso su reacción más probable sería ponerse a chillar y a darle patadas, la agarró del brazo.

- ¿Qué estás haciendo aquí, por el amor de Dios?

- Os seguí. La señora Vandergelt se llevó a tía Amelia de compras, y me escapé. Me estás haciendo daño -protestó.

- David, sácala de aquí.

- ¡No te atrevas a tocarme, David!

Para entonces tenían una audiencia fascinada, que había ido en aumento ya que algunas otras mujeres entraron en la habitación. Estaban vestidas como el resto, con ropas ligeras y de brillantes colores. Sus caras descubiertas tenían tonalidades que iban del negro azulado al marrón claro, y sus manos y pies estaban teñidos de *henna.*

Nefret se dirigió a la boquiabierta propietaria con su árabe rápido y simple:

- Buscamos a una amiga, *Sitt,* una mujer que nos hizo un gran favor y que está en peligro a causa de ello. Su nombre es Layla. Vivía en Gurneh, pero huyó de su casa la otra noche. Tenemos que encontrarla antes de que le hagan daño. Por favor, ayúdenos. ¿Alguna de ustedes la ha visto?

Más que una flor, pensó Ramsés, parecía un rayo de sol en una celda oscura. Ninguna sombra de pecado o culpa podría estropear la resplandeciente compasión que rebosaba u oscurecer el brillo de su presencia.

Durante unos segundos ni siquiera el sonido de la respiración

rompió la quietud. Luego alguien se movió, no podría decir cuál de ellas fue, porque sólo el suave tintineo de sus adornos reveló que se había producido un movimiento.

- Váyanse -les espetó la mujer mayor cruzando sus rechonchos brazos-. No podemos ayudarles. ¿Qué clase de hombres son para permitir que una mujer así venga a este lugar?

- Buena pregunta -dijo Ramsés recuperando su humor habitual. No cabía duda: había leído demasiada maldita literatura, ése era el problema-. Nefret, no vale la pena. Vete fuera.

Pero ella no se movió.

- Ya saben quiénes somos, dónde vivimos. Si alguna de ustedes sabe algo… si quieren dejar esta horrible vida… acudan a nosotros… les ayudaremos a escapar…

La mujer mayor comenzó a proferir invectivas, y agitó sus puños contra ellos, pero Nefret no se movió. Elevó su voz y siguió hablando hasta que Ramsés y David la arrastraron hacia afuera.

- Genial -dijo Ramsés una vez que se hubieron retirado a una distancia segura-. Nefret, ¿puedo atreverme a sugerirte una vez más que contengas tu lengua y controles tus emociones hasta pensar dos veces qué es lo que vas a hacer? Te has expuesto innecesariamente y a nosotros también.

- No se atreverían a atacarnos -refunfuñó Nefret.

- Quizás no. Las mujeres son otro tema.

- Pero yo no quise decir… Oh, Dios mío, crees…

Parecía tan afectada que el joven no tuvo corazón para seguir regañándola.

- Lo único que digo es que no debimos presentarnos en ese lugar en plan expedición de rescate, por muy admirable que pudiera ser ese propósito. Nuestro objetivo era obtener información… y tratar de quitarle la mercancía no es precisamente el mejor modo de ganarse la confianza de un comerciante.

- ¿Cómo puedes hacer semejante broma? -Sus azules ojos brillaban con lágrimas de rabia y compasión.

- La única alternativa es maldecir a Dios, pero tampoco creo que eso esté bien -se ajustó la capucha sobre el lustroso cabello-. Lo intentaré una vez más.

- No vas a entrar ahí solo, Ramsés -le atajó David.

- Puedes quedarte vigilando. Esperadme aquí.

- Si no sales en cinco minutos, entraré a buscarte -le advirtió Nefret.

Pero él regresó enseguida.

- Nada -informó-. Nadie la ha visto, y nadie admitiría que la conoce.

- Probaré otro lugar -dijo heroicamente David intentando disimular la repugnancia que le provocaba tal perspectiva.

- No. Yo tampoco tengo estómago para más -admitió Ramsés-. La noticia se propagará rápidamente, ya que mencioné la palabra «recompensa». No se me pasó por la cabeza que ninguna de ellas se atreviera a hablar delante de las demás. Venga, vayámonos de aquí.

Cuando llegaron a la orilla del río David había encontrado un nuevo motivo de preocupación.

- Tía Amelia querrá saber dónde estábamos. ¿Qué le contaremos?

- Que fuimos al parque de Luxor a tomar una taza de té -dijo Nefret-. Iremos allí ahora, así que no será una mentira.

Se la veía más entera, con el rostro pensativo en vez de enfadada. Una vez que encontraron una mesa y pidieron té, continuó:

- Lo eché todo a perder, ¿verdad?

- No necesariamente -respondió Ramsés-. Uno nunca sabe; una palabra impulsiva de las tuyas puede haber surtido más efecto que mis métodos.

- No te preguntaré qué métodos usaste -Nefret sonrió, y tomó su mano vendada suavemente entre las suyas-. Quería preguntarte sobre esto… y otras muchas cosas. Debes haber golpeado algo muy duro para hacerte tanto daño.

- Había dos hombres -contestó Ramsés preguntándose adonde quería ir a parar.

- ¿En la casa, quieres decir? ¿Golpeaste a los dos a la vez? Fuiste muy valiente.

- No mucho.

- ¿Y qué estaba haciendo Layla mientras tú peleabas con los dos hombres?

Sus ojos eran profundos e inocentes, y tan azules como el mar, allí era precisamente donde se sentía arrojado él… en el endiablado y profundo mar. Ramsés trató de pensar en una mentira

convincente, pero falló miserablemente; no podía recordar exactamente qué les había contado, pero debía de haber sido lo suficiente como para que la mente rápida e intuitiva de ella siguiera la pista correcta.

- Precisamente lo que tú sospechas -replicó al fin con un suspiro-. Por lo menos, eso era lo que trataba de hacer. No me desprecies, Nefret, llegué justo a tiempo para impedirlo. ¿Cómo diablos sabes esas cosas?

Nefret le acarició la muñeca con los dedos, haciendo que todo su brazo se estremeciera.

- Te conozco bien, muchacho.

- No dejes que tus emociones se lleven lo mejor de ti, Nefret. Ahí está madre. Debería haber supuesto que nos perseguiría.

Amelia avanzaba con sus habituales zancadas vigorosas; así que sólo hubo tiempo para que él añadiera con una débil sonrisa:

- No tenía mucha elección, querida. Si tú te hubieras enterado alguna vez de que me había escabullido, dejándola allí, me habrías arrancado la piel a tiras.

No he sucumbido nunca a la perezosa costumbre oriental de dormir la siesta, pero creo firmemente que una mente activa necesita breves intervalos de relajación. Cuando volvimos a casa después de nuestras atareadas, aunque infructuosas investigaciones, me tumbé en la cama y cogí un libro.

Salí del estado de meditación en el que había caído por unos ruidos que me hicieron levantar con el corazón latiéndome a toda velocidad. Acero contra acero, voces elevadas ¡los sonidos de un combate a muerte! Precipitándome hacia la puerta, o eso era lo que yo creía, me encontré a mí misma tirando de las contraventanas que había cerrado para combatir el calor del sol de la tarde.

Superé pronto esa momentánea confusión, y salí al patio, donde me quedé paralizada. La visión era terrible: Ramsés y David, descalzos, sólo con pantalones y camisa, luchando fieramente el uno contra el otro con los largos cuchillos utilizados por los Tburag. Muda e inmóvil por la emoción vi el cuchillo de Ramsés que iba directo al pecho de David. Reaccionando al fin, chillé con todas mis fuerzas:

- Buenas tardes, madre -dijo Ramsés-. Lo siento si le hemos despertado. Maldita sea, David, te has echado atrás. Prueba vez.

David se frotó el pecho.

- La verdad es que ya no me apetece. Buenas tardes, tía Amelia. Siento que…

- ¡Oh, caray! -exclamé. David erguido y sonriendo, ni una sola gota de sangre manchaba la blanca tela. En un banco contra un muro, Nefret y Emerson estaban sentados como espectadores de una actuación.

- Hola, Peabody -dijo Emerson-. Venga, chicos, me toca.

Se puso de pie de un salto y empezó a tirar de la camisa. Un botón saltó y cayó al suelo. El método apresurado de Emerson para quitarse la ropa hace que yo tenga que dedicar un montón de tiempo a coser botones; y cuando los coso con firmeza la tela se rasga, estropeando la camisa.

- Por favor, Emerson -dije automáticamente-. Otra camisa no. ¿Qué demonios estáis haciendo?

En ese momento me fijé en que los cuchillos habían sido protegidos con tiras de cuero enrolladas alrededor de la hoja y de la afilada punta.

- Ramsés quería practicar la lucha con la mano izquierda -explicó Emerson alegremente-. Es una habilidad muy útil, ¿no crees, Peabody?

- Bastante -dije.

Emerson se quitó la camisa, perdiendo solamente un botón más en la empresa, y la tiró al banco.

- Déjame tu cuchillo, Ramsés.

- Coge el de David -dijo mi hijo. Tenía gotas de sudor en la cara que chorreaban hasta su cuello. Se había quitado el cabestrillo, y observé que el vendaje de su mano tenía un curioso tono verde-. Ni siquiera puede atacarme tan fuerte como debiera; si lucha contigo, el miedo pavoroso que te tiene le paralizaría.

- Pero a ti no, ¿eh? -gruñó Emerson-. ¡Bien! ¡Al ataque, muchacho!

Tomando el cuchillo de la débil mano de David, se preparó, doblando las rodillas y extendiendo los brazos. Me dirigí al banco y me senté al lado de Nefret.

- Esas correas de cuero… ¿Qué pasaría si se desataran?

- Las apreté yo misma -Nefret tenía el ceño ligeramente fruncido-. Ramsés tenía tantas ganas que… Resultan espléndidos,

¿no le parece?

Tuve que reconocer que así era. Musculoso y bronceado, Emerson iba repartiendo su peso de uno a otro pie. Ramsés era igual de alto que él, aunque no tan corpulento; su respiración era bastante agitada, aunque se movía tan rápido como su padre. Mi hijo fue el primero en atacar; su cuchillo se dirigió a las costillas de Emerson, que se apartó hacia un lado, y golpeó el brazo de Ramsés. Éste saltó hacia atrás y su padre le dio una estocada en su desprotegido pecho. No fue un golpe duro, pero Ramsés dejó caer su cuchillo y se dobló, agarrándose el costado.

- Oh, maldita sea -exclamó Emerson corriendo hacia él-. Perdóname, muchacho. Ven y siéntate.

Ramsés se liberó del cariñoso abrazo de su padre y se enderezó. La punta protegida del cuchillo de su padre había enganchado la abertura de su camisa dejando al descubierto una magulladura en su caja torácica que tenía el tamaño y color de un platillo de plata deslustrado.

- Todo bien, señor. ¿Probamos de nuevo?

- No me aprovecharé… -empezó a decir Emerson.

- El objetivo de este ejercicio -le interrumpió Ramsés respirando hondo- es aprender a manejar a un oponente que estaría encantado de aprovecharse lo más posible. Habría creído que tenía más práctica en esto que usted, padre. No tenga miedo de volverme a hacer daño. No le dejaré.

- Ya es suficiente -exclamó Nefret levantándose de un salto-. Maldito seas, Ramsés, ¡maldito idiota!

- Más que suficiente -dijo Emerson-. Ramsés, muchacho…

- No me ha hecho daño, señor, se lo aseguro -Ramsés cogió su cuchillo-. Si me perdonan, iré a limpiarme.

- Si me perdonan -nos dijo Nefret-, iré a ocuparme de Ramsés. ¡Le dije que no se quitara esos vendajes!

Emerson carraspeó.

- Eh… Nefret, querida. Sé que tus intenciones son buenas pero ¿no crees que Ramsés se mostraría más obediente si tú… eh… se lo pidieras amablemente en vez de… eh… insultarle?

- Mmmm… -masculló Nefret, aunque parecía un poco avergonzada-. Muy bien, señor. Lo intentaré. Ven y ayúdame, David. Si la amable persuasión no funciona tendrás que sujetarle.

- ¿Qué te pasa Peabody? -preguntó Emerson-. Soy un maldito y torpe idiota, pero no creo que esté muy malherido.

- Estoy segura de que no lo está.

Mi voz no era del todo firme. Emerson colocó su varonil brazo alrededor de mis hombros y me consoló como sólo él sabe hacerlo. Pocas veces se atreve a tratarme como una mujercita tímida, y le divierte mucho.

Por supuesto, mi turbación no tenía la menor justificación. Estoy bastante acostumbrada a las armas mortíferas de todo tipo. Llevo varias: pistola y cuchillo y, por supuesto, mi sombrilla. Tampoco mi mente consciente se había dejado engañar por el combate simulado entre los dos chicos; les había visto practicarlo antes, con las manos y con cuchillos, y sabía que cualquiera de ellos se habría dejado matar antes de dañar al otro. ¿Por qué había tenido entonces una sensación como de unas manos heladas apretando mi corazón? ¿Podría ser que advirtiera, no el presente sino el futuro fatal, el presagio de un encuentro aún por venir?

Durante la cena David volvió a sacar el tema de lo que íbamos a hacer con los parientes que venían de camino. Le aseguré que no había olvidado el asunto, que simplemente lo había pospuesto ya que habíamos tenido problemas más apremiantes que tratar.

- Salieron de Marsella ayer por la mañana, y no llegarán a Alejandría hasta el lunes próximo -le expliqué-. Eso nos deja dos días más.

- Uno -me corrigió Ramsés-. El vapor llega por la mañana temprano, por lo que si queremos disuadirles, uno de nosotros debería tomar el tren a El Cairo el domingo.

- Creo que la otra noche nos pusimos demasiado nerviosos -dije-. El peligro para ellos es seguramente mínimo, y se quedarán muy decepcionados si no pueden venir.

- Especialmente Lía -observó Nefret-. Lleva esperando este viaje mucho tiempo. Ha estado estudiando árabe todo el invierno pasado.

- Por lo menos habría que advertirles -dije-. Yo tomaré el tren…

- Bajo ningún concepto, Peabody -espetó Emerson lanzándome una mirada furiosa-. ¿Crees que no sé lo que pretendes? Tu mente es como un libro abierto para mí. No permitiré que deambules por El Cairo interrogando a comerciantes de antigüedades y hostigando a la policía, y…

- Uno de los chicos podría venir conmigo.

- No -dijo Nefret con tanto énfasis como Emerson-. Olvídese de ir a El Cairo, el viaje en sí es demasiado arriesgado. Catorce horas en tren, con varias paradas… caray, todo lo que conseguiría sería verse con una pistola en las costillas o una puñalada por la espalda.

- Entonces, ¿qué propones? -preguntó David con un ardor inusual-. Uno de nosotros debe ir, eso no se cuestiona, y seguramente yo soy la persona más indicada. No se fijarán en mí.

Creo que los demás se quedaron tan sorprendidos como yo. Durante un momento el único sonido que rompía el silencio fue el revoloteo de los insectos alrededor de la lámpara. Una polilla, atraída por el encanto fatal de la llama, cayó al cristal de la chimenea y expiró con una breve ráfaga de gloria.

- No hables como un maldito idiota -dijo Ramsés hosco.

- Yo no lo habría dicho de ese modo, pero respaldo rotundamente esa opinión -añadí yo-. David, ¿cómo puedes suponer que un ataque contra ti me dejaría indiferente? Eres uno de los nuestros.

- Totalmente -intervino Emerson-. Ninguno de nosotros va a ir. Haría yo mismo el trabajo, pero no confío en que vosotros os comportéis correctamente. Voy a enviar a Selim y a Daoud.

- Cerebros y músculos -apostillé sonriendo-. Es la solución ideal, Emerson. Pueden llevar una carta de mi parte, explicando la situación y recomendándole a Walter que tomen el siguiente barco de vuelta a Inglaterra. A menos, por supuesto, que podamos resolver el caso antes.

- ¿Antes del domingo por la mañana? -preguntó Ramsés enarcando las cejas.

- No seas absurda, Peabody -gruñó Emerson.

- Mmmm -se limitó a murmurar Nefret.

- Por lo menos podríamos intentarlo -dijo David-. Mañana en Luxor…

- ¿De qué estás hablando? -Emerson le miró fijamente-. Mañana es día laborable.

- Oh, venga, Emerson, no pretenderás reanudar el trabajo como si nada hubiera ocurrido -protesté.

- Lo que no quiero -dijo Emerson- es que nadie, hombre, mujer, o diablo con forma humana, detenga mis excavaciones. ¿Qué

diablos te pasa, Peabody? ¿Qué diablos os pasa a todos? -Nos miró a cada uno con sus azules ojos encendidos-. Hemos estado antes en situaciones tan difíciles como ésta, y nos hemos enfrentado a enemigos con tan pocos escrúpulos como éstos. Riccetti y Vincey, y…

- Olvida el resto -le atajé-. Es una larga lista, Emerson, lo admito. Puede que tengas razón. No nos refugiaremos en la casa, escondiéndonos entre sombras. ¡No nos intimidarán!

- Muy valientemente expuesto, madre -Ramsés parecía divertido, aunque sus facciones no mostraban esa emoción, ni ninguna otra-. Sin embargo, confío en que no se opongan a que tomemos ciertas precauciones.

- ¿Como cuáles?

- La mismas que sugirió la señora Vandergelt: guardianes, gentes vigilando aquí en la casa de día y de noche. Ninguno de nosotros irá a ningún lado solo, o con otra persona solamente. Habrá que mantener los ojos abiertos y no confiar en nadie.

- Eso os atañe también a ti y a David -puntualizó Emerson estudiándole-. Mañana vendréis con nosotros, al Valle.

- Sí, señor.

Emerson no había esperado una rendición tan rápida. Su expresión severa se relajó con una sonrisa.

- Verás cómo disfrutas, muchacho. Hemos limpiado la entrada de la tumba Cinco, ¡y Ayrton ha encontrado unas vasijas escondidas!

- ¿De veras? Eso es muy emocionante, señor.

- Sí. Ya conoces el terreno -Emerson retiró su plato y tomó un puñado de frutas del cuenco-: Aquí está la número Cinco, este higo es la entrada a la de Ramsés VI…

Ni siquiera una amenaza de asesinato puede distraer mucho tiempo a Emerson del placer de la excavación. No puse objeción cuando vertió un montón de azúcar en la mesa para mostrar más gráficamente el emplazamiento del hallazgo de Ned Ayrton. Su extraordinaria seguridad restableció la mía. Me avergoncé de mí misma por haberme rendido, aunque brevemente, a la debilidad. ¡Y qué estúpido había sido ese presentimiento sobre una posible discordia! Nos queríamos muchísimo unos a otros. No podía haber dos hermanos más unidos que Ramsés y David.

*Del manuscrito H*

Sentado en el antepecho de la ventana esperó mucho tiempo, observando las líneas de luz que traspasaban las contraventanas de la habitación de sus padres. Debían estar discutiendo. Nada sorprendente. Terminarían haciendo las paces, como siempre, aunque aquella noche parecía que la discordia se estaba prolongando endiabladamente.

El patio permanecía tranquilo bajo la luna. Su padre había desechado la sugerencia de su madre de que permaneciera iluminado, cosa con la que él estaba totalmente de acuerdo. La mejor solución posible era no disuadir a los invasores, sino cazarlos en el acto. Sin embargo, no era probable que algo de eso ocurriera. «Ellos» no se arriesgarían a entrar en la casa cuando había métodos más fáciles.

Algunas de las precauciones que él había sugerido se habían tomado también. Ahora había barras en las ventanas exteriores de su habitación (antes la de Nefret) y en la de sus padres; podían quitarse, pero no sin hacer mucho ruido. Las verjas estaban cerradas, y el brillo de un cigarrillo en una de las esquinas indicaba la presencia de Mustafá, el segundo hijo de Daoud.

Finalmente, las rendijas de luz de la ventana de sus padres desaparecieron. Esperó un poco más antes de poner los pies en el suelo.

Nefret, despierta todavía, no estaba sola. Las voces eran bajas, no podía distinguir las palabras. ¿Estaba hablando al maldito gato? Por alguna razón, dedujo que no.

La escucha indiscreta es un hábito despreciable. Pero, como le había dicho una vez a su madre, condenadamente útil. No debería hacer esto, pensó, mientras pegaba la oreja contra el panel.

- Deberías decírselo, David. Sería injusto que no lo hicieras.

- Lo sé -David hablaba tan bajo que casi no podía distinguir lo que decía-. Lo he intentado, pero…

No fue consciente de haber empujado el picaporte. Parecía que la puerta se había abierto sola. Estaban sentados el uno junto al otro en la cama. Nefret rodeaba a David con el brazo, y él se cubría la cara con las manos.

- ¡Ramsés! -exclamó el joven, levantando la cabeza.

- Perdóname. -Dio un paso atrás-. No sabía que estabais aquí…

- Estábamos a punto de ir a buscarte -dijo Nefret levantándose de un salto-. Entra y cierra la puerta.

- No. Lamento la intrusión. Me voy.

- ¿Qué pasa? -preguntó Nefret-. ¿Te duele la mano?

- No. Nada de eso. Yo…

- Cierra la maldita puerta -impaciente, Nefret lo hizo por él y le empujó hacia la silla más cercana-. Quiero volver a vendarte la mano. David, alcánzame una palangana de agua, ¿quieres? -Cortó la tela y guió la mano de él hacia el agua. Una mancha verde se extendió, y Nefret aflojó el vendaje-. Sorprendente -murmuró-. El maldito potingue parece surtir efecto. La hinchazón se ha reducido.

- Tiene un aspecto horrible -comentó David con voz suave.

- Eso es porque está verde -le explicó Nefret.

- Más bien parece carne podrida -asintió Ramsés-. Pero me encuentro bastante mejor. Supongo que Kadija te dio el ungüento esta mañana.

- Me lo dio disimuladamente mientras tía Amelia no miraba. Ella dice que las mujeres de su familia han conservado la receta durante generaciones. Uno de estos días me llevaré una muestra a Inglaterra y haré que la analicen. Ahora, esto te va a doler. ¿De qué podemos hablar para que te distraigas lo suficiente? ¡Ya sé! De Sir Edward. ¿Crees que es el Maestro del Crimen disfrazado?

Dolía, y mucho.

- Eso se te ha ocurrido a ti, ¿verdad? -preguntó Ramsés apretando los dientes.

- La verdad, Ramsés, ¡eres desesperante! Deberías sorprenderte, por lo menos cuando anuncio una teoría asombrosa. He estado pensando sobre la repentina aparición del galante Sir Edward. La última vez que le vimos fue el año que tuvimos problemas con Riccetti y la banda rival de ladrones de antigüedades. Fue Sir Edward quien rescató a tía Amelia de las garras de uno de los de ese grupo. La había seguido ese día por razones que nunca nos han explicado de manera satisfactoria…

- Eso es sólo una de las manías de padre -la interrumpió impacientemente Ramsés-. Él piensa que todos los hombres que conoce madre caen locamente enamorados de ella.

- Pero Sir Edward no estaba locamente enamorado de ella, ¿no? Así que ¿por qué la siguió ese día? Riccetti trataba de hacerse con el

control del comercio ilegal de antigüedades de Egipto. Y otras personas también. ¿Por qué no podía haber sido una de esas personas el Maestro del Crimen?

- Es una idea interesante -dijo David pensativamente-. Sir Edward se adapta a la descripción que ella nos ha dado, ¿no?: casi un metro ochenta, bien formado, atlético. E inglés.

- Es demasiado joven -objetó Ramsés.

- ¿Demasiado joven para qué? -preguntó David-. Aparenta unos treinta y tantos, pero el hombre es un experto del disfraz. Y tú no sabes qué edad tenía Sethos la primera vez que lo viste. Un hombre joven puede ser tan inteligente como el que más, y también capaz de sentir grandes pasiones.

Ramsés se puso muy tenso; Nefret dejó de enrollar el vendaje alrededor de su mano.

- ¿Demasiado apretado?

- No. Acaba de una vez, ¿quieres?

- Bruto ingrato -dijo Nefret sin rencor-. Hay otra cosa que me hace sospechar de ese caballero: la primera vez que le vimos se describió a sí mismo como un pariente pobre, el hijo menor que tiene que trabajar para ganarse la vida. Y ya oísteis lo que dijo la otra noche, acerca de una herencia que, finalmente, le había hecho financieramente independiente. Así que, ¿qué hace en Egipto? Demostró cierto interés y talento para la arqueología, pero si ese interés hubiera sido sincero habría regresado antes de ahora, ¿no? ¿Por qué ha vuelto ahora? Ya está, muchacho. Acabé.

- Gracias -Ramsés meneó los dedos que ella había dejado asomando entre las vendas-. No quisiera echar un jarro de agua fría sobre tu teoría, pero se me ocurre otra razón para explicar la reaparición de Sir Edward que no tiene nada que ver con las actividades criminales.

Nefret se sentó sobre sus talones y le sonrió.

- Yo.

- Tú. Sí.

- Oh, evidentemente le intereso -admitió Nefret con calma-. Y estaría aún más interesado si yo le diera alguna esperanza.

- ¡Has flirteado escandalosamente con él!

- Por supuesto -la joven rió entre dientes-. Es divertido. Ramsés, ¡eres un viejo puritano! Si eso te tranquiliza, te diré que no estoy

enamorada de Sir Edward. Es un hombre sumamente atractivo y absolutamente encantador, pero no me interesa, no de ese modo.

- Así que no era el hombre con el que te citaste en… Lo siento. No es asunto mío.

- ¿En Londres? -La suave risa se convirtió en una sonora carcajada-. No, no es asunto tuyo, pero si no hubieras sido tan condenadamente inquisitivo te lo habría dicho. Era uno de los estudiantes de medicina de Saint Bart. Yo pensé, inocente de mí, que estaba interesado en mi mente. No era así. ¿Podemos volver ahora a nuestro asunto?

Ramsés asintió. Unos días antes se habría sentido encantado de saber que Nefret no estaba interesada en Sir Edward o en el infortunado estudiante de medicina (le hubiera gustado haber presenciado la escena en la que su joven amiga había respondido a tales insinuaciones amorosas). Ahora había otro rival, bastante más peligroso. ¿O estaba allí? Se preguntó si estaba perdiendo la poca cabeza que le quedaba.

- Supongo que no puede ser Sethos -admitió Nefret-. Es una pena. Tía Amelia necesita tantos protectores como pueda encontrar. ¡Sethos se moriría por mantenerla a salvo!

- Dios mío, estás empezando a idealizar a ese tipo -le reprochó Ramsés indignado.

- Es romántico -dijo Nefret soñadoramente-. Sentir una pasión sin esperanza por una mujer que nunca podrá tener, observarla desde la sombra…

- Has estado leyendo muchas novelas rosa -se burló cáusticamente Ramsés-. Si Sethos sigue enamorado de madre, él mismo la perseguirá. Si no lo está, no se molestará en defenderla.

- Dios mío, ¡qué cínico eres! -exclamó Nefret.

- Di realista más bien -le corrigió Ramsés-. La pasión desinteresada es un término contradictorio. ¿Qué hombre que no fuera el protagonista de una novela romántica arriesgaría su vida por una mujer que nunca podrá poseer?

- ¿No arriesgaste la tuya por Layla?

Ramsés se removió incómodo.

- ¿Cómo diablos nos hemos metido en estos temas? Lo que quise decir es que otro individuo que tenga puestas las miras en madre es una complicación que no necesitamos. ¿Cuándo se incorpora Sir

Edward a la excavación?

- Mañana. Habrá cantidad de sitio si tío Walter y los demás no vienen.

Ramsés asintió.

- Sólo espero… -empezó.

- ¿Qué?

- Que les convenzan de volver a casa -Ramsés se rascó distraídamente el costado.

Nefret puso la mano sobre la suya.

- ¿Duele? Déjame que te dé algo que te ayude a dormir.

- No duele, pica. No necesito nada para dormir. Sin embargo, me iré a acostar. Ha sido un día bastante largo.

Y fue una noche larga. Ramsés volvió a soñar con una lucha ciega en la oscuridad, con manos que se clavaban y machacaban su cara, con sus propias manos buscando a tientas y peleando, y encontrando al fin el único asidero que podía salvarle. Nuevamente se le revolvía el estómago con el sonido de huesos machacados, otra vez la débil llama de una cerilla iluminaba la cara del muerto. Pero esta vez el rostro era el de David.

# Capítulo 9

Cuando a la mañana siguiente me acerqué a la galería, oí un murmullo de voces y me pregunté quién se habría levantado tan pronto. Emerson estaba haciendo sus abluciones cuando salí de la habitación, así que deduje que debían ser los chicos.

Estaba equivocada.

- Buenos días, Sir Edward -dije sorprendida-. Y… ¿Fátima?

- Traté de entrar en la galería sin hacer ruido para no molestar a nadie -explicó poniéndose en pie-. Pero esta amable mujer me encontró y me trajo té -Fátima agachó la cabeza-. Ha sido muy amable permitiéndome que practicara mi árabe con ella -siguió diciendo Sir Edward tranquilamente-. Espero no haber llegado demasiado pronto… Quería estar aquí a tiempo para acompañarles al Valle; conozco las costumbres del profesor.

- Excelente -dije-. Los demás vendrán pronto; Fátima, puedes servir el desayuno. Gracias.

- ¿Entiende el inglés? -Sir Edward se rió nerviosamente-. De haberlo sabido, le habría evitado mi pésimo árabe.

- Ha estado estudiando inglés, y ha aprendido a leer también. La ambición, la inteligencia, y el amor por aprender, no están limitados al género masculino o a una raza en particular, Sir Edward. Somos hermanos y hermanas a los ojos de Dios, y si la educación estuviera al alcance de los egipcios…

- ¿Dando sermones otra vez, Peabody? -dijo Emerson desde la puerta abierta-. Buenos días, Sir Edward. Venga y desayune con nosotros, saldremos en un cuarto de hora.

Sin embargo, transcurrió casi media hora antes de que

partiéramos de la casa porque Ramsés y Nefret se enfrascaron en otra discusión. Ella quería que llevara puesto el cabestrillo, pero él dijo que no lo haría.

- Te volverás a hacer daño en la mano -insistió.

- Será mi maldita culpa si lo hago -dijo Ramsés.

Le dije a Ramsés que no jurara y Nefret dijo que él era un tonto inútil, y todo el mundo añadió su opinión, excepto Sir Edward, que habría fingido una sordera cortés si hubiera sido posible, pero no lo fue, ya que todos gritaban mucho. Finalmente Emerson puso fin a la discusión gritando más fuerte que ninguno de los otros, conminándonos a que nos fuéramos de inmediato.

Yo estaba especialmente contenta ese día porque habíamos decidido alquilar caballos para la temporada, en vez de confiar en los burros y en nuestros propios pies. Me siento mucho más vulnerable montada en un pequeño animal no más alto que yo, que no tiene siquiera la cortesía de ir más allá del trote. Los espléndidos corceles de los chicos podían superar cualquier prueba a cuatro patas, e incluso los caballos que habíamos alquilado estaban en excelente forma, especialmente después de que les atendiera tan bien como hacía siempre con los animales a mi cuidado.

Sir Edward había pedido prestada una de las monturas de Cyrus, que nos esperaba con los demás caballos cuando salimos de la casa. Observé a Ramsés por el rabillo del ojo, preguntándome cómo se las arreglaría para montar; por supuesto había perdido la discusión: llevaba el brazo derecho envuelto en una especie de sábana, Nefret no hacía nada a medias. Risha husmeaba inquisitivamente la tela y, aunque parecía extraño que comprendiera la dificultad de su amo, ajustó sus cuartos traseros a la posición necesaria para la espectacular monta rápida que Ramsés utilizaba cuando quería lucirse. El éxito dependía en parte de la fortaleza de los miembros inferiores del jinete, y Ramsés siempre lo conseguía sin esfuerzo aparente.

Dejamos los caballos en el parque de los burros, a cargo de uno de los cuidadores. Los hombres, dirigidos por Abdullah, ya estaban trabajando. Una nube de polvo claro rodeaba la entrada de la número Cinco, de la que surgió uno de nuestros bravos empleados portando una cesta de roca rota. El sonido de las piquetas podía oírse por todas partes. Echando pestes, Emerson se quitó el gabán y

lo tiró al suelo.

- ¡Llegamos tarde! -gritó acusadoramente, dirigiéndose a todos en general, y sin más se sumergió en la oscura abertura. Ramsés se dispuso a seguirle.

- ¿No le había confiado el profesor a Abdullah la dirección de las operaciones? -preguntó Sir Edward.

- Confía en él tan poco como en los demás. Se considera el único capacitado para tomar decisiones y asumir los riesgos.

- ¿Riesgos? -Sir Edward dirigió una mirada cargada de intención a Nefret, quien ayudaba a David con las cámaras.

- Siempre hay riesgos al entrar en una nueva tumba -repliqué quitando el polvo del gabán de Emerson y colocándolo sobre mi brazo-. Y ésta está bastante sucia… llena hasta el techo de rocas rotas y cascotes.

- ¿Por qué preocuparse por ello, pues?

Emerson volvió a aparecer a tiempo para escuchar la pregunta. Parecía como si le hubieran empolvado el negro cabello.

- ¿Que por qué preocuparse? -repitió-. Esa, señor, es una estúpida pregunta por parte de alguien que dice interesarse por la egiptología. Sin embargo… -Se volvió y gritó-: ¡Ramsés! ¡Sal de ahí! -Cuando le hubo obedecido, Emerson continuó-: Estoy a punto de explicar las interesantes características de esta tumba a Sir Edward. Tú y David no habéis estado con nosotros, así que debéis escuchar también.

Ramsés abrió la boca, pero captó la mirada de su padre, así que volvió a cerrarla y asintió con la cabeza.

- Ejem -carraspeó Emerson, sacando una hoja de papel de su cuaderno de notas-. La número Cinco está descrita por Baedeker y otras mentes como una tumba con un pasadizo corto, sin inscripciones, pero eso no es correcto. De hecho, Burton entró en ella en 1830. Su plano muestra una disposición bastante diferente a la de los demás sepulcros del Valle: una gran sala con dieciséis pilares, con salas más pequeñas en sus cuatro lados, y una extensión de longitud desconocida debajo. Burton no pudo investigar nada más. Sin embargo, en dos lugares encontró rastros del nombre de Ramsés II. Wilkinson…

- Emerson -dije anticipándome a la interrupción que estaba a punto de hacer mi hijo-, no es necesario que entres en tantos

detalles. Estás aburriendo a Sir Edward.

- Nada de eso -dijo ese caballero con una atractiva sonrisa-. Creo que el profesor está jugando un poco conmigo, o tal vez. poniéndome a prueba. Ésta no puede ser la tumba de Ramsés II, ya que ese faraón reposaba justo al otro lado del Valle, en la número Siete, ¿verdad?

- Sí -dijo Emerson-. Como iba diciendo antes de que mi mujer me interrumpiera, el plano poco usual y algunas otras pruebas sugieren que ésta era una tumba múltiple. Hemos comenzado la limpieza de la primera cámara. Es un trabajo lento, porque el maldito lugar está lleno de escombros. No te necesitaré durante un tiempo, Ramsés; podrías… eh… ir y saludar a Ayrton. Te echó en falta el otro día. Y -añadió con énfasis-, no hemos podido verle esta mañana por haber llegado tan condenadamente tarde.

- Sí, señor -dijo Ramsés.

Él y David, quien por supuesto le acompañó, se fueron durante algún tiempo. Estábamos a punto de parar para nuestro té de media mañana cuando volvieron. Emerson preguntó inmediatamente qué pasaba.

- Nada de interés -dijo Ramsés aceptando una taza de té-. Ned envió un mensaje a Davis ayer, informándole de que había encontrado una tumba, pero…

- ¿Qué? -exclamó Emerson-. ¿No será ese nicho donde se hallaban las vasijas? Eso es obviamente…

- Sí, señor -dijo Ramsés-. Algunos metros por debajo de ese hallazgo había una superficie que fue arreglada y alisada, lo que sugería que se podía haber comenzado a hacer una tumba. Por eso me quedé, para ver cuál era el resultado, pero no había entrada. Ned acaba de enviar otro mensajero para decirle a Davis que se trataba de una falsa alarma.

- ¿Qué ha hecho con las vasijas? -preguntó Emerson con avaricia.

- Las ha enviado a su casa, creo. El señor Davis querrá investigarlas él mismo -explicó Ramsés inexpresivamente.

- Maldita sea -refunfuñó Emerson.

El día pasó sin más descubrimientos por parte de Ayrton o por la nuestra; había relieves en las paredes de la primer cámara, pero no pudimos examinarlos a la luz de las velas hasta el final del día,

cuando se hubo posado el polvo levantado por los pies de los trabajadores. Aunque estaban dañados, muchos despertaron el interés de mi sumamente crítico hijo.

- Las escenas recuerdan a las de la tumba de la princesa hallada por Schiaparelli en el Valle de las Reinas -observó-. Deberíamos sacarlas lo antes posible, padre, el yeso está suelto y la más mínima vibración…

- Maldita sea, Ramsés, soy totalmente consciente de ello -replicó Emerson-. Tendríamos que esperar hasta haber limpiado el lugar un poco más. Necesitamos una luz mejor. Los reflectores podrían servir, pero si pudiera tender un cable eléctrico…

Paró de hablar con el rostro sombrío. Se estaba acordando de los días felices, cuando Howard Carter ostentaba el cargo de Inspector. El más mínimo deseo de Emerson era complacido por Howard, y el señor Quibell, su sucesor, había sido casi tan amable. Quedaba por ver si el señor Weigall accedería a la solicitud de Emerson de tender un cable desde el motor eléctrico de la tumba de Ramsés XI. Yo no era particularmente optimista al respecto.

Volvimos a la casa y nos dispersamos en varias direcciones, los chicos al establo con los caballos, y Emerson a su escritorio del cuarto de estar. Habían traído el equipaje de Sir Edward del hotel, así que le acompañé a su habitación y le dejé solo para que lo deshiciera. Después de refrescarme y cambiarme las ropas polvorientas, le pedí a Fátima que sirviera el té y me instalé en la galería para leer los mensajes que habían llegado.

Había uno de particular interés. Una vez que llegaron los demás se lo entregué a Emerson, a quien iba dirigido. Con una mirada amarga lo tiró encima de la mesa.

- Ya veo que lo has leído, Peabody. ¿Por qué no nos cuentas lo que dice?

- Ciertamente, querido. Es un telegrama de la policía de El Cairo. Fueron al tren, como les pedimos, pero no encontraron a ninguna mujer que respondiera a la descripción de Layla.

Durante el transcurso del día le había contado a Sir Edward los pasos que habíamos dado, por lo que comprendió la referencia. Movió la cabeza dubitativamente.

- Ella podría haberles despistado fácilmente. Ya saben la confusión total que reina en la estación… masas de gente

empujándose y gritando, tratando de subir y bajar del tren todos al mismo tiempo.

Le había pedido a Nefret que sirviera el té. Estaba muy elegante y femenina con su túnica de muselina blanca, aunque la masa de Horus ocupando su regazo e inundando el sofá estropeaba bastante la imagen. El gato alzó la cabeza y gruñó a Ramsés cuando se aproximó a la mesa para coger la taza que Nefret le había llenado; acostumbrado a los modales de Horus, mi hijo se las arregló para cogerla sin que le arañara. Retirándose al antepecho, dijo:

- Es posible que nunca cogiera el tren, ni que pretendiera hacerlo. Pudo haber comprado el billete sólo para disimular, para despistar a los otros.

- Esa posibilidad ya se me había ocurrido, por supuesto -dije.

- Por supuesto -repitió Ramsés. Pescó algo en su taza-. Nefret, ¿podrías impedir que ese bicho metiera la cola en el té?

Sir Edward rió, y se quitó otro pelo de su labio superior.

- Pierden el pelo con el calor, ¿no? Es un animal muy bello, señorita Forth, supongo que es suyo.

- Si vais a hablar de tonterías de gatos me voy al estudio -refunfuñó Emerson.

- Te aseguro, Emerson, que tengo temas más serios en mente -le dije-. Pero déjame que te recuerde que tú fuiste el que te quejaste el otro día acerca de conversaciones inadecuadas para la hora del té.

- En esa ocasión estábamos hablando sobre cuerpos mutilados y heridas monstruosas -replicó Emerson con una animación que iluminó sus rasgos morenos y bien formados-. Y cultos asesinos. ¡Tú fuiste la que sacó a colación esa absurda idea!

- Nadie la ha refutado. El dios cocodrilo…

- ¡No tiene nada que ver! Yussuf Mahmud…

- ¡Cocodrilos! -exclamó Sir Edward. Cogió un sandwich de la bandeja que Fátima le ofrecía y asintió con una sonrisa-. Perdone que le interrumpa, señor, pero supongo que se refieren al cuerpo que extrajeron del río la pasada semana. ¿Cree que ese extraño incidente está relacionado con sus actuales dificultades?

- Nada de eso -dijo Emerson-. A mi esposa le encanta divagar.

Habría señalado la injusticia de semejante acusación si no hubiera tenido la boca repleta de sandwich de tomate. Antes de que pudiera tragar, Ramsés dijo fríamente:

- Una interesante sugerencia, Sir Edward. ¿Qué sabe exactamente de nuestras actuales… eh… dificultades?

- Sólo lo que ha ocurrido desde mi llegada a Luxor -fue su rápida respuesta-. Nada más lejos de mi intención el hacerles preguntas de naturaleza privada, pero podría serles de más ayuda si tuviera conocimiento de los hechos relevantes.

- La dificultad -admití- está en saber cuáles son los hechos relevantes. Sin embargo, algunos incidentes anteriores deben tener que ver con este asunto con toda seguridad, y estoy de acuerdo en que tiene derecho a saberlos.

Esperé alguna objeción, pero no se produjo ninguna, aunque Emerson gruñó y Ramsés parecía particularmente ausente. Por tanto, procedí a narrarle la aventura de los tres camaradas y el *Libro de los Muertos.*

- ¡Dios mío! -exclamó Sir Edward-. ¿Fue usted a el Was'a, señorita Forth?

Nefret dejó caer su taza en el plato casi con tanta fuerza como la que habría empleado Emerson en un estado similar de indignación.

- Sir Edward, usted también tendrá que tener una cosa bien clara si va a quedarse con nosotros. Soy adulta, una mujer independiente, y no permitiré a ningún hombre, incluido usted, que me envuelva entre algodones.

El se disculpó amplia y exageradamente y, a solicitud de Nefret, Emerson fue a buscar el papiro. Sir Edward lo estudió con la fascinada atención de un verdadero investigador.

- Sorprendente -suspiró-. ¿Qué van a hacer con él?

- Con el tiempo acabará en un museo -replicó Ramsés, que permanecía de pie haciendo guardia sobre el pergamino-, pero no hasta que yo lo haya copiado y traducido.

- Parece estar en condiciones excelentes -Sir Edward alargó la mano, pero Ramsés deslizó la tapa sobre la caja.

- No conservará esas condiciones si se manosea demasiado.

Reanudé mi narración. Cuando acabé, Sir Edward comentó:

- Como ya le dije una vez, señora Emerson, su estilo narrativo es notablemente vivo. ¿Creen ustedes, pues, que el papiro es la causa de las «atenciones» que han recibido?

- Es una posibilidad -convino Ramsés.

- Sí, efectivamente. ¿Cuáles son entonces sus planes? Porque

estoy seguro de que no pretenderán esperar sentados tranquilamente hasta que ocurra algo más.

- No podemos hacer mucho -respondió Ramsés, quien se había erigido a sí mismo en portavoz-. Layla es la única persona que sabe de… la única que no está muerta, eso es… y no hemos tenido la suerte de localizarla. No está en Gurneh. Abdullah y su gente han realizado una búsqueda casa por casa, y puedo asegurar que lo han hecho a fondo.

- ¿Han preguntado a sus antiguas… eh… socias? -preguntó Sir Edward, lanzado inmediatamente una mirada avergonzada a Nefret.

- Quiere usted decir prostitutas.

- Eh… sí.

- También las hemos investigado -dijo Ramsés.

- ¿Hemos? -repitió Sir Edward enarcando una ceja.

- ¡Hemos! -exclamé-. ¿Qué habéis hecho? Ramsés, os prohibí terminantemente a ti y a David que… ¿Adonde fuisteis… y cómo supisteis dónde ir, si una pobre madre tiene derecho a preguntarlo?

- Venga, Peabody, cálmate -comenzó a decir Emerson.

- Emerson, ¿cómo pudiste permitirles que hicieran tal cosa?

- Alguien tenía que hacerlo -insistió Emerson-. Era probable que Layla buscara refugio temporal con sus… eh… hermanas de infortunio. No seas tan pajolera… pajoleramente hipócrita, Peabody, sabes perfectamente bien que habrías ido tú misma si yo te hubiera dado la oportunidad.

- Ninguna de ellas admitió saber nada -dijo Ramsés-. Pero no se podía esperar que lo hicieran estando las demás presentes. Mencioné una recompensa. Todavía podemos recibir información de alguna de las… eh… damas.

- Chicas, querrás decir -refunfuñó Nefret-. Algunas de ellas no tenían más de… -a Ramsés le dio un aparatoso ataque de tos, y Nefret añadió apresuradamente-: Estoy segura de que querrá usted más té, Sir Edward. Déme su taza.

Él se la tendió obedientemente, sonriendo un poco, y acercándose a ella.

- Oye -inquirí-, ¿cómo sabes tú la edad que tenían?

- ¡Maldita sea! -murmuró Nefret.

- ¡Maldición! -exclamó Sir Edward dejando caer su taza. Tibio té y brillante sangre roja gotearon sobre la falda de Nefret. Gruñendo,

Horas retiró la zarpa con la que había arañado la mano de Sir Edward.

Yo le curé y le pedí disculpas, Sir Edward aceptó con el comentario de que estaba encantado de comprobar que la señorita Forth tenía un guardián tan fiel. Nefret aprovechó para escaparse con la oportuna excusa de que tenía que cambiarse y enjuagar la sangre. Emerson declaró que tenía trabajo que hacer antes de la cena; Sir Edward dijo que pensaba dar un paseo. No sé cómo me dieron esquinazo los chicos, pero cuando miré alrededor me di cuenta de que estaba sola. Primero fui en busca de Ramsés, pero no pude encontrarle en ningún lugar de la casa, tampoco a

David. Nefret había atrancado la puerta y fingió no oír mi llamada, así que di la vuelta hasta la ventana, y aporreé las contraventanas hasta que las abrió.

Tuvimos una pequeña charla.

Cuando la dejé, busqué a Emerson, que se había refugiado en una esquina tranquila del patio. Estaba fumando su pipa y hablando con Ramsés, quien se puso de pie de un salto en cuanto me vio. Debía pensar que era una convincente exhibición de las buenas maneras que yo le había enseñado, pero su pose sugería claramente que estaba a punto de retirarse.

- No regañes al chico, Peabody-dijo Emerson, haciéndome un sitio en el banco-. De manera muy caballerosa, ha intentado asumir la responsabilidad plena del comportamiento de Nefret. Yo no le hago responsable -suspiró-. Yo no hago a nadie responsable de Nefret.

- Acabo de hablar con ella -dije.

- Ah -dijo Emerson esperanzado-. ¿Prometió que no lo volvería a hacer?

- No. Dijo que lo volvería a hacer tan pronto como pudiera, y tan a menudo como fuera posible -sonreí ligeramente apesadumbrada a mi hijo-. Siéntate, Ramsés, y no estés tan receloso. Yo no te culpo. Nefret es… En pocas palabras, ¡ella es precisamente la hija que me hubiera gustado tener! Está decidida a ayudar a esas infortunadas mujeres, y creo que puede y debe hacerlo.

- Ella quiere ayudar a todas las condenadas personas que sufren -dijo Ramsés. Parecía que observaba un escarabajo que se dirigía deliberadamente hacia un trozo de corteza de pan-. Se le romperá el

corazón, Madre.

- Los corazones rotos pueden arreglarse -dije-. Un corazón insensible al dolor es también insensible a la dicha.

Emerson resopló y Ramsés miró hacia arriba.

- Sin duda es verdad, madre. Sin embargo, debemos considerar también el riesgo para el… eh… la integridad de Nefret. Aparte del resto de los peligros que conllevaría el enfrentamiento con una empresa comercial de este tipo, existe la probabilidad de que algunas de las mujeres de la Casa de las Palomas hayan sido pagadas por nuestro desconocido enemigo.

- Condenadamente cierto -dijo Emerson-. Ninguno de nosotros va a volver a ir a ese barrio, ¿oís?

- Dudo que más visitas adicionales redunden en resultados útiles -replicó Ramsés-. Hemos hecho lo que hemos podido.

- De acuerdo -dije-. Ahora ve y busca a David, Ramsés, y dile que puede salir de su escondite sin peligro. La cena estará pronto lista.

Después de haber tomado el café de la sobremesa con nosotros, Sir Edward rogó que le excusáramos.

- Tengo que escribir unas cartas -explicó con una sonrisa-. Mi querida madre está algo delicada; procuro escribirle al menos tres veces por semana.

- Si está tan delicada, ¿por qué no se queda con ella? -preguntó Emerson una vez que el joven salió de la habitación.

- Ha sido sólo una amable excusa, Emerson. No quiere entrometerse en nuestra intimidad. Hablando de cartas, nosotros también tenemos unas cuantas pendientes. Escribiré a Evelyn; ¿le pondrás unas líneas a Walter? Los demás podéis incluir algún mensaje si os apetece; recordad, debemos convencerles de que vuelvan a casa de inmediato, pero evitando alarmarles.

- No es una tarea tan fácil -murmuró Ramsés.

No lo era. Estuve trabajando en mi nota durante algún tiempo, tachando palabras y cambiándolas. Cuando al fin consideré haberlo hecho de la mejor manera, dejé mi lápiz. Con el suyo alzado, David fruncía el ceño sobre el papel. Los demás, incluyendo a Emerson, leían.

- Creí que ibas a escribir a Walter, Emerson -le dije.

- Lo he hecho.

Cogí el papel que me señalaba. Decía: «Coge el próximo barco a casa. Cariñosos recuerdos, R.E».

- Realmente, Emerson -exclamé.

- Bien, ¿por qué repetir la información que tú habrás dado, probablemente con atroces detalles? Has estado en ello durante horas, Peabody.

- Tampoco tanto, querido. Sin embargo, les he dado toda la información necesaria. Nefret, ¿quieres añadir algo?

- Depende de lo detallada que esté su información, tía Amelia -replicó Nefret-. ¿Qué les ha dicho sobre lo ocurrido a Ramsés y David? Ya sabe cómo se preocupa tía Evelyn.

- Puedes leer la carta si quieres.

Ramsés se inclinó sobre su hombro, y leyó a la vez que ella.

- Mmmm, Es usted capaz de unas descripciones de lo más gráficas, madre. Sería mejor, quizás, que añadiera unas pocas líneas para tranquilizarla.

- ¿Con la mano izquierda? -Nefret meneó la cabeza-. Mi querido muchacho, un garabato así no haría sino preocupar aún más a tía Evelyn. Ya sé; añadiré un informe médico. Los hechos serán menos alarmantes que las fantasías que una ardiente imaginación puede inventar.

Ella seguía escribiendo cuando Selim y Daoud entraron; tenían que coger el tren de la mañana, así que

Emerson les dio dinero para gastos, y les volvió a advertir que estuvieran alerta.

- Quedaos hasta que les veáis embarcar -les ordenó-. No importa cuánto tiempo sea, maldita sea -añadió melancólicamente al ver cómo se reducía su mano de obra en dos de sus miembros más válidos.

- ¿Qué pasa si el señor Walter Emerson no se va? -preguntó Selim.

- Golpéale en la cabeza, y…

- Venga, Emerson, no confundas al chico -dije, ya que Selim le escuchaba boquiabierto y con los ojos como platos-. Debéis sólo… Bien. ¿Qué deberíamos hacer?

- Ya era hora de que alguien hiciera esa pregunta -dijo Ramsés-. Hemos estado hablando de ellos como si fueran paquetes que pudieran despacharse a nuestra conveniencia. He visto a tía Evelyn

en acción, y os aseguro que no aceptará tan fácilmente que le den órdenes.

- Walter no se irá tampoco -asentí yo-. Pero está la niña. No pueden mandarla a casa sola, y seguramente no la expondrán al peligro. Ningún padre cariñoso lo haría.

Un incómodo silencio siguió a mis palabras. Ramsés, que estaba de pie detrás de Nefret, con sus manos apoyadas en la espalda de su silla, miraba con una expresión particularmente ausente.

- Mmmm -dijo Emerson sonoramente-. Selim ha estado bastante acertado al sacar el tema. Hay una posibilidad, supongo, de que Walter envíe a Evelyn y a la niña en barco, y que él venga aquí. Puede que a Evelyn no le guste, pero lo aceptaría. Ni siquiera ella esperaría que él la dejara venir sola, o traer a Lía.

- Yo no contaría con eso -dije-. Selim: si uno de ellos, o todos, insisten en venir aquí, él… ¡o ella!… deben hacer lo que quieran. Son personas libres, después de todo. Nosotros sólo podemos aconsejar y advertir, no podemos mandar sobre ellos.

Entregamos las cartas a Selim y les deseamos a él y a Daoud un buen viaje. Daoud abrazó a David, y estrechó la mano a Ramsés y a Emerson. Era un hombre muy silencioso, pero había seguido cada palabra con interés extremo, y evidentemente estaba encantado y orgulloso de haber sido elegido para tan importante misión.

Nos separamos poco después. Emerson se soltó del brazo de Nefret; sabía que mi marido buscaría alguna excusa para registrar su habitación antes de dejarla entrar. Seguí a Ramsés, y le alcancé delante de la puerta de su habitación.

- ¿Sí, madre? -dijo enarcando una ceja.

- ¿Qué tal tu mano? ¿Quieres que le eche un vistazo?

- Nefret cambió el vendaje antes de la cena.

- ¿Y un poco de láudano para que te ayude a dormir?

- No, gracias -esperó un momento, observándome, antes de continuar-. Usted no me expuso al peligro, madre. Hizo todo lo posible para apartarme de él.

- No jures, Ramsés.

- Le pido perdón, madre.

- Buenas noches, querido…

- Buenas noches, madre.

Hacía mucho tiempo que había desistido de persuadir a mi

familia para que asistieran a los servicios religiosos del domingo. Su formación religiosa era diversa, por decir algo. El padre de David había sido cristiano, de nombre al menos, aunque, utilizando las pintorescas palabras de Abdullah, «había muerto maldiciendo a Dios». Nefret había sido sacerdotisa de Isis en una comunidad en la que se adoraba a los viejos dioses de Egipto, y yo tenía la desagradable sospecha de que ella no había abandonado del todo sus creencias en esas deidades paganas; quizás compartía las ideas de Abdullah, quien era también algo pagano: «¡No hay ningún mal en protegerse de lo que no es cierto!». La opinión de Emerson sobre la religión organizada oscilaba entre la blasfemia y la grosería, y Ramsés nunca expresaba sus opiniones, si es que las tenía. Por ello el viernes era un día laborable como cualquier otro, aunque permitíamos a nuestros trabajadores musulmanes que descansaran. Por tanto, nos levantamos radiantes, temprano, y listos para volver al Valle. Había sido una noche tranquila, sin incidentes.

A última hora de aquella mañana, Ned Ayrton vino a tomarse un pequeño refrigerio con nosotros, según habíamos adoptado por costumbre. Déjenme decirles que esto no es de ningún modo una crítica a sus hábitos de trabajo, que eran casi excesivamente concienzudos. Muchos arqueólogos no paran para desayunar hasta después de haber estado trabajando varias horas. Nosotros hacíamos siempre un pequeño descanso y tomábamos una taza de té hacia las diez de la mañana, Ned también. No creo que me acusen de vanidad si digo que él disfrutaba de nuestra compañía; como respuesta a la pregunta mordaz de Emerson, dijo que sus hombres estaban cavando un pozo bajo la zona cuadrangular que habían descubierto el día anterior.

- Ha sido bastante duro -explicó-. Los trozos de piedra caliza se han empapado de agua, y se han pegado como el cemento.

- No es buena señal -dijo Emerson dándose toquecitos en la barbilla.

- No. Sólo cabe esperar que si hay una entrada a una tumba debajo, la lluvia no haya penetrado hasta allí. Bien, me he alargado demasiado; hay que echarle la culpa al placer de su compañía, señora Emerson.

- Las expectativas del señor Davis son tan elevadas que deben poner nervioso a Ned -dije después de que el joven se hubiera

marchado-. Supongo que no encontrará nada en el lugar en el que está cavando ahora.

- Mmmm -se limitó a murmurar Emerson.

Estoy convencida de que mi marido tiene un sexto sentido para estas cosas. A última hora de la tarde, cuando estábamos a punto de parar por ese día, Ned vino corriendo para contarnos las novedades.

- ¡Eureka! -fue su primera palabra, y la última durante un tiempo; casi le faltaba el aliento para poder continuar.

- Ah -dijo Emerson-. Así que ha encontrado la entrada a la tumba, ¿no?

- Sí, señor. Peldaños recortados en la roca, en cualquier caso. He pensado que quizás le gustaría echar un vistazo.

Era una cortesía innecesaria. Nada, repito, nada hubiera conseguido mantener a Emerson apartado de aquel hallazgo. Los demás les seguimos.

La abertura se asentaba directamente a la derecha de la entrada a la tumba de Ramsés IX. Todavía estaba rodeada por montones de cascotes pero se podía ver claramente la parte superior de una escalera recortada en la piedra.

Los hombres de Ned seguían trabajando, echando paletadas de roca en cestas y limpiando los peldaños. Emerson arrebató la pala a uno de ellos; tenía los ojos brillantes y los labios entreabiertos. Cualquiera que haya sentido esa pasión por los descubrimientos, y que se haya visto privado de ella durante mucho tiempo podrá comprender la intensidad de su emoción en aquel momento. Sólo puedo compararla a los sentimientos de una persona hambrienta que ve una bandeja de un enorme asado. No le importa que no sea su asado. Si está lo suficientemente hambriento se lo comerá, sin importarle las consecuencias. Casi se me partía el corazón por tener que pararle, pero sabía que era mi deber.

- Emerson, querido, los hombres del señor Ayrton están cavando bastante bien. Sólo les estorbarás.

Emerson se detuvo y salió de su trance.

- Eh… mmm. Sí. Parece… eh… prometedor, Ayrton. El terraplén bien limpio, llega hasta aquí; no hay agua. Típico ejemplo de la XVIII Dinastía. Probablemente sin tocar desde la XX Dinastía.

Ned sonrió y se apartó el pelo húmedo de la cara sudorosa.

- Me alegra oírle decir eso, señor. Casi tiro la toalla anteayer,

cuando le envié un mensaje al señor Davis diciéndole que le había encontrado una tumba, y luego tuve que retractarme. No quería volver a cometer el mismo error dos veces.

- El lugar pudo haber sido robado diez veces antes de que la entrada quedara oculta por los escombros -dijo Emerson-. Casi con toda seguridad que lo fue. Mmmm. No tardará más que unas pocas horas en…

Ahí, querido lector, quedó demostrado el temple real del hombre con el que me había casado. En aquel momento, no había nada en el mundo que Emerson deseara más que echar un vistazo a lo que se hallaba al pie de aquellos peldaños de piedra. Si el descubrimiento hubiera sido suyo, como debería haberlo sido, habría despejado la entrada aquel día, con sus propias manos si hubiese sido necesario, y habría acampado en aquel sitio toda la noche para proteger su hallazgo. La lucha era intensa, pero el honor profesional venció a la envidia.

- Pare -dijo, estirando sus fuertes hombros.

- ¿Señor? -Ned le miró asombrado.

Como yo, Ramsés sabía que su padre había llegado hasta donde era capaz de hacerlo; puso una mano amistosa en el hombro del joven y continuó por él:

- No querrá descubrir la entrada y dejarla abierta toda la noche.

- Dios mío, no. No podría hacer eso. El señor Davis querrá estar aquí cuando la abramos.

- A menos que considere que él quiera venir esta noche sería mejor que pararan -Ramsés echó un vistazo con ojos expertos a la tosca abertura-. No es probable que haya más de doce peldaños, y el terraplén está suelto aquí.

- Sí, desde luego -Ned sonrió disculpándose-. Deben pensar que soy un tonto metepatas. Supongo que estaba un poco nervioso. Una nueva tumba es siempre bastante… excitante ¿verdad? Sin saber lo que podría haber allí, ¿no?

- Sí -dijo Emerson amablemente-. Sí, totalmente cierto.

Ned vino con nosotros hasta el corral de los burros, y luego se alejó deprisa a pie, dirigiéndose hacia la casa que Davis había construido cerca de la entrada al Valle. No había duda de que estaba encantado; incluso si al final la tumba resultara estar inacabada, o haber sido completamente saqueada en otros tiempos,

era una buena señal el haber encontrado una al fin.

Aquel día nos habían invitado a asistir a una de las veladas que Cyrus organizaba los domingos. Nuestro amigo era una persona sociable, y todavía le agradaba más divertirse ahora que tenía a Katherine como anfitriona.

Yo tenía sentimientos encontrados respecto a esa velada. Normalmente disfruto con los eventos sociales respetables, y las celebraciones de Cyrus eran siempre elegantes y refinadas. Muchos de nuestros amigos estarían presentes, incluyendo a dos de los mejores: Katherine y Cyrus.

Sin embargo, aquella noche no me sentía inclinada a la diversión. Mis pensamientos estaban ocupados en otras cosas, imaginándome lo que harían aquéllos que estaban lejos. Selim y Daoud seguían en el tren; no llegarían a El Cairo hasta altas horas de la noche, y todavía les quedaría por delante el corto viaje a Alejandría. Si no se retrasaba, el barco de vapor llegaría pronto al puerto, donde anclaría; los pasajeros desembarcarían a la mañana siguiente. No tendríamos noticias hasta última hora de ese día, ya que las explicaciones y las decisiones llevarían su tiempo, y era posible que Walter decidiera seguir a El Cairo, donde había reservado habitaciones en el Shepheard. Llevarse de regreso a Inglaterra a Lía sin que echara un vistazo siquiera a las pirámides o a la Esfinge sería muy cruel; un padre tan cariñoso como Walter no podría resistirse seguramente a los ruegos de la joven. Si decidieran quedarse en El Cairo durante un tiempo puede que yo me apresurara a ir a verles, y echar de paso un pequeño vistazo alrededor…

¡Demasiados condicionantes! Tendría que esperar otras veinticuatro horas antes de saber cuáles iban a ser sus intenciones. Llegué a la lógica conclusión de que seguir dándole vueltas no sería bueno para ninguno de nosotros. De cualquier modo, no había nada que pudiéramos hacer.esa noche.

Descubrí que los demás esperaban que fuéramos a la reunión, y que incluso Emerson estaba resignado, aunque no entusiasta. Discutimos como siempre sobre la obligación de llevar vestimenta formal, discusión que, como siempre, gané. Cyrus nos había enviado su carruaje; como habríamos estado un poco apretados yendo todo el grupo en él, Sir Edward anunció que iría a caballo. Emerson me

dirigió una mirada de reproche cuando vio que Sir Edward y los chicos no iban de etiqueta. Yo no me hallaba en posición de sermonear a Sir Edward, pero cuando le pedí explicaciones a Ramsés, me dijo ingenuamente que era difícil abrochar los botones y los gemelos con una sola mano.

Decidí dejarlo pasar por una vez, pero había otra cuestión que yo quería preguntarle. Tenía miedo de que utilizara la excusa de su mano herida para dejarse crecer la barba; parece que a los hombres les encantan esas malditas cosas. Sin embargo, apareció afeitado, y cuando estiré su corbata y le remetí el cuello le pregunté cómo se las había arreglado.

- Llevo usando maquinilla de afeitar desde hace años, madre -fue su respuesta-. Me sorprende que no lo supiera.

- No tengo costumbre de revolver en tus cosas personales, Ramsés -dije.

- Por supuesto que no, madre. Yo no pretendía…

Emerson nos interrumpió haciendo la observación que siempre reservaba para las reuniones sociales:

- Si tenemos que hacer esto, acabemos con ello cuanto antes.

La corriente eléctrica, cuyo funcionamiento era cuanto menos irregular, parecía que marchaba bien aquella noche. Las ventanas del Castillo brillaban acogedoras en la oscuridad, y Cyrus nos esperaba para saludarnos; sólo hubo tiempo para que me preguntara «¿Algo nuevo?» y para mi negativa antes de que la llegada de otros invitados le recordara sus deberes como anfitrión.

Caras y figuras familiares llenaban el gran salón; las voces se alzaban con risas y conversaciones. Pero, mientras permanecía un rato en silencio bebiendo mi copa, me encontré estudiando aquellas caras con un nuevo interés. ¿Habría entre ellas un nuevo y desconocido enemigo, o tal vez uno antiguo?

Siempre había mucha gente nueva en Luxor durante la temporada de excavaciones. A algunos los conocía ligeramente; Emerson había entablado conversación con uno de ellos, un tal lord… en aquel momento el nombre se me escapaba, pero recordé que había llegado hacía poco a Egipto por temas de salud y se había empezado a interesar por las excavaciones. Era bastante alto, pero como era un hombre casado, supuse que al menos su mujer se habría dado cuenta si se hubiera producido una suplantación. A

menos que ella también fuera…

Tonterías, me dije a mí misma. Sethos no podía estar entre los presentes. Le había reconocido en Londres y le habría reconocido en Luxor, con cualquier disfraz que llevara. En cuanto a los enemigos desconocidos… ese campo ofrecía posibilidades infinitas. La mayoría de los comerciantes de antigüedades ilegales eran egipcios o turcos pero, como la dolorosa experiencia me había enseñado, los europeos también se mezclaban en esos feos negocios, y parecían ser mucho más peligrosos y tener menos escrúpulos que sus colegas musulmanes. Desde que Sethos se retiró, mucha gente había intentado quedarse con parte o toda su organización. El corpulento barón alemán, el elegante joven francés que miraba conmovedoramente a Nefret, el terrateniente inglés de mejillas rubicundas… cualquiera de ellos podría ser un criminal.

Un tironcito en la manga me sacó de mis pensamientos, cuando me volví vi a Katherine a mi lado. Llevaba un traje largo que se había mandado hacer en Londres, con un mantón turco bordado de seda verde, y el aderezo de esmeraldas que le había regalado Cyrus cuando se casaron.

- Sin corsés -me susurró con una sonrisa de conspiración-. Ven y siéntate un momento, he estado de pie durante horas. -Nos retiramos a una esquina apartada, y Katherine continuó-: Quiero hablar contigo de mi nuevo proyecto, Amelia. He estado con la señorita Buchanan de la American School of Girls (Escuela Americana para Jóvenes) hace unos días… me hizo sentirme algo avergonzada de mi nacionalidad; las americanas han hecho mucho más que nosotras, las inglesas, para mejorar la situación de las mujeres egipcias: escuelas y hospitales por todo el país…

- Así como iglesias -dije-. Yo sería la última en negar el gran bien que han hecho esas excelentes personas, pero son misioneras y su principal objetivo es el de convertir a los paganos.

- ¿No fue Enrique IV el que dijo aquello de que «París bien vale una misa», cuando sus aspiraciones al trono de Francia dependían de que se convirtiera al catolicismo? Quizás la educación vale una plegaria -sonreí reconociendo lo ingenioso de aquel razonamiento, Katherine prosiguió-: Sin embargo, yo creo que hay suficiente espacio como para abrir una escuela que no tenga esos requisitos, donde se facilite la educación a aquellos que no pueden satisfacer

los honorarios de una escuela misionera. La señorita Buchanan accedió amablemente, y se ofreció para ayudarme de cualquier manera que estuviera a su alcance.

- Espléndido -dije cordialmente-. Estoy encantada de que sigas adelante con tu proyecto, Katherine, te prometo que te ayudaré. Hace algunos días tuve la intención de ir a conocer a la profesora de Fátima, pero todavía no he tenido tiempo de hacerlo.

- Yo sí que he ido. Fátima me dio su nombre, la fui a visitar ayer. Es una persona muy interesante, Amelia, guapa y bien educada, y evidentemente de clase superior. Si admirables son los métodos de las americanas, también podríamos aprender algo de profesoras como Sayyida Amin.

- Ah, ¿así que prefiere el título de *Sayyida* [3]

al de *Madame?* Eso parece indicar que no simpatiza con las ideas occidentales sobre la emancipación.

- A una buena parte de los egipcios o egipcias educados les ofenden nuestra presencia y nuestras ideas -dijo Katherine sobriamente-. No me sorprende que sea así.

- A mí tampoco. La condescendencia puede ser tan exasperante como el insulto. ¡Ninguno de nosotros cometería esos errores! Siento no haber podido ir contigo, Katherine. He estado un poco preocupada últimamente.

- ¡Por supuesto que sí!

Le conté los progresos de la investigación o, para ser más exactos, la falta de progresos. Yo no me habría atrevido a contarle a ninguna otra de mis amigas la visita que había hecho Nefret a aquella casa de mala vida, pero estaba segura de que la formación poco ortodoxa de Katherine la haría más tolerante hacia aquéllas que, a menudo sin culpa ninguna, se habían salido de los límites impuestos por las convenciones sociales. Como siempre, atiné en mi juicio.

- Nefret es una muchacha excelente, Amelia. Sólo podemos admirar su valentía y compasión, y temer por su bienestar. Te van a dar mucho que hacer.

- Ya me dan mucho que hacer. Ramsés se las vale sólito para llevar a cualquier padre al borde de la locura, y me atrevo a decir que incluso David nos dará quebraderos de cabeza.

Le había estado observando mientras hablaba con una chica que me resultaba desconocida, aunque supuse que formaría parte del más reciente grupo de turistas. Era rubia y estaba primorosamente vestida con un traje azul celeste bordado con capullos de rosa, que dejaba al descubierto sus blancos hombros. No era habitual ver a David sin Ramsés o Nefret, o los dos a la vez; era bastante tímido con los desconocidos, pero parecía estar a gusto con esa joven., quien flirteaba con él por encima de su abanico.

En aquel momento una rechoncha vieja dama, a quien tomé por la madre de la chica, se apresuró hacia ellos. Tomando a la chica firmemente por el brazo, la alejó de allí, sin darle oportunidad casi de que se despidiera de David.

- Me atrevería a decir que ya tiene muchos problemas -dijo pensativamente Katherine-. Es un joven guapo, y esa apariencia tan exótica no puede sino atraer a las chicas; pero ¿qué madre responsable permitiría a su hija que se comprometiera seriamente con él?

- Esa señora no debía haber sido tan grosera. Dios mío, Katherine, parecemos un par de cotillas.

En ese momento Katherine fue requerida por unos invitados que estaban a punto de despedirse. Yo permanecí donde estaba, observando a Ramsés con David, y a Emerson que había acorralado a Howard Carter y le estaba sermoneando sobre algo; Nefret estaba… ¿Dónde estaba?

Mi mirada agitada pronto la encontró, en el centro de un grupo de jóvenes caballeros, y una punzada de alarma, aunque muy breve, me hizo decidir que debíamos volver a casa. Raras veces sufro de los nervios, pero esa noche ocurrió. Reuní a mi familia y a Sir Edward y presentamos nuestras excusas. Mientras esperábamos el carruaje, el portero de Cyrus, un viejo egipcio que había estado con él durante muchos años, vino hacia mí.

- Una persona me dio esto, *Sitt* Hakim. Ella dijo que era para Nur Misur, pero…

- Entonces deberías dármelo a mí, Sayid -exclamó Nefret. Alargó la mano hacia el sucio paquetito, que no tenía más de dos centímetros de lado, y que descansaba en la palma de la mano del portero.

- Espera, Nefret -se adelantó Ramsés-. ¿Quién te dio esto, Sayid?

- Una mujer -contestó el viejo encogiéndose de hombros-. Dijo…

Obtuvimos la descripción de la desconocida: cubierta por un velo y una túnica, la anónima figura no se había entretenido ni hablado más que unas pocas palabras. No le había dado dinero, pero él suponía…

- Sí, sí -dijo Ramsés entregándole unas pocas monedas.

- Dame eso, Ramsés -exclamó Nefret indignada.

- Sugiero -dijo Ramsés apretando el paquete entre sus dedos- que esperemos hasta llegar a casa. Está demasiado oscuro para verlo con claridad y hay demasiada gente.

Era, sin duda, lo más acertado, aunque cuando llegamos a casa estábamos todos ardiendo de curiosidad, y sin darnos un respiro nos apresuramos hacia el cuarto de estar. Fátima había encendido las lámparas y estaba esperando para ver si queríamos algo.

Ramsés colocó el paquete encima de una mesa, a la luz de una lámpara. El barato y tosco papel había sido doblado con firmeza en varias capas. Estaba muy sucio, pero yo creí ver rastros de escritura.

- Sugiero que se maneje con cuidado -dijo Ramsés-. ¿Padre?

Estaba segura de que no se lo habría dejado a Emerson si él hubiera podido usar las dos manos. Por una vez no hice observación alguna. El papel plegado me inspiró una extraña repulsión; no creía que contuviera nada peligroso, pero no quería tocarlo.

Con la misma delicadeza que demostraba cuando manejaba frágiles antigüedades, Emerson desplegó el papel, lo colocó en la mesa y lo alisó. Sólo había escritas en él unas pocas palabras, en letras árabes trazadas toscamente.

- «A la salida del sol» -leyó Emerson-. «La Mezquita del Jeque el… Graib», ¿no?

- Guibri, creo -dijo Ramsés inclinándose sobre el papel-. Hay una palabra más: «Ayúdenme».

Durante un momento, nadie dijo nada. La luz de la lámpara iluminaba las fuertes manos de Emerson posadas en la mesa, con el arrugado papel entre ellas, y las caras atentas que se inclinaban sobre el mensaje. Nefret soltó un largo suspiro.

- Gracias a Dios. ¡Esperaba que confiara en mí! Ahora puedo…

- Había una docena de mujeres en esa casa -dijo categóricamente Ramsés-. ¿De quién estás hablando?

- Ella llevaba… Oh, no importa, no os habríais dado cuenta. Fue

el modo en que me miró.

- Mmmm -dijo Ramsés.

- Eh… sí -convino Emerson-. ¿Qué importa quién sea? Parece que una de ellas nos pide ayuda… y puede que esté ofreciendo la suya. Yo iré, por supuesto.

- Mi ayuda -dijo Nefret-. Fue a mí a quien dirigió el mensaje.

- Maldita sea -dijo Ramsés-. Perdóneme, madre. Por favor, pensadlo todos un minuto. Este mensaje no ha podido enviarlo una de esas mujeres. ¡Ninguna de ellas sabe escribir!

- Tú no lo sabes -dijo Nefret.

- Sin embargo, es una suposición razonable -asintió Emerson acariciándose la barbilla-. ¿Habrá recurrido a un amanuense?

- No se arriesgaría -insistió Ramsés-. De cualquier modo, está escrito muy burdamente.

- Me recuerda… -comenzó a decir David.

No se le dio oportunidad de acabar. Emerson declaró que alguien debería acudir a la cita. Nefret insistió en que debía ser ella. La mesa tembló; Horus, que volvía de uno de sus paseos nocturnos, se había encaramado a ella y trataba de captar la atención de Nefret. Al no conseguirlo, olisqueó la nota con curiosidad.

- Apártale, Nefret -le ordené.

Era demasiado tarde. Horus arañó, rasgó e hizo pedazos el papel con sus zarpas.

- Espero -dijo Emerson- que no te tomes esto como uno de tus malditos augurios, Peabody.

Habría sido difícil interpretar las acciones de Horus como presagio de algo en particular. Yo no necesitaba tales augurios para contemplar la futura expedición con nerviosismo extremo. Acordamos que debíamos acudir a la mezquita; si la llamada era auténtica no podía ignorarse. Ramsés insistió en que seguramente sería una trampa, pero incluso él admitió que el lugar y la hora de la cita eran los que una mujer elegiría. La mezquita en cuestión no estaba lejos de la casa que ellos habían visitado, y durante las primeras horas de la mañana, mientras las demás descansaban, era el mejor momento para que ella pudiera escaparse.

Así, entre unas cosas y otras yo no disfruté de un sueño tranquilo. No creo que Emerson durmiera nada. Cuando me sacudió para despertarme seguía estando oscuro fuera, y la salida del sol

estaba todavía muy lejana cuando nos reunimos en el cuarto de estar para tomar un desayuno apresurado. Como no habíamos acordado quién de nosotros iría, decidimos ir todos, incluyendo a Sir Edward, quien había dicho muy poco la noche anterior, y que ahora parecía concentrado en la comida, pensativo y silencioso.

- Ha hablado usted muy poco, Sir Edward -le advertí-. Tengo la impresión de que no aprueba lo que vamos a hacer.

- Tengo mis reservas, señora Emerson -respondió, frunciendo el ceño-. No creo que ninguna de esas mujeres se atreviera a comunicarse con ustedes, o que pudiera hacerlo por escrito. Lo que le dijo a la señorita Forth debe saberlo ahora la mayoría de los residentes de Luxor; un enemigo espabilado haría uso de ello para atraerles a una trampa.

- Ya hablamos de eso anoche -le recordé-, y acordamos que había que arriesgarse.

- Entonces no tiene sentido que yo trate de disuadirles.

- Ninguno -dijo Nefret.

El agachó la cabeza, como en silencioso asentimiento, pero según nos dirigíamos a montar los caballos vi que palpaba algo que llevaba en el bolsillo. ¿Una pistola? Esperé que así fuera. Yo misma estaba armada «hasta los dientes», como dijo cáusticamente Emerson: mi pequeña pistola en un bolsillo, mi cuchillo en el otro, y mi sombrilla en la mano. No me había puesto mi cinturón, pero la mayoría de mi equipamiento estaba distribuido entre mis bolsillos; una nunca sabe cuándo hará falta un sorbo de brandy, o un buen golpe de linterna.

Las primeras débiles luces del amanecer perfilaban las montañas orientales cuando desembarcamos en el muelle de Luxor. No éramos los únicos que nos habíamos despertado temprano; las luces encendidas de los hoteles indicaban que los turistas estaban levantados y vistiéndose, y figuras sombrías con largas chilabas se movían por la calle de camino al trabajo o a las plegarias. Llegábamos a tiempo, puesto que nuestro destino no estaba muy lejos.

- Esperad -dijo Ramsés de repente.

- ¿Por qué? ¿Para qué? -grité levantando mi sombrilla y dirigiendo rápidas miradas alrededor.

- Esperemos hasta que haya luz suficiente para ver a dónde

vamos -explicó Ramsés-. Maldita sea, esto es peligroso incluso a plena luz del día.

En otros diez minutos, Emerson declaró que no había peligro para proseguir. Aunque contaba con menos de dos mil habitantes, Luxor presumía de tener ocho o nueve mezquitas, sin que ninguna de ellas sobresaliera por su antigüedad o rasgos arquitectónicos. La del Jeque el Guibri estaba a menos de ochocientos metros de la ribera del río; la calle en la que se hallaba no era más que un camino rural, sin pavimentar y polvoriento. Estábamos a punto de llegar cuando la primera llamada a la oración se alzó en el claro aire de la mañana. Los muecines son bastante individualistas, y definen el momento exacto de la salida del sol de acuerdo con sus propias ideas. Esta primera llamada venía de una de las mezquitas situada hacia el sur, pero Nefret apretó su paso y sólo Emerson pudo disuadirla de que fuera por delante de los chicos, cogiendo su mano fuertemente entre las suyas. La manteníamos a salvo y rodeada, ya que Sir Edward y yo cerrábamos la marcha, aunque he de decir que dudaba que la joven aceptara esa situación durante mucho tiempo.

La mezquita estaba un poco apartada del camino; a través del arco abierto de la entrada podíamos ver el patio con su fuente y los edificios que la rodeaban. Una estructura adyacente con una cúpula albergaba seguramente la tumba del hombre santo del que la mezquita tomaba su nombre. Desde el minarete el muecín añadía al coro su voz de barítono desafinada por la edad.

Había varias personas fuera, caminando o subidos en burro, o conduciendo carros cargados de productos. Una mujer que balanceaba una carga de juncos sobre su cabeza nos dirigió una miraba curiosa a su paso. Realmente llamábamos la atención, ya que pocos turistas iban hasta allí.

- Voy a ir al patio -dijo Nefret en voz baja-. Ella no se acercaría a mí en la calle.

- No es una buena idea -dio Ramsés-. Llamará más la atención dentro. A las mujeres no se les anima a orar en público. Los demás seguid hacia la tumba; nosotros esperaremos aquí.

- ¿Nosotros? Maldita sea, Ramsés, tú accediste a…

- Mentí -dijo Ramsés fríamente-. No podemos arriesgarnos, hay mucha gente involucrada. Ella nos vio a David y a mí contigo, y si

sus intenciones son honorables no esperará que tú estés sola.

Esperamos otro cuarto de hora, hasta que las últimas lentas notas de la llamada a la oración se desvanecieron, y el rojo globo del sol se elevó sobre las montañas orientales. Emerson se estaba impacientando. Nos unimos a los chicos que estaban discutiendo, para no variar.

- ¿Estás seguro de que éste es el lugar correcto? -preguntó Nefret.

- No -Ramsés miraba incómodo alrededor-. La escritura era atroz, y hay dos mezquitas con nombres similares. Le habría echado otro vistazo si el maldito gato no hubiera hecho trizas el papel.

- Ella no vendrá -dijo Emerson-. O nunca tuvo intención de venir. O…

- O Sir Edward tenía razón -dije mirando al caballero, que no contestó. Como Ramsés, también él estaba observando a los transeúntes-. Esto es una trampa que ha fallado. No se atreverían a atacarnos a todos.

A instancias de Nefret nos detuvimos en la otra mezquita, la del Jeque el Graib, en nuestro camino de vuelta al muelle. Estaba en una zona más poblada, cercana al templo de Luxor. La calle estaba abarrotada con el habitual tráfico de la mañana a esa hora, pero la mezquita en sí estaba tranquila, ya que las oraciones de la mañana habían acabado. Nefret no había renunciado a la esperanza de un mensaje, como mínimo; anduvo lentamente a lo largo de la fachada del edificio, mirando hacia todos lados; pero fue Ramsés, pegado a sus talones, quien divisó el pequeño objeto que yacía en el polvo.

Era un delgado disco de oro, atravesado por un pequeño agujero, el típico adorno que cuelga de las orejas y tocados de las mujeres egipcias.

# Capítulo 10

¿Cuál era la trascendencia de aquel pequeño disco de oro? Muy probablemente ninguna. Dichos adornos eran muy comunes, e incluso si había pertenecido a la mujer que nos había escrito, debía habérsele caído sin que se diera cuenta. Nefret insistía en que había sido un gesto deliberado, como una señal de que la chica había acudido a la cita pero no había podido quedarse. Consideré tal posibilidad improbable: la mujer debería haber supuesto que dicha prueba no habría permanecido tirada en el polvo durante mucho tiempo: para un indigente ese trozo de oro representaba comida para días.

En mi caso, al menos, el alivio venció al desánimo, y me imagino que algunos de los demás sentían lo mismo. Si lo que esperábamos no había ocurrido, al menos lo que temíamos tampoco. Estudiando la cara alicaída de Nefret, y observando el gesto de determinación de su mandíbula, decidí que lo mejor sería que mantuviera otra pequeña charla con ella. Nadie admiraba su valor y su compasión más que yo, pero habría sido una locura que volviera a ir a esa casa de mala reputación.

En nuestro camino de vuelta hacia la ribera del río pasamos cerca de una oficina de telégrafos, pero yo no sugerí que paráramos. No podíamos esperar un mensaje de Walter tan pronto, y Emerson se habría opuesto a más retrasos; ya había perdido varias horas en lo que le gustaba llamar «la caza del ganso salvaje», y se ponía más nervioso a cada minuto que le robaba a su trabajo.

Las tareas de aquel día me resultaron más pesadas de lo que él habría esperado, incluso. Los escombros que llenaban la primera

cámara contenían cientos de trozos y piezas; fragmentos de jarras de cerámica y alabastro, abalorios de todo tipo, pedazos de madera y trozos de personas, momificadas por supuesto. De acuerdo con las escrupulosas normas de Emerson, cada trozo debía conservarse y registrarse. Como el erudito aplicado que es, se mostró muy concentrado con los trabajos y (para mi alivio) ni siquiera envió a nadie camino abajo a que espiara al pobre Ned Ayrton. A primera hora de la tarde sugerí a Emerson que regresáramos a la casa.

- Ya deberíamos tener un mensaje de Walter. Le pedí que telegrafiara lo antes que pudiera.

Emerson parecía ausente. Estaba tan obsesionado por las cuestiones puramente arqueológicas que le costó un tiempo comprender mi sugerencia.

- No sé por qué te preocupas tanto, Peabody. Tanto si Walter ha enviado el telegrama como si no, ¿qué esperas que yo haga al respecto?

- Enviar a uno de los hombres a la oficina de telégrafos. Tú sabes lo lentos que son los empleados; a veces los mensajes se quedan en su mesa durante días.

- Oh, bah -dijo Emerson-. No puedo desperdiciar a otro hombre, Peabody. Estoy falto de mano de obra con la partida de Selim y Daoud.

Así que envié a Abdullah. Era un día muy caluroso, y yo quería mantenerle alejado del agobio y del polvo de la tumba. Una vez que le hube dado instrucciones e indicado que se reuniera con nosotros a la vuelta a casa,

Nefret me hizo señas desde el montón de escombros, con aire de conspiradora.

- El señor Davis acaba de pasar -susurró.

- ¿En qué dirección? ¿Hacia dentro o hacia afuera?

- Hacia afuera. Ha debido pasar por delante de nosotros sin que le hayamos visto. Parecía muy contento consigo mismo, tía Amelia.

- ¿Sí? Bien. Quizás, después de todo, esos peldaños de Ned conducían hacia algo. Me alegro por el señor Davis.

La sonrisa conspiradora de Nefret se convirtió en una mueca.

- ¿Sí, verdad? ¿Le importa que yo vaya allí y mire?

- Haz lo que quieras, querida.

- ¿No quiere venir conmigo?

- Ahora que lo mencionas… -dije.

Por alguna razón no me sorprendió ver a Ramsés ya allí. La última vez que le había puesto los ojos encima, estaba en una esquina alejada de la cámara de la tumba mirando de reojo a una voluta, pero era un experto en despistar a la gente, y especialmente a su madre. Él y Ned estaban hacia la mitad de las escaleras, mirando lo que había abajo. Se podían ver en toda su longitud, aunque todavía no estaban completamente limpias. Al pie había un muro de piedras toscas, sin mortero e irregularmente cortadas; ocupaba el nítido corte rectangular que indudablemente constituía la entrada a una tumba.

- ¿Está roto el muro? -pregunté.

- Siempre se puede contar con que vaya usted directa al corazón del asunto, madre -dijo Ramsés alargando una mano para ayudarme a no perder el equilibrio. Los peldaños eran un poco traicioneros, llenos de piedrecitas y bastante empinados-. Parece que no. Sin embargo, es una construcción bastante provisional;

Ned y 70 acabamos de hablar sobre la posibilidad de que no fuera el cerramiento original. Nosotros… Nefret, no bajes, no hay espacio para otra persona.

- Entonces sube. Quiero ver qué hay.

- Qué espléndido, Ned -dije-. Supongo que el señor Davis estará ansioso por derribar el muro. ¿Van a hacer fotografías esta tarde, o habrá tiempo mañana por la mañana?

- Me ordenó que lo tuviera todo preparado por la mañana.

Era una respuesta ligeramente evasiva. Ramsés captó mi mirada, ya que Ned ponía buen cuidado en no mirarnos a ninguno de los dos, y dijo sin darle importancia:

- Estaba a punto de decirle a Ned que nos encantaría hacer unas fotografías para él. Tenemos aquí nuestro equipo y no llevaría mucho tiempo.

- Eso sería muy amable por su parte -dijo Ned, aliviado-. No tengo aquí una cámara, y la luz se irá pronto, y… en…

- Exactamente -dije animadamente-. ¿Nefret? -llamé, pero ella salió corriendo. Volviéndome a Ned, añadí-: ¿Se lo ha notificado al señor Weigall? Al tratarse de una nueva tumba pasa a ser competencia del Inspector.

- Él y la señora Weigall van a ir a tomar el té con el señor Davis.

Creo que tiene intención de informarle entonces.

Cuando Nefret volvió, Emerson estaba con ella. Yo había temido su aparición, pero no había nada que pudiera hacer al respecto. Pedí a Ned que viniera con nosotros a casa a tomar el té, pero declinó la oferta, diciendo que tenía mucho trabajo que hacer. La verdad era que una hora en compañía de Emerson era el límite de lo que podía soportar. Emerson no era grosero (es decir, no según sus normas) pero su enorme energía y sermones enfáticos son difíciles de soportar para la gente joven y tímida.

Abdullah había vuelto con el ansiado telegrama, que el empleado le había asegurado que se había recibido en aquel momento: «Vuestros mensajes recibidos», decía. «Conversaciones en curso. Cablearemos esta noche o mañana. Cuidaos.»

- Enviado desde El Cairo -dije.

- Espero que se aclaren pronto -gruñó Emerson-. No puedo prescindir de Daoud y Selim durante tanto tiempo.

Aquel día llegamos a la excavación a nuestra hora habitual, poco después de la salida del sol. El señor Davis y su séquito aparecieron hacia las diez de la mañana. ¡Había docenas de personas! Los Weigall, la señora Andrews y sus sobrinas, los Smith, criados portando cojines, toldos, cestos de comida y bebida, y varias personas elegantemente vestidas que yo no conocía: distinguidos visitantes que habían sido invitados a observar el descubrimiento de una tumba por parte del señor Davis. A todo el mundo le pareció un grupo de turistas de excursión.

El señor Davis se hallaba ataviado con su vestimenta «profesional» favorita: pantalones de montar y polainas abotonadas, chaqueta y chaleco de *tweed,* y un sombrero de fieltro de ala ancha. Inclinó su cabeza ante mí, pero dudo de que se hubiera parado si Emerson no le hubiera llamado. El contraste entre ellos era grotesco: el señor Davis, atildado y limpio, y algo ridículo con aquellas ropas pasadas de moda; Emerson, con pantalones y botas blancos por el polvo, la camisa abierta hasta la cintura y las mangas enrolladas por encima de los codos; noté que se había propuesto ser cordial aunque eso le estuviera matando. Mostrando sus dientes en una sonrisa afectuosa, dio un paso hacia adelante y le tendió la mano que, cubierta por una pasta clara, mezcla de sudor y polvo, y de arañazos que sangraban, no era precisamente algo que uno

deseara tocar, pero el señor Davis no pudo evitar hacerlo porque Emerson le agarró la mano antes de que él pudiera apartarse, y se la estrechó con fuerza. Luego, felicitó al señor Davis por «aquel interesante descubrimiento». Weigall, que había observado la representación con cierta alarma, puesto que la visión de Emerson mostrándose amable levantaba (comprensiblemente) sus sospechas, dijo que debían proceder.

- ¿Puedo ir a mirar?

Nadie habría tenido la osadía de hacer una petición de ese tipo más que Nefret. Aunque no había eludido ninguno de sus deberes aquella mañana, era una de esas jóvenes afortunadas que parece incluso más bella cuando su cara resplandece por el esfuerzo, y sus rizos caen como zarcillos por sus sienes y sus mejillas. Mientras hablaba desplegó toda su batería de encantos, ojos, sonrisa, rizos y finas manos morenas, ante el señor Davis. Como Ramsés advirtió más tarde, el pobre tipo no tenía escapatoria posible, así que la cosa acabó en que los dos se fueron juntos del brazo.

- Emerson -dije, compadeciéndome de mi afligido esposo-, ¿por qué no vas con ellos?

- No me lo han pedido -respondió-. Ha sido una omisión manifiesta. Yo no me meto en donde no me llaman.

- Nefret nos informará de lo que ocurre -dije.

De hecho, Nefret no tardó mucho en venir corriendo.

- Trae las placas, David -dijo jadeando cogiendo la cámara.

- ¿Qué pasa? -pregunté.

- Han derribado el muro. Hay otro detrás, enyesado y con los sellos oficiales de la necrópolis. Yo…

- ¿Qué? -la palabra brotó de Emerson como una explosión.

- … convencí al señor Davis para que esperara hasta que pudiéramos hacer unas fotografías -explicó Nefret casi sin respiración.

Sir Edward carraspeó.

- Me encantaría poder echar una mano, señorita Forth.

Ella le dirigió una rápida y cálida sonrisa.

- No dudo de haría un trabajo excelente, Sir Edward, pero el señor Davis no quiere que haya más gente. Sólo cedió ante mí porque le supliqué y le engatusé.

Las siguientes observaciones de Emerson no pueden reproducirse

en aras de la decencia. Me agarré a él y me mantuve en mis trece.

- No, Emerson, no puedes ir allí, no mientras estés en ese estado. Sabes que acordamos que la delicadeza es nuestra mejor… Ramsés, ¡no le dejes ir!

- No les puedo hacer esperar, el señor Davis está que se muere de nervios -Nefret se alejó corriendo, seguida por David.

- ¡Bah! -exclamó Emerson-. Bien, Ramsés, suéltame. Ya me he serenado completamente.

Por supuesto, no era así. Temo no ser capaz de transmitir con exactitud al lector la importancia del comentario de Nefret. El cerramiento externo, compuesto por piedras toscas, era evidentemente secundario; el muro interior, marcado con los sellos de los sacerdotes de la necrópolis, debía ser original. Eso significaba que la tumba había sido traspasada al menos una vez en la antigüedad, presumiblemente por ladrones, pero no habría sido bloqueada por segunda vez a menos que permaneciera en su interior algo de valor.

- Anímate, Emerson -dije-. Ahora que una nueva tumba ha sido hallada, el Departamento de Antigüedades se hará cargo de la excavación. El señor Weigall no permitirá al señor Davis que haga ninguna tontería.

- Ja! -dijo Emerson-. Si fuera Carter… Oh, al diablo con ello. Vuelvo al trabajo.

Una vez que desapareció en su tumba le dije a Ramsés sin darle importancia:

- Es casi la hora del almuerzo. Iré a decírselo a Nefret.

- Qué atenta es usted, madre -dijo Ramsés-. Le acompañaré.

Muchos de los miembros de la cuadrilla de Davis se habían desperdigado y se sentaban a la sombra, secándose las sudorosas caras con aspecto aburrido. Algunos de los hombres rondaban cerca de los peldaños. El señor Smith me saludó animadamente, así que me dirigí hacia él.

- Entonces, ¿pintará usted el interior de la tumba? -le pregunté, inclinándome un poco más sobre la abertura.

Davis y Weigall estaban abajo, estorbando el trabajo de los hombres que quitaban las piedras de la pared derribada y las llevaban a un vertedero cercano. Las secciones del yeso marcadas con los sellos de la necrópolis habían sido cortadas y arrojadas a

una cesta. Yo no podía ver más desde donde estaba.

- Eso depende del señor Davis -contestó amablemente el señor Smith, secándose la sudorosa frente con la manga-. Y de si hay algo que merezca la pena pintar.

Acaban de derribar el muro, y yo no sé lo que hay debajo. Excitante, ¿verdad?

Nefret, que había estado charlando con la señora Andrews, se unió a nosotros a tiempo para escuchar este último comentario.

- ¡Por supuesto que lo es! -exclamó; alzando su voz hasta gritar con un tono agudo de soprano, llamó-: Señor Davis, ¿puedo ir a mirar? ¡Estoy tan nerviosa!

- Más tarde, chiquilla, más tarde -Davis subió los peldaños, con aspecto cansado y acalorado, pero muy complacido. No era un hombre joven así que, al menos, había que reconocerle el entusiasmo. Le dio una palmada a Nefret en la cabeza-. Vamos a parar a comer. Venga dentro de un rato, si lo desea. Y-añadió con una orgullosa sonrisa- traiga al profesor Emerson con usted.

El almuerzo del señor Davis, que se sirvió en una tumba cercana, fue notablemente largo y suntuoso. Terminamos nuestra comida a su debido tiempo, así que estuvimos de vuelta al lugar bastante antes que él. Sin sombrero bajo el sol abrasador, Emerson se sentó en una piedra y encendió su pipa. Ramsés y David salieron para hablar con el *Rais* de Davis que estaba sentado a la sombra con el resto de los hombres, esperando con la resignación estoica de su raza el regreso de su patrón. No pude comprender lo que decían, pero había muchas risas, y David se sonrojó.

Cuando volvió el señor Davis, acompañado por su séquito, nos saludó con una cordialidad poco habitual.

- Pensé que querrían echar un vistazo -empezó-. Lo he vuelto a hacer, como verán. He encontrado otra tumba.

- Mmmm -replicó Emerson mordisqueando su pipa con furia-. Sí… Le ayudaré en todo lo que esté en mi mano, desde luego.

- No será necesario -le aseguró Davis-. Tenemos todo bajo control.

Oí crujir algo, y recé para que fuera sólo la boquilla de la pipa de Emerson, y no uno de sus dientes.

A decir verdad, los hombres de Davis no tardaron mucho en terminar el trabajo de aquel día. Las damas de la partida se

quejaban del calor, y Weigall parecía bastante serio. Le oí decir algo acerca de la policía. Incapaz de reprimir mi curiosidad por más tiempo, me uní al grupo, que estaba formado por Weigall, Davis, Ayrton y Nefret.

- ¿Qué pasa? -pregunté.

- Eche un vistazo si quiere -dijo Davis amigablemente. Su mostacho estaba lacio por el sudor y los ojos le brillaban.

Ned me tendió cortésmente una mano para ayudarme a bajar las escaleras. La entrada era muy abierta, excepto por varios amontonamientos de piedras. El pasadizo descendente típico de las tumbas de la XVIII Dinastía se inclinaba hacia la oscuridad; estaba lleno de cascotes sueltos, hasta unos noventa centímetros del techo excavado en la roca. En lo alto de los cascotes se hallaba el objeto más extraño que yo hubiera visto en una tumba egipcia; ocupaba el pasadizo de pared a pared, y toda la superficie brillaba como el oro. Me incliné hacia delante, sin osar moverme, casi sin atreverme a respirar, porque incluso así, mientras estaba sólo mirando, un desconchón dorado del tamaño de mi dedo se desprendió y cayó desde el lateral del objeto hasta las piedras que se hallaban debajo.

- ¿Qué es? -susurré.

- Un panel cubierto con una hoja de oro, posiblemente de un sepulcro -Ned hablaba en voz tan baja como la mía-. Hay otro objeto dorado colocado en la parte superior, quizás sea una puerta del mismo sepulcro.

- ¿Y más allá… al final del pasadizo?

- ¿Quién sabe? Más escaleras, otra cámara… quizás la cámara mortuoria misma. Lo averiguaremos mañana. Weigall va a tender un cable hacia abajo, luego tendremos luz eléctrica.

Ahora que él me había dado una pista pude distinguir más detalles. Parecían ser relieves e inscripciones en el panel.

- La hoja de oro debió haberse aplicado sobre una capa de yeso que ahora se ha perdido. ¿No permitirá que ese viejo chocho se suba ahí, verdad?

Estaba tan indignada que hablé de una forma casi tan grosera como lo habría hecho Emerson (aunque él habría añadido otros adjetivos).

- Eso está fuera de cuestión -dijo Ned-. No estoy del todo seguro de cómo vamos a actuar. Quizás, señora Emerson, nos pueda ofrecer

alguno de sus valiosos consejos.

Naturalmente estaba encantada de hacerlo. El señor Weigall había estado muy acertado al sugerir que se avisara a la policía y que se colocaran guardias por encima de la tumba. La simple mención de la palabra «oro» era suficiente para despertar el interés hasta del último ladrón de Luxor, y antes de caer la noche la noticia habría llegado al último rincón de la ciudad. No me sorprendió descubrir que el señor Davis estaba decidido a entrar en la tumba al día siguiente, por un medio u otro. Los intentos de Weigall para persuadirle de que esperara hasta que el panel pudiera estabilizarse, o al menos copiarse, no tuvieron ningún éxito.

- Ayrton, saque esa cosa fuera de ahí antes de mañana por la mañana -ordenó Davis-. Con cuidado, por supuesto. No quiero que se estropee. ¿Viene a cenar, Weigall?

- Eh… no gracias, señor, creo que acamparé en el Valle esta noche. Es mi deber asegurarme de que la tumba queda vigilada.

- Eso es cierto -asintió Davis-. Hasta mañana, entonces. Téngalo todo listo. Quiero ver lo que hay ahí abajo.

Se alejó sin esperar respuesta, puesto que, a su juicio, sólo había una posible. Me acordé de una de mis operetas favoritas de Gilbert y Sullivan: «Si su Majestad dice que se haga una cosa, esa cosa se da por hecha. Y si se hace, ¿por qué no decirlo?». (Cito de memoria, pero esa es la idea general.)

Ayrton y Weigall intercambiaron miradas. No se llevaban bien pero, por el momento, la consternación que ambos sentían les convertía en aliados.

- No puede hacerse -murmuró Weigall-. No sin estropearlo.

- Se lo diré -dijo Ned valientemente-. A menos que prefiera hacerlo usted.

- Mi posición respecto al señor Davis es delicada -replicó Weigall sofocadamente.

En mi opinión, la posición de Ned era aún más delicada. Sin embargo, no era el momento para discusiones o recriminaciones. La situación era crítica. Si Emerson hubiera estado al mando de aquella excavación, no se habría tocado ni una piedra ni habría entrado una sola persona hasta que el panel hubiera sido examinado, fotografiado (si fuera posible), y copiado (por David), y se habrían hecho todos los esfuerzos posibles para estabilizar la

frágil lámina de oro. Evidentemente todo eso no se iba a hacer. Mi deber, según lo veía, era el de sugerir medios para minimizar el daño.

- Quizás fuera posible disponer una especie de puente sobre el panel -indiqué-. Nuestro *Rais,* Abdullah, tiene una experiencia considerable en ese tipo de trabajos.

La cara de Weigall se iluminó.

- Estaba a punto de proponer lo mismo -dijo-. Creo que sé dónde puedo obtener una plancha de la longitud adecuada.

- Se lo diré a Abdullah -dije. Weigall no se opuso, aunque debía saber que también se lo diría a Emerson.

Emerson se comportó mejor de lo que yo esperaba, aunque debería haber sabido que podría fiarme de su sensata reacción ante una crisis. Y estábamos ante una auténtica crisis, en términos arqueológicos, al menos: iba a producirse un error más entre las muchas barbaridades que se habían cometido en lo que a la metodología en las excavaciones del Valle de los Reyes se refiere. Pero en aquella ocasión estábamos allí, en medio. Habría sido imposible permanecer al margen.

- Reconózcalo, padre -dijo Ramsés una vez que Emerson hubo agotado todos sus tacos-, no puede mantener alejado al señor Davis. El señor Weigall es el único que tiene autoridad para impedírselo, y no parece que vaya a ejercerla.

Incluso Sir Edward, normalmente tan frío, se había contagiado de la consternación general.

- ¿Han contratado a un fotógrafo? Les ofreceré mis servicios, si creen ustedes que los aceptarán.

- El señor Davis ha mandado a buscar uno a El Cairo -replicó Nefret-. Un tal señor Paul, creo que dijo. Sin embargo, no llegará antes de uno o dos días.

Para cuando dejamos el Valle, el trabajo estaba hecho, principalmente gracias a Abdullah. La plancha tenía sólo veinticinco centímetros de ancho, pero era lo suficientemente larga como para extenderse desde la entrada de la tumba al muro del otro extremo del pasadizo, y Abdullah se las arregló para encajarla de manera que no tocara el panel. El señor Weigall había tendido un cable, por lo que teníamos luz eléctrica, y el resplandor de ésta sobre el oro grabado era estímulo suficiente como para excitar incluso a la

imaginación más débil. Por desgracia, imaginar era lo único que nos estaba permitido; Weigall se negó a que nadie probara el puente y Emerson no discutió con él; su autocontrol era terrible, su rostro parecía de piedra. Estuvo inusualmente silencioso durante el regreso a caballo, y no se resistió cuando le sugerí que se diera un baño y se cambiara de ropa.

Aunque yo tenía necesidad imperiosa de refrescarme, me dirigí primero a la sala de estar para examinar las cartas que habían llegado aquel día.

- Maldita sea -le dije a David, el único miembro del grupo que estaba conmigo-. No hay nada de El Cairo. A estas horas deberíamos tener noticias de Walter.

- Iré a la oficina de telégrafos -dijo David-. Ya sabe lo lentos que son.

Estaba tan serio que le di una palmada cariñosa en el brazo:

- Vamos, no te preocupes, David, estoy segura de que todo va bien. No debes salir solo. Enviaré a alguno de nuestros hombres.

Para cuando encontré a Mustafá y le di instrucciones se estaba haciendo tarde, así que me contenté con una rápida zambullida en la bañera y un cambio de ropa. Fátima trajo la bandeja del té a la galería, donde Horus se había tumbado insolentemente a lo largo de todo el sofá. Le di un empujón suave pero terminante, ya que yo había elegido aquel sitio para mí, así que saltó al suelo gruñendo y levantando la cola. Ramsés, que acababa de salir de la casa, lanzó una exclamación de sorpresa.

- ¿Cómo lo ha conseguido?

- ¿Evitar que me arañe, quieres decir? Es una cuestión de superioridad mental y moral.

- Ah -dijo Ramsés. Tomó la taza que le había servido y se instaló en el antepecho, repantingándose cómodamente contra la cuadrada columna.

Se produjo un tranquilo silencio reposado; por una vez Ramsés no parecía inclinado a la conversación, y yo estaba satisfecha bebiendo mi té y disfrutando de la paz y la tranquilidad. ¡Qué bien habían crecido mis parras! Colgaban como telas de verde vivo, medio tapando los resquicios, agitándose suavemente con la brisa vespertina.

Los demás se unieron pronto a nosotros, estábamos sumidos en

una conversación muy animada sobre los descubrimientos del día cuando Ramsés se incorporó, apartó la cortina de parras que se hallaba a su lado, y miró hacia afuera. Su suave exclamación hizo que me dirigiera a la puerta.

Un carruaje se aproximaba, uno de los desvencijados transportes de alquiler del desembarcadero. Se dirigió a la entrada de la casa y se paró. El vehículo se balanceó y crujió cuando un hombre descendió de él. Aunque su larga túnica estaba arrugada y sucia, era de fino lino, un par de sandalias polvorientas pero de elegante cuero cubrían sus pies. Parecía extrañamente familiar. Se parecía… Era…

¡Daoud! Casi no hubo tiempo para que asimilara esa sorprendente visión cuando se materializó otra aparición igualmente sorprendente: una mujer, con una túnica negra, a quien Daoud ayudó tiernamente a bajar del carruaje. Tomándola de la mano, la condujo hacia mí. El rostro sencillo y humilde de nuestro colaborador brillaba de orgullo.

- La he traído, *Sitt* -anunció-. Sana y salva, como usted me dijo que hiciera.

El pelo rubio rizado se había escapado del pañuelo que cubría su cabeza; su cara no llevaba velo.

- ¿Evelyn? -dije entrecortadamente.

No era ella. Era mi sobrina, mi tocaya, mi pequeña Amelia, con la cara pálida y ojerosa, y lo más sorprendente de todo, ¡en Luxor! Volví a mirar el carruaje. No había nadie más dentro de él.

- ¿Dónde están tu madre y tu padre? -le pregunté-. ¡Caray! No habrás venido sola, ¿verdad? Lía… Daoud…

En vez de contestarme la chica me tendió una mano temblorosa. Todavía aturdida por la incredulidad, la tomé entre las mías. Alzó los ojos hundidos, y una débil sonrisa iluminó sus pálidos labios. Los abrió, pero antes de que pudiera hablar Nefret me apartó y colocó sus lozanos y fuertes brazos alrededor de la joven.

- Está agotada -dijo Nefret-. Déjemela, tía Amelia, cuidaré de ella. David, ¿me quieres ayudar?

Los demás se habían apresurado hacia la puerta. Por una vez, incluso Ramsés parecía haberse quedado mudo. El ruego de Nefret hizo que David saliera de su asombro; dando un paso al frente, alzó a la pequeña figura que se tambaleaba; ella se acurrucó entre sus

brazos como una gatita, y ocultó la cara contra su pecho. Siguiendo a Nefret, la transportó a la casa.

- Si hay un momento para el whisky con soda -dijo una voz profunda detrás de mí-, es éste precisamente. Siéntate, Peabody, antes de que te caigas al suelo.

Daoud había empezado a sospechar que algo iba mal. Una sombra de preocupación le cruzó el rostro.

- ¿Hice mal, *Sitt* Hakim? Usted me dijo, si alguien desea venir…

- No hiciste mal -dijo Ramsés mirándome-. Madre, déle una taza de té. Vamos, Daoud, amigo mío, siéntate y cuéntanoslo todo, de principio a fin.

Me habían dicho que Daoud era el mejor narrador de historias de toda la familia, pero me costó creerlo; normalmente era un hombre muy callado. Ahora, con la audiencia más ensimismada que un narrador pudiera desear, estaba a sus anchas. Su voz era profunda y melodiosa, sus metáforas eran poéticas, y los movimientos de sus manos hipnóticos. De hecho, sus metáforas eran tan poéticas que creo que sería mejor que resumiera la historia, y añadiera algunas interpretaciones que el inocente hombre había eludido completamente.

¡Yo nunca habría imaginado que aquella niña inexperta fuera capaz de una manipulación tan despiadada y calculadora! Mientras sus padres dialogaban y discutían, ella decidió al instante cuál sería su línea de acción. Sólo había un medio seguro de conseguir que ellos fueran a Luxor: ir antes ella misma. Había tenido la suficiente sensatez, gracias a Dios, para saber que no debía intentar hacer sola el viaje, y no había tardado en darse cuenta de que nunca convencería a Selim de que la llevara. Daoud, pobre Daoud, el más gentil y amable de los hombres, pero desde luego no el más inteligente, era una presa fácil. Y luego estaban mis propias e irresponsables palabras… ¡me comía los puños de rabia cuando me acordaba! «si alguno de ellos decide venir, él o ella…». Ah sí, eso había dicho, o algo parecido, y Daoud se lo había tomado al pie de la letra. ¿Por qué no? Él había visto que Nefret y yo, e incluso Evelyn, tomábamos nuestras propias decisiones y actuábamos con independencia de los hombres. No era la forma en que lo hacían las mujeres egipcias, pero las europeas teníamos diferente educación. ¿Y cómo podría haber algún peligro si él estaba con ella?

El whisky y la soda ayudaron mucho. Me instalé para escuchar con interés el animado relato de Daoud sobre el viaje. Tenía los billetes de vuelta (en primera clase, ya que nosotros no permitimos que nuestros hombres padezcan incomodidades innecesarias) y mucho dinero. Lía se había encontrado con él fuera del hotel, después de fingir que se retiraba a su cuarto a descansar. Se cambió el vestido por la túnica y el velo que le había pedido que le comprara, y le acompañó a la estación y al tren. Había sido un viaje largo y cansado, pero él había hecho todo lo posible parar hacérselo más llevadero, comprando fruta fresca y comida en varias paradas y llevándole agua para que se lavara las manos y la cara. Ella había dormido gran parte del tiempo, en el respetuoso refugio de su brazo.

- Y así vinimos -concluyó Daoud-. Vino como una paloma revoloteando a casa, a su nido, y yo cuidé de ella, *Sitt* Hakim, no dejé que ningún pájaro de presa se acercara a ella.

La noche se había echado para cuando finalizó. Fátima había traído lámparas y se había quedado a escuchar.

Emerson dio un gran suspiro.

- Bien contado, Daoud y… eh… bien hecho. Comprendo cómo ocurrió y que tú no… eso es, hiciste lo mejor. Tú también debes estar agotado. Ahora ve a casa y descansa.

Nefret salió a tiempo para añadir su agradecimiento en forma de abrazo cordial, y Daoud salió tan radiante como si hubiera recibido una medalla.

- Está dormida -dijo Nefret antes de que yo pudiera hablar-. David está con ella; pensé que sería mejor que pudiera ver una cara familiar si se despertaba y no recordara quién era o dónde estaba. ¿No deberíamos entrar? Creo que la cena está lista; Mahmud está haciendo sonar sus cacerolas, como hace siempre que llegamos tarde.

Fátima resopló consternada, y entró en la casa. Yo no podía culparla por haberse olvidado sus deberes; todos habíamos estado inmersos en la narración de Daoud.

- ¡Bien! -dije después de que ocupáramos nuestros sitios alrededor de la mesa-. Siempre me había considerado a mí misma una gran conocedora de los caracteres, pero debo confesar que Lía ha echado por tierra esa opinión. ¡Pensar que ha sido capaz de tanta

astucia!

- Y de tanto valor -dijo Ramsés tranquilamente.

- Sí -admití-. Cuando pienso en esa pequeña criatura delicada enfrentándose a los gritos y empujones de la muchedumbre en la estación del ferrocarril, y en ese largo e incómodo viaje, todo nuevo, extraño y aterrador… ¿Qué te dijo, Nefret?

- No mucho -Nefret plantó los codos en la mesa, una costumbre grosera que le había copiado a Emerson, y que yo había sido incapaz de corregir-. Estaba tan cansada que se iba quedando dormida mientras la bañaba y la metía en la cama. Seguía insistiendo en que no debíamos culpar a Daoud, que todo era culpa suya. Dejó una nota para sus padres…

- ¡Caray! -grité-. ¡Cómo puedo haberme olvidado de ellos! Pobres gentes, deben estar fuera de sí.

- Espero que ya estén de camino hacia aquí -dijo Ramsés.

Ése parecía ser el caso. Encontramos los mensajes que Mustafá había traído de la oficina de telégrafos; al haber visto que estábamos ocupados, los había dejado sobre la mesa del salón. El primero había sido enviado a primera hora de la mañana, una vez que Walter y Evelyn descubrieron que Lía no estaba. El segundo anunciaba que ellos y Selim iban a tomar el siguiente expreso y llegarían a Luxor hacia la medianoche. La siguiente cuestión era quién iba a ir a buscarles. Emerson la resolvió de inmediato.

- Ramsés, David y yo. No, Peabody, en contra de lo que puedas pensar, no necesitamos que nos protejas. ¿Es necesario que te pida que te quedes en la casa? En caso de que recibas un mensaje escrito con sangre en el que se te pida que acudas a rescatarme, deberás suponer que no proviene de mí.

Luego vinieron unos momentos de gran ajetreo, como en la víspera de Waterloo. Por supuesto, Lía había trastocado nuestros planes hasta un punto asombroso; pero cuando vi sus rizos alborotados y su pálida carita, comprobé que en el fondo no podía enfadarme con ella. Estaba acurrucada en la cama de Nefret, completamente dormida. David había arrimado una silla a la cama. Cuando vi lo preocupado y nervioso que estaba, coloqué una mano tranquilizadora en su hombro.

- Ve y cena algo, David. Ya no hay nada de qué preocuparse, ella está a salvo, y Evelyn y Walter están de camino. Selim está con

ellos. Emerson quiere que vayas con él a recibirlos.

- Sí, por supuesto. Usted no… no la regañará, ¿verdad tía Amelia?

- Quizás un poquito -dije con una sonrisa-. Tu cariño fraternal dice mucho en tu favor, David, pero no te preocupes; estoy demasiado alegre como para enfadarme. Debemos admirar su valor, aunque no su buen juicio.

Una vez que observé el color de sus mejillas y escuché su respiración tranquila llegué a la conclusión de que no había ningún mal en la chica que el descanso no pudiera aliviar. Mi experiencia médica me dijo que dormiría hasta la mañana siguiente, a menos que se la molestara, así que dejé la lámpara encendida y la puerta entornada, y fui en busca de los demás. La sala de estar estaba desierta, exceptuando a Fátima, y Sir Edward, que escuchaba con una expresión de intenso interés mientras ella hablaba. La mujer se calló cuando me vio, y se precipitó hacia afuera murmurando algo sobre la ropa de cama, las toallas y el agua en las palanganas.

- Me ha estado hablando de su sobrina -dijo Sir Edward-. Tengo ganas de conocer a la señorita Emerson; parece que es tan aventurera e independiente como las demás damas de la familia.

- Demasiado independiente para una chica de diecisiete años -repliqué-. Sin embargo, bien está lo que bien acaba. Si me excusa, debo ir a ver si el cuarto de invitados está preparado.

- Y yo sacaré mis pertenencias de la habitación.

- No hay prisa. Lía compartirá la habitación de Nefret esta noche, y puede que Walter y Evelyn cambien de opinión y la lleven de vuelta a El Cairo mañana mismo.

- Sería aconsejable que lo hicieran, señora Emerson…

Nos interrumpió Emerson gritando mi nombre.

- ¡Caray! -exclamé contrariada-. Despertará a la niña. Perdóneme, Sir Edward.

A otra persona se le había ocurrido lo mismo; cuando fui a la habitación de Nefret me crucé con David que salía.

- Sigue dormida -me informó.

- Bien. Ahora vete, Emerson se está impacientando. Y no olvides decirle a Selim que no sea duro con Daoud.

Emerson quería que le ayudara a buscar su gabán, que estaba colgado de una percha justo delante de sus narices. Le ayudé a

ponérselo, alisé las solapas y le rogué que tuviera cuidado; realmente, los serios rostros de Emerson y de los chicos parecían más bien los de una expedición de rescate que los de un grupo de caballeros que van a recibir a unos amigos. Propuse que Sir Edward les acompañara, pero Emerson movió la cabeza.

- Será mejor que se quede aquí contigo. Venga, Peabody, recuerda lo que te dije…

Corté radicalmente el sermón que tenía preparado y les dije que se fueran con una sonrisa cariñosa. Puede que el tren se retrasara, como ocurría a menudo, pero querían estar en el andén cuando llegara. Mí querida Evelyn debía estar consumida por los nervios y el ansia de ver a su hija. Debía saber lo antes posible que Lía había llegado sana y salva.

Ninguno de nosotros dormiría aquella noche. Nefret había vuelto a ver a Lía, pero yo estaba demasiado agotada para sentarme. Le pedí a Fátima que hiciera café y la seguí a la cocina.

- Veo que tú y Sir Edward os habéis hecho amigos -dije sin darle importancia.

- Es muy amable -replicó Fátima alargando la mano hacia una bandeja-. ¿No debo hablar con él, *Sitt* Hakim?

- Por supuesto que puedes. ¿De qué hablasteis?

- De muchas cosas -hábilmente buscó tazas, platos, el azucarero y las cucharas-. Lo que hago, y cómo era mi vida antes, y cómo es ahora; de… Oh, de pequeñas cosas, *Sitt* Hakim; no puedo hablar de grandes temas, pero él sonríe y escucha. Es muy amable.

- Sí -dije pensativamente-. Gracias, Fátima. ¿Por qué no te vas a la cama? Es tarde.

- Oh no, *Sitt,* no podría hacer eso. -Se volvió hacia mí, con los ojos muy abiertos-. Querrán comer cuando vengan, estarán cansados, pero muy felices de ver a su hija. Me alegrará ver su felicidad. ¿Se enfadarán mucho con Daoud, *Sitt* Hakim? El no pretendía causar daño. Es un buen hombre.

- Lo sé -le di una palmada en el hombro-. Creo que podré hacer que lo comprendan, Fátima. Los dos quieren mucho a Daoud.

Mis preguntas sobre Sir Edward no estaban motivadas por la sospecha, porque ni siquiera mi fértil imaginación podía pensar que hubiera algún motivo siniestro para su interés por Fátima. Era impensable que su lealtad pudiera verse alterada por el soborno o la

amenaza y, en cualquier caso, ella no sabía nada que pudiera utilizarse en nuestra contra. Su amable interés por ella mostraba un nuevo aspecto de su carácter. Quizás, pensé, había sido el contacto con nosotros lo que había dulcificado su forma de ser.

Llevé la bandeja a la habitación de Nefret, donde la encontré leyendo sentada al lado de la cama. Dijo que no quería nada, y que se quedaría con Lía. Tuve la clara sensación de que se quería librar de mí, aunque no podría decir por qué; así que dejé que mis agotados pies me condujeran al patio, donde la luna caía sobre las hojas de los árboles, y la brisa nocturna refrescó mi cara. Pude distinguir la figura inmóvil del centinela, una clara silueta entre las sombras, y me pregunté si se había echado a dormir. Cuando algo se agitó en la pared a mi derecha, me quedé paralizada. Una voz baja me tranquilizó rápidamente.

- No se alarme, *Sitt* Emerson, soy yo.

Me dirigí al banco donde él estaba sentado.

- Pensé que se había retirado, Sir Edward.

Se puso en pie y cogió la bandeja de mis manos.

- Uno de sus valientes guardianes está ya dormitando -dijo suavemente-. En cualquier caso yo no podía dormir. Pero le agradecería un café. ¿Le sirvo una taza?

Acepté, y observé cómo sus bien cuidadas manos se movían con destreza manejando el contenido de la bandeja.

- ¿Hay alguna razón particular por la que esté usted desvelado esta noche?

Permaneció callado un momento, y luego dijo:

- Estaba tratando de decidir si contárselo o no. Nada más lejos de mi intención que añadir nuevas preocupaciones, pero…

- Prefiero los hechos, aunque sean desagradables, a la ignorancia -repliqué tomando la taza que me ofrecía.

- Ya lo sospechaba. Bien, pues, yo no le conté toda la verdad sobre mis planes para esta noche. Cené en el Winter Palace, pero luego hice una visita a cierto establecimiento del que usted ya ha oído hablar. Meramente con el fin de investigar, por supuesto.

No dudé de su afirmación. Un hombre con unos gustos tan exigentes no se dejaría tentar por lo que «el establecimiento» en cuestión pudiera ofrecer.

- Evitaré entrar en descripciones detalladas -prosiguió-. Sólo le

diré que yo llamaba ligeramente la atención en ese ambiente, y que sospecharon inmediatamente de mis motivos. Salí de allí con las preguntas sin responder; y además, *Sitt* Emerson, tuve la sensación de que las negativas que me dieron se debían al miedo, y no a la ignorancia.

- ¿Y qué hay de la chica que mencionó Nefret?

- Algunas eran muy jóvenes -me explicó, con una mueca de repugnancia-, pero la descripción que nos dio era demasiado vaga para que pudiera identificarla. Con todo, fue una visita bastante desagradable y absolutamente improductiva. No se lo habría mencionado si no hubiera creído necesario el advertirla. Verá, *Sitt* Emerson, la conozco bien, y conozco a la señorita Forth; ella no debe volver ahí de nuevo. ¡No debe!

Semejante vehemencia, viniendo de un hombre de su temperamento, era extrañamente preocupante.

- Estoy de acuerdo con usted en que no debe ir -dije lentamente-. Pero aparte de que una acción así sea impropia, parece que siente usted que hay una razón particular… un peligro particular. Le ruego que sea más específico.

- ¿Es que no lo ve? -depositó su taza en la bandeja y se puso de frente a mí-. Su primera visita las cogió desprevenidas. No se esperaban que ella fuera; ¿quién habría podido imaginar una cosa así?

- Posiblemente ellas tampoco esperaban a Ramsés y a David.

- No; pero fue el comportamiento de ella, su tierno corazón, su generosidad para con esas miserables mujeres lo que pudo sugerir a alguna de ellas un medio de atraerla hacia una trampa. Yo nunca creí que el mensaje fuera auténtico. Si Ramsés no lo hubiera interceptado, habría ido ella sola a la cita. Si creyera que la autora de esa nota estaba amenazada, habría respondido a su llamada sin pensárselo dos veces, incluso se habría vuelto a enfrentar a los horrores de ese lugar. ¡Debe convencerla de que semejante acción sería una locura! -Su voz temblaba de emoción. ¿Tanto le gustaba Nefret? Quizás le había juzgado mal.

- ¿Tanto le gusta, Sir Edward?

- Debería estar acostumbrado a sus modales directos, señora Emerson -respondió el caballero tras unos instantes de silencio-. Una vez me advirtió usted de que nunca conseguiría ganarme su

estima.

- ¿Tenía yo razón?

- Sí -su voz era tan baja como un susurro-. No le creí entonces, pero después de haberla observado esta temporada sé que nunca será mía.

Él no había respondido a mi pregunta. No hacía falta que yo la repitiera. Sabía la respuesta.

El tren llegó con retraso. Eran más de las tres de la mañana cuando los largamente esperados sonidos me llevaron corriendo a la galería. Emerson había alquilado un carruaje para los viajeros y su equipaje (yo no paraba de repetirle que deberíamos tener uno propio, pero él no me hacía caso), y por fin pude abrazar cariñosamente a Walter y a Evelyn. Los dos tenían ojeras y parecían agotados, pero ninguno de ellos descansaría hasta haber visto a su hija con sus propios ojos.

Nefret dormitaba en el colchón que habíamos colocado al lado de la cama, y las dos chicas ofrecían una bonita imagen, con la luz de la lámpara sobre su pelo suelto y las caras arreboladas por el sueño. Nefret se despertó de inmediato; su primer gesto fue llevarse un dedo a los labios, así que nos deslizamos silenciosamente fuera de la habitación; ella salió tras nosotros.

Preocupados como estaban, Evelyn y Walter estaban también demasiado excitados como para dormir. Nos retiramos a la sala de estar, Fátima trajo unas fuentes abarrotadas de comida. Las emociones eran demasiado profundas y alegres como para contenerlas; se sucedieron las lágrimas, las protestas y los abrazos cariñosos.

El primer comentario coherente que recuerdo vino de Walter.

- No sé si darle una paliza a Daoud o las gracias desde lo más profundo de mi corazón.

- Lo segundo -dijo Emerson-. Te dobla en tamaño.

- Sin embargo, se quedaría quieto y te dejaría hacer lo que quisieras con él -intervino Ramsés-. No fue culpa suya, tío Walter.

- Eso es lo que me dice todo el mundo -Walter se pasó la mano por los ojos-. Bien, al menos estamos aquí, y es maravilloso volver a veros. Tienes buen aspecto, Amelia, increíblemente bueno, dadas las circunstancias.

- Es que se crece con este tipo de cosas -murmuró Emerson.

Evelyn había hecho que los chicos se sentaran con ella, uno a cada lado, y les inspeccionaba con la tierna ansiedad de su corazón de madre.

- Y vosotros dos tenéis mejor aspecto del que me esperaba. Tu mano, Ramsés…

- Ha mejorado mucho -la tranquilizó el joven-. Madre y Nefret han armado un gran revuelo por nada.

Ella le sonrió y volviéndose hacia David alzó su mano para acariciarle la morena mejilla.

- También nos preocupamos por ti, querido. Si no hubiera sido por Lía, no habríamos dudado en venir.

Demasiado emocionado para hablar, David inclinó la cabeza y se llevó la mano de ella a los labios.

Emerson había empezado a agitarse. No le gustan demasiado las muestras de sentimentalismo, o sea, las demostraciones públicas.

- Vosotros en cambio parecéis un par de fantasmas. Iros a la cama. Volveremos a hablar mañana, cuando estéis descansados. Decid buenas noches, chicos, y vámonos.

- ¿Iros? -exclamé-. ¿Adonde, a estas horas?

- Al Valle, por supuesto. La primera cosa que Davis hará por la mañana será destrozar la tumba, y yo pretendo estar allí antes que él.

- Emerson, ¡no puedes hacer eso!

- ¿No puedo darle el beneficio de mis sabios consejos, y tratar de convencerle, con la mayor delicadeza posible, de que se acoja a los principios básicos de la excavación científica? ¿Qué hay de malo en eso?

- Es la tumba del señor Davis, querido, no la tuya. Deberías…

- La tumba -dijo Emerson con el tono sonoro que empleaba cuando pronunciaba una conferencia- no pertenece a Davis, Amelia. Pertenece al pueblo egipcio y al mundo entero.

Tenía un aspecto tan farisaico que yo me hubiera reído si no hubiera sentido tan terribles presentimientos. Walter se echó a reír, tan fuerte que tuvo que enjugarse los ojos, y si hubiera habido el más mínimo toque de histeria en su risa no le habría culpado.

- No importa Amelia, querida -dijo entrecortadamente-. Radcliffe nos lo ha contado todo durante nuestro viaje hacia aquí. No se lo puedes impedir; yo no se lo puedo impedir; ni siquiera toda la corte

celestial se lo podría impedir. Radcliffe, querido hermano, ¡qué gusto estar de vuelta!

Emerson rechazó categóricamente que yo les acompañara; me necesitaban en la casa, me explicó, para garantizar que todo quedaba a salvo y en orden. No me habría importado tanto si no se hubiera rendido a las peticiones de Nefret.

- Mmmm, sí, puedes ser útil. Puedes persuadir a Davis mejor que la mayoría de la gente. No olvides la cámara.

Sobrecogida por un mal presentimiento, me llevé a Ramsés aparte.

- No dejes que golpee a nadie, Ramsés. Especialmente al señor Weigall. O al señor Davis, o a…

- Haré todo lo posible, madre.

- Y cuida de Nefret. No dejes que…

- ¿Que se aleje ella sola? No tema -sus oscuros ojos brillaron con un destello que podía calificarse de diversión-. Estará muy ocupada flirteando con el señor Davis.

- Oh, Dios mío -murmuré.

- Todo irá bien, madre. ¿Cómo podía estar acechándonos un adversario si ni siquiera nosotros sabemos qué diablos es lo siguiente que va a hacer padre?

Les vi partir y reanudé mis obligaciones. Fátima había provisto al cuarto de invitados de todo lo que cualquier visitante pudiera necesitar, incluyendo pétalos de rosa en el agua de la jofaina; pero cuando fui a la habitación de Nefret a ver cómo estaba Lía, encontré a su madre tumbada en el jergón al lado de la cama. Las dos estaban dormidas. Enjugándome una lágrima de los ojos, fui a escuchar tras la puerta de Walter y deduje, por el sonido de los ronquidos, que él también había caído rendido. La puerta de Sir Edward estaba entreabierta, y la luz de la lámpara salía del interior; no había estado presente en la alegre reunión, pero evidentemente estaba despierto y alerta.

Mandé a Fátima a la cama y me tumbé, pensando en ganar varias horas de descanso. Descansé, sí, pero no pude dormir con la cabeza llena de tantas impresiones y preguntas. La solemne advertencia de Sir Edward… para ser sincera, no se me había ocurrido que Nefret pudiera hacer algo así, pero conociéndola como la conocía, temí que estuviera en lo cierto. Luego había que

considerar el horrible comportamiento de Lía: ver las ojeras de sus queridos padres había hecho que me volviera a enfadar con ella. ¡Qué irreflexiva y egocéntrica puede llegar a ser la juventud! No dudé de su cariño hacia nosotros, pero les debía a sus padres un cariño mayor, y yo sabía que, en parte, lo que la había impulsado a obrar así era un deseo egoísta de seguir su propio camino.

Mi primer pensamiento, como siempre, era para Emerson. ¿Me preocupaba su seguridad? Bueno, no realmente. Habría hecho falta un ataque por sorpresa muy bien organizado para acabar con los cuatro juntos, alerta y a caballo; por otra parte, según había señalado Ramsés, posiblemente nadie esperaría que salieran a esa hora. Estaba más preocupada por el terrible temperamento de Emerson; ya estaba enfrentado con todo el Departamento de Antigüedades, por no mencionar al señor Davis. ¿Qué iba a hacer con la tumba de su enemigo? ¿Qué iba a pasar en el Valle en la oscuridad de la noche? ¿Y qué diablos había en la tumba? Yo tampoco soy inmune a la fiebre de la arqueología.

*Del manuscrito H*

Ramsés había visto cómo le subía esa fiebre a su padre, y sabía que nada, salvo la violencia física quizá, alejaría a Emerson de la tumba de Davis. A veces se había preguntado si su progenitor interrumpiría una excavación interesante durante el tiempo necesario para intervenir, si viera que estrangulaban o pegaban a su hijo, aunque luego se reprochaba a sí mismo por haber dudado. Emerson alejaría al atacante, le golpearía hasta dejarle inconsciente, preguntaría «¿Estás bien, verdad hijo mío?», y volvería al trabajo.

Era diferente con Nefret, por supuesto. Su padre había declarado su intención de matar al hombre que se atreviera a ponerle las manos encima, y Ramsés no dudaba de que lo haría. Él sentía exactamente lo mismo.

Faltaba al menos una hora para el amanecer cuando llegaron a la entrada del Valle. El corral de los burros estaba desierto, a excepción de uno de los capataces, que había hallado un rincón tranquilo y un montón de harapos sobre los que dormir. Le dieron unas pocas monedas y le dejaron los caballos.

La luna se había puesto y la luz de las estrellas brillaba en el pelo de Nefret. Los hombres que habían dejado de guardia en la tumba recién descubierta estaban dormidos. Uno de ellos se

despertó con el crujir de una roca bajo los pies calzados con botas, y se levantó frotándose los ojos; respondió al amable saludo de Emerson mascullando entre dientes: «Es el Padre de las maldiciones: Y el Hermano de los Demonios. Y…».

- Y los demás -dijo Emerson-. Vuélvete a dormir, Hussein. Siento haberte despertado.

- ¿Qué va a hacer, Padre de las maldiciones?

- Sentarme en esta roca -fue la calmada respuesta.

El hombre se tumbó y volvió a dormirse. Hacía tiempo que los egipcios habían llegado a la conclusión de que las actividades del Padre de las maldiciones eran incomprensibles. Aquélla era una opinión que también compartían otros muchos que no eran egipcios.

Emerson sacó su pipa, y los otros se sentaron a su lado.

- ¿No va usted a inspeccionar la tumba? -susurró Nefret.

- ¿En la oscuridad? No podría ver nada, querida.

- Entonces, ¿qué va a hacer?

- Esperar.

La salida del sol tardó en llegar a las profundidades del Valle, pero la luz se fue expandiendo gradualmente, y los centinelas se despertaron y encendieron un fuego para hacer café. Nefret sacó el cesto de comida que Fátima le había obligado a llevar, y distribuyeron pan, huevos y naranjas, compartiéndolos con los guardias, quienes les invitaron a tomar café con ellos. Mientras comían, llegaron Abdullah y los otros hombres y se unieron a ellos. Estaban disfrutando de un rato agradable cuando oyeron que se aproximaba alguien.

El recién llegado era Ned Ayrton, seguido por varios de sus trabajadores. Cuando les vio se paró en seco, sin decir nada.

- Nos hemos dejado caer para ver si podemos echar una mano -dijo jovialmente Emerson-. ¿Le apetece un huevo cocido?

- Oh… no señor, gracias. No tengo tiempo. El señor Davis estará aquí en pocas horas y querrá…

- Sí, ya lo sé. Bueno, muchacho, estamos a su disposición. Díganos lo que quiere que hagamos.

Lo que Ayrton quería, por encima de todo, era que se fueran, pero como era demasiado cortés para decirlo, tartamudeó.

- Creo… creo que debería terminar de limpiar los peldaños. Eh…

asearlos y limpiarlos. No querría que nadie resbalara y… eh.

- Cierto, cierto -convino Emerson con lo que podría ser una sonrisa, salvo porque mostraba demasiados dientes a la vez; se puso de pie y se dirigió a las escaleras.

- ¿Qué va a hacer? -susurró Ayrton, dirigiéndole a Ramsés una mirada agonizante.

- Sólo Dios lo sabe. ¿A qué hora esperas al señor Davis?

- No antes de las nueve. Dijo pronto, pero eso es pronto para él. Ramsés, debo tenerlo todo listo para cuando llegue. El querrá…

- Lo sé.

- Ramsés, ¿qué va a HACER el profesor?

- ¿le importaría que hiciéramos unas fotografías?

- No podréis captar nada. El ángulo es malo, y la puerta está en sombras, y… Oh, supongo que no pasa nada, siempre y cuando no dejes que él te vea haciéndolo.

Ned se alejó rápidamente y Ramsés se volvió hacia Nefret, que había estado escuchando con una sonrisa sarcástica.

- Pobre Ned -dijo, meneando la cabeza-. No tiene mucho carácter, ¿verdad? Se supone que es el encargado.

- No, Weigall es el encargado -dijo Ramsés-. Ned es un empleado a sueldo, y Davis es el que le paga su salario. Doscientas cincuenta libras al año puede que no te parezcan mucho, pero es todo lo que tiene Ned.

El tono de Ramsés había sido bastante áspero, pero en vez de replicarle con la misma aspereza, ella le sonrió.

- Tocada, muchacho. ¿Quién es ése que viene?

- Weigall. Él y algunos de los otros acamparon en el Valle la pasada noche.

Nadie podía resistirse a Nefret. Ramsés sabía que él estaba locamente enamorado, pero incluso Weigall, que tenía buenas razones para desconfiar de toda la familia Emerson, se derretía con sus sonrisas y zalamerías.

- Vamos a desayunar con el señor Davis en su barco -anunció Weigall-. Y volveremos con él. Eh… ¿qué hace usted, profesor?

Emerson tiró a un lado la roca que sostenía, y empezó a explicarse. Observándole con considerable diversión, Ramsés se dio cuenta de que había subestimado a su padre. Ni el crítico más severo se habría opuesto a lo que estaba haciendo: Davis quería

entrar en la tumba y Emerson estaba haciendo lo posible para que lo consiguiera.

- Habremos limpiado todo el lugar para cuando ustedes vuelvan -anunció con una mueca zorruna-. No queremos que Davis se tuerza su viejo tobillo desvencijado tambaleándose por esos sucios peldaños. Ayrton no nos perderá de vista, ¿verdad, Ayrton? Sí. Corra y disfrute del desayuno, Weigall -dijo, y para dar más énfasis a sus palabras animó al Inspector a emprender su camino con una fuerte palmada en la espalda. Tan pronto como se perdió de vista Emerson se dirigió a David con la misma fiereza de un tigre-: Entra ahí y empieza a copiar las inscripciones del panel.

David casi se lo esperaba, pero no le gustó.

- Señor -comenzó a decir.

- Haz lo que digo. Ramsés, desciende por el camino y vigila. Danos un grito si ves a alguien a quien no me gustaría ver.

Nefret se echó a reír.

- No se preocupe, señor Ayrton -farfulló-. Nadie le echará la culpa; están bastante acostumbrados a los modales del profesor. De todos modos, nadie lo sabrá a menos que usted se lo diga.

Ayrton miró uno por uno a la pequeña audiencia, que estaba formada por su equipo y la mayoría de los hombres de Emerson. Después de un momento su horrorizada expresión se relajó un tanto.

- ¿Qué han hecho ustedes, sobornarles?

- Soborno e intimidación -dijo suavemente Nefret-. Creen que Ramsés está estrechamente emparentado con todos los demonios maléficos de Egipto. Tome una naranja.

Obedeciendo la orden de su padre, Ramsés se instaló en un lugar desde el que podía ver todo el camino que llevaba al corral de los burros. Lo que su padre estaba haciendo violaba cada principio, escrito o no, de la ética arqueológica, por no mencionar su contrato de concesión. Ramsés, que tampoco permitía que ningún principio se interpusiera en su camino, simpatizaba completamente con aquella actitud. Cada movimiento encima de la plancha, cada respiración, haría que la hoja de oro se desprendiera aún más. Sólo Dios sabía lo que quedaría del relieve después de unos días más de una actividad tal. Su padre había ofrecido a Davis los servicios de Sir Edward como fotógrafo, y de David como artista. Davis los había

rechazado categóricamente. Quería controlar completamente «su» excavación.

Ramsés dobló sus entumecidos dedos y se maldijo a sí mismo por la estupidez que le había impedido unirse a la diversión. Si no se hubiera dejado llevar por la imagen de sí mismo como romántico rescatador, habría empleado los golpes más sucios e igualmente efectivos que había aprendido en varios tugurios de Londres y El Cairo, en vez de golpear al canalla en la mandíbula con un estilo propio de internado inglés. Aunque podía hacer algunas cosas con la mano izquierda, no habría sido capaz de la delicada precisión necesaria para copiar jeroglíficos. Layla tenía razón cuando le llamó idiota. Bien, en cualquier caso ella había huido… al menos, rogaba por que lo hubiera hecho.

El sonido de alguien que se aproximaba le hizo sobresaltarse. Se trataba sólo de Abdullah. Parecía anormalmente serio.

- Hay algo que debes saber, hijo mío.

- Si se trata de Daoud, padre mío, no te preocupes. Nadie está enfadado con él.

- No, no se trata de eso. Debes ocultárselo a Nur Misur si puedes. Han encontrado otro cuerpo esta mañana en el Nilo. Estaba como el otro, desgarrado y destrozado. Este cuerpo era el de una mujer.

# Capítulo 11

Yo ya sabía que Emerson no se apartaría del trabajo por detalles tan nimios como la llegada de su familia, el peligro que se cernía sobre nosotros, o la urgente necesidad de planificar lo que íbamos a hacer respecto a ambas cuestiones. Decidí que me encontraría con él en el Valle lo antes posible. Tengo que admitir que sentía una cierta curiosidad por lo que estaba ocurriendo allí, pero mi principal motivo era la esperanza de poder persuadir a Emerson de que volviera temprano a casa.

Sin embargo, habría sido grosera y también temeraria si hubiera abandonado a nuestros huéspedes sin una palabra, así que me vi forzada a esperar a que los agotados viajeros se despertaran. Lía fue la primera en hacerlo; su grito de sorpresa despertó a su madre y, cuando acudí, las encontré fundidas en un tierno abrazo.

Cuando coincidimos en el tardío desayuno no me sorprendió ver que Walter había sustituido el alivio por un enfado extremo. Ésta suele ser la reacción paterna normal. La respuesta de Lía también fue la normal en una persona de su edad: tras una noche de sueño estaba totalmente recuperada, y aunque expresó su arrepentimiento por haberles preocupado, nunca creí que dijera una sola palabra en serio. Su cara brillaba de felicidad y excitación, mientras que sus padres aparentaban diez años más.

La aparición de Sir Edward hizo que Walter diera por terminado su sermón. Él y Evelyn ya conocían al joven, y expresaron su placer de volverle a ver. Le convencimos fácilmente para que se quedara a tomar café con nosotros.

- Me preguntaba si había decidido sus planes del día, señora

Emerson -dijo-. ¿Qué le gustaría que yo hiciera?

Este amable recordatorio, expresado con su delicadeza habitual, tuvo un efecto apaciguador. Les expliqué que habíamos decidido esperar a que volvieran los demás para hablar de nuestros planes, no sólo del día, sino del futuro inmediato.

- Así que puedo ir ganando tiempo yendo al Valle -dije como de pasada-. Lo mejor será que vosotros os quedéis aquí.

Las objeciones a esta razonable sugerencia oscilaron entre el mohín de los labios y la mirada rebelde de Lía, a la protesta indignada de Walter:

- Por supuesto que no irás sola, Amelia.

Sir Edward y Evelyn añadieron sus protestas, así que se decidió que lo mejor sería que fuéramos todos. Fátima empaquetó montones de comida; todos estábamos de muy buen humor cuando partimos. El secreto de la felicidad está en disfrutar del momento, sin dejar que los malos recuerdos o el miedo al futuro empañen el brillante presente. Era un día luminoso, con un sol radiante y un aire limpio; íbamos de camino a uno de los lugares más románticos de la tierra, nos recibirían los seres queridos y veríamos maravillosos paisajes. El nerviosismo de Lía era tan grande que se dedicó a animar a su burrito para que fuera a un ritmo más rápido, y Walter se olvidó de su interés por la nueva tumba. Era un erudito, pero a la vez un cariñoso padre, y había excavado en Egipto durante muchos años.

Sir Edward iba a caballo, como no había suficientes monturas para todos nosotros, yo elegí un burro, para así ir charlando cómodamente con Evelyn, es decir, tan cómodamente como lo permite el ritmo de un burro. Mi cuñada se había hecho una reputación como excelente pintora de escenas egipcias; pero aquel día su interés por la arqueología quedó superado por su inmenso cariño, no sólo por la niña, sino por el resto de nosotros.

- ¡Realmente no sé lo que voy a hacer contigo, Amelia! ¿Por qué no podéis tú y Emerson disfrutar de una sola temporada sin veros enredados con los peores criminales de Egipto?

- Vamos, eso son exageraciones, Evelyn. La temporada 1901-1902… No, eso fue la estafa del Museo de El Cairo. ¿O fue entonces cuando Ramsés…? Bueno, qué más da.

- Cada vez es peor, Amelia.

- No, querida, en eso te equivocas; "siguen siendo el mismo tipo

de cosas. La única diferencia es que los chicos tienen ahora un papel más activo.

Yo nunca había estado segura de todo lo que sabía (o sospechaba) Evelyn de mis encuentros con Sethos. No tenía sentido que le ocultara temas que los chicos ya sabían, así que le solté toda la historia. Con los años había desarrollado un gran respeto por la perspicacia de mi cuñada. Se quedó tan sorprendida que pensé que se caería del burro cuando le describí las seductoras prendas que Sethos me había pedido una vez que me pusiera, pero cuando hube terminado, su primer comentario fue práctico y directo al grano.

- Me parece, Amelia, que estás sacando conclusiones precipitadas al suponer que esa persona es el responsable de tus dificultades actuales. No tienes pruebas reales.

- De hecho, no creo que lo sea -dije-. Es Emerson el que ve a Sethos rondando por todas partes. Creo… Pero casi hemos llegado. Hablaremos de todo esto más tarde.

Los turistas estaban abandonando el Valle, y el corral de los burros era un torbellino de rebuznos y actividad. Dejamos nuestras monturas al cuidado del encargado y recorrimos a pie la corta distancia hasta nuestra tumba.

Selim fue el primero en saludarnos; explicó que Emerson y los chicos estaban con Davis *Effendi,* como yo ya me temía. Walter estaba ansioso por ver la nueva tumba, y yo deseando averiguar en qué locura estaba metido mi marido, así que nos quedamos sólo el tiempo necesario para saludar a Abdullah y a los demás. Al principio Daoud no estaba donde se le pudiera ver. Al parecer, alguien (seguramente Selim) le había contado que los padres de Lía podían estar un poco molestos con él. Finalmente, salió de la tumba con el aspecto de un niño muy grande y muy nervioso. Walter estrechó su mano, Evelyn le dio las gracias, y Lía le dio un cariñoso abrazo, así que se animó inmediatamente. Una vez resuelto el tema, le dije a Selim que llevara los cestos a la tumba donde comíamos y descendimos por el camino.

Nuestra familia estaba allí, y a juzgar por lo que vimos, también la mitad de la ciudad de Luxor. A Davis le acompañaba su grupo habitual; saludé a la señora Andrews, que estaba sentada en una alfombra abanicándose con tanto vigor que las plumas de su sombrero se agitaban, y me dirigí directamente a Emerson. No me

gustó para nada su aspecto.

- Hola, Peabody -dijo melancólicamente.

- ¿Qué pasa? -le pregunté.

- Desastre, perdición y destrucción. También se podía haber producido una muerte -añadió-, si Nefret no me hubiera apartado de Weigall. No vas a creer esto, Peabody…

- No deberías permanecer aquí si tanto te molesta, Emerson. ¿Qué puedes hacer de provecho?

- Algo, creo -fue la respuesta-. lodos saben mi opinión sobre la ética de la excavación, y Weigall finge compartirla. Mi sola presencia debería producir un efecto apaciguador.

En ese momento el señor Davis surgió de repente de la escalera, seguido por varios hombres. No parecía apaciguado en absoluto por la presencia de Emerson. El júbilo y la excitación habían dado a su cara un tono rojizo aterrador.

- ¡Es ella! -gritó-. Aja… aquí está usted, señora Emerson. ¿Le ha contado su marido? ¡Reina Tiyi! ¡Qué descubrimiento!

- ¡No será la Reina Tiyi! -exclamé.

- ¡Sí, sí! La esposa de Amenhotep III, la madre de Khuenaten, la hija de Yuya y Thuya cuya tumba encontré el año pasado, la…

- Sí, señor Davis, sé quién era. ¿Está usted seguro?

- No hay duda de ello. Su nombre está en el sepulcro. Lo hizo para ella su hijo Khuenaten. Ella está allí, en su sarcófago, ¡en la cámara mortuoria!

- ¿Han entrado en la cámara mortuoria? -pregunté lanzando una mirada involuntaria a Emerson-. ¿Se arrastró usted por esa plancha de veinticinco centímetros de ancho?

- Desde luego -sonrió radiante Davis-. Nadie me lo podría prohibir. Hay mucho vigor todavía en este anciano, señora Emerson.

Tuve la sensación de que no le quedaría mucha vida por delante si seguía comportándose de ese modo. Si Emerson no le masacraba, le daría un ataque; brincaba de excitación y jadeaba como una foca. Le insté a que se sentara y descansara. Visiblemente conmovido por mi preocupación, me aseguró que estaba a punto de irse a comer.

- Querrá usted echar un vistazo -dijo generosamente-. Y el profesor también. Más tarde, ¿eh?

Emerson no se había movido ni hablado. Había superado el

ataque, creo, y había caído en una especie de coma producido por la indignación. Le di un toque amable con mi sombrilla.

- Vamos a almorzar, Emerson. Walter, Evelyn y Lía están aquí.

- ¿Quiénes?

Dándome cuenta de que no iba a obtener de él nada con sentido durante un rato, llamé a los chicos, y llevamos a Emerson de vuelta hacia nuestra tumba de descanso, donde nos esperaban los demás. Evelyn y Walter estaban sumamente intrigados por las noticias de que la tumba hubiera pertenecido a la reina Tiyi, la madre de Akhenaton; ellos se habían conocido en Amarna, la ciudad del herético faraón (a quien Davis se refería por su antiguo nombre de Khuenaten).

- Pues a mí -exclamó Walter- me gustaría echar un vistazo. ¿Creéis que Davis me dejará entrar en la cámara mortuoria?

Aquel comentario tuvo el efecto de despertar a Emerson.

- ¿Por qué no? Ha dejado entrar ya a una docena de personas, muchos de ellos llevados sólo por la frívola curiosidad. No quiero ni pensar en el daño que habrán hecho.

- ¿Tú no has visto el lugar? -le pregunté espantando a una mosca de mi sandwich de pepino.

- No. Tuve la estúpida idea de que si me abstenía de entrar, eso retendría a los demás. Envié a Ramsés en mi lugar.

Me di cuenta entonces de que Ramsés había estado anormalmente silencioso. Apoyando la espalda contra la pared y con las rodillas dobladas, ya que sus piernas son tan largas que la gente tendía a tropezarse con ellas si las extendía, miraba fijamente al sandwich que no había tocado siquiera. Le di un empujoncito.

- ¿Bien? -le dije-. Cuéntanos, Ramsés.

- ¿Qué? Oh, disculpe, madre. ¿Qué quiere saber?

- Una descripción completa, por favor -dijo Nefret-. Todavía no me han dejado entrar. Las damas… -No puedo reproducir el desprecio con el que se pronunció esta palabra- deben esperar hasta que los caballeros hayan terminado su turno.

- Sólo hay una sala -dijo Ramsés obedientemente-. Se comenzó otra, pero nunca llegó a terminarse; tiene aspecto de un gran nicho, en el que hay cuatro vasos canopes con bellos retratos de cabezas. Las paredes de la cámara se emplastecieron, pero no se decoraron. Contra las paredes y sobre el suelo hay otras partes del sepulcro. El

suelo tiene varios centímetros de escombros de todo tipo: parte del terraplén que se deslizó del pasadizo, yeso caído de los muros, y los restos del ajuar funerario, cajas rotas, abalorios desparramados, fragmentos de jarras, etcétera. Contra el muro hay un sarcófago de una clase que yo no he visto nunca. La decoración en forma de plumas que cubre toda la tapa está formada por incrustaciones de cristal y piedras, engastadas en oro. Hubo una máscara de oro; ahora sólo queda la parte superior, con los ojos y las cejas incrustados; hay una cobra en la frente, y una barba pegada a la barbilla. Los brazos están cruzados sobre el pecho. Se puede suponer que las manos sostuvieron una vez los cetros reales, ya que tres correas del látigo siguen ahí, aunque el mango y el otro cetro no están…

- Cobra, barba y cetros -repitió lentamente Emerson.

- Sí, señor.

- Mmmm -murmuró mi marido.

- Sí, señor -dijo Ramsés. Después de un momento, añadió-: La tapa del ataúd ha sufrido indudablemente modificaciones respecto a su estado original.

- Ah -exclamó mi marido.

Cansada de esta enigmática conversación, pregunté:

- ¿Nos podrías decir si hay una momia en el ataúd?

- La hay -dijo Ramsés-. El ataúd está dañado, por la humedad, los fragmentos de roca que han caído del techo y por el hundimiento del lecho funerario en el que reposa. La tapa se resbaló y se desplazó longitudinalmente, pero todavía cubre la mayor parte de la momia excepto la cabeza, que se ha separado del cuerpo y yacía en el suelo.

Lía se estremeció, encantada.

- ¿Es muy asqueroso? -preguntó esperanzada.

- Eso no importa -dijo su padre-. Dices que no hay decoración en las paredes, ¿verdad? Una pena. Pero si el lugar está en el estado que describes, mantendrá a Davis felizmente ocupado durante semanas.

Ramsés no contestó. Había vuelto a fruncir el entrecejo, mirando a su sandwich. Emerson soltó varios tacos, y Nefret dijo tranquilizadoramente:

- Al menos han acordado no seguir hasta que llegue el fotógrafo

que han enviado a buscar.

- ¿No ofreciste tus servicios, o los de Sir Edward? -preguntó Walter-. Hizo un trabajo de primera con Tetisheri, en las mismas difíciles condiciones.

- Nunca olvidaré la sensación que tuve al arrastrarme por aquella rampa hasta lo alto del sarcófago cada día, con la cámara, el trípode y las placas atadas a la espalda -comentó Sir Edward evocadoramente-. El profesor amenazó con asesinarme si me caía encima de los escombros.

- Y lo habría hecho -dijo Emerson.

- Yo era plenamente consciente de eso, señor. Me hizo sentir más nervioso de lo que lo habría estado en otras circunstancias.

Emerson le hizo un gesto amistoso.

- Realizó usted un trabajo excelente -admitió-. Davis rechazó su oferta, Walter. Maldita sea si sé por qué. No le gusta reconocer los méritos de nadie -se puso de pie de un salto-. Sin embargo, no puede impedirnos que echemos un vistazo. Yo también puedo molestar, como los demás. ¿Quién viene conmigo?

Evelyn decidió que prefería no molestar, y propuso llevar a Lía a dar una vuelta por las tumbas mayores; yo sabía lo que pretendía: si decidían volver a casa, al menos la niña habría visto los lugares más famosos del Valle. David se ofreció a escoltarlas, y yo envié también a Daoud.

Los demás hicimos turnos en la cámara mortuoria de la nueva tumba, pero no hasta después de que los hombres de la partida del señor Davis, y tres o cuatro de las mujeres, hubieran bajado y regresado. Era una visión asombrosa y deprimente: el ataúd roto y profanado, objetos tirados por todas partes, y un gran panel de oro apoyado contra la pared. Trozos de yeso se habían caído de las paredes, o colgaban a punto de caer. Se habían producido daños en el pasado, por filtraciones y otros motivos; pero cada soplo de aire, y cada vibración volvían a perturbar de nuevo a los objetos. Cuando me hallaba en la puerta a gatas, una parte del yeso cubierto de oro se cayó del panel, y se sumó a la pila de desconchones que ya se amontonaba en el suelo.

Mi conciencia no me permitía que me adentrara más en la sala. Me deslicé hacia atrás por la estrecha plancha, parándome sólo a echar otro vistazo al panel dorado que estaba peligrosamente

debajo. La reina estaba allí ofreciéndole flores a Atón, representado por el disco solar y que era el único dios de su hijo; otra figura, de pie en frente de ella, había sido cortada. Seguramente sería la del hereje Akhenaton, cuyos enemigos, decididos a destrozar su memoria y su alma, habrían penetrado incluso en aquel olvidado sepulcro.

Cuando volvimos hacia casa, estaba todavía confundida por lo que había visto. No me importa confesar, en las páginas de este diario privado, que estaba invadida por la peor de las aprensiones. ¡El contenido de la tumba era tan precioso y tan frágil! Procedía de uno de los períodos más misteriosos de la historia egipcia; no dejaba de preguntarme cuánta luz podría arrojar sobre las muchas preguntas sin respuesta que aún quedaban sobre el reinado del faraón herético. Los hallazgos debían ser tratados con sumo cuidado, y los trabajos llevados a cabo hasta aquel momento no me habían dado esperanzas de que ese fuera a ser el caso.

Ramsés se había mantenido alejado casi toda la tarde, uniéndose sólo a nosotros cuando iniciamos el camino de regreso. Cerraba la marcha de nuestra pequeña procesión, así que me paré y esperé a que me alcanzara.

- Un día muy interesante, ¿no te parece? -le pregunté tomándole del brazo.

- Bastante -dijo Ramsés.

- Muy bien, Ramsés, suéltalo. ¿Qué es lo que te preocupa? La tumba no, seguramente.

Habíamos llegado al corral de los burros. Los demás rodeaban los bellos ejemplares árabes de los chicos, y Lía preguntaba si la dejaban montar a Risha. Todos parecían estar alegres; incluso Emerson sonrió cuando Walter intentaba disuadir a su hija; Nefret se reía de los dos, y David subió a Evelyn a su yegua. La única cara pesarosa era la de mi hijo. Estaba a punto de repetirle mi pregunta cuando susurró:

- No hay nada que se le escape, ¿verdad, madre? No sé por qué me llaman el Hermano de los Demonios.

- Ahora que lo pienso, ese nombre me parece una grosera calumnia -le dije-. ¿Bien?

- Debo ir a Luxor esta noche. ¿Podrá usted mantener a Nefret ocupada para que no insista en venir?

- ¿Por qué?

Me contó lo que había ocurrido.

- Abdullah dijo que no se lo debo decir a Nefret. Eso es imposible, desde luego, pero no quiero que ella examine el cuerpo. El otro ya fue suficientemente malo. Esto sería insoportable.

- Tampoco será agradable para ti -dije ocultándole mi propia conmoción y angustia, con mi fortaleza habitual-. Caray. No me extraña que hayas estado tan raro todo el día. ¿Piensas que puede ser… esa mujer? ¿Layla?

- Es una posibilidad. Alguien debe averiguarlo.

- Iré contigo.

- ¿Para darme la mano? -me espetó, pero inmediatamente se relajó y dijo tranquilamente-: Lo siento, madre. Gracias por haberse ofrecido, pero puedo manejar esto sin ayuda. Deberá ocultárselo a Nefret y a los demás, al menos hasta que estemos seguros.

- Muy bien. Pensaré en algo.

- Seguro que lo hará. Gracias.

Para cuando llegamos a la casa yo había trazado, por supuesto, un plan. No tenía intención de permitir que Ramsés fuera solo a Luxor, o incluso con David. La seguridad está en el número. Propuse mi plan: y todo el mundo estuvo de acuerdo en que sería una agradable diversión cenar en el hotel Winter Palace. Sir Edward dijo que cruzaría el río con nosotros, pero que tenía otro compromiso; puede que fuera sólo una excusa cortés para dejarnos solos, pero yo estaba empezando a preguntarme si Sir Edward no se habría buscado una amistad, es decir, una amiga. Quizás había abandonado realmente su esperanza de ganarse a Nefret; la joven no le había dado ánimo alguno que yo hubiera visto, y no es fácil que a un ojo tan entrenado como el mío se le escapen las pequeñas señales que delatan un interés de naturaleza romántica. Sir Edward no era un hombre que perdiera el tiempo en una causa sin esperanza, especialmente cuando había otras damas que encontraban irresistibles sus encantadores modales y su atractivo aspecto. Si aquél era el caso sólo podía agradecerle su ayuda desinteresada.

Los demás se fueron a bañarse y cambiarse. Yo me quedé un momento en la galería, admirando mis bellas flores y pensando en la mujer desconocida que había tenido un final tan horroroso. ¡Qué

extraña expresión! Belleza y felicidad, tragedia y terror inextricablemente unidos, tejiendo la tela de la vida. Mi oferta a Ramsés había sido sincera, pero no lamentaba haberme quedado fuera de esa misión tan horrorosa. Sólo deseaba que fuera posible ahorrársela a él; sin embargo, alguien tenía que hacer el trabajo, y él era la persona más adecuada.

Nadie se opuso cuando anuncié que Daoud y su primo Mahmud nos iban a acompañar, pero Walter me dirigió una mirada aguda. Lo que dirían él y Evelyn cuando se enteraran de la última muerte… bien, no dudé cuál sería su reacción. No se les podría ocultar, fue mi razonamiento pero, ¿por qué no alargarlo lo más posible para que pudieran disfrutar de la noche?

Me las arreglé para que no sacaran el tema durante la cena, ayudada por Lía en gran medida. Mi sobrina no podía hablar más que del placer que le producía estar con nosotros, lo que había disfrutado de su visita al Valle, y su admiración por Luz de Luna; parloteaba, reía y estaba muy animada. Nefret se le sumó con su habitual vivacidad, pero los demás no eran de mucha ayuda. Las caras de los padres de Lía cada vez estaban más largas, y el regocijo de su hija iba a hacerles aún más difícil tener que obligarla a renunciar a lo que le hacía disfrutar tanto. Ramsés casi no comió, y David, que iba a acompañarle, aún menos.

Se escabulleron después de la cena, llevándose con ellos a Daoud y Mahmud (ante mi insistencia). Me las arreglé para distraer a los demás durante un rato, enseñándoles las amenidades del hotel, pero cuando volvimos al salón a tomar café, comenzaron las preguntas. Mi débil excusa de que debían haber ido a visitar a alguno de los comerciantes de antigüedades, fue acogida con el escepticismo que merecía.

- ¡Qué diablos! -profirió de repente Emerson-. Peabody, si han salido solos, tú lo sabías y no me lo dijiste… -La indignación le sofocó tanto que no pudo seguir hablando. Hice una mueca y bajé la vista para no tener que enfrentarme a su mirada.

No se siente una cómoda al encontrarse con los ojos de los demás. Los de Nefret ardían, los de Lía estaban abiertos por la aflicción, e incluso los de Evelyn me hacían reproches.

- No están en peligro -dije rápidamente-. Daoud y Mahmud están con ellos; no han ido lejos, ni tardarán mucho. Volverán pronto y

entonces hablaremos…

- No importa, Amelia -fue Walter quien habló, y la tranquila autoridad de su voz silenció incluso a su furioso hermano-. Evelyn y yo ya hemos tomado una decisión, y dudo que nada nos haga cambiar de opinión. Tuve la oportunidad, antes de dejar El Cairo, de preguntar por las reservas; hay plazas en un vapor que sale de Port Said el próximo martes. Yo regresaré a El Cairo con Lía y Evelyn, las dejaré en el barco, y volveré.

Si Walter creía que esto arreglaría el asunto, no conocía a su familia. Cada uno tenía una opinión diferente, y no dudaron en exponerla. La voz de Lía se elevó hasta un grado que me obligó a cogerla por los hombros y agitarla un poco.

- Por el amor de Dios, niña, no montes una escena -le dije severamente-. En público no, en cualquier caso.

- No -dijo Nefret-. Nosotros los Emerson no damos rienda suelta a nuestros sentimientos en público, ¿verdad? Tía Amelia, ¿cómo ha podido usted?

- Esperaba haber pospuesto esto para más tarde -dijo Walter consternado-. Pero… Lía, hija, ¡no llores!

- En público no -murmuró Nefret entre dientes.

Parecía como si ella quisiera cogerme a mí por los hombros y pegarme una sacudida. Y Emerson también. Lo único que me salvó de mayores recriminaciones fue la vuelta de Ramsés.

La discusión se había animado tanto que nadie le vio entrar en la habitación, salvo Nefret. Se levantó de un salto y habría acudido a su encuentro si yo no la hubiera cogido del brazo.

- En público no -dije, y fui obsequiada con una mirada de odio real. Se sentó, sin embargo, y juntó sus manos con fuerza en su regazo.

Enarcando las cejas, Ramsés vino y se colocó al lado de Nefret.

- Se te podía oír desde la calle -puntualizó-. ¿Qué pasa?

Puede que su apariencia de tranquilidad engañara a los demás, pero al cariño de una madre no se le podían pasar por alto las señales de perturbación. Captando mi mirada de ansiedad, negó con la cabeza. Yo fui incapaz de reprimir un grito de alivio.

- ¡Gracias a Dios!

- Tú, rastrero, despreciable traidor -dijo Nefret-. ¿Dónde está el otro?

- Ya viene -Ramsés señaló a David que se había quedado al lado de la puerta. Le faltaba el talento de Ramsés para el disimulo y probablemente estaba tratando todavía de mantener sus facciones bajo control. Incluso si la mujer muerta no era Layla, la visión debía haber sido espantosa, especialmente para un chico tan sensible como David. Le dirigí a Ramsés una mirada más de cerca, y toqué la campana para llamar al camarero.

- Tranquilízate, Nefret -dije bruscamente-. Él quería ahorrarte una horrible tarea, y deberías estarle agradecida. ¿Whisky, Ramsés?

- Sí, por favor -contestó, y se dejó caer pesadamente en una silla.

- Tengo la sensación de que haría bien imitándote -dijo Emerson severamente.

Para cuando la historia finalizó Walter había hecho lo propio, y yo tuve que recetarle un vaso a David. Aunque nunca bebía licores, insistí en que lo hiciera en esta ocasión… con fines puramente medicinales. Ramsés asintió aprobadoramente.

- Se puso malo -mirando a Nefret, añadió-: Yo también.

Con uno de sus gestos graciosos e impulsivos, ella le tomó la mano entre las suyas.

- Muy bien, muchacho, te perdono por esta vez. Supongo que no quebrantaste nuestras reglas puesto que se lo dijiste a tía Amelia. ¿Así que no era Layla?

- No.

Me pregunté cómo podía estar tan seguro. No había entrado en detalles, pero recordando las horribles mutilaciones causadas a Yussuf Mahmud supuse que la cara estaría irreconocible. Decidí que quizás haría mejor en no preguntar, al menos delante de Lía. Sin embargo, debería haber sabido que Nefret no se reprimiría. Cuando preguntó, vi que Ramsés vacilaba.

- Ella era… más joven. Mucho más joven.

Decidimos, bastante tardíamente en mi opinión, que haríamos mejor en irnos a casa de inmediato. Incluso aquellos a los que se les había ahorrado la descripción del primer cuerpo mutilado estaban sacudidos por el horror, y Walter acumulaba reproches contra Ramsés por hablar de un tema tan desagradable delante de Lía, quien, de hecho estaba menos afectada que sus mayores. Gracias a Dios, ella nunca había tenido que enfrentarse a una muerte violenta, y su gran inocencia la hacía menos vulnerable.

Daoud y Mahmud estaban esperando, y nos dirigimos al muelle. Era interesante ver cómo nos habíamos emparejado: Walter y Evelyn hablando en voz baja, David y Lía detrás de ellos, luego Emerson y yo, y Ramsés y Nefret cerrando la marcha. Emerson habló muy poco (sospeché que se estaba reservando para más tarde), así que pude oír por encima parte de la conversación entre Nefret y Ramsés.

- ¿Cuándo lo supiste? -preguntó Nefret.

- Esta mañana. Abdullah me lo dijo.

- Así que todo el día, desde esta mañana, has temido que fuera Layla. ¡Oh, Ramsés! -mi hijo no dijo nada. Tras un momento, Nefret continuó-: Me alegro por tu bien que no fuera ella.

- ¿Por mi bien? Te aseguro, Nefret, que la muerte de Layla no habría significado para mí más que…

- Sí, sí lo habría hecho. No disimules -se le quebró la voz-. Si la hubieran matado sería porque te había ayudado. Te habrías sentido culpable. Tanto como me siento yo.

- Nefret…

- Esa mujer… esa chica… era una prostituta, ¿verdad? Alguien debe haberla identificado a estas horas, o al menos haber determinado que no ha desaparecido ninguna… ninguna chica respetable de su edad. Ella sabía algo, nos pidió ayuda, y ellos la mataron. Yo conduje a esa chica a la muerte.

Emerson lo había oído también. Oyó el pequeño sollozo y un murmullo mudo de Ramsés. Mi marido no se volvió ni se paró, pero su mano se cerró sobre la mía con una fuerza que me lastimó los dedos.

Nefret se había recompuesto, al menos en apariencia, para cuando llegamos a casa. Habíamos decidido evitar la galería, especialmente por la noche, así que nos dirigimos al salón. Evelyn se llevó a Lía a la cama, con enérgicas protestas por parte de esta última, pero ni siquiera Nefret defendió su derecho a quedarse. Estaba claro que aún quedaba mucho por decir, y puesto que todo el mundo sabía cuál sería la opinión de Lía no tenía sentido alguno dejar que otra persona excitable tomara parte en la conversación.

Emerson hizo la ronda comprobando puertas, verjas y ventanas. Cuando volvió informó que Daoud había insistido en permanecer de guardia.

- Antes no se lo tomaba tan en serio -advirtió-. Parece que ha tomado a Lía bajo sus alas.

- Y bien grandes que son esas alas -dije con una sonrisa-. Ella no podría estar más segura que con Daoud.

Mi pequeña broma no contribuyó a despejar la atmósfera de manera apreciable, ni tampoco lo hicieron las bandejas de comida que Fátima insistió en servir. Sir Edward había vuelto de donde quiera que hubiera estado incorporándose a nuestro pequeño consejo de guerra; había oído las noticias acerca de la chica muerta, y estaba visiblemente afectado.

- Incluso Daoud es mortal -dijo, meneando la cabeza-. Espero que crean que hablo como un amigo si insto al señor y la señora Emerson a que se lleven a su hija a casa lo antes posible.

Habría resultado divertido, de no haber sido tan patético, ver la indecisión pintarse en el rostro de Walter. Mi cuñado era un egiptólogo entusiasta, y había estado mucho tiempo alejado del escenario de su trabajo, así que un solo día en el Valle había bastado para despertar su interés. Y, como cualquier británico que se precie, no quería abandonar a sus seres queridos en peligro.

- ¿Seguimos sin saber nada, entonces? -preguntó-. Me parece que os habéis mezclado con alguna banda de ladrones egipcios, un poco mejor organizada y con menos escrúpulos que la mayoría, pero no tan peligrosa como algunos de los canallas con los que os habéis enfrentado en el pasado. Las dos personas a las que han asesinado eran egipcias…

- ¿Hace eso que sus muertes sean menos importantes? -preguntó suavemente Emerson.

- No trates de malinterpretarme, Radcliffe -se defendió Walter lanzándole una mirada reprobadora-. No he querido decir eso, y tú lo sabes. La triste verdad es que es mucho más seguro asesinar a un egipcio que a un europeo o a un inglés. Las autoridades no se molestarán en investigar esos casos en profundidad. El depravado método de asesinato que utilizaron es también significativo.

- Tienes toda la razón, Walter -exclamé-. Ya advertí eso antes, pero nadie me creyó. ¡Un culto! Un culto asesino, como el de Kali…

Emerson me interrumpió con un sonoro resoplido.

- ¿Por qué no? -preguntó Walter-. Los thugee ofrecen sacrificios a su diosa, pero son incapaces de robar a sus víctimas. Una

organización secreta, con toda la parafernalia de un culto: asesinato ritual, juramentos de sangre, y el resto… es más fácil de controlar que una banda de ladrones normal.

- Es una teoría que merece consideración, tío Walter -dijo educadamente Ramsés-. El fanatismo religioso ha sido el responsable de muchos crímenes horrorosos.

Walter le miró complacido. No le ocurría a menudo que sus ideas fueran recibidas con tanta aprobación. Animado, prosiguió con un entusiasmo aún mayor:

- Ni siquiera hace falta que los líderes del grupo sean ellos mismos creyentes, de hecho, a menudo no lo son. Sus móviles son sórdidos, y emplean el terror supersticioso como arma para controlar a sus subordinados. No lo olvidéis, este asunto comenzó cuando vosotros dos, jovencitos, huísteis con el papiro. ¿Tiene tanto valor como para inspirar una reacción así?

- Es verdad, no lo habéis visto -Ramsés se puso en pie y luego miró a Emerson-. ¿Puedo ir a buscarlo, padre?

- Por supuesto, por supuesto -respondió mi marido mordiendo la boquilla de su pipa y frunciendo el ceño.

Walter se quedó admirado, no sólo por el papiro, sino por el contenedor que David había diseñado; el chico se sonrojó con sus elogios.

- Hemos procurado ser muy cuidadosos, señor -explicó-. Pero creímos que debíamos hacer una copia, por si acaso.

- Sí, por supuesto -dijo Walter. Ajustándose las gafas, se inclinó sobre el papiro. Yo me acerqué a echarle un vistazo, puesto que no había visto la viñeta. Cuatro pequeños monos azules agachados alrededor de un estanque de agua, con las patas dobladas sobre sus redondos vientres-. Los espíritus del amanecer -murmuró Walter recorriendo con la mirada la columna de jeroglíficos de la pintura-, que contentan a los dioses con las llamas de sus bocas.

- Suficiente -interrumpió Emerson-. Te pasaremos las fotografías, Walter, por si quieres traducir la maldita cosa.

- Creo que eso se lo dejaré a Ramsés -dijo Walter-. Dudo que el texto ofrezca ningún material nuevo. Bien. Es un espléndido ejemplo de su género, pero realmente no es único. ¿Podría tener algún significado religioso especial para nuestro supuesto culto? - Evelyn se levantó y se incorporó al grupo reunido alrededor de la

mesa-. ¿Es éste el famoso papiro? Qué babuinos tan encantadores.

- Pareces muy cansada, querida -le dije-. Siéntate y tómate una taza de té.

- No es tanto un cansancio físico como mental -replicó mi cuñada-. He tenido muchas discusiones con Lía. ¡Nunca la había visto tan irracional! Y sabes, Amelia, que aunque una se llegue a desesperar totalmente, es difícil para una madre negar a una hija algo que tanto desea.

Emerson paró de destrozar la boquilla de su pipa, y pareció reaccionar.

- Os propongo un compromiso -la palabra «compromiso», viniendo de Emerson, era tan sorprendente que todos nos miramos fijamente. Satisfecho por el interés suscitado, sonrió ampliamente, y continuó-: En cualquier caso, no podéis iros hasta dentro de unos días. Suponed que le organizamos a la niña una gran gira: Medinet Habu, Deir el Bahri, y el resto. La agasajaremos, la llevaremos a cenar, saldremos con ella, y la enviaremos a casa, si no contenta, al menos resignada.

Yo tenía la sensación de que no iba a ser tan fácil como eso. La palabra compromiso es casi tan desconocida para los jóvenes como para Emerson. Sin embargo, si se le explicara a la chica de ese modo tendría menos de lo que quejarse.

- ¿Quieres decir que desperdiciarías dos días de trabajo? -preguntó Walter-. ¿Tú? ¡Qué sacrificio!

- Te ruego que no seas sarcástico, Walter -dijo Emerson con ofendida dignidad-. Por supuesto que no pretendo dejaros andar por ahí sin mí. Viajaremos en grupo, como un maldito hatajo de turistas, y rodeados por…

- Por Daoud -dije riendo-. Emerson, es un compromiso espléndido. Cenaremos con los Vandergelt, si no ven a Walter y Evelyn se sentirán profundamente decepcionados, y mostraremos a Lía el Castillo, y el *Amelia,* y…

- Y la casa de Abdullah -dijo Ramsés-. Se ofendería si no fuéramos a comer. Daoud ya me ha hablado de ello. Kadija comenzó a cocinar ayer.

*Del manuscrito H*

«…¡Yo conduje a esa chica a la muerte!» La voz de Nefret se quebró con un sollozo. Ramsés la rodeó con el brazo, y ella giró la

cara hacia su hombro; pero no había modo de que la consolara, ni siquiera asumiendo su justa parte de culpa. Sólo Dios sabía lo atormentado que se sentía el joven desde que había visto el frágil cuerpo quebrado, y había deducido quién podía ser.

- No puedes estar segura de que tu llamamiento fuera la causa, Nefret. Podría haber sido la recompensa, o incluso alguna venganza privada.

- Eso último no. Es demasiada coincidencia y demasiado… demasiado horrible. ¿Qué clase de gente son? -se enjugó los ojos con los dedos. Ramsés rebuscó en sus bolsillos, lo que provocó finalmente una risa trémula de la joven-. No importa, muchacho, tú nunca tienes un pañuelo. ¿Dónde está mi bolso?

Se trataba de una cosa absurda, realizada en tela brillante, que se colgaba de la muñeca mediante un cordel dorado. Nefret se apartó de Ramsés y él bajó su brazo; al menos, le quedaba eso de recuerdo, y la gentileza de la voz de ella, cuando añadió:

- No me tomes el pelo, querido Ramsés; no eres tan duro como pretendes. Ven y hablemos de ello antes de irnos a dormir.

Cuando llegaron a la casa, Sir Edward estaba allí, amable y sonriente como siempre. La discusión que se produjo entonces siguió el patrón típico de la familia: llena de ruido y furia (la mayoría por parte de su padre), pero sorprendentemente productiva al final. Dos días de turismo y entretenimiento ininterrumpidos bastarían, y si a Lía no le gustaba el plan (estaba casi seguro de que no), tendría que aguantarse.

Ramsés sabía que su padre estaba deseando tomarse las cosas con calma. Sacrificaría dos días de trabajo a fin de habérselos quitado de en medio para cuando él tuviera que perseguir a los asesinos. La muerte de la chica había rebasado el límite para Emerson. Ramsés había visto antes a su padre en aquel estado, y sabía lo que presagiaba.

Una vez que estuvieron de acuerdo, su madre les ordenó que se fueran a dormir. Ramsés, colocando el papiro en su contenedor, fue el último en abandonar la habitación, o eso creía, hasta que vio a su padre de pie en la puerta.

- ¿Señor? -inquirió, preguntándose si alguna vez llegaría a ser lo suficientemente mayor como para abandonar esa forma de dirigirse a él.

- Pensé que podrías necesitar un poco de ayuda con eso -dijo su padre-. ¿Cómo tienes la mano?

- Está bien, señor. Podría quitarme el maldito vendaje en cualquier momento, si Nefret me lo permitiera.

- Se toma mucho interés por vosotros, chicos. Y vosotros por ella.

- Lo intentamos. Es condenadamente difícil, ya sabe usted cómo es.

- Tengo años de experiencia en el trato con determinadas mujeres -bromeó su padre con una débil sonrisa-. Pero a nosotros no… eh… no nos gustarían tanto si no fueran como son, ¿verdad?

«Amor» es la palabra que él pretendía decir. ¿Por qué no podía hacerlo?, se preguntaba Ramsés. Seguramente se lo diría a su mujer.

- No -asintió.

- Eh… trataste de ahorrarle una escena desagradable esta noche. También fue… eh… desagradable para ti. Y para David. Bien hecho por los dos.

- Gracias, señor.

- Buenas noches, hijo mío.

- Buenas noches, señor.

David se había negado a esperar fuera de la sucia habitación donde yacía el cuerpo de la chica. Estuvo al lado de Ramsés cuando se retiró la vieja sábana y esperó, tragándose la bilis que ascendía hasta su garganta, hasta que Ramsés estuvo listo para irse.

Pero cuando Ramsés fue más tarde a la puerta de Nefret y oyó la voz de David, con un tono bajo e intenso, se fue sin haber llamado. Esa noche volvió a matar a David, clavando sus dedos con fuerza en el cuello de su amigo, y aplastándole la cabeza contra el suelo de piedra. Se despertó con un grito ahogado, y permaneció despierto hasta el amanecer, cubriéndose la cara con las manos asesinas.

El desayuno no fue una reunión agradable, a pesar de mis esfuerzos por estar animada. Walter seguía lanzándole miradas de disculpa a su hija; Ramsés tenía el aspecto de un fantasma y David el de un hombre con algún secreto culpable en su conciencia, aunque yo no podía imaginarme qué podía ser, puesto que el pobre chico era una de las personas más inofensivas que he conocido. De vez en cuando, un espasmo de rabia distorsionaba el bello rostro de Emerson, y yo sabía que se estaba imaginando las procesiones

infinitas de los torpes amigos del señor Davis, entrando a tropezones en la cámara mortuoria de la nueva tumba. Al menos nuestro plan mantendría alejado a Emerson del Valle, lo que redundaría en beneficio de todos.

Lía había sido informada de nuestro plan por sus padres, en la intimidad de su habitación. Según Evelyn, que parecía avejentada y triste, se lo había tomado con más calma de lo que esperaban. Pese a todo, yo tenía mis propios presentimientos; Lía no se parecía en lo más mínimo a su tío, pero aquella mañana había algo extrañamente familiar en el gesto desafiante de su barbilla.

Sin embargo, Sir Edward se mostró encantador, y entre sus esfuerzos y los míos el ambiente fue mejorando gradualmente. íbamos a pasar todo el día fuera, empezando por los templos del Ramesseum y Medinet Habu, y luego regresaríamos a Gurneh, donde habíamos sido invitados a comer por Abdullah y su familia.

No aburriré al lector con las descripciones de las vistas de Luxor. Podrán hallarse no sólo en mis volúmenes anteriores, sino en cualquier guía Baedeker. Decir que nos habíamos hastiado de esas ruinas no habría sido del todo preciso, ya que nunca me canso de ningún monumento egipcio; pero creo que nuestro placer derivaba principalmente del de Lía. La alegría del presente le hacía superar su temor al futuro; con la cara encendida, y sus rizos moviéndose, se lo tomó todo con el entusiasmo de una estudiante aplicada. Yo no me había dado cuenta de lo mucho que se había aplicado en sus estudios el año anterior; Evelyn me había dicho que David había accedido amablemente a enseñar a la chica durante el último verano y, a juzgar por los resultados, había sido un maestro excelente. Mi sobrina se sabía los nombres y la complicada historia de los sitios; y el brillo de su mirada cuando fue siguiendo los jeroglíficos con el nombre de Ramsés II con un dedo reverente, me hizo lamentar aún más las peculiares circunstancias que debían reducir su visita. ¡Qué bien me acordaba del escalofrío que había sacudido todo mi ser la primera vez que estuve ante las pirámides y penetré en el oscuro interior de esos monumentos admirables! Bueno, la resarciríamos otro año.

Nuestra visita a Abdullah fue un éxito en toda regla. La casa estaba decorada como para una boda, con flores y ramas de palmera; Kadija había preparado comida suficiente para veinte

personas. Lía comió de cada plato, y trató de sentarse con las piernas cruzadas como Nefret. Sus intentos de hablar árabe fueron recibidos con alegres sonrisas, incluso por el digno Abdullah. La joven trató al anciano con una deferencia y una cortesía sencillamente encantadoras; no se sintió cohibida en absoluto por su mala pronunciación y pésima gramática, y se las arregló para hacerse entender. También reparé en que se mostró muy atenta con Daoud, pensé mirando la sonriente cara de aquel hombre, que tenía un corazón tan grande como su cuerpo, y ahora había encontrado a alguien más a quien amar.

Cuando terminamos de comer, los hombres salieron fuera a charlar, para que pudiéramos pasar un poco más de tiempo con Kadija. Ella habló muy poco, ¡aparentemente Nefret era la única a la que le contaba sus chistes!, pero era evidente que también había disfrutado de la visita.

Paramos de camino a casa para ver algunas de las tumbas de los nobles. Lía habría seguido indefinidamente, pero Evelyn parecía cansada, así que les recordé a los demás que teníamos que cenar con Cyrus y Katherine aquella noche.

- Qué día más intenso -comentó Emerson llevándome aparte.

- En todos los sentidos de la palabra -le respondí dándole una palmadita en el estómago-. Dudo que pueda comer nada esta noche. Pero la niña se está divirtiendo. Qué pena que se tenga que ir tan pronto. ¿Es realmente necesario, Emerson?

- Mejor segura que arrepentida, Peabody -mi marido me sonrió pícaramente-. Yo también puedo hacer aforismos, como verás.

- ¿Qué te dijo Abdullah?

- Maldita sea, Peabody. Odio cuando lees mi mente de ese modo.

- Es tu cara lo que leo, querido. Conozco cada línea de tu rostro. Y no se caracteriza precisamente por la contención.

- Mmmm -gruñó Emerson-. Bien, iba a contártelo de cualquier modo. El cuerpo ha sido identificado oficialmente, gracias a la insistencia de Ramsés de que la policía interrogara a la… propietaria de la casa. No se habrían molestado si él no se lo hubiera pedido, y ella no se habría presentado por voluntad propia.

- ¿Era la chica a la que se refería Nefret?

- Imposible de determinar, Peabody. Había varias tan… jóvenes -el caballo pegó un respingo cuando Emerson apretó las riendas-. Lo

siento -le dijo al noble bruto, y añadió para mí-: El único modo de estar seguros sería que Nefret examinara a la chica.

- ¡Ni hablar, Emerson!

- Estoy bastante de acuerdo, querida. Al menos, existe una fuerte sospecha de que se trata de la misma chica. Fue asesinada porque trataba de escapar de ese cuchitril infernal, o porque sabía algo de Layla, o… ¿quizá por alguna otra razón?

- Lo averiguaremos, Emerson.

- Sí, mi querida Peabody, lo haremos.

Se trataba de una promesa, y yo sabía que la cumpliríamos. También sabía que debía vigilarle de cerca una vez que nuestros parientes hubieran partido. Mi querido marido tiende a ser imprudente cuando se despiertan sus emociones.

Los Vandergelt habrían querido ofrecer una gran recepción en honor de nuestros visitantes, pero en vista de la brevedad de su estancia el grupo de esa noche era pequeño: sólo Sir Edward y Howard Carter estaban invitados, además de nosotros. Nuestros amigos conocían el último asesinato, ya que las noticias, especialmente las desagradables, se propagan rápidamente, pero evitamos el tema en consideración a la juventud e inocencia de Lía. (En otro tiempo Howard había aplicado la misma consideración a Nefret, pero ahora ya se sabía la lección.)

Así que, en vez de eso, hablamos de la tumba del señor Davis. Es un raro placer disfrutar de la compañía de personas tan bien informadas e interesadas en un tema como nosotros. Lía no estaba tan al tanto como los demás, pero sus preguntas apasionadas inducían a los caballeros a darle explicaciones detalladas, que es lo que les gusta hacer.

Howard, que no había estado todavía dentro de la tumba, estaba sumamente intrigado por nuestra descripción del ataúd.

- ¿Quién más puede ser sino Akhenaton mismo? Oh, sí, ya sé que tenía una tumba en Amarna, pero su momia no estaba allí; una vez que la ciudad fue abandonada las momias reales debieron ser trasladadas a Tebas para salvaguardarlas.

- Posiblemente -asintió Emerson-. Pero hay una serie de faraones de ese período que todavía no han sido hallados. ¿Cómo no te han pedido que participes en la limpieza de la tumba, Carter? Trabajaste para Davis antes, así que se me había ocurrido que él te pediría que

pintases o dibujases algunos de los objetos *in situ*.

- Habría dado algo bueno por que me permitieran hacer eso -declaró Howard-. Pero… bien… El señor Smith es un artista y un gran amigo del señor Davis; supongo que se lo pedirán a él.

- El no tiene su toque -dijo Nefret.

- Mientras que alguien lo haga -murmuró Emerson-. Hasta ahora Davis no ha movido un maldito dedo por copiar o conservar los objetos. La vigilancia también es criminalmente inadecuada. No pierdas de vista a los comerciantes de antigüedades, Carter. No me sorprendería que los objetos de la tumba empezaran a aparecer por Luxor.

- A mí tampoco -dijo Howard-. Estuve hablando con Mohassib el otro día… -en consideración a los invitados, explicó de quién se trataba-: Es el más respetado de los comerciantes de antigüedades de Luxor, señorita Lía, lleva en el negocio más de treinta años. Me pidió que le diera recuerdos, señora Emerson. Ha estado enfermo, sabe, y creo que agradecerá una visita.

Aunque había ocultado su desilusión con caballerosa cortesía, pensé que a Howard le había dolido que el señor Davis hubiera empleado a otro artista, uno sin tanta experiencia o necesidad como él. Más tarde, encontré una oportunidad para dirigirle unas palabras de ánimo.

- No se desanime, Howard. Mire al futuro con valor y optimismo.

- Sí, señora -dijo en un susurro-. Lo intento. A veces me desanimo, pero no me puedo quejar cuando tengo unos amigos tan buenos como usted y el profesor. Ya sabe cuánto le admiro.

- Eh… ciertamente -dije. Emerson es el más notable de los hombres, pero no se pueden olvidar algunas de sus peculiaridades. La tozudez de Howard durante el asunto de los franceses borrachos me recordaba bastante al modo en que mi marido se habría comportado en esas circunstancias. Le di a Howard una palmada en la mano-. Este no es el fin de su carrera, Howard, se trata sólo de un parón temporal. Le doy mi palabra. ¡Algo ocurrirá!

Con su tacto habitual, Sir Edward se excusó tan pronto como llegamos a casa. Bostezando de un modo poco convincente declaró que estaba muy fatigado y que se retiraría de inmediato. En mi opinión, algunos de los otros tenían aspecto de necesitar un

descanso más que él. Lía no era una de ellas: anunció que no tenía intención de malgastar unas horas preciosas durmiendo.

- Debes descansar un poco -le dije con simpatía, pero con firmeza-. Mañana será otro día agotador.

- No quiero irme a la cama -declaró Lía con un tono de niña consentida y con un aspecto alarmantemente parecido a Emerson, sobre todo en el área de la barbilla.

- Ven y hablemos un rato -dijo Nefret asiéndola del brazo-. No te he enseñado la nueva túnica que compré en El Cairo.

Con la hora de la despedida tan próxima, me resistía a apartarme de mi querida Evelyn, y creo que Emerson sentía lo mismo acerca de su hermano; estaban profundamente unidos, aunque su reserva tan típicamente británica les impedía decírselo. A petición de Walter, Emerson volvió a sacar el papiro, y entablaron una animada y amigable conversación sobre el significado de algunas palabras. Después de un rato me di cuenta de que Ramsés no estaba participando; esto fue suficiente para despertar mi preocupación materna, así que me dirigí hacia mi hijo; fue entonces cuando noté que David ya se había ido.

- No tienes buen aspecto, Ramsés -dije-. ¿Te molesta la mano?

- No, madre -me enseñó el miembro en cuestión para que lo inspeccionara: se había quitado el vendaje y todavía había cierta inflamación, pero cuando fui doblando los dedos uno a uno, él lo soportó sin signos visibles de molestia.

- ¿Quieres algo que te ayude a dormir? -le pregunté-. Ayer tuviste una experiencia particularmente desagradable.

- Desagradable -repitió Ramsés-. Tiene usted un don para el eufemismo, madre. Gracias por su consideración, pero no necesito su láudano. Sin embargo, creo que me iré a la cama. Dé usted las buenas noches a los demás de mi parte, no quiero molestarles.

Evelyn descansaba la cabeza sobre un cojín, y sus ojos estaban cerrados. La cubrí con una colcha de punto y salí de puntillas. No sé por qué me molesté en salir de puntillas, ya que Emerson y Walter estaban hablando en voz alta.

Fátima estaba en la cocina, con la barbilla metida entre las manos y los ojos fijos en algún objeto de la mesa que estaba frente a ella. Tan intensa era su concentración que se sobresaltó y dio un grito cuando se dio cuenta de que yo había entrado. Vi que el

objeto era un libro: la copia del Corán que Nefret le había dado.

- No deberías leer con velas, Fátima, es malo para tus ojos -le dije colocándole la mano en el hombro-. Me avergüenzo de no haberte ayudado más con tus estudios.

- Todos me ayudan, *Sitt* Hakim. Son amables. ¿Puedo leerle algo?

No me pude oponer. Titubeó una vez o dos, y yo le ayudé; luego la volví a elogiar y le dije que se fuera a dormir.

Echando una mirada al salón vi que los hombres seguían sentados allí, y que Evelyn dormía plácidamente. Decidí que pasaría revista al resto de la casa: descendí por el pasillo hacia el patio. Mis suaves zapatillas de noche no hacían ningún ruido sobre el suelo polvoriento. Coloqué mi oreja en la puerta de Ramsés pensando, mientras escuchaba, lo bello que estaba aquel lugar bajo la pálida luna. Mi pequeño jardín florecía, gracias a los cuidados de Fátima. La planta de hibisco del rincón del fondo era ahora un árbol de buen tamaño, casi tan alto como yo y con un follaje exuberante.

Luego me di cuenta de que no era la única que disfrutaba de la luz de la luna. Una ráfaga de viento sacudió las hojas del hibisco, y vislumbré a alguien a su lado. No, no una sola persona, sino dos, tan cerca la una de la otra que parecían una única figura. Todo lo que pude ver de ella eran los esbeltos brazos alrededor del cuello de él, y las líneas sueltas de una falda de color. El hombre me daba la espalda, pero cuando la brisa movió las hojas y la pálida luz de la luna se posó sobre él vi su oscura cabeza inclinada sobre la de la chica, lo alto que era, y el modo en que la camisa tensaba su espalda. Nefret se había puesto un vestido de raso verde esmeralda aquella noche. La chica era Lía… ¡en los ardientes brazos de mi hijo!

No creo que me hubieran oído aunque hubiera dado un grito fuerte. Pero, no podía haber hecho semejante cosa: el asombro, pues no tenía ni la más mínima idea de que tal cosa estuviera ocurriendo, me dejó muda. Sin embargo, debí haber hecho algún ruido, o haberme apoyado en la puerta; ya que ésta se abrió de repente y yo me habría caído hacia atrás si unas manos no me hubieran agarrado y me hubieran ayudado a mantener el equilibrio. Esas manos eran las de Ramsés. No podía haber duda sobre eso, puesto que el resto de él también estaba allí, de pie detrás de mí, y

no en el patio con Lía en los brazos. Él los vio también. Le oí quedarse sin respiración, y sentí que sus manos apretaban dolorosamente mis costillas, hasta que por fin pude hablar.

- ¡Caray! -grité.

Los culpables se separaron. Él debía haberse apartado, pero ella le agarró por el brazo con ambas manos, y le sostuvo fuertemente. Mi grito no había sido muy alto; Nefret debía estar despierta y escuchando, ya que su puerta se abrió. Su mirada pasó de mí a los infieles, y luego volvió a mí.

- ¡Caray! -exclamó.

- ¿Qué significa todo esto? -pregunté.

- Venga, tía Amelia, tranquilícese por favor -dijo Nefret-. Yo se lo puedo explicar.

- ¿Tú sabías esto? Te ruego que me digas desde cuándo…

- No se enfade con ella -David retiró gentilmente las manos de la chica y vino hacia mí-. Es culpa mía.

- ¡No, es culpa mía! -exclamó Lía. Alcanzó a David y trató de rodearle con los brazos-. Yo… ¡yo le seduje!

- Oh, Dios mío -dijo Ramsés. Había un tono tan extraño en su voz que me giré para mirarle. Su cara estaba rebosante de una emoción tan fuerte como yo nunca había visto en sus enigmáticas facciones.

- ¿Tú lo sabías? -le pregunté.

- No.

Me volví hacia David.

- Supongo que los padres de Lía no sospechan de… de…

- Se lo voy a decir ahora mismo -dijo tranquilamente David-. No, Lía, no trates de detenerme; debería haber tenido la decencia de haberlo hecho hace tiempo.

- Voy contigo -dijo Ramsés. Me cogió, como si hubiera sido una muñeca, y me apartó de su camino.

- No, hermano mío. Déjame tener valor por una vez para actuar sin ayuda.

El joven entró en la casa. Lía fue tras él, y Nefret dijo con un susurro impetuoso:

- Bueno, ya está hecho. Deberíamos ir nosotros también, Ramsés; las discusiones familiares son la diversión favorita en esta casa, y parece que va a haber una bien fuerte.

# Capítulo 12

Ciertamente que lo fue. Yo estaba avergonzada por Walter: se comportó como un padre ultrajado en un melodrama teatral, casi me esperaba que apuntara con un dedo tembloroso a David y vociferara «¡No vuelvas a poner los pies en mi casa!».

David estaba demasiado nervioso como para dar la noticia suavemente, aunque luego me di cuenta de que no habría importado el modo en que la dio.

- Lía y yo nos amamos. Sé que no tengo derecho a amarla. Debería habérselo contado de inmediato. Debería haberme ido. Debería…

No le dejaron decir más. Walter agarró a su hija, que se aferraba al brazo de David, y la arrastró fuera de la habitación. Yo creo que nunca le había puesto una mano encima; ella se quedó tan sorprendida que se fue sin protestar. Todos nosotros permanecimos como estatuas de sal, evitando mirar a los demás, hasta que él volvió para anunciar que la había encerrado en su habitación.

- Debo ir con ella -dijo Evelyn.

Era la primera vez que hablaba desde que David hizo su anuncio. Su mirada silenciosa hirió aún más a David que las airadas palabras de Walter, agachó la cabeza, y Ramsés, que había estado observando la escena con la más extraña de las expresiones, fue hacia él y le colocó una mano sobre el hombro.

Walter se volvió hacia su mujer.

- No vas a ir a ninguna parte. Recoge tus cosas. Tomaremos el tren de la mañana. Y en cuanto a ti, David…

- Ya basta, Walter -dijo Emerson. Se le había caído la pipa de la

boca cuando oyó la declaración de David; la cogió del suelo, la examinó, y movió la cabeza-. Se ha partido. Una excelente pipa completamente arruinada; esto es lo que pasa con estas escenas melodramáticas. La gente joven tiende a excitarse demasiado pero me sorprende ver, Walter, que un hombre adulto como tú pierde los nervios.

- Le viene de familia -dijo Nefret. Fue hacia David, y le tomó del otro brazo-. Querido profesor, no dejará usted que tío Walter…

- No permitiré a ningún miembro de esta familia que se comporte de manera impropia para su dignidad.

Considerando de dónde provenía, aquélla era una afirmación escandalosa, pero por supuesto Emerson era absolutamente inconsciente de eso.

- David, hijo mío -prosiguió-, ve a tu habitación. Siéntate tranquilamente y no hagas ninguna tontería. Si descubro que te has tomado todo el láudano de tu tía Amelia, o te has colgado con una sábana, me enfadaré seriamente contigo. Quizás sería mejor que fueras con él, Ramsés.

- No, señor -dijo tranquilamente Ramsés-. Él jamás haría una cosa como ésa.

- Yo tampoco me voy -anunció Nefret.

- ¿Crees que necesita abogados, para garantizar un juicio limpio? -preguntó Emerson.

- ¡Sí! -exclamó Nefret apasionadamente.

- Sí -dijo Ramsés.

Nefret echó hacia atrás sus delgados hombros, y se le encendieron los ojos. Los de Ramsés estaban medio ocultos por sus pestañas, y su cara no era más expresiva de lo habitual, pero su pose era tan desafiante como la de Nefret. Eran muy guapos, conmovedores y jóvenes. Me dieron ganas de zarandearlos a los dos.

- Gracias, amigos -dijo suavemente David. Con paso firme, sin mirar atrás, salió de la habitación.

- Bien, pues… -comenzó a decir Emerson.

No pasó de ahí. Nefret se volvió hacia mí. Yo me había sentado al lado de Evelyn, dándole palmaditas en la mano.

- ¿Qué tiene usted que decir, tía Amelia? ¿No va a intervenir en su favor?

- Querida, eso está fuera de cuestión. Lo siento.

- ¿Por qué?

- Lía tiene sólo diecisiete años, Nefret.

- Él podría esperar.

- ¿El podría esperar? -Walter estalló-. ¡El muy zorro! Acogí a ese chico en mi casa, le traté como a un hijo, y se aprovechó de una niña que…

- ¡Eso es falso! -replicó Nefret instantáneamente. Parecía una joven walkiria según se volvió para mirar de frente a Walter, con las mejillas encendidas y el pelo tan brillante como un casco de bronce-. Lía dio el primer paso; ¿cree usted que David se habría atrevido, con lo tímido y modesto que es? Él quería confesarlo todo enseguida, pero ella no le dejó. ¿Por que se están comportando todos como si él hubiera hecho algo vergonzoso? David la ama con todo su corazón y quiere casarse con ella… no ahora, sino cuando ella sea mayor de edad y él se haya establecido.

- No se pueden casar -dijo Walter-. Ni ahora ni nunca -se pasó la mano por los ojos, como si le doliera mucho la cabeza-. He hablado acalorado por la ira, y lo siento. Se lo diré al chico, para que no crea que hizo algo deshonroso. Pero casarse…

Ramsés había seguido a David a la puerta y la cerró tras él. Recostándose contra la pared, con la? manos en los bolsillos, dijo:

- Él es egipcio. Un nativo. Es por eso, ¿no?

Walter no contestó. Ramsés no le miraba; me estaba mirando a mí.

- Por supuesto que no -dije-. Tú sabes lo que opino respecto a ese tema, Ramsés, y me ofenderías si me creyeras capaz de tal prejuicio.

- Entonces, ¿cuál es su objeción? -preguntó mi hijo.

- Bien… su familia. Su padre era un borracho y su madre…

- Era la hija de Abdullah. ¿Es Abdullah quien le desagrada? ¿Daoud? ¿Selim tal vez?

- Para, Ramsés -ordenó Emerson-. No te permito que te dirijas a tu madre en ese tono acusatorio.

- Le pido perdón, madre -dijo Ramsés, sin lamentar una sola de sus palabras.

- Este asunto es demasiado serio para resolverse en una única noche de recriminaciones y acusaciones -prosiguió Emerson-. Puedes llevarte a tu familia mañana por la noche si insistes, Walter,

pero maldita sea si tengo que perder otra hora de sueño para llevaros a Luxor a tiempo para tomar el tren de la mañana. No, Nefret, no quiero oír nada más, no esta noche.

- Yo sólo quería preguntar una cosa -dijo Nefret mansamente-. ¿Qué piensa usted, profesor?

- ¿Yo? -Emerson sacó la ceniza de su pipa con unos golpecitos y se levantó-. Caray, ¿alguien pregunta mi opinión? Bien, pues, yo no veo por qué se arma tanto lío. David es un joven con talento, inteligente, y ambicioso. Lía es una criatura bella, educada y atractiva. Deben esperar, por supuesto, pero la espera no les hará ningún daño, si siguen pensando lo mismo dentro de tres o cuatro años. Ahora iros todos a la cama.

Nefret corrió hacia él y le rodeó con los brazos.

- Mmmm -dijo Emerson, sonriendo con cariño-. A la cama, jovencita.

Nos dispersamos en silencio. Walter parecía bastante avergonzado; era un hombre amable y gentil, y yo podía notar que lamentaba haberse comportado de aquella forma, pero no creía que cambiara de opinión. Aquél era un acontecimiento desafortunado. Walter había tratado a David no solamente como a un alumno dotado, sino como a un hijo adoptivo, y lo ocurrido cambiaría esa relación para siempre. Aún sería más difícil para Evelyn, quien había acogido a David con todo su cariño maternal.

Mi cuñada me deseó buenas noches con un beso y una expresión de tristeza que bastaba para romperme el corazón, y fue en busca de Walter. El la rodeó con un brazo, y se la llevó fuera de la habitación. Nefret cogió a Ramsés de la mano.

- Vamos en busca de David -dijo, y se lo llevó. Ninguno de los dos me miró.

- O sea, Peabody -dijo mi marido-, otro par de malditos jóvenes amantes, ¿eh?

Creo en la eficacia del humor para aliviar las situaciones difíciles, pero no fui capaz de reírme con su viejo chiste.

- Lo superarán, Emerson. «Los corazones no se rompen; son lastimados y anhelan…» He olvidado el resto.

- Demos gracias a Dios -dijo mi marido piadosamente. Sus ojos me siguieron a medida que yo daba una vuelta por la habitación apagando lámparas-. Esto va a depender de ti, ya lo sabes.

- ¿Qué quieres decir?

- Evelyn confía en tu opinión, y tienes a Walter dominado, como al resto de nosotros. Si tú apoyaras a los jóvenes…

- Imposible, Emerson.

- ¿De verdad? Me pregunto, Amelia, si tú misma sabes por qué eres tan intransigente.

Yo había apagado todas las lámparas excepto una. La habitación quedó envuelta en sombras. Fui en busca de mi marido, que me tomó en brazos, y yo coloqué mi dolorida cabeza en su pecho. Había sido una escena muy desagradable.

- Tendrás que enfrentarte a ello antes o después, querida -dijo amablemente Emerson-. Yo no te puedo ayudar esta vez. Maldita sea, ¡podría haberlo hecho si no estuviéramos en medio de este lío! La vida ya me resulta demasiado complicada, con un asesino maníaco suelto, ¡y Davis destrozando la maldita tumba!

*Del manuscrito H*

Nefret se dirigió resueltamente a la habitación de David con Ramsés de la mano, que seguía bastante confundido. Si no se hubiera preocupado por sus propios sentimientos egoístas podría haberse dado cuenta de ciertas cosas; el modo en que Lía se había colgado de David el día que llegó, la cara del joven cuando la sostenía; los esfuerzos de Nefret por dejarles algún tiempo a solas; incluso la deferencia de la chica hacia Abdullah, como la de una novia expectante tratando de congraciarse con su futuro suegro. ¡No era de extrañar que hubiera confiado en Daoud sin vacilar! Ramsés había subestimado a la chica: no había ni un ápice de falso orgullo en ella, y él la honraba por ello.

Su madre tampoco había notado nada y eso le pareció divertido. Amelia se enorgullecía de su buen ojo para los asuntos románticos. Bien, aquél no era el único del que no se había dado ni cuenta.

El rostro apesadumbrado de David se iluminó cuando vio quiénes eran.

- ¿Qué ha pasado? -preguntó.

- Justo lo que tú podrías esperar -dijo Nefret-. Maldita sea, debería haberme traído el whisky.

- No lo necesito, querida -dijo David con una sonrisa afectuosa.

- Yo sí -Nefret se dejó caer en la cama y se quitó los zapatos-. Dame un cigarrillo, Ramsés, necesito algo para calmarme los

nervios. Sigo estando furiosa. ¿Por qué se comportan de ese modo?

- Tú no lo comprendes -dijo amargamente David-. Una cosa es coger un perro descarriado de la calle y enseñarle a sentarse, a buscar las cosas y traerlas, y presumir de sus logros; pero sigue siendo un perro, ¿no? -escondió la cara tras sus manos-. Lo siento. No debería haber dicho eso.

- Tú no lo comprendes -dijo Ramsés; no podría explicar por qué se sentía impelido a defender a su madre cuando él mismo la había criticado a la cara. Amelia estaba equivocada y Nefret tenía razón, pero…-. Espero que madre se encuentre abatida ahora -prosiguió-. Se ha dado de narices contra unos prejuicios que nunca creyó tener porque estaban profundamente enterrados. Lo mismo se puede aplicar a tío Walter y tía Evelyn. Ese sentido de la superioridad no se aprende, sino que se da por supuesto; haría falta un terremoto para librarles de unos sentimientos que son la base de su clase y nacionalidad. No es fácil para ellos.

- Es más duro para David -dijo Nefret bruscamente.

- Al menos a él le queda la satisfacción de saber que tiene razón y ellos no -dijo Ramsés-. No seas tan farisaica, Nefret. ¿Has olvidado que la gente de tu oasis nubio trataba a sus criados como animales… refiriéndose a ellos como «ratas», y privándoles de lo más básico? El prejuicio de un tipo o de otro parece ser una debilidad humana universal. Poca gente se halla totalmente libre de él, incluyendo a los que se enorgullecen de ser liberales.

- El profesor no es así.

- Sí, padre menosprecia a la gente de forma totalmente imparcial y sin prejuicios -convino Ramsés.

Incluso David sonrió al oír aquello, pero enseguida negó con la cabeza.

- El es diferente, Ramsés. Y tú también.

- Eso espero. ¿En qué te he fallado para que fueras incapaz de contármelo?

- Tú nunca me has fallado, hermano mío -dijo David en un susurro-. Lo intenté… también lo deseaba… pero…

- ¿Pero tenías miedo de que pensara que eras indigno de mi prima? Por amor de Dios, David, ¡deberías conocerme mejor!

- ¡No! ¡Sí! Yo… Maldita sea, Ramsés, no hagas que me sienta un gusano. Es lo que dijiste la otra noche acerca de aprovecharse de

una chica… y que esperabas que ella mantuviera su promesa incluso si había dejado de quererte…

- Ten un cigarrillo -dijo Ramsés.

- Oh. Eh… gracias.

- Vosotros dos tenéis unas conversaciones ciertamente interesantes cuando yo no estoy presente -advirtió Nefret-. ¿De cuál de tus numerosas conquistas estabas hablando, Ramsés?

- De ninguna que te importe.

Ella se echó a reír, como era de esperar, y él se dio la vuelta para encender el cigarrillo de David, temiendo que su expresión le delatara. No tenía derecho a sentirse tan feliz cuando su amigo era tan desgraciado, pero no lo podía evitar.

- No te sientas afectado porque David no te lo contara -dijo Nefret-. Tampoco confió en mí. Fue Lía la que me lo dijo. Pobre pequeña, deseaba desesperadamente tener una confidente. Es duro estar locamente enamorada y no poder hablar de ello.

- ¿De verdad? -dijo Ramsés.

- Eso me han dicho -Nefret se sentó, cruzó las piernas y se alisó la falda-. Ahora comprenderás por qué estaba tan decidida a venir a Luxor. No era egoísmo; ella se moría por él.

- Y yo me muero por ella -dijo David serenamente-. Y también porque se irán mañana. Si no la hubiera vuelto a ver…

- No pierdas las esperanzas, David, volveremos a hablar con ellos -prometió Nefret, y bostezó como una gatita adormilada-. Dios mío, ¡qué día! Me voy a dormir. Venga, Ramsés, tienes unas ojeras del tamaño de una taza.

- Voy en un minuto…

- No estás enfadado conmigo, ¿verdad? -preguntó David una vez que ella se hubo ido, dejando la puerta abierta intencionadamente.

- No. Pero cuando pienso en cuántas veces me quejé ante ti…

- Ahora podremos hacerlo por turnos -dijo David, casi con su sonrisa de siempre-. Recuerdas una noche… ¡parece que fue hace tanto tiempo!… la noche en que me contaste por primera vez lo que sentías por Nefret, y yo dije…

- «Estás montando un escándalo por una cosa muy simple».

- Algo así. Me pregunto por qué no me pegaste. Si te sirve de consuelo, he pagado con creces ese comentario tan displicente.

Ramsés apagó el cigarrillo y se levantó; le puso a David una

mano en el hombro y le dirigió una mirada penetrante.

- Estás bien, ¿verdad?

- No -el joven sonrió débilmente-. Pero no me voy a comportar como un ridículo héroe de Byron. Tengo muchas cosas que agradecer. Y no perderé la esperanza. Sé que no soy digno de ella, pero nadie la cuidaría más que yo. Si pudiera volverme a ganar la confianza de tío Walter y tía Evelyn…

- No te preocupes por ellos. La única que realmente cuenta es madre.

Los antiguos egipcios no tenían un término para «conciencia», pero el corazón, que también era el centro de la inteligencia, era el testigo a favor y en contra del hombre que comparecía en la Sala del Juicio. Y esa noche busqué mi corazón en las sonoras frases de los versos de la Declaración de Inocencia, que había traducido recientemente: yo no había apartado el ganado sagrado, ni había robado leche de la boca de los niños. No les había quitado la vida a los hombres (excepto cuando ellos trataron de quitarme la mía), ni había contado mentiras (excepto cuando había sido absolutamente necesario). «Oh vos, que habéis hecho florecer a los mortales», susurré. «Yo no maldigo a ningún dios. Oh vos, el de los hermosos hombros, yo no me hincho de orgullo…»

¿De verdad no lo había hecho? ¿No habían sido el falso orgullo y la intolerancia los que me habían hecho rechazar siquiera la simple idea de un matrimonio entre ellos dos? Cuando creí que era Ramsés el que abrazaba a la chica… ¿había sido mi indignación tan fuerte como cuando me di cuenta de que el hombre era David?

Sí. No. Pero era diferente.

Me di la vuelta y me arrimé a Emerson. Él no se despertó, ni me rodeó con el brazo. Estaba profundamente dormido. No había nada que le pesara en la conciencia. Ni en la mía, me dije. Pero pasó mucho tiempo antes de que pudiera imitar a Emerson.

Mi marido se levantó antes que yo por la mañana, lo cual no era habitual. Me vestí aprisa y me dirigí a la galería, donde me encontré a Emerson conversando con Sir Edward, y a Fátima revoloteando a su alrededor con café, té y pastelillos azucarados para quitarles el hambre antes del desayuno.

No dudé que ella estuviera al tanto de los acontecimientos más recientes. Los criados siempre saben esas cosas, y ninguno de los

participantes en la discusión se molestó en bajar la voz. Se cubría la cara con un velo, como siempre hacía en presencia de los hombres, pero sus oscuros ojos tenían una expresión preocupada.

- Tienes aspecto de necesitar un estimulante, Peabody -advirtió mi marido haciéndome sitio en el sofá-. Siéntate y tómate una taza de café, y deja a los chicos solos. Ya he hablado con todos ellos, y han prometido… ¿Adonde va, Sir Edward? Siéntese.

- Pensé que preferirían hablar de los asuntos de familia en privado…

- No existe tal cosa en esta casa -dijo Emerson con acritud-. Se ha involucrado usted en nuestros asuntos, así que puede dejar a un lado la discreción. Sin embargo, no crea que le invito a que exprese su opinión sobre este tema.

- Nunca me atrevería a ofrecerla, señor -replicó Sir Edward con una amplia sonrisa.

Estaba impecablemente vestido como siempre, ataviado con un traje de *tweed* de buen corte, una camisa blanca inmaculada y unas lustrosas botas. Volvió a su silla y cogió su taza, que Fátima había rellenado.

- En cuanto al resto de asuntos… -comenzó a decir.

- Hablaremos de ello más tarde -dijo Emerson-. Después de que mi hermano y su familia se vayan. ¡Malditas distracciones! Como iba diciendo, Peabody, los chicos han accedido a no volver a sacar el tema, así que ten la amabilidad de abstenerte de hacerlo tú. Disfrutaremos de un día agradable visitando los lugares que habíamos planeado, y les llevaremos al tren esta noche.

- ¿Agradable? -repetí irónicamente-. No creo que lo sea si los demás se sienten melancólicos, enfadados o cohibidos. Espero que no levantes falsas esperanzas, Emerson. Eso sería demasiado cruel.

- Déjales que las tengan, Peabody. Nunca se sabe; podría ocurrir algo que cambiara la situación radicalmente.

Y, efectivamente, algo ocurrió.

No pude quejarme del comportamiento de mis compañeros. Todo el mundo se mostró muy educado, y no se mencionó en ningún momento el tema principal que ocupaba nuestros pensamientos; sin embargo, el ambiente era tan tenso que destrozaba toda sensación de bienestar. Hubo silencios incómodos, miradas de soslayo, ojos abatidos y caras afligidas. Yo deseé haber

acompañado a nuestros parientes al tren esa misma mañana y haber acabado de una vez con aquel asunto.

Lía se portó mejor de lo que me habría esperado. No dirigió ninguna palabra o mirada de reproche a sus padres, pero tampoco estuvo muy amable con ellos. No habló con David, ni él con ella. No había necesidad de ello. Sus miradas eran elocuentes.

Los atractivos del templo de Karnak, que yo tan bien conocía, no fueron suficientes para alejar mis pensamientos hacia derroteros más felices. Por tanto, busqué distraerme pensando en el modo de actuación que pretendía adoptar a fin de solucionar otro problema.

En aquel momento estábamos en la sala hipóstila, junto a los grupos habituales de turistas que rodeaban a sus guías, y Ramsés estaba dando una conferencia a nuestro grupo. Cuando me encontraba a una cierta distancia de ellos, sumida en mis pensamientos, una voz me saludó, y me volví a ver a una dama que se acercaba: su rostro rubicundo me pareció familiar, aunque no fui capaz de recordar dónde la había conocido hasta que ella me lo dijo.

- ¿No es usted la señora Emerson? Nos conocimos en la velada del señor Vandergelt la otra noche.

Se trataba de la madre que con tan malos modales se había llevado a su hija precipitadamente del lado de David. Estaba casi elegantemente vestida con un traje sastre de lino verde oscuro, y una especie de bonete anudado con cintas que ocultaba unas facciones a las que no había prestado una atención particular en aquel momento. Suponiendo, como suele hacer la gente, que yo recordaba su nombre, cosa que no era cierto, se lanzó a un efusivo monólogo sobre las bellezas de Egipto y sobre lo mucho que le gustaba el país, que finalizó con una invitación a cenar esa misma noche en el Winter Palace.

Desgraciadamente, Emerson y yo habíamos adquirido cierta notoriedad, y hay gente que, lamento decirlo, se dedica a buscar a las personas muy conocidas para vanagloriarse de que tienen trato con ellos. Supuse que aquella dama, cuyo nombre seguía sin recordar, se movía por ese mismo deseo tan poco atractivo e inexplicable para mí.

Por tal razón, le expresé mis más educadas disculpas, explicándole que teníamos otro compromiso. Ella no captó la

indirecta, y dijo que no se marcharía de Luxor hasta después de unos días, y que cualquier noche le iría bien. En mi opinión, una insistencia justifica una respuesta firme, y estaba a punto de expresarla cuando me agarró del brazo.

- Ahí está el nativo que me ha estado siguiendo para pedirme dinero -dijo indignada-. Venga aquí, señora Emerson, donde no nos pueda ver.

El lugar hacia donde me empujaba rápidamente, con una mano firme que me lastimaba el brazo, era una puerta, bloqueada ahora, que en otros tiempos fue la entrada de visitantes hacia el recinto Sur.

Un estremecimiento me recorrió la espina dorsal. ¿Estaría ante otro intento de secuestro? Parecía poco probable, en un lugar tan concurrido, pero la puerta se hallaba en un rincón apartado, y oculta por un andamiaje.

Justo en ese momento, Emerson apareció detrás de una columna.

- ¿Adonde diablos te crees que vas, Peabody?

- Ah -dijo mi nueva «amiga», soltándome el brazo-. Es su marido. Encantada de volverle a ver, profesor. Acabo de preguntarle a la señora Emerson si me liarían el honor de cenar conmigo una noche.

- Bastante improbable -dijo Emerson, mirándola de arriba abajo-. Pero si me da usted su tarjeta, se lo haré saber.

La mujer hurgó en su bolso y le entregó una, y por fin, creyendo que había logrado su propósito, volvió con su grupo.

- Mmmm -dijo Emerson toqueteando la pequeña pieza de cartulina,

- ¿Dónde están los demás? -le pregunté deseando evitar el sermón, aunque sin muchas esperanzas de conseguirlo.

- Allí -señaló Emerson-. Maldita seas, Peabody, si sigues haciendo este tipo de cosas te encerraré.

- ¿Qué podría ocurrirme aquí, con un centenar de turistas alrededor? Esa mujer es sólo una pelmaza inofensiva.

- Sin duda -Emerson lanzó una mirada a la tarjeta-. Señora Louisa Femcliffe. Heatherby Hall, Bastington on Stoke.

- Una nueva rica -dije con un ligero suspiro-. Su acento era algo vulgar. La conocimos en casa de Cyrus la otra noche.

- Yo no.

Le tomé del brazo y nos fuimos en busca de los demás.

- Las cosas han estado aburridamente tranquilas últimamente, Emerson.

- Es improbable que pase nada si permanecemos juntos como hemos hecho en los últimos días.

Acompañada por una mirada acerada, aquella afirmación sonaba como una amenaza. Y también era una descripción de los hechos bastante deprimente. ¿Cómo íbamos a encontrar a nuestro mortal enemigo si no le dábamos la oportunidad de alcanzarnos?

Comimos en el Hotel Karnak. La maravillosa vista sobre el río, la excelente comida y los valientes intentos por parte de algunos de nosotros de mantener una conversación animada no produjeron mucho efecto para rebajar la tristeza general. Nuestros queridos visitantes no regresarían a la ribera Occidental, sino que irían directamente a la estación del ferrocarril a tiempo para coger el expreso nocturno; su equipaje había sido empaquetado, y se lo llevarían allí los criados. De vez en cuando los ojos de Lía se llenaban de lágrimas, y entonces giraba la cabeza fingiendo que admiraba la vista, para así podérselos enjugar. Ella había querido ir a Gurneh para despedirse de Abdullah y Daoud, pero a mí no me pareció oportuno.

Para cuando terminamos de almorzar, la tarde había avanzado. Sir Edward había sido especialmente amable, dedicándose a Evelyn y tratando de divertirla con los recuerdos de los maravillosos días pasados en la tumba de Tetisheri. Dichos recuerdos no fueron tan consoladores como él esperaba. Fue durante esa temporada precisamente cuando David entró en nuestras vidas, y yo sabía que Evelyn se estaba acordando del chico que durante tanto tiempo había padecido hambre y abusos y que se había ganado el cariño, y cuyo corazón ella estaba ayudando a que se rompiera en mil pedazos.

Creo que para todos supuso un alivio que llegara la hora de la partida. Habíamos paseado por las tiendas;

Walter había colmado a su hija de regalos; una túnica bordada, un collar de oro con adornos de lapislázuli, baratijas y recuerdos de todo tipo. Ella los recibió con cortesía pero sin entusiasmo. Se había comportado admirablemente. No se vino abajo hasta que llegamos a la estación y vio quién nos esperaba allí.

Abdullah tenía un aspecto magnífico. Se había puesto su túnica más fina de seda blanca adornada con oro, y su turbante más níveo. Su cara, enmarcada por el blanco de su barba y el turbante, tenía la dignidad de un faraón. Daoud también se había puesto lo mejor, un caftán largo de rayas de seda y algodón, con una faja que era un pañuelo de cachemira de colores. Su cara no era nada solemne.

Abdullah tendió la mano y se dirigió a Walter.

- Quiera Dios ampararte a ti y a los tuyos, *Effendi.* Que todo vaya bien hasta que nos volvamos a ver.

Walter tomó la mano del hombre y la estrechó con fuerza. No dijo nada. No creo que pudiera.

Abdullah se dirigió a Evelyn y Lía con las palabras formales de despedida. Luego le llegó el turno a Daoud. En vez de tomar la mano que Lía le ofrecía, colocó un objeto en su palma; una caja plana de oro de unos cinco centímetros cuadrados, cubierta de adornos de escritura cúfica. Era formidable, y contenía versos del Corán, muy antiguos y preciosos.

- Es un poderoso *hegab* [4],

joven *Sitt.* La mantendrá a salvo hasta que vuelva.

Yo no la pude censurar por venirse abajo. Había lágrimas también en mis ojos, pero inundaban la cara de mi querida niña cuando se arrojó en los brazos de Daoud.

- Debemos ir en busca de nuestros asientos, querida -dijo Walter separándola suavemente.

No quiero acordarme de esa despedida. El peor momento vino al final cuando, una vez que nos abrazó a todos, Lía se volvió hacia David y le tendió una mano pequeña y temblorosa. Ella había dado su palabra y pretendía mantenerla aunque eso la mataba, y estoy segura de que en aquel momento se sentía como si estuviera muerta.

- Por el amor de Dios, bésale -dijo de pronto Ramsés-. No te pueden negar eso también.

Permanecimos en el andén despidiéndonos hasta que el tren se alejó, y la nube de humo de la chimenea se disipó con la brisa vespertina. Daoud y Abdullah se habían retirado a una discreta distancia, pero supuse que volverían a la ribera Occidental con nosotros; habría sido de muy mala educación por nuestra parte no

haberles ofrecido un sitio en nuestro barco. Me di cuenta de que no tenía ganas de enfrentarme a Abdullah, aunque no había ningún motivo para ello (según me aseguré a mí misma). Su inmensa dignidad e innata cortesía le impedirían hacerme el más mínimo reproche, más allá de una simple mirada.

Tampoco me entusiasmaba tener que enfrentarme a los chicos. Nefret me había estado lanzando miradas hostiles todo el día, y Ramsés… ¿Quién habría esperado que Ramsés, entre todas las personas del mundo, hubiera tenido un gesto tan romántico? Prácticamente les había arrojado al uno en los brazos del otro y nadie, ni siquiera Walter, tuvo el valor de prohibirlo.

Volvimos sobre nuestros pasos y, como yo esperaba, Emerson invitó a Daoud y a Abdullah a regresar con nosotros. Sir Edward, que me ofreció su brazo, anunció que permanecería en Luxor pues tenía un compromiso para cenar.

- Con Abdullah y Daoud a su lado no me necesitarán -añadió.

- Ha sido usted muy amable, Sir Edward -repliqué-. Supongo que le empuja su sentido británico del deber, *noblesse oblige* y todo eso, pues no nos debe nada.

- El placer de conocerles y el honor de su estima son una recompensa más que suficiente por los pobres servicios que yo haya podido ofrecerles.

Sonaba tan rebuscado como un párrafo extraído de una novela, o uno de los discursos más pomposos de Ramsés y Sir Edward fue consciente de ello; con una sonrisa y en un tono más natural añadió:

- No he sido de mucha utilidad hasta ahora, señora Emerson. Este es un caso desconcertante, y también frustrante. ¿Tiene el profesor alguna idea acerca de lo que vamos a hacer mañana?

- Supongo que volveremos al Valle. Ha perdido dos días de trabajo, y estará loco por averiguar qué está haciendo el señor Davis.

- Desde luego -replicó Sir Edward echándose a reír-. Obtendré un informe esta noche, señora Emerson. La persona con la que voy a cenar es el señor Paul, el fotógrafo de El Cairo. Creo que ha estado trabajando en la tumba todo el día.

- ¿De veras? Sí, creo que alguien mencionó que llegaría hoy aquí. ¿Le conoce usted?

- Tenemos amistades comunes… y, por supuesto, compartimos el interés por la fotografía arqueológica.

Cuando llegamos al muelle, Sir Edward nos deseó buenas noches, y bajó por la carretera hacia el Winter Palace, cuyas ventanas iluminadas brillaban en la oscuridad como las de la residencia real de la que había tomado su nombre. Comenzó a silbar, y a caminar con grandes zancadas que reflejaban que esperaba con ansia aquella noche. Las personas con aficiones similares siempre tienen muchas cosas de las que hablar.

Yo me sentía casi como si hubiera perdido a uno de mis partidarios, o por lo menos a la única parte neutral. Tuve que asegurarme a mí misma que había hecho lo mejor, como siempre, y que no tenía nada que reprocharme. Había pensado proponer que cenáramos en Luxor, pero la escena de la estación del ferrocarril me había convencido de que ninguno de los demás se sentiría con ánimo como para celebrar nada.

Sólo con los buenos amigos se puede sentir uno cómodamente en silencio. Yo nunca me había sentido incómoda con Abdullah, pero aquella noche me encontré tratando de pensar en temas de conversación intrascendentes. El anciano también parecía preocupado. La luna se había elevado, lanzando estelas plateadas al agua, y hasta que no alcanzamos la ribera Occidental, no dijo nada.

- Voy a buscarle una esposa a David.

- ¿Qué? -exclamé yo-. Es todavía muy joven, Abdullah.

- A su edad yo tenía dos esposas y cuatro hijos. Mustafá Karim tiene una hija, joven, sana, y conveniente en todos los sentidos -apesadumbrado, Abdullah añadió-: Ha aprendido a leer y a escribir.

No me atreví a reírme. De hecho, me sentía bastante afectada. Abdullah consideraba la educación de las mujeres como el más pernicioso de todos los adelantos modernos. Estaba haciendo una gran concesión al exigir que la novia de David estuviera alfabetizada.

- ¿Le has mencionado esto a David? -le pregunté.

- ¿Mencionárselo? No, *Sitt*. En los viejos tiempos yo no se lo habría «mencionado», sino que le habría dicho que lo había arreglado. Ahora, supongo que él querrá conocerla primero.

Abdullah suspiró. Yo le di una palmadita amistosa en la mano. ¡Pobre Abdullah! El se esperaba una discusión con David, pero yo

temía que estaba subestimando la dificultad que se le venía encima. No dudaba de que Abdullah conociera lo que había entre su nieto y Lía; era extraño: no se me había ocurrido que él se opondría a esa relación… y no pude encontrar explicación a mi ridícula sensación de enfado.

Selim nos estaba esperando con los caballos, y después de su cambio de guardia, pues de eso se trataba, Abdullah y Daoud se dirigieron a pie a Gurneh. Selim no se sentó con nosotros a la mesa, diciendo que ya había comido, y se fue a la cocina a hablar con Fátima.

- Dice que se quedará aquí esta noche -dijo Ramsés-. Yo le he asegurado que no era necesario, pero él ha insistido.

- Son buenos amigos y hombres de honor -dijo Nefret mirando a David, que no respondió. Estaba sumido en una pena tan honda que casi se podía ver a su alrededor como una nube negra de desánimo. No había comido nada.

- Sí -dijo Emerson-. Bien por Selim. Especialmente si consideramos que tiene dos jóvenes y bellas… Eh, mmm.

La inocente metedura de pata de Emerson rompió la pared de hielo que mi hijo y mi hija habían construido entre nosotros. Nefret estalló en carcajadas.

- Eso le debe mantener muy ocupado.

- Yo no le he oído quejarse -dijo Ramsés.

Nefret volvió a reír. Aunque sin duda era por un motivo muy poco apropiado, era tan bueno el volverla a ver sonreír que decidí pasar por alto esas pequeñas faltas de delicadeza.

- Sin embargo, no puedo entender la poligamia -dijo sacudiendo la cabeza-. Yo no querría compartir al hombre al que quisiera. ¡Me volvería loca de celos por cualquier mujer a la que él simplemente mirara!

- Los celos -declaré- son más crueles que la sepultura. Son… ¿qué dices tú, Ramsés?

- Nada. -Mi hijo apartó su plato-. Si me perdonáis, voy a charlar con Selim.

Nefret y David se fueron con él. Yo pasé la noche mirando las fotografías que habían hecho del papiro funerario, ya que había decidido que intentaría echarles una mano con la traducción. Había abandonado mis actividades literarias de un modo lamentable, así

que, si quería concentrarme en el trabajo, por una vez era bueno tener a los chicos alejados.

Cuando llegamos al Valle a la mañana siguiente vi que Emerson se las había arreglado para conseguir que tendieran un cable eléctrico desde el generador hasta nuestra tumba. Selim se puso inmediatamente a fijar dicho cable y las luces. Abdullah le observaba con una mueca de desprecio. Él no aprobaba los inventos modernos, y rechazaba aprender nada de ellos. Selim había creído una vez que Emerson y yo éramos grandes magos, con poder para leer las mentes de los hombres y controlar los espíritus de los demonios. Al observar los modales discretos con los que ignoraba las serviciales sugerencias de Emerson, sospeché que ya no abrigaba esas ilusiones infantiles. Selim era de una nueva generación, suficientemente joven como para ser el nieto de Abdullah en vez de su hijo. Yo tenía miedo del día inevitable en que sustituyera a su padre como nuestro *Rais,* aunque no tenía duda alguna de que sería tan capaz y leal como él.

Una vez que las luces estuvieron arregladas Ramsés y David se pusieron a trabajar en la copia de los relieves. Sólo quedaban algunos fragmentos, pero eran de primera categoría, delicadamente grabados, y mantenían algunas trazas de color. Emerson los observó un momento, y luego se retiró. Por el momento, él no podía hacer nada dentro de la tumba, puesto que cada movimiento agitaría el polvo que molestaría a los artistas.

Sir Edward no volvió la noche anterior hasta que nos hubimos retirado, y se había presentado tarde al desayuno. Parecía cansado y preocupado, y debo confesar que me pregunté si habría sido el fotógrafo de El Cairo, o alguien más «ameno», el que le había entretenido hasta tan tarde. Cuando Emerson y yo salimos de la número Cinco, le encontramos conversando con Nefret.

- Si no me necesita para nada, profesor, iré a ver lo que hace el señor Ayrton -dijo ella.

Emerson trató de aparentar que esa idea no se le había ocurrido hasta ese momento, pero no lo consiguió.

- Mmmm, sí, ¿por qué no? Podríamos ayudarle.

- Estaba a punto de preguntarle algo sobre eso, señor -dijo Sir Edward-. Sabrá usted que anoche cené con el señor Paul…

- No, no lo sabía -dijo Emerson.

- ¿No? Pensé que quizás la señora Emerson se lo había mencionado.

- No, no lo hizo -replicó mi marido.

- Oh. Bien, señor, él sugirió que yo podría echarle una mano hoy. Las fotografías que tomó ayer no fueron tan buenas como esperaba…

- ¿Le ayudó usted a revelarlas? -pregunté, lamentando haber albergado semejantes sospechas sobre el joven. El revelado de placas lleva mucho tiempo, y requiere un cuidado minucioso.

- No le ayudé, no. Es un fotógrafo muy experto. Sin embargo, según me dijo, trabajar en un espacio reducido lleno de objetos frágiles es más fácil con un ayudante que le sostenga el equipo y que maneje las luces.

- Serían mejor aún dos ayudantes -apuntó Nefret impaciente.

- Eso sería forzar mucho al señor Ayrton -dijo Sir Edward, sonriéndole.

- Sí, cuanto menos gente pisotee la cámara mortuoria, mejor -asintió Emerson.

- ¿Entonces no se opone usted, señor? -preguntó Sir Edward.

- No necesita mi permiso, no es usted uno de mis empleados -replicó mi marido-. Adelante, por supuesto. Yo iré con usted simplemente para cerciorarme de que todo le va bien a Ayrton.

- ¿Qué tipo de persona es el señor Paul? -le pregunté yo cuando íbamos caminando por el sendero.

Sir Edward se echó a reír.

- Es un tipejo extraño. Absolutamente dedicado a su trabajo. Yo no conseguí que hablara de otra cosa que no fuera la fotografía.

Ned estaba solo, es decir: Davis y su séquito no estaban allí. Nos saludó con expresivo placer.

- Pensé que había perdido usted el interés por la tumba, profesor, puesto que no ha estado aquí desde hace varios días. ¿No ha venido Ramsés con ustedes?

Emerson le explicó que habíamos tenido invitados, y que Ramsés y David estaban ahora trabajando en la número Cinco. Cuando Sir Edward mencionó su intención de ayudar al señor Paul, Ned asintió con la cabeza.

- Sí, me dijo que usted se uniría a él. Depende de él, por supuesto; yo no sé mucho de fotografía. Adelante, Sir Edward. No

necesito advertirle que tenga cuidado.

- ¿Ya ha llegado? -pregunté.

- Sí, vino al despuntar el alba. Un hombre muy dedicado a su trabajo.

Sir Edward descendió los peldaños y desapareció dentro de la tumba.

- El señor Davis decidió no venir hoy -explicó Ned-. No se puede hacer mucho hasta que el señor Paul acabe las fotografías.

- Totalmente cierto -aprobó Emerson-. Nosotros deberíamos regresar también al trabajo. ¿Quiere venir y echar un vistazo, Ayrton?

Ned dijo que le gustaría, y todos nosotros disfrutábamos de una mañana preciosa y relajada, es decir, excepto Ramsés y David. Cuando les avisé para el té de media mañana estaban bastante sudorosos, y mi hijo advirtió que, en cualquier caso, era momento de parar, puesto que era difícil impedir que el sudor cayera en el papel. El y Ned entablaron una animada conversación sobre su método de copia fotográfica.

- Sin embargo, David está de acuerdo con el señor Carter -explicó Ramsés-. La copia a pulso es el mejor método de captar el espíritu del original.

- Eso depende del espíritu del copista -dijo Ned con cierto cinismo-. El trabajo de David es de primera calidad. Yo traté de convencer a… Bueno, no importa.

Cuando Emerson ordenó que se detuvieran los trabajos del día, yo descendí por el camino para comprobar si Sir Edward tenía intención de volver con nosotros. Me di cuenta de que Ned debía haberse ido ya, pues las únicas personas presentes en la tumba eran unos pocos guardias. Sin embargo, había luces dentro; tuve la tentación de entrar, pero me lo impidió mi conciencia profesional; evidentemente los dedicados fotógrafos seguían trabajando, y habría hecho mal en molestarles. Sir Edward regresaría cuando estuviera listo, como hacía siempre.

La reunión para el té en la galería no fue tan agradable aquella tarde como de costumbre. Emerson daba vueltas a las iniquidades de Davis y Weigall, y David daba vueltas a su corazón roto, incluso parecía más delgado que el día anterior, lo que era imposible. Me pregunté si Abdullah había sacado el tema de la conveniente hija de

Mustafá Karim, pero decidí no preguntar.

- Madre, ¿quién era esa mujer con la que estaba hablando ayer por la mañana en Karnak? -preguntó Ramsés de forma tan inesperada como bienvenida. En aquel momento el asunto del asesinato era menos delicado de tratar que otros temas.

- Quería aparentar que era una inocente turista -dije-. Pero su comportamiento me pareció muy sospechoso. Si tu padre no hubiera intervenido…

- ¿Te habría llevado detrás de una columna, te habría adormecido con cloroformo, y sus secuaces te habrían hecho prisionera? -dijo Emerson-. Peabody, a veces me desesperas.

- ¿No la conocía de antes? -preguntó Ramsés.

- La vi en la recepción de Cyrus, pero no hablé con ella entonces. Tú sí, David.

- ¿Qué? -se sobresaltó David-. Perdone, ¿cómo dice?

- Tú estabas hablando con su hija -repetí-, o eso supuse que era la joven. Con el pelo rubio y bastante ¿recuerda? La señora Ferncliffe vino y se la llevó consigo.

- Oh, sí -David no tenía ningún interés en aquel tema, pero hizo un esfuerzo por ser cortés-. Yo no me di cuenta de que la vieja dama fuera su madre, no me dijo nada.

- He estado pensando en algo que dijo usted, madre… -empezó Ramsés, que, como de costumbre, estaba encaramado en el antepecho-. Bueno, usted y tío Walter. Quizás su idea de un culto asesino no sea tan inverosímil después de todo. No creo que eso exista realmente, sino sólo en apariencia: esos cuerpos horriblemente mutilados han hechizado a la población local con un terror supersticioso. Ahora todos tienen miedo de hablar con nosotros. ¿Es posible que nuestros adversarios estén utilizando el miedo para compensar la debilidad de la fortaleza física? ¿Cuántos son?

- Buen razonamiento -exclamó Nefret.

- No te creas -dijo Ramsés-. Hemos conocido sólo a unos pocos miembros de lo que parece ser una gran organización. Sin embargo, nunca hemos visto más de tres o cuatro de ellos a la vez, ¿no? Sólo había tres hombres en la casa de Layla. Ella dijo que esperaban a más, pero eso no implica necesariamente que fueran muchos.

- Había por lo menos cuatro en El Cairo -dijo pensativamente

Nefret-. Dos que vinieron por la ventana, y dos en la casa al otro lado de la calle.

- Había tres en la casa -dijo David; en un gesto inconsciente se llevó la mano al cuello-. Y la mujer.

Tres simples palabras, pronunciadas sin énfasis o significado oculto, pero cuyo efecto en Nefret fue notable. Su respiración se convirtió en un agudo jadeo.

- La mujer -repitió ella-. ¿No es sorprendente cómo hemos pasado por alto a las cómplices femeninas? Sin embargo ha habido varias, y los papeles que han jugado no son insignificantes. Una mujer que se denominó a sí misma señora Markham se infiltró en la WSPU y ayudó a Sethos en el robo de las antigüedades del señor Romer. Una mujer trató de cortarle el cuello a David aquella noche en El Cairo. Otra mujer, Layla, era evidentemente un miembro importante del grupo. Algunas o todas las mujeres de esa abominable casa de Luxor están también involucradas.

- Nefret -exclamé yo-. ¿Qué estás diciendo?

Ella me cortó con un gesto perentorio. Sus ojos brillaban de excitación.

- Tuve una intuición hace unos días, cuando le pregunté sobre Sethos y usted se negó a hablar del asunto. Me dijo que el intento de secuestro de Londres carecía del toque característico de Sethos, y tenía razón. Él no habría planeado un ataque tan crudo y brutal, ni habría permitido que sus subordinados la manejaran tan rudamente.

»Sin embargo las pistas que nos hacían sospechar de Sethos no se pueden ignorar, especialmente la de la máquina de escribir. Si no fue Sethos quien envió el mensaje, fue alguien cercano a él, alguien que tenía acceso a su colección privada de tesoros, familiarizado con el negocio de las antigüedades ilegales y el oculto mundo criminal, que odia a tía Amelia y que quiere hacerle daño. Creo que ese alguien es una mujer, ¡y que usted sabe quién es!

Emerson abrió unos ojos como platos.

- ¡Diablos y maldiciones! Puede ser… ¡y debe ser! ¡Bertha!

# Capítulo 13

Tuve que carraspear antes de poder hablar de forma inteligible.

- No. Imposible.

- No puede ser una coincidencia -murmuró Emerson-. Ella se ajusta a los condicionantes que ha mencionado Nefret en cada detalle.

- No en todos los detalles, Emerson. Ella no era… Oh, ¡caray! ¿Crees que era ella?

Los azules ojos de Nefret brillaban como los mejores zafiros de Cachemira.

- Tía Amelia, espero que no me considere maleducada si le sugiero que, para variar, nos cuente de qué diablos está usted hablando… Bertha era la mujer que participó en el asunto Vincey el año en que usted y el profesor estuvieron en Egipto sin nosotros. ¿Qué tiene ella que ver con Sethos?

- Sethos también estaba involucrado en aquel asunto -admitió Emerson-. Nosotros no lo supimos hasta el final, y una vez más él se las arregló para despistarnos.

- Y también Bertha -dije yo paralizada-. Nos volvimos a encontrar con ella al año siguiente, cuando participaba de forma activa en el juego de las antigüedades ilegales.

- Luego fue ella la que secuestró a Nefret -dijo Ramsés-. Entonces, ¿quién es Matilda?

- La guardaespaldas y lugarteniente de Bertha. Fue ella la que ayudó a hacer prisionera a Nefret y… ¿Cómo diablos sabes su nombre?

Por una vez Ramsés no tenía preparada una respuesta. Sus

oscuros ojos, evitando los míos, se encontraron con los de Nefret, quien dijo con voz firme:

- Encontramos su lista, tía Amelia. ¿Qué otra cosa podemos hacer sino escuchar detrás de las puertas y espiar, ya que usted nos trata como a niños? Ramsés, te prohíbo que te disculpes.

- No tenía intención de hacerlo -dijo mi hijo.

- No, estabas tratando de inventar una mentira plausible. ¡Eso se acabó! Queremos la verdad, toda la verdad y solamente la verdad. ¿Y bien, tía Amelia?

- Tenéis razón -dije aún atónita, pues mi cerebro luchaba todavía por asimilar aquella inesperada revelación-. En algunos aspectos Bertha podría ser un adversario aún más peligroso que el propio Sethos. Ella era y es una mujer sin ningún escrúpulo, de gran inteligencia, y se jactaba de haber formado una organización criminal de mujeres. Layla debía ser uno de sus secuaces… una de sus secuaces. Otro hecho que puede ser relevante es que ella… eh… parece que me tiene un rencor personal.

- ¿Por qué? -preguntó Nefret-. ¿Ella llegó a explicárselo?

- Quizás «rencor» no sea la palabra precisa. El término exacto que ella utilizó fue «odio». Dijo que había permanecido despierta durante noches planeando cómo matarme. Algunos de los métodos que había inventado eran, y vuelvo a citar sus palabras, muy ingeniosos.

Yo no me esperaba que el recuerdo de aquella conversación pudiera ser tan perturbador. No creo que mi voz o mis gestos me traicionaran, pero el tenso gesto de Nefret se suavizó, y Emerson colocó una mano en mi hombro.

- «Rencor» parece inadecuado -dijo mi hijo fríamente-. ¿Qué ha hecho usted para enfadarla tanto, madre?

- La traté con mucha más gentileza de la que se merecía -contesté-. Su antipatía hacia mí viene de… Emerson, querido, siento molestarte, pero…

Emerson frunció el entrecejo.

- Peabody, ¿sigues albergando esa fantasía halagadora sobre la supuesta atracción que siente Bertha por mí? Su interés por mí fue transitorio y… eh… específico. Y, creo que debo decirlo, ¡no correspondido! Tras la muerte de su amante ella fue en busca de otro protector pues, como tú dijiste una vez, querida, la

discriminación hacia las mujeres hace que les sea difícil triunfar en las empresas criminales sin un socio masculino. Ahora tenemos motivos para creer que ella encontró tal socio.

- Por supuesto -gritó Nefret-. Todo encaja. Bertha se unió a Sethos y se enamoró de él. ¡Ella creía que se había ganado su corazón hasta que la mera visión suya en la manifestación hizo que le traicionara la intensidad de la inalterada devoción que siente por usted! Enloquecida por los celos, Bertha envió el mensaje que la habría arrojado a usted a sus manos vengadoras, y no a las de los galantes defensores que se presentaron en el momento oportuno. Cuando Sethos se enteró hirvió de rabia, la acusó y le dijo que no la quería volver a ver. Si ella la odiaba antes, ¡cuánta más razón tiene ahora! Abandonada por el hombre al que ama…

- Oh, caray -exclamó Emerson-. Nefret, no sé qué me ofende más, si tus ideas sentimentales o el lenguaje con el que las expresas. Su profesión original era… eh… la misma que la de Layla, lo que explicaría por qué se dirigieron a mujeres del mismo negocio cuando buscaban aliadas. Sin embargo, el resto de tu trama melodramática tiene bastante sentido. Ello explicaría por qué el papiro llegó a El Cairo: se lo robó a Sethos antes de dejarle.

- Hay otra cosa -dijo Ramsés lentamente-. Algo que dijo Layla. «Su madre lo sabe. Pregúntele por qué las mujeres no pueden ser tan peligrosas como los hombres.»

- Deberías haber mencionado antes ese pequeño detalle -dije yo, no demasiado disgustada al haber encontrado a alguien a mi lado a quien culpar de negligencia-. ¡Es altamente significativo!

- Sólo en este contexto -dijo Nefret dirigiéndome una mirada crítica.

- Luego me dijo que había tratado de advertirme -intervino Ramsés. Se volvió hacia mí con la expresión más afable que había visto nunca en su cara. Si sus labios se hubieran curvado un centímetro más, habría dicho que estaba sonriendo-. Una advertencia condenadamente oscura, si era eso lo que quería decir. No importa, madre; está bien, ¿sabe? ¿Le apetecería un whisky con soda?

- Gracias -respondí dócilmente.

La atmósfera se había suavizado apreciablemente. Una vez que Ramsés me sirvió la bebida que me había ofrecido, prosiguió:

- Esta teoría tiene más sentido que la sospecha original de que Sethos era, una vez más, nuestro adversario secreto. De ser cierta, los términos de la ecuación han cambiado, y no a nuestro favor. Sethos parece comprometido por un cierto código de honor. Evidentemente esos escrúpulos no afectan a Bertha. Esa mujer podría haber decidido que la forma más dulce de venganza sería hacer daño, no a madre sino a aquellos que están cerca de ella. Desde ese punto de vista, los ataques hacia nosotros adquieren un carácter bastante diferente. No enviaron a Yussuf para recuperar el papiro; se suponía que debía herir o raptar a Nefret.

- Él intentó coger el papiro -insistió Nefret-. Eso fue lo que me despertó, cuando él…

- Se tropezó con la caja que contenía el papiro -dijo Ramsés-. Eso explica uno de los puntos que me preocupaba… cómo él o cualquier intruso podía saber que estaba en tu habitación. Él no lo sabía, hasta que lo vio o se golpeó el tobillo con él…

- Maldita sea, Ramsés, ¿pretendes decir que no puse cuidado en esconderlo?

- … o -continuó Ramsés secamente- que buscaba algo, cualquier cosa de valor para robar. La avaricia pudo con él, y cuando tú te defendiste, se fue. Los hombres que nos atacaron a David y a mí nos podían haber despachado fácilmente. La incertidumbre sobre nuestro destino le habría causado una angustia mental extrema a madre. ¿Qué podría ser más doloroso que temer por aquellos a los que amas, saber que están sufriendo un cautiverio, tortura y una muerte prolongada y desagradable?

Emerson apretó la mano que había posado en mi hombro.

- ¿Te contó Layla lo que tenían en mente para ti y para David?

- No con tantas palabras -fue la respuesta-. Pero habría sido una conjetura razonable incluso si ella no hubiera insinuado tal cosa.

- ¡Diablos y maldiciones! -exclamó Nefret-. ¡Tenemos que encontrar a la maldita mujer! ¿Dónde puede esconderse? ¿En la Casa de las Palomas? ¡Cómo me disgusta ese nombre!

- No -dijo Ramsés con firmeza-. Una mujer a la que le gusta el champán francés preferiría unas instalaciones más elegantes.

- Desde luego -exclamé yo-. ¡El champán! Ésa es otra prueba confirmatoria. Caray, ¡ella debía seguir en la casa!

- No todo el tiempo -apuntó Ramsés-. Debió irse aquella noche

para hacer los preparativos de nuestro… eh… traslado. Otra indicación, quizás, de que su mano de obra (si me perdonan el término) es limitada.

- No del todo limitada -puntualizó Emerson severamente-. Esto no nos conduce a nada. Maldita sea si puedo pensar en lo próximo que hay que hacer.

- Nunca se sabe -dije yo-. ¡Todavía puede ocurrir algo!

- Como encontrar una cobra en mi cama -dijo Nefret. Pero lo dijo suavemente, y su sonrisa hacia mí era casi amistosa.

Un ruido sordo y una violenta agitación de las parras anunció la llegada de Horas. Se sentó en el antepecho y miró fijamente a Ramsés, que se alejó de él.

- Bien, aquí está tu guardián contra las serpientes -dije-. El gato sagrado de Ra, que corta la cabeza de la Serpiente de la Oscuridad.

- Si Ra dependiera de este bicho para que le protegiera, el sol no se volvería a alzar nunca -dijo Ramsés.

Nefret cogió al gato y lo abrazó, canturreándole de manera bastante inapropiada para una bestia de ese tamaño.

- Él fue el héroe de Nefret, ¿no?

- Qué asco -dijo Ramsés.

Yo sólo pude asentir.

Como no había podido asistir a la cita con la señorita Buchanan en la Escuela de la Misión, la había invitado a cenar junto con una de sus profesoras, también, por supuesto a Katherine y a Cyrus. Tuve la intención de invitar al señor Paul, el fotógrafo. Mis motivos eran totalmente caritativos: el pobre era un extranjero en Luxor, y conocía a poca gente. Sin embargo, Sir Edward me informó de que no aceptaba invitaciones sociales.

- Es un tipejo extraño. No se siente cómodo en sociedad.

Sir Edward tampoco estuvo con nosotros. Sus ausencias se estaban convirtiendo en algo tremendamente sospechoso. Yo dudaba de que ese extraño señor Paul fuera lo que le atraía a la ciudad; Sir Edward debía haber conocido a una de las damas turistas, aunque eso, en cualquier caso, no era asunto mío.

Yo tenía amistad con la señorita Buchanan, pero no conocía a su acompañante, una tal señorita Whiteside de Boston. Al igual que la señorita Buchanan, se había formado como enfermera. Ninguna de las dos damas era un ejemplo de elegancia; llevaban unos vestidos

bastante oscuros, con cuellos y puños inmaculadamente blancos. Eran mujeres amables e interesantes, aunque bastante dadas a introducir a Dios en las conversaciones más a menudo de lo estrictamente necesario. No encajaron bien con Emerson, pero él se comportó como el caballero que es, limitando sus objeciones a alguna mueca ocasional. El asunto de la educación de las mujeres fue, por supuesto, el tema principal. Mi interés por el tema era considerable, pero encontré que mi mente se distraía, lo cual no era del todo sorprendente, después de la revelación que se me había hecho anteriormente.

¿Sería Bertha la que había vuelto para atormentarme? Habían pasado años desde la última vez que la vi u oí hablar de ella, y había llegado a creer que había abandonado definitivamente sus artes delictivas.

Yo tenía una ventaja sobre ella que no había tenido nunca con Sethos: conocía su aspecto real, ya que había estado en contacto con ella día tras día durante varias semanas. No: dos ventajas. Puede que hubiera aprendido algo del arte del disfraz de Sethos, pero no tenía su talento natural.

Y además… Nadie que haya visto a una belleza aparecer en sociedad con el esplendor de su mejor traje de noche, y haya visto a la misma mujer cuando se despierta por la mañana con los ojos hinchados y la tez apagada puede dudar de las habilidades femeninas para alterar su propio aspecto. Bertha había sido joven y bella. ¿La reconocería si adoptaba un aspecto de mujer más mayor y natural?

Examiné inquisitivamente a la señorita Buchanan y a su ayudante. Esta última era considerablemente más joven que su superiora, pero a ninguna se les podría llamar bellas. Las dos habían despreciado el uso de los cosméticos. No, pensé. Imposible. Bertha sería tonta si se mostrara ante mí o ante Emerson, quien la conocía tan bien como yo (pero no mejor). Una canalla astuta se escondería entre las sombras, llevando a cabo sus planes diabólicos a través de intermediarios. Si tuviera que aparecer en público, ¿qué mejor disfraz que el de la típica túnica negra propia de las mujeres egipcias de clase media? Si oscurecía su pelo rubio y mostraba sólo sus ojos por encima del velo de su cara, podría pasar desapercibida a pocos metros de distancia.

Volví en mí con un sobresalto al darme cuenta de que la señorita Buchanan me había hecho una pregunta.

Tuve que pedirle que la repitiera. Después de eso me obligué a comportarme como una auténtica anfitriona, pero después de la cena me apiadé de Emerson, permitiendo que se retomara el tema de la egiptología.

Nadie que viva en Luxor puede permanecer completamente indiferente al tema. La señorita Buchanan conocía a la señora Andrews, y había oído hablar de la nueva tumba. Preguntó si habíamos estado dentro, y nos pidió una descripción.

- ¿Es verdad que la reina lleva una corona de oro? -preguntó.

Ramsés se lanzó inmediatamente a un interminable monólogo. Felizmente, esto impidió que Emerson se lanzara a su sempiterna perorata contra todas las personas relacionadas con la tumba; pero a medida que Ramsés seguía, y seguía, y seguía, haciendo una lista de cada objeto de la cámara mortuoria, incluso Emerson dejó de fruncir el entrecejo, y escuchó con la boca abierta.

- La llamada corona se trata en realidad de un collar o pectoral -finalizó Ramsés-. El porqué está situado en la cabeza de la momia está abierto a la conjetura. Era de oro fino con forma de buitre, la diosa buitre Nekhbet, para ser exactos, así que pudo curvarse para ajustarse a la forma de la calavera. Ah, se me olvidó mencionar un montón de cuentas, aproximadamente veinte, creo, que se habían caído al parecer de un collar o un brazalete.

Cyrus le miró con desconfianza.

- Vamos a ver, jovencito, no es posible que recuerdes todo eso. ¿Cuántas veces has estado en la cámara mortuoria?

- Una vez, señor, durante aproximadamente veinte minutos -fue la respuesta de Ramsés, que hizo que la mirada de Cyrus fuera aún más escéptica. Sin embargo, recordé la ocasión en la que Ramsés había detallado el inventario entero de un almacén de antigüedades después de haber estado en el lugar aún menos tiempo. Yo había olvidado esa capacidad suya, no sabía si fruto del talento natural o una técnica adquirida, y aparentemente a Emerson le había ocurrido lo mismo.

- Hablaremos más tarde, Ramsés -dijo con una sonrisa.

- Sí, señor.

Las damas de la misión se fueron temprano, a fin de apartarse

sin peligro de la tentación mundana antes de medianoche, cuando era la víspera de la fiesta semanal. La señorita Buchanan volvió a repetir su invitación para visitar la escuela, cosa que prometí que haría.

Los Vandergelt iban a llevar a las damas de vuelta al embarcadero en su carruaje, pero me las arreglé para llevarme a Katherine aparte y mantener una pequeña conversación privada con ella.

- No vamos a tener más remedio que concertar una cita formal -declaré-. Te he visto muy poco, y tengo mucho que contarte.

- Yo siento lo mismo -replicó Katherine-. Creo que Cyrus quiere ir al Valle mañana. Iré con él y quizá podamos encontrar una oportunidad para hablar.

Permanecí en la galería despidiéndome de nuestros invitados hasta que el carruaje desapareció en la oscuridad. Esperaba que los demás se hubieran ido a sus habitaciones para cuando volviera al salón, pero seguían allí, y me preparé para recibir más preguntas y reproches.

- Nos preguntábamos, madre, si ha sabido usted algo de tío Walter.

Era Ramsés quien hablaba, pero yo sabía quién le había empujado a preguntarme. Dirigí mi respuesta a todos ellos, de la forma más natural posible.

- Siento haber olvidado mencionarlo. Sí, Walter telegrafió desde El Cairo esta tarde, y asombrosamente entregaron el mensaje al momento. Tuvieron un viaje tranquilo, y han reservado pasajes para el vapor que sale de Port Said el próximo martes.

- ¿Todos ellos? -exclamó Nefret-. Creía que tío Walter tenía intención de volver a Luxor.

- Yo le convencí de que no lo hiciera -dijo Emerson.

Ninguno de nosotros preguntó cómo lo había hecho. A mí no me importaba realmente qué método había empleado. No dudaba del valor de Walter o de su lealtad hacia nosotros, pero habría sido muy incómodo tenerle estorbando. Él era un erudito, no un hombre de acción, y cualquier mención del nombre de Lía habría sido… bueno… incómoda.

- Bien hecho, Emerson -le dije.

Mi marido parecía complacido. David murmuró unas pocas

palabras que podrían haber sido «buenas noches», y salió de la habitación.

Emerson no suele darle vueltas a las cosas. Tiene una extrema facilidad para concentrarse en el tema que tiene entre manos, e ignorar las cosas por las que no puede hacer nada. A la mañana siguiente se había levantado pleno de energía y listo para volver al trabajo.

Para cuando Katherine y Cyrus se encontraron con nosotros en el Valle, ya llevábamos trabajando dos buenas horas. Cyrus inspeccionó la número Cinco sin gran entusiasmo.

- Se tardarán años en acabar con todo ese escombro, y luego probablemente el techo se os caiga encima -declaró.

- No es propio de ti ser tan pesimista -le dije.

- Bueno, maldita sea, Amelia, me estoy desanimando. Todos estos años aquí en el Valle sin suerte alguna; tengo la misma sensación que cuando estaba en Drah Abu'I Naga, justo al lado de donde todos vosotros encontrasteis a Tetisheri. Parece como si yo tuviera que pagar por algo.

- Te dije que debías haber contratado a Carter -le reprochó Emerson sin ninguna compasión.

- Yo no podía dejar que Amherst se fuera, ¿no? Lo hace lo mejor que puede. ¿Qué tal si echamos un vistazo a la tumba de Davis? -añadió Cyrus con énfasis.

¡Maldito tipejo!

Nos fuimos todos a echar un vistazo. No había nadie más allí que Ned, haciendo guardia, o eso supuse, puesto que no se movía nada. Explicó que el señor Paul seguía tomando fotografías, y que no se permitían las visitas.

- ¿Está Sir Edward con él? -pregunté-. No le he visto esta mañana; vino tarde y se fue temprano.

- Sí, señora, también estaba aquí al romper el día -dijo poéticamente Ned-. Han sido muy buenos al prescindir de él.

- Yo me habría sentido más feliz si me hubiera tenido que desprender de otros miembros de mi equipo -dijo Emerson, como si mordiera-. ¿Está pintando ese tipo, Smith? No puedo imaginarme cómo puede utilizarle Davis cuando David y Carter están disponibles.

Siguió gruñendo mientras Cyrus, a invitación de Ned, descendió

los peldaños y se asomó al pasadizo de entrada. Cuando regresó su cara estaba iluminada. Nuestro amigo era un verdadero entusiasta, y estaba muy bien informado para ser un aficionado; era una pena que nunca hubiera encontrado nada de valor.

- ¿Cuándo abrirán el sarcófago? -preguntó Cyrus con avaricia-. Maldita sea, ¡daría mil dólares por estar presente!

Katherine me dirigió una sonrisa divertida.

- Lo haría, desde luego -dijo ella-. Pero el señor Ayrton es incorruptible, Cyrus, no puedes sobornarle.

- Venga, Katherine, el señor Ayrton sabe que yo no lo decía en ese sentido.

- Oh no, señor -dijo Ned-. Es decir, sí señor, ya lo sé. *Monsieur* Maspero llega mañana; estoy seguro de que le daría permiso.

- ¿Maspero? -refunfuñó Emerson-. Bueno, maldita sea, ése será el fin de la tumba. Querrá entrar a toda costa, e invitará a todo el mundo que conoce a que entre, y para cuando acaben de ir tropezando con todo no quedará un sólo pedazo en su sitio original. ¿Cuánto tiempo van a tardar en acabar con las fotografías?

- No lo sé, profesor -replicó Ned encogiéndose de hombros.

- Ese chico, no es que sepa mucho, ¿verdad? -comentó Emerson de forma desagradable, aunque no lo hizo hasta que íbamos por el camino de vuelta hacia nuestra propia tumba.

Ramsés se precipitó a defender a su amigo.

- El no es quien toma esas decisiones, padre. Una vez que Maspero llegue aquí será el encargado oficial.

- Podemos preguntarle a Sir Edward por las fotografías -sugerí yo-. Esta noche, quizás.

- Mmmm, sí -reflexionó Emerson-. Ese joven se ha destacado por su ausencia últimamente. Quiero tener una pequeña charla con él.

Como ya pasaba de mediodía Cyrus propuso que volviéramos al Castillo a comer, sugerencia que nos agradó a todos. La única duda era qué hacer con Horas, a quien Nefret había llevado con ella; el animal había permanecido con nosotros, para variar, ya que normalmente se iba por su cuenta, a cazar… una cosa u otra…; siempre nos costaba recogerle cuando llegaba la hora de irnos a casa. Nefret le preguntó a Cyrus si la invitación incluía al gato.

- Sí, claro, tráele contigo -dijo Cyrus.

- Querido -exclamó Katherine-. ¿Has olvidado que Sekhmet está

en una situación… eh… delicada?

Yo sabía que la gata no estaba preñada, pues Cyrus lo habría mencionado, así que deduje que la situación a la que se refería Katherine era la que a menudo conducía a la primera situación.

- La hemos encerrado en su habitación como siempre -dijo alegremente Cyrus.

Yo había visto la habitación de Sekhmet: tenía protecciones de malla en las ventanas, y estaba provista de camas para gatos, juguetes para gatos, y platos para gatos. Muchos seres humanos no disponen de cuartos tan confortables.

- No cuente con que una puerta cerrada mantenga apartado a ese Casanova felino -dijo Ramsés dirigiéndole a Horus una mirada de odio.

Horus le devolvió la mirada. Todos los descendientes de Bastet son inusualmente inteligentes.

Cyrus estudió al animal con un nuevo interés. Horus se sentó a los pies de Nefret, con las patas juntas y la cabeza elevada, en alerta. Su parecido con los felinos retratados en las antiguas pinturas era particularmente notable en aquel momento; sus largas orejas estaban erguidas y su tupido pelaje brillaba a la luz del sol. Podía haber sido el modelo de la pintura del gato de Ra, que ilustraba la parte del papiro que yo acababa de traducir.

- Mmmm -murmuró Cyrus pensativamente tirándose de la perilla.

Cuando los demás partieron de vuelta hacia el Valle después de un excelente almuerzo, Horus no estaba con ellos. Cyrus le había asegurado a Nefret que le devolvería a su mascota al día siguiente. Me pregunté si Horus querría que le devolvieran, después de haber disfrutado de las comodidades felinas de las que podía disponer en el Castillo, pero ése no era un tema del que quisiera hablar en particular.

Hice lo posible por quedarme y tener una cómoda charla privada con Katherine. Al principio Emerson no quiso ni hablar de ello, pero al final consintió, después de que yo accediera a esperar a que alguien viniera a buscarme.

- Así que seguís en peligro -dijo Katherine muy seria-. Cuéntame lo que ha estado ocurriendo.

Cyrus se había ido con los demás. Estábamos solas en el

encantador salón de Katherine, que su adorable marido había vuelto a decorar completamente para ella. Combinaba los más finos adornos de Oriente Medio, como alfombras, objetos de cobre, y biombos labrados con el mobiliario moderno más confortable. Yo, que siempre me sentía bien recibida en esa habitación, me acomodé en una silla muy mullida, y se lo conté todo. Su bello rostro rebosaba interés a medida que hablaba.

- Me gustaría poder hacer algo para ayudar, Amelia. Es una situación desesperada a la que no le veo salida.

- Ya se me ocurrirá algo -le aseguré-. Hemos estado en situaciones igual de desesperadas, Katherine. No esperaba que tú me ofrecieras una solución, sino el consuelo de tu interés como amiga, lo cual has hecho.

Ah, y Evelyn me pidió que te transmitiera sus más cariñosos recuerdos, lamentando no haberse podido despedir en persona.

- Nos enteramos de que se habían ido -dijo Katherine-. ¿Ha habido alguna razón en particular para su repentina partida, o no debo preguntar?

Así que también le conté eso. Por toda respuesta se limitó a un movimiento de cabeza.

- Qué pena -murmuró-. Lo siento.

Me di cuenta de que esperaba que hubiera dicho algo más. Aquello me sorprendió, puesto que no tengo por costumbre el confiar en los consejos de los demás.

- Todo se solucionará de la mejor manera posible -dije con firmeza-. «Los corazones no se rompen; son lastimados, y anhelan»… eh… * -»… los viejos amores, pero no mueren». - Katherine esbozó una sonrisa-. *El Mikado,* ¿verdad?

- Sí, desde luego. Conoces las obras de Gilbert y Sullivan incluso mejor que yo. Ahora cuéntame cómo están progresando tus planes para la escuela.

Ella se lanzó al tema con entusiasmo, y tuvimos una conversación muy útil. Mi amiga no era capaz de decidir qué era más sensato, si construir un nuevo edificio, o restaurar uno viejo, y seguía dudando sobre el mejor emplazamiento para la escuela. Luxor parecía la elección evidente, pero también confiaba en atraer a las chicas de los pueblos de la ribera Occidental y, según dijo, ya había otras dos escuelas en Luxor.

- La Escuela de la Misión y ¿cuál es la otra? -le pregunté.

- La escuela a la que asiste Fátima. Creo que te habló de ella.

- Ah, sí. Sin embargo, no es una escuela propiamente dicha, ¿no?

- Quizás no de acuerdo a nuestros cánones, pero está en un emplazamiento excelente, y Sayyida Amin imparte varias clases al día. Admitió que no tenía dinero para más.

Era un placer alejar mi mente de temas que, de momento, no se podían resolver, y concentrarme en un asunto que podía sacarse adelante con tiempo, dinero y dedicación, tres cosas que Katherine poseía. Cuando sonó el pequeño reloj de la chimenea me sobresalté, dándome cuenta de lo tarde que se había hecho.

- Debo volver -declaré poniéndome en pie.

- No debes irte, Amelia. Emerson te dijo que esperaras hasta que alguien viniera a buscarte.

- Me niego a sentarme a esperar como una niña cuyo padre está ocupado en algún lugar. Estamos a plena luz del día, y tengo una buena montura.

Katherine me siguió escaleras abajo, recriminándome todo el tiempo; pero cuando llegamos al patio encontramos a Ramsés sentado con las piernas cruzadas en el suelo, charlando con el portero y uno de los jardineros; este último le dirigió a Katherine una mirada culpable, y huyó precipitadamente.

- ¿Por qué no me dijiste que estabas aquí? -le pregunté.

Ramsés estiró las piernas y se levantó con un solo movimiento.

- No llevo aquí mucho tiempo. Padre sigue en el Valle, pero dijo que se iría pronto y que fuéramos directos a casa. Buenas tardes, señora Vandergelt.

- Buenas tardes -dijo Katherine con una de sus felinas sonrisas-. ¿Te apetece una taza de té?

- No, gracias, señora. Padre dijo que debíamos irnos de inmediato.

Mi hijo insistió en que yo montara a Risha, y él montó a mi afable aunque lenta yegua.

- ¿Qué está haciendo tu padre? -le pregunté.

- Esperando al señor Paul y a Sir Edward, creo. Como el barco de *monsieur* Maspero llega mañana está cada vez más preocupado por los objetos de la cámara mortuoria.

- Seguro. Me gustaría poder convencerle de que no se entrometa.

Maspero sigue enfadado con él.

Los caballos se abrían camino a través del desfiladero rocoso que venía del Valle, cuando oí algo que me hizo mirar a mi alrededor. Me llevó un tiempo localizar la fuente del desconsolado balido, ya que el pelaje polvoriento de la cabra tenía casi el mismo color que las rocas que lo rodeaban.

Risha se detuvo al primer toque; yo desmonté y me dirigí hacia el animal, que parecía estar atrapado por la pata.

- ¡Maldita sea, Madre! -gritó Ramsés-. ¡Cuidado!

Como no soy tan estúpida como mi hijo parecía suponer, me había dado cuenta inmediatamente de que aquello podría ser un ardid, aunque no temía para nada una confrontación. De hecho, había estado esperando tal cosa. Por tanto, metí la mano en el bolsillo de mi abrigo cuando el hombre apareció por detrás de una peña y se dirigió hacia mí. Él llevaba un cuchillo, así que no tuve ningún remordimiento en sacar mi pistola y disparar contra él. Cuando acababa de apretar el gatillo, Ramsés se lanzó sobre el individuo, y los dos cayeron al suelo.

- Maldita sea -grité dirigiéndome precipitadamente hacia ellos-. Ramsés, qué diablos pretendes… Ramsés, ¿estás herido? ¡Háblame!

Ramsés se dio una vuelta y se sentó. Sus ojos se hallaban entrecerrados, y sus negras cejas permanecían juntas. Yo había visto pocas veces un gesto tan impresionante, ni siquiera en la cara de su padre. Él soltó un profundo suspiro.

- No, no digas nada -le dije secamente-. Cálmate. Dios mío, ¡creo que he matado a ese tipo!

Había un orificio sangriento en la parte frontal de la túnica del hombre. Sus ojos estaban medio cerrados, con la mirada vaga de los muertos. El resto de su cara se hallaba oculto por un pañuelo fuertemente enrollado.

Mi hijo movía los labios. Me pregunté si estaría jurando o rezando… no, rezando no, Ramsés no, o quizás contando para sí mismo, como le había sugerido una vez como método para controlar el genio. Sea cual fuere lo que hiciera, consiguió el resultado esperado. Cuando habló su voz estaba razonablemente tranquila.

- Lo dudo, madre. Esto parece ser una orificio de salida. Alguien que estaba oculto entre las rocas debió de dispararle por la espalda.

Quédese aquí y agáchese.

Antes de que pudiera detenerle, ya se había ido, a pie firme entre las tambaleantes piedras, como una cabra. A los pocos segundos ya le había perdido de vista.

El hombre muerto no era una compañía agradable. Me acuclillé a su lado, esperando ansiosamente el sonido de otro disparo. No oí nada; incluso la cabra de Judas, como creo que la puedo llamar, había dejado de quejarse. Esperé que no estuviera seriamente herida, pero decidí que era mejor no abandonar el refugio poco seguro de las rocas para averiguarlo. Si Ramsés no hubiera actuado tan precipitadamente, yo me habría ido con él, o al menos habría insistido en que se llevara mi pistola. Los jóvenes son así de impulsivos. No había nada que pudiera hacer entonces, salvo esperar.

Me pareció que pasaba mucho tiempo antes de que Ramsés volviera, tan silenciosa y repentinamente como se había esfumado. Llevaba un rifle.

- Ah -le dije cuando se sentó a mi lado y colocó el rifle en el suelo-. El posible asesino ha huido, según veo.

- Sí. Estaba ahí arriba -Ramsés dobló los brazos y los colocó sobre sus rodillas alzadas. Parecía bastante calmado y relajado, excepto sus manos, que estaban firmemente apretadas.

- Después de disparar a este hombre, ¿tiró su arma y huyó? - Cogí el rifle y lo examiné. Ramsés cambió bruscamente de posición.

- Madre, por favor baje eso. Hay una bala en la recámara.

- Ya lo veo. Es extraño. ¿Por qué no volvió a disparar?

- Contaría con que uno de nosotros dispararía al otro -respondió Ramsés. Lenta y suavemente me quitó el rifle de entre las manos, y lo colocó a su lado. Luego agachó la cabeza y la enterró entre sus brazos. Sus hombros se estremecieron.

No era propio de Ramsés dejarse llevar por la debilidad, ni siquiera después de aquel suceso. Yo me quedé conmovida, porque estaba segura de que era el temor por mí lo que le había abatido hasta ese punto.

- Venga, venga -le dije, dándole una palmadita en el hombro-. Vamos, vamos.

Ramsés alzó la cabeza. Sus pestañas estaban humedecidas. Hasta entonces no identifiqué el sonido particular que estaba haciendo.

- Caray -dije entrecortadamente-. ¿Te estás riendo?

Ramsés se secó los ojos con el dorso de su mano.

- Le pido disculpas.

- Concedidas -le dije aliviada-. Tu padre hace eso mismo a veces.

- Lo sé -respondió más sereno-. Sin embargo, la risa es algo inapropiada en estas circunstancias. Mire -tiró del pañuelo que cubría la cara del hombre, dejando al descubierto una desagradable visión. La mandíbula estaba torcida y terriblemente hinchada, y la boca deformada-. Su postura y su cuerpo me eran familiares -dijo Ramsés-. Éste es uno de los guardianes que estaba en la casa de Layla.

- No me extraña que te hicieras daño en la mano. Le rompiste la mandíbula.

- Ya lo veo. Además, no parece que haya recibido tratamiento médico. Pobre diablo. -Ramsés dio la vuelta al cadáver. Había otro orificio en la espalda del hombre, más pequeño que el de la parte delantera-. Han decidido prescindir de él, herido como estaba, y después de haber fallado en su trabajo. Como Yussuf. Le dieron una última oportunidad, una pequeña oportunidad; y la habría aprovechado si usted hubiese estado sola y desarmada. Sin embargo, falló, y ésta ha sido al fin y al cabo una muerte más piadosa que la del… cocodrilo.

Yo me eché a temblar.

- ¿Qué vamos a hacer con él?

Ramsés se inclinó sobre el cuerpo y comenzó a rebuscar. Aparte del cuchillo y un paquete de tabaco, el tipo no tenía nada más que un cordel alrededor del cuello del que colgaba un amuleto de plata.

- No le sirvió de mucho, ¿verdad? -advirtió mi hijo-. Informaremos a la policía. No podemos hacer más.

- La cabra -le recordé una vez que me ayudó a montar.

- Sí, claro.

La cabra no estaba herida, sólo sujeta en la roca. Se alejó brincando cuando Ramsés la liberó. Yo me sentí aliviada, porque nosotros teníamos bastantes de estos animales, y éste era además un macho.

A Emerson no le gustó enterarse de lo que había ocurrido. Yo estaba preparada para defender a Ramsés, pero no hizo falta; Emerson no estaba enfadado con él.

- Maldita sea, Peabody -gritó acaloradamente-. El viejo truco del animal herido, ¡por el amor de Dios! ¿Es que no vas a aprender nunca?

Nos habíamos retirado a nuestra habitación, y él me sostenía fuertemente entre sus brazos, por lo que mi respuesta salió de forma ligeramente amortiguada.

- Fue irresistible, Emerson; es una trampa que no puede fallar con ninguno de nosotros. Además, hay un número limitado de posibilidades, incluso para el más ocurrente de los adversarios.

Emerson todavía se reía cuando colocó su mano debajo de mi barbilla, y alzó mi cara hacia una posición más adecuada. Poco tiempo después me senté en el borde de la cama, observándole mientras llevaba a cabo sus abluciones.

- Espero que disculpes mis carcajadas -advirtió entre balbuceos y salpicaduras-. Pero realmente, Peabody, buscar excusas para la escasez de imaginación de un enemigo…

- Ramsés también se rió -le dije.

- ¿Ramsés? -Emerson se volvió y me miró fijamente con el agua cayéndole por la barbilla.

- Sí, me quedé bastante asombrada. Se le cambió la cara de una forma increíble; no me había dado cuenta de lo mucho que se parece a ti. De hecho, es un chico bastante apuesto.

- Es un hermoso diablo -corrigió Emerson. Haciendo una mueca, añadió-: Como su padre. No te preguntaré lo que le dijiste a Ramsés para provocar una reacción tan extraordinaria, pues estoy seguro de que no lo consideraste divertido.

- No lo recuerdo. Pero creo que su análisis de los hechos era correcto. Esa mujer está utilizando todos sus cartuchos, ¿verdad? Hasta ahora van tres, si la chica era una de ellos.

- Debía serlo, lo quisiera o no -murmuró Emerson-. ¿Qué sería lo que sabía que la hacía tan peligrosa?

- Vayamos a tomar el té, querido. Quizás te llegue la inspiración.

Los demás estaban reunidos en la galería cuando salimos. El único miembro que faltaba era Sir Edward. Su ausencia fue inmediatamente advertida por Emerson, pero nadie pudo explicarla.

- A menos -sugerí yo- que haya ido a Luxor con el señor Paul. Como tú mismo dijiste, Emerson, no es nuestro empleado.

- Parece que está perdiendo interés por nosotros -advirtió

Nefret-. ¿Creen que ha renunciado a nosotros como se haría con un mal trabajo?

Estaba sentada en el antepecho, al lado de Ramsés, quien había bajado educadamente los pies para hacerle sitio.

- Nadie podría culparle -dijo Ramsés-. Lo único que hemos hecho hasta ahora es caer en una trampa tras otra.

Había, pensé, una decidida nota de crítica en su voz.

- ¿Qué más podemos hacer? -pregunté-. Estamos dando pasos a ciegas, sin idea alguna de dónde se pueden esconder nuestros oponentes. Sólo hay un aspecto positivo: ahora tienen un aliado menos.

- ¿Habéis informado a la policía? -preguntó Emerson.

Ramsés asintió con la cabeza.

- Irán a buscarle, supongo. Si los chacales y los buitres han dejado algo.

- Qué horror -murmuró David.

- Sí, la verdad -asintió Ramsés-. Pero dudo que ellos pudieran identificarle en cualquier caso. No era de esta zona, porque si no yo le habría reconocido en nuestro primer encuentro.

Se produjo un silencio apesadumbrado.

- Creo que voy a volver al Valle durante un rato -dijo Emerson finalmente.

- ¡Emerson! -exclamé-. ¿Cómo puedes pensar tal cosa?

- Bueno, maldita sea, Peabody, no hay nada que podamos hacer, ¿no? Maspero llega mañana y la tumba…

- Si tratas de abandonar esta casa yo… yo…

- ¿Qué? -preguntó Emerson con interés.

Gracias a Dios, la visión de un jinete que se aproximaba proporcionó la distracción necesaria.

- Aquí está Sir Edward -anuncié-. El nos contará lo que ha estado ocurriendo.

Efectivamente, el caballero estuvo encantado de hacerlo. A insistencia de Emerson nos describió las actividades del día con todo lujo de aburridos detalles.

- Bueno -reconoció mi marido a regañadientes-, parece que al menos tendremos un archivo fotográfico completo. ¿Cuánto más tiempo…?

- Por el amor de Dios, Emerson, deja de interrogar al pobre

hombre -le dije-. No ha tenido oportunidad ni de tomarse el té.

- Gracias, señora -Sir Edward aceptó un sandwich de la bandeja que Fátima le ofrecía, y le dio las gracias con un movimiento de cabeza-. Yo no quisiera monopolizar la conversación. ¿Qué tal les ha ido el día?

Así que salió a relucir la historia de nuestra pequeña aventura; Sir Edward se quedó muy impresionado.

- Le ruego, señora -dijo-, que tenga más cuidado. El viejo truco del animal herido…

- Ya me encargaré yo de sermonear a mi mujer cuando sea necesario hacerlo -le interrumpió Emerson, frunciendo el ceño de manera feroz.

- ¿Estará aquí esta noche para la cena, Sir Edward? -le pregunté.

- Sí, señora. No voy a salir esta noche. Es decir… No tienen ustedes otros compromisos, ¿verdad?

- Yo había pensado… -comenzó a decir Emerson.

- No vas a ir al Valle, Emerson.

Sir Edward dio un resoplido sobre su té; después de limpiarse la barbilla con la servilleta, exclamó:

- Por favor, señor, le ruego que no piense en ello. Pronto se hará de noche, y el peligro…

- Tiene razón, Emerson -dije haciendo un gesto de gratitud hacia Sir Edward. Su preocupación era tan sincera que lamenté haber sospechado de él-. Pasaremos una velada tranquila en casa. Tú aún no has puesto al día tu diario de excavaciones como es tu costumbre, y yo tengo una serie de notas que ordenar.

- Y yo -dijo Sir Edward- le echaré a David una mano con sus fotografías del papiro. Es decir, si él me lo permite.

David se sobresaltó; había estado ensimismado, y yo sabía cuál era la razón. Contestó con su amable cortesía habitual que le encantaría que le ayudara, y que se había retrasado bastante con el trabajo.

- Si tiene usted tiempo, me gustaría preguntarle algunos detalles acerca de ciertos objetos de la cámara mortuoria, profesor -añadió Sir Edward-. Me sorprendió el hecho de que las inscripciones del ataúd parecen haber sido alteradas. Me podría decir…

Esto bastó para captar la atención de Emerson, y también la de Ramsés. Animados por las inteligentes preguntas de Sir Edward, los

dos hablaron solamente de la tumba durante la cena. Yo dije una palabra o dos, y Nefret aportó sus opiniones cuando pudo hacerse escuchar. Fue una conversación de lo más fascinante, pero le ahorraré al lector los detalles, que se relatan en otro lugar*.

El único que no participó fue David; normalmente hablaba muy poco, porque era demasiado educado para interrumpir, y ése era muchas veces el único modo de meter baza en nuestras conversaciones; sin embargo, si bien antes solía mostrar su interés con una afable sonrisa, en aquella ocasión se quedó sentado, con la cara muy larga y sin apenas probar bocado. Confieso que me sentí aliviada cuando Sir Edward y Nefret se lo llevaron al estudio fotográfico.

Los demás nos dispusimos a trabajar y me resultó muy agradable estar ocupada con las tareas familiares. Emerson murmuraba y refunfuñaba sobre su diario de excavaciones, interrumpiéndose a cada momento para preguntarme a mí o a Ramsés la verificación de algún dato. Mi hijo, cuya mano se había casi restablecido, garabateaba sus notas; y yo retomé de nuevo el *Libro de los Muertos,* según se le conoce (errónea, aunque convenientemente).

* El lector medio no lamentará la ausencia de estos datos, pero la editora no duda que serían de considerable interés para los egiptólogos, pues provenían de personas que vieron la enigmática cámara mortuoria en su estado original, y que tenían formación para interpretar lo que vieron. Desafortunadamente, si llegó a hacerse la anotación que menciona la señora Emerson, ésta nunca salió a la luz.

Cualquier erudito admitiría que los textos religiosos son difíciles. Contienen una serie de palabras que no se encuentran en el vocabulario normal. ¡Por supuesto que no estaban en el mío! Había empezado a hacer una lista de palabras desconocidas, con la intención de preguntarle a Walter sobre ellas, que ahora ocupaba varias hojas de papel. Estaba mirando atentamente una de ellas cuando Ramsés se levantó, se estiró y vino a apoyarse sobre mi silla.

- ¿Todavía con el Pesaje del Corazón? -dijo-. Estuvo usted trabajando con eso ayer. ¿Tiene alguna dificultad?

- Para nada -le dije dando la vuelta al papel. Tenía intención de consultar a Walter en el momento adecuado, acerca de mis dificultades, pero no me seducía la idea de pedirle ayuda a Ramsés.

Era una debilidad de carácter, lo admito totalmente, pero nadie es perfecto.

- Esta escena en particular me fascina -proseguí-. El concepto mismo es bastante notable para una cultura pagana que nunca conoció la verdadera fe.

Ramsés le dio la vuelta a una silla y se sentó, descansando sus brazos sobre el respaldo.

- Supongo que se refiere al cristianismo.

Maldita sea, pensé. Ni por todo el oro del mundo quería entablar una conversación teológica con Ramsés; mi hijo tenía la misma habilidad para las discusiones que un jesuita, y sus opiniones, calcadas de las de su padre, eran peligrosamente heterodoxas.

- La idea de que una persona sea juzgada por Dios -prosiguió, tomando la callada por respuesta-, o por un dios, para determinar si es digno de la otra vida, no es privativa del cristianismo. En algunos aspectos prefiero la versión egipcia: al menos, uno no depende de la decisión arbitraria de una sola deidad…

- Que lo sabe todo y lo ve todo -le interrumpí.

- Por supuesto -dijo Ramsés, dedicándome lo que él debía pensar que era una sonrisa-. Pero los egipcios permitían al muerto o a la muerta la formalidad de la vista ante un tribunal, con un jurado divino y un relator del tribunal, y otro juez que observaba la balanza. El resultado de una decisión no favorable era más piadoso que la versión cristiana; quemarse en el infierno durante toda la eternidad es peor que una rápida aniquilación en las fauces de un… -se detuvo, como posando para una cámara.

- Amnet, el Devorador de los Muertos -apunté amablemente.

- Sí -dijo Ramsés.

- Bueno, querido, has dicho varias cosas interesantes que me encantará discutir contigo… en otro momento. Se está haciendo tarde. ¿Por qué no vas y les dices a los otros que paren? Nefret debería irse a la cama.

- Sí -repitió Ramsés-. Buenas noches, madre. Buenas noches, padre.

Emerson gruñó.

Una vez que el joven hubo salido revisé las cartas que nos habían entregado ese día. Tenía que darle la razón a Emerson: Luxor se estaba volviendo un lugar muy popular. Uno podría, si se

sintiera inclinado a ello, pasar el día entero, desde la mañana a la noche, en frívolas reuniones sociales. Había notas de varios conocidos que nos invitaban a comer, a tomar el té y a cenar, y algunas cartas de presentación escritas por personas con las que había estado una o dos veces, avalando a gente a la que no conocía de nada, y a la que no tenía la menor gana de conocer. Lo único de interés era una nota de Katherine, diciendo que planeaba visitar la escuela de Sayyida Amin al día siguiente, y preguntándome si me gustaría acompañarla.

Se lo mencioné a Emerson, que inclinaba la cabeza con afán sobre las notas que había diseminado por la mesa.

- Creo que debería ir, Emerson. El plan de Katherine de abrir una escuela requiere mucho valor, y no he hecho nada por ayudarla.

- Puedes ir si te llevas a Ramsés y a David contigo -después de un momento, añadió-: Y a Nefret.

Mi pobre y querido Emerson es así de transparente.

- Te quedarás solo -objeté.

- ¿Solo? ¿Con veinte de nuestros hombres, varios cientos de malditos turistas, y todo el séquito de Davis?

- Hay rincones remotos del Valle donde los turistas nunca van, Emerson. Hay tumbas vacías y simas peligrosas.

Emerson tiró su pluma encima de la mesa, y se arrellanó en su silla. Tocándose el hoyuelo de la barbilla, se quedó mirándome fijamente.

- Venga, Peabody, ¿no supondrás que yo haría algo tan tonto como ir paseándome por ahí, pidiendo a gritos que alguien me tienda una emboscada?

- Ya lo has hecho antes.

- Ahora soy más viejo y más sabio -declaró Emerson-. No. Hay formas más sensatas de actuar. Te diré qué haremos, Peabody: aplaza la cita con Katherine un día o dos más, e iremos tras los bastardos que mataron a esa chica.

También habían secuestrado a su hijo, a David, y atacado a Nefret, pero fue la horrible muerte de la joven la que puso en marcha a Emerson. Mi marido se esfuerza por ocultar su lado más tierno, pero como todos los británicos de verdad iría a cualquier parte para defender o vengar a los indefensos.

- ¿Qué estás pensando exactamente? -le pregunté.

- Todavía seguimos a ciegas respecto al motivo que hay detrás de este asunto. El papiro es la única pista sólida que poseemos, y nunca la hemos seguido. Si pudiéramos averiguar de dónde procede, podríamos deducir la identidad de la última persona que lo poseyó.

- Bertha -le dije.

- Maldita sea, Peabody, no sabemos que eso sea así. Hemos construido una bonita trama, pero no hay ninguna prueba de que esa mujer sea la parte culpable. Sethos, por otro lado…›

- Siempre sospechas de él. Tampoco hay pruebas de su culpabilidad.

- ¡Y tú siempre defiendes a ese bastardo! Yo lo que quiero es conseguir esas pruebas. Ya hice algunas averiguaciones, pero sólo sobre Yussuf; no hice mención del papiro. Procede de Tebas, así que debió pasar por las manos de alguno de los comerciantes de Luxor; Mohammed Mohassib es una de las probabilidades, lleva en ese negocio más de treinta años, y ha manejado algunas de las antigüedades más finas que hayan salido nunca de las tumbas tebanas. Ya oíste lo que dijo Carter de él la otra noche. ¿No te parece una extraña coincidencia que preguntara por mí?

- Preguntó por mí, Emerson, no por ti.

- Es lo mismo. Le enseñaré el papiro y le prometeré inmunidad y amistad imperecedera si nos puede proporcionar información de provecho. Saldremos temprano del Valle para ir después a Luxor.

Dormí plácida y profundamente durante casi toda la noche. Era cerca del amanecer cuando me despertó un grito estridente. No había duda de dónde procedía o de quién; fue tan fuerte que incluso Emerson se levantó de la cama de un salto. Por supuesto, se tropezó inmediatamente con sus botas, que había dejado de cualquier manera en el suelo, por lo que yo fui la segunda persona en llegar a la escena.

El primero fue Ramsés. La habitación estaba muy oscura, pero reconocí su silueta. Estaba de pie al lado de la cama de Nefret, mirándola.

- ¿Qué pasa? -grité yo-. ¿Por qué estás ahí plantado? ¿Qué ocurre?

Ramsés se volvió. Oí el sonido de una cerilla; surgió la llama, y

se fue intensificando a medida que él la dirigió hacia la mecha. Para entonces los demás ya habían llegado corriendo a la escena. Nunca me había sentido más feliz por haber insistido tanto en que durmieran con la indumentaria adecuada; todos ellos estaban más o menos vestidos, incluido Emerson; Sir Edward no se había entretenido en ponerse una bata, pero llevaba un pijama de seda azul de muy buen gusto.

Nefret se sentó al borde de la cama.

- Lo siento mucho -comenzó a decir, pero se le quebró la voz. Desarmada por la risa, inclinó su cabeza sobre un enorme bulto que estrechaba entre sus brazos.

- Caray -exclamé yo-. ¿Cómo ha venido hasta aquí?

Ramsés depositó la vela en una mesa.

- Algún día voy a asesinar a ese animal -dijo amenazadoramente.

- Venga, sabes que nunca harías tal cosa -le dije.

- En cambio yo sí podría -dijo Emerson detrás de mí-. ¡Maldición! Mi corazón late al doble de su velocidad normal.

- Ha sido culpa mía -insistió Nefret-. Estaba profundamente dormida, cuando Horas saltó a mi estómago me dejó sin respiración y pensé… -la joven abrazó al animal con más fuerza-. El pobrecito no quería hacerlo, ¿verdad?

Me las arreglé para sacar a Ramsés de la habitación antes de que dijera demasiadas palabrotas. A la mañana siguiente encontramos a uno de los criados de Cyrus sentado pacientemente en la galería, esperando a que saliéramos. Levantándose el borde de la túnica hasta las rodillas, nos pidió que le diéramos un poco del agua que picaba; se refería al yodo, y el estado de sus espinillas justificaba una copiosa cantidad de ese medicamento, que le apliqué debidamente. Katherine tenía una caja de medicinas debidamente surtida (uno de mis regalos de bodas a la pareja), pero supongo que aquel individuo prefería mis poderes mágicos. También quería airear sus quejas, cosa que hizo sin el menor comedimiento; estoy segura que no es preciso que aclare que era el criado asignado para cuidar a Sekhmet.

# Libro tercero.

# El pesaje del corazón

*Oíd la sentencia.*
*Su corazón ha sido pesado con fidelidad,*
*y su alma ha testificado por él.*
*Se ha hecho justicia a su causa en la Gran Balanza*

# Capítulo 14

Cuando cruzamos hacia Luxor el lunes siguiente, vi el familiar *dahabiyya* del director del Departamento de Antigüedades amarrado en el muelle. ¡Así que los Maspero habían llegado! Por supuesto, tendría que ir a hacerles una visita. Sólo confiaba en poder impedir que Emerson lo hiciera, puesto que en su estado actual de exasperación se vería impelido a decir alguna grosería.

Le había enviado previamente un mensajero a Mohassib para decirle que iríamos a visitarle aquella tarde. Cuando llegamos a su casa vimos a varios hombres sentados en la mastaba, el típico banco de piedra adosado a la pared que había al lado de la puerta. Nos miraron fijamente con sincera curiosidad, y uno de ellos dijo con una sonrisa astuta:

- ¿Ha venido a comprar antigüedades, Padre de las maldiciones? Mohassib cobra mucho; yo le haré un precio mejor.

Emerson celebró tan poco original ocurrencia con una mueca; todo el mundo sabía que nosotros nunca comprábamos antigüedades a los comerciantes. Después de saludar a cada uno de los hombres por su nombre, me llevó aparte.

- Creo que aprovecharé la oportunidad de charlar con estos tipos, Peabody, y ver de qué cotilleos puedo enterarme. Tú y Nefret seguid adelante; Mohassib se sentirá más cómodo con vosotras y estoy seguro, querida, de que le podrás convencer de que te cuente indiscreciones que mi presencia podría inhibir.

Al igual que Emerson, yo conocía a la mayoría de aquellos tipos; varios de ellos eran comerciantes de falsificaciones y antigüedades, y otro era un miembro de la famosa familia Abd er Rassul, los más

hábiles ladrones de tumbas de Tebas.

- Muy bien -asentí-. Sir Edward, ¿sería tan amable de coger el… de coger el paquete? Ramsés, tú y David quedaos con tu padre.

Emerson hizo un elocuente gesto de exasperación, pero no protestó. Sacando su pipa, se unió a los hombres en la mastaba.

Fuimos recibidos por Mohassib en persona, que nos condujo a una habitación cuidadosamente amueblada, donde se había servido el té en una mesa baja. Hasta que no ocupamos los asientos que nos ofreció, no me di cuenta de que David nos había seguido al interior de la casa.

- Te dije que te quedaras con el profesor -le dije en voz baja.

- Él me ordenó que viniera con usted -replicó David-. Ramsés le está vigilando. Nosotros pensamos…

- Bien, no importa -dije rápidamente. Mohassib nos estaba observando, y habría sido una grosería seguir manteniendo una conversación en susurros.

Los cumplidos habituales, y la ceremonia del té duraron mucho tiempo. Mohassib no dirigió ni una mirada a mi paquete, que yo había colocado cuidadosamente en el suelo, al lado de la silla; dejó que le expusiera la razón de nuestra visita, que hice dando los rodeos que se consideraban de cortesía.

- Nos sentimos honrados al saber que deseaba vernos -comencé a decir-. Mi marido tiene otros asuntos; él le envía…

- No lo dudo, no lo dudo -me interrumpió Mohassib mesándose la barba-. Conozco la mente de Emerson *Effendi.* No, *Sitt* Hakim, no se disculpe por él. Es un hombre de honor, a quien aprecio. Yo podría serle útil.

- ¿En qué sentido? -le pregunté.

La pregunta era demasiado directa; yo debería haberle contestado con un cumplido y el correspondiente ofrecimiento de amistad. Mohassib pasó por alto mi error, que le obligó a llegar al fondo de la cuestión de una vez por todas.

- Hace unos días preguntaban ustedes por cierto hombre de El Cairo.

- ¿Le conocía usted? -le pregunté con ansiedad.

- He sabido quién era -sus labios se curvaron en una mueca-. Yo no tengo tratos con ese tipo de gente. Pero he oído… después de que Emerson estuviera aquí… oí que era el que encontraron en el

Nilo.

- El hombre asesinado por un cocodrilo -le dije.

- Usted y yo sabemos que ningún cocodrilo le mató a él… ni tampoco a la chica. Escuche mis palabras, *Sitt.* No pierda su tiempo buscando a esa gente entre los comerciantes de antigüedades. Ellos no tienen nada que ver con nosotros. Son asesinos. Nosotros no matamos.

Yo le creí. En señal de reconocimiento y reciprocidad, y porque, además, tenía la intención de hacerlo en cualquier caso, desenvolví el paquete y le pedí a David que levantara la tapa de la caja. Mohassib lo recibió con la respiración entrecortada.

- Eso es. Se decía que tenían una antigüedad valiosa, y que por eso Yussuf Mahmud fue a su casa. ¿Pero quién habría pensado que se trataba de esto?

- Entonces, ¿no lo había visto antes?

- Nunca pasó por mis manos. Pero había oído hablar de él. Era uno de los primeros objetos que Mohammed Abd er Rassul sacó de la reserva real de Deir el Bahri.

- Ah -suspiré-. ¿Qué le pasó luego?

Visiblemente incómodo, el anciano se revolvió en su asiento.

- Le contaré lo que sé del papiro, *Sitt* Hakim. Es de dominio público. Todo el mundo sabía de él, y de algunas otras cosas que Mohammed escondía en su casa.

Todo el mundo, excepto los oficiales del Departamento de Antigüedades, pensé para mis adentros. Bueno, no era sorprendente que los hombres de Luxor y de Gurneh unieran sus fuerzas contra los intrusos extranjeros que trataban de interferir en su antiguo comercio. Las tumbas y su contenido habían pertenecido a sus ancestros, y por lo tanto consideraban que ahora les pertenecían a ellos; la mayoría de aquellas gentes eran desesperadamente pobres, y los tesoros no les servían de nada a los muertos. Lo que hacían era perfectamente justificable desde su punto de vista.

- Los objetos robados han estado escondidos durante muchos años -prosiguió Mohassib-. Cuando Brugsch y Maspero se enteraron de la existencia de esa tumba ningún comerciante se atrevió a negociar con ellos. Pero más tarde, diez años después quizás, apareció un hombre que sí lo hizo. Se dijo que se llevó los papiros y los *ushabti* [5]

reales a El Cairo, donde estableció su cuartel general, y lo que hizo con ellos tras esto nadie lo sabe, aunque se puede adivinar. Usted puede adivinarlo, *Sitt,* y creo que también puede adivinar quién era ese hombre.

- Sí -le dije-. Creo que puedo.

Mohassib había dicho todo lo que quería decir. Agradeciéndome repetidamente que me hubiera molestado en visitar a un anciano enfermo y cansado, me indicó que la entrevista había llegado a su fin. Había sufrido un ataque el año anterior y su aspecto era enfermizo, pero cuando tomé su mano para despedirme no pude resistirme a hacerle una última pregunta.

- No, no sé quiénes son -me respondió meneando la cabeza-. No deseo saberlo. Si puede usted detenerles, bien estará, pues ellos deshonran a mi país y a mi profesión, pero yo no quiero terminar en las fauces del «cocodrilo».

*Del manuscrito H*

Tan pronto como las mujeres entraron en la casa, Emerson se volvió hacia su hijo. -Ve con tu madre y con Nefret. -Madre nos dijo… -empezó a protestar Ramsés.

- Ya sé lo que te dijo tu madre. Yo te digo que la acompañes.

Ramsés tomó a David del brazo y le dirigió hacia la puerta abierta.

- Será mejor que hagas lo que él dice.

- No deberíamos dejarle solo, Ramsés. Qué pasaría si…

- No le perderé de vista. Date prisa.

Sacudiendo la cabeza, David entró en la casa. Uno de los criados de Mohassib llegó al patio, llevando a un pollo por las patas; el animal cacareaba y batía las alas; seguramente no podía saber lo que le tenían reservado, pero no veía con buenos ojos los métodos que empleaban con él. Ramsés se puso a hacerle señas al hombre para que se diera prisa y se produjo una transacción comercial rápida y silenciosa. Con una sonrisa burlona, el criado se alejó sin chilaba ni turbante, pero con dinero suficiente para comprarse varios de ellos. También se iba sin pollo. En vez de dirigirse a los espacios abiertos, el poco avispado animal comenzó a picotear la basura endurecida; Ramsés sabía que le había proporcionado sólo un indulto temporal: una fuente de comida suelta no iba a permanecer viva en Luxor durante mucho tiempo.

Su padre no era un hombre paciente. Ramsés no había terminado casi de enrollarse el turbante cuando Emerson se levantó y se despidió de sus compañeros. Remetiéndose el extremo de la pieza de tela en su sitio, Ramsés fue a la caza del pollo. Tuvo que empujar al estúpido pollo para que se moviera. Como había supuesto, su padre echó una mirada suspicaz dentro del patio. Al ver sólo la espalda de un criado inepto, Emerson siguió su camino.

Después de dirigirle unos cuantos insultos al pollo, y frotarse la cara con un puñado de tierra, Ramsés siguió a su padre. No era un gran disfraz, pero al menos no llamaría mucho la atención entre la multitud, como habría hecho con su vestimenta europea. Supuso que sabía a dónde se dirigía su padre, y se maldijo a sí mismo por haberle hablado del pequeño disco de plata que había encontrado cerca del rifle abandonado. Ni por un momento dudó de que había sido deliberadamente colocado allí. Era absurdo pensar que una mujer, enjoyada y con túnica larga, lo hubiera perdido accidentalmente mientras correteaba por los riscos del Valle.

El disco había sido dejado allí para conducirles de vuelta a la Casa de las Palomas. Por razones obvias, él se había cuidado muy mucho de ocultárselo a su madre. En condiciones normales, Nefret y David habrían sido sus confidentes, pero el pobre David había perdido casi el juicio con su torturado amor, y no se podía confiar en que Nefret actuara sensatamente cuando sus sentimientos se hallaban tan profundamente involucrados. Sin embargo, había que decírselo a alguien porque, a diferencia de su madre, él no era tan tonto como para volver solo a la casa de mala reputación. Sólo quedaba su padre. Emerson había asentido con la cabeza, había refunfuñado, y había dicho que pensaría lo que debían hacer. Y ahora lo estaba haciendo, solo, según creía, y sin tomar precaución sensata alguna. No era fácil decidir quién de los dos era más difícil, si su madre o su padre.

Lo único que era incapaz de dilucidar era si Emerson habría concertado una cita de antemano, o si su plan era dejarse caer allí sin avisar. Si ése era el caso, probablemente no se metería en nada que no pudiera manejar, pero si había sido lo suficientemente estúpido como para avisar… No, admitió Ramsés. Padre no es estúpido. Es esa condenada y horrible confianza en sí mismo la que le empuja a…

Hablando de confianza en sí mismo, pensó, mientras un par de grandes manos le agarraban por la garganta y le empujaban contra una pared.

- ¡Maldición! -exclamó Emerson mirándole la cara con atención-. ¡Eres tú!

- Sí, señor -Ramsés se frotó el cuello-. ¿Qué es lo que hice mal?

- Estabas demasiado cerca de mis talones. Estabas pensando en algo más, ¿verdad? -Emerson sopesó la situación-. Supongo que querrás venir también. Sígueme a una distancia discreta y no entres en la casa.

- La gente nos está mirando, padre.

- Mmmm, sí. -Su padre le abofeteó la cara-. ¡Cómo te atreves a intentar robar al Padre de las maldiciones! -gritó en árabe-. ¡Da gracias a Alá de que no te haga papilla!

Se alejó a grandes pasos. Ramsés se quedó rezagado «a una distancia discreta», como su padre le había indicado. El golpe había sido cuidadosamente calculado para parecer más doloroso de lo que en realidad era, pero aún así la mejilla le escocía bastante.

El joven no se había equivocado sobre el destino de su padre. A esa hora del día no había muchos clientes, aunque una pareja de hombres permanecía de pie en la puerta charlando y fumando. A medida que Emerson avanzaba con energía hacia la entrada, uno de ellos dejó caer su cigarrillo y los dos se quedaron mirando fijamente, primero a Emerson, y luego el uno al otro. Como un solo hombre, se dieron la vuelta y se alejaron trotando.

Las cortinas de la puerta se agitaron violentamente cuando Emerson se abrió paso entre ellas. Ramsés dio un paso hacia atrás, a tiempo para evitar la acometida de otro hombre, que salió precipitadamente de la casa y se echó a correr. Ramsés sonrió por detrás de su manga.

- Cuando el Padre de las maldiciones aparece, empiezan los problemas -Daoud tenía una gran colección de dichos como ése, que ahora corrían de boca en boca por Luxor y sus alrededores.

Cogió el cigarrillo que había dejado caer el otro tipo, pero no se lo colocó en la boca. Hasta el afán de verosimilitud tiene sus límites, y Ramsés ya era tristemente consciente de las pulgas que correteaban por sus ropajes prestados. Rascándose distraídamente, se aproximó a la puerta y escuchó; sólo se podía oír un leve

murmullo de voces. Una era la de su padre, la otra la de una mujer.

Según iban transcurriendo lentamente los minutos, Ramsés empezó a sentirse más inquieto. La conversación cortés con las mujeres estaba muy bien, pero podía ser una táctica dilatoria, y sólo se le ocurría una única razón para que alguien quisiera demorar al Padre de las maldiciones: reunir hombres suficientes como para dominarle. Al diablo con los otros, pensó Ramsés. Su madre le mataría si herían a su padre por culpa de su negligencia… si es que no se había matado él antes.

Quitándose la chilaba y el turbante, se pasó los dedos por el desaliñado cabello y se abrió paso a través de la cortina. La habitación se hallaba vacía, a excepción de la propietaria y su padre, quien se giró en redondo al oírle.

- Maldita sea, te dije que no entraras -gruñó.

Como el comentario era irrelevante en aquellas circunstancias, Ramsés lo ignoró.

- ¿Qué está pasando?

- Le he pedido permiso para inspeccionar este sitio. Hasta ahora, la señora no ha estado muy dispuesta a concedérmelo.

Ramsés miró fijamente a su padre con una mezcla de consternación y diversión. Era propio de él pedir educadamente permiso a la vieja arpía, como también lo era la idea de ponerse a buscar en una ratonera como aquélla sin que nadie le guardara las espaldas. Incluso aunque no le estuvieran esperando, les estaba dando tiempo suficiente para reunir fuerzas.

La mujer le lanzó una penetrante mirada con sus ojos perfilados de *kohl.* El oro tintineó cuando se encogió de hombros.

- Vayan, pues -gimoteó-. Hagan lo que quieran. Una pobre y débil mujer como yo no les puede detener.

Emerson le dio las gracias con su impecable árabe.

- Por el amor de dios, padre -exclamó Ramsés-. Si está usted decidido a hacer esto, hagámoslo de una vez.

- Ciertamente, ciertamente, hijo mío. Ésta es la manera, creo yo.

Los espantosos y pequeños cubículos que se hallaban detrás de la habitación principal, todos ellos tan estrechos que sólo cabían en ellos un fino colchón y unos pocos utensilios, permanecían vacíos. Emerson señaló las estrechas escaleras que se hallaban al final del pasillo.

- Espero que los apartamentos más lujosos estén arriba -dijo secamente.

- Tenga cuidado, padre. Espéreme en lo alto. No se vaya…

- Seguro, hijo mío, seguro.

Subió las escaleras de dos en dos. Ramsés le siguió, mirando por encima del hombro; notaba el pelo de la parte posterior del cuello prácticamente tieso. Para su sorpresa, su padre le esperó. Había más luz allí arriba, procedente de la abertura de las ventanas que se abrían a cada extremo del pequeño pasillo, sólo había cuatro puertas con cortinas. El lugar estaba totalmente en silencio, a excepción de los inevitables zumbidos de moscas; el aire era espeso y caliente y las motas de polvo danzaban en los rayos del sol.

- Mmmm -dijo Emerson sin molestarse en bajar la voz-. Puede que esto sea una pérdida de tiempo. Sin embargo, debemos terminar. Yo me encargaré de este lado del vestíbulo y tú del otro.

- Perdóneme, señor, pero ése no es precisamente el método más sabio. -A Ramsés le hormigueaba la piel. Todo estaba demasiado tranquilo. La casa no podía estar totalmente desierta.

- Quizás no -le concedió graciosamente su padre-. Sígueme, pues.

Se dirigió a la puerta más cercana, golpeando pesadamente el desnudo suelo con las botas. Atravesar con descaro una puerta con cortina no es lo que hubiera hecho Ramsés, pero evidentemente ésa era la intención de su padre. El joven le cogió de la manga, y se las arregló para colocarse frente a él.

- Al menos déjeme ir a mí primero.

Su padre le dio un violento empujón; a él le pareció una reacción excesivamente agresiva, hasta que oyó el primer disparo. El segundo se produjo antes de que su cuerpo cayera al suelo; luego, su padre aterrizó pesadamente sobre él. A duras penas pudo Ramsés articular un grito:

- ¡Dios! Padre…

- No te levantes -dijo Emerson tranquilamente.

- Yo… no puedo. Está usted encima de mí. Maldita sea, está usted…

- ¿Muerto? Evidentemente no -dándose la vuelta, liberó a Ramsés y se colocó con cuidado a cuatro patas. Sonó un tercer disparo.

- Agáchese -susurró Ramsés-. ¡Agáchese, por favor, señor!

- Mmmm -dijo Emerson-. Hay algo extraño en todo esto, sabes. No hay bala.

- ¿Qué?

- Aquí es donde golpearon las dos primeras -Emerson señaló con un gesto los agujeros astillados en la pared enyesada-. ¿Dónde ha ido la última?

- ¿Habrá pasado a través de la cortina?

- No lo creo -puntualizó Emerson-. No parece que su intención haya sido esa. Creo que lo mejor será que esperemos un poco.

Esperaron, Ramsés todavía boca abajo, y su padre apoyado descuidadamente contra la pared. Cuando Emerson se incorporó y atravesó rápidamente la puerta, cogió a Ramsés por sorpresa. Había olvidado lo rápido que podía moverse su padre, como un gato o una pantera, según decía su madre. Esforzándose por ponerse de pie le siguió, dedicándole unos cuantos pensamientos nada filiales.

Pero no se sucedieron disparos, alborotos ni sonidos de tipo alguno a la brusca entrada de su padre en «el apartamento más lujoso». Era un poco más grande que las habitaciones de abajo, y contenía una cama propiamente dicha en vez de un duro jergón, una mesa y dos sillas. Emerson se quedó plantado al lado de la cama, mirando algo que estaba encima; la ventana sobre la cama estaba abierta, y no tenía cortinas. Había moscas. Cientos de moscas. Su incesante zumbido lastimaba los oídos como una lima. Según se dirigía lentamente al lado de su padre vio la alta botella verde sobre la mesa, y el vaso vacío a su lado.

Con mano flácida, la mujer sostenía la pistola. Estaba vestida con ropa azul oscuro, parecida a los trajes de montar de amazona; impecablemente limpia, desde los ribetes de terciopelo del corpiño hasta las elegantes botas abotonadas. La única nota discordante estaba en la almohada: la mujer se había disparado a sí misma en la cabeza.

- Deja de preocuparte, Peabody. La bala sólo me rozó.

Le había hecho un gran arañazo en la espalda y la parte superior del brazo. Añadí una tira final de esparadrapo, y me senté a su lado. Mi marido me dirigió una sonrisa algo cohibida.

- Otra camisa arruinada, ¿eh?

- Podía haber sido la mía si no me hubiera empujado, padre -

dijo Ramsés-. ¿Cómo supo que estaba a punto de dispararnos?

Estábamos sentados en la galería, con Fátima revoloteando, parloteando y tratando de que comiéramos algo. Era el primer momento en que teníamos la calma suficiente para mantener una conversación sensata.

Cuando salimos de la casa de Mohassib y vimos que Emerson no estaba, me quedé totalmente desconcertada. Los amigables aldeanos que se sentaban en la mastaba nos indicaron la dirección en la que se había ido, lo que no fue de mucha ayuda. Ramsés no había ido con él. Como uno de ellos explicó, creían que nos había acompañado al interior de la casa, y que, por supuesto, no había salido de ella.

Yo sabía que Ramsés no continuaba con nosotros, así que estaba totalmente segura de que, de un modo u otro, había seguido a su padre, lo cual resultaba bastante esperanzador. Los aldeanos nos hicieron sitio amablemente en la mastaba y nos entretuvieron con especulaciones sobre el paradero de Emerson. Como sus sugerencias iban desde que se había ido a asaltar la tienda de antigüedades de Ali Murad, hasta los comentarios más maliciosos de que podía estar en algún lugar menos respetable, no me divirtieron mucho. Sir Edward, meciendo la caja del papiro como si fuera un niño, y observándome con evidente preocupación, finalmente se ofreció a ir a buscarle.

- ¿Dónde iría usted? -le pregunté algo desabridamente.

No tenía respuesta para eso, desde luego.

Fue David el primero en ver a los aventureros que regresaban, y su quedo grito de alivio hizo que volviéramos la cabeza en la dirección que él miraba. A pesar de las botas polvorientas y las cabezas descubiertas, no parecían tener peor aspecto que de costumbre, aunque yo observé que Ramsés se esforzaba por no cojear.

Para cuando regresamos a la casa, las principales preguntas habían sido planteadas y respondidas, y yo había visto la rasgadura en el gabán de Emerson que, al igual que su camisa, no tenía arreglo. Se quitó la prenda cuando se lo pedí, manifestando que en cualquier caso estaba condenadamente acalorado, pero insistió en que no necesitaba cuidados médicos. Por tanto, me vi forzada a realizar estas operaciones en la galería, mientras mi marido se

animaba con un whisky con soda.

- Tú primero, Peabody -dijo él-. ¿Te dijo Mohassib algo interesante?

- ¿Estás tratando de provocarme deliberadamente, Emerson? -le pregunté acalorada-. Me enviaste a ver a Mohassib a fin de librarte de mí mientras que acudías a otra cita. Tú no esperabas que yo averiguara nada; de hecho, él me contó algo de considerable importancia, pero es insignificante en comparación con lo que te ha pasado a ti. ¿Cómo sabías que ella estaba allí? ¿Y por qué diablos no me lo dijiste?

- Venga, Peabody…

- ¿Por qué fuiste allí solo? ¡Esa mujer te podía haber matado!

- Yo no estaba solo -replicó Emerson mansamente-. Ramsés…

- Y en cuanto a ti, Ramsés… -comencé a decir.

- Ramsés, ya que estás ahí en la mesa, le puedes servir a tu madre un… -me interrumpió Emerson.

Mi hijo se había adelantado a la orden de su padre y me alargó el vaso.

- Gracias -le dije-. Muy bien, Emerson, escucharé tus explicaciones. Con detalle, por favor.

- ¿Me prometes que no me interrumpirás?

- No.

Emerson sonrió irónico.

- Mantén el vaso de tu madre lleno, Ramsés, hijo mío.

La pista del aderezo de plata había confirmado solamente la sospecha de Emerson de que la Casa de las Palomas era el lugar donde buscar a Bertha. ¿Dónde podría encontrar más complacientes aliadas que entre aquellas desdichadas mujeres, todas ellas con buenas razones para despreciar a los hombres y anhelar una mayor independencia? Según el razonamiento de Emerson, el fracaso constante de sus ataques sobre nosotros debía estar enfureciéndola y frustrándola cada vez más. Dejar rastro de su paradero era un paso atrevido, un riesgo calculado, pero era el tipo de riesgo que una mujer audaz e imprudente como ella correría, a fin de hacerse con uno de nosotros.

- Sin embargo, no me di cuenta de que estaba tan desesperada -admitió Emerson-. Empleó en la empresa sus recursos monetarios y a muchos esbirros. La venganza del cocodrilo… Una buena frase

esa, ¿eh,

Peabody? Casi tan artificiosa como una de las tuyas. La venganza del cocodrilo se diseñó para inspirar terror a sus subordinadas, pero puede que le saliera el tiro por la culata. Las personas tienden a renunciar a aquellos puestos en los que los fracasos se pagan con tortura y muerte.

- Ahora todo va cobrando mucho sentido -admití-. Pero tú no podías haber sabido eso cuando entraste allí.

- No; pero no creí que hubiera dificultad alguna -dijo Emerson-. Yo… ¿qué dije yo, Ramsés?

- Nada, señor -dijo mi hijo-. Es decir… no contestó usted a mi pregunta.

- Perdónenme -les interrumpió Sir Edward-. Pero he olvidado la pregunta -parecía bastante desconcertado. Les ocurre a menudo a las personas que no pueden seguir la velocidad de nuestros procesos mentales.

- Yo pregunté cómo fue capaz padre de prever el momento preciso de su ataque -dijo Ramsés-. El hecho de que la casa pareciera desierta e inusualmente tranquila había levantado mis sospechas, pero a juzgar por el comportamiento de padre…

- Se me ocurrió actuar así para engañar a nuestros adversarios -dijo Emerson complacido-. Era evidente que nos esperaban. Y digo que nos esperaban, porque ella no podía haber previsto cuántos de nosotros iríamos. No hay duda de que nos observaban cuando nos aproximábamos; esa mujer tuvo tiempo de despachar a las chicas fuera del lugar, si no lo había hecho ya antes. Al no encontrar a nadie abajo, subimos las escaleras y yo anuncié en voz alta que estaba seguro de que no había nadie allí. Hice eso para que bajara la guardia, para que se creyera que yo caería en una trampa.

- Es un buen truco -dijo Ramsés. Aunque Emerson parecía complacido, yo tenía la clara impresión de que aquella aseveración no pretendía ser un cumplido-. Esperándome dificultades, oí el débil «click» de la pistola cuando ella la amartilló, así que empujé a Ramsés mera de allí, y yo me aparté también de la línea de tiro. Esperamos un poco. Ella hizo tres disparos, y pensé que quizás seguiría hasta haber vaciado el arma, pero después de un tiempo yo… eh…

- Perdiste la paciencia y entraste sin pensarlo dos veces -le dije-.

¡Maldita sea, Emerson!

- No fue así como ocurrió, Peabody. Como le dije a Ramsés en aquel momento, el tercer disparo no se dirigió hacia nosotros. Supuse que se proponían entretenernos lo suficiente para que Bertha escapara a través de una ventana. Me llevé una gran impresión al verla allí tendida. No había nada que pudiéramos hacer por ella, así que paramos en la comisaría de policía e informamos del incidente antes de volver a la casa de Mohassib.

- ¿Así que su cuerpo está ahora en la morgue?

- Supongo que sí. Por favor no me digas que quieres echarle un vistazo. Te lo aseguro, no te gustaría.

- Creo que me ahorraré a mí misma esa molestia. Sin embargo, siempre me quedará la curiosidad de saber el papel que estaba representando. Una turista, supongo. Me pregunto…

- No te preguntes nada -dijo firmemente Emerson-. Venga, vamos, Peabody, te toca. ¿Cuál era esa información de vital importancia que te dio Mohassib?

- El papiro procede de la reserva real de Deir el Bahri.

- Ah -exclamó Emerson. Comenzó a buscar su pipa, pero no la encontró puesto que no llevaba ni camisa ni abrigo-. Ramsés, podrías buscarme en el bolsillo de mi abrigo mi… Gracias. Bien, Peabody, eso ya lo habíamos adivinado, ¿verdad?

- Era sólo una de las muchas posibilidades, ninguna de las cuales podía probarse. Mohassib estaba seguro; según cree, los Abd er Rassul lo mantuvieron escondido durante años, hasta que se lo llevó… -Hice una pausa para mantener la tensión.

- Sethos, supongo -dijo Emerson con calma-. Bien, eso ata el último cabo suelto, creo. La teoría de Nefret era cierta, después de todo. Bertha y Sethos estaban asociados. Ella cogió el papiro cuando le dejó.

Durante un instante, nos quedamos todos callados. El sol se había ocultado, y el resplandor rosado del crepúsculo iluminaba las colinas orientales. Desde las aldeas esparcidas por la planicie se elevaban las armónicas voces musicales de los muecines. La brisa vespertina revolvió el pelo de Nefret.

- Así que se acabó -dijo la joven-. Casi no puedo creerlo… hemos estado tanto tiempo a la defensiva, para que al fin haya terminado todo tan rápida y definitivamente…

- Hemos perdido demasiado tiempo -declaró Emerson-. Ahora podemos volver al trabajo. Tenemos que llegar temprano al Valle; Maspero querrá entrar en la tumba mañana, y tengo unas cuantas cosas que decirle.

Dejé que la conversación prosiguiera sin mí, ya que estaba ensimismada en mis pensamientos. Todo el mundo parecía creer que la muerte de Bertha había dado fin a nuestros problemas. Incluso Emerson, que era el primero en sospechar del Maestro del Crimen en cada delito que se cometiera a nuestro alrededor, había dejado de tenerle en cuenta. Yo no estaba tan segura.

Bertha había robado a Sethos al menos una valiosa antigüedad. Puede que hubiera cogido otras también, y yo no creía que él fuera un hombre que se conformara sin hacer nada.

Quizás nosotros no éramos los únicos que habíamos seguido la pista de Bertha. ¿Habría sido el miedo, pero no a nosotros, sino a su antiguo jefe, el que la había empujado a acabar con su vida? ¿Había acabado realmente ella con su vida? Sethos se había jactado una vez ante mí de que nunca había dañado a una mujer, pero siempre hay una primera vez. Su ira contra aquellos que le habían traicionado podía haber derivado en una terrible cólera.

Fátima vino a anunciar que la cena estaba servida. Observé que Ramsés se demoraba en levantarse, y le esperé.

- ¿Te ha roto tu padre algún hueso al caerse encima de ti? -le pregunté.

- No, madre. Se lo aseguro, no me hacen falta sus cuidados.

- Me alegra oír eso, Ramsés…

- ¿Sí, madre?

Traté de encontrar el mejor modo de expresarlo.

- Tu padre no es… eh… siempre el más perspicaz de los observadores, sobre todo cuando se halla en un estado de excitabilidad emocional, como estoy segura que estaba al ver el cuerpo de esa infortunada mujer. ¿Viste algo que pudiera sugerir que no se quitó la vida ella misma?

Ramsés enarcó las cejas. Yo tema la sensación de que no estaba tan sorprendido por la pregunta en sí como por el hecho de que se la hubiera planteado, y la rapidez de su respuesta me hizo intuir que ya había pensado sobre aquel asunto.

- El revólver estaba bajo su mano. No había señales de lucha. Su

ropa estaba cuidadosamente arreglada y sus miembros estirados, salvo el brazo que había sostenido el arma. Había marcas de pólvora en el guante de su mano derecha.

- Y la sangre estaba…

- Húmeda -dijo Ramsés sin énfasis.

- Entonces parece ser un caso claro.

- Sethos declaró, según creo, que él nunca había hecho daño a una mujer.

- No puedo imaginarme por qué has supuesto que yo estaba pensando en Sethos. Él no está en Luxor.

- A menos que sea…

- ¿Sir Edward? No tiene sentido.

- Sin embargo es usted la que ha apuntado esa posibilidad.

- Yo sabía que se te había ocurrido a ti -le corregí-. Reconocí a Sethos en Londres, a pesar de ir disfrazado. Le reconocería en El Cairo, en Luxor, en cualquier lugar que pudiera estar. ¡Sir Edward no es el Maestro del Crimen!

La mañana siguiente trajo consigo uno de esos panoramas que raramente se contemplan en Luxor: amenazadoras nubes grises y ráfagas de viento que movían las ramas de los árboles de manera violenta. Nos habíamos levantado antes de la salida del sol, Emerson nunca está muy despejado a primera hora de la mañana, así que hasta que nos reunimos para desayunar no se dio cuenta del tiempo. Se levantó de su silla.

- ¡Lluvia! -gritó-. La tumba se va a inundar.

Yo sabía que no se refería a la pequeña número Cinco; estaba tan exasperada por aquella obsesión suya que mi voz sonó más aguda de lo normal:

- Siéntate y termina tu desayuno, Emerson. No está lloviendo, sólo está oscuro, y hace viento.

Después de asomar medio cuerpo por la ventana para comprobar la veracidad de mi afirmación, Emerson volvió a la mesa.

- Pues parece que va a llover.

- La tumba a la que supongo que te refieres no es de tu responsabilidad, querido. Estoy segura de que Ned y el señor Weigall han tomado las precauciones necesarias.

La expresión de Emerson mostraba a las claras lo que pensaba de esa aseveración tan optimista.

- Deberían haber colocado una puerta en el lugar hace días. Sir Edward, el fotógrafo… ¿dónde demonios está?

Evidentemente, se refería a Sir Edward, no al fotógrafo. Emerson lanzó una mirada furiosa por toda la habitación, como si esperara ver al joven escondido entre las sombras.

- Probablemente se haya quedado dormido -repliqué-. Tiene todo el derecho del mundo, especialmente en un día como éste. Espero que las inclemencias del tiempo alejen del Valle a mucha gente.

- Mmmm -Emerson se acarició el hoyuelo de la barbilla con aire pensativo-. Incluyendo a Maspero y a Davis; esos dos son plantas de invernadero.

- Eso no es justo ni exacto, querido.

- ¿A quién diantres le importa? -preguntó Emerson-. Ramsés, ¿has terminado?

- Sí, señor. -Ramsés se levantó obedientemente, metiéndose en la boca el último trozo de tostada.

- Yo no he terminado -declaré alcanzando la mermelada.

- Date prisa, pues, si vas a venir -Emerson me miró como si se le acabara de ocurrir una idea-. Eh…

Peabody, ¿por qué no te quedas en casa hoy? El tiempo es desagradable, y no te necesito. Nefret, quédate con ella y asegúrate de que… eh… esté ocupada.

El cielo gris sobre Luxor es tan inusual que bien puede considerarse un prodigio. Quizás era el tiempo lo que afectaba a mis nervios; no creo que fuera el torpe intento de Emerson para distraerme, ya que él hace muchas veces ese tipo de cosas. Se me cayó la cuchara de la mermelada en la mesa llenando el mantel de manchas pegajosas.

- Si crees que te voy a permitir ir al Valle e interferir en la tumba del señor Davis…

- ¿Interferir? -La voz de Emerson se convirtió en un grito-. Peabody, yo nunca…

- Sí, ¡sí lo haces! No tienes suficientes problemas con…

- Lo considero mi deber profesional…

- ¡Tu profesión! Eso es lo único que importa, ¿verdad?

Tan pronto como pronuncié aquellas palabras, me arrepentí. El arrebato de ira se esfumó del rostro de Emerson; los labios que se

hallaban abiertos para lanzar una contrarréplica se cerraron, formando una fina línea. Los chicos se sentaron como estatuas talladas, sin atreverse a hablar.

- Lo siento, Emerson -me disculpé agachando la cabeza para evitar su mirada de reproche-. No sé lo que me pasa esta mañana.

- Reacción retardada -dijo Ramsés.

- ¡Has vuelto a leer mis libros de psicología! -le acusé.

A diferencia de su padre, parecía más divertido que herido por mis reproches. Saqué esta conclusión al fijarme en sus ojos entrecerrados, ya que no se alteró ninguna otra de sus facciones.

- Todos lo sentimos, supongo -comentó mi hijo-. Como dijo Nefret, el cambio de nuestra suerte ha ocurrido de forma tan repentina e inesperada que es difícil de asumir. La reacción era inevitable.

Emerson alcanzó mi mano.

- Amelia, si dudas que yo prefiera ver inundada cada maldita tumba de Tebas antes de…

- No lo dudo, querido. -Apreté su mano-. Te dije que lo siento. Ve… e intenta no hacer nada que Maspero no apruebe.

- Intentar -repitió Emerson-. Sí, puedo hacerlo. No, en serio, Peabody. No he olvidado ese desagradable incidente de ayer. Todavía hay algunos cabos sueltos que atar, y tengo la intención de seguirlos; sin embargo, no estoy del todo seguro de cómo hacerlo, hay incluso un problema de jurisdicción. Ella era mitad egipcia y mitad europea y, ¿cómo diablos van a hacer las autoridades una identificación positiva? -captó mi mirada, y sus labios dibujaron esa sonrisa que tanto me gustaba-. No, Peabody. Yo no la conocía tan bien.

Pensé que ya me había disculpado bastante, así que sólo dije;

- Muy bien, querido. Como sé que puedo confiar en tu palabra, me quedaré en casa hoy. Tengo algunas cosas que hacer, y algunas notas que escribir. Debo invitar a los Maspero una noche a cenar. ¿Tienes alguna preferencia?

- Preferiría que declinaran la invitación -dijo Emerson levantándose.

Yo también esperaba que lo hicieran, ya que mi marido parecía más que dispuesto a volver a discutir con el Director. Sin embargo, la invitación debía realizarse.

Evidentemente, Nefret estaba ansiosa por participar en cualquier plan oculto que Emerson estuviera tramando, así que le convencí de que la dejara ir con él. Le tuve que hacer la promesa solemne de que no «iría volando a la morgue para inspeccionar aquellos horrorosos despojos», según sus palabras.

Era agradable sentirme a mis anchas, para variar. Me entretuve con tareas que tenía abandonadas, y escribí una larga carta a Evelyn para informarle del feliz final de nuestras pequeñas dificultades (para todos menos para Bertha). Si la llevara a correos esa misma tarde estaría en Chalfont casi para cuando llegaran. El servicio postal había mejorado notablemente bajo la administración británica, lo que no era sorprendente.

Tuve intención de decirle también algo sobre la delicada situación familiar, pero por alguna razón no encontré las palabras adecuadas.

La mañana trajo las cartas habituales, la mayoría de ellas entregadas a mano. No había nada de *Madame* Maspero. Bien, acababan de llegar el día anterior, y de acuerdo con las normas del protocolo al uso, era yo la que tenía que hacer la primera invitación. Escribí un mensaje breve y amistoso, solicitándoles que cenáramos el viernes.

Sin embargo, había un mensaje interesante; lo estaba examinando cuando Fátima vino a traerme otra cafetera y una bandeja de galletas.

- Estás decidida a hacerme engordar, Fátima -le dije con una sonrisa.

- Sí, *Sitt* Hakim -dijo seriamente Fátima-. *Sitt*… ¿es verdad que su enemiga ha muerto?

Yo no me sorprendí de que ella lo supiera pues la comunicación boca a boca funciona de forma eficaz en las ciudades pequeñas.

- Sí, es verdad. El peligro ha pasado. Pero, ¿dónde está Sir Edward? No le he visto en toda la mañana.

- Está en su habitación, *Sitt*. ¿Quiere que le diga que venga?

- Dile que será bien recibido si desea acompañarme -la corregí gentilmente.

Se fue repitiendo las palabras por lo bajo. ¡Qué ansia por aprender! Yo me sentía realmente avergonzada de no haber prestado más atención a sus estudios.

Sir Edward apareció rápidamente, aunque rechazó tomar ningún refrigerio.

- Tenía intención de cruzar a Luxor -explicó-. A menos que usted o el profesor me necesiten aquí para algo.

- El profesor ya se ha ido al Valle. Yo decidí tomarme un día de descanso aquí en casa.

- Desde luego que tiene derecho a hacerlo. Bien, pues, la veré esta noche, si le parece.

Parecía tener bastante prisa. No, pensé; no es el señor Paul el que le inspira tal devoción.

La familia volvió antes de lo que yo esperaba, trayéndose con ellos a Abdullah y a Selim.

- Bien, ¿habéis acabado de hacer lo que queríais? -pregunté.

- Sí -Emerson tenía aspecto de conspirador-. La mayor parte al menos. ¿Por qué llevas ese traje, Peabody? Supongo que no te habrás puesto tus mejores galas en mi honor.

- Voy a salir a tomar el té -repliqué haciendo un gesto con la cabeza a Fátima que se había apresurado a entrar con la merienda-. He recibido una invitación esta mañana de la profesora de Fátima.

- ¿Con este tiempo? -Emerson cogió una galleta.

- No está lloviendo.

- Lloverá -declaró Abdullah-. Pero no hasta esta noche.

- ¿Lo ves? Tenía intención de conocer a esa dama desde hace tiempo, pero nunca he podido. Ha llamado también a la señorita Buchanan y a la señorita Whiteside, así que puede ser una reunión interesante.

- Mmmm -dijo Emerson tocándose el hoyuelo de la barbilla-. Muy bien, Peabody. Ramsés y yo tenemos que hacer una declaración formal a la policía. Podemos resolver eso también.

Fuimos todos, incluidos Abdullah y Selim. Afortunadamente somos buenos navegantes, porque el agua estaba bastante picada, y el bote se balanceó considerablemente. Tuve que atar mi sombrero con un gran pañuelo. Al principio Nefret no sabía si decidirse a acompañarme, o ir con los demás. La fiebre detectivesca ganó la batalla. La dejé ir sin echarle un sermón, ya que sabía que no tenía ninguna probabilidad de convencer a Emerson, y no digamos a Ramsés o a David, de que le permitieran examinar el cadáver.

Debido al pésimo tiempo y al tamaño de mi sombrero, decidí

tomar un carruaje en el muelle. Emerson me dio la mano galantemente para subir y luego entró conmigo.

- ¿A qué viene esto ahora? -le pregunté-. ¿Me has ocultado algo, Emerson?

- Absolutamente nada, querida -contestó haciéndole gestos al conductor de que partiera-. ¿Y tú a mí?

- Oh, por el amor de Dios, Emerson, ¿se trata de Sethos otra vez? No supondrás que mantengo una comunicación secreta con él.

- No me extrañaría tratándose de ti -al ver mi expresión, tomó mi mano y la apretó-. Sólo se trata de uno de mis chistes, amor mío. Nunca dudaría de tu afecto, pero sí dudo de tu buen juicio. ¡Con tu maldita seguridad en ti misma! Si Sethos te convocara a una cita, la curiosidad y la confianza en el supuesto honor de ese hombre te moverían a responder, admítelo.

- Nunca más -le dije con sinceridad-. Mi inconsciencia nos ha causado ya suficientes problemas. De ahora en adelante, querido, te lo contaré todo. Y a los chicos también.

Emerson se llevó mi mano a los labios.

- Yo no sé si llegaría tan lejos -dijo con ojos brillantes.

La escuela parecía estar cerrada aquel día, pero las ventanas iluminadas brillaban cálidamente en la tarde sombría. Las calles estaban prácticamente desiertas; las largas faldas de los escasos peatones, hombres y mujeres, se agitaban como las velas de los barcos. Al menos una invitada había llegado antes que yo, pues ante la puerta se hallaba un carruaje cerrado; deseé que el nuestro hubiera sido de ese tipo, en vez de abierto, ya que el aire arrastraba remolinos de arena. Nuestro conductor se colocó al lado del otro carruaje. Emerson me ayudó a salir y me escoltó hasta la puerta.

- Volveré a buscarte en una hora -se despidió.

Un criado cuidadosamente vestido abrió la puerta, justo a tiempo, pues mi sombrero estaba a punto de salir volando. Esperó hasta que hube desanudado el pañuelo y alisado la falda; luego abrió la puerta, se inclinó ante mí cuando entré, y la cerró a mi paso.

La habitación no era una salita; era pequeña, escasamente amueblada y sin ventanas. La única luz provenía de una lámpara que estaba sobre una mesa baja. Era suficiente para que pudiera vislumbrar la figura de una mujer que avanzaba hacia mí. No pude

ver su cara claramente, pero reconocí su bonete. Tengo buen ojo para la moda.

- Buenas tardes, señora Emerson. Muy amable de su parte el haber venido.

- ¿Señora Ferncliffe? -exclamé yo.

Con un súbito salto, me agarró tan fuerte como lo habría hecho un hombre. Entonces la reconocí; yo había sentido ya ese apretón. No era de extrañar que no hubiera reconocido a la señora Ferncliffe, una mujer distinguida aunque no de nacimiento, como la formidable lugarteniente de Bertha. Matilda había llevado siempre el rígido uniforme de una enfermera de hospital, y jamás se había puesto maquillaje en su tosca cara. Fue mi último pensamiento coherente. Con la mano me sujetó la cara, y su brazo de acero venció mi resistencia, hasta que aspiré los vapores sofocantes que emanaban del trapo que ella sostenía.

Cuando recuperé el sentido me dolía un poco la cabeza, aunque los efectos inmediatos del cloroformo habían pasado. La habitación en la que me encontraba no era la misma en la que había sido capturada. Era más grande y parecía estar más confortablemente amueblada, aunque no podía ver mucho pues sólo había una lámpara que aliviaba la penumbra. Por lo menos, había una cama; yo yacía en ella. Mis tobillos estaban atados con cuerdas, y mis manos sujetas por delante con algo más fuerte que una cuerda. Cuando traté de moverlas, un ruido metálico acompañó a mi intento.

- ¡Gracias a Dios! -exclamó una voz familiar-. Ha estado inconsciente desde que la trajeron aquí hace unas horas. ¿Cómo se siente?

Me giré de lado. Mis ataduras estaban lo suficientemente flojas como para permitirme tal movimiento, aunque poco más.

Mi compañero estaba en peores condiciones: atado con cuerdas a la silla en la que estaba sentado, con las manos colocadas a su espalda, dudaba de que pudiera mover algo más que la punta de los dedos. Su pelo rubio se hallaba revuelto, el gabán desgarrado, y su rostro estaba lleno de magulladuras. Excepto cuando estuvo trabajando bajo el calor de la tumba de Tetisheri, yo nunca había visto a Sir Edward Washington tan desaliñado.

- ¿Cómo ha llegado hasta aquí? -pregunté asombrada.

- Eso no importa ahora. Hay una taza con algún tipo de líquido en la mesa que está a su lado. ¿Puede alcanzarla?

Examiné las ataduras de mis muñecas. Eran esposas, conectadas por una barra rígida; una cadena salía de la barra hacia la cabecera de la cama, donde estaba sujeta por un candado. Dicha cadena no era lo suficientemente larga como para permitir que yo tocara las ataduras de mis pies, pero aun así, aunque con muchas dificultades, conseguí alcanzar la taza.

- El tipo que la ató tan eficazmente dio un sorbo o dos antes de dejarla, así que dudo que esa porquería contenga droga -dijo Sir Edward con voz tranquilizadora al verme dudar-. Es poco higiénico, sin duda, pero seguro.

El líquido era cerveza, aguada, amarga, caliente, y no del todo libre de moscas, pero una dama no debe hacer melindres cuando tiene la garganta tan seca como el desierto. Me las arreglé para sacar algunas moscas antes de beber.

- Sorprendente consideración -advertí sintiéndome bastante mejor. (El contenido alcohólico de la bebida debió tener algo que ver.)-. Ella no ha sido tan amable con usted. ¿Han tenido alguna diferencia de opiniones? Debo decir que no ha sido muy sensato por su parte enfrentarse a Matilda.

- Vaya, señora Emerson, ¿qué quiere decir? El hecho de que me haya encontrado en esta posición, tan condenadamente incómoda debo añadir, debería ser una prueba suficiente de que mis relaciones con esa formidable mujer, o su maestra, no son nada buenas.

- Puede que no en el presente -reconocí-. O al menos eso parece. Sin embargo, tan pronto como me di cuenta de que Bertha era nuestra adversaria se volvieron a despertar mis sospechas sobre usted. Es demasiada coincidencia que aparezca en escena y se gane nuestra confianza justamente cuando ella está cerca.

Yo había empezado a manipular mis ataduras; me quité una de las horquillas del pelo, la desdoblé y comencé a probar con el candado. Sir Edward observaba con interés, y un poco de diversión, pensé.

- Una observación muy inteligente, señora Emerson. Sin embargo, sigue estando equivocada. Parece que el juego ha acabado, así que me puedo permitir admitir la verdad también. No

me gustaría que creyera que soy un aliado de *Madame* Bertha, como nosotros la llamamos.

Se me cayó la horquilla de la impresión; me apoyé sobre un codo y le miré fijamente.

- No intente decirme que es usted Sethos. ¡Le reconocería en cualquier lugar, con cualquier disfraz!

- ¿Está segura? -Sir Edward se echó a reír-. No, no soy Sethos, pero tengo una relación cercana con él, *Madame* Bertha también la tenía, pero descargó su furia organizando ese torpe ataque contra su persona. Él se descuidó dejándola escapar, pero es un poco romántico cuando se trata de las mujeres… como sabe usted muy bien.

- Mmmm -dije buscando a tientas la horquilla-. Supongo que debería haber sospechado que Sethos era su maestro. ¿Fue él el que le envió aquí?

Una ráfaga de aire sacudió las contraventanas. Sir Edward miró hacia la ventana.

- Puesto que no tenemos nada mejor que hacer de momento, puedo permitirme también contestar a sus preguntas. Sí, él me envió. Pero llamémosle «jefe», ¿de acuerdo? «Maestro» es realmente un poco excesivo. Una vez que *Madame* Bertha se fue, con una cantidad de dinero bastante grande y varias de sus antigüedades más valiosas, Sethos pensó que era posible que fuera tras de usted. Estaba bastante ocupado con la colección del señor Romer, pero le ruego que crea, querida señora Emerson, que si él hubiera estado seguro de que corría usted inminente peligro, no le habría dejado el trabajo a un subordinado, ni siquiera a uno con tanto talento como yo.

- Maldita sea -murmuré. La horquilla había desaparecido fuera de mi alcance, así que me saqué otra de mi pelo.

- Al principio pensé que los asuntos amorosos le habían transtornado -resumió Sir Edward-. No pude encontrar ninguna pista de la dama en nuestra vieja guarida de El Cairo, pero lo que no sabía era que había hecho preparativos secretos por su cuenta. La gente a la que reclutó esta vez era la escoria del hampa de El Cairo. Ellos conocían su conexión con Sethos, y les hizo jurar discreción con la amenaza de que se vengaría. Sin embargo, esos canallas eran unos torpes idiotas; si hubiera sido nuestra gente la

que hubiese tendido aquella emboscada a su hijo y a sus amigos en El Cairo, nunca se habrían escapado.

- No estoy muy segura de eso -le dije.

- Bueno, quizás tenga usted razón. Ramsés se está convirtiendo en un personaje bastante interesante, y la señorita Nefret… Mi jefe no se sorprende fácilmente, pero se quedó de piedra cuando le conté su participación en aquel asunto.

- ¿Se lo contó? ¿Cuándo?

- No me cogerá usted por ahí, señora Emerson -replicó Sir Edward con una sonrisa-. Sin embargo, como sabe, yo no me enteré de ese asunto hasta que usted misma me informó de ello; y hasta que no llegué a Luxor no me di cuenta de que *Madame* también estaba en la ciudad, y había vuelto a las andadas.

»De lo que no me di cuenta, al contrario de usted, fue del hecho de que sus crudos ataques fueran amagos, simples trampas para centrar su atención en criminales y cultos asesinos, antigüedades robadas y… eh… mujeres perdidas. Mientras tanto Berta esperaba tranquilamente a que usted acudiera a ella. Fátima fue la víctima inocente por la que esperaba que usted cayera en sus manos. Uno de sus trucos casi funcionó: la señorita Nefret no habría regresado de su visita a la amable *Madame* Hashim si los chicos no la hubieran ido a buscar. Naturalmente, ninguno de ellos la reconoció. Ellos no la habían visto nunca antes, y en aquel momento usted no tenía ningún motivo para sospechar de esa dama.

- No -le dije-. ¿Por qué iba a hacerlo? Hay muchas mujeres como ésa, desconocidas y que sin buscar recompensa alguna trabajan afanosamente para alumbrar las lámparas del saber…

- De acuerdo -dijo Sir Edward-. Espero que le consuele saber, señora Emerson, que mi jefe y yo también ignorábamos las actividades secretas de Bertha. Él confiaba en ella, sabe usted, pero ella no confiaba en él. Oh, esa mujer le amaba, de ese modo suyo tan feroz, y por eso la odiaba a usted, porque sospechaba que Sethos nunca la querría como la quiere. Por otra parte, no dudo de que las experiencias pasadas la habían convencido de que ningún hombre era de fiar. Hace algunos años, sin que mi jefe o yo lo supiéramos, Bertha comenzó a formar una organización criminal propia. Encontró aliadas, conscientes o inconscientes, entre los emergentes movimientos en pro de la lucha por los derechos de las

mujeres en Inglaterra y Egipto. La escuela de aquí, de Luxor, fue una de las actividades que comenzó en aquel tiempo.

- Lo debería haber adivinado -dije enfadada-. Utilizó el movimiento sufragista en Inglaterra del mismo modo, de manera cínica y para sus propios fines.

- Usted no la comprende, señora Emerson. A su tortuoso modo, está verdaderamente dedicada a la causa de los derechos de las mujeres. Odia a los hombres, y cree que ayuda a las mujeres a luchar contra la opresión masculina. Mi maestro, como le agrada a usted llamarle, era la única excepción; pero ahora también considera que él la ha traicionado, como todos los demás.

Las horquillas se me estaban acabando, ya había usado cuatro, sin ningún resultado visible. Quizás me distraía el interés por su narración.

- ¿Luego la chica a la que asesinaron era una de sus «alumnas»?

- Efectivamente, creo que así era. No sé si fue el encanto de la señorita Nefret, o la oferta de recompensa de su hijo lo que la venció, pero estaba preparada para traicionar a su maestra. Podía haber sido otra de las chicas la que la traicionó -Sir Edward se movió de posición levemente, tratando de aliviar la tensión de sus doloridos hombros-. ¿Qué tal se encuentra? -me preguntó educadamente.

Tiré otra horquilla doblada, y estiré mis atenazados dedos.

- Aún me quedan muchas horquillas.

Sir Edward echó la cabeza hacia atrás, riéndose con ganas. Era un sonido extraño en aquella habitación deprimente.

- Señora Emerson, es usted una mujer entre un millón. Sin embargo, está perdiendo el tiempo, cansándose en un esfuerzo innecesario. Estoy seguro de que *Madame* sigue en Luxor. Si pretende seguir manteniendo su útil coartada de profesora, o yo no conozco al profesor, o tendrá que convencer a su querida familia de que usted abandonó la escuela por su propia y libre voluntad y además dejar que registren el local desde el techo al suelo. Comenzó a llover hace un rato, y no le gusta mojarse sus delicados pies. Dudo que regrese hasta que…

- ¡Qué! -grité-. ¿Qué dice usted? ¿Qué sigue aún en Luxor? ¿Profesora? ¿Pies delicados? Es Bertha de la que está usted hablando, no de Matilda. Pero Bertha está muerta. Ella… ¡Oh, Dios

mío!

- Perdóneme si no he sido más explícito -dijo Sir Edward con gran educación-. Pensé que me entendía usted. Pero vamos, señora Emerson, su certera capacidad de juicio parece algo alterada. No, *Madame* no está muerta; está viva y bien, e impaciente por verla. No sólo he hablado con ella hace poco, sino que fui yo quien examinó el cadáver y me di cuenta de que no podía ser el suyo.

- ¿Cómo pudo hacer semejante cosa? ¿O no debo preguntarlo?

- ¡Me sorprende usted, señora Emerson! Recordará que Bertha tiene una piel muy clara. Cada centímetro cuadrado de su cuerpo estaba cubierto, excepto la cara, y de esa no quedaba mucho, pero si a su marido se le hubiera ocurrido quitarle uno de sus guantes…

- Caray -exclamé-. Así que asesinó deliberadamente a una de esas pobres mujeres a fin de despistarnos. De entre todas las arpías despiadadas y depravadas…

- Una afirmación acertada, me temo. Yo nunca creí que se hubiera quitado la vida. Si Berta se hubiese sentido acorralada, habría luchado hasta el fin, con uñas y dientes, de no haber tenido otra arma. Así que fuimos a la morgue y echamos un vistazo al cadáver; mis agradables conversaciones con Fátima habían levantado mis sospechas sobre su profesora, así que, tonto como soy, fui rápidamente a la escuela y me dejé atrapar limpiamente.

Yo había sospechado también de las circunstancias que rodeaban la presunta muerte de Bertha, pero esa posibilidad en particular nunca se me había ocurrido. ¿Cómo pude haber sido tan torpe? Debería haber adivinado, como Sir Edward, que una mujer de su temperamento no se habría rendido a su destino tan dócilmente. Me recorrió un ligero estremecimiento cuando recordé lo que ella había dicho acerca de los «ingeniosos» métodos de asesinarme. Mis miembros se estremecieron aún más cuando pensé en Emerson. Ahora sería una presa fácil para ella, estaría con la guardia baja, y dirigiendo sus sospechas en dirección muy diferente.

- ¿Qué vamos a hacer? -pregunté.

Sir Edward trató de encogerse de hombros, algo nada fácil de conseguir cuando se tienen las manos y los brazos fuertemente atados.

- Habrá que esperar. Dudo que ella venga antes de mañana. De todos modos, no le hará ningún daño antes de haber intentado

atrapar a los demás miembros de su familia. Como conjeturó usted tan inteligentemente, la tortura mental es su objetivo actual. Indudablemente, tiene otros planes para mí: no pudo acabar de interrogarme, así que supongo que volverá a intentarlo. Sólo podemos rezar para que mi jefe nos encuentre antes.

- Ah -dije-. Así que Sethos está aquí, en Luxor.

- Eso es lo que *Madame* quería saber -la voz de Sir Edward se debilitaba por momentos. Había hecho gala de un gran aplomo, pero sabía que debía estar bastante incómodo.

- ¿Sabe dónde buscar?

- Ciertamente, espero que sí -dijo Sir Edward con verdadero sentimiento.

Mi compañero de fatigas no dijo más; poco a poco se le fue cayendo la cabeza y se le hundieron los hombros. Las contraventanas crujieron y se agitaron; la lluvia se había filtrado a través de ellas, oscureciendo el suelo bajo la ventana. Seguí probando la recalcitrante cerradura con los dedos, que se me iban entumeciendo dolorosamente. Podía ser, ciertamente lo estaba siendo, un ejercicio inútil, pero no es propio de mi naturaleza quedarme esperando pasivamente a que me rescaten, incluso estando segura que dicho rescate llegaría a tiempo. Emerson debía estar buscándome también. ¿Dónde estaría en aquel momento? Si él no sabía que Bertha aún vivía, estaba en peligro mortal.

Ya había usado casi todas mis horquillas cuando las contraventanas crujieron, no con los ruidos que habían hecho bajo los embates intermitentes del viento, sino con los sonidos de golpes ininterrumpidos. Sir Edward alzó la cabeza; las contraventanas se abrieron, dejando entrar una ráfaga de lluvia empujada por el viento, y a un hombre que trepó por el alféizar y las cerró antes de volverse hacia nosotros.

Estaba tan empapado como si acabara de salir del río. La camisa y los pantalones de franela se le pegaban al cuerpo y a los brazos. Lenta y cuidadosamente se apartó el pelo mojado de la cara; se empezó a formar un charco alrededor de sus pies calzados con botas, mientras nos miraba de forma impertinente.

- Bien, Edward. Éste no es uno de tus mejores momentos.

# Capítulo 15

La voz era la misma de Sir Edward, y el admirable porte, perfilado por las pegadas ropas, se parecía al suyo; así mismo la peluca era una copia excelente de su pelo rubio. El único rasgo que diferenciaba a los dos, al menos para un observador poco atento, era el largo y poblado mostacho que ocultaba el labio superior del recién llegado, y que alteraba la forma de su cara.

- No, señor -murmuró Sir Edward-. Me alegro de verle.

- Apuesto a que sí. -Sacando un cortaplumas del bolsillo de su pantalón, Sethos cortó las cuerdas que ataban al otro hombre a la silla, y le sujetó mientras se tambaleaba hacia adelante-. ¿Dónde está esa mujer?

Sir Edward hizo un gesto con la cabeza. Su fingida despreocupación había sido un intento galante de tranquilizarme a mí… ¡y quizá a sí mismo! Ahora que el rescate había llegado, la esperanza renovada debilitó su voz y su cuerpo.

- En Luxor, supongo. Señor… siento…

- Bien. Espera un minuto -avanzó hacia la cama y permaneció de pie, con las manos en las caderas, mirándome-. Buenas tardes, señora Emerson. Podría atreverme a…

Me puse rígida cuando sus manos se dirigieron a mi cintura. Con una sonrisa burlona, dejó caer los brazos a los costados.

- Perdóneme. No había notado que no llevaba usted su arsenal habitual. ¡Qué agradables recuerdos tengo de ese cinturón de herramientas!

Me estaba tanteando, a Sethos no se le escapa nada. Cogió la taza de cerveza, la olió, y arrugó la nariz quisquillosamente.

- No es tan agradable al paladar como su brandy, señora Emerson, o tan efectivo, pero servirá. Confío en que pase por alto mi falta de modales si le sugiero que Edward lo necesita más que usted.

Debió ser el repugnante líquido, o tal vez el sentimiento de alivio por el rescate, o incluso la carismática presencia de su jefe. Una vez que Sir Edward se terminó aquella porquería, Sethos asintió satisfecho.

- Puedes hacerlo. Sal por el mismo lugar por el que yo entré. Gracias a la lluvia, no hay nadie en los alrededores. Sabes dónde encontrarme.

- Sí, señor. Pero no quiere que yo…

- Yo atenderé a la señora Emerson. Vete ahora.

Sir Edward se puso en pie con dificultad y se dirigió a la ventana, deteniéndose sólo un segundo para inclinarse graciosamente ante mí; liberó las contraventanas y trepó, exponiéndose a la violenta lluvia. Yo tenía la sensación de que si Sethos le hubiera ordenado que trepara a un volcán le habría obedecido enseguida.

Sethos utilizó el cortaplumas para cortar las cuerdas que rodeaban mis tobillos. Luego se sentó tranquilamente en la cama que estaba a mi lado, y examinó la cadena y el candado.

- ¿Horquillas, Amelia? Un día me va a matar. Reflexione sobre eso, al fin y al cabo, ha estado usted muy cerca de la muerte. Mmmm. ¿Qué tenemos aquí? Una cerradura primitiva, pero creo que impenetrable a las horquillas. Olvidemos el candado, voy a quitarle las esposas.

Le observé con considerable interés a medida que desatornillaba el tacón de su bota y examinaba el contenido del hueco interior.

- Ramsés ha perfeccionado uno igual -le hice saber, mientras sus hábiles dedos sacaban una estrecha tira de acero de menos de diez centímetros de largo.

- Gracias a mí -murmuró Sethos. Insertó la punta de la tira de acero en la cerradura de una de las esposas que se abrió enseguida-. Si hubiera sabido en lo que se convertiría ese joven, habría llegado hasta extremos insospechados para impedir que utilizara mi equipo. Se ha convertido en… Ah. -Cuando la otra esposa también se abrió, la cara de Sethos se ensombreció al ver las marcas de mis muñecas,

pero sólo dijo-: Un truco de mago, querida. Si el joven Ramsés todavía no ha encontrado esa fuente de inspiración, se la recomiendo. Ahora vayámonos.

Tuve intención de preguntarle adonde, pero llegué a la conclusión de que cualquier alternativa sería preferible a mi paradero actual. Rechazando la mano que me ofreció, puse los pies en el suelo, y me levanté; el elegante efecto de este gesto se estropeó un tanto por el hecho de que mis entumecidos miembros no podían sostenerme. Me habría caído si él no me hubiera cogido entre sus brazos.

Sethos estaba calado hasta los huesos y la humedad de la tela de su camisa empapó mi fino traje. Durante un momento me apretó tanto que pude sentir que su pecho se ensanchaba con un largo suspiro contenido. Puse las manos sobre sus hombros, pero estaban demasiado débiles para ejercer suficiente presión sobre los tensos músculos de sus brazos y de su pecho; sería incapaz de resistirme, en caso de que él quisiera aprovecharse. Sethos exhaló un suspiro y volvió la cabeza, apretando los labios contra mi entumecida muñeca.

- Espero que me perdone esta libertad, y recuerde que es la única que me atrevo a tomarme. Por aquí -apoyándome en su brazo, me abrí camino hacia la ventana-. Yo iré primero -dijo, abriendo las contraventanas-. Me temo que tendrá que bajar sola y dejarse caer; hay puntos de apoyo para los pies, pero es difícil hallarlos en la oscuridad. Trataré de amortiguar su caída.

Sin más, se giró hacia afuera y desapareció en la oscuridad. Asomándome, esperé a que me llamara en voz baja para seguirle. Sus brazos se hallaban esperando para cogerme, pero o bien calculó mal mi peso, o se le resbaló el pie, ya que nos caímos juntos al suelo.

Sethos se puso en pie rápidamente y me ayudó a levantarme. Tuve la impresión de que se estaba riendo. La lluvia había aminorado, pero el viento soplaba todavía y estaba tan oscuro que casi no podía distinguir su silueta. Al igual que yo, estaba cubierto por una fina capa de barro. Una corriente de agua corría bajo mis pies. No tenía la menor idea de dónde estaba. La oscuridad casi se podía palpar, ya que unas densas nubes ocultaban la luna y las estrellas. Los únicos objetos sólidos del universo eran la pared de la

casa tras de mí y la férrea mano mojada que apretaba la mía y me llevaba hacia adelante.

El viento venía del norte, y era lo suficientemente fuerte como para hacerle tambalear a uno, y tan frío que helaba los huesos. El accidentado suelo estaba además resbaladizo. Fuimos chapoteando entre una docena de pequeños riachuelos, luchamos por abrirnos camino subiendo cuestas por las que resbalaba el agua, caímos, nos levantamos y volvimos a caer. Sin embargo, no lamenté haber dejado atrás la habitación seca y cubierta en la que había estado.

Para cuando llegamos a nuestro destino, ya había identificado los alrededores. Habíamos pasado por casas dispersas, viendo ventanas iluminadas, así que los contornos del paisaje empezaban a serme familiares. Me maravillé por la audacia de aquella mujer: me había llevado de vuelta a Gurneh, a la misma casa que había sido su cuartel general en la aldea. O quizás no había sido tan audaz: la casa había sido registrada a fondo anteriormente, y ahora se pensaba que estaba abandonada. Si yo hubiera sido capaz de orientarme antes, habría escapado de mi compañero y me habría dirigido a la casa de Selim, que estaba muy cerca. ¿Adonde me llevaba? Habíamos estado caminando, o más bien trepando y tropezando, durante lo que parecía una eternidad.

Sethos se detuvo, dando un resbalón, y me tomó por los hombros. Su cara estaba tan cerca de la mía que podía distinguir las palabras que pronunció, aunque tenía que gritar para hacerse oír.

- Es usted tan resbaladiza como un pez, querida, y tan fría como un bloque de hielo, así que no me extenderé en la despedida. Ahí está la puerta… ¿La ve? No trate de seguirme. Buenas noches.

Seguirle estaba muy lejos de mi alcance. Los dientes me castañeteaban violentamente, y mis ropas mojadas parecían una piel helada. Yo quería estar caliente, seca y limpia, ver luz y caras amigas, y todo eso me esperaba dentro de la casa, que era precisamente la de Abdullah. Me apoyé contra la puerta, mientras apretaba el picaporte.

La luz, que provenía de un par de humeantes lámparas de aceite, me pareció tan fuerte después de una oscuridad tan total que tuve que entrecerrar los ojos. Mi repentina aparición -¡y qué aparición!- les dejó desconcertados, incapaces momentáneamente de moverse. Estaban los dos allí, Daoud y Abdullah, sentados en el sofá bebiendo

café y fumando. La boquilla de la pipa de agua cayó de la mano del anciano; en cuanto a Daoud, debió tomarme por un diablo nocturno, ya que se echó hacia atrás, gritando.

- Perdón por haber entrado sin llamar -dije.

Debía sentirme algo mareada, ya que de otro modo no habría hecho una observación tan absurda. Abdullah gritó, y Daoud se levantó de un salto y corrió hacia mí. Levanté una mano para que se apartara.

- No me toques, Daoud, estoy cubierta de barro.

Sin hacerme caso, me agarró y me estrechó contra su pecho.

- Oh, *Sitt,* ¡es usted! ¡Demos gracias a Dios! ¡Demos gracias a Dios!

Abdullah vino lentamente hacia mí: su rostro era impasible, pero la mano que colocó en mi hombro temblaba un poco.

- Así que está usted aquí. Qué bien. Yo no temía por usted, pero me… me alegro de que esté aquí.

Me llevaron a ver a Kadija, quien se abalanzó sobre mí con la amante ferocidad de una leona que ha recuperado a un cachorro perdido. Me quitó mis mugrientas ropas mojadas, me bañó y envolvió en mantas, me metió en la cama, y me dio un caldo caliente. Cuando se lo pedí dejó entrar a Abdullah una vez que estuve adecuadamente tapada, y entre cucharadas de caldo le conté lo que pensé que debía saber.

- Así que era ella -dijo Abdullah tirándose de la barba-. Nos dijo que usted se había ido de la escuela, y que no sabía a dónde. No teníamos razones para dudar de ella y la hemos estado buscando desde entonces, *Sitt.* Emerson pensó que había sido Sir Edward el que se la había llevado.

- Hay que avisar a mi marido -dije enseguida-. De inmediato. Él no sabe que esa malvada sigue viva. Abdullah, ella asesinó a aquella mujer a sangre fría: la drogó, la vistió con sus propias ropas, y esperó a que Emerson estuviera al otro lado de la puerta antes de… Debo regresar a la casa de inmediato. Quizás Kadija sea lo suficientemente buena para prestarme algo de ropa.

Abdullah movió la cabeza.

- En una de las túnicas de Kadija cabrían dos como usted, *Sitt* Hakim. Daoud ha ido a buscar a Emerson. No sé dónde está. Nos hizo ir a casa cuando se hizo de noche y empezó a llover.

- Oh Dios mío -murmuré-. Pobre Daoud, ahí fuera con este tiempo… No deberías haberle mandado eso, Abdullah.

- Y no lo hice. Ha sido su elección. Duerma ahora. Está ya a salvo, y la mantendré a salvo hasta que venga Emerson.

Miré su rostro resuelto y barbudo, y las fuertes manos morenas de Kadija, que sostenían el cuenco y la cuchara. Sí. Estaba a salvo con ellos y, de pronto, tan débil y adormilada como un bebé. Mis pesados párpados se cerraron; sentí que Kadija alisaba las mantas y su suave mano, acariciando mi pelo, antes de que me venciera el sueño.

Cuando me desperté ya se había hecho de día, y Kadija estaba a mi lado. Se levantó de inmediato y me ayudó a sentarme.

- ¿Has estado ahí toda la noche? -le pregunté-. Kadija, no habrás…

- ¿Dónde más iba a estar? Llueve mucho, *Sitt* Hakim; quédese ahí y le traeré algo de comer. Y -añadió con el rostro iluminado por una sonrisa-, algo que le gustará todavía más.

Pero Emerson había escuchado el ruido de voces, y vino antes de que ella pudiera traerle, abriéndose paso entre la cortina de la puerta, y arrodillándose ante la cama. La alegría de ese encuentro fue tan intensa que pasó algún tiempo antes de que yo pudiera hablar. De hecho, fue mi marido quien habló primero.

- Menos mal que no vine con los chicos -dijo, mientras me arropaba con la manta-. Estás en un escandaloso y delicioso estado de desnudez, Peabody. ¿Qué le ha pasado a tu ropa?

- Sabes perfectamente bien que ha sido Kadija la que me la ha quitado, Emerson. ¿Desde cuándo estás aquí? ¿Qué te ha contado Abdullah? ¿Qué…?

Emerson calló mi boca con la suya. Después de un breve intervalo se sentó sobre los talones, y advirtió:

- Cuando me acosas a preguntas sé que eres tú misma de nuevo. Creo que Kadija está discretamente detrás de la puerta; ¿quieres tomar café antes de seguir con el interrogatorio?

La habitación estaba caliente y bastante oscura, ya que las contraventanas habían sido cerradas para impedir el paso de la lluvia, y sólo había una lámpara. Yo me sentí bastante cómoda mientras nos tomábamos juntos el café y respondíamos el uno a las preguntas del otro. La historia de Emerson fue la más corta: no

había tenido motivos para sospechar de la veracidad de Sayyida Axnin cuando insistió en que yo nunca había entrado en la casa; las otras damas, la señorita Buchanan y su profesora, y la falsa señora Ferncliffe, habían verificado dicha afirmación y expresaron su alarma que, por parte de las primeras, era absolutamente auténtica. Así que Emerson llegó a la conclusión de que yo había sido capturada por alguien que esperaba en el carruaje cerrado, ya que éste no estaba allí cuando él volvió.

De hecho, debieron de transportarme en dicho vehículo, oculta entre un montón de alfombras. Después de unas cuantas preguntas agitadas, Emerson encontró un testigo que había visto ese carruaje en el muelle. Fue rápidamente de vuelta a la escuela para recoger a Ramsés y a David, que estaban registrando el lugar. Sayyida Amin no sólo había accedido a que lo hicieran, sino que había insistido en ello.

- Fui un condenado idiota por no haberla reconocido -declaró Emerson-. Llevaba velo, por supuesto, y había oscurecido su cara y sus manos, y…

- Y tú creías que ella estaba muerta. No te culpes por ello, Emerson. Tu insistencia le impidió seguirme al otro lado del río.

- Ni siquiera lo hicimos nosotros. El viento soplaba como una galerna y había empezado a llover mucho. Volvimos a la casa y nos ocupamos de los caballos; pobres criaturas, habían estado esperándonos a la intemperie durante horas. Nos cambiamos de ropa y tratamos de pensar qué hacer a continuación. Como yo creía que había sido Sethos el que te secuestró, no tenía ni idea de por dónde empezar a buscarte. Pero te habría encontrado, querida, aunque ello hubiera supuesto derribar cada casa de la ribera Occidental.

Le expresé mi gratitud.

- Pero seguramente -inquirí-, ¿no creerías erróneamente que Sir Edward era Sethos?

- No me extrañaría nada de ese bastardo -dijo duramente Emerson-. Y nunca he confiado plenamente en Sir Edward. Se comportaba de forma demasiado noble como para ser cierto. ¿No fuiste tú quien dijo que todo el mundo tiene un motivo oculto?

- Yo pensé que su motivo oculto era Nefret -admití-. Parece que estaba equivocada. Yo… yo me he equivocado en muchas cosas

estas últimas semanas, Emerson.

- ¡Caray! -Emerson colocó una de sus grandes manos morenas en mi frente-. ¿Tienes fiebre, Peabody?

- Otro de tus chistecitos, supongo. El tiempo pasa, Emerson, y debemos levantarnos y ponernos en acción. ¿Quieres que te hable de Sethos?

- No… aunque supongo que será mejor que me lo cuentes.

La narración duró mucho más de lo que debía, ya que Emerson no paraba de interrumpirme con murmullos y expresiones de enfado. Cuando acabé, se permitió a sí mismo decir la última palabra, «¡Maldito cerdo!» antes de hacer una observación sensata.

- ¿Por quién supones que se hace… se ha hecho pasar?

- Por un turista, espero. Hay cientos de ellos en Luxor. Su disfraz de la otra noche fue una de sus pequeñas bromas, creo. Era la viva imagen de Sir Edward, de no ser por el mostacho.

Emerson fue hacia la ventana y abrió las contraventanas.

- La lluvia ha cesado. Vine anoche, tan pronto como Daoud me dijo que estabas aquí, y los demás deben estar al llegar. Necesitamos un consejo de guerra.

- Es una tontería que vengan aquí. ¿Por qué no regresamos a la casa?

- Dudo que los chicos esperen mucho más. Estaban muy nerviosos por ti, querida. Admito que es difícil creerlo de Ramsés, pero parpadeaba bastante. Nefret estaba fuera de sí; no paraba de decir que había sido injusta y poco amable contigo, y que debía haber ido contigo a la escuela.

- Tonterías -dije yo, pero debo confesar que me conmovió y me gustó.

- De cualquier modo -siguió Emerson volviendo a mi lado-, Kadija me ha informado que ese frívolo traje que llevabas ayer está destrozado. No puedes montar a caballo envuelta en una manta. Supongo que yo podría llevarte en mi silla, como un jeque se lleva a casa su nueva adquisición para el harén, pero no creo que te sintieras cómoda -se quedó de pie, sonriéndome. Sus ojos azules brillaban tan intensamente como zafiros, y su pelo negro se ondulaba sobre su frente.

- Te amo, Emerson.

- Mmmm -dijo Emerson-. Tardarán todavía un rato en llegar, así

que…

Pero los jóvenes llegaron demasiado pronto para mí. Emerson tuvo apenas tiempo de arreglar la manta antes de que Nefret irrumpiera en la habitación y se precipitara sobre mí; Ramsés y David permanecieron de pie en la puerta. La cara de David se iluminó con una sonrisa, y Ramsés parpadeó dos veces antes de que Emerson les empujara para que salieran y cerrara la cortina.

Nefret me había traído ropa limpia. ¡Sólo otra mujer hubiera pensado en eso! Incluso me había traído mi cinturón de herramientas, y mientras me lo abrochaba alrededor de la cintura me juré a mí misma que no volvería a salir sin él. Luego, tuve que volver a contar mi historia: parte de ella era también nueva para Abdullah y Daoud, así que me llevó tiempo relatarla en detalle. Antes de que pudiera acabar, el sol se abrió paso entre las nubes, iluminando la habitación con una luz casi acuática.

- ¡Ese hombre otra vez! -explotó Abdullah-. ¿No nos libraremos nunca de él?

- Me extrañaría mucho que nos libráramos de él -dijo Ramsés-. Olvidemos a Sethos, al menos por ahora. Bertha es el peligro real.

- Puede que no sea el caso durante mucho tiempo -dije sobriamente-. Sethos conoce ahora su identidad, y también Sir Edward. Supongo que habrán tomado medidas para detenerla.

- Sería mejor que nos aseguráramos -dijo Ramsés.

- Sí, totalmente -asintió Emerson-. Esa mujer ha engañado a Sethos, y a nosotros mismos también, muy a menudo. Esta vez…

Cerró la boca de golpe, no necesitaba decir más. Uno debería templar la justicia con misericordia, pero en aquel caso yo no podía sentir piedad alguna hacia Bertha en mi corazón: ella nos mataría tan despiadada e implacablemente como un cazador ejecuta a un ciervo indefenso.

Decidimos que cruzaríamos a Luxor de inmediato. Daoud y Abdullah estaban decididos a acompañarnos, y cuando salimos de la casa vimos a media docena de nuestros hombres esperando, evidentemente con la misma intención. Selim estaba allí; nos saludó con un grito y una sonrisa, y se puso al lado de David cuando comenzamos a descender por el camino.

Me quedé desolada al ver la devastación que había causado la tormenta a su paso. La tierra se iba secando rápidamente, pero la

lluvia había excavado grandes zanjas en la ladera, y algunas de las casas más humildes, hechas de cañas y adobe, se habían desplomado junto a los montones de barro. Los residentes de Gurneh habían salido en masa a la calle y estaban inspeccionando y comentando sobre los daños; en algunos casos incluso habían comenzado a quitar los escombros.

- Espero que nadie haya resultado herido -le dije a Abdullah, que caminaba detrás de mí.

- Hubo tiempo para que salieran de sus casas, y otros lugares a donde ir -contestó el anciano con indiferencia.

- Sí, pero… -Me paré. Cerca de un montón de tierra informe había una mujer agachada, balanceándose hacia adelante y hacia atrás, y llorando con unos gemidos agudos-. Dios mío, Abdullah, debe haber alguien enterrado ahí debajo.

Cuando Abdullah gritó, los demás se giraron en redondo, pero ya era demasiado tarde; aunque se hallaban a tan sólo unos pasos de distancia, no habrían podido alcanzarla a tiempo para detenerla, pues ya tenía el dedo sobre el gatillo cuando se enderezó; ni siquiera se detuvo a lanzarme una maldición final, pues logró hacer tres disparos antes de quedar aplastada por el peso de varios de los hombres.

Oí el estallido de las balas, pero no las sentí ya que no fue mi cuerpo en el que hicieron blanco; sólo había tiempo para dar un paso, y sólo había un hombre que podía haberlo dado. Cayó hacia atrás, contra mí, y yo le agarré con ambos brazos antes de hundirnos juntos en el suelo. Yo me percataba de las voces que gritaban y las figuras que corrían, pero sólo remotamente; mis ojos y mi mente entera se hallaban fijos en el cuerpo del hombre cuya cabeza mecía entre mis brazos. La blanca túnica se había vuelto carmesí desde el pecho a la cintura, y la mancha se extendía a una velocidad terrible. Nefret se arrodilló a nuestro lado, presionando fuertemente con las manos las heridas. No fue preciso ver su cara pálida para saber que no había esperanzas. Abdullah abrió los ojos.

- Entonces, *Sitt* -dijo entrecortadamente-. ¿Me estoy muriendo?

- Sí -contesté, apretándole más fuerte.

- Está… bien. -Sus ojos que se apagaban recorrieron lentamente las caras que se inclinaban sobre él, y pareció complacido al verlas allí. Cuando se volvió hacia mí, sus labios se movieron, y yo incliné

la cabeza para oír las palabras que me susurraba. Pensé que se había ido, pero todavía tenía una última cosa que decir-. Emerson. Cuídala. Ella no es…

- Lo haré -Emerson tomó su mano-. Lo haré, viejo amigo. Vete en paz.

Fue él quien le cerró los ojos a Abdullah, y plegó las manos sobre su pecho. Se lo entregué a Daoud, Selim y David; tenían derecho a cuidar de él ahora. Todos lloraban. Nefret lloraba contra el hombro de Ramsés, y Emerson se dio la vuelta y se llevó la mano a la cara. Los serios y oscuros ojos de Ramsés se encontraron con los míos por encima de la cabeza inclinada de Nefret; mi hijo no había derramado ni una lágrima, ni yo tampoco.

Bertha murió de heridas múltiples, incluidas diversas puñaladas. Habría sido difícil averiguar qué mano asestó el golpe mortal.

No tengo un recuerdo muy claro de lo que sucedió inmediatamente después. Volvimos a nuestra casa para prepararnos para el funeral, que tendría lugar aquella misma tarde. Mi ropa estaba pegajosa por la sangre, pero rechacé la oferta que me hizo Nefret de ayudarme. Una vez que me bañé y me cambié, me dirigí a mi habitación; los demás estaban en el salón. Siempre consuela la compañía en casos de duelo, pero entonces yo no quise la de nadie, ni siquiera la de Emerson.

Y mis ojos seguían secos. Quería llorar; tenía la garganta tan tirante que apenas podía tragar, como si las lágrimas estuvieran apresadas por una barrera infranqueable. Me senté en el borde de la cama, con las manos unidas encima de mi regazo, y miré las ropas ensangrentadas esparcidas encima de una silla.

El no me había prestado ninguna atención, como al resto de las mujeres, la primera vez que nos encontramos. El cambio se había producido tan lentamente que era difícil recordar el momento preciso en que la suspicacia se había convertido en afecto, y el desdén en amistad, y luego en algo más. Recordé el día en que me condujo al horrible antro en el que Emerson estaba prisionero. Cuando me derrumbé, me llamó «hija» y me acarició el pelo; luego fue a reunirse con su gente, para liberar al hombre al que quería como a un hermano. No fue la única vez en la que arriesgó la vida por uno o varios de nosotros.

Recordé a mi frío e indiferente padre. Recordé a mis hermanos,

que me habían ignorado e insultado hasta que heredé el dinero de papá: la única cosa que él me había dado nunca. Pensé en el cálido abrazo de Daoud y los amorosos cuidados de Kadija, y las palabras del moribundo Abdullah, y supe que ellos eran mi verdadera familia y no los extraños que compartían mi nombre y mi sangre. E incluso entonces las lágrimas no acudieron.

Se divertía tanto cuando conspirábamos juntos contra Emerson, o cuando Emerson conspiraba contra mí. Recordé su sonrisa cuando decía, «Todos habéis venido a mí. Todos habéis dicho, "No se lo digas a los demás"»; y su manera teatral de refunfuñar, «Otro cuerpo muerto. ¡Todos los años otro cuerpo muerto!». El torpe modo en que había tratado de guiñarme un ojo…

Son las pequeñas cosas, y no las grandes, las que más duelen. La barrera que me atenazaba cedió, y me arrojé sobre la cama, envuelta en un mar de lágrimas. No oí la puerta cuando se abrió. No me di cuenta de la presencia de alguien más hasta que una mano se posó en mi hombro. No era Emerson. Era Nefret, con la cara húmeda y los labios temblorosos. Entonces, lloramos juntas, abrazadas la una a la otra. Los brazos de Emerson me habían consolado en muchas ocasiones, pero esto era lo que yo necesitaba ahora: otra mujer afligida como yo y que no se avergonzara de llorar.

Ella me sostuvo hasta que mis sollozos se convirtieron en un resuello, y acabé empapando mi pañuelo y el suyo. Me enjugué las lágrimas que me quedaban con los dedos.

- Me alegro de que fueras tú -le dije-. Emerson nunca tiene un pañuelo.

- ¿Está usted contenta, a pesar de todo? -sabía que mi pequeña broma era un modo de recobrar la compostura, pero parecía preocupada-. No sabía si debía venir. Esperé al otro lado de la puerta durante un buen rato; no sabía si me necesitaría.

- Tú eres mi querida hija, sí te necesitaba.

Esto hizo que ella volviera a echarse a llorar, así que yo lloré un poco también, y luego tuve que rebuscar entre mis cajones otro pañuelo. Me lavé los enrojecidos ojos, me alisé el pelo y luego fuimos juntas a la sala de estar. Ramsés y Emerson estaban allí, y también David, quien colocó algo de comida en una bandeja y me la trajo. Hablamos de cosas intranscendentes, ya que las

importantes todavía dolían mucho.

- Es una pena la escuela -dijo Nefret-. Supongo que ahora la cerrarán.

- La señora Vandergelt debería hacerse cargo -sugirió Ramsés.

- Una idea excelente -dije yo-. Saben ellos… ¿Han sido informados Cyrus y Katherine de lo que ha ocurrido?

Fue David quien contestó. Sus ojos estaban enrojecidos, pero mantenía la compostura; pensé que había ganado una nueva madurez y seguridad en sí mismo.

- Les escribí para contárselo. Enviaron un mensaje de vuelta: quieren venir esta tarde.

- Bien -aparté la comida que no había tocado, y me puse en pie-. David, ¿quieres venir conmigo un momento? Hay algo que quiero decirte.

*De la colección de cartas «B»*

…así que ya ves, querida Lía, ¡todo se va a arreglar! Tía Amelia va a escribir a tus padres y no dudo ni un momento que ellos harán exactamente lo que ella les dice.

No te aflijas por Abdullah. Si él hubiera podido elegir el modo de su muerte, éste sería el que él habría deseado. Da gracias por haberle conocido, aunque haya sido por poco tiempo, y alégrate como nosotros de que se haya ahorrado una enfermedad y una muerte lenta.

Creo que habrías encontrado conmovedor el funeral, a pesar de lo extraño. El cortejo estaba conducido por seis hombres pobres, la mayoría de ellos ciegos (no es difícil encontrarlos, lamentablemente, en este país en el que la oftalmía es tan común), cantando el credo: «No hay más Dios que Dios, y Mahoma es el Profeta;

¡Dios le bendiga y le salve!». A continuación iban los hijos, los sobrinos y los nietos de Abudllah, y después iban tres niños pequeños que llevaban una copia del Corán y cantaban con voz dulce una oración o poema sobre el Juicio Final. Las palabras eran muy bellas. Recuerdo solamente unos pocos versos: «Alabo la perfección de Él, que ha creado todo lo que tiene forma. ¡Qué generoso es! ¡Qué misericordioso es! ¡Qué grande es! Aunque un siervo se rebele contra Él, Él le protege».

El profesor y Ramsés se hallaban entre los privilegiados a los que

se les permitía transportar las andas sobre las que yacía el cuerpo, sin féretro, y envuelto en finas telas. Fátima y Kadija, y las demás mujeres de la familia estaban cerca. Los demás les seguíamos. Los Vandergelt estaban allí, por supuesto, y el señor Carter, y el señor Ayrton, ¡e incluso *monsieur* Maspero! Pensé que fue muy amable por parte de Maspero. Afortunadamente el profesor estaba demasiado ocupado intentando mantener firme el labio superior como para empezar a discutir con él. ¡Cómo se habría reído Abdullah!

Después de las oraciones en la mezquita fuimos al cementerio, y vimos cómo le depositaban para que descansara en su tumba. Te llevaré allí cuando vuelvas a Egipto. Es una hermosa tumba, como corresponde a su elevada condición; la cámara abovedada de ladrillos de barro está bajo tierra, y por encima hay un pequeño monumento que se llama *shahid.* Me llevé aparte a tía Amelia cuando volvieron a colocar las piedras de la techumbre y rellenaron el hueco.

No creo que ella se diera cuenta de cuánto le quería, o él a ella, hasta el final. ¿No dijo alguien que a una mujer se la conoce por los hombres que la quieren lo suficiente para morir por ella? (Si no lo ha dicho nadie, me lo apunto a mí misma.) Entonces, ¡qué no diríamos de tía Amelia! El profesor (por supuesto), el Maestro del Crimen, y un noble caballero egipcio, ya que eso era él por naturaleza, si no de cuna.

¿Y qué ha sido del Maestro del Crimen?, te preguntarás. Bien, querida, no hemos visto ni rastro de él. Y créeme, ¡el profesor ha buscado por todas partes! Tenías que haber visto su cara cuando tía Amelia repitió algunas de las cosas que le dijo Sethos. Esta vez no nos ha ocultado nada, lo cual no está mal; dudo que sea lo último que sepamos de Sethos. Francamente, querida, ¡me encantaría conocer a ese hombre! Se comporta como un perfecto caballero. Creo que eso es realmente lo que le vuelve loco al profesor; preferiría mucho más que Sethos se comportara como un sinvergüenza, para poder despreciarle.

Sir Edward también se ha ido. Nunca regresó a la casa, pero escribió al profesor. Era una carta muy educada y entretenida. Al menos yo la encontré entretenida. El profesor no.

*Mi querido profesor y señora Emerson: Espero que disculpen mi descortesía, al haberles dejado tan bruscamente y sin despedirme*

*siquiera; pero estoy seguro de que comprenderán mis razones. Les ruego que las consideren antes de decidirse a elevar una denuncia formal contra mí. Les sería difícil probar que yo he cometido un crimen, y los procedimientos serían desagradables y consumirían un tiempo innecesario para todos nosotros.*

*Les ruego acepten mis condolencias por la muerte de Abdullah. He aprendido a admirarle mucho, aunque temo que él no me correspondiera. Cierto caballero al que Vds. conocen me ha pedido que les exprese también su pésame. Se culpa a sí mismo (ya saben de la delicadeza de su conciencia) por no haber apresado a la dama. Dadas las inclemencias del tiempo, que sin duda recordarán, fuimos incapaces de llegar a Luxor antes de que ella se diera cuenta de su huida y la mía. Debió advertir que se acababa el juego y que nuestro amigo se hallaba tras su pista; les aseguro que estaba muy cerca. Llegamos a Gurneh casi una hora después del desgraciado incidente. Mi amigo me ha pedido también que les diga que un hombre no puede pedir mayor felicidad que la de morir por la mujer que ama, y que eso es algo que él sabe muy bien. Yo no puedo decir que comparta ese sentimiento, pero lo encuentro admirable.*

*Transmítanle mi estima (no me atrevo a ofrecer más) a la señorita Forth, y a su hijo y su amigo. Espero, de antemano, tener la posibilidad de volvernos a encontrar algún día.*

*Ruego crean en la más alta consideración de mi parte (pues soy yo realmente),*

*Edward Washington*

Reanudamos pronto el trabajo, pues no hay mejor modo de superar la aflicción que el mantenerse ocupado. Noté que disminuía el alegre entusiasmo de Emerson. Echaba de menos a Abdullah, como todos nosotros; era duro seguir sin él. Sin embargo, Selim se desenvolvía bien. En gran medida tenía el mismo aire de autoridad que había poseído su padre y los hombres le aceptaron sin discusión; sin embargo, cuando ellos empezaron a tomarle un poco el pelo, me anunció bastante seriamente que tenía la intención de dejarse crecer la barba.

La vida debe continuar, como le dije a Emerson (no reproduciré su respuesta). Sin embargo, no era sólo una cosa la que ensombrecía su capacidad de disfrutar del trabajo, sino una acumulación de ellas: el laborioso esfuerzo de limpiar la tumba número Cinco; el

aumento de las actividades sociales como consecuencia de la llegada de *monsieur* Maspero y de una serie de eruditos que querían ver el descubrimiento del señor Davis; y por encima de todo la frustración de ver cómo el señor Davis destrozaba uno de los descubrimientos más importantes que nunca se hayan hecho en el Valle de los Reyes. «Destrozo» había sido el término exacto empleado por Emerson, y también «importante», pero él tiende a exagerar cuando está de mal humor. Lo importante o no que pudiera ser el descubrimiento estaba aún por determinar, pero ciertamente tenía sus puntos de interés, y tenía que admitir que la limpieza de la tumba podía haberse llevado a cabo de mejor modo.

Cuando volvimos al Valle el jueves nos encontramos a Ned Ayrton quitando el terraplén del pasadizo de la entrada. El torvo gesto de Emerson mientras permanecía de pie, con las manos en jarras, contemplando semejante actividad, habría hecho temblar de pánico a más de uno. Ned comenzó a tartamudear.

- Señor, señora Emerson, buenos días a todos, me alegro de verles. Ojalá pudiéramos contar con Abdullah, ¿verdad? Aunque los paneles no sufrirán daño, como pueden ver; estoy introduciendo puntales a medida que quito los escombros que hay debajo, y estoy poniendo mucho cuidado, y… eh…

- Bastante cuidado -dijo Emerson con una voz parecida al rugido de un trueno. Miró hacia abajo, a las rayas de polvo de los peldaños-. Agua. Llovió ayer. Mucho.

- No ha habido ningún daño -dijo Ned; apenas le salía un hilo de voz, pero cuadró los hombros y habló con valentía-. Es cierto. *Monsieur* Maspero estuvo aquí ayer, y…

- ¿Estuvo aquí? -dijo Emerson.

Ramsés se apiadó de su joven y desdichado amigo.

- Padre, los hombres deben haber llegado ya; ¿no quiere asegurarse de que el techo del rincón más alejado está debidamente apuntalado antes de que comiencen? Selim no tiene la experiencia de Abdullah.

El deber, y la preocupación por la seguridad de sus hombres siempre era primordial para Emerson, así que dejó que David y Nefret se lo llevaran.

Con el permiso de su padre Ramsés pasó casi todo ese día y el siguiente con Ned, aunque no puedo imaginar que pudiera hacer

mucho por ayudar. Sus informes no eran muy alentadores, yo hubiera deseado que pudiera equivocarse sólo un poco.

- Había algo de agua en la tumba, incluso antes de la reciente tormenta -nos explicó-. Condensación o lluvia, a través de esa gran grieta del techo. No han hecho nada para estabilizar el pan de oro de los paneles. Para ser justos, uno no sabría qué utilizar; es muy frágil, y la mayor parte ya se ha perdido, sólo queda algo en la superficie; incluso el aire lo perturba.

Emerson colocó su cabeza entre las manos.

- Cera de parafina -sugerí yo-. La he utilizado a menudo con éxito.

- Ned pensó en ello, naturalmente. Pero habría que aplicarla con gran cuidado, casi gota a gota, y eso llevaría mucho tiempo.

Miré a Emerson preocupada; aunque tenía la cara oculta, se oían unos extraños gruñidos.

- Bien, no importa -dije con entusiasmo-. Es hora de que nos vayamos a arreglar. Katherine y Cyrus vienen a cenar.

Yo había invitado a los Maspero, pero *Mudante* pretextó un compromiso anterior. No me importaba, considerando el estado de ánimo de Emerson, y también el hecho de que tuviéramos muchos cabos que atar, asuntos que sólo podíamos hablar con nuestros viejos amigos.

La escuela era el principal interés de Katherine, y durante un rato no habló de otra cosa. El dueño del edificio resultó ser nuestro viejo amigo Mohassib, quien se había puesto más que contento poniendo el arrendamiento en manos de Katherine. Cyrus no estaba muy feliz ante semejante perspectiva.

- ¿Por qué no construimos una casa nueva? Ésa trae malos recuerdos.

- Pura superstición, querido -dijo Katherine desenfadadamente-. Esa mujer está muerta y su ayudante ha desaparecido. No se atrevería a volver a dejar que se la viera por Luxor. No podemos dejar plantadas a las estudiantes, ninguna de ellas sabía nada.

- Excepto algunas de las mujeres de la Casa de… de esa casa -dije yo-. Las autoridades me han asegurado que la cerrarán.

- Durante un tiempo, quizás -intervino mi poco delicado hijo con su cinismo habitual-. Los lugares como ése siempre acaban sobreviviendo, de una forma u otra.

- No si yo puedo evitarlo -dijo furiosamente Nefret-. La señora Vandergelt y yo vamos a buscar trabajos decentes para esas chicas, como criadas y sirvientas, aunque podrían recibir formación para otras cosas.

Cyrus se quedó con la boca abierta.

- ¿Criadas? ¿Dónde? Katherine, has…

- No, Cyrus, no te alteres. El personal doméstico es responsabilidad mía, ya lo sabes.

Hice señas a Fátima, que se apresuró a llenar el vaso de vino de Cyrus.

- Fátima será una de tus estudiantes, Katherine -le dije tratando de cambiar de tema-. ¿No es extraño que se pueda obtener algo bueno de esa malvada mujer? Aunque ciertamente no se trataba de su principal objetivo, Bertha se ocupó de aliviar la opresión femenina al abrir esa escuela, e incluso al elevar las aspiraciones de las más oprimidas de nuestro sexo.

Emerson me miró escéptico y Ramsés añadió:

- Y las asesinó horrible y despiadadamente cuando le convenía. Incluso eso ha sido una demostración de su perversa interpretación de la justicia. Aquéllas que no superaron su juicio, encontraron el destino que se muestra en el *Libro de los Muertos*. El monstruo Amnet tenía la cabeza de un cocodrilo.

- Caray, qué idea tan extravagante -exclamé yo-. Y además… -inconscientemente, me llevé la mano al amuleto que colgaba de mi cuello. Ramsés asintió:

- Sí. El mono que guarda la balanza, el símbolo que ella eligió para su organización. Ya se ha hecho justicia. Como usted dice, madre, es extraño cómo se desarrollan las cosas.

La noticia más sorprendente que me contó Fátima aquella misma tarde, era que Layla había vuelto a su casa de Gurneh.

- Qué desfachatez tan asombrosa -declaró Cyrus.

- La verdad es que no -repliqué yo, ya que había tenido tiempo de considerar el asunto-. Tan pronto como se enteró de la muerte de Bertha, y esas noticias literalmente vuelan, supo que podía volver segura. No deberíamos emprender acciones en su contra, ya que tenemos una deuda considerable con ella. Quizás yo debería hacerle una visita y…

Un juramento de Emerson indicó que desaprobaba aquella idea.

- Eso no sería aconsejable, madre -se apresuró a decir Ramsés.

- Pues… sí, creo que deberíais ir tú y David… o sea, a hacerle una breve visita. La gratitud es más importante que la conveniencia, y vosotros le debéis la vida. Deberíais hacerle un bonito regalo.

- Yo ya había previsto hacerlo, madre -asintió mi hijo. Y de hecho, cuando saqué el tema algunos días después, me aseguró que ya lo había hecho

[6].

Durante los días siguientes, Cyrus desatendió sus propias excavaciones con las que, según admitía con franqueza, se estaba empezando a aburrir. No era el único arqueólogo que anhelaba echar un vistazo a la cámara mortuoria de la tumba del señor Davis. Nuestro viejo amigo, el reverendo señor Sayce, llegó a Luxor, y el señor Curelly, M. Lacau… el flujo de visitantes era interminable y se veía aumentado (según Emerson) por cualquiera que demostrara ser miembro de la buena sociedad y declarara su interés por entrar. Cyrus fue uno de ellos (de la primera categoría, no de la última) para gran deleite suyo; Katherine declinó amablemente la invitación, a pesar de la descripción entusiasta de su marido de la corona real («Pectoral», interrumpió Ramsés) y de los paneles cubiertos de oro («Lo que queda de ellos», murmuró Emerson).

El pasadizo de la entrada había sido despejado para entonces; el pobre panel descansaba sobre un armazón de madera, cualquiera que entrara tenía que agachar la cabeza y pasar por debajo. Cuando realicé mi visita a la cámara mortuoria, ya que no vi razón alguna para no aceptar la invitación cuando cada frívolo turista de Luxor ya había estado allí, me sorprendió ver cómo se habían deteriorado las condiciones desde mi primera visita; parecía como si hubieran alfombrado el suelo con los trozos de oro que se habían desprendido de los paneles del sepulcro. El fotógrafo había colocado el trípode contra el sarcófago, a fin de tener una visión más próxima de los cuatro vasos canopes, que permanecían todavía en el nicho. Me temo que me propasé. Volviéndome a Ned, que me había acompañado, grité:

- ¡Los paneles! ¿Por qué no han bajado el que está apoyado contra la pared?

Unos pocos desconchones de oro adicionales cayeron

suavemente al suelo, y se escuchó una ahogada queja de protesta que venía de la negra capota de la cámara fotográfica.

- Sí señor, ahora mismo -Ned me tiró de la manga-. Haríamos mejor en quitarnos de en medio, señora Emerson. El señor Paul se pone muy susceptible si hay gente alrededor cuando está a punto de disparar. Puede volver usted mañana cuando haya terminado.

Yo estaba tan turbada por lo que había visto, que el significado de su última frase no penetró en mi mente hasta que ya habíamos salido de la tumba.

- ¿Ha dicho que el fotógrafo terminaría hoy? -le pregunté-. Pero volverá a fotografiar a la momia cuando levanten la tapa del sarcófago, ¿no? ¿Cuándo será eso?

- No estoy seguro. Depende del señor Davis.

- Y de *monsieur* Maspero.

- Desde luego -añadió Ned rápidamente-. Mi amigo Harold Jones estará aquí durante unos días, para hacer bosquejos y dibujos.

- Pensé que eso lo estaba haciendo el señor Smith, el amigo del señor Davis.

- Lo estaba. Eh… no es muy agradable estar ahí abajo, entre el calor y el polvo.

- No, no lo es.

Ulteriores pesquisas me dieron la información que yo esperaba no haber oído. El señor Davis había despedido al fotógrafo, que iba a volver a El Cairo tan pronto como terminara de revelar la última de sus placas. Como sabrán todos mis lectores (y en caso contrario es que no han prestado atención a mis observaciones sobre las técnicas de excavación) esto significaba que no habría documentación fotográfica alguna de la cámara mortuoria o de la momia misma. Según me informaron, el señor Davis no tenía intención alguna de contratar a otro fotógrafo.

La persona que me informó de esto fue el señor Weigall. Salí a su paso aquella misma tarde, cuando él abandonaba el Valle y, como le tenía acorralado de espaldas al risco, no podía huir sin golpearme. Le hice ver, con mis modales más delicados, que, como representante del Departamento de Antigüedades, debía insistir en este requisito básico. Evidentemente no tenía intención de hacerlo, o de recurrir a la autoridad de *monsieur* Maspero. Cuando le ofrecí los servicios de David y Nefret, Weigall se mordió el labio y dijo con

falsedad que le hablaría al señor Davis de mi generosa oferta.

El último recurso fue suplicarle al mismo Maspero. Aunque no tenía grandes esperanzas de éxito, decidí que lo debía intentar. Cuando volvimos a la casa, y me disponía a enviar una nota invitándome a mí misma a tomar el té con él y *Madame,* ya que la situación era lo suficientemente desesperada como para justificar esos malos modales, Fátima me entregó un mensaje que cambió mis intenciones. Había llegado aquella tarde, y provenía de una fuente sorprendente: el señor Paul, el fotógrafo.

El mensaje era aún más asombroso. El señor Paul lamentaba no haber tenido la oportunidad de haberme sido presentado, ya que por supuesto conocía mi reputación. Tenía noticias de vital importancia que sólo me podía contar a mí. Pensaba irse en el tren de la tarde hacia El Cairo; ¿querría yo encontrarme con él en la estación, para mantener una breve conversación que estaba seguro que sería de considerable interés para mí?

Estoy segura de que no es necesario que repita los pensamientos que pasaron por mi mente. El astuto lector se anticipará a ellos. Mi decisión era igualmente fácil de adivinar. ¿Por qué no ir? No había peligro, ya que el andén estaría lleno de turistas y lugareños esperando al tren. Mi idea de hacerle una visita a *monsieur* Maspero podría servir como excusa de mi ausencia.

Tomé la precaución de ponerme mi traje de trabajo, completado con mi cinturón de herramientas y mi más pesada sombrilla, en vez del bonito traje que había planeado llevar. Emerson, la única persona a la que informé de mis supuestos planes, no puso ninguna objeción; la única condición que exigió fue que permitiera que uno de nuestros hombres me acompañara.

Con Hassan tras de mí a una distancia respetuosa, llegué a la estación del ferrocarril unos quince minutos antes de la salida del tren. El andén era un caos de cuerpos y voces elevadas que empujaban y se abrían paso. Me situé cerca de una de las paredes de la estación, con la sombrilla firmemente agarrada, y sin dejar de observar fijamente a la multitud, en alerta.

Yo nunca había visto al señor Paul cara a cara, pero cuando él se dejó ver le reconocí inmediatamente; llevaba unas gafas con montura de oro, y un traje de franela a rayas bastante vulgar; unos mechones de pelo gris se adherían a su cabeza calva. Tenía los

hombros caídos, y un caminar lento y agarrotado, como el de un hombre que padece reuma.

A medida que vino hacia mí sus pasos se hicieron más elásticos, su encorvada figura se enderezó, y su cabeza se irguió. Era como una transformación de cuento de hadas, cuando la varita de un mago convierte a un viejo encorvado en un príncipe. Casi se me paró el corazón de la impresión.

- No grite, se lo ruego -dijo Sethos-. En caso de que lo intentara, me vería forzado a silenciarla de un modo que a mí me agradaría mucho, pero que usted se vería obligada a rechazar. Y piense en el daño a su reputación. ¡Besar a un extraño en el andén del tren, en presencia de cincuenta personas!

Tener una pared a la espalda impide que los rivales se acerquen sigilosamente, pero también impide despistar a dichas personas cuando éstas se hallan directamente enfrente. Sethos alargó los brazos y se apoyó contra el muro como por casualidad, sin embargo, yo sabía lo que pasaría si intentaba alzar mi sombrilla, o trataba de escapar.

- No podría besarme usted durante mucho tiempo -le dije dudosamente.

Sethos echó la cabeza hacia atrás y soltó un grito ahogado de risa.

- ¿Cree que no? Mi querida Amelia, me encanta el ' modo en que va directa al grano. La mayoría de las mujeres chillarían o se desmayarían. Ciertamente yo podría estar besándola durante el tiempo necesario para que mis dedos encontraran cierto nervio que la dejaría inconsciente al instante y sin dolor. No me tiente. Sugerí esta cita porque quería despedirme de usted en circunstancias más románticas que las de nuestro último encuentro, y porque pensé que tendría algunas preguntas que hacer.

- Y porque quería alardear -le dije con desdén-. Es un disfraz excelente, pero le habría reconocido si le hubiera mirado con atención.

- Posiblemente, tomé la precaución de pasar casi todo el tiempo en las profundidades de esa tumba -Sethos sonrió burlón-. He aprendido mucho de fotografía estos últimos días.

- ¡Maldita sea! La noche que Sir Edward fue a cenar con usted…

- Me dio unas rápidas lecciones sobre un tema del que yo era un

auténtico ignorante -reconoció Sethos amigablemente-. Soy un hombre con muchas aptitudes, pero la fotografía no es una de ellas. Las placas que tomé el primer día eran un absoluto desastre. De hecho, eran tan malas que decidimos que era mejor que Edward viniera y me «ayudara». Tras eso, él hizo todo el trabajo. Pero me temo que el señor Davis se va a quedar muy decepcionado cuando vea algunas de las fotografías.

Un terrible presentimiento me sacudió.

- ¡Oh, caray! ¿Quiere decir que no hay ninguna documentación fotográfica después de todo?

- Realmente se preocupa usted por sus malditas… perdóneme, por sus tumbas quería decir, ¿verdad? -su sonrisa ya no era burlona, sino cariñosa y amable. Yo aparté la mirada. Sonó el silbato del revisor y Sethos echó un vistazo por encima del hombro-. Esto es lo que yo quería que usted supiera, Amelia. No puedo entregarle al señor Davis todas las fotografías que tomó Edward; incluso un triste incompetente como él se daría cuenta de que algunos de los objetos que se muestran en las fotografías ya no están en la tumba… o en el sarcófago.

- ¡Qué! ¿Cómo? ¿Cuándo?

- La noche antes de que *monsieur* Maspero llegara a Luxor. -Aquellos extraños ojos tras las gafas con montura de oro brillaron-. Es difícil sobornar a esos pobres diablos de los centinelas, aunque su marido puede considerarse afortunado de que Edward lograra convencerle de que no acudiera al Valle aquella noche. Venga, querida Amelia, no trate de parecer tan indignada. El robo de tumbas es mi profesión, ya lo sabe.

- ¿Qué se llevó? Cómo…

- Temo que no haya tiempo para responder a todas sus preguntas. Le aseguro que hice el menor daño posible, creo que menos que ese hatajo de supuestos eruditos profesionales. Tengo empleados a algunos de los más expertos restauradores del mundo, o falsificadores, si prefiere ese término, y los artefactos que me llevé serán bien cuidados. La documentación fotográfica está completa. Un día, cuando deje de interesarle a la justicia criminal, la pondré a disposición del mundo, y a la suya. Lo hice por usted, ¿sabe? ¡Qué cierto es que la influencia de una noble mujer puede reformar a un hombre perverso! Adiós, querida Amelia. Por ahora.

El tren se había empezado a mover. Sethos inclinó la cabeza y pensé por un momento que iba a… Yo no podría haber hecho nada al respecto. En vez de eso, sus labios rozaron mi frente y luego se dio la vuelta y se echó a correr. Lanzándose a los escalones del último coche me envió un beso de despedida.

Creo que lo que más me halagó fue que diera por sentado que no me molestaría en telegrafiar a las autoridades de El Cairo. Para cuando el tren llegara a esa ciudad, el señor Paul ya no estaría a bordo.

¿Volví corriendo a casa para contarle todo a Emerson? No. Ya se lo contaría a él y a los demás a su debido tiempo; me había propuesto no ocultarles nada. Pero el momento no había llegado.

# Capítulo 16

Dieciséis

La catástrofe final, como debo llamarla, tuvo lugar el viernes siguiente. Nefret fue la única de nosotros a la que se le permitió estar presente cuando la momia quedó finalmente al descubierto. No sé cómo se las arregló, y prefiero no averiguarlo; sus aptitudes eran tan buenas o mejores que las de la mayoría de las personas que estábamos allí, pero sospecho que no fue con su experiencia profesional con lo que se ganó el permiso del señor Davis y *monsieur* Maspero. Les observamos al pasar: Maspero y Weigall; Ned y el señor Davis con sus absurdas polainas y el sombrero de ala ancha; y el omnipresente señor Smith.

La tarde había avanzado antes de que volvieran. La estábamos esperando, como una bandada de buitres, según dijo Ramsés, fuera de la tumba, ya que nuestra creciente curiosidad hacía imposible que trabajáramos; finalmente habíamos despedido a los hombres y buscado un lugar a la sombra. Emerson fumaba con furia, y yo trataba de distraerme haciendo anotaciones en mi diario. Ramsés garabateaba en su libreta, aparentemente insensible a la curiosidad; sin embargo, fue el primero en ponerse en pie cuando Nefret vino tambaleándose camino arriba. Se dirigió a su encuentro y la ayudó a acomodarse en una roca cercana, mientras yo descorchaba mi botella de agua.

Emerson se quitó la pipa de la boca.

- ¿ Queda algo del ataúd o de la momia? -preguntó.

Su aparente tranquilidad debió ponerla alerta, pero estaba demasiado trastornada para preocuparse. Se limpió la boca con la

manga y me entregó la botella.

- La tapa del sarcófago está en tres piezas. La tienen sobre bandejas acolchadas. La momia…

La cabeza y el cuello de la momia ya estaban al descubierto. Cuando Maspero y los demás levantaron la tapa del sarcófago encontraron que el cuerpo estaba totalmente cubierto por láminas de oro fino; las quitaron, y luego levantaron el cuerpo.

Emerson soltó un grito como el de un animal herido.

- Ahora viene lo peor -dijo Nefret; hablaba muy deprisa, pues quería acabar cuanto antes-. Había agua debajo de la momia. Y más oro. Una de las láminas tenía inscripciones. *Monsieur* Maspero dijo que era uno de los epítetos de Akhenaton. El cuerpo en sí estaba envuelto en lino, muy fino, pero oscuro. El señor Davis agarró el lino y empezó a tirar de él, con lo que la piel se desprendió, dejando al descubierto las costillas. Había una gargantilla… un collar, más bien. El señor Davis lo extrajo y estuvo escarbando en busca de abalorios sueltos, y luego el resto de la momia se… se desintegró convirtiéndose en polvo. No queda nada excepto los huesos.

- ¿Y qué ha pasado con la cabeza? -preguntó Ramsés. Parecía bastante calmado, pero sacó la pitillera del bolsillo y encendió un cigarrillo. Yo no hice ningún comentario.

- El señor Davis extrajo el pectoral… todavía cree que se trata de una corona. El rostro estaba dañado, pero todavía quedaba algo de piel. Al principio. Uno de los dientes se desprendió cuando él… Bueno, para hacer corta la historia todos ellos se pusieron a bailotear alrededor y se felicitaban unos a otros, y el señor Davis seguía gritando: «¡Es la Reina Tiyi! La hemos encontrado». Aunque eso no es así, como ya sabéis.

- ¿Qué quieres decir? -le pregunté. Emerson alzó la cabeza.

- Querían ir en busca de un médico para que inspeccionara los huesos -explicó Nefret-, para ver si podía determinar el sexo. Pero no había… -ella me miró-. Al menos yo no vi… Pero puede que se me escapara.

- No -dije yo-. No si el cuerpo se hizo pedazos tan rápidamente. Pero tú estabas allí; ¿por qué necesitaban otro médico cualificado?

- No sea absurda, tía Amelia. ¿Cree que alguno de ellos me consideraría cualificada? ¿A una mujer? Ned intervino en mi favor, y el señor Davis consintió en dejarme echar un vistazo… riéndose

divertido sólo con la idea. Le dije que no era un esqueleto femenino, pero él simplemente siguió riéndose.

- ¿Estás segura del sexo? -preguntó Ramsés.

- Tan segura como puedo estarlo después de un examen tan breve. Yo no me atreví a tocar nada; el cráneo estaba deteriorado, pero las partes no dañadas eran típicamente masculinas: las crestas supra orbitales, la musculatura general, la forma de la mandíbula. Ellos no me habrían dejado medir nada, pero el ángulo del arco púbico parecía…

- Entonces, el esqueleto estaba intacto -dije yo.

- Excepto la cabeza, que estaba en mal estada-admitió Nefret.

- Entonces es Akhenaton -exclamó Emerson-. Los restos del más enigmático de todos los faraones egipcios, ¡toqueteados por un hatajo de buitres en busca de oro!

- El señor Davis sigue pensando que se trata de la reina -dijo Nefret-. Incluso salió en busca de un médico… un médico de verdad -su sentido del humor le hacía sobreponerse a su decepción profesional; se echó a reír-. Podéis imaginarle precipitándose sobre los turistas vociferando, «¿Hay algún médico en la sala?». Volvió arrastrando a un infeliz ginecólogo americano, y estuvo vigilando al pobre hombre sin dejar de gritar «¡Hemos encontrado a la Reina Tiyi! Es un esqueleto femenino. Indudablemente femenino, ¿no es verdad, doctor?». Bien, ¿qué podía decir el pobre hombre? Asintió y escapó. Y yo hice lo mismo. No lo podía soportar más tiempo.

- Padre, ¿observó usted bien la inscripción jeroglífica del sarcófago?

- No suficientemente bien -replicó Emerson amargamente-. Las volutas habían sido borradas, pero los epítetos eran los de Akhenaton. «Vive la verdad, hermoso hijo del Atón», etcétera.

- Correcto -dijo Ramsés con una apariencia tan enigmática como la de Akhenaton.

Emerson le dirigió a su hijo una mirada suspicaz.

- ¿Qué quieres decir?

- No lo digas -exclamé yo-. Alguien viene; creo que oigo la voz del señor Davis. Sujeta a tu padre, Ramsés.

La culpa de todo la tuvo el señor Davis. Si hubiera pasado de largo con los demás, yo habría podido mantener callado a Emerson, pero, por supuesto, tenía que pararse y regodearse.

- Espero que sepa apreciar usted su buena suerte, querida -dijo dándole una palmadita a Nefret en la cabeza-. ¡Haber estado presente en tal ocasión!

- Fue muy amable por su parte permitirme estar allí, señor -murmuró Nefret.

- Sí, felicidades -le dije tirando de Emerson, que permanecía en pie como una roca, habida cuenta también de la rigidez de su cara-. Debemos irnos. Es muy tarde. Buenas tardes, *monsieur* Maspero, señor Weigall, señor…

- Una chica encantadora -observó Davis dirigiéndome una sonrisa-. ¡Encantadora! No debería dejar que se enredara con las momias, sabe usted. Benditas mujeres, no tienen cerebro para esas cosas. Se imagina, ¡me dijo que no era la reina!

*Monsieur* Maspero carraspeó.

- *Mais, mon ami…*

- Y no trate de decirme algo en contra, Maspero. Sé lo que he encontrado. Por Júpiter, ¡qué triunfo! -exclamó, y luego, administró el golpe de gracia-: Pueden asomarse un momento mañana si quieren echar un vistazo. No desordenen nada.

Ahí fue cuando ocurrió la catástrofe. Yo no podría… no puedo, por decoro, reproducir las observaciones de Emerson. Algunas de ellas, en su execrable francés, fueron dirigidas a *monsieur* Maspero, pero la mayoría cayeron sobre la indignada cabeza del señor Davis, quien, para ser justos, no tenía la menor idea de por qué mi marido estaba siendo tan grosero. ¡Y después de su amable invitación, además!

Aquel desagradable incidente finalizó cuando Davis pidió que los Emerson al completo fueran expulsados del Valle. Sólo su amable indulgencia nos había permitido trabajar allí, ya que él poseía el permiso de excavación; había tratado de ser complaciente; había hecho más concesiones de las que se podían esperar de él. Pero, por Júpiter, ¡no había razón para que tuviera que soportar ese tipo de… eh… grrr… cosas!

Davis y Emerson se intercambiaron gran cantidad de gritos; a su alrededor se congregó una multitud de espectadores curiosos. Maspero no intentó decir una sola palabra; permaneció quieto mesándose la barba y mirando de un orador a otro. Evidentemente, era demasiado cobarde para tomar cartas en el asunto, y esperaba

que yo lo hiciera. Estoy acostumbrada a que los hombres reaccionen así. Emerson no pondría nunca una mano encima de un viejo con un carácter tan débil como el señor Davis, pero éste parecía al borde de un ataque cardíaco, y yo no quería que mi marido tuviera eso sobre su conciencia. Así que alcé mi voz hasta un tono que pocos pueden ignorar, y les dije a él y a Emerson que se callaran; los amigos de Davis se agolparon a su alrededor; nosotros hicimos lo propio con Emerson.

Conseguí captar la atención de mi marido, poniéndome de puntillas, tirando de su cabeza hacia abajo y susurrándole directamente al oído:

- Tengo algo que contarte, Emerson. Algo importante. Ven aquí, donde el señor Davis no pueda escucharnos.

Mi marido negó con la cabeza, irritado, pero para entonces el séquito del señor Davis se había apartado de él, y éste se había calmado un poco. Pudimos llevarle a la tumba donde descansábamos, y convencerle para que tomara algo fresco.

Volvió a estallar con tanta violencia como antes cuando le hablé de mi encuentro con Sethos, y por una vez sus juramentos impidieron una conversación razonable. Ramsés (que no tenía los mismos prejuicios que su padre contra el Maestro del Crimen) fue el primero en darse cuenta de la importancia de aquel encuentro.

- ¿Quiere decir que hay documentación fotográfica completa después de todo? -preguntó-. Sin embargo, seguramente no la habrá de la momia. ¿Cómo pudo arreglárselas?

- Te aseguro que no lo sé -le repliqué-. Pero me dijo que él, o más bien él y Sir Edward, lo habían conseguido. ¿No es un pequeño consuelo saber que tal documentación existe? Y puede que la copia de David del panel del sepulcro y de la puerta del pasadizo sean las únicas pruebas de esos objetos.

- Venga, Peabody, no sé de dónde has sacado semejante idea… -dijo Emerson lanzándome una mirada culpable.

- Estaba encima de tu escritorio, Emerson -repliqué con firmeza aunque no con toda la verdad-. En cualquier caso, sé que estabas detrás de algo aquella mañana en que fuiste temprano al Valle con los chicos. Sabes que nunca podrás hacerlo público, ¿verdad? No tienes derecho a hacer una cosa así.

- Mmmm -murmuró Emerson a regañadientes.

- Buena parte de nuestras actividades en esa tumba no pueden hacerse públicas -advirtió Ramsés-. No si queremos volver a trabajar en Egipto.

Emerson consideró oportuno cambiar de tema.

- Maldita sea, Amelia, ¿por qué no me dijiste esto antes? ¡Podríamos haber cogido a ese bast… a ese canalla!

- Lo dudo -dijo Nefret. La risa iluminaba sus ojos y su voz-. De cualquier modo, profesor, ¿le habría entregado a las autoridades después de que salvara a tía Amelia?

Emerson consideró esa cuestión.

- Más bien habría tenido la satisfacción de haber hecho papilla a ese bribón… y de forzarle a devolver los objetos que robó de la tumba. ¿Te dijo dónde estaban, Peabody?

Negué con la cabeza.

- Podríamos tratar de averiguarlo -propuso Ramsés-, comparando lo que hay ahora en la cámara mortuoria con la lista que hice después de mi primera visita.

- Ned podrá hacer lo mismo, ¿no? -pregunté yo.

- Posiblemente -dijo Ramsés-, pero me atrevo a decir que su memoria no es tan precisa como la mía.

La falsa modestia no es una cualidad por la que mi hijo se caracterice, y como la afirmación era indudablemente cierta, nadie le contradijo.

- Ninguna sospecha caería sobre el fotógrafo -prosiguió Ramsés-. Literalmente ha habido docenas de personas que han entrado y salido de esa tumba durante los últimos días, incluyendo a los trabajadores del señor Davis. Después de todo, tenemos con Sethos una deuda de gratitud, al haber conservado objetos que habrían sido dañados o robados por ladrones menos expertos. No me sorprendería que alguno de ellos apareciera en el mercado de antigüedades.

Y eso fue exactamente lo que pasó. Un hombre de Luxor le mostró a Howard Carter los trozos de oro y los fragmentos de joyería. El tipo se los ofreció al señor Davis por cuatrocientas libras y una promesa de inmunidad. Davis, según me dijeron, se sintió profundamente herido por la deslealtad de sus trabajadores.

*Del Manuscrito H*

- ¿Qué supones que hará ahora el profesor? -preguntó David.

Era la primera vez que tenían oportunidad de mantener una conversación en privado desde el desastre de la tumba de Davis. Por razones que sólo ella conocía, Nefret había decidido hacer una especie de celebración; había cedido, fingiendo que le gustaba el whisky, pero también había una botella de vino y algunos de los pasteles de azúcar de Fátima. Estaban en la habitación de Ramsés, ya que Horas había tomado posesión de la cama de Nefret y se negaba a dejar entrar a cualquiera de los dos hombres en su dormitorio.

Repantingado en su sillón favorito, con los pies colocados encima de una cómoda baja, Ramsés se encogió de hombros.

- No nos lo contará hasta que todo esté preparado y en orden, pero creo que puedo tratar de adivinarlo: nos dejará terminar las copias en el templo de Seti, mientras que él, madre y Nefret seleccionan otro lugar para el próximo año.

- ¿Por qué yo? -preguntó Nefret. Estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, con la falda de seda de su túnica azul esparcida a su alrededor, como una ninfa acuática en un estanque-. Ellos estarán más contentos solos, y yo podría ayudaros.

- Sabes que no estaría bien -dijo Ramsés con aspereza-. La gente murmuraría.

- No hace falta que te enfades. Sé que lo harían y no me importa. Dios mío, qué pesada es «la gente».

- Cierto -asintió Ramsés-. Espero que nos vayamos a casa antes de lo habitual. Eso hará feliz a una persona, por lo menos.

David no había estado escuchando; con los ojos cerrados y los labios curvados en una sonrisa, estaba a su aire, en un trance feliz.

- Despierta -le dijo Ramsés cariñosamente; extendió el pie embutido en la bota, y dio un golpe a David en el hombro.

- Te he oído. ¿Crees que nos iremos pronto? ¿De verdad?

- Déjalo de mi cuenta, David -rió Nefret-. ¿Cuántas veces le has escrito desde que se fue?

- Todos los días. Pero las cartas no son muy… -Él se calló, mirándola fijamente-. ¿De dónde has sacado eso?

Nefret encendió una cerilla y la dirigió al extremo del largo y fino puro que sostenía entre sus dientes. Sus mejillas subían y bajaban como un fuelle a medida que daba bocanadas.

- ¿De la señora Vandergelt? -sugirió Ramsés, agarrándose a los

brazos del sillón y tratando de controlar su voz.

- Me apetecía probarlo -explicó Nefret después de encender cuatro cerillas y toser un poco-. No entiendo por qué os parece tan gracioso. El señor Vandergelt se rió también, pero juró que no se lo contaría a tía Amelia. Sin embargo, no sé qué pensar. ¿Por qué huelen mejor de lo que saben?

- Se supone que no tienes que tragar el humo -dijo Ramsés.

- Ah, ¿de verdad? Mmm -Nefret soltó una nube de humo-. Creo que ya le he cogido el truco. ¿Me servís un vaso de vino, por favor?

- ¿Para que te perviertas del todo? -dijo Ramsés. Sin embargo, dejó que David le diera el vino; él tenía miedo de acercarse más.

- Esto no es una perversión, está muy bien. -Nefret se apoyó contra la cabecera de la cama, y les sonrió a los dos-. Es glorioso. No quiero que nada cambie. Quiero estar así siempre.

- Cómo, ¿bebiendo vino y fumando puros? Te emborracharás completamente, si no ocurre algo peor -dijo Ramsés.

- Nunca me he emborrachado. Me gustaría probar alguna vez.

- No, no te gustaría -Ramsés se imaginó a Nefret riendo y ligeramente inestable, con el pelo suelto y los labios separados… y tuvo que darse a sí mismo una fuerte patada mental.

- Ya sabes lo que quiero decir -dijo Nefret-. Me gusta el modo en que estamos, todos nosotros. Casi podría enfadarme contigo, David, por cambiar las cosas, pero no lo estoy realmente, ya que Lía es un encanto y no te apartará de nosotros. Con los hombres es diferente. Traen a sus mujeres a casa, como han hecho siempre. Las mujeres tienen que abandonarlo todo cuando se casan: sus hogares, su libertad, incluso sus nombres. Así que yo no lo voy a hacer.

Ramsés se quedó sin habla. Fue David quien replicó, después de lanzarle una nerviosa mirada a su amigo:

- ¿No te casarás? ¿No es eso un poco… eh… terminante? ¿Qué pasará si te enamoras de alguien?

Nefret agitó su puro.

- Entonces él tendrá que adoptar mi nombre y hacer lo que yo quiera, y venir a vivir con vosotros, y con tía Amelia y el profesor.

- No estoy seguro de que madre consintiera ese arreglo -dijo Ramsés-. Probablemente espera que llegue el día en que se pueda deshacer de todos nosotros.

- Tú traerás a tu esposa a casa, ¿no?

- No -dijo Ramsés-. No a casa de madre. No… ¿podemos hablar de otra cosa, por favor?

David le dirigió una rápida mirada y le preguntó a Nefret dónde pensaba que debían excavar durante la temporada siguiente. El puro fue también una ayuda; se le puso la cara un poco verde cuando lo terminó, y declaró que estaba lista para irse a dormir. David le acompañó hasta la puerta, y cerró con cuidado cuando ella hubo salido.

Ramsés estaba muy rígido, con la cabeza entre las manos. David le dio ligeramente en el codo.

- Tómate otro vaso de vino.

- No. Eso sólo lo empeorará. -Se dirigió a la jofaina y se echó agua en la cara, y luego permaneció de pie, chorreando sobre la palangana, con las manos en tensión sobre la mesa.

- No es eso lo que ella quería decir -dijo David.

- Claro que sí, maldita sea. -Ramsés se limpió la cara con la toalla, la tiró al suelo, y volvió a su silla-. Es como una niña -dijo sin esperanza-. ¿Qué le ocurrió, durante todos esos años, para que se volviera tan… tan inconsciente? Ella nunca nos ha hablado de ello. Crees que alguien…

- ¿Es eso lo que te atormenta? No, Ramsés. Yo no creo que le hayan hecho daño, es demasiado cariñosa, abierta y feliz. Ella cambiará -David dudó, y luego añadió con tiento-. Quizás podrías…

- ¡No! -Forzando una sonrisa, Ramsés añadió-: Oh, sí, claro que podría. Dios sabe que me encantaría. Pero sería arriesgarse demasiado, podría acabar perdiendo lo que ya tengo, y es demasiado precioso para arriesgarlo: su confianza, su compañía. Tú y ella sois mis mejores amigos, David. Quiero su amor además de esto, no en vez de ello.

David asintió con la cabeza.

- Tienes razón, no hay manera de forzarlo o de pronosticarlo siquiera. Puede surgir de repente, como una avalancha. Aquel día en el jardín con Lía… Pero ya te lo he contado, ¿verdad?

- Una o dos veces -a Ramsés se le borró la sonrisa de la cara. Bruscamente dijo-: Me voy a ir.

- ¿Qué?

- No ahora mismo, ni para siempre. Pero debo alejarme de ella durante un tiempo, David. Se está escapando a mi control y no

puedo… enfrentarme a ello.

Los ojos oscuros de David estaban llenos de simpatía.

- ¿Adonde irías?

- No lo sé. Berlín, Chicago, Sudán… algún oasis en medio del Sahara donde pueda estudiar ascetismo, rascarme las pulgas y aprender a controlar mis sentimientos.

- A veces creo que los controlas demasiado bien -dijo David sentándose en la cómoda.

- Externamente, quizás. Es lo que ocurre por dentro lo que me aterra.

- Te comprendo.

No, pensó Ramsés, no lo comprendes. No lo comprendes en absoluto. Y sólo le pido a Dios que no lo comprendas nunca.

No me gustaba la idea de dejar a los chicos solos en Luxor, y todavía me gustaba menos dejar a Nefret. Su argumento de que no podrían meterse en problemas si ella estaba allí observándoles no me convencía. Sin embargo, se puso muy cabezota, y cuando Katherine se enteró propuso una solución que resolvería al menos una de las dificultades. A los chismosos no les quedaría más remedio que reprimir la lengua si Nefret se quedaba en el Castillo con ella y Cyrus.

- ¿Está preparada para lo que eso conlleva, señora Vandergelt? -preguntó Ramsés-. Tendrá que aceptar también a Horus. Nefret no le dejaría aquí ni siquiera aunque nosotros aceptáramos.

Katherine le garantizó que ella y Cyrus, y posiblemente también Sekhmet, estarían encantados de tener a Horus. Ramsés sacudió la cabeza.

Así que accedí. El hecho de que así Emerson y yo estaríamos solos a nuestras anchas no afectó a mi decisión en lo más mínimo. Fue más bien lo que él me dijo: tendríamos que confiar en los chicos alguna vez, ¿por qué no ahora?

Había sitio suficiente para los dos en nuestro querido *dahabiyya,* incluso después de que Emerson abarrotara el salón con sus diarios y los fragmentos y piezas que había recolectado en diversos lugares. Naturalmente se ocupó de ello de la manera más meticulosa, haciendo anotaciones detalladas sobre su procedencia. Quizás la mejor parte del viaje fue la semana que pasamos en Amarna. Recorrimos la llanura de principio a fin, y de extremo a extremo,

visitando todas las tumbas de los nobles y aventurándonos un día en el remoto desfiladero donde se hallaba la tumba desierta del rey. ¡Cuántos recuerdos nos traían esos arduos y a la vez estimulantes paseos! Amarna había sido el escenario de algunas de nuestras aventuras más emocionantes. En la Tumba Real Emerson me había abrazado por primera vez. Volvió a hacerlo de nuevo mientras estábamos aquel día de pie, en la entrada en sombras; su abrazo fue tan fuerte y ardiente como lo había sido entonces, y cuando emprendimos el viaje de vuelta, la caminata de casi cinco kilómetros se nos hizo larga porque retrasaba la expresión de las emociones que nos habían embargado a los dos. Aquella noche no nos enzarzamos en la discusión profesional de costumbre.

Sin embargo, durante el desayuno de la mañana siguiente, Emerson movió la cabeza con pena cuando le sugerí que volviéramos a Amarna la temporada siguiente.

- Ciertamente hay mucho que hacer aquí, pero ocurre lo mismo en cualquier otro lugar de Egipto. Estoy pensando seriamente en trasladarnos al área de El Cairo. Los antiguos cementerios se extienden a lo largo de kilómetros, y la mayoría de ellos sólo han sido excavados superficialmente. Incluso en Gizeh y Sakkara hay grandes extensiones inexploradas, que aún no han sido asignadas a nadie. Debemos pensar más sobre ese asunto. -Llenó su pipa y se echó hacia atrás-. Podríamos parar en Abydos de vuelta a Tebas. ¿Te sientes con fuerzas para pasar otra semana de ejercicio intenso, Peabody?

- Creo que te he demostrado mi forma física, Emerson.

- Ciertamente que sí, querida. No recuerdo haberte visto nunca en mejores condiciones.

El tono de su voz y el brillo de sus hermosos ojos azules confirieron a aquellas palabras un significado que me hizo sonrojarme como una colegiala.

- Venga, Emerson -comencé a decir, y luego recordé que nuestros queridos niños estaban a cientos de kilómetros de distancia. No era necesario ser discreto.

Yo no apuntaré aquí mi respuesta, pero hizo que Emerson se riera mucho. Me levantó de mi silla y me colocó en su rodilla, y por el rabillo del ojo vi el revoloteo de una chilaba cuando Mahmud se batió cortésmente en retirada con el café recién hecho que había

intentado servir. En aquel momento me di cuenta totalmente de lo necesario que es para una madre aceptar la partida de sus hijos. Sería un duro golpe, pero pensé que podría soportarlo.

Sin embargo, me alegré de verles cuando volvimos a Luxor varias semanas después. Todos comentaron lo en forma y descansados que parecíamos. Les devolví el cumplido, aunque no me gustó el aspecto de Ramsés. Físicamente seguía siendo el mismo, pero había un aire extraño en sus ojos. No dije nada en aquel momento, pero el día anterior a que partiéramos de Luxor, le llevé aparte.

- Tengo una última visita que hacer, Ramsés. ¿Quieres venir conmigo? Sólo tú, no quiero que vengan los demás.

Por supuesto me acompañó. Creo que sospechaba a dónde quería ir.

El cementerio estaba desierto. Era un lugar desolador, el viento arrastraba la fina arena sobre el suelo desnudo, y no se veía una sola flor. Yo no había llevado flores, sino una pequeña pala.

Las dejé caer una a una en el hoyo que cavé: las pequeñas figuras de Isis con su hijo Horas, y Anubis, que conduce a los muertos al Juicio Final, y Ator y Ptah y los demás. Al final de todo, desabroché la cadena que me rodeaba el cuello y desprendí la figura del babuino, el mono que vigila los platillos de la balanza del Juicio. Después de haberlo colocado con los demás le entregué a Ramsés la pala. Mi hijo llenó el pequeño hoyo, y alisó la arena por encima de él. Ninguno de los dos habló en aquel momento. En silencio, me ayudó a ponerme en pie, y sostuvo mi mano un poco más de lo necesario, antes de partir. Confié en que esto le ayudaría. Yo sabía que él lo comprendería.

No hay mal alguno en protegerse a uno mismo contra lo que no es cierto; ¿y quién puede decirnos qué verdades eternas contienen los misterios de la antigua fe?

- Yo soy el ayer, el hoy y el mañana, ya que renazco una y otra vez. Yo soy el que aparezco, como el que irrumpe a través de la puerta; y en la eternidad está la luz que Su voluntad ha creado.

# Fin

[1] La charca del hipopótamo

[2] Día laborable después de Navidad, en que se suelen dar los aguinaldos. *(N. de la T.)*

[3] Voz árabe que significa «señora». *(N. de la T.)*

[4] k Hegab = amuleto. *(N de la T)*

[5] * *Usbabti:* estatuilla funeraria egipcia, de madera, piedra o barro cocido, destinada a reemplazar al muerto en la ejecución de los trabajos agrícolas que se le exigían en el más allá. Las tumbas más ricas podían contener hasta trescientas sesenta y cinco estatuillas de este tipo, una para cada día del año. *(N. de la T.)*

[6] No se hace referencia a esta visita en el Manuscrito H. La editora empleó vanas horas buscándola en vano.

***This file was created***
***with BookDesigner program***
***bookdesigner@the-ebook.org***
***27/05/2010***